LA RUINA

DE LA

CASONA

NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

POR

E. MAQUEO CASTELLANOS



MEXICO
Eusebio Gómez de la Puente, Editor,
Apartado Postal, núm. 59, bis

1921

PARTE PRIMERA

LA COMEDIA
DE LA HIPOTECA AL TEMBLOR

CAPITULO I

Un Inventario difuso pero necesario

La casa número 277 de la segunda calle de «Las Moras» en esta adobada, presuntuosa y polifásica Capital, es propiedad de la señora doña Anastasia Mirón de Barbedillo, feliz consorte del señor don Eustaquio Barbedillo, ex-corredor desafortunado y sin título; ex-inventor de aparatos para la industria, sin más fortuna, pues jamás una «patente» le había llegado a producir tres míseras pesetas; ex-jefe político de un lejano Cantón del Estado de Veracruz, todavía con peor fortuna, ya que hasta aquel rincón había perseguido a Barbedillo la mala suerte, porque, si no pudo hacer «negocitos» ni tener «buscas,» sí pudo ser buscado y encontrado por unas fiebres palúdicas que lo dejaron más amarillo que la yema de un huevo para todos los días de su vida; y finalmente, ex-hombre de trabajo porque,

gracias a su matrimonio con la señora Mirón, ex-viuda apócrifa de un señor Martínez, Barbedillo es rentista, y vive desahogadamente del producto de las viviendas de la casona, por lo que hace a la material necesidad; y por lo que hace a la espiritual, del chisme aparejado a toda bullanguera mansión constante de ocho viviendas grandes y otras tantas chicas en las que, en asombrosa promiscuidad, conviven profesionales y modistas; estudiantejos decidores y circunspectas beatas; empleadillos de nómina comercial y militares retirados.

Si de diseñar a nuestro hombre se tratara, diríamos que es gordo, bajo de cuerpo, bonachón de carácter, amigo de adjetivos detonantes y de trajes de casimir gris claro, usando gruesa cadena de oro, con dije de onza americana.

Presentado al lector el señor Barbedillo, a quien los inquilinos no tenían qué hacer otra cosa sino llamarle «de Barbedillo,» a fin de obtener una corta prórroga en el pago de la renta, y el que, en el seno de la intimidad y en la casa, era conocido con el eufónico apelativo de «don Taco,» derivado de Eustaquio, nada más indicado que hacer la presentación de su dignísima consorte.

Doña Anastasia Mirón, «Tacha» para las amistades de confianza, «Tachita» para las de más cariñosa confianza, y la señora de Barbedillo, para todos los demás mortales, dicen que dicen que fué en un tiempo lo que se llama una «real hembra.» Debe haberlo sido por el año de 1884 del Señor, cuando, contando quince abriles justos, dió aquel mal paso que dicen que dió con un extranjero, mismo que la engatuzó contándola que era noble, que tenía dos ó tres castillos en Europa, a los que se la llevaría para que en ellos viviera como una princesa, etc., y de resultados de cuyo paso paró en los amantes brazos de Martí-

nez, casado; agricultor; vecino de Lerma, Estado de México; bastante mayor de edad, y que la quiso, la mimó, y la compró finalmente, para que pudiera sostenerse caso de que él la llegara a faltar, aquella casona de la calle de «Las Moras,» sin imaginarse que al que sostendría, corriendo el tiempo, sería al ilustre Barbedillo, ya que en realidad Tachita trabajaba, tenía que trabajar para atender a los inquilinos de de la casona, que no comían por su cuenta, sino que lo hacían en la mesa redonda de la casa, y a las camas de aquellos, a las cuales tenía que surtir de ropa limpia en cada cambio de Estación. Alta, no escasa de carnes, bastante bien conservada, activa, enérgica y de un genio de pocas pulgas, la señora de Barbedillo tenía, como seña particular, un hermoso lunar en la barbilla que, si no la deterioraba mucho el físico cuando ella, cuidadosa, se acordaba de asearlo, sí se ponía fatal cuando por causa de olvido no podaba el pelotón de recios pelos entrecanos que se daban en aquel lunar con la abundancia de la verdolaga en corral de indio. El grifo aquel de recios pelos hacía de Tachita, según frase del estudiante Tafolla, un iguanodón con chiva.

Presentada la señora de Barbedillo, nada más explicable que presentar la casa número 277 de la segunda calle de «Las Moras.» Comenzó por ser de dos pisos, con amplia fachada de ese «tezontle» rojo, de origen volcánico, abundante en las construcciones coloniales de la buena Capital, y que a la fecha, en aquélla, sólo se dejaba ver en los entrepaños de los muros con un color de solución de permanganato que el tiempo le había dado como pátina, pues el resto de la fachada se hallaba cubierto por la gruesa capa de enjabelgado que Barbedillo había mandado poner, cuando había echado a la casona aquel tercer piso que hoy tenía, y que aquel endemoniado

estudiantejo de Tafolla había bautizado con el apodo de «El Copete,» tal vez por lo inarmónico que en sus lineamientos resultaba con el resto de la construcción. Por cierto que aquel piso, construído con el afán de ensanchar la casona y hacerla de mayores productos, por una nada es causa del divorcio más completo entre Tachita y don Taco, debido a que, no habiéndose contado con fondos para la obra, había tenido que contratarse una hipoteca aun no redimida, pero que daba lugar a una que otra gira campestre a Xochimilco cada vez que se podían pagar los réditos vencidos.

Comenzaremos por decir que, como el lector habrá de verlo, si es paciente y continúa en esta lectura, aquella casa era una jaula grande; una jaula para humanos, por su forma y aun por su contenido, pues que no había pared sin boquete, ni boquete que no fuera balcón o ventana, ni existía en ella un solo habitante del género «homo» que hubiera resultado inmune al diminutivo en ico, ito, illo, etc., o en acha, eche, icha u ocha, según se tratara de masculino o femenino; ni faltaban allí animales de toda especie, desde la portera, ejemplar del cuadrumano de la época cuaternaria, cuarto período, edad del sílex, (clasificación Tafolla) por físico y costumbres, (oriunda de Tepozotlán, Estado de Morelos; cutis broncíneo, cabello de contextura de clin, maxilares de antropomorfo y genio de hiena cautiva) hasta el gracioso perrito de lanas, los periquitos australianos, los gorgeadores zenzontles que sabían silbar la diana, y uno que otro gato maullador y enamorado que había tomado querencia a la casona, infringiendo todos el conminativo letrero que en la escalera había puesto, por orden de Barbedillo, y que rezaba en caracteres góticos a mano: «Se prohibe a los inquilinos tener toda clase de animales;» y abajo

del cual, con tosco lápiz, había escrito Tafolla: «En la casa no hay ningún Noé. Que se registre sin embargo a Paulinita: tiene sarcoptes; y a Filo la portera: tiene pedículos homo,» o sea en buen español y respectivamente: sarna y piojos.

Fachada de la casa, ya descrita queda; sólo hay que agregar alguna jaula con canarios, pendiente del garfio de algún balcón; dos o tres macetas con mustios geranios, que florecen furtivamente en cada lustro y en otro balcón que corresponde a la vivienda de las señoritas Menchaca, y una que otra toalla amarillenta y algunos calcetines erectos por el almidón o por el uso, que sacaba a asolear a hurtadillas Gordillo, en uno de los balcones del «copete,» después de su lexiviación a domicilio; aquel económico Gordillo que, por no gastar en comer, sólo se alimentaba de las uñas que se comía! (Calumnia de Tafolla.)

Piso bajo de la casa; amplio zaguán; colgante aviso pintado con letras blancas sobre fondo negro en una hoja de palastro, vulgo hoja de lata, y que reza: «Se alquilan viviendas,» pues que por mucho que fuera el prestigio de la casa Barbedillo, no dejaba de haber algún «vacío.»

A mano derecha de la entrada, con frente a la calle, el despacho del señor licenciado don Tobías Ontiveros y Malabehar, obligado consejero gratuito de todos los inquilinos, en holocausto a la comunidad. Los cristales de las ventanas de la calle, opacados, decían en letras grabadas en la pintura quién era el ocupante y cuáles sus ocupaciones:—Lic. Tobías Ontiveros y Malabehar.—«Abogado.»—Horas de despacho, de 8 a 11 a. m. y de 4 a 6 p. m. (el resto del tiempo útil, el señor licenciado tenía ocupaciones en los Palacios de Justicia.)—Asuntos Judiciales y Administrativos.—«Juicios de Amparo.—Honorarios módicos.»

A izquierda mano, el taller y obrador de modas de las señoritas Otamendi—«Au Grand Chic de París.»—«Robes et Manteaux» según lo indicaba el jactancioso rótulo en azul y oro que existía sobre las puertas. Nota bene: las señoritas Otamendi ni hablaban francés ni habían estado nunca en París, ni aun en la Habana, ni eran modistas profesionales, sino aficionadas. Escaparate a la calle, con plumas para sombreros, aigrettes, listones de chillantes colores, una blusa de estilo «Otamendi» y dos o tres formas de femenil sombrero que yacían allí cabalgando sobre toscos sostenes, como aburridas de esperar una vana cabeza en la que encasquetarse.

En el interior, los indispensables manequíes: el uno sin cabeza y con muestras de enaguas blancas (refajo) con entredoses; y el otro con muestras de cabeza, pero sin enaguas blancas, enseñando indecorosamente un par de piernas negras, rígidas y deformes: alguno más con traje «para probar,» última creación Otamendi, y todavía uno último, que cargaba, a guisa de terciada capa valona, un gastado abrigo, con el cual la mayor de las Otamendi solía calentar sus escasas carnes en las mañanas en que el frío así lo requería. Espejos con los marcos remozados con oro japonés; cuatro sillas de lujo para la clientela; una que otra columnilla de madera, y sobre ellas las respectivas macetas de porcelana, con inverosímiles flores y hojas de felpa ajada y de marchitos colores. Dos o tres máquinas de coser. Canastos con ropa en confección, y tres «aprendizas» éticas, descoloridas, mudas, no se sabía si porque Cuca Otamendi las tenía a ración ($0.37 centavos diarios, diez horas de trabajo y faena los domingos) o porque la sabia Naturaleza no quisiera, compadecida, crear las exigencias de carnes, ya que el decir

tener carnes, tanto quiere decir como tener qué comer.

Piso bajo interior: Vivienda número 1.—Inquilina. Paulinita Ventoquipa, viuda de Zarco. Viuda auténtica y no al estilo Martínez. Edad, cincuenta otoños corridos. Profesión, prestamista y compra pelo: es decir, comercia en el ramo, confeccionando postizos. Físico: bajita de cuerpo; enclenque; con vivarachos ojillos; tez blanca con la consiguionte injuria de los años; semi calva (en la casa del herrero......) Por eso el malcriado de Tafolla decía que abrigaba inquilinos en la cabellera. Tarareando siempre canciones del año del caldo, vivía en grata compañía de «Tulipán,» falderillo de lanas, tuerto del derecho, friolento y rezongón. Paulinita, por economía, se nutre en figón inmediato, que es una ganga:—«Al Antojito Tapatío.»—Desayuno, comida y cena con dulce y café, $0.50. Desde que Paulinita es Paulinita, no se le ha conocido más de una indumentaria: falda negra, blusa blanca y abrigo de estambre rojo; por eso Tafolla la llama: «El pabellón alemán.»

Vivienda número 2.—Orbezo y familia. Militar retirado él, con paga íntegra y humanidad no tan íntegra, porque le falta la pierna izquierda, perdida en campaña, y suplida con otra de madera, con goznes, por lo que Orbezo es generalmente conocido por «pata de fresno:» señora y dos niños, que son dos energúmenos por la barahunda que arman en el patio de la casona, con sus juegos y sus gritos. Fueron ellos los que de un pelotazo le apagaron un ojo a «Tulipán.» Los domingos celebran «matchs» de «base-ball,» por lo que en esos días es preciso llegar a la casona en aeroplano, si no se quiere quedar en las condiciones de «Tulipán.»

Otras dos viviendas sin huéspedes calificables ni

importantes, y en el cubo de la escalera la sala de recibir, alcoba, cocina y demás de Filomena la portera (a) «Filo.» Algo que parece la cueva de un troglodita, por lo obscura y ahumada. Filo tiene un vástago, al que adora: Fermín, que es el mandadero universal de la colonia. Nació en la cuadra de un cuartel, en donde su progenitora pasaba las noches subrepticiamente, y por sus fueros de haber sido esposa morganática de un cabo, y sucesivamente de algunos soldados. Fermín no va a la escuela; pero sí sabe, en cambio, jugar al base-ball con toda la terminología del juego y con los Orbecitos, lo mismo que sabe traer y llevar recados no siempre de buena ley. El nombre de Fermín es el eco constante de la casona, y por eso que el perico de las señoritas Menchaca lo repita a toda hora en todos los falsetes imaginables: «Fermín.... Fermiiiiin....» y que éste haya jurado «in pectore» la muerte alevosa para el loro, por los chascos que le proporciona.

Primer piso o entresuelo. Vivienda número uno. Señoritas Otamendi. Sala, dos recamaras, comedor, cocina y baño. $40.00 mensuales, renta adelantada.

Las señoritas Otamendi, originarias de Orizaba y domiciliadas en México desde el 1906, son cuatro «huérfanas de padre y madre,» según dice el bárbaro de Chaneque. Al morir la madre, asumió la jefatura de la casa la mayorcita, llamada «Cuca» (léase Refugio) cuando apenas contaba veinticuatro años sin trampa, haciendo veces de madre para las tres hermanas que la seguían y eran por su orden: Paca, de veinte abriles; Chayo, de diecisiete, y Meches, de quince. Adivinará el lector que sus cristianos nombres eran: Francisca, Rosario y Mercedes. Cuca y Chayo están encargadas del «Au Grand

Chic de París.» Paca es estudiante de obstetricia con pretensiones de llegar a ser comadrona, y Mercedes es «alumna normalista,» pretendiente a profesora de instrucción. A Cuca el «maloreador» de Tafolla, la llama «la jícama,» porque dice que tiene una cara más desabrida que aquella fruta, y a Paca «Pantaleona,» por la historieta aquella de que de tres hermanas la mejor espanta, en virtud de que la naturaleza había sido empeñosa en hacerla fea. Chayo, en cambio, con sus diecisiete abriles, crecía linda como una rosa, y Meches no apuntaba del todo mal.

La tribu Otamendi es atendida, para el gobierno interior de la casa, por una fámula que hace de todo; de doncella, de cocinera, y hasta de maniquí, cuando hay que «moldear» en ánima vili el traje de alguna cliente que a su vez no está moldeada cual corresponde a una persona decente.

Vivienda número dos. Familia Garaicochea. (Se ignora si tiene afinidades con el inventor de los polvos para la tos, del mismo nombre.) Jefe de la tribu: aunque debiera serlo don Narciso Garaicochea, por cuanto que es el que subviene a las necesidades del «pipirín,» vestido, etc., como el aludido es un infeliz de tomo y lomo, «de facto» el gobierno lo ejerce su consorte Conchita. Don Narciso es tenedor de libros, aunque no de libras porque su volumen es escaso, en la casa de comercio de X y Z, desde el año del cometa, o séase el 82. La dictadora Conchita (a) Chita, cuenta treinta y tres de edad y otros tantos de murmuradora; físico deleznable; voz tipluda; ojos de persona adormilada y lengua de tal ligereza y penetración, que un proyectil de a setenta y cinco se queda atrás. Estaba autenticado que Chita tenía dentadura postiza, la que ponía en las noches en un vaso con agua; y afirmaba Tafolla que

en una ocasión en que se había sacado la lengua al par de la dentadura y las había puesto en el vaso, la lengua no se había estado quieta en toda la noche. El matrimonio Garaicochea tenía tres vástagos: Pita (Guadalupe en nombre cabal) esmirriadita ella, melancólica ella, algo soñadora, pero de un corazón de oro, según popular conseja. Pita era, de consiguiente, afecta al arte de Chopín y de Lerdito y se pirraba por los versos. Seguíala Nachi, una infeliz de tomo y lomo, que no trabajaba en nada ni se dedicaba a nada, pero que representaba muy bien lo que comía, pues en sus catorce mayos pesaba otras tantas arrobas probablemente; y cerraba el trío Toncho (Antonio) el consentido que integraba los domingos en el base-ball de los Orbezo, en calidad de «pitcher.»

Vivienda número tres. Ocupada por los esposos Barbedillo. En ausencia de prole, los Barbedillo habían recogido a una huérfana, que bufaba contra el destino porque había dado a sus nobles protectores aquella oportunidad de amargarle la vida con pretexto de ver por ella....

Vivienda número cuatro. Señoritas Menchaca y sobrino. Edad de aquéllas, indefinible. Procedencia, ídem. Medios de vida, ídem, ídem. Cada una de ellas, Lucha y Locha (Luz y Dolores) era una «mitad» porque tan sólo entre las dos podían completarse formando unidad, ya que cada una tenía, al parecer, doble perfil, gastándose de esas caras que tienen dos aspectos, según sea el lado por el que se las mire. Además, las Menchaca no podían jamás andar separadas, y hablaban siempre las dos al mismo tiempo y con el mismo tono de voz. En el arte de «rajar» o sea comer prójimo, eran maestras y se sabían al dedillo la vida y milagros del mundo entero. Tafolla las llamaba «las de la reservada,»

aludiendo a la institución de la policía secreta, o bien «Menchaca sisters» en su afán de sajonizar.

En cuanto al sobrino Menchaca, Rodolfo, y más conocido por «Fito,» de veintitrés años y telegrafista en oficina gubernamental, era el orgullo de la casona y la admiración del vecindario, porque para vestir, Menchaquita; para recitar, Menchaquita; para organizar bodorrios, Menchaquita, y para hacerse el aristócrata, Menchaquita..... ¡Qué fluxes los que se gastaba el hombre y qué corbatas y qué calzado y qué fieltro blando caído sobre un lado! Como que, según se decía, tenía en perspectiva atrapar a una heredera con muchos «tecolines!»

Viviendas interiores del primero y segundo piso, no hacen al caso. Los que las habitaban eran los del «perico,» según decía Tafolla, aludiendo a los tranvías de segunda clase pintados de verde.

Habitantes de «El Copete.»—Vivienda número uno. Familia Mandujano, compuesta de Manolo Mandujano, su cónyuge y el fruto primero de sus amores. Dado el carácter de Manolo, nadie se gastaba intimidades con él; era profesor de box y campeón de «peso ligero» por campeonato ganado en una excursión a Nicaragua, sin saberse cómo habría podido adquirir allá tal título, pues lo averiguado era que había ido en calidad de partiquino en una mala Compañía de opereta, una vez que había destripado como estudiante.

Vivienda dos. Vacía.

Vivienda número tres. Raúl Gordillo, ente extraordinario en la casa, por ser el único que carecía de diminutivo o de alias. Tafolla solía llamarle «el retrato» por su inveterada costumbre de no gastarse más que un traje negro cada año. Subidito de color él, cortés él, de buenas costumbres, trabajador infatigable, discreto y no mal amigo, se sabía que era

de Otumba, célibe, sin pretensiones y dueño de un taller de herrería. El hombre estaba siempre en su negocio: era una máquina; y una fábrica de «prototronuro de patasio» en calamitosa expresión de Tafolla que decía que, Gordillo, en fuerza de andar en el taller, padecía algo de los pies. Gordillo vivía solitario y su alma. Olvidábaseme apuntar que estaba algo averiado por la viruela.

Vivienda cuatro. La República, según general denominación. En «La República» (dos habitaciones, «cartucheras» llamadas por Tafolla, por sus escasas dimensiones, baño y W. C.), vivían hasta cuatro estudiantes pobretones y padres del buen humor, que eran, con las Otamendi, las joyas de la casona.

Por orden de categorías, posibles y edades, se catalogaban como sigue: Federico Andrade, Quico; veinte años; natural de Zacatecas y vecino de México desde hacía tres años: primero de Derecho, en la de Jurisprudencia (suple inquit, Escuela de) Estudios subvencionados por un hermano cura de la ciudad de las minas. Huérfano de padre; carácter reposado; idólatra de la justicia; magnífico talento; buen físico y mejor corazón.

Melchor Tenorio. Veinte años; de Pachuca; tercero de Comercio (carrera de estudios subvencionados por su señor padre, que se ganaba la vida como administrador en una hacienda). Valentón de apariencia, atrabancado de modos, y amigo del «tule» (juego) y las mujeres. Su diminutivo, «Bito;» decírselo, era aplicarle un cáustico. Su sobrenombre, «Truenos,» por su vozarrón y por sus intemperancias.

José Tafolla: Diecinueve. De Indé, Durango. Ultimo de Preparatoria. Recibía «platas» de su familia, que tenía un ranchejo. Tafolla, a pesar de se-

algo tartamudo y faltarle el meñique de la mano izquierda, perdido en una corrida de toros por aficionados, en la que había fungido de charro lazador (el dedo se quedó en la reata a la primera «mangana»), era la sal y pimienta de aquella casa y de la escuela. ¡Qué «chispa» de hombre! Mote en la escuela y en la casa, «Demóstenes,» por su torpeza de lengua.

Agustín Chaneque (a) «El Capulín.» De la Mixteca, Oaxaca. Dieciocho años. Indio de raza pura; muy «machetero» (estudioso), pero muy «tabla» (tonto). ¡Pues no decían que todos los oaxaqueños eran muy inteligentes! Segundo de la carrera pedagógica. Beca o pensión del Gobierno de su Estado, para costearle sus estudios.—¡Qué suerte!—decía Tafolla, mientras Andrade, sin decirlo, pensaba que el «Capulín» estaba estafando a otro ídem que, sin estar tan helado como él, bien podría aprovechar mejor los cuarenta duros de la beca. «Cómo estaban los gobiernos! Tirar de ese modo el dinero!».... Lo que demostraba que Quico, como buen estudiante y de leyes, estaba ya algo «picado» por la mosca de la murmuración política.

¿Cómo se había amadrigado aquella camada de estudiantes en «el copete» de la casona de las Moras? Pues a la manera que lo hacen las parvadas de gorriones en la alegre Primavera bajo las ramas del mismo árbol: al azar; por la casualidad y ufanadas porque, siendo de la misma estirpe, están bajo una misma sombra..... En la «República» todo era común: todo de todos y de nadie: ropas, libros, platas, deudas, alegrías y pesares.... Todo, menos las novias, ¡qué caray! como decía Tenorio, porque en este particular, sí, la delicadeza se imponía.

¿Se ha olvidado algo en el inventario provisional de la casa Barbedillo? ¡Ah, sí! La Profesora Polan-

co, media hermana de Garaicochea, y su hija Tules. De cuarenta y cinco la primera; nativa de Polotitlán; berrenda en negro, ojo de perdiz, pelo crespo y genio ídem: sub-directora de la Primaria Nocturna número 523 (Callejón de «Salsipuedes,» cada alumna tiene la obligación de llevar su «vela» porque no se ha podido instalar aún, desde el año de 1903 en que se inauguró la Escuela, hasta el de 1910 en que estamos, el alumbrado incandescente). Tules.... ¡Tules es un ángel de candor y de inocencia, que habla con monosílabos, se mortifica de todo, sólo lee los textos de clase, se le suben los colores a la cara con sólo que alguien la vea, y si un hombre osa hablarla, acaba de un envite con el delantal a puros retorzones!

Y ahora, entremos en materia. ¡Ya era tiempo! ¿Verdad?

CAPITULO II

Vientos de fronda

La Casona era grande; amplia; recibía luz a torrentes durante todo el día y, como buena construcción antigua, estaba firme sobre sus cimientos y recia sobre sus paredes. La casona era buena: bajo sus techos sabía cobijar, piadosa y con cariño, como una madre, lo mismo a juveniles almas en las que la vida no ha prendido todavía zarzas ni clavado espinas, que a otras almas en las cuales había dejado ya la hiel destilada por los desengaños, los sufrimientos y las codicias no ahitas. Lo mismo a corazones sanos y generosos, que a otros ruines, acaso pérfidos y capaces del mal. El enjambre que la moraba, vivía: parte de él feliz y despreocupado, alentando ilusiones y acariciando esperanzas: otra parte cargando sobre los hombros, sin por ello lamentarse, la monotonía de la vida que, rehuyendo la lucha, nada pide sino es paz y tranquilidad: y una parte más, en la rebeldía recóndita que no se aviene, que no transije con tener que sacar diurnamente la misma tarea sin lograr descanso ni lubricar el espíritu con el bien conquistado desahogo...... La casona era buena....Tenía mucha luz.... Bajo sus

techos todos cabían, y del mismo modo sabía cobijar a los que sufrían que a los que gozaban.... Parecía tener el alma de una madre generosa y santa....

Estamos en fines del mes de septiembre de 1910 (domingo 24) feneciendo ya el mes de las fiestas del Centenario de la Independencia, y son los ocho y media de la mañana; de una mañana radiosa, como si el cielo quisiera festejar también con sus oros y sus añiles a la Patria.

Todos los animales de pelo y pluma de la casona de las «Moras» estaban ya servidos: los canarios de las Otamendi con su alpiste y sus hojas de lechuga: el perico de las Menchaca, con sus sopas de chocolate; «Tulipán» con su pocillo de ídem, y hasta «la niña,» gata de la propiedad de la profesora Polanco (edad tres años y estado célibe a pesar de vagabundear por las azoteas) había engullido ya sus dos centavos de «retazos.» Tocaba ahora a los de la clasificación Tafolla «homo sapiens,» y así, cada quisque de los que no se alimentan en sus propios domicilios, se va para el efecto apareciendo por el comedor de Barbedillo, a fin de no perder el desayuno, puesto que el consabido carteloncito reza:—«Desayunos, de 7 a 9 a. m.»

Porque hay sucesos que comentar han llegado ya, en calidad de visitantes, Cuca, Chayo y Meches Otamendi, y llegarán con seguridad las Menchaca una vez que se concluya la misa de ocho en Santo Domingo, a la que van en los días festivos. También habrán de concurrir Chita la profesora y Garaicochea; que se acabe, nada más, de polvear la primera, que «impende mucho tiempo en el estuco» según dice Tafolla. En el comedor están ya Andrade y «Truenos» saboreando unos «huevos rancheros;» Barbedillo, que ha comenzado a hojear la prensa

diaria, y Tachita que ha concluído de ordenar a la maritornes «el menú» de medio día, con la expresa recomendación de que no vayan a olvidar «el guacamole» para el señor.

Con la servilleta encajada entre cuello y camisa y masticando una sopa de chocolate, Tenorio se levanta, se asoma al corredor, y con la voz más estentórea de su repertorio, grita:

—¡Chaneque!.... ¡Capulín!.... Pero, está sordo este «nito»?.... ¡Chaneque!.... —Chaneque se asoma al barandal del tercer piso, con una toalla de dudosa reputacion (léase blancura) en las manos; chorreando agua del macizo rostro indígena, y en camiseta de reputación más dudosa que la de la toalla; se enjuga y responde:

—¿Qué diablos quieres?

—¿No se ha levantado todavía ese condenado de Tafolla?

—Todavía no; está roncando a dos fuelles....

—Pues ábrele las puertas; échale agua fría en la cara; quítale el cobertor; dile algo fuerte para que se despierte y baje ¡qué caray! que aquí lo necesitamos mucho....

—¿Y si me da un «recado?»

—Le contestas con otro de mi parte.... Andale, que urge!....

El urgente llamado de Tafolla obedecía a la circunstancia de que Barbedillo, en la lectura del periódico, había llegado a la reseña del baile monumental que, en la noche del día anterior, había tenido lugar en el patio central del Palacio Nacional, y el cual era uno de los grandes números de las fiestas del Centenario. Y como Tafolla había sido el único mortal afortunado de la casa que había podido concurrir, mediante una invitación que le había facilitado un tío segundo suyo, oficial mayor de algún

gobierno (¡Como siempre! ¡Qué suerte la de Tafolla!) su presencia era necesaria para «cotejar» lo que el periódico decía, pues por lo regular la prensa es mentirosa y necesita de testigos de confronta.

—¡Qué «plancha» la del pobre Menchaquita!—decía Chayo Otamendi.

—¡Pobre! Estaba que «se las pelaba» por ir al baile—repuso Andrade.

—Y lo tenía casi seguro—añadió Tachita.

—Él tuvo la culpa por «pazguato»—dijo Tenorio—por andarse confiando de uno de esos de la aristocracia, que no saben hacer más que canalladas. Yo se lo dije: «Mire Menchaca, que le van a hacer una «tanteada»... No me quiso hacer caso; aprontó los cuarenta «fierros» que le pedían por la invitación; mandó planchar el frac, y.... ¡plancha! después de haberse hecho la ilusión y de haberse gastado quince duros en unos zapatos de baile....

—Eso fué una indecencia! arguyó airada Chayito.

—El niño bonito ese—prosiguió Tenorio—se le «rajó» como un santo de «oyamel,» y anoche estaba Menchaquita que ehaba chispas, y con razón....

—La inconsecuencia no pudo ser mayor....

—Por eso yo no puedo ver ni en pintura a esos «chinches» de Plateros. (Tenorio los llamaba así por la facultad que tienen los gomosos de nuestra gran Avenida, de vivir adheridos a las paredes de aquélla.)

—¿Se puede?

Conchita Garaicochea y consorte, con la profesora, Tules y la Garaicocheita mayor, Pita, a la que Tafolla había bautizado con el musical apelativo de «la corchea,» tanto por su afición a la música, cuanto porque a la hermana menor la conocían por la «semi-corchea» y a la señora de Garaicochea, por la «corchea madre.»

—Pasen ustedes.... pase Chita.... adentro, señor Garaicochea....

—¿Qué dice la prensa, don Taco, hay novedades?

—Chismes, hija mía.... puros chismes. Ahora leíamos precisamente eso del gran baile de Palacio.

—¡Un bailezote! ¡Vaya usted a ver qué revolturas no habrá habido allí! Por eso yo le dije a mi marido que estaba empeñado en llevarme: «Ni te apures, hijo, por la invitación, que ni falta hace.... No tengo deseos de ir, porque no quiero confundirme y alternar con esa gente, que es una por fuera y otra por dentro.» ¿No les parece a ustedes? ¡Ya llegará la nuestra!

—Es una «carambada,» (Tenorio) que el gobierno se haya gastado en ese «bodorrio,» medio millón de pesos para darles una noche de danzón a los ricos, que no lo necesitan.

—Sobre todo, (Andrade) cuando ese dinero se podía haber empleado mejor en otras cosas.... Por ejemplo, en aumentar las dotaciones de los hospitales o de las escuelas....

—¡Hum! (la profesora.) Si de una ni quien se acuerde! *¿Paqué?* El apostolado de la enseñanza nada merece de esas gentes! Eche usted los «bofes» con los muchachos enseñándoles la *arismética* y la gramática y todo eso, por miserables sesenta pesos mensuales, y sin esperanzas de mejorar.

—(Tenorio.) Todo eso no es más que «charranada» de Limantour....

—(Barbedillo.) Bueno.... bueno.... Es que hay que darle gusto a todos, y nadie se puede quejar, porque para todos ha habido fiestas.

—Eso lo dice usted (Chayo) porque ya a usted le tocó su «chambita,» que buen dinero se ganó con los

contratos que hizo para instalar el alumbrado incandescente de adorno, en los edificios del Gobierno.

—Fué una «lucha» legal.... Un negocio como otro cualquiera....

—Sí.... pero conseguido por influencias, porque si no lo ayuda su amigote el diputado, no saca usted nada. (Observación de la «corchea madre.»)

—Cabal! ¡Si ahora todo se consigue por influencias y nada más!

—(Barbedillo.) Pues están ustedes muy equivocados.... El diputado me ayudó únicamente para abonarme como persona formal....

—Sí.... ¡Ya fuera! ¡Al saber cuánto le dió usted! Ahí tienen ustedes a «pata de fresno,» que se ganó muy buenos «tecolines» contratando el follaje que necesitaron para el adorno en el baile. Hasta viaje hizo a Orizaba para traer helechos y palmas! (La que así asenderaba a Orbezo, era la pequeña Otamendi.)

—Pues también hizo su «lucha»... ¡qué caray!... que al que no se mueve, Dios no lo oye....

—Es decir, no lo oye don Porfirio, porque eso lo tuvo porque es porfirista y muy «rapón.»

—No se queje, Chayito, no se queje, que también ustedes buenas platas se ganaron con los «vestidos» y las salidas de baile que tuvieron que hacer.... Ya ve que para todos hay con tal de que no arrebaten.

—Sí; pero a nosotros nuestro trabajo nos costó.

—Lo mismo que a todos Chayito. Antes que nada hay que saber ser justos.

—Este Andrade siempre está defendiendo a esas gentes.... Ha de querer ser justo aunque no se deba....

—Es que siempre se debe ser justo.

Entrada solemne de las Menchaca, con rosario y

libro de misa en una mano; andar de «paso a dos» y saludo a duo en tono de lá sobreagudo:

—Muy buenos días......

—Buenos, Lochita.... Buenos, Luchita.... Pasen, pasen ustedes.... ¿Qué tal?

Alusiones a la salud, la temperatura, las misas de ocho, etc., y salida de tono de Tenorio, regocijado en lo íntimo por la plancha que se tirara Menchaquita al no haber podido asistir al baile, porque Menchaquita «le cae en pandorga» o sea mal, por sus atildamientos y correcciones.

—¿Conque el pobre Menchaquita se tiró su plancha y no pudo ir al baile ese? ¡Ha de estar furioso¡

—Tanto como furioso no lo está; pero sí desagradado con la burla que le hicieron......

—Él se tiene la culpa por andarse metiendo con esa clase de gente. No hay entre ellos uno solo decente, por más que son de la «high life»....

—Nada.... nada.... pero esto parece imposible!

Exclamación de Cuca Otamendi que ha estado abstraída revisando el periódico de arriba a abajo en la crónica del baile, y que lo tira descorazonada, después de convencerse de que en la lista de los asistentes no están inventariadas sus clientes las Alcomedo y las Rocamonda, para las que confeccionaron trajes y salidas de baile. La curiosidad no era por ellas, sino para ver qué se decía de los trajes; pero en la larga lista no había Rocamondas ni Alcomedos.

—¡Y que fueron, fueron!—decía Chayito.—Nosotras las hemos visto salir de la casa.... Como que fuimos a darles la última mano a los trajes!

—Que venga ese «petate» de Tafolla para que informe...... Habráse visto «rogón»...... ¿Por qué no baja?

—Es que no deja todavía la cama. Vaya usted a saber a qué horas regresó....».

—A las cinco de la mañana—observación de Menchaca «sisters,» que a esas horas estaban en pie ya, averiguando la vida y milagros de los vecinos.

—¡Chaneque.... ¡Capuliiiiiiiín....! ¿Qué sucede con el tartamudo? Baja o no?

—Allá va.... Ya se bañó y se está vistiendo....

—¡Qué baje como esté! ¡Qué caray! ¡Qué lo estamos aguardando!

—Sí, apúrele.... que baje....

A los pocos instantes, Tafolla, seguido del «Capulín,» hace su entrada triunfal en *toilette* de mañana. Pantalón de deshecho, alpargatas, y un saco color de aceituna, con el cuello levantado.

—¡Hombre, Demóstenes! «¡Deatiro te pelas!» Llevamos dos horas esperando para que nos cuentes cómo estuvo el baile ese....

—¡Caaaramba, her...... hermano! ¡Que hua.... hua.... hua....

—¿Te vas a poner a ladrar ahora?

—¡No.... Si diiigo que qué «hua.... pango!» ¡Como troooompada! ¡En mucho tiempo no volveremos a ver o.... o.... otro igual!

—Pero es verdad lo que dice el «informativo?»

Y leyeron el periódico a Tafolla, y llovieron sobre él las preguntas, y ante aquel aguacero de interrogaciones, Demóstenes sólo sabía contestar:

—¡Como troooompada! ¡Como troooompada!

—¿Usted también Tafolla? Pero hombre, parece increíble que usted también nos quiera tomar el pelo, contándonos «grillas» de ese tamaño....

—Pues si así fué.... Y aun fa.... fa.... falta! Qué bu.... bu.... bu....

—Buuuu.... ¿qué?

—¡Buuuffet! ¡Saaandwichs y pasteles y chaaampagne a pasto! ¡Dos botellas me sooopleeé yo solo!

—¡Con razón roncaba a las ocho de la mañana!

—¡El festín de los burócratas! (Tenorio.)

—¡Las orgías de Sardanápalo! (Chita.)

—¡Qué sarda.... sarda.... nápalo ni qué nada! Si yo no soy buuuurócrata, ni lo son Gaaaalíndez y Tovaaarcito y allí estaban! Con unos gua.... gua...

—¿Pero no acabarás nunca de ladrar?

—¡Guantes perla despaaampanantes! Y la viuda de Ra.... ra.... Ramirítoz!

—¿No lo decía yo bien? ¡Vaya una revoltura! ¡Qué cursis!

—Pero ¿no estaba la señora de Alcomedo? ¿Y las Rocamonda?

—Sí; allí estaban.... entre el mooonton....

—¿Es decir que no se distinguían por sus trajes? ¿No se detenían los concurrentes para vérselos?

—No.... No «pintaban»....

—No canse usted Cuquita (la profesora a Cuca Otamendi.) ¡Como usted no es modista «científica!»

—(Chayito.) ¡Seguro¡ ¡Sólo esas imperan!

—¡Pero es que los trajes eran de lo mejor! ¡Modelos de París! Pocas veces habremos hecho algo igual!....

—¡Pues no le quepa duda! (Tenorio.) En eso de que sus clientes no hayan llamado la atención ni hayan salido en la lista del periódico, hay una «intriga de los científicos»....

—¡Vaya usted allá, Tenorio! (Barbedillo.) ¿Cómo se han de andar metiendo hasta en eso?

—En todo, don Taco, en todo.... (la corchea madre.)

—¿Usted qué ha de decir? Como es usted de los de esa camada....

—¿Yo? Pero ¿por qué hombre de Dios?

—Pues y los adornitos eléctricos y su amistad con el diputado ese? ¿Y no tiene usted casa propia?

El palique continuó, metiendo cada cual su basa,

excepto el alma de Dios de Garaicochea, que no sabía sino asentir a lo que su consorte dijera, hasta que las Menchaca se acordaron que tenían que darle su desayuno al sobrino Fito, y la Garaicochea que rizar a la «corcheita» para que se fuera al Paseo, y Barbedillo que razurarse de a tostón, por ser domingo, en cuya virtud el cónclave se fué deshaciendo poco a poco.

Barbedillo, Andrade y Tenorio, bajaron juntos rumbo a la calle. En el patio los Orbecito se aprestaban a jugar el primer «match» del día, en unión de Fermín, vestido de limpio por estar, seguramente, en el mes del Centenario, y Paulinita, siempre trabajadora, peinaba un tupé rubio como una madeja de rayos de sol, sobre la monda cabeza del manequí que para el caso la servía. Quiso la mala suerte de Orbezo hacerle salir de su «cantón» (denominación de Tafolla para las viviendas) en momento en que don Taco y sus acompañantes pasaban, y Tenorio, que le tenían inexplicable «tirria» a Orbezo, aprovechó la ocasión para lanzarle una puya.

—Adiós, mi teniente coronel; ya sé que con el negocito del follaje se puso usted «las botas»....

—¿Sí, eh? ¿Y a usted qué le importa?

—¡Nada.... nada....! ¡Qué bueno es ser «achichintle» de don Porfirio! Pero ya se ha de cargar Patetas al viejo ese por mal distribuidor de la riqueza pública, y por «compadrero» y explotador de las masas....

—Oiga, señor Tenorio. Conmigo lo que quiera; pero con el señor Presidente general, no se meta usted, porque no lo consiento.

—¡Adiós! ¿Y por qué no? Es un viejo «chembo» que no sabe más que tiranizar al pueblo y darles beneficios a sus amigos como usted.

—¡No sea usted imbécil! Él ni me conoce siquiera,

ni fué él quien me dió lo del follaje; y si yo lo respeto y quiero, es porque se lo merece.... Y usted habla sólo de despecho.... Porque no le dieron eso que quería ser, de ayudante de gimnasia en la Normal, pues usted no sabe ni gimnasia ni nada!

Pequeño altercado sin consecuencia; mediación de Barbedillo; parada de orejas de la viuda de Zarzo, para informarse de qué se trata; en la puerta de calle, despedida general. Barbedillo se va a la peluquería; Tenorio al «ruso» a darse un remojón, y Andrade, sin programa definido, se encamina a la Alameda para oir un poco de música a la banda militar que ahí toca en esa mañana, y para esperar a Meches y Chayito, que deben ir a dar «su vuelta.» Ya la segunda está al caer; ya «mero» da a Andrade el codiciado «sí» y él se desvive porque sea antes de la preparación de los exámenes, que ya está encima, a fin de poder tener cabeza en calma y estudiar. La «pelada» es que aquella morena esbelta, airosa, con sus ojazos negros y su boca chirriquitina, de labios carnosos y rojos, y sus pies, unos piecesitos, menudos, siempre muy bien calzados con bota alta que deja ver una caña llena y redonda, le gusta que es una barbaridad.... La quiere formalmente; se le ha metido por la mitad del corazón, y si ella le corresponde y lo espera a que acabe la carrera, se casa con ella ¡qué caray!

¿Casarse? ¿Pero cómo? ¿Cómo, siendo tan pobre? Bueno; pero cuando sea abogado tendrá sus negocitos y podrá ganar algo.... Algo solamente, para empezar, porque los negocios grandes los tienen otros abogados; otra clase de abogados, que no sabrán la profesión y podrán ser unas «mulas,» pero que están muy bien con los gobernadores y los ministros y los magistrados....

Y Andrade veía planteado el problema de su fu-

turo en una lucha empedernida, para la que se requería mucha fe. El quería abrirse paso, en buena lid; a ley y trabajo; y hacerse conocer así, y adquirir reputación, y subir y tener de ese modo representación y dinero.... Siempre por su propio esfuerzo, sin tener que pedirle favor a nadie! No lo pediría.... y lo atajarían a la mitad del camino; le cerrarían el paso, como había visto que les había sucedido a otros. Ya él lo había podido palpar en la misma escuela; no lo distinguían lo bastante, a pesar de que tenía la conciencia de que estudiaba y sabía y se portaba como el mejor; apenas si uno que otro maestro le daba su lugar. Allí mismo había diferencias, desigualdades y castas de privilegio. Y si, concluída la carrera, optaba por ser empleado judicial, le sucedería idéntica cosa: comenzaría por ser un empleadillo infeliz, «choteado» por todo el mundo; para ascender, tendría que esperar mucho si no contaba con buenos «resortes» y «agarraderas.» Y aun ascendiendo pronto, no pasaría de perico perro, y se haría luego viejo, y se moriría pobre.... a no ser que dejara de ser honrado, y él lo habría de ser toda la vida! ¿Para qué diablos habría escogido aquella profesión? Era que le seducían la ley y la justicia y la equidad, que por entonces..... no andaban muy bien paradas! ¿Tendría la culpa de ello don Porfirio también?.... ¡No, pobre viejo!.... Él no; pero sí de muchas cosas malas tenían la culpa los que lo rodeaban, lo mismo que aquella forma singular de gobierno. Él, Andrade, que estudiaba entonces Derecho Público en la de Jurisprudencia, y que leía a Donoso Cortés y a Montesquieu y a Lastarria, amaba a la Libertad y creía fanáticamente en la Democracia. Y México, dijérase lo que se dijera, no era una Democracia.... ! ¡Qué va! Era un Imperio y don Porfirio el César Augusto; bueno,

porque no era entera ni voluntariamente malo; malo, porque no era enteramente bueno. Sin duda que era una imbecilidad y una injusticia muy grande achacarle a él ni a nadie que los trajes de la confección Otamendi no hubieran sacado ni accésit en el concurso del baile o creer que él hubiera intervenido en que Orbezo se ganara unos duros vendiendo ramas y heno; pero no era moral, sin duda, que Barbedillo se hubiera «embuchado» desde su casa, quitado de la pena y sin hacer nada, muy buenos cientos de duros en aquello de las instalaciones eléctricas, en lo que seguramente había mediado alguna influencia oficial; el dinero del pueblo se debe cuidar con celo y no darlo así..... Tenía razón la Polanco en querer que a las profesoras de escuela se las pagara mejor; pero antes que nada deberían cuidarse de quiénes eran las profesoras, para evitarse «timos» como el de ella misma, que enseñaba *arismética* y *gramática*, cuando estaba para aprenderlas. Era la rabia de la impotencia envidiosa la que aconsejaba a Tenorio «Truenos» para tronar contra el Gobierno, despechado porque no le habían dado aquella ayudantía de gimnasia sueca, por el solo hecho de tener tantas fuerzas como un buey; pero había algo de justo en el tronar de la «corchea madre» que quería que los de balcón bajaran a entresuelo, para que los de éste subieran a balcón, ya que aquel infeliz de Garaicochea, que con todo y ser un infeliz de carácter era un buen señor tenedor de libros, había echado los pulmones veinte años sobre los libros de contabilidad, viendo desfilar millones que se iban al extranjero, y no teniendo él más que el mismo sueldo mezquino con el que trabajosamente podía subvenir a las necesidades de su tribu. Y así había muchas cosas: si se interiorizaban, se veía que aquello andaba mal; las reparticio-

nes no eran equitativas; no se abría paso el mérito sino el favor; en todo lo que algo se rozaba con los dineros del Gobierno, había intrigas para poder alcanzarlos; y por eso que hubiera sus tormentas populares, su mar de fondo, y que el cielo político no apareciera despejado. Don Porfirio había hecho mucho por la Patria ¡qué caray! ¡El que lo negara era un bárbaro, mendaz, y nada justo! La Patria estaba allí, celebrando el primer Centenario de su Independencia, y demostrando que era autónoma, grande, rica, próspera y respetada por todas las naciones como entidad política. Pero...... eso era de la apariencia exterior del organismo; en lo interior había mucho podrido y mucho malo; y sobre todo, la renovación se imponía: había anhelos nobles de libertad; aspiraciones múltiples, que no hallaban cabida, buenas y malas; deseos sanos e impuros; ambiciones legítimas y otras reprobables, y las de buena cepa no podían saciarse; y Augusto acaso nada sabía de aquello, o no quería oir el apagado murmullo que venía de abajo y que bien podría convertirse en grito estentóreo y demanda formidable......

Había hecho mal en reelegirse por la cincuentava vez. Si se hubiera retirado, habría descendido cubierto de gloria inmarcesible y envuelto en la púrpura imperial; pero mal aconsejado, no lo había hecho, dizque porque así se lo habían exigido «los intereses creados» y la verdad era que la «había tronchado verde.» Si la elección se hubiera hecho legal, lo cierto era que habría triunfado Madero. Y si Madero era un loco y no daba la talla, como muchos decían, al que la plebe había seguido sólo por impresionamiento y por novelería, allá la culpa de esa plebe que lo elegía, que él recordaba haber leído en alguna de las cartas de Simón Bolívar,

«que los gobernantes, en las democracias, no deben adueñarse del poder indefinidamente, a riesgo de que llegue un loco y se los arrebate y haga de él una tea incendiaria.»

No; resueltamente no tenía razón aquel vividor de Barbedillo que le decía «Desengáñese, amigo Andrade.... Todo eso es música celestial.... lo único que cada cual busca es el quítate tú para que me ponga yo, y más vale pan malo conocido que bueno por conocer,» ni aquel Gordillo que, con su cara de idiota, no tenía pelo de tonto y decía: «Revuelvan, revuelvan antes de haber hecho ciudadanos, y ya verán lo que pasa...... Después no podrá arreglar esto ni el Sursum; tendremos mucha Democracia y Patria en cueros!»

Y así, monologando para su coleto, Andrade había llegado a la Alameda y había buscado asiento en una banca, y allí aspiraba el fresco ambiente de las frondas; volandero el pensamiento; perdida la vista en el pedazo de cielo recortado por el follaje, y descubierta al aire la cabeza, una cabeza de Enjolrás, de fino perfil y ancha frente, recortada por los rizos de una cabellera de «Apolo adolescente....»

CAPITULO III

Dos episodios

Había transcurrido un mes justo y los ecos de las últimas fiestas del Centenario se habían extinguido. La capital estaba como cansada, como ahita de tanto «panem et circensis» según clásica expresión de «Demóstenes.» Todo iba retornando a la vida habitual. Ya las últimas Embajadas extranjeras se habían marchado: los barcos de guerra de las naciones amigas, que habían venido hasta nuestros puertos a darnos los parabienes, habían levado anclas después de la salva de despedida..... Apenas si aquí y allá quedaban restos de las ornamentaciones: banderas y gallardetes, desgarrados y descoloridos por el sol y la intemperie; bastidores y bambalinas toscamente pintados y rotos, arrinconados en las calles; tablazones de estrados y yeso de estucos que se caían a pedazos.... «Staff,» apariencias, decoraciones de farsa y de escenografía ridículas, que Andrade pensaba que eran algo así, como la revelación de lo que el país era.

En la casona de «Las Moras» y en aquel crepúsculo vespertino, con las languideces de nuestros atardeceres otoñales, la decoración no había cambiado

gran cosa. Paquita Otamendi recorría el corredor de su vivienda repasando por quinta vez el Tratado de Anatomía. Paulinita en su «cantón» peinaba ahora un par de trenzas negras como el ala de un cuervo; la «Corchea,» que tenía que presentar examen de agilidad y de fuerza en el piano, destrozaba el «Motu perpetuo» de Raff, alternándolo con la «Tarantella» de Listz (y de aquello llevaba mortales cuatro semanas sin descanso suyo ni de los vecinos) y en la «República» todo mundo estaba puntual al estudio y se había hecho abundante provisión de café, conviniéndose en que, por economía y a sugestión de Tachita, sólo un foquillo incandescente podría arder hasta las doce de la noche; hasta esa hora se estudiaría, y «en rueda.» Ya estaban ahí los exámenes de fin de curso....

En aquella tarde, Andrade, de bruces en el barandal de uno de los corredores del «copete,» echaba un ojo al texto del Derecho Civil y el otro a Chayo que cosía una blusa en la entrada de la salita de su vivienda, aprovechando las últimas luces de la tarde. «Truenos,» en mangas de camisa, a horcajadas sobre una tosca silla de tule, con el libro en la diestra, echaba pestes contra Paca porque le quitaba la atención, y contra la «Corchea» porque no se la devolvía, y el «Capulín,» boca abajo en la cama, se «metía a lo hombre» en el obscuro cerebro, cómo se hacen las cuentas a interés compuesto, por día. Sólo Tafolla brillaba por su ausencia; de seguro estaba de «comadreo» en la casa de las Labariega, pues a él maldito el miedo que le infundían los exámenes; si pasaba con lo que sabía, bueno; y si lo «tronaban,» bueno también, que todo se reducía entonces a urdir una mentira que contar a los que de Indé le mandaban para seguir los estudios.

—¡Ya me revienta ese ídolo de tu cuñada, Andra-

de! En cuanto llega de la escuela, no pára la maldita con el «gran macetero» y el «pequeño macetero,» y el hioides y el esfenoides!..... Ya verás qué curso de Anatomía y Osteología nos va a dar el perico de las Menchaca, de puro oirla!

A lo que respondía la voz monótona y gangosa de Paca.—El tendón de Aquiles está constituído por un haz músculo-fibroso que se inserta en forma de....

—¡En ninguna forma se puede estudiar oyendo a esa arrastrada!

Y de golpe y porrazo «Truenos» cerró el libro.

—¡Métete allá dentro, hombre, y déjala a ella que estudie como se le dé la gana!.... ¡Ya quisiéramos nosotros ser tan macheteros!

—Ni envidia. Aprender así, no es aprender. Es incrustarse el texto en la mollera! ¡Pero a ella no le entra ni a diablazos!....

Tenorio, para tener algo qué hacer, se puso a tararear «La Viuda Alegre.»

—¿Pues y la otra? ¿Qué me dices de la otra con su «Tarantella?» ¡Para atarantar a los monolitos del Museo! Ta, ra, ra, ra, ra, tá...... tá, ra, ra, ra, ra, ra, tá.... Esto no parece una casa sino una escoleta de cuartel!

A esas alturas las imprecaciones de «Truenos,» se dejó oir, para más, y en el patio, un silbido con agudos y bajos, y luego otro y otro más.

—Ese es Demóstenes. ¿Qué milagro que llega tan temprano?

—Es que ya le está entrando «la del indio» y sabe bien que si no le «machuca» muy recio a los libros, se lo lleva la tristeza....

—¿Qué hay tú? (Andrade, respondiendo a los silbidos, desde el barandal del «copete.»)

—(Tafolla, desde el patio.) O.... o.... oyes, An-

dradito, heeeermano.... Echame desde ahí mi abrigo que está en la cabeeeecera de mi caaama...... Por favor....

—¿Pero no vienes a estudiar?

—Me voy un ratito al Cine con las Labariegas, y luego vengo a darle. Anda, échame el abrigo....

—¿No te lo dije? (Tenorio a Andrade). Este burro de Demóstenes le está atorando muy recio a Charo Labariega, y esto, a estas horas, equivale a perder el año...... ¡Está camoteando que es una barbaridad!

—¡Allá él! Como dice que su tema es «Malgré tout!» ....

Instantes daspués el abrigo de Tafolla descendía desde el tercer piso, haciendo contorsiones como de un pelele arrojado al vacío, hasta llegar a las amorosas manos de su dueño en el patio.

—¡Gracias, «vale» ..... Hasta luego...... Hasta lu.... lue.... luego, Paquita. No estudie tanto porque se le va a secar la «pensadora» (la cabeza).

Ya no se veía; la noche iba cerrando; la troglodita Filo había encendido el único foquillo de la escalera, y la «Corchea» había dejado en paz a Listz y Raff, porque la luz se economizaba mucho en el cantón Garaicochea. Paca también ya no gangeaba la anatomía, pero en cambio la semi-corchea había comenzado a toda voz aquello de «Marieta.... no seas coqueta» .... y ya se sabía que la canción duraba noventa minutos invariables; de 6 a 7.30 minutos p. m., «sin aflojar.»

Tenorio se puso a escribir en la destartalada mesa única que en la «República» existía, y que lo mismo servía de pupitre que de mesa de juego, o de blando lecho en ocasión en que algún amigo, huésped trasnochador, llegaba hasta «el copete» pidien-

do asilo. Andrade se tiró a la bartola en su cama, y se puso a pensar....

Andrade tenía dos debilidades literarias: Víctor Hugo y Vargas Vila. Se sabía de memoria «Les Lions» y «Les Djins» y capítulos enteros del «Hombre que ríe» y del «Año Terrible.» Y muchos de Vargas Vila, incluso la tremenda cochinada de «Los Tres Lirios,» y antes que nada, del «Verbo de Admonición y de Combate.» ¡Qué bien escribía el hombre! ¡Qué fibra en aquella prosa de renglones cortes y duros como saetas!

Pero entre todos los personajes novelescos, predilectos para Andrade, ninguno como aquel Enjolrás de Víctor Hugo en «Los Miserables.» Ese era su más acabado tipo; y cuando lo estudiaba y lo meditaba, llegaba a sentirse algo Enjolrás. Tener, con la facilidad de la palabra y la enhiesta apostura del gladiador tribunicio, el culto a la libertad y al amor ardiente a la idea redentora, la seducción de las multitudes y la gratitud admirativa de los oprimidos, era su más adorado ideal. Y se imaginaba lo que él sería en la ocasión propicia, haciendo tribuna heroica de cualquier guardacantón de esquina; animando y entusiasmando a las masas con su verbo todo fuego; electrizándolas hasta hacerlas prorrumpir en las sonoras estrofas del Himno Nacional.... y él llevado en hombros, aclamado hasta el delirio, sobre el pavés, no como el vulgar torero triunfador en la odisea de sangre, sino como el hombre superior y predestinado, capaz de llevar hasta el alma popular el pan eucarístico de la verdad, de la justicia, del derecho siempre augusto, y haciendo de los irredentos y miserables hombres que adquirieran el soberbio gesto del «Cives romanus suum!»

Y así meditaba, con los ojos clavados en el desteñido cielo raso; las manos enclavijadas en el occi-

pucio, sirviéndole de almohada; tumbado sobre la cama y divagando deliciosamente sobre aquellas perspectivas que le atraían y le atraían irresistiblemente, cuando se acordó de que en aquella noche tenía una cita con la Chayito, a las diez pasadas, una vez que Filo hubiera dado vuelta a la llave de la luz de la escalera, para apagarla......

Adoraba a la tal Chayo. Se le había colado de rondón en el alma, y en sus noches de vigilia la veía cada vez más radiosa, más seductora, más espléndidamente atrayente, con sus cabellos negros como la endrina; sus ojazos de emperatriz indiana; su busto erguido y lleno y su cuerpo airoso, que se iba moldeando y moldeando cada vez con más perfección, por obra de sus diecisiete abriles....

Ya casi le había correspondido; en aquella noche se finiquitarían las cosas y se plantearía tal vez un compromiso que dejaba dibujar en la lontananza del porvenir un altar engalanado, una boda de amor y un hogar esplendente de felicidad...... Cierto que Chayo tenía sus relices de carácter y sus flaqueos de imaginación. Quería, por lo que entenderse podía, ir muy arriba: llegar pronto a «figura;» tener dinero para gastar lujo; no dejar en la penumbra su belleza; y todo eso, cuanto antes mejor..... Se sentía bonita y era mujer y ¡qué caray! pensaba lo que cualquiera otra hubiera pensado y quería lo que otra cualquiera en su lugar hubiera querido también. Por fortuna él se sentía hombre para conquistar para aquella mujercita querida, todo cuanto pudiera exigir, una vez que él fuera señor abogadazo, como lo sería, y para pagar de algún modo la conquista misma de ella para él.... Chayo era toda una mujer. A diferencia de aquella paliducha de la «Corchea,» por ejemplo, esmirriada y rumbo a la tisis, que, cuando le daba la mano, no

dejaba de estrechársela con cierta efusión. La «Corchea» podría tener todo el buen talento que se quisiera; saber mucho y ser toda una mujercita de su casa.... pero ¡qué diferencia! Chayo.... Chayo se llebava de calle la ventaja.

—Bueno, compadre...... ¿qué dices? ¿Estudiamos, o nos vamos un rato al Club después de cenar?

La proposición era de Tenorio, y Quico contestó:

—¡Maldito el chiste que tiene ir al Club! La verdad es que no me divierte la cosa. Ninguno de los oradores que hay allí son «medallas» (alusión a que no eran dignos de premio).

—Sí.... los que has oído. Pero hoy en la noche van a hablar Brizuela y el negro Echeverría, el de «Ingenieros» y ese que escribe en la prensa de oposición.... ¿Cómo diablos se llama? Ro.... Ro.... ¡Ah, sí! Rovirosa...... eso es, Rovirosa. Y dicen que es flor y nata, y que tiene unos arranques.....

—Bueno.... bueno. Veremos. La verdad es que yo no tengo ganas de estudiar...... no sé que tengo, pero mi cabeza no está para «embutirme» los artículos del Código.

Lo que Andrade tenía era la imagen de Chayito clavada en la mitad de las retinas, adelantando en su imaginación la escena de las diez de la noche.

—Pues entonces—agregó Tenorio—no hay que discutirlo; iremos un rato al Club y llevaremos a Demóstenes para que aprenda oratoria, y a Chanequito, aunque sea a remolque, para que aprenda a ser hombre y oiga las honras de su paisano Don Porfirio.

Y todavía se pasaron una hora en grata indolencia Andrade y «Truenos,» mientras el «Capulín» daba por fin pie con bola en aquella endemoniada cuenta de interés compuesto, que le había costado un bloque de papel y todo un lápiz.

Cuando bajaron a cenar, Chayo estaba esperando a Andrade en el pasillo de la escalera, y entre los dos se cruzó este rápido diálogo:

—A las diez, ¿eh? pero en punto....

—En punto de las diez ¿aquí?

—Sí.... aquí......

—¿No me va usted a hacer una «tanteada,» Chayito?

—¡Jesús! ¡Qué hombre tan desconfiado!....

Andrade sintió que el corazón le daba media docena de saltos mortales, pensando que a las diez en punto le daría por fin el codiciado *sí* aquella mujercita de sus desvelos. Ya lo creo que estaría puntual a las diez, así lloviera, tronara y relampagueara!

No llovió precisamente, pero sí tronó y aun relampagueó, como vamos a verlo.

En grata compañía de los esposos Barbedillo, de Garaicochea, que iba casi a diario a la tertulia de la hora de cenar; de su siempre descontenta consorte y de aquel inconmovible Gordillo, el hombre enigma, y en aquella vez de la profesora que, como «gorrona» (epíteto de Tafolla) aprovechaba bien cuanta oportunidad se le presentaba para echar un «taco» de algún «antojito,» Andrade, Tenorio y Chaneque cenaron. Tafolla aun no se «aparecía» para el «rancho,» entretenido con la Labariega.

Por supuesto que durante la cena la «Corchea madre» no dejó, como lo acostumbraba, de echarle sus «breas» (críticas) al Gobierno y a los ricos, sin que la mansedumbre de Garaicochea pudiera evitarlo. Ella, la «Corchea,» no se «descosía» hablando del Gobierno todas las pestes que dentro llevaba contra aquél; pero en cambio sí lo hacía al referirse a los ricos, contra los que trinaba, sin importarle si la riqueza era bien o mal habida ni hacer distingos, y todo por el capítulo de que, si mañana o pasado

se moría Garay, ella y los Garaycitos se quedaban a la luna de Valencia, lo mismo que si mañana o pasado, los patrones lo despedían por viejo e inútil.

—Por eso es buena la previsión...... Hay que hacer ahorros, economías.

—Sí, don Taco..... Eso lo dice usted que puede hacerlo; pero uno que tiene forzosamente que ir al día......

Y Garaicochea pensaba que aquello de ir al día se debía en buena parte al imprudente deseo de su consorte, de querer alternar con los de más alta categoría, y de no «ser menos» que nadie, así fuera el mismo Creso.

Al oir aquello Gordillo, se sonreía enigmáticamente...... Ese sí que tenía su psicología muy especial: para nadie era un misterio que Gordillo estaba «amarrando» dinero; parecía increíble que aquel tío, con su indumentaria prehistórica, su facha de idiotón, que se hacía él mismo la comida y lexiviaba su ropa según decía Tafolla, y que siendo solo podía gozar de la vida, no saliera para nada de su paso, majando el plomo todo el día; quemándose las manos con el soldador y el soplete; sudando la gota gorda, inerte a todo, al parecer, y dando por toda respuesta, cuando alguien le echaba en cara su tacañería, que lo mejor en la vida es tener un *pentagrama* y saber no salirse de él.

—Gordillo; ya vió usted la zarzuelita esa nueva que estrenaron en tal teatro?

—No, señora.

—¿Y por qué? Dicen que es un primor.....

—Porque como fuí al teatro el mes pasado, ahora no puedo volver a ir hasta el mes que entra.... No hay partida en el presupuesto de este mes....

Ya al concluir la cena. Tenorio insistió con Andrade para que fueran un rato al Club; hasta el

propio «Capulín» no mostraba ya resistencia en asistir en calidad de curioso. ¿En qué cosa iban a matar el tiempo desde las ocho y media hasta las diez si no tenían ganas de estudiar? Además, era necesario oir a Brizuela y al compañero Echeverría, y sobre todo a aquel Rovirosa, que era un «pico de oro» según se decía. ¿Quién iba a poder estudiar con esa «balumba» que armaban en el patio los Orbecito y Fermín? Andrade tuvo un momento de debilidad y accedió. Así se daría tiempo para aquella cita que lo tenía nervioso. Que iba a poder estudiar si estaba que «se le quemaba la calabaza» porque dieran las diez! Total, al Club.

Todavía en el camino, Chaneque, como buen indio, iba receloso y desconfiado, preguntándole a «Truenos:»

—Pero, oyes, Tenorio, ¿de veras no hay peligro? No sea que vaya uno a comprometerse, porque no tendría ningún chiste que «se lo apergollaran» a uno en Belén por revolucionario, y en tiempo de exámenes, y.... se perdiera la beca!

—¡No, hombre.... No seas gallina! No pasa nada. Y sobre todo, es necesario que vayas aprendiendo a ser ciudadano....

Los recelos de Chaneque obedecían a que aquel famoso Club no era de billar ni de ajedrez, pues que era nada menos que el Club «Amigos de la Democracia,» con su respectivo lema de «Voto, Igualdad y Trabajo;» es decir un Club de neto color político, nacido al calor de la elección Presidencial de 1910, por la perseverante campaña política de don Francisco I. Madero, y que sobrevivía a la ya consumada elección presidencial. Por cierto que el Club no era ni había sido maderista, y no habiendo ya campaña electoral, si se reunía aún, era para seguir propugnando, según expresión de Tenorio, por los sacro-

santos derechos de la libertad y a fin de hacer obra de democratización.

Ni Andrade, ni Tenorio eran tampoco socios. Conocían el Club por haber concurrido en algunas ocasiones a él, a fin de oir a sus oradores y entre ellos precisamente a Madero, ocasión en la que cada uno había salido con un concepto bien distinto del hombre. Según Tenorio, en Madero «no había toda la fibra necesaria;» no tenía «bastante ley,» lo que significaba que no había en el sujeto toda la vehemencia y el ardor oratorios que Tenorio quería, dado su carácter. No podía negarse que «el chaparrito» como llamaban a Madero, era «muy hombre,» ya que atacaba al Gobierno a cara descubierta; pero le faltaban empaque, arrogancia, tono de desafío. El propagandista causó muy distinta impresión en Andrade: lo vió enérgico sin propasarse; bien intencionado; un positivo amante de la democracia y de la libertad; un convencido, un sincero apóstol que, si no seducía con galas de lenguaje ni con exquisiteces de estilo, sí conquistaba con su apariencia afable, y con su misma llaneza de palabra. Sinceramente se había hecho su admirador, mientras que «Truenos» sólo muy tibiamente y con repulgos.

Cuando llegaron al Club, hablaba Brizuela a la luz de seis foquillos eléctricos de gastadas energías, amarillentos y caducos, encaramado en una tribuna improvisada con un gran cajón recubierto de lienzo tricolor, y cuatro barrotes forrados de idéntica manera. Por auditorio, una cincuentena de concurrentes; híbrido auditorio en que había estudiantes y obreros y algún farmacéutico y algún abogadete novel y hasta un trío de señoritas cubiertas con negros chales. En la pared de fondo del salón, pendía el estandarte del Club, que así parecía querer cobijar a la «Directiva,» compuesta de Presidente, Secreta-

rio, Tesorero sin tesoro, y media docena de Vocales, todos ellos serios, circunspectos, como posesionados de sus altas funciones. Aunque a Andrade todo aquello le parecía algo ridículo, *a prima facie*, luego reaccionaba impugnándose a sí mismo tal idea; no había que ver la cosa por ese lado, que al fin y al cabo, así nacen, así se incuban y así se organizan las democracias; humildemente y sin aparatosidad; en la atmósfera sencilla respirada por los que en ella esperan.

Brizuela. ¡Bah! Si a Brizuela lo conocían hasta en «estofado.» Era uno de la de Agricultura, muy «parrandero» y «entrón.» Mediano estudiante pero gran amigo, y muy simpático sobre todo. Bien es que, como orador no valía, la verdad, gran cosa; todo se le volvía lugares comunes. No salía de aquello de «las ignominiosas cadenas que había que romper» y de la «odiosa tiranía» y de la «emancipación de las masas» y otras cosas por el estilo. No lo ayudaba la voz y no sabía accionar; parecía una «chicharra» en la tribuna; no convencía. Y así fué como, en efecto, al bajar del mueble aquel, sólo oyó una media docena de aplausos.

—Se va a dar, por disposición del señor Presidente, lectura a algunas nuevas cartas de adhesión—dijo el Secretario.

—Por supuesto que tenían que ser nuevas, pensó para su coleto Andrade, pues no habían de volver a leer las viejas.

Y el C. Secretario, con voz atiplada y de carrerita, leyó las cartas en cuestión, en mitad de un sepulcral silencio del auditorio.

—Tiene la palabra el C. Echeverría.

Echeverría resultó la segunda edición de Brizuela; no «cuajó» como orador en la media hora de perorata.

—Así la echan a perder—decía Tenorio—¿Cómo quieren, después, tener gente? Mejor lo haría yo, y no me atrevo....

Razón había, pues, para que el «Capulín» se hubiera dormido. El muy tarugo roncaba como un gato!

Y Andrade pensaba: ¿De dónde sacan valor estos gaznápiros para improvisarse oradores? ¿Cómo se atreven? ¡Qué audacia y qué descaro! ¡Como si el ser orador fuera como ponerse a comer cacahuates!

Cuando Echeverría bajó de la tribuna, sólo obtuvo el aplauso del trío de damiselas de chal, lo que hizo que «Truenos» fijara en ellas su atención, hasta llegarlas a identificar.

—¡Con razón aplauden!

—¿Por qué dices eso?

—Son las dos hermanas y la novia del interfecto —murmuró.

—¿Por qué no nos vamos? preguntó Chaneque despertándose.—Esto, la verdad, aburre más que las cuentas de interés.

—Espérate, hombre, que ahora viene lo bueno.... Rovirosa! ¡Este sí que es «señor cartucho!»

—Tiene la palabra el C. Rovirosa,—dijo el Presidente.

Y al levantarse el aludido de su asiento, una sonora salva de aplausos acogió su presencia.

Rovirosa, sonriendo amablemente, se adelantó hasta la mitad del estrado; hizo una solemne reverencia, y con paso majestuoso se encaminó a la tribuna, estirándose los puños que por nada de estas nueva cosas querían siquiera asomarse por entre las mangas del jaquet. Al «abordar» la tribuna, nueva estruendosa ovación y nueva zalema; una tos para aflojar las vocales cuerdas, y el orador «se arrancó.»

—Señores, vengo a deciros que la Humanidad existe....

Con aquella frase sola, Andrade sintió en la médula un frío extraño.... Era de su repertorio! Del protagonista del «Hombre que ríe»! ¡de Víctor Hugo....! No, y la verdad era que Rovirosa sabía perorar. Aire, modales, voz, manera de accionar, todo lo ayudaba; y más que nada, conocía la psicología de su auditorio y por eso que regalara sus oídos con frases retumbantes y adjetivos como luces de Bengala. Se lucía el hombre; pero sin querer o de adrede, fuése exaltando, creciéndose, culminando.... Las imprecaciones pasaron rápidamente del rojo simple al rojo blanco, hasta hacer extremecerse al auditorio; los cargos formidables no eran de una catilinaria sino de una maratina audaz: aquello ya no era un discurso: era una serie de disparos con catapulta, que arrancaba ya no aplausos, sino positivos bramidos del auditorio entusiasmado!

—¡Qué bárbaro!.... ¡Qué bárbaro!.... ¡Eso es dinamita pura!—decía Andrade, medio sobresaltado por tanto valor civil.

—¡Magnífico! ¡Soberbio!—gritaba «Truenos.»—A este le dan la oreja y vuelta al ruedo!....

—Oyes «Truenitos,» francamente yo creo que me voy.... Esto está muy fuerte—decía Chaneque, positivamente sobrecogido por el espanto.

—¡Espérate, hombre! No seas.... ¡Que acabe y nos vamos!

Y aquella esperada fué la que perdió al pobre «Capulín,» como veremos.

Por aquellas alturas, Andrade consultó su reloj; diez para las diez. Y de estampida, sin decir adiós ni explicar el por qué de su conducta, abandonó al salón y a sus cofrades.

A las diez en punto estaba en el pasillo de la esca-

lera de la casona, en momentos casi en los que Filo sumía en la obscuridad a la dicha escalera, dándole una media vuelta a la llave de la luz.... Un minuto de espera y una fantástica forma de mujer, aproximándose medrosa. Otro minuto más y una de las tibias y carnosas manos de Chayito entre las inquietas y nerviosas de Andrade. Luego, el dulce coloquio en voz baja, tan baja que apenas si se podía percibir algo.

—¿Pero me querrás toda la vida?

—¡Te adoro....!

—Cuidado con que más tarde te arrepientas.....

—..........

—Apúrate mucho, mucho, para que pronto te titules y nos casemos.

—¡Vida mía, mi Chayito!....

—..........

—¿Cada cuándo hablaremos?

—Hay que tener mucho cuidado; ya ves que Cuca es muy «resabiosa»....

—..........

—¡No.... no.... ni me lo digas! ¡Eso es imposible!

—¿Por qué eres tan cruel?

—Ya te digo que no; confórmate por ahora, con que te haya correspondido....

Un murmullo cada vez más apagado de voces que disputaban dulcemente, implorando la una con fervor, y negando la otra con desgano; y por final heroico, otro murmullo más leve aún, inmortalizado por la rima de Bécquer y cantado por Rostand en el Cirano. Un dulce beso que se produjo en plena sombra como un destello rápido, fugaz y divino!

Chayo, toda compungida, buscó asilo en su vivienda, mientras Andrade subió de cuatro en cuatro las

escaleras, rumbo al «copete,» con una temperatura de tifus exantemático.

En la «República,» estaba el ínclito Tafolla. ¿Estudiando? No señor. Jugando un «solitario» de baraja.

Larga media hora transcurrió aún para que resonaran en la puerta de la calle los inconfundibles (por tremendos) aldabonazos con los que llamaba Tenorio a la portera, y dos minutos después, entraba él mismo en la vivienda como un ciclón, pálido, agitado y crispados los cabellos, ya de espanto o ya de indignación.

—¡Ya fastidiaron al «Capulín!»

—¿Cómo? ¿Qué le pasó?

—¡Que se lo arrearon para la «tlapilolla!» (cárcel).

—¡Cómo!...... ¿Pero cómo fué eso? ¿Chaneque preso?

Entonces «Truenos,» con voz entrecortada, que así era lo que había corrido, y mezclando con la narración cada adjetivo detonante que apagaba el foquillo de luz, refirió cómo, a poco de salirse Andrade y cuando Rovirosa llegaba a la cúspide de su peroración, una voz grave y recia había resonado fatídicamente a las puertas del salón del Club, diciendo:

—¡Nadie se mueva, señores!

Era la de un comandante de gendarmes que, con varios de éstos, había invadido, sin que se le sintiera, el salón, para arrearse a los concurrentes a la sesión. ¡Y ahí había sido Troya! Si unos se habían quedado de a «ocho» esperando que les echaran el guante, como pajarillos dados, otros se habían agazapado debajo de las bancas y otros más habían pretendido saltar por los balcones. El Presidente, trémulo, giraba como una peonza; uno de los vocales

tartamudeaba excusas, y Rovirosa, impávido, con los brazos cruzados sobre el pecho y en dramática actitud, permanecía en la tribuna, en tanto que él, Tenorio, pensando «a mí no me empantanan» había buscado la salida, remolcando a «Capulín;» les interceptó aquélla un gendarme y ¡paf! de un «mamporro» lo tendió; pero ya en la puerta, otro más les salió al paso y los detuvo; él pugnó, se desasió y echó a correr; pero el pobre de Chaneque se había quedado «atorado» entre las férreas manos del «cuico» ....

—¡Y de seguro, se lo «bombearon!» —concluyó «Truenos.»

—¡Caray! ¡Qué barbaridad! ¡Pobre Chaneque!....

—Yo, si no ha sido por el «guamazo» que le asesté al «tecolote» aquel, y por mi fuerza de piernas, no regreso al domicilio.

—Peeeero hombre.... ¿Para qué se a.... a...... andan metiendo entre las paaaaatas de los caaaaaballos?

—¡Con un....! ¿Pues qué, nunca hemos de tener democracia? ¡Esto es un solemne atropello! ¡Una violación de las garantías individuales! ¡Vivimos entre esbirros y sayones......! ¡En la dictadura! Por eso decía muy bien Rovirosa. Hay que acabar de una buena vez; contra la opresión, la fuerza y contra las iniquidades, tiros! ¡Abajo la tiranía! ¡Abajo la dictadura! ¡Muera Díaz!

—¿Naaaada más eeeeso decía eeeeese amigo?

—¡Sí, señor, y muy bien dicho!

—Eeeeentonces, con razón se los fu.... fu.... fumaron!

—¿Y la libertad de reunión? ¿Y los derechos del hombre?

—Sí, Tenorio, sí.... pero la verdad es que Rovirosa se excedió. Ya eso es francamente sedicioso,

escaleras, rumbo al «copete,» con una temperatura de tifus exantemático.

En la «República,» estaba el ínclito Tafolla. ¿Estudiando? No señor. Jugando un «solitario» de baraja.

Larga media hora transcurrió aún para que resonaran en la puerta de la calle los inconfundibles (por tremendos) aldabonazos con los que llamaba Tenorio a la portera, y dos minutos después, entraba él mismo en la vivienda como un ciclón, pálido, agitado y crispados los cabellos, ya de espanto o ya de indignación.

—¡Ya fastidiaron al «Capulín!»

—¿Cómo? ¿Qué le pasó?

—¡Que se lo arrearon para la «tlapilolla!» (cárcel).

—¡Cómo!...... ¿Pero cómo fué eso? ¿Chaneque preso?

Entonces «Truenos,» con voz entrecortada, que así era lo que había corrido, y mezclando con la narración cada adjetivo detonante que apagaba el foquillo de luz, refirió cómo, a poco de salirse Andrade y cuando Rovirosa llegaba a la cúspide de su peroración, una voz grave y recia había resonado fatídicamente a las puertas del salón del Club, diciendo:

—¡Nadie se mueva, señores!

Era la de un comandante de gendarmes que, con varios de éstos, había invadido, sin que se le sintiera, el salón, para arrearse a los concurrentes a la sesión. ¡Y ahí había sido Troya! Si unos se habían quedado de a «ocho» esperando que les echaran el guante, como pajarillos dados, otros se habían agazapado debajo de las bancas y otros más habían pretendido saltar por los balcones. El Presidente, trémulo, giraba como una peonza; uno de los vocales

tartamudeaba excusas, y Rovirosa, impávido, con los brazos cruzados sobre el pecho y en dramática actitud, permanecía en la tribuna, en tanto que él, Tenorio, pensando «a mí no me empantanan» había buscado la salida, remolcando a «Capulín;» les interceptó aquélla un gendarme y ¡paf! de un «mamporro» lo tendió; pero ya en la puerta, otro más les salió al paso y los detuvo; él pugnó, se desasió y echó a correr; pero el pobre de Chaneque se había quedado «atorado» entre las férreas manos del «cuico» ....

—¡Y de seguro, se lo «bombearon!» —concluyó «Truenos.»

—¡Caray! ¡Qué barbaridad! ¡Pobre Chaneque!....

—Yo, si no ha sido por el «guamazo» que le asesté al «tecolote» aquel, y por mi fuerza de piernas, no regreso al domicilio.

—Peeeero hombre.... ¿Para qué se a.... a..... andan metiendo entre las paaaaatas de los caaaaaballos?

—¡Con un....! ¿Pues qué, nunca hemos de tener democracia? ¡Esto es un solemne atropello! ¡Una violación de las garantías individuales! ¡Vivimos entre esbirros y sayones......! ¡En la dictadura! Por eso decía muy bien Rovirosa. Hay que acabar de una buena vez; contra la opresión, la fuerza y contra las iniquidades, tiros! ¡Abajo la tiranía! ¡Abajo la dictadura! ¡Muera Díaz!

—¿Naaaada más eeeeso decía eeeeese amigo?

—¡Sí, señor, y muy bien dicho!

—Eeeeentonces, con razón se los fu.... fu....fumaron!

—¿Y la libertad de reunión? ¿Y los derechos del hombre?

—Sí, Tenorio, sí.... pero la verdad es que Rovirosa se excedió. Ya eso es francamente sedicioso,

revolucionario, alterador del orden...... No es juicioso.

—¿Y nos vamos a dejar toda la vida como unos borregos?

—No, pero los medios son otros, a lo menos por ahora. Más tarde, ¡quién sabe! Acaso haya que llegar hasta las barricadas y el motín, agotados los recursos lícitos....

Y Andrade, que era el que tal observaba, se veía ya sobre la barricada, bandera en mano, arengando a las multitudes y con Gavroche al lado, en su papel de Enjolrás.

—Lo maaalo es que en eeeesto coooomo en todo, se rererererevienta el hilo por lo más deeeelgado! Porque el pobre «Caaaapulín» no la debe! ¡qué caray!

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer por él? Hay que hacer algo....

—Pues ver mañana al licenciado Trujeque. Ese es de pelo en pecho, y o lo saca en libertad, o le echa encima toda la estudiantada al Inspector de Policía.... ¡Qué canallas! ¡Esbirros! ¡Atropellar así a la libertad!

Aquella noche no hubo estudio en la «República,» pues los ánimos no estaban para pajarillas. Cada cual, en consecuencia, se fué a su cama, quedándose vacía la del pobre indito Chaneque. Qué noche y qué noches, acaso, habría de pasar el infeliz, sumido en un calabozo, en una mazmorra infecta, víctima de la tiranía.... o de su curiosidad! Eso sí, quedaría ungido; catalogado como defensor del pueblo; así lo merecía.

Y en la semivigilia de la tal noche, por el calenturiento cerebro de Andrade, pasaron en sueños mil visiones. Los jurados en su examen de Derecho Civil. Los artículos del Código bailando una zaraban-

da de locos; Rovirosa portentosamente airado, en la tribuna del Club, perorando a voz en cuello...... La policía esgrimiendo sendos garrotes ... «Truenos» tronando y.... corriendo.... Y el «Capulín» el pobre «Capulín,» en un calabozo obscuro y húmedo, sentado en el suelo y reprochándoles tristemente:—«Por ustedes estoy sumido aquí, y voy a perder el año....» Y en medio de toda aquella barahunda, circuída de luz auroral, soberbia de belleza, magníficamente hermosa, incitadora y provocativa con su juventud, Chayo, Chayito, murmurando apasionada en los oídos de Andrade:—¡Sí.... te quiero.... te quiero mucho! y dejando en sus labios el primer beso de su vida de mujer, la primera ofrenda de su alma desflorada por el amor, en un espasmo arrobador e inolvidable!

CAPITULO IV

En marcha

Había pasado otro mes, escaso este último, y en la casona de «Las Moras» no había ocurrido nada extraordinario ni visible, a no ser la llegada de un nuevo huésped que había venido a ocupar el «vacío» que había en el piso del «copete;» el capitán Tajonar con su señora y una niña, al igual de Mandujano, que era su vecino del frente. También había que las Menchaca se las habían «espantado» ya en lo del noviazgo de Andrade y Chayo (todo lo habían de averiguar aquellas malditas viejas! – Tafolla); que la «Corchea madre» estaba cada vez más picada de la araña política, y que Chaneque había retornado al nido después de veinte días de prisión y bajo fianza, por «suspensión del acto reclamado» en el juicio de amparo que piadosamente había interpuesto a su favor el licenciado Malabehar, porque el otro, el famoso Trujeque, con todo y su gran amor a los «oprimidos» y su entusiasmo por defender las «causas de los redentores» no había querido dar paso si no se le adelantaba algo de «mosca» vulgo horarios, y esto había sido imposible, porque en la casa de

«Las Moras,» con todo y haber muchos de «ideas avanzadas,» no se habían reunido ni tres duros en la cuestación hecha al efecto.

Tajonar era un tipo simpático y atrayente; apuesto, fornido, con su rostro de bien delineadas facciones y con su negro bigote de levantadas guías, había caído bien a todos, excepción hecha, por supuesto, de «Truenos» que tenía una inexplicable repugnancia para con los federales. Con el que mejor había confrontado Tajonar, era con Gordillo y gracias a esto se sabía algo de su historia. Había sido del Colegio Militar, al que había tenido que abandonar después de dos años, por «falta de combustible,» o sea, por falta de medios para seguir la carrera, pasando en calidad de subteniente a un batallón de infantería. De humilde origen, era, sin embargo, de cultivadas maneras; siempre hablando con cariño de sus «juanes» sus soldados y su cuartel, se lamentaba únicamente de contar catorce años de servicio activo, con dos campañas, la del Yaqui y la de Yucatán, sin haber logrado pasar de capitán primero, cuando otros «destripados» de su tiempo ya eran mayores y hasta tenientecoroneles.

—La de malas, señor Gordillo, ¡pero ya será, que lo que es por cosa mía no ha de quedar!

La señora de Tajonar era una «fifirichita» chiquitina, muy amable también y muy agradable, que había hecho muy buenas migas con la de Mandujano, no tan sólo por vivir inmediatas, sino por aquel par de querubines, casi de la misma edad, como eran sus hijitas, las que, haciendo pininos, correteaban alegremente por los pasillos.

No están de acuerdo los cronistas para consignar cómo fué que las Menchaca se habían informado de las relaciones de Chayo y Andrade, ya que estos tomaban toda clase de precauciones para echar sus

párrafos amorosos; pero lo cierto era que el par de momias aquellas, se las habían «espantado» desde la primera semana. No podría decirse que la «reservada» no funcionaba admirablemente.

El incremento de rabia oposicionista de Chita provenía de una «pesadez» que les habían hecho las Labariega, a las que les daba por ser de la «high life.» Era el caso que habían convidado a las Garaicochea para un «five o'clok tea danzante.» (¿Usted sabe lo que es eso, mi alma?—decía Chita a Cuca Otamendi.—pues darle a uno té con pasteles y baile!) Que una vez en el «tea» famoso, no habían dejado de hacerle puches y dengues al traje de la «semicorchea» porque estada algo largo y a la legua se conocía que era herencia forzosa de la «Corchea,» de la que invariablemente la hermana menor resultaba heredera en primer grado.

—Bueno, ¿y qué? Creerán las rotas esas què ellas me enseñan de modas y de eso, cuando a ustedes les consta que aquí recibimos (las que lo recibían eran las Otamendi) «La Moda Elegante» y «El Miroir de la Mode» (así como escrito, pronunciado) y todo lo que enseña cómo debe uno vestirse? ¡Ellas sí que estaban ridículas de veras!

Que, sobre eso, habían criticado a la «Corchea» en la magistral ejecución que, en su obsequio, había hecho del «Mottu perpetuo» de Raff, cuando era nada menos que su pieza de fuerza, la que le había valido accésit en el Conservatorio de Música, crítica que era una falta de educación imperdonable, aunque si bien se veía, no habían sido precisamente las Labariega las del «choteo» sino otras cursis de las concurrentes. Y que, finalmente, al marcharse aquélla, en vez de haberle ofrecido el automóvil a Chita y su prole, se lo habían ofrecido a la señora

de Cantalapiedra, nada más que porque era esposa de uno del Gobierno....

—¿Ha visto usted? Creerán que están facultadas para todo por la copa de champaña que dieron, cosa que es un disparate, pues lo que deberían haber dado eran unos *sángüiches!* ¡Me van a enseñar a mí! ¡Pero ya será, Cuquita! En cuanto los tiempos cambien, y tengamos otro «orden de cosas,» que ya Garay se está moviendo para cuando eso suceda! ¡Ya verá usted entonces!

La libertad del «Capulín» puso en positiva conmoción a toda la casa. El día en que obtuvo aquélla, mediante las gestiones y hasta la fianza del buen licenciado Malabehar, «Truenos,» Demóstenes y Andrade, con media docena más de estudiantes, fueron por él al Juzgado, y lo llevaròn en triunfo a la casa. La misma Paulinita Ventoquipa, envuelta como siempre en su abrigo de estambre, le dió un abrazo. Para celebrar el fausto acontecimiento, las Otamendi se «abrieron» con una botella de jerez, (Pálido Superiror.—Importación directa para el «León de Oro.»—Jacinto Zumalcárregui y Andueza.—Importador.) Barbedillo, con los pasteles, y la «República» con dos paquetes de triquis que se encargó de quemar Fermín.—Todo hecho a puerta cerrada, por supuesto, para no comprometerse, porque aquello no dejaba de tener su color político.

El pobre «Capulín» sudaba lo que un calamar, hecho un héroe por fuerza, y ante aquellas demostraciones de no buscada popularidad. Ya le parecía sentir, de nueva cuenta, la manaza del gendarme en el cogote, y el enérgico «párese ahí» que lo había hecho descomponerse del estómago, y se veía de nueva cuenta en Belem, sumergido en su bartolina con aquel olor peculiar, mezcla extraña de olor a creolina, grasa en fermentación y detritus huma-

nos, embartolinado otra vez por *mor* de aquel inesperado prestigio político. Y entonces, aquel cabello corto y recio de su cabeza de indio y que tenía siempre la dirección de la vertical, adquiría en cada pelo la rigidez de un pararrayo...... ¡Se le podía ensartar chaquira!

—Oigan ustedes.... Yo les agradezco mucho todo esto, pero...... me parece que ya es muy tarde...... ¿Qué no sería mejor que «se disolviera la reunión?» Ya ven ustedes...... con estos tiempos que corren......

—Luego, Chaneque, luego....... Con que dice usted que los encerraron y que......

No hubo remedio: Chaneque tuvo que referir una vez más la epopeya del caso; y a instancias de Tenorio refirió quiénes eran los que se habían «sostenido» y quiénes los que se habían «rajado.» De estos últimos, el primero había sido Rovirosa («¡Qué puerco! ¡Quién lo creyera!» observación de la Corchea madre.) Rovirosa les había hecho miles de cabriolas desde al gendarme aprehensor hasta el juez de la causa, y había salido libre de la «chinche» y con una «chambita» de inspector de cinematógrafos, para tenerle así quieta la lengua.

—¡Qué indecente!—exclamó Andrade, mientras Tenorio recapacitaba en la conveniencia de largar a la primera de cambio, un *speech* como aquel de Rovirosa, para poder pescar su «chamba.»

El segundo «rajón,» el presidente del Club, que había protestado en acta en forma «su adhesión al régimen actual;» y los «sostenidos,» parecía increíble, Echeverría y sus hermanas, que por haberle «refregado al juez que Díaz era un tirano, estaban todavía pudriéndose en «Belem House» (léase cárcel).

—Pues amigo Chaneque, la verdad es que estuvo

usted de buenas, lo mismo que todos los demás, que si yo fuera Gobierno—dijo Barbedillo—a todos esos oradores de oratoria «subversiva» y de las prédicas sediciosas, los colgaba, y de los pies....

—¡Claro!—arguyó Tenorio—Como también usted ha sido de los déspotas, al haber sido jefe político....

—¿Qué quería usted que yo hiciera con los indios aquellos? ¿Que yo me los conquistara, regalándoles confites y haciéndoles arrumacos? Al día siguiente me «tlachan» y se me trepan encima!

—Yo creo que el pueblo es bueno y dócil, y que todo lo que requiere son buenos modos y una poca de equidad y de justicia..... Con eso se hace de él lo que se quiere—dijo Andrade.

—El pueblo es noble; el pueblo es agradecido y no es malo. Los malos son los que, de una parte porque tienen el mando, lo estrujan y lo sangran; y de otra, los que, por querer encaramarse y «fungir» lo insolentan y lo seducen, metiéndole en la cabeza una porción de tonterías...... Y después, cuando ya están a su vez arriba, «si te he visto no me acuerdo»—comentó Gordillo.

—¡Seguro! ¡Como hizo don Porfirio!

—¿Y cómo harán ustedes mañana si es que trepan......!

Y la conversación siguió sobre el tema: quién defendiendo al viejo gobernante, porque no podía ser él el responsable de las «sinvergüenzadas» que hiciera el jefe político de un rincón cualquiera; y quién echándoselas, porque no se movía una hoja en el árbol de la nación sin la voluntad de aquél. Y de aquello resultaba que, mientras Barbedillo era un conservador acomodaticio, Tenorio un anarquista casi; Andrade un filósofo revolucionario, que quería el imperio de la verdad, de la justicia y de la honradez; la «Corchea» madre una revoltosa de

conveniencia; Gordillo un calculador que buscaba siempre el no salirse del pentagrama; el «Capulín» una esperanza en ciernes para la Patria, aunque él quería mejor serlo para una negociación mercantil; Tafolla, un «juilón» de marca mayor, y de las mujeres había dos bandos de distintas tendencias; las ultra conservadoras como Paulinita y las Menchaca y las renovadoras, como las Otamendi. Los demás permanecían simplemente «neutrales.»

—Chaneque, tú lo que debes hacer, es seguir la «carrera»....

—Si yo bien hubiera querido seguirte cuando corriste; pero no pude.

—No, hombre.... yo me refiero a la carrera polítíca. Ya estás iniciado y en buen camino.... Con esa cárcel que sufriste....

—Ni a bala; no me vuelven a «empinar».... ni lo crean...... No me vuelvo a meter.... Ya ven que, sin comerla ni beberla, me «fruncieron» con veinte días de encierro!

—Lo de todos...... ¡Te falta valor civil! Por eso se ha entronizado la tiranía......

—¡Tiene ra.... razón, qué caaaray! ¡Un carcelazo es un caaarceeelazo! Lo mejor es no meterse. El Gobierno tiene la fufufuerza......

—¡Pero nosotros tenemos el derecho!

—¡Pues quédate con él, que yo no vuelvo al Club, ni a tiros!

—¡Ni manera! Si ya se disolvió.... Bastó con un susto. ¡No hay hombres resueltamente! ¡No hay vergüenza política!

—¡Pero tú si tuviste piernas!

A poco más, cada mochuelo se fué a su olivo, y resonaron las cromáticas de la «Corchea» y se escuchó el gangueo de Paca Otamendi, hablando de la aorta, la clavia y la subclavia; y Barbedillo se lar-

gó a la calle con Demóstenes, mientras Andrade, Chaneque y «Truenos,» se encaramaron al «copete» para estudiar un rato.

En la noche, después de que Andrade había echado su diurno párrafo con Chayo, y cuando sentados frente a frente él y Tenorio, con los libros abiertos sobre la mesa y las tazas de café al lado, se hizo una pausa en el estudio, Tenorio, haciendo oficios de serpiente del Paraíso, dijo a Quico:

—Oyes tú: ¿sabes que se me ha ocurrido una idea?

—¿A tí? ¡Eso es extraordinario! Veamos cuál es....

—Pues fundar un Club político ahora que se disolvió ese.

—Ya lo había yo pensado también.

—Pues entonces, manos a la obra.

—Quién sabe si sea la ocasión....

—Ninguna mejor. Fíjate en que es golpe sabiéndolo «pendolear.» Ya ves qué «armada» se pegó Rovirosa....

—¡Vamos! ¡Ya saliste por tu lado! ¡Tú siempre el mismo! No piensas más que en la manera de medrar y sacar «raja.» De fundar el Club sería para defender las doctrinas libertarias, hacer una buena propaganda democrática y educar al pueblo. Obra de civismo y no de especulación....

—Conformes. Pero no me negarás que si se puede, a la vez, colocarse en batería para que más tarde hayan de contar con uno, mejor que mejor.

—Allá tú. Yo no pretendo eso. Nada de egoísmos y de conveniencias, porque así se prostituyen los principios y se pudren las conciencias! ¡Yo lo único que quiero es la regeneración popular, la supervivencia de las ideas democráticas, la conquista sana de las libertades!

—Bueno.... pues vamos a formar el Club.

—Mucho lo he pensado, porque esta fundación tiene sus peligros en esta atmósfera asfixiante en la que, no por don Porfirio, que acaso si lo quiere, que debe quererlo, ya que tanto luchó por las libertades, sino por los «intereses creados» que esos sí no lo quieren, todo aliento libertario perece. Pero hay que hacerlo, sí.... Con fe, con valor, pero con conciencia pura y con miras altas, y listos para soportar las consecuencias que los hechos impongan.... Esto es una necesidad, no cabe duda. La nación me da idea de esta casona, hipotecada a la codicia de los acreedores de don Taco, como aquella lo está a la codicia de los que la succionan su evolución.... Y así como don Taco vive ajeno a inquietudes porque sabe que en pagando los réditos nada tiene que temer, así nosotros los mexicanos vivimos contentos y satisfechos, pagando nuestros réditos y sin preocuparnos del mañana....

—Andradito, hermano, hazme caso.... Tú deberías escribir en la prensa! ¡Hablas como el oráculo!

—Somos unos atónitos, que no queremos salir de la condición de manumitidos que tenemos, para llegar a la de ciudadanos. Y el tiempo pasa, y la acción se va imponiendo y la educación política haciéndose indispensable, porque muerto este don Porfirio, probablemente insubstituible, quién sabe qué será de la Patria.... Y aquella tarea nos corresponde a nosotros; a los jóvenes; a los hombres del porvenir; a los que habremos de tener las ineludibles responsabilidades del mañana!

—«Chócala,» hermano! ¡Hablas divinamente! Pues a fundar el Club sin más demora.... ¿Cómo lo llamaremos?

—¡No te adelantes! Eso allá los fundadores. Ha-

brá que citar para una «reunión preliminar» de los que quieran pertenecer a él.

—Pero bueno es adelantar todo lo que se pueda, discutiendo de una vez el nombre.... Yo lo llamaría «Club Patriotas Inmaculados.»

—Eso es demasiado presuntuoso. Digamos «Club Propugnadores de la Libertad.»

—¡Muy bonito! Me parece.... Ahora, digamos Presidente, tú. Por sabido: te corresponde como iniciador. Vice, yo....

—¿Pero quieres propugnar por la libertad y te estás erigiendo ya en dictador?

—No, viejo: pero es que si nos dejan de acólitos nada más, no tiene chiste fundar el Club. Y sobre todo, para que los nombren en la junta, allá les dejaremos Secretario y Tesorero y Vocales.... hartos vocales!

—A ver: veamos con quienes podemos contar.

—De la casa, tú, yo, Demóstenes y el «Capulín.» Este se resistirá algo por lo «escamado» que quedó con el carcelazo; pero yo lo haré entrar! Con Garaicochea contaremos si Conchita lo permite; acaso con Mandujano, que me parece que está algo picado de la política. Y pára de contar. Los demás son, o miedosos, o paniaguados de la dictadura. Tenemos a Bojórquez el de la hojalatería; es muy «reata.» Y a mi compadre Nicho, el de la casilla de pulque. Ese hace lo que yo le diga. Toscano, el escribiente del licenciado Malabehar. Navarrete y Jacinto Madariaga, de allá de mi escuela, y los más que se «arrebiaten»....

—Bueno.... bueno.... La cuestión es disponer de local para celebrar la primera junta; aquí, ni pensarlo. No nos daría permiso don Taco.

—¿En donde?.. . Déjame discurrir.... ¡Ya! En la casa de mi compadre Nicho. Tiene muy buena

sala. Y en un descuido se «abre» hasta con los ponches, en cada noche de sesión....

—¡Muy bien.... Pues hecho! Encárgate de citar a los que puedas, que yo citaré a los que vea.... Y a hacer propaganda.

Fué así como nació el club aquel, a la amarillenta luz del gastado foquillo del «copete» y entre sorbo y sorbo de café, una noche a las once y media, y en la casa número 277 de la segunda calle de «Las Moras.»

—¡Hombre!.... Se me olvidaba decirte.... pero esto sí con mucha reserva. A mí me lo dijo un «correligionario» que está en el «tinglado.» Te aviso que siempre va a haber «bola»....

—¿Cómo es eso?

—Sí.... ya sabes que Madero se les «peló» de la Penitenciaría de San Luis Potosí: que lanzó un Plan revolucionario invitando a todos los mexicanos, para que el 20 de éste se levanten en armas los que quieran seguirle bajo aquel Plan, y que ahora está en los Estados Unidos preparando «el cohete»....

—¡Pero eso no es posible!

—Sí, viejo.... sí.... Yo sé lo que te digo! Ya se cuenta hasta con armas que han metido allá por el Norte, creo que por la Aduana de la Vaquita o de San Carlos, dizque manifestándolas como cajas con maquinaria para la agricultura y el parque como cajas de jabón....(*)

—¿Y cómo es que el Gobierno no se ha dado cuenta?

—¡Ba! Ya sabes que estos casos el último que lo sabe es el chivo de la casa....

—¿Cuánto apostamos a que les están poniendo una trampa?

(*) Histórico.

—No van a ser tan bobos de dejarse.... ¡Ya verás! En Jalisco se levantan y en Puebla también y quién sabe en cuantas partes más.

—Muy malo «Truenos».... pero que muy malo....

—¿Por qué? Después de todo lo pasado y de lo que estamos viendo, hay que convencerse de que a este «régimen» no lo tira sino la revolución!

—Lo concibo. Llego a convenir en que es el camino más eficaz; pero me espanta, francamente.... Yo quisiera la revolución dentro del orden.... algo que nos llevara al cambio sin agitar tan hondamente a las masas, ni lanzarlas a la lucha armada....

—¿Por qué?

—Porque desgraciadamente, con los atavismos de este pueblo y con sus condiciones, en México podemos saber cuándo empieza una revolución; pero no cuándo acaba.... Sabemos cómo empieza: pero no sabemos cómo acabará.... ¡Tal vez con la nacionalidad misma!

CAPITULO V

Llama que se hace hoguera

El sol se había levantado en el horizonte en aquella mañana, como más alegre, como más radioso; un sol de fiesta sobre un cielo de turquesa en el que no había una nube; las soleras de las azoteas de la casona de «Las Moras,» parecían estar fileteadas de oro, y la luz había bajado ya, en un torrente espléndido, hasta el mismo corredor de la «República.»

Orbezo, en mangas de camisa y en el patio, estaba empeñado en arreglar las ramas a una enteca enredadera que trepaba penosamente por las paredes exteriores de su vivienda. Fermín corría presuroso a la calle y volvía a poco con los «canastos» de los «mandados» y Filo «trapeaba» la escalera, mientras las señoritas Menchaca salían con su eterno paso a dos, rumbo a la misa de ocho de Santo Domingo.

En el interior de la «República,» casi todos los huéspedes dormían, desquitando las desveladas sufridas en los días anteriores para preparar los exámenes. Tafolla «azorrillado» en su cama, no sentía que un travieso rayo de sol le estaba dando en pleno rostro; y Chaneque, friolento, apenas si asomaba

fuera de las mantas la punta de las narices. En cambio, Tenorio estaba ya levantado cuando Fermín aventó, por debajo de la puerta, el periódico del día que «Truenos» recogió con avidez, desdoblándolo y poniéndose a leer.

Una bomba de a placa que hubiera caído a sus pies, no le habría hecho más efecto que el que la lectura le hizo a poco de devorar algunos renglones, haciéndole exclamar con espantado acento:

—¡Ya sucedió!

Y rápidamente, absorto en la lectura, devoró materialmente la noticia más visible del diario.... ¡Canastos! La cosa había estado «fuerte»......

Al terminar no pudo contenerse y se fué a sacudir en su cama a Andrade, que aprovechaba divinamente aquella última hora de sueño, en un cómodo décubito dorsal.

—¡Andrade!.... ¡Viejo!.... ¡Andrade! ¡Despiértate y mira!.... ¡Ya reventó la bomba!

Andrade, adormilado, abrió con azoro los ojos, ante las tenaces sacudidas de Tenorio, preguntando:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Mira.... leee.... ¡Lo que nos esperábamos! Ya prendió la «mecha».... Ya empezó la «bola» en en Puebla!

—¿De veras? ¡A ver.... A ver!

Y enderezándose a medias sobre la cama, arrebató el periódico de las manos de Tenorio, y leyó a su turno con avidez.

El diario daba la sensacional noticia de la tragedia de los hermanos Serdán en Puebla. Parapetados en su casa de la calle de la Portería de Santa Clara, habían resistido, con media docena de hombres, primero a la policía y luego a los soldados. Había muerto el Jefe de la Policía y uno de los cabecillas rebeldes, y habían menudeado los balazos y hasta la dinami-

ta. Bastantes soldados habían caído acribillados por las balas de los sediciosos, y la casa estaba siendo objeto de un verdadero sitio: y todo esto en el corazón de la ciudad Angelopolitana, que era la segunda de la República....

—¡Prende, viejo! Ya verás que prende....

Andrade sintió que un calosfrío recorríale todo el cuerpo.

¿Luego era cierto que la «revolución» estallaba? ¿Luego era irremisible que la lucha armada se encendía con todas las consecuencias? Porque aquello de Puebla era no era más que un prodromo, seguramente; el inicio fatal o venturoso de una brega para arrancar por la fuerza lo que inútilmente se había demandado por otros medios.

Lo que era para él incomprensible, confuso por lo menos, era que aquella revolución no se hubiera iniciado como algo que debe desde luego formidar. ¿Perecería al nacer, aplastada por los inmensos recursos del Gobierno, o se desarrollaría incontrastable? ¿Quiénes eran los Serdán para ir a esa lucha? ¿Serían dignos de la epopeya? ¿Qué antecedentes tenían para dar prestigio a la revolución?

¡En fin! ¡El cristianismo había nacido en un mísero pesebre deGalilea, y la Revolución francesa, aquella grandiosa conflagración que, según él, había cambiado las orientaciones humanas, había germinado en un motín de panaderos!....

Y sin embargo, ni en la plática a la hora del desayuno, en el comedor de Barbedillo, se hicieron los apasionados comentarios que él esperaba, ni en las calles los escucharon Andrade y Tenorio, cuando salieron a dar la cotidiana vuelta. Por todo comentario, Barbedillo había dicho:

—¡Eso es una locura!.... Los agarran y los fusilan. ¡Como si lo viera!

En las calles nada de anormal: nadie daba a aquello una trascendencia seria; era, para todos, una asonada y nada más. Y cuando al siguiente día los periódicos dieron cuenta de que el sangriento episodio había terminado con la ocupación de la casa de la Portería de Santa Clara, y la muerte de Aquiles Serdán, que ahora resultaba ser un alcohólico bien identificado, a todos pareció que, racionalmente, la «cosa» había concluído hasta allí.

Pero al otro día se consignaba en los mismos periódicos, una noticia más elocuente, aunque menos escandalosa. En el Distrito de Guerrero, del Estado de Chihuahua, se había levantado en armas en defensa del Plan de San Luis, a favor de Madero y contra el Gobierno, un tal Pascual Orozco, ranchero de aquellos lugares, al que seguían un grupo de hombres que se habían apoderado, por la fuerza, de la Cabecera del lejano Distrito.

—¿Qué tal? ¿Ya lo ves? ¿No decías tú que todo se había acabado? ¡Retoña, viejo, retoña!....

—¡Y esa gente fronteriza es endemoniada! Los de allá no son los indios de aquí, torpes y domeñados, sino mestizos que saben bien a lo que se meten. Tienen fama de bravos y de decididos....

Por supuesto que, a partir de aquel día, los comentarios no faltaron ya a la hora de informarse el grupo, por la prensa, de los diversos aspectos que la «bola» iba tomando, exaltándose y dividiéndose el corrillo, en pro los unos, en contra los otros, con seria alarma de don Taco que, o consentía aquello corriendo a su entender sus riesgos, porque la policía estaba atenta a todo, y podía llegar a enterarse, o no lo consentía, en cuyo caso tenía que quedarse sin la mitad de los huéspedes.

Los bandos habían llegado a definirse en pocos días más: las Menchaca y su sobrino, habían resul-

tado, como era natural, ultragobiernistas: para ellas era sencillamente criminal atacar a un cabello de don Porfirio, el hombre que había dado paz y prosperidad al país. Barbedillo era gobiernista por espíritu prudente y conservador, al igual de Paulinita. Tajonar lo era por deber, a secas y sin discutir, ni siquiera averiguar. Gordillo veía, oía y callaba. Tafolla no se decidía ni de uno ni de otro lado. Mandujano se sonreía socarronamente cuando se hablaba de la «bola.» Chaneque, que debería haber demostrado cierto entusiasmo, era reticente, aunque no dejaba de significarse revolucionario, por virtud de los fueros adquiridos y las perspectivas que le daban; sin comprometerse demasiado, para no perder la beca, no sería malo aprovecharse de haber sido víctima de los «sicarios» y los «cosacos» (gendarme número 756 que había sido su aprehensor). La «Corchea» madre se despertaba hablando en favor «de la causa» con cierto disgusto del pobre de su marido que no las tenía todas en su mansedumbre. Las Otamendi querían la revolución, sí, la revolución que diera a cada cual su lugar, y por consecuencia a ellas el lugar de modistas de la nueva Corte, que en ley y méritos les correspondía; Andrade se sostenía como buen revolucionario «de ideas» y «Truenos» se desvivía, sin resolverse, a serlo de hechos; quería «andar en los cocolazos» porque ¡qué caray, el que no arriesga no pasa la mar!

¿Y Orbezo? Orbezo, cuando le hablaban de la revolución, gruñía como el perro que defiende su hueso de la tentativa del que viene a disputárselo.

Lo que impacientaba a Quico era la atonía de la Ciudad de los Palacios, que no se preocupaba todo lo que era debido de la «bola,» o que por lo menos, parecía no preocuparse. Ningún asomo, ninguna demostración de que se seguía con todo el interés

del caso, el desenvolvimiento de aquello; la gente hablaba de la revolución sin darle importancia, y a la ligera; como quien no quiere que lo saquen del cartabón ordinario de la vida, consagrada a las faenas remuneradoras y hasta hosca frente a la posibilidad de que, creciendo la alteración del orden, se redujeran las probabilidades de las ganancias. La inmensa mayoría tenía una credulidad ciega en que el Gobierno sofocaría muy pronto la «rebambaramba.» Y así era como había sobrevenido la Navidad y el Año Nuevo, con sus fiestas y sus jolgorios, y allá mismo, en la casona de «Las Moras,» ajenos los inquilinos de todo peligro, y sin más preocupaciones que las superficiales y pasajeras que dejaban los comentarios de los sucesos, se hubieran celebrado tales fechas rompiendo las tradicionales «piñatas» en grata unión y compañía, al són de una orquestita modesta, contratada a escote, misma que servía para un par de horas de baile, en el que Menchaquita se daba sus vueltas con alguna de las Otamendi, pues todavía la división de pareceres políticos no había llevado las cosas al extremo de no poder ligarse en un danzón.

El Club «Propugnadores de la Libertad» seguía funcionando; pero en vista de las circunstancias, se había disfrazado prudentemente; ahora parecía ser más literario que político, y procuraba no dar grandes señales de vida. Los tiempos eran peligrosísimos para cualquiera otra cosa, y aun entre los mismos asociados había ciertas desconfianzas, que la lealtad no es virtud de todo mundo.

Aquel Club se parecía en algo a las amorosas relaciones de Andrade: disimuladas, con los fuegos apagados estratégicamente, para no tener que fallecer por una agresión prematura y violenta.

Y a propósito: hora es ya de referir una transac-

ción celebrada entre la Chayito y Andrade, una noche, en la penumbra de la escalera, y con ocasión de aquellos coloquios que tenían lugar como las corridas de toros—«Si el tiempo lo permite» o lo que es lo mismo, si las circunstancias de una distracción o de un sueño tempranero de Cuca, lo consentían.

—Bueno, Andrade; con que quedamos en que en este año, mil novecientos once, a segundo de leyes; y te faltarán entonces para concluir la carrera....

—Otros cuatro, Chayito mía.

—¡Dios me asista! Entonces para cuando nos podamos casar, voy a ser ya una vieja! Tendré veintidós años y tú veinticinco......

—¿Y a ese le llamas vejez? La edad mejor para el matrimonio. ¡Fuera de eso, se pasa el tiempo tan pronto!......

—Pues eso es lo que me aflije. Que pasándose así, cuando uno vuelve la cara, ya está «jamona»...

—¡Ni lo creas! Y sobre todo, ¿qué remedio?

—Eso es lo que yo digo: ¿qué remedio? No habrá más que resignarse...... ¡Qué «aburrición!» Sólo que nos casemos antes......

—¿Pero cómo? ¿Con qué vamos a vivir? Tú sabes que en mi carrera está mi porvenir.

—Bueno...... Pues que no fueras abogado..... Que fueras cualquiera otra cosa...... que trabajaras de cualquier otro modo para ganarte la vida y tener dinero......

—Y tendría que perder todo lo ganado. ¡Un tiempo precioso! Y fuera de eso, ¿en qué podría ganarme la vida?

—¿Y si te fueras a la revolución? Ya ves lo que cuentan. Que algunos se están largando a ella para hacer fortuna. Regresarías hecho un personaje, acaso, y con mucho dinero......

—O no regresaría, Chayito. Suponte que me dieran un balazo...... Y además, que no me gustaría ganar así el dinero...... ¡Eso no es honrado!

—¡Ay, Andrade! ¡Con esos escrúpulos no has de hacer nunca nada!

—Bueno....... suponte que la revolución no triunfa......

—Entonces regresarías a proseguir tus estudios y santas pascuas. Pero suponte que triunfa...... Vendrías ya con facilidades para casarnos, y nos casaríamos luego...... ¡Qué gusto!

Lo que a Chayo le producía ilusión y gusto, a Andrade le produjo una gran decepción. Sintió algo como una oleada de tristeza, inundándole el alma. Tal parecía que su novia tenía premura, más que amor, para llegar al matrimonio. y que lo que quería era «amarrar» pronto, fuera como fuese. Y era su novia, su misma novia, una niña adorada y al parecer sencilla e ingenua, la misma que no quería ver en aquella revolución un movimiento fecundo y redentor en conquista de grandes y altos ideales, sino un camino inmoral para obtener ganancias, para medrar, para hacer «negocio» y tener dinero, que él pretendía tener sólo por el esfuerzo limpio y honrado!

—Mira, Chayito..... transaremos. Te voy a prometer una cosa y juro cumplírtela. Voy a estudiar mucho, a «meterme muy recio» y a «doblar» años, para acabar así muy pronto la carrera....

—¿De veras?

—Como lo oyes. Y así muy pronto, dentro de tres años a lo sumo, podremos ser maridito y mujercita...... ¿Qué opinas?

—Júramelo, pues!

Y Andrade, con toda solemnidad y con mayor buena fe aún, como cabe a un enamorado hasta los

tuétanos, hizo el prometido juramento, recibiendo en pago uno de aquellos besos de Chayito, que tomándole la cabeza con ambas manos, juntaba sus labios con los suyos y apretaba en un ósculo prolongado, efusivo, que abría un surco de fuego y de luz en el corazón del estudiante!

También en aquellos días tocó a Andrade ir en compañía de Tenorio, por la calle y presenciar un desfile en el que figuraba el general Díaz; acaso el último del caudillo. Por lo menos, el último en que Andrade así lo vió. El anciano Presidedte pasaba en su *landeau* oficial, vistiende el traje militar de gala, con el pecho constelado de condecoraciones, alba la testa de cortos cabellos blancos, que hacían resaltar aquel rostro fuertemente enérgico, a pesar de los ochenta años: rostro de mentón saliente, de pronunciados pómulos y de nariz de anchas alas....

A la zaga del carruaje presidencial, trotaban los caballos de la Guardia del Presidente, con sus jinetes de blancos uniformes, franjeados de azul y oro, colores por los que las gentes los había apodado «los hijos de María,» ya que son aquellos los mismos que gastan los bebés que en el mes de Mayo van al templo a ofrecer flores a la Virgen.

En aquellas comitivas había trasunto de regias aparatosidades. Chocaban y seducían. Desagradaban a los que, intransigentes hasta el detalle, hubieran querido ver al Presidente atravesar por las calles a pie y andando; despojado de toda pompa; humilde y sencillo: y seducían a los que deseaban que el Primer Magistrado de la Nación apareciera siempre con la pompa que impresiona y hace inconfundible el rango.

Don Porfirio pasaba ceremonioso y solemne, imponiendo verdaderamente, y el mismo Andrade no podía menos de confesar que en Augusto había al-

go augusto. La edad, acaso, que siempre es respetable; acaso el recuerdo de que aquel hombre había sido un heroico soldado de la República, que había luchado por las propias libertades que ahora ahogaba, y por la Patria, a la que hoy tenía entumecida; la constelación de cruces y medallas sobre aquel pecho, muchas de ellas extranjeras condecoraciones de alta valía, atestiguaban, al fin y al cabo, que aquel hombre no era un vulgar.

—«¡Ave, César!»—dijo Tenorio, imitando a los romanos gladiadores; y glosándolos, agregó:—«Morituri te maledicent!»—Ya verás, ya verás cómo no atajas la pelota! ¡Lo que es en esta, pierdes el resuello!

—¡No es él, «Truenos» el responsable!.... Son los otros.... ¡Los que le rodean, los que le atosigan con la adulación y lo marean con el elogio, y lo zahuman con la rastrera zalema, a fin de que no lleguen hasta el solio las voces, las imprecaciones, las demandas de los de abajo!

Pudo, sin embargo, darse cuenta de que los aplausos que a su paso se tributaban al viejo Caudillo, tenían más de piadosos que de sinceros. Que eran más bien para el emblema de lo que había sido, que para lo que ahora era, y que tal vez pronto iba a sucumbir. Para el pasado, para un mito.... El General Díaz se había fosilizado en la opinión pública, presta a desviarse y a abandonarlo, ante la seducción de la novedad que la arrastrara, cualquiera que fuese!

Por eso era por lo que la revolución iba ganando terreno. Si sus conquistas en el campo de acción no eran importantes, las que hacía en el campo de la opinión, sí eran evidentes. Ya ahora sí, el pasto de las conversaciones era el sedicioso movimiento, del que unos conjeturaban toda clase de fructíferas

esperanzas, mientras los otros hacían las más pesimistas profecías.

Era inequívoco que los periódicos no tenían libertad para decir todo lo que pasaba, y el misterio, intrigando, aumentaba con el combustible de la curiosidad los comentarios. Se sabía que al grito rebelde de Pascual Orozco, habían respondido otros allá en Chihuahua, en Durango, en Coahuila, y aun en el mismo Sur: en Hidalgo había núcleos rebeldes; en Guerrero, tierra de guerrilleros, también; y en Morelos, donde la montaña es baluarte natural, en que ahora la horda se erguía transformándose en las legiones de Spartaco, encarnado en Emiliano Zapata.

Sobre todo, la revolución, repetimos, se iba abriendo rápido paso en los espíritus; estaba ya en los cerebros; conquistaba fatal o venturosamente, que no se podía definir aún, a las masas, y su vehículo era el centavo, el vil centavo que servía para comprar el periódico que, aunque ocultando mucho, siempre dejaba entrevèr que el que había sido igniscente punto, era llamarada y podía transformarse en incendio!

—Yo creo que siempre «me lanzo»—decía «Truenos» a Andrade.—¡A ver que hago, qué caray! Me parece que estoy perdiendo el tiempo.... ¡Figúrate que regrese yo de coronel!

—Haz lo que gustes.... Yo no puedo seguirte en ese terreno. Para mí, entiendo que mi función es otra y otro mi sitio de combate. Debemos algunos consagrarnos a ser los incubadores, los propagandistas, los encauzadores. Nuestras trincheras son la prensa y la tribuna. Allí hacemos falta. Yo pienso escribir, escribir y convencer.... Artículos de ataque, bien fundados y mejor escritos....

—¡Hum! ¡Lo que sucede es que tú tienes miedo «mano» de los «cocolazos» y.... bueno.... ¡qué ca-

ray! yo también y por eso no me he lanzado aún.... pero se me hace que el día menos pensado no me encuentras.... ya lo verás!

—¿Miedo? ¡Puede ser!.... ¡Tal vez no falte ocasión de demostrarte qué distinto es el valor de cada uno de nosotros!

El pobre Andrade no sabía qué inmensa profecía encerraban sus palabras.

¿Y Madero? ¿Qué era de Madero entretanto? Casi una incógnita. Se decía que estaba en San Antonio Texas, y que iba rumbo a Europa, convencido por su familia de lo fatal de su aventura. Otros decían que ya iba a entrar a México al frente de sus tropas, y quién sabe cuántas consejas más. Lo cierto era que habían habido ya acciones de guerra importantes, y que Madero no había estado en ellas, tales como «Cuchillo Parado,» «Pedernales» y otras en las que los rebeldes no sólo habían hecho frente a los federales, sino que los habían derrotado, matándoles a jefes de graduación y aniquilando a batallones enteros. La revolución cundía y no era un juguete.

Una noche, mientras Andrade y socios echaban un «tute,» que al fin y al cabo eran principios de año escolar y no había para qué quemarse las pestañas estudiando, llegó Tajonar a la «República,» cosa rara, pues que casi nunca se paraba por allí, dada la divergencia de opiniones políticas, aunque Tenorio había acabado por tener simpatías por el capitancito aquel, dada su corrección y su trato, y todavía más, por haber «tlachado» (presumido) que no dejaba de tener sus simpatías por «la causa.»

—Señores, vengo a despedirme de ustedes.

—¿Cómo es eso, capitán? ¿Se va usted?

—Sí, señor Andrade. Ya saben ustedes que los militares somos esclavos de la «orden» y ya la tene-

mos para marchar. Las fuerzas están ya acuarteladas, y mañana temprano emprenderemos la marcha.

—¿Y para dónde, se puede saber?

—Entiendo que es para el Norte; parece que la cosa anda mal por allá y que la «revolufia» sigue creciendo.

—¿Y es mucha la gente que marcha?

—Bastante; pero sobre todo, llevamos mucho parque, y algunos cañones y «bailarinas» (ametralladoras).... Ahora es cuando van a saber los «latrofacciosos» lo que son las ametralladoras y los Saint-Chaumond!

—¡Hombre! ¡Latrofacciosos los hombres que se juegan la vida por defender principios e ideales políticos! No sea usted injusto, amigo Tajonar, en llamarlos así....

—Es la prensa la que los llama de ese modo.... Vaya usted a saber si es verdad o no que roban y que hacen todo lo que de ellos se dice.

—¡La prensa! Todos los periódicos están vendidos al Gobierno. La prensa es venal y asalariada....

—Pues allá ella, amigo Tenorio.

—La «pelada,» Tajonar, es que ustedes no se deberían batir con los revolucionarios, y sí todo lo contrario, unirse a ellos....

—No me vuelva a decir eso, que yo no puedo oir tales consejos, ni menos agradecerlos. Soy militar de carrera y no mancho mi hoja de servicios con traiciones. Para hacer eso necesitaría antes darme de baja....

—Pero es que el Gobierno éste no es legítimo. En las elecciones no hubo legalidad y sí fraude....

—Buena o malamente el Congreso declaró electo al señor General Díaz; y mientras esa declaración

subsista, para nosotros los militares y dentro del criterio de nuestras leyes, él es el Presidente legítimo....

—Las opiniones de usted son dignas de respeto, porque son las de un hombre honrado.... ¿Y qué piensa usted hacer con su familia?

—La dejo aquí. Allá vamos a andar de ceca en meca, y va a haber muchos balazos....

—Pues que la suerte lo ayude y que pronto regrese con una espiguilla más. Y ya sabe que si algo se le ofrece, puede mandar con entera libertad.

—Gracias.... gracias....

—Y procure no apuntar a matar, de todos modos, mi querido capitán....

Un estrecho abrazo puso fin a la conversación.

¿Luego era cierto que la revolución tomaba incremento? ¿Luego se confirmaba que la cosa estaba que «ardía» por allá por la frontera del Norte, y que, por fin, el Gobierno concedía seriedad a aquellos movimientos que en un principio se habían estimado como insignificantes y carentes de empuje para poner en peligro a aquel potente organismo que, en la apariencia, contaba con granítica solidez, con una contextura a prueba de todo y con $80.000,000 en las reservas del Tesoro?

Aquel gigante que se llama pueblo, dejaba, pues, su temperatura normal, entraba en calor; de éste pasaría a la calentura, y en un descuido, llegaría a pleno período de febricitante!

CAPITULO VI

En plena ebullición

Con la llegada de marzo y el anuncio de la Primavera, la naturaleza toda parecía despertar, desperezándose del sueño invernal, como la púber divina que hace surgir sus brazos de los mullidos edredones y por entre las blancas sábanas, orladas de finos encajes, lleva las delicadas manos a los párpados para evitar el indiscreto rayo de luz que le lastima los ojos, y concluye por abrir éstos con la fruición del dulce despertar, luchando por conservar la imagen de un seductor sueño de amores, mientras las blondas crenchas de los cabellos se esparcen al capricho sobre la blancura del lecho.

En la casona de «Las Moras» reinaba una plácida tranquilidad aparente. Las costumbres invariables de los vecinos daban en cada mañana lugar al mismo cuadro de las señoritas Menchaca, saliendo rumbo a la cercana iglesia para oir su misa; de Orbezo, arreglando su anémica enredadera; de la parvada estudiantil armando alharaca en el «copete» y de Menchaquita saliendo rumbo a su oficina, atildado, con sus inmaculados cuellos, sus corbatas *dernier cri* y su pantalón claro, de irreprochable plan-

chado, a fin de que se señalara perfectamente cada línea.

Aparente tranquilidad aquella, porque, en obsequio de la verdad, las banderías políticas tenían ya a aquellas alturas, más que dividida y revuelta a la antes pacífica vecindad, al grado de que ya las Menchaca y la Garaicochea no se visitaban; las Otamendi tenían frecuentes altercados con Paulinita; ésta había estrechado sus afectos para los Orbezo, y Barbedillo y consorte habían tenido que sostener un *statu quo* delicadísimo, a fin de no desagradar a ninguno de sus buenos clientes.

Las «nuevas» (mentiras) que confeccionaba Tenorio, a propósito de la revolución, eran el obligado platillo, inconforme la general curiosidad con saciarse únicamente de las noticias del periódico. Si al pasar, por ejemplo, Tenorio por el patio, se encontraba con Orbezo, el tiroteo era seguro.

—Oiga, mi teniente coronel, ¿ya sabe lo que hay?

—¿Qué es ello?

—Pues que ya los correligionarios tomaron Saltillo.

—Y no...... lo que van a tomar es el salto «madre» para los Estados Unidos, en cuanto las ametralladoras «les enciendan» por la retaguardia.

Y al día siguiente:

—¡Señor Orbezo, ahora sí fué de veras! Ya «tomaron» Durango......

—¿Sí, eh? Usted lo que tomó fué un tequila de más y por eso habla......

Las conversaciones clásicas eran las que en reuniones *ad hoc* tenían las Menchaca, Paulinita, Orbezo, y en ocasiones Gordillo, por una parte, y las Otamendi, las Garaicochea, la profesora Tinoco y los de la «República» por otra, pues ya el comedor de Barbedillo había sido «neutralizado» terminan-

temente, mediante un letrero que en gruesos caracteres decía:—«Se prohibe hablar de política»—y debajo del cual el incansable Tafolla había agregado: «pero se permite hablar del prójimo.» Barbedillo, buen pez para las cosas de la política, no quería comprometerse «hasta tanto que no se viera claro.»

—Yo no sé, mi alma,—decía Locha Menchaca a la señora de Orbezo—a dónde pretenden esos hombres que vayamos a parar. ¿Qué mal les ha hecho don Porfirio? Tener en cintura a los revoltosos.... conservar el orden.... cuidar de la paz....

—Sin duda; pero como así no pueden medrar los malos......

—Y lo que es peor. Dicen que con tal de «tirar» a don Porfirio, aunque suba «cualquiera»...... De donde resulta que esos no son más que «cualquieristas,» agregaba sentenciosamente Orbezo.

—Ya llorarán por don Porfirio si lo llegan a desbancar—suspiraba Lucha Menchaca.

—Y lo peor de todo es que los «negocios» se descomponen con esas cosas!—proseguía la viuda de Zarzo.—Como no hay seguridades......

Ella, en efecto, para sus «negocitos» había subido el tipo del interés del tres al cinco por ciento mensual, en pagaré con tres firmas, de las que alguna debería ser la del director del Banco Nacional por lo menos. Y en falta de tal «garantía» se le firmaban contratos de compra-venta, con pacto de retracto, y se disculpaba con que todo había subido que era una barbaridad: la leche, el arroz, el petróleo, y hasta el chocolate para el «Tulipán.» Y si no, que se les preguntara a los del «Antojito Tapatío» por qué cobraban más y servían menos en las comidas. ¡Por la revolución!

Por el día 8 de marzo, los periódicos dieron la no-

ticia de la batalla de «Casas Grandes.» Las fuerzas federales, en regular número, habían atacado el núcleo revolucionario a cuyo frente estaba el jefe de los rebeldes don Francisco I. Madero, infligiéndole una seria derrota y quitándole gran cantidad de pertrechos de guerra, salvándose de caer prisionero el caudillo, en un veloz «buggy.» Lo grave en el caso había sido que, entre los prisioneros hechos estaban algunos americanos, y que entre las armas recogidas las había con marca del ejército americano. Esta circunstancia y la apariencia de que el golpe era mortal y decisivo, hicieron que los comentarios aquella noche, en la salita de las Otamendi, fueran más que nunca, acalorados.

—Yo no creo en eso...... ¡Es grilla de los periódicos! ¿No ven ustedes que todos, absolutamente todos, están vendidos al Gobierno?—decía Tenorio.

—¡Júralo, Truenos...... júralo!—agregaba Demóstenes—¡La «suaca» (léase felpa) que les pegaron, fué de órdago! ¿No ves que llevaban artillería?

—Pues con todo y eso no los derrotan! Son muy hombres los fronterizos......

—¿Y las armitas americanas? ¿Y los boeros y los gringos peleando con Madero contra mexicanos?

—¡Esas son cosas de toda revolución! No se va a hacer con angelitos......

—La verdad es que, al hablarse de una batalla en forma, eso indica que la revolución está ya organizada; y al haberse hallado en ella el señor Madero (ya se le iba anteponiendo respetuosamente el don) que se trató de una cosa formal..... (observación de Andrade).

—Tafolla, como es «agua tibia,» bien quisiera que fueran los «pelones» (soldados federales) los que hubieran pegado...... —argüía Cuca Otamendi.

—No es eso...... Es que la verdad...... Si la lumbre ha de llegar a Indé......

—¡Eeeeso sí que sería de los diablos, porque me lelelevantan la caaanasta!

—Ganará Madero—concluía sentenciosamente Chayito, restregándose con el extremo de una toalla que llevaba atada al cuello, la negra cabellera, pues se había bañado en la tarde.

—¡Sí...... que gane!—añadía entusiasmada la «Corchea» madre—para que les apague los humos a todos los aristócratas empingorotados y exalte a los humildes, que ya es hora..... ¡Mire usted que llevar Garay veinte años de tenedor de libros sin poder hacer fortuna!

—Y que se lleve la trampa a los «científicos,» ya que, por intrigas suyas, no me nombraron ayudante de gimnasia en la Normal.

—Bubububueno...... y la verdad es que ya hay las piiilas de reeebeldes.... En Sonora, en Sinaloa.... en San Luis Potosí y hasta en Pupupuebla y Moreeelos......

Andrade, juzgando propicia la ocasión, tomaba la palabra, queriendo hacer propaganda buena, a fin de que se comprendiera la revolución tal como él se imaginaba que debía ser. Le escocía, le repugnaba que los contertulios quisieran la ruina del Gobierno para saciar venganzas, por imaginarios ultrajes, o para sacar la tripa de mal año, porque no lo habían logrado en una lucha legítima con el trabajo. No aprobaba que la Garaicochea o Tenorio, sin haber aportado ningún contingente a «la causa» sino era el de la lengua murmuradora, con mordacidades propias de almas envenenadas por tontos despechos, se creyeran, por esa sola circunstancia, acreedores para que, de triunfar la revolución, se les hiciera «justicia» colmándolos de riquezas o de honores.

Mas a sus argumentos salía siempre al paso la «Corchea» madre, que, en una contumaz rebeldía, había acabado hasta por vencer los escrúpulos de su marido que, tímido e irresoluto, se asustaba con verla intrincarse en aquellas polémicas, en un principio; pero que ahora la dejaba hacer, con lo que ella proclamaba que, tan era buena la revolución, que por lo menos ella ya había recobrado su libertad de pensamiento.

Diariamente daba la prensa un abundante combustible para los comentarios y las versiones. Si en un principio con un diario había bastante para toda la vecindad, que lo circulaba de mano en mano, desde el primero hasta el tercer piso, ahora se compraban todos los periódicos que veían la luz en la Capital, ya que para los de un bando era verídico lo que decían los que para el bando contrario sólo sabían decir mentiras, y así el espíritu revolucionario había cundido, encontrado admirable el terreno de la casona, feudo del señor de Barbedillo.

Y sucedió entonces lo que tenía que suceder. En más de una ocasión hubo pendencia del patio al primer piso entre Paulinita y las Otamendi, porque al regar las macetas habían bañado en agua sucia alguna blonda cabellera, mientras se asoleaba en el patio para «afirmar el color» del tinte, o bien porque habían dejado caer de intento un pedazo de vasija rota sobre el pobre «Tulipán» mientras dormía plácidamente en dicho patio. Más de una vez las chillonas voces de las Menchaca había acribillado a invectivas a la prole Garay y a sus patriarcas, con pretexto de que Garaycito, probablemente mal aconsejado por aquéllos y en desquite, provisto de una cerbatana de hoja de lata, enviaba certeros proyectiles de chícharos al consentido perico que, al recibirlos, se inquietaba en su jaula contestando con un «Santo Dios,

Santo Fuerte....» cantando con la voz más estrepitosa que encontraba.

Y por eso que Barbedillo hubiera tenido que dedicarse a la diplomacia emulando a Talleyrand, para poner de acuerdo al cotarro y que no se le «desgranara la mazorca» de los inquilinos, dejándole vacías las viviendas. Conciliaba, argüía, interponía buenos oficios y hasta se había vuelto considerado en los cobros. Lo malo era que aquella «República» del «copete» daba siempre al traste con su obra, siendo, según las Menchaca, «un positivo foco revolucionario.»

Y lo era: con motivo de la apertura de las Cámaras el día primero de abril, había habido cónclave y gordo en el «copete.» Algunos clubistas se habían reunido para comentar el discurso pronunciado por el Presidente Díaz, conviniendo en que en él, el viejo dictador se confesaba vencido, ya que pretendía hacerse revolucionario, enarbolando la bandera del «Plan de San Luis» con lo del «Sufragio Efectivo y no Reelección,» prometiendo la reforma de la Ley Electoral y de la Constitución sobre el particular, y todo ello con un Ministerio nuevo, flamantito, en donde figuraban efebos de la política, que habían ido a tomar la cartera, pálidos de emoción, como los escolapios cuando reciben en la repartición de premios la medalla de buena conducta. No sabían los agraciados que con ellos se iniciaría el período de los Ministros, Subsecretarios y Oficiales Mayores, cuya existencia política habría de durar lo que un dó de pecho, según la mordaz frase de un viejo tribuno.

—¡Para quien crea al viejo marrullero!—comentaba Tenorio—Eso es un timo....

—Peeero ¿por qué no ha de ser siiinceeero?

—¡Porque nunca lo ha sido, caramba! Desde Tux-

tepec...... pero ya ahora no nos la da ni «con chía»....

—Transigir con la revolución, es capitalar con ella—añadió Andrade en tono doctoral.—El que en política transige, se derrota. Don Porfirio, con ese discurso, le ha cantado el «De profundis» a su Gobierno!

—¡Viva Madero!

—¡Eso es! A rey muerto, príncipe coronado....

—¡No seas imprudente, Tenorio! Ya ves que en la propia casa hay enemigos nuestros. «Capulín» cierra la puerta....

Obedeció el «Capulín» y la puerta vidriera de la «República» que comunicaba la pieza con el pasillo del patio, fué herméticamente cerrada. Andrade siguió entonces comentando:

—Lo cierto es que la revolución triunfa, y más que por la fuerza de las armas, por una fuerza moral incontrastable. No importa que ésta sea, como dice Orbezo, el «cualquierismo.» Por fin la opinión se ha hecho, y si los que se sublevan no tienen maüssers, ni cañones ni dinero, tienen la fe en el triunfo, que es arma invencible. Madero, pues, llegará al poder y para eso no ha de pasar mucho. Y sea lo que sea, resulte lo que resulte, de todas maneras y a pesar de todo, que no sabemos lo que traerá el mañana, Madero habrá hecho por lo menos una buena obra: remover hasta en sus cimientos a esta nacionalidad atónita, que padece de catalepsia y que tiene la médula podrida, para obligarla a despertar y regenerarse, si es que no quiere perecer....

—Muy bien dicho ¡qué caray!

—Veo el porvenir. Lo presumo en mi anhelo de patriota y de amante de mi nación. Madero no será el hombre, acaso. ¡Mejor! Si queremos curarnos, lo primero es no depender de un hombre, de una vo-

luntad, de un árbitro. Eso es incompatible con la democracia y de lo que se trata es de hacer democracia. Necesitamos ideas, choque de ellas, conflagración de pensamientos, batalla de opiniones, y de todo esto surgirán necesariamente las estructuras del porvenir.

—¡Eso es saber hablar!

—Sí.... pero yo tengo infinitos temores. El pueblo no está preparado. Sus atavismos son fatales y lo condenan a ser anárquico.... Podremos llegar más lejos de lo debido. Acaso llegaremos a la desintegración política y a la desorganización social....

—¿Y qué remedio?

—Tener fe en que al final habrá de encontrarse el rumbo, pues ni las sociedades perecen por suicidio, ni el derecho ni la justicia dejan jamás de imponerse!

—Bueno.... La cuestión es que si gana Madero, saquemos nosotros alguna «raja»; porque si nó, no tiene chiste la cosa.

—No seas ruin para pensar, Tenorio. No seas negociante con las luchas de la Patria. Deja tu provecho y mira más alto. No formes en las filas de los que invocando la política, quieren el medro....

—Lo curioso es—observó Chaneque—que el Gobierno no resista como debiera: elementos le sobran; podría hacer una gran resistencia, y todo lo contrario; cede, y parece abandonar el campo, cuando podría aplastar a la revolución....

—Esas son «tigüilas» de don Porfirio....

—¿Y si es que que que lo que no quiere ¡caaaray! es darle oportunidades a los griiiingos?

—¡Bah! Lo que sucede es que ya está muy viejo y no puede....

—Los acontecimientos se precipitan. ¡Pronto hemos de ver cosas muy serias!

—Entonces sería bueno activar los trabajos del Club....

—Sí: debemos reunirnos con más frecuencia.

—Lo malo es que ya nos «tlacharon» (sorprendieron) a lo que parece. Al compadre Nicho lo vigilan, y lo mismo a Bojórquez; y anda tú a saber si a nosotros también....

—Yo no he notado nada....

—Pues yo sí he visto por aquí cerca a los de la secreta....

—¡Adiós! ¿Y en qué los has conocido?

—¿Y quién no conoce a los de la «Secreta»?

—Pues ahora es cuando se necesita valor. Nada de timideces; si nos jugamos la libertad, bueno; y si la vida, mejor. O servimos o no servimos.

—Eso. Lo que es por mí, a la orden – prorrumpió Tenorio. – Y el que tenga miedo que se «chispe».... ¡Viva Madero!

—¡Otra vez! No seas imprudente, hombre....

En aquel preciso momento, una serie de golpecitos en la puerta vidriera derramó una ducha de agua helada sobre los ímpetus de Tenorio, e hizo que un molesto calosfrío recorriera los espinazos de todos los cuerpos, con especialidad el de Chaneque que llegó casi al colapso.

—¡La re.... re.... reservada! – balbutió Demóstenes.

—¡Nos caímos! – agregó Tenorio.

—Mira quién es – indicó serenamente Andrade al «Indio.»

—Yo no, qué caramba! ¿Siempre me ha de tocar a mí?

—Entonces tú, Tafolla..... por el ojo de la cerradura....

—¡No.... yo no.... qué caaaray! No me gusta coooomprometeerme....

—¡Anda, hombre! No seas cobarde....

Demóstenes, haciendo de tripas corazón, se puso a espiar por el ojo de la cerradura, y concluyó por retroceder, entre la expectación de los demás, de puntillas y haciendo señal de guardar silencio.

—¿Quién es?

—¡El chino de la ropa!

—¡Se le deben cinco semanas! ¡Chitón, y aunque eche la puerta abajo!

No fué así. El pobre chino lavandero, cansado de tocar la puerta, se aburrió y se fué cariacontecido como en otras semejantes ocasiones.

* * *

El 7 de mayo de 1911, la Capital de la República amaneció conmovida y llena de interrogaciones en el ánimo público. Ciudad Juárez, teatro de una lucha entre federales y revolucionarios que la asediaban, comandados por el propio Madero, y población limítrofe con los Estados Unidos, había sido tomada por asalto, quedando en poder de los generales de Madero, Pascual Orozco y Francisco Villa, nombres que entonces por primera vez sonaron en la etapa revolucionaria.

La toma de tal ciudad era de trascendencia, porque significaba el que la revolución pudiera proveerse de abundantes recursos de toda índole, al posesionarse de la mejor aduana fronteriza. Y más aún, porque decía bien la protección que tenía de las autoridades americanas, siendo seguro, por lo tanto, que los Estados Unidos reconocerían la beligerancia de los revolucionarios. El golpe resultaba, así, mortal.

No habían pasado muchos días, cuando llegó la noticia de la ocupación de la ciudad de Torreón, lla-

ve al Sur de los Estados de Durango, Chihuahua y Coahuila. Las fuerzas federales habían abandonado la plaza que, al ser ocupada por los rebeldes, había dado lugar a la matanza de más de trescientos chinos allí avecindados.

Frente a aquellos decisivos acontecimientos, el Gobierno había entrado en francas pláticas con la revolución, buscando solucionar el conflicto del mejor modo. Se ofrecieron varias carteras en el Gabinete para jefes revolucionarios, anunciando el Presidente Díaz que se retiraría del poder una vez pacificado el país; la revolución se mostró intransigente, exigiendo la inmediata entrega del poder, y comenzaron entonces, en Ciudad Juárez, las conferencias bien conocidas que, sin dar el triunfo completo a la causa maderista, dieron sí al traste con el Gobierno de Díaz.

Con motivo de tan trascendentales sucesos, la temperatura de la casona de «Las Moras» guardaba un estado de casi incandescencia. Las relaciones internacionales entre las diversas viviendas estaban en suspenso o rotas; y las comunicaciones entre «Menchaca sisters» y «Otamendi company,» por ejemplo, se hacían únicamente «adreferendum.» Don Taco sudaba tinta para apaciguar a los beligerantes, y así como los canarios de Cuca y Chayo ya no salían al sol porque uno de ellos había fallecido de modo repentino y sospechoso, el pobre «Tulipán» había tenido que prescindir de destroncar en el patio sus siestecitas, para no recibir las cataratas de agua jabonosa que el Garaicito desplomaba sobre él.

Una de las más conspicuas víctimas era Orbezo, porque verlo Tenorio y ponerse a cantarle «El Abandonado» todo era uno, sin que bastaran las prudentes observaciones de Quico Andrade.

—¡Hombre Tenorio! ¡Eso no es justo! ¡Pobre viejo!.... ¿Qué te hace? Cumple con tener gratitud y lealtad para aquél que le ha dado de comer por treinta años. Don Porfirio es para «pata de fresno» la encarnación de toda una época, de todo un pasado glorioso....

—Es la encarnación del pambazo! ¡Que se frunza! ¡Bastante mamó el cojo ese!

—Yo, por el que más me alegro de esta catástrofe, es por Menchaquita—decía Chaneque, que no dejaba de tener sus puntas de envidioso, por más que en lo íntimo deploraba aquélla caída de su paisano, como buen oaxaqueño provincialista.—Se acabaron las corbatas de seda y los fieltros de «quesadilla» y los «american shoes» de charol, porque de esta hecha se le «arranca»....

—¡No le hace! ¡Se le llegó la hora y basta!

—Pues a tí también se te acabarán los humos esos que te gastabas, creyendo que Oaxaca había de ginetear a la Nación por una eternidad....

Andrade, con todo y su fervor revolucionario, no veía bien nada de aquello. Le entusiasmaba la toma de Ciudad Juárez; había sido, al parecer, una lucha limpia, en buen terreno, de buena ley, como deberían ser todas aquellas cosas de la revolución, según su criterio puritano. Madero, Orozco y Villa venciendo allí a la «federacha,» habían estado en su lugar. Así debía ser la revolución. Pero repugnaba aquello de las crueles matanzas de chinos en Torreón; ¿a qué conducían hechos semejantes? ¿Qué lustre daban a la causa? Sólo le acarreaban desprestigio, porque chinos o polacos aquellos hombres, no eran enemigos y sí extranjeros que debían ser respetados porque vivían en el país, en el concepto de que a éste lo regían leyes humanitarias. Y le escocía la burla para Orbezo y la inquina contra Men-

chaquita que no era responsable de que el pueblo no tuviera libertades y la democracia fuera un mito. ¿Por qué, Señor,—pensaba—por qué llevar la pasión a esos extremos? ¿Por qué no puede ser una revolución pura, inmaculada, generosa, justiciera y llena de ideales?

Y Truenos le respondía—¡Barajo! ¡Porque la revolución es la revolución!

El bueno de Andrade, en su lirismo revolucionario, se olvidaba de que una revolución civil jamás puede ser metódica ni obrar sólo en razón, por la misma causa que el agua del torrente no corre con la mansedumbre y la serenidad del agua fecunda que corre encauzada por el canal de riego!

CAPITULO VII

La renuncia

Sigilosamente, como positivos conspiradores de alto coturno, la mayoría de los asociados del Club «Propugnadores de la Democracia» y que, para mejor operar, dado como se estaban poniendo las cosas, se había encubierto con el anodino nombre de «Club Cívico Rayón,» se fueron deslizando al interior de la casa del compadre Nicho, dando santo y seña al entrar, y hasta que la concurrencia sumó diecinueve afiliados. Por fortuna, aunque el número era escaso, la Directiva estaba completa, presidiendo Andrade, llevando la Secretaría Bojórquez, y notándose la ausencia del primer secretario Chaneque, que prudentemente había menudeado esas ausencias.

—Figúrese...... yo soy menor de edad—había dicho a don Taco—y no puedo legítimamente contraer compremisos políticos. Fuera de que, la verdad, no me parece limpio eso de mamar y beber leche. (Se refería a que no podía estar conjurando cuando tenía la bequita aquella del Gobierno de su tierra.)

La sesión del Club, en aquella noche, era muy importante. Los acontecimientos políticos se habían precipitado: se estaba en vísperas de la renuncia del Presidente Díaz. «Ya era preciso—según exposición al efecto hecha por el Secretario en funciones, Bojórquez—tomar una actitud resuelta y definida, dejando la condición pasiva, para acudir con todo el contingente del Club, sacudiendo el marasmo consuetudinario, y contribuir con todos los esfuerzos de los afiliados, para ayudar eficazmente a la causa y hacerla triunfar, aun con el sacrificio de la vida si necesario fuere.»

Andrade como que se mortificaba de aquello, porque francamente la actitud se tomaba bien tarde; cuando «la causa» en momentos de triunfar en toda la línea por los esfuerzos de otros, maldito si necesitaba de contingentes y sacrificios.

Los discursos abundaron: el patriotismo los inflamaba, y en aquellos momentos, de los diecisiete oradores que entre los diecinueve concurrentes tomaron la palabra, quince por lo menos fueron sinceros. Tenorio se sobrepasó: lleno de un bélico ardor y de un entusiasmo furibundo, excitó a los «hermanos en ideas» para que al siguiente día se reunieran todos en la Cámara de Diputados; y si en la sesión de ese día no se presentaba la renuncia del Presidente, fueran con él a arrancársela, a la buena o a la mala, y donde aquél se hallara, pues él estaba dispuesto «a derramar hasta la última gota de su sangre en la defensa de los ideales revolucionarios.» (Aplausos).

Se abstuvieron de hablar el compadre Nicho, porque él no sabía de «literaturas ni de liturgias, pues que no había estudiado;» pero manifestó su conformidad; porque él sí sabía «darse de cocolazos» y era «muy hombre para rifarse con cualquie-

ra» y «no se pandeaba» en ocasiones como aquella; y Demóstenes, un poco por prudencia y otro poco más por aquel endiablado defecto de su rebelde lengua, que tanto lo perjudicaba para perorar, ya que, incorregible, le proporcionaba rechiflas y no aplausos.

Antes de levantar la sesión, Andrade requirió de todos los concurrentes un solemne juramento, bajo palabra de honor, de que estarían juntos y unidos en las horas del peligro, frente al común enemigo; y todos a una voz, extendidas las diestras y puestos de pie, juraron. Por los ojos de Andrade pasó la visión del juramento del «Juego de Pelota» de la Revolución Francesa, y aun le pareció ver en cada uno de los clubistas un futuro Sieyés.

Las vacilaciones de Tafolla se aclararon un poco al siguiente día en el que recibió carta de Indé, avisándole que, si no le mandaban el dinerito que había pedido para cubrir algún ligero déficit, era en virtud de que desgraciadamente «la lumbre» había llegado ya por aquellos rumbos, y a unos cuantos federales se les había ocurrido defenderse heroicamente en la iglesia parroquial, lo que había dado por resultado que los rebeldes, en represalias, se llevaran una «punta» de ganadito que estaba acorralada en el pueblo para su venta.

—¿Ya lo ves? Son unos latrofaaaciosos.... unos lalaladrones!—había dicho a Tenorio.

—¡Contingencias de las luchas libertarias, viejo! ¡Vaya! Eso es cosa de poca monta....

—¿De pooooca y no voy a poder papapagarle al saaastre por ellos?

Con motivo de aquello, sus ardores revolucionarios se le apagaron bastante, aunque no del todo, tal vez más por curiosidad que por otra cosa, nece-

sitando Andrade un gran acopio de elocuencia para volverlo a diapasón.

En aquella mañana del 24 de mayo, bien cerca de medio día, y a puerta cerrada, Andrade y Tenorio estaban en la «República» ocupados en una labor terrible, que hubiera hecho enfermar de miedo a Barbedillo. Sobre la única y consabida mesa, había una aceitera de máquina de coser, préstamo de las Otamendi; media docena de trapos sucios; un destornillador y otros útiles semejantes, y nuestros dos sujetos revisaban y apuntaban y relujaban los cañones de dos sendas pistolas «Colts» de calibre 44, haciendo jugar los engrasados cilindros y funcionar «a pelo» a los gatillos.

—¡Lo que es «mi frijolera» está quedando flamante!

—¿Cuántos cartuchos tenemos?

—Pocos; sólo una caja....

—Es lo bastante; a veinticinco por barba.

Un toque convencional en la puerta. Abre Tenorio y aparece Demóstenes con rara apariencia, pues todo el cuerpo se le volvía chichones y abultamientos.

—¡Aquí traaaigo paaarque!

—De eso tratamos. ¿Es calibre 44?

—No...... Es ciiiinco ceeeeros. ¡Un derroche! ¡Seeeeis peeeesos botella!

Y sacó una tremenda botella de cognac de la bolsa de la faltriquera.

—¡Y por si acaso, caaaray! Es bueno preeevenirse y aquí traaaigo eeeesto....

Y fué exhumando de las profundidades de los bolsillos un paquete de algodón absorbente, vendas sanitarias, un frasco de árnica y otro de agua oxigenada.

Una carcajada homérica saludó al botiquín.

—¿Vas a ser de la «Cruz Roja?»

—Ustedes se rerereirán, qué caaaray! pero pupupuede servir....! Y como yo he cambiado de opiniones y no he de ir a esa rererebambaramba, pues aaayudo con lo que puedo!

La comida se hizo de carrera, y al terminar, en un descuido, Andrade aprovechó para despedirse de Chayito; una rápida y patética despedida; alguna que otra furtiva lágrima; y un ¡adiós! que bien podía ser «hasta luego» o «hasta nunca».... Chayo corrió desolada a encenderle una lamparita al Santo Niño de Atocha, y Andrade bajó resuelto la escalera, mientras por un visillo medio levantado espiaba Lucha Menchaca, diciéndole a su hermana Locha:

—¡Y llevan pistola los muy canallas! ¿A quien se la robarían?

Ya en el patio, Tenorio no pudo contenerse en decir a Orbezo:

—¿No gusta, Orbecito? (como estaba de capa caída el diminutivo se imponía) Lo invitamos....

—¿A donde van?

—A la Cámara. A los funerales de su viejo pelón, don Porfirio....

—¡Pues aquí los espero en camilla! Al viejo ese, ustedes no le hacen «ni aire con la cola!» ¡Si yo fuera él, ya los recibiría a tiros....! ¡gandules!

—De esta hecha se cae y no de gusto.... ¡Nosotros vamos desde ahora a escoger nuestras curules! Quien quita pase y se ensarte....

Paulinita se persignó devotamente al verlos partir. ¡Qué imbecilidad! ¡Contribuir para derrocar a don Porfirio! ¡Complacerse en que cayera! ¡Ya lo habían de padecer más tarde, cuando todo estuviera perdido y vinieran «los gringos» a meter en cintura a los revoltosos! ¿Por qué no mejor seguir viviendo en santa paz y cobrando los interesitos re-

gularmente? Para la falta que hacían aquellas farandulerías de democracia y sufragio!

Alguien más, palideciendo hasta la blancura cadavérica y sintiendo que el corazón le estallaba en el pecho, había visto salir, también, a Andrade. La «Corchea» que, temblorosa y con entrecortado acento, fué a decirle a la mamá, que en aquellos días de efervescencia política había llegado a la hiperestesia ídem:

—¡Mamá, mamasita!.... Ahí se va el señor Andrade....

—¡Muy bien hecho! Eso se llama tener pantalones y virtudes cívicas, y no ser como el gallina de tu padre! ¡Si yo fuera hombre ya los estaría siguiendo!

—¿Y si lo matan?

—¿Y qué? ¡Será un héroe más, lo mismo que ese león de Tenorio!....

Tal razón no convenció a la incógnita enamorada, y una lamparita más se encendió por Andrade a la Virgen de las Angustias, y también la «Corcheita» lloró y rezó....

La Cámara de Diputados estaba en aquella memorable tarde, pletórica de concurrentes; los curiosos y los simpatizadores de la revolución, congestionaban galerías y pasillos. En la amplia escalinata que sirve de acceso al edificio, la policía podía contener, a duras penas, al público impaciente que intentaba penetrar por asalto, atropellándose, empujándose, incrédulo aún de que la noticia fuera cierta. ¿Don Porfirio iba a renunciar? ¡No era posible! Dizque lo había prometido, pero de seguro que engañaría una vez más a la demanda popular. Por treinta años seguidos había dominado al país, adueñándose de la silla presidencial. ¡La vida de un hombre! Y por eso parecía increíble que abandonara el poder vin-

culado en él por tanto tiempo y para el que había nacido y en el que parecía querer morir.

En las calles adyacentes a la Cámara, el pueblo se apelotonaba arrollando a «los de la montada» (policía de a caballo) que sufrían estoicamente dicterios e insultos—¡Esbirros! ¡Cosacos! ¡Sayones! ¡Tecolotes! era lo menos que les decían. Los gritos de ¡Viva Madero! ¡La renuncia! ¡Abajo el Dictador! ¡Viva la Democracia! surgían estentóreos de aquel oleaje humano que formaba remolinos, en su constante vaivén.

A duras penas, Andrade, seguido de los suyos (la mayor parte de los del Club se le habían ido incorporando en el camino de la casa a la Cámara) pudo abrirse paso hasta la escalinata, no sin que Tenorio, por diez veces, hubiera querido trabar pendencia, porque, lo que parecía increíble, revueltos y confundidos en aquel mar humano, había adoradores del dios que se encumbraba, y partidarios fieles del anciano Presidente que caía. Con algunos de estos, la cosa se puso seria, porque el «Truenos» le oyó decir:

—¡Brutos! Están creyendo que bautizan a la libertad, y lo que hacen es llevar a la pila a la anarquía y cavar el sepulcro de la nacionalidad!

—¡Cállese! Usted dice eso porque debe ser un «mantenido» del Gobierno. ¡Un pancista! ¡Un paniaguado de Díaz!

—Yo lo que soy es hombre, para tener las ideas que me «cuadren»....

—Y para sostenerlas ¿qué es?

—Hombre también, como lo soy para «agrietarle a usted la fachada» (romperle la cara).

—Tenorio, viejo, no nos comprometas tan inútilmente—le dijo por lo bajo Andrade, llamándole la atención sobre que no eran sacrificios de aquella

clase lo que de ellos reclamaba la Patria. Y en compacto grupo siguieron adelante, y lograron entrar y hallaron aún sitio en un rincón de las galerías de la Cámara, viendo cómo iban llegando los diputados; acalorados y discutidores, los unos; cabizbajos y como compungidos, los otros; y los más, con caras de sabuesos, olfateadores de los tiempos futuros. La atmósfera de la Cámara se caldeaba por momentos, y prometía ponerse al rojo cuando se diera cuenta con la «renuncia» que, en un destemplado y creciente grito, se pedía desde las afueras por la multitud que, irritada y sin freno, en un momento de impulsivismo, se jugaba el porvenir de la Patria toda, ávida de cambiar, de substituir, de voltear la espalda a lo conocido para enfrentarse resueltamente con lo desconocido ¡fuera lo que fuese!

Y la sesión del Congreso no se abría; tal parecía que los diputados estaban «haciendo yerba» y que la Mesa de la Cámara estaba «camoteando» (perdiendo el tiempo). Corrillos y grupos en los que se hablaba con acaloramiento; pero nada de que sonara la campanilla para «pasar lista.» Y con esto, el termómetro de la calentura popular subía y subía. Lo cierto, lo que en el fondo había era que, en efecto, se estaba en espera de «la renuncia» que, según se decía, el Presidente había convenido en enviar, pero que no llegaba.... detenida por una patriótica circunstancia, acaso de muchos ignorada.

Ciertamente, el presidente había consultado con su Gabinete el enviar su renuncia en aquella tarde; pero, imprudentemente, el Embajador americano Henry Lane Wilson, el hombre nefasto para México, que había soplado subrepticiamente sobre la hoguera revolucionaria; que llamaría más tarde «loco» a Madero, al que entonces parecía apoyar decididamente; el que a su vez se enloquecía con whiskey y

que había de tomar champagne en noche trágica y en la misma copa del traidor entre los traidores, había ido a ver a Díaz para cerciorarse de que presentaría su renuncia. Y el viejo dictador, enfermo y agobiado de dolor por la apostasía de su pueblo, tuvo un gesto hermoso, y preguntó dignamente al Embajador:

—¿Quién me pide la renuncia, usted o el pueblo?

—El gobierno americano la desearía por el bien de México – respondió hipócritamente aquél.

—Entonces no la presentaré, porque el Gobierno americano no puede ni siquiera expresar deseos en cosas del orden político interior de México, y menos cuando no los tiene por el bien, sino para el mal de aquél.

¡Qué habría dicho si hubiera sabido lo que el porvenir reservaba sobre tan grave materia!

Y por eso, la renuncia no se presentó en aquella tarde, quedando en cartera hasta el siguiente día en que nuevas presiones, entre ellas la de una gran mayoría de la Cámara misma, decidieron al Presidente a enviarla.

Por fin, allá pasadas las cinco de la tarde y cuando se supo por los diputados que la renuncia no iría a la Cámara, el Secretario de ésta pasó lista entre la general espectación, que subió de punto cuando el Presidente de la Cámara pronunció la frase sacramental: – «Se abre la sesión.»

El público esperaba que se leería incontinenti el oficio de la renuncia; no fué así; asuntos someros, de puro trámite, llenaron la sesión que terminó intempestiva, casi furtivamente, con un corto repiqueteo de la campanilla y la sacramental frase: – «Se cierra la sesión.»

El público tuvo un corto momento de estupefacción y desconcierto, como el de aquél que no ha en-

tendido bien. ¿Y «la renuncia»? ¿Qué era de ella? ¿Por qué no se había dado cuenta con ella? Cuando comprendió que no había sido presentada, se desbordó en indignación, como la concurrencia de un circo a la que se ha prometido una lucha de fieras y se la sirve una pantomima imbécil. Se llamó a engañada y prorrumpió en denuestos; y abandonando rápidamente las galerías, se lanzó a la calle en numerosos y compactos grupos.

Cuando los que en la calle esperaban se enteraron del desenlace desabrido de aquella escena, formaron algo como un monstruo cuyo acento fué primero rugido de rabia y después alarido de fiera azuzada.

—«¡La renuncia!»—gritaban unos.—¡A palacio a exigirla!

—¡Vamos por ella a «Cadena!—vociferaron los otros, refiriéndose a que en la calle de Cadena, quedaba la casa del Presidente.

—¡Armas! ¿Dónde hay armas?

—¡Abajo el tirano! ¡Mueran los sicarios!

Y la multitud aquella se fragmentó, formando diversos grupos que ocupaban a su paso calles enteras de la Ciudad, para marchar, los unos, rumbo a la Plaza de Armas; rumbo a Cadena los otros; y otros más rumbo a los lejanos barrios para llevar hasta ellos la palpitación de su furia. Pronto cada grupo tuvo su vanguardia formada por la andante gaminería de la urbe; por los «papeleros» los chiquillos y vendedores de periódicos, y los estudiantes que improvisaron militares parches con botijas y tubos de hoja de lata, y trompetas con periódicos enrollados. Con pedazos de lienzo tricolor adquiridos al azar, y atados a sendos palos, se confeccionaron banderas. Y la muchedumbre erguida, de pie,

después de muchos años de estar de hinojos, se hizo imponente, avasalladora, incontrastable!

Andrade seguido por los del Club y por un grupo de manifestantes, se dirigió rumbo a la Alameda, con su respectiva vanguardia y la consabida bandera. Se sentía como un poseído, desbordante de santa indignación. Palpitaba en él algo del alma popular, pletórica de entusiasmo, patrióticamente iracunda, presta a la muerte en la barricada, enfrentada resueltamente con el Poder, y así, él se figuraba que en tan solemnes momentos era uno de los llamados a ser de los directores de las masas, tal como su arquetipo, Enjolrás, lo había sido....

—¿A dónde vamos? le preguntó tímidamente Tafolla.

—Pero.... ¿tú estás aquí?

—¡Siempre me resolví a venir! ¡Qué caray! La curiosidad....

—Vamos a la Alameda; al monumento de Juárez, símbolo de la República, a arengar a las masas, para que aprendan la lección sacrosanta de sus derechos; y después ¡a Cadena!

Cuando llegaron al hemiciclo que corona la figura en mármol del Benemérito de las Américas, cobijado por las alas de la Gloria y amparado por la Historia severa, Andrade preguntó a Demóstenes:

—¿Dónde está tu parque?

—Aquí está.... ¿Quieres un «fajo?»

—Sí.... ¡para entonarme!

Y a boca de botella, Andrade sorbió y sorbió, sintiendo que, con el con el calor de la excitación del momento, se derramaba por toda su sangre el artificial calor del licor, al que no estaba acostumbrado. Después, buscando una eminencia, se irguió, libre su griega testa al viento de la fronda, que jugueteaba con sus ensortijados cabellos; arrogante

el ademán; fiera la actitud y firme el acento; recortándose enérgica su silueta a la luz de los cercanos focos eléctricos sobre el fondo blanco del hemiciclo.... Y lanzó sobre la heterogénea multitud, un estentóreo «¡Pueblo soberano!»

Y habló, sintiéndose positivamente inspirado. Peroró sobre la Democracia y sobre las virtudes cívicas. Acerca del Derecho y la ley. Sobre las prerrogativas del ciudadano y sus deberes para con la Patria. Saturado de republicana elocuencia, exaltó las virtudes ciudadanas de Juárez y de los grandes patricios libertadores; y conforme más avanzaba en su discurso, se sentía más lleno, más compenetrado de su misión, de su apostolado, de su cátedra; y rotundo, soberbio, magnífico, trató de despertar aquellas conciencias irredentas y aquellos cerebros adormilados, golpeando en ellos con la razón y la verdad, en una suprema floración del verbo, a fin de que en ellos se hiciera radiosa la luz para la convicción revolucionaria, en cuanto la revolución tenía de grandioso y dignificante.... Pero cuando terminó de hablar, apenas si resonaron algunos escasos aplausos de los del Club, desmedrados y secos.... La gran multitud había permanecido indiferente!

—Pero ¿has visto? ¿Qué es lo que les pasa?—preguntó a Demóstenes.

—¡Es que que que te fuiste muy aaalto! No te en en.... entendieron......

En esos momentos, ya otro orador se había encaramado en hombros de los manifestantes, y con el sombrero en la siniestra y la diestra en apretado puño, peroraba y accionaba como un energúmeno, con voz descompuesta y provocador ademán. Y a cada período, una cerrada salva de aplausos resonaba, y la ovación subía en un alarido. Gritos, roncas voces de aprobación, silbidos de entusiasmo,

toda la gama del delirio provocado por la palabra.... ¿Quién era, pues, el que hablaba? ¡Rovirosa! Rovirosa, que dejando a un lado aquellas zarandajas de la Patria y las virtudes cívicas, anatematizaba al Dictador, excecraba al gendarme, insultaba a todo y a todos, excepto al «soberano pueblo,» en cuyo loor rebuscaba adjetivos estimulantes de la pasión, poniendo en su verbo el vitriolo que quema, y haciendo restallar el látigo del epíteto que azuza. Y al concluir, rompiendo con el programa acordado, ordenó estentóreamente «¡A Palacio!» a la multitud aquella que, seducida, sugestionada, dócil, arrastrando a Andrade y a los suyos en su resaca, marchó rumbo al Palacio Nacional, por la avenida de San Francisco.

—¿Pe.... pe.... pero qué diaaablos vaaamos a hacer a Palacio?

—No lo sé.... —decía Andrade.—Es Rovirosa quien nos lleva....

—¿Y si nos re.... re.... reciben a tiros?

—Contestaremos con tiros.

—¡Eso es dar daaado!.... Nooos achichiiiinan de seeeguro! ¡Y para curiosidad, ya baaasta—decía Demóstenes, que en aquellos momentos sentía su lengua en una rebeldía inusitada, por mor del susto.

—Tenemos que cumplir con nuestro deber hasta lo último.

—¡Qué deeeber ni qué alboooóndigas! ¡Vamos chiiispándonos, caaaray!

—¡Eso es, cobarde! ¿Dónde está Tenorio?

—¡Para mí que ya se peeeló de caaasquete! (expresión equivalente a ya se fué o se marchó).

Por la larga y estrecha avenida, la multitud se apretujaba y los de atrás empujaban irremisiblemente a los de adelante, hasta tanto que otra mani-

festación, viniendo en sentido contrario, no detenía momentáneamente a la avalancha. Mientras caminaban rumbo a Palacio, Andrade apuraba por vez primera el caliz de la amargura de su vida política..... El triunfo oratorio de Rovirosa y su derrota, bien entendida ya, le causaban una impresión de dolorosa desilusión. ¿Luego, para hacerse entender de las masas populares y subyugarlas y arrastrarlas donde se quiera, como lo hacia Rovirosa, lo mejor que se podía hacer era darlas el halago insubstancial, el elogio sin tasa y la adulación sin límite? ¿Luego el mejor resorte para moverlas era azuzarlas, no hablándoles a la razón para convencerlas y estimularlas, sino a la pasión, para excitarlas y encenderlas? ¿Luego en ellas el impulsivismo lo es todo, y obran por una emotividad inconsciente, y nada significan ni valen el acento de la sinceridad y la voz de la verdad? ¡Y al pensar así sentía el pavor que inspira el poner en las manos de un niño el cartucho de dinamita, o la palanca de una locomotora en las de un epiléptico!

Entretanto, la compacta muchedumbre avanzaba y avanzaba hacia el Palacio Nacional, como en una gigante y trabajosa reptación, ondeando al aire las banderas, atronando la avenida con los ¡vivas! y los ¡mueras! y con el ruido destemplado de las hojas de lata y de las improvisadas trompetas. Al verla, nuestro hombre pensaba que, cualquiera que fuera el espíritu que animara a aquel populacho, había en él algo de solemne, de majestuoso, de omnipotente, de magnífico...... ¡Reclamaba lo suyo! Lo que por su naturaleza le era inalienable. Derechos, justicia, reivindicaciones, emancipaciones, viejos ultrajes y dolorosos agravios, y se parecía en aquel momento al potro de sangre ardiente que, arrojando el pretal que lo ha oprimido y escupiendo el fre-

no que ha mascado por mucho tiempo, se encabrita y relincha en libertad, en mitad de la llanura que ensordece con sus relinchos! ¡Era la revolución, la magna revolución la que se abría paso!

«¡Van a disparar sobre el pueblo!» se oía decir. «La policía va a hacer fuego, de un momento a otro, para disolver las manifestaciones»......

¿Sería posible? ¿Se llegaría hasta el asesinato de los ciudadanos? ¿Se encharcaría con sangre del pueblo el asfalto de las calles, para que un hombre devolviera el poder que el pueblo le había confiado? Y con un convulsivo movimiento, Andrade apretaba el puño de su revólver....

—No tenga cuidado, señor Andrade. Aquí voy junto a usted, y si hay «catorrazos» (golpes) moriremos juntos....

El que así hablaba era Nicho, el compadre de Tenorio, un hombrazo de dos metros, que se había metido en aquellas danzas, tanto «por seguirle la tonada» a su compadrito, cuanto porque su psicología ciudadana se reducía a demostrar que él «era muy hombre;» pero que, por lo demás, tenía noblota el alma y un concepto del ejercicio del valor como lo tiene gran parte de nuestro pueblo, al que la felonía irrita y la ventaja para pelear subleva.

Conforme la compacta caravana se acercaba a Palacio, se acentuaba el rumor de que sería recibida a tiros y acribillada. Frente a aquel edificio había una línea de soldados tendidos en tiradores, y en las azoteas, según se decía, habían colocado ametralladoras. Y lo mismo se aseguraba que habían hecho en el Paiacio Municipal y en la Catedral, que cerraban con el Palacio, tres lados del perímetro de la gran Plaza. Y sin embargo, despreciando temores, la multitud avanzaba ciegamente, confiada

en que cada mano iba provista de una piedra o de una «charrasca» (daga).

Al desembocar en la amplia Plaza de Armas, los unos avanzaron resueltamente, mientras los otros retrocedieron por un natural instinto de previsión. Junto a Andrade caminaba un pilluelín, locuaz y fanfarrón, que a todos los gendarmes que se hallaba al paso les lanzaba un estruendoso ¡viva Madero! en sus propias narices, y que alentaba a Andrade, diciéndole:

—¡Sígale, jefecito!...... ¡Si al fin no nos hacen nada!...... ¡Nos tienen miedo!

Ya en la amplia Plaza, la multitud se arremolinó, concluyendo por adoptar una actitud francamente agresiva, contra «los de la montada.» Alevosas manos picaban cruelmente los ijares de los caballos, divirtiéndose con los apuros de los jinetes que sufrían desprevenidos los reparos de aquéllos. Más de alguna piedra, certeramente lanzada, rebotaba sobre los recios dorsos de aquellos pobres policías a quienes la consigna impedía defenderse o acaso aliarse. Varias veces la avalancha humana los obligó a replegarse hacia el frente del Palacio Municipal, hasta que, ante la osadía creciente del monstruo, una voz de mando, seca y vibrante, ordenó: ¡Mano al sable!...... ¡Carguen!

Aquel era el momento decisivo, al entender de Andrade: el instante de jugarse la vida; y así, serenamente, sin aspavientos, empuñó su pistola, imitándolo el compadre Nicho, mientras el pilluelo aquel silbaba rabiosamente.

—¿Dónde están los compañeros?—preguntó Andrade.

—¡Quién sabe! No hay ninguno......

Antes de que pudiera hacer uso de su arma, se sintió envuelto por la multitud, que, arrastrándolo

en su desbandada, frente al peligro de la carga de los gendarmes, huyó hasta venir a rebotar contra las verjas del atrio de la Catedral; mas apenas volvían a replegarse los policías, cuando, reponiéndose aquélla, hizo caer sobre ellos una nutrida lluvia de piedras......

Entonces, sin que se supiera de dónde se había hecho ni por quién, en la sombra, a lo lejos, rompiendo la tiniebla, brillaron los fogonazos de una descarga que resonó cerrada y seca, y a la que tan sólo respondieron Nicho y Andrade, erguidos, desafiadores, valientes hasta la temeridad, oyendo cómo los balazos aquellos, pegando en el enverjado de hierro de la Catedral, habían arrancado de él extraños sonidos; algo como las notas ríspidas de un conjunto de tensas cuerdas....

Bastó aquella descarga para que la gran Plaza quedara desierta, muda, solitaria....

—¡Cobardes!—rugió Andrade—¡Nos han abandonado!

—¡No hay hombres!—fué la exclamación de Nicho.

Y el primero, que pensó por un momento que iba a tener allí su barricada como Enjolrás, sintió agudamente el segundo despecho de la noche; más que despecho, ira profunda; ira contra los que no querían dar la cara a las balas en la conquista de sus libertades!

Cuando, colérico y nervioso, daba los primeros pasos para alejarse del lugar, convencido por Nicho de que era inútilmente temerario permanecer allí, si ya nada podían hacer, sus pies tropezaron con algo tibio y blandujo. Era el cuerpo inanimado del pilluelín aquel, único que había recibido una bala de la descarga, en pleno corazón. Estaba muerto; bien muerto en mitad del charco de su sangre que el ba-

rro del piso se bebía. Pálido el cobrizo rostro de infantiles lineamientos en el que parecía dibujarse la última sonrisa de sarcasmo para el peligro; asida fuertemente por la diestra convulsa, la miserable gorra, vieja y agujereada, y recogidas las extremidades inferiores en el tenesmo del salto postrimero con el que la vida, defendiéndose, quiso esquivar a la muerte cuando ésta hacía presa....

Andrade, devotamente, sintiendo que una caliente lágrima se le escapaba, se acordó de Gavroche; y arrancando un puñado de flores del cercano prado del jardín de la Catedral, lo depositó con unción sobre el pecho del muertecito, a la par que, puesto de rodillas, dejaba un beso en su frente....

A lo lejos oíase el murmullo sedicioso de la gran Ciudad en plena rebeldía y el grito formidable de ¡La renuncia! ¡La renuncia!

CAPITULO VIII

Ocaso y levante

En aquella noche histórica, el primero de los del Club que llegó a la Casona (fuera de Chaneque que se había quedado en ella por tener una intempestiva jaqueca) fué Tenorio que, echando abajo la puerta a aldabonazos, ya que aquella se había cerrado a las oraciones por orden de Barbedillo, atento que podía haber «bola,» se puso de un salto desde el zaguán hasta el «copete.»

Atisbado por Chayo, tuvo que mantener con ella una conferencia de piso a piso.

—¿Cómo Tenorio? ¿Ya regresó usted?

—Sí...... La cosa está que arde...... Hay balazos......

—Dicen que hay tumultos ¿es verdad?

—Y piedrazos y cargas de la policía...... ¡El disloque!

—¿Y.... Andrade? ¿Qué es de él?

—Se me perdió en las trifulcas. Por más que lo busqué no pude dar con él....

—¡Ay, Dios mío! ¡Si le habrá pasado algo! Si lo habrán matado! ¿Por qué se separó usted de él? Eso no es de amigos......

—Diré a usted...... Yo esperaba que de un momento a otro nos «encendieran» (dispararan) ¿sabe usted? Y la verdad es que.... ¡bueno!.... morir a lo hombre, combatiendo y matando, está bueno; pero morir de «tarugo» ¿no es verdad? Yo no me quiero «petatear» (morir) así....

Y sin más explicación, «Truenos» se introdujo en su cuarto, mientras la Chayito se fué a despabilar la lamparita encendida al Santo Niño.

No fueron toquidos, fueron golpes de catapulta los que a su vez dió Demóstenes en la puerta de la calle a fin de que se la abrieran y, una vez dentro, con estentórea pero balbuciente voz, ordenó a la azorada Filo:

—Ci.... ci.... cierra, y no aaabras ni a tu tu tu maaadre!

—¿Pero qué hay? preguntó la cancerbera.

—¡Qué.... qué.... qué te iiiimporta! ¡Echa la llave, traaanca y retraaanca¡ ¡Pronto!....

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?—preguntóle tímidamente Paulinita.

—¿Quéeee? ¡Qué ya emememempezó el zafaaarrancho! ¡Todos los baaatallones están baaarriendo las caaalles! ¡Llueven balas!

—¡Eso! ¡Eso! ¡Así me gusta! ¡Si desde un principio lo hubieran hecho, no habrían quedado valientes!

La observación era de «pata de fresno,» que, al ruido, se había plantado en el patio con todo y prole.

—¡No sea usted brubrubruto, hombre! ¿Bububueno que le abran a uno un ooojal? ¿Que ametrallen al pupupueblo?....

—¡Qué pueblo ni qué cuernos! Ametrallaran a ustedes que lo están queriendo «empinar» para hacerse héroes!....

A la curiosidad fueron bajando al patio o asomán-

dose a sus respectivas puertas de «cantón,» Barbedillo y Garay, con sus consortes; las Otamendi en pelotón, las Menchaca, Gordillo y hasta la esposa de Tajonar. Demóstenes, trabándosele la lengua más que de costumbre, narraba, provocando explosiones ya de indignación, ya de incredulidad. Un siete que traía en el saco desde hacía tiempo, resultaba ahora perforación de bala; había podido contar más de doscientos muertos; había visto funcionar las ametralladoras como jeringas de regar jardín, y había visto lo que los ojos de Argos en aviso no hubieran podido vislumbrar. El pueblo se batía en masa; los soldados lo diezmaban....

—Lo raro es que nosotros no hayamos oído ni un tiro, estando tan inmediatos al teatro de los sucesos —observó Gordillo.

Ante tan certera observación, Tafolla no se desconcertó, y repuso:

—Le diré.... eso está pasando por allá.... por Cadena.... por la Reforma y Chapultepec....

Y aun le pareció que andaba cerca, para que se pudieran oir los tiros....

En cambio, para hacerlo quedar mal, en esos momentos pudieron oirse bien distintamente las detonaciones de la única descarga de aquella noche; la que habían soportado Andrade y el compadre Nicho, y que había hecho su víctima al pobre papelero.

—¡Ahora si es de veras!—dijo Orbezo.

—¡Santa Virgen de los Remedios!—musitó Chayito, corriendo a arrodillarse ante el Santo Niño.

Y en la puerta de su «cantón,» las Menchaca que, mientras observaban y oían, corrían las cuentas del rosario que rezaban, sintieron que un frío mortal pasaba sobre ellas.... Menchaquita, el sobrino idolatrado andaba en la calle!

A los pocos momentos llegó Andrade, y el conci-

liábulo volvió con tal motivo a reanudarse. Andrade había llegado pálido, demudado, nervioso, trayendo todavía entera en sus retinas, la imagen de aquel pobre niño, primera víctima de la revolución en la Capital, y símbolo de la inocencia de tantos como así perecerían, y refirió lo que había visto, desahogando sus iras sobre el mentiroso de Tafolla, que como Tenorio, había corrido ignominiosamente y los había abandonado.

—¡Gallina! ¡Ni «Truenos» ni tú sirven para esto! ¡Has visto moros con tranchete!

—Te.... te.... te diré, vieeejo.... Eso de que le pe.... pe.... perforen a uno la epidermis así, a la boooba, no tiene chiiiste!

A Chayo le volvió el alma al cuerpo con la vuelta de Andrade. Lo miraba y lo volvía a mirar, extasiándose en ello y como quien ve a un sér sobrehumano. ¡Ahora sí que ya era un héroe! ¡Él sí que era un valiente! Y tras los visillos de la vivienda Garay, la «Corchea» que veía aquello sin sentir celos, se enjugaba una lágrima, y dejaba escapar un íntimo suspiro de satisfacción y de gratitud para la Virgen que lo había salvado....

Sólo Menchaquita faltaba. No había llegado aún. ¿Qué sería de él? Ya eran las nueve de la noche y no parecía. Tal vez se habría refugiado en alguna casa, huyendo de la quema, y no iría al domicilio por esa noche, rompiendo con toda la tradición, ya que, con todos sus veinticuatro años, no acababa de salir de las faldas de las tías. ¿Se habría quedado en la oficina, retenido por quehaceres del ramo? Tal vez.... Lo cierto era que «Menchaca sisters» llevaban repasadas tres veces las cuentas del Rosario, y el sobrino no daba señales de vida, haciendo cundir la alarma en la vecindad.

Por fin, a eso de las diez, llegó a su morada. ¿Có-

mo? Tocando la puerta discretamente, silbando un aire del «Encanto de un wals» y arreglándose los pliegues de aquella impecable corbata de plastrón. Ni había perdido la color ni traía el paso alterado. Y resultaba así que él, el dandy de la casa, el niño de los afeites, era el más hombre de las filas.

Sin decir oste ni moste, al siguiente día Tenorio hizo mutis de la «República,» dejando a Andrade un lacónico papel en el que le decía que, juzgando necesario reemplazar la acción a la palabra, se lanzaba por fin y decididamente al campo de la lucha, empuñando las armas para «operar» en Tlaxcala.... Andrade se sonrió tristemente ante aquella decisión heroica de «Truenos.» Era que lo conocía bien y sabía lo que era capaz de dar de sí......

En ese mismo día se presentó, por fin, la ansiada renuncia del Presidente de la República. En la sesión de la tarde de ese día, en la Cámara, se dió cuenta con ella, en mitad de un espectante silencio, siendo aprobada casi con regocijo por todos aquellos que él había llevado a los escaños, y reprobada por el voto de tres o cuatro significados enemigos. El viejo Caudillo se despedía del Poder, con mucho de sincera amargura por la apostasía de su pueblo; con mucho de triste desconfianza por el porvenir de la Patria, a la que había dado sus mejores años y su sangre, en luchas por su Constitución y contra el invasor extranjero. Se quejaba, dolorido, del abandono del pueblo, inconsciente acaso en sus procederes; de aquel pueblo trasmutado por espejismos; de la generación que bajo su imperio había nacido, que bajo su paz se había formado y trabajado, que bajo su férula, calificada atinadamente del «máximum del poder y el mínimum del terror,» era algo suyo, falange hija de los que en el 67 lo habían aplaudido delirantemente, cuando el dos de Abril y frente a

los muros de Puebla, él había asestado el golpe de gracia al efímero Imperio de Maximiliano....

Tan importante documento, bien merece conocerse; dice así:

«A la Honorable Cámara de Diputados:

Señor:

El pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para robustecer la industria y el comercio de la República, fundar su crédito, rodearla de respeto internacional y darle puesto decoroso ante las naciones amigas; ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias, armadas, manifestando que mi presencia en el Supremo Poder Ejecutivo, es la causa de la insurrección.

No conozco hecho alguno imputable a mí, que motivara ese fenómeno social; pero, permitiendo sin conceder, que puedo ser culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi propia culpabilidad. En tal concepto, respetando como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el cargo de Presidente Constitucional con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando su riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.

Espero, señores Diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio

más concienzudo y comprobado, hará surgir a la conciencia nacional un juicio correcto que me permita morir, llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas.

México, mayo 25 de 1911.—*Porfirio Díaz.*»

Por un terrible sarcasmo de la suerte, el hombre que por más de un cuarto de siglo había sido el amo y señor de la Nación, caía desabridamente, sin que su caída produjera el fragor de la montaña que se derrumba, ni tuviera en realidad la majestad de un sol occiduo que se hunde en el horizonte entre arreboles de gloria, vistiendo al cielo del Poniente con fulgencias de oro diluídas en una pantalla de añil. Caía, más que por la fuerza de las armas, por el estruendo de la opinión que le había vuelto volublemente la espalda; entre el prosaico ruido de pitos y hojas de lata de los pilluelos, él que había visto en fuga a los soldados de Magenta y Solferino; víctima de la versatilidad del periódico «centavero» que había sido ariete en su derrumbamiento; padeciendo de una neuralgia facial que había yugulado en él las energías no gastadas en la Carbonera, Miahuatlán y Puebla. Espiado por la sonrisa mefistofélica de un Shylok insaciable, que había de procurar seguir armando a hermanos contra hermanos para vender parque caro, comprar guayule barato, procrear traidores en el futuro, y hacer de buitre cuando México, devorado por la intestina lucha, se hubiera convertido en carroña pululante de gusanos....

Cuando la noticia de su renuncia se esparció por las calles, el júbilo se apoderó de mucha parte de la urbe capitalina, cuyos nervios habían estado en tensión por semanas enteras desde la caída de Ciudad

Juárez. En apariencia, la revolución triunfaba en toda la línea. Díaz emigraría al extranjero: un Preridente interino convocaría a elecciones, y Madero sería el Presidente Constitucional de México por el resto del período.

El sempiterno filósofo de Andrade, en su revolucionarismo de buena cepa y de absoluta buena fe, de gran convencido pero de gran inmaculado de ideas, analizaba. Veía en aquel júbilo loco, infantil, desbordante e irreflexivo, de parte de la mayoría, el fenómeno de la psicología de las multitudes tan sabiamente estudiada por Gustavo Lebón. Esa parte de mayoría se lanzaba confiada y entusiasta al arcano del porvenir, ávida del cambio, de la transformación, de la novedad, acaso por simple cansancio de un pasado carente de emociones y matices; de un estado de cosas que no ofrecía el atractivo de la variedad; ahita del Gobierno del César, no precisamente porque el César fuera inaceptable, sino porque no la proporcionaba emociones fuertes, ni sorpresas, ni la agitaba, ni la conmovía con el sacudimiento espasmódico que todo organismo quiere sentir para hacer cambiar de lugar, siquiera, a las células nerviosas. Esa mayoría estaba alegre con la renuncia del Presidente «porque sí;» sin temores ni repulgos aceptaba el ir a un porvenir incierto, con tal de que fuera distinto del pasado, semejante al niño que, cansado de un juguete, lo rompe para que, privándose de él, se le compre otro nuevo....

La otra parte, demostraba un júbilo menos efusivo, pero más calculado; una satisfacción lograda por la apreciación de que, lo hecho, estaba bien hecho. Era la que consideraba que, con aquel derrumbamiento, desaparecía un pasado que ya no tenía razón de ser, y se iniciaba un futuro indispensable en la inexorable y rígida ley de las transformacio-

nes. El pueblo iba a dejar de ser la cariátide sobre cuyos hombros pesaba abrumadoramente la estructura nacional, para convertirse en el franco aspirante a ciudadano, capaz de realizar la función de una vida política orgánica. Sin duda que los ensayos, las experiencias y los tanteos serían penosos y difíciles; pero se harían del mejor modo para llegar al resultado apetecido. Según la frase de estereotipía, «se romperían los viejos moldes,» se abandonarían las viejas prácticas, y en el crisol inmenso del deseo nacional, se fundirían las nuevas y bellas cosas del porvenir que engrandecerían más aún materialmente a la Patria y la renovarían en su decrépito sér moral.... Esa, por lo menos, debería ser la «próxima etapa.» La pasada, atrás quedaba; con sus grandezas y sus miserias; con sus métodos inadecuados y sus experiencias fecundísimas; con aquellos sus hombres fosilizados en el poder, positivos vestiglos que eran a manera de compuertas que detenían todas las energías y estancaban todas las corrientes; con su gran orden y su innegable olor a viejo; con sus mecanismos (ahora por lo menos desequilibrados) funcionando admirablemente, y sus anhelos de un progreso moral, hechos estalactitas. Con sus podredumbres y sus esplendores. Con sus herrumbres y sus brillanteces.... Con todo lo malo y todo lo bueno que habían tenido!

De seguro, que al redactar su renuncia el viejo Presidente, había tenido una tristísima visión, no ya de Bolívar emigrado y negado por los suyos, ni de Guzmán Blanco, desterrado para vivir en la opulencia, ni de Carrera, empujado justamente al abismo, sino de Guerrero y Arista, y tantos otros presidentes caídos al influjo revolucionario; y debió tener la visión de la atildada figura de don Sebastián Lerdo, su antecesor, por él derrocado; el de los

rasurados belfos y la faz de palidez de cera; el del irreprochable frac y las finas manos de duque, sonriéndole, con una irónica sonrisa, refugiado en el tercer piso de una humilde *boarding house* de New York, y diciéndole: «¡Sic transit Gloriae mundi!»

En la casa de la calle de las Moras, en la casona hermosa, alegre, sana y radiante en los días de sol (la casona era buena, fuerte, higiénica y nido de amores viejos y de nidos en perspectiva), Paulinita Ventoquipa, viuda de Zarzo, entró en una muda completa, tanto como las Menchaca, Orbezo y la señora de Tajonar. No hablaban ni a tiros. Eran los vencidos, los caídos, los abrumados por la catástrofe.

—¡Están de du.... du.... duelo!—decía Demóstenes.

En cambio, en la misma noche del 27 de mayo, Barbedillo había invitado para una «reunioncita de confianza;» a fin de celebrar el triunfo del señor Madero, y lo que es más, él, tan tacaño, se había abierto con una cenita, con sus extras suculentos e incitantes, y su par de botellas de vino. Y en ella había abierto el pico para tronar locuazmente contra don Porfirio. Nadie en la casona había dicho del dictador tantos horrores, ni se había atrevido a tratarle tan despiadadamente y de un modo tan mordaz. La concurrencia estaba estupefacta.

—¡Madero!...... ¡Ese es el hombre! ¡Qué valor! ¡Qué agallas! Él fué quien puso el cascabel al gato, y por quien «saldremos» de la tiranía...... La República le debe su salvación. ¡Ya podemos respirar! ¡Tendremos patria!

—Y sin embargo, todavía anoche no se hubiera usted atrevido a decir tales cosas, don Taquito....

—Vivíamos aún bajo el imperio asfixiante de la

odiosa tiranía..... Ahora, no. Somos ya otros..... Ya somos libres! Estamos manumitidos!

—Ca...... caaaray! ¡Incríeble papaparece que un reeepresentante de la plutocraaacia hable así!.... ¡El capitalismo está convertido! ¡Ha apostatado!

—¡No diga usted majaderías, Tafolla! Esto que estoy diciendo, lo he pensado siempre, porque a mí me gusta, como elemento de dinero, ser honrado y leal en mis convicciones. No necesito decirlas para tenerlas. Y si no las había expresado, era porque no era llegado el caso......

¡Buenas estaban las convicciones y la honradez y la lealtad de Barbedillo, que había sido parásito de la dictadura! Y desde aquella fecha, el buen don Taco se levantaba y se acostaba santificando el nombre de Madero, y echando pestes contra el del antiguo dictador, que «nunca había hecho todo lo debido por el fomento del capital y las industrias.» El muy tunante preparaba su terreno para más tarde, y aun había planeado ya hasta dónde iría, mediante la estrategia de sus golpes políticos.

La «Corchea» madre había adoptado en veinticuatro horas todo el cachet y la circunspección de una persona que tiene que demostrar cuánto vale, cuánto puede y cuánto pesa; se presumía ya poseedora de una gran influencia. ¿No había sido una gran simpatizadora de la causa, toda una «correligionaria»? Y para estar en tono, naturalmente que no sabía hablar sino en plural:

—Cuando el señor Presidente tome posesión (se refería a Madero) *tendremos* que hacer que cambien muchas cosas!

—Una vez que *estemos* en el poder...... Cuando *hayamos* ocupado, etc., etc.

Y en ocasiones, a ciertas interpelaciones cándi-

das o bromistas de los vecinos, ella contestaba discretamente:

—Ya lo *resolveremos* en su oportunidad...... Se pensará......

Era que, en su íntima persuación, dadas las ideas de ella y las capacidades numerísticas de Garaicochea, y el haber sido éste una víctima del salario mezquino, combatido por la revolución, que tantas grandezas prometía sobre el particular, «nada más justo» que a Garay se le llevara a la Tesorería General de la Nación, en calidad de jefe, porque si no había empuñado las armas por la causa, sí había empuñado por veintitantos años la pluma, en los libros de contabilidad de las casas X y Z.

—Ya ahora, por fortuna, los tiempos han cambiado, y se lo tengo dicho a Garay. Ha llegado la hora de las «reivindicaciones»...... Tiene que hacerse justicia en tí. Y en consecuencia, y mientras se te premia por el Gobierno como lo mereces, al primer mal modo que te hagan tus patrones, a los que les has «regalado» tu trabajo por tanto tiempo, los despachas al demonio!

Chayito había tenido por aquellos días una serie de efusiones para Andrade. Su amor era admirativo, pero previsor a la vez. Veía en Andrade al valiente paladín de la causa triunfante, todo abnegación y celo por ella; pero veía también la perspectiva, no remota para aquél, de llegar a los más altos puestos. Era de los que, según su criterio, tenía pleno derecho para participar del triunfo. Sus discursos, el haber sido y ser Presidente del Club aquel, y sobre todo, el haber hecho fuego sobre los gendarmes, en la noche de la «renuncia» ¿no eran méritos más que bastantes? En consecuencia, con Quico, el porvenir sonreía: tenía que ser de satisfacciones y grandezas.

—Vamos a ver si ahora que te vas a encumbrar tanto no te olvidas de mí—le decía en una de aquellas noches, en la penumbra de la escalera y en el diálogo cuotidiano.

—¡Tú estás soñando, Chayito mía! ¡Yo sigo siendo el mismo estudiante de siempre...... el mismo apasionado tuyo!

—¡Qué va! Pronto te veremos muy arriba, muy alto, y me olvidarás y me cambiarás por otra.....

—¡Ni lo digas! no estaré más alto que el común de los mortales; pero si así no fuera, no por eso te olvidaría, que no lo haré jamás! Tú sí que lo harás acaso......

—¡Nunca! ¡Te lo juro que nunca! ¡Tuya o de nadie! ¿Lo oyes? ¡Te lo juro! Y selló su juramento con un beso de aquellos que volvían el seso al enamorado Quico.

—¡Ojalá que jamás olvides este momento!

—¡No lo olvidaré!....

En dos días más, el ex-Presidente de la República había abandonado la capital, sede de su imperio por tantos años, teniendo que hacerlo casi subrepticiamente, por temor a los desahogos del populacho y a las humillaciones y peligros consiguientes, y se hallaba en Veracruz, en espera de un barco que lo condujera al extranjero; al ostracismo obligatorio de todo Presidente de República latino-americana, que logra descender con vida del solio. Había bastado una quincena para que aquel dispensador de honores y riquezas, ya sin mando, sin poder, sin nada, tuviera que abandonar no sólo el Capitolio, sino también las mexicanas playas, perdiendo puesto y Patria!.... Y había bastado igualmente para que el hombre fuerte, el ochentón erguido, el viejo de enhiesta figura, no fuera ya, en las playas de la ciudad porteña, más que un com-

pleto valetudinario, agobiado por las tristezas, más que por los años; por la nostalgia del poder y la ingratitud inmediata de muchos, a quienes levantando del polvo, había colmado de favores....

Al irse a embarcar, los soldados que le habían escoltado hasta el puerto, le presentaron armas y batieron «marcha de honor,» mandados por un militar, obscuro entonces, de gran historia al siguiente día, y que en su vida sólo había de tener, acaso, ese rasgo de nobleza y de justificación, ya que todo lo demás, en ella, sólo había de ser penumbra o crimen! Ese militar se llamaba Victoriano Huerta.

Cuando el «Ipiranga» zarpó, lo hizo llevándose a su bordo treinta y cinco años de vida de un pueblo, encarnados en un hombre!

Esa vida ya no podía volver; era algo muerto; bien muerto, porque los mismos desinteresados partidarios del Presidente, los que a su lado no buscaban el lucro y, pesando las fallas del gobierno del Dictador, le hacían justicia porque más aún pesaban sus méritos para gobernar a un pueblo de tan especial sindéresis, convenían en que la Patria tenía derecho para buscar nuevas orientaciones, y era la hora de llamar en su servicio nuevas energías siempre que sanas fueran. A diferencia de los que, habiendo explotado ruinmente la amistad del caudillo caído, teníam la idea de que la Patria se encerraba en las arcas del Tesoro, estando dispuestos a cambiar de César si el nuevo había de soportarlos, y así en el cambio, se diera a Carlos V por Carlos II!

Andrade sintió algo como un sentimiento de inmensa y justiciera piedad para el anciano expatriado, cuando todo aquello sucedía. Acaso él no había sido el malo; otros, los que le habían rodeado y le impedían el contacto con el pueblo, eran los malos y los responsables, haciéndole que ignorara los cla-

mores de aquél, para poder ellos seguir medrando con la cosa pública. Y entonces pensaba que don Porfirio podría bien decir con Pablo de Tarso, el Apóstol:—«He combatido por el bien; he custodiado la fe; he cumplido con mi deber, *y no me queda ya sino esperar justicia de las edades.*»—(Epis. a Tim.—IV—78.) Sólo las edades, sólo el futuro y no el presente, preñado de pasión y de simulado odio sectarista, encubridor de codicias insanas, podría juzgar al hombre! ¡De él podía decirse como de Napoleón dijo el poeta:—*Ai posteri l'ardua sentenza!*

* * *

El día siete del siguiente junio, la gran ciudad se despertó azorada y llena de terror. Un formidable temblor de tierra la había sacudido hasta el último cimiento, causando derrumbes numerosos y víctimas como no otro. Por una curiosa coincidencia, tal cosa pasaba en el preciso día en el que debería hacer su triunfal entrada don Francisco I. Madero, el caudillo de la Revolución y futuro Presidente. Y por un extraño simbolismo, las víctimas se contaban precisamente entre los soldados de un cuartel desplomado por el sismo.....

En la Casona dormían todos, excepto la diligente Filo, que ya a aquellas tempranas horas aseaba el patio. Pero a la conmoción, no hubo uno solo de los vecinos que se quedara en el lecho, registrándose más de alguna chusca escena, como la salida hasta la mitad del patio, de la canija Paulinita en camisón de dormir, y la de Chaneque, rodando las escaleras todas de un solo tirón..... La Casona, que parecía construída como una fortaleza, cuyas gruesas paredes semejaban hechas para resistir fuego y temblores, cañonazos y rayos, cuya estructura parecía poder

desafiar victoriosamente cataclismos formidables y siniestros espantosos, resintióse sin embargo seriamente con aquel bamboleo de la tierra. Más de una grieta quedó abierta en sus paredes, semejante a fatídica raya trazada por invisible y gigantesca mano. Y en donde más estragos causó el sismo, fué en aquella jaula bullanguera, en aquel rincón simpático de la «República».... Crujieron en aquélla los techos, retorciéronse en terrible contracción las vigas, abrióse más de alguna rajadura en el piso, y no faltó pared que quedara fuera de la vertical. El infeliz Demóstenes, sacudiéndose aún nerviosamente por el azoro, decía, más que nunca tartamudeando al hablar:

—¡Caaanaaastooos! ¡Qué léeepero ha esesestado! ¡A poooco más y nos hace saaandwichs!

El despecho de las Menchaca, despecho político, vió en aquello un castigo del cielo y un triste presagio, un funesto augurio para el porvenir, pues que sucedía cuando se iba don Porfirio y llegaba Madero.

En cambio, Barbedillo, que se había tornado hasta fanfarrón, había dicho con tal motivo:

—¡Bah! ¡Cualquier cosa! ¡Tres o cuatro «caliches» caídos, y eso es todo...... La tierra se ha sacudido para que no quede ni el polvo del pasado!

Repuesta la ciudad del magno susto y sin dejar por eso de hacer el comentario de ocasión, se había aprestado a engalanarse para recibir al nuevo Mesías; y, saturada de una desbordante y franca alegría, abría de par en par sus puertas al hombre que, insignificante y desconocido hasta ayer, omnipotente hoy, impregnado de una convicción infinita y sincera, lleno de una fe estupenda, había emprendido, sin más armas que su palabra, la increíble cruzada cuyo resultado había sido el demoler la vieja estructura política y social, para tratar de substituírla con

otra propia de los tiempos, ya que en el reloj de la vida nacional parecía haber sonado la hora para ello. Al poseído de una misión que, con un valor que nadie podría negarle, ni amigos ni adversarios, se habían enfrentado con decisión increíble con un poder que, según toda apariencia, era incontrastable; capaz de aplastar todo y de sobreponerse a todo.

Antes de que el movimiento revolucionario estallara, la propaganda política de don Francisco I. Madero había sido considerada por la mayoría, como la obra de un desequilibrado, de un loco, de un vulgar codicioso, que aspiraba a algo superior a sus fuerzas, y que pretendía que su acento tuviera la maravillosa virtud de aquellas trompetas a cuyos sonidos las recias murallas de Jericó habían venido al suelo hechas polvo. Muchos no habían ni siquiera parado mientes en ella; pocos, realmente, habían sido los que la habían seguido como verbo de redención, como clarinada que iniciara un combate en el que la posibilidad del triunfo era quimérica. Más tarde, cuando el movimiento armado estalló, se consideró como una aventura desatinada. Todo acusaba que concluiría rápida y funestamente; pero cuando no sucedió así, cuando al grito de los combatientes de Chihuahua, respondió el de los luchadores de Puebla, de Morelos, de San Luis Potosí y de Durango, se pudo apreciar bien cuán hondo surco había abierto en el alma popular aquella palabra que se había derramado de un ámbito a otro de la República, en una peregrinación incansable, pertinaz, constante..... Palabra que no tendría ciertamente galanura ni excelsitudes; hasta ríspida acaso, acaso torpe y dislocada; pero que había tenido la rara facultad de llegar en la oportunidad propicia, hasta el corazón de las multitudes, con la sutilidad del rayo luminoso que horada el vacío en la tiniebla!

Y el éxito había sido formidable y sin precedentes. Hasta entonces, el Poder Supremo había sido patrimonio de caudillos militares a los que la multitud había levantado sobre el pavés, deslumbrada por las victorias de aquéllos, o bien herencia recogida por civiles como consecuencia de sediciosos movimientos. Ahora lo conquistaba un hombre, un civil, por una revolución en la que la sangre había sido lo de menos y la opinión lo de más; revolución engendrada por la fuerza del verbo, más que por la fuerza de las bayonetas. Verbo de promesa y esperanza; sedativo de las angustias populares; verbo de redención y de libertad, que había comenzado humilde, desacreditado, satirizado; se había extendido sin eco aparente, como perdido en la glacial indiferencia de los espíritus escépticos y en el vacío egoísta de las conveniencias, y había concluído por sacudir en todos sus ámbitos a la Nación que, al regocijarse con la perspectiva de la vida nueva, no podía tener la previsión del mañana terrible, sangrante y martirizador, por obra de los malos hijos, de las insanas pasiones, de la perversión de la doctrina, del relajamiento del ideal, de la abdicación del honor y de la idea matriz de que la traición magna entre las traiciones, es la que a la Patria se hace!

Cuando Andrade vió pasar a don Francisco I. Madero, aclamado frenéticamente por las multitudes, ovacionado hasta el delirio, en su automóvil, lleno del polvo del camino hecho desde las estepas de Chihuahua hasta el Palacio Nacional, lo encontró afable, modesto, ingenuamente risueño, con su infantil sonrisa de hombre de alma buena.... Pequeñito, lleno de un republicanismo sin afectación, demócrata de espíritu, y demócrata de apariencias, sintió para sí una íntima e inefable satisfacción.... ¡Así lo quería! ¡Sencillo, republicano, revelando nobleza de

ánimo!.... ¡Así debía ser el elegido del pueblo, como él lo era! ¡La encarnación de una vida nacional futura! ¡Y sintió de buena fe, de infinita buena fe, la necesidad de estar, en su insignificancia, del lado de aquel hombre cuando llegara al Poder, aunando su esfuerzo de hormiga al suyo; sometiéndosele; siguiéndole y respetándole como buen ciudadano, ya que entonces Madero sería el Supremo Mandatario, ungido positivamente por la voluntad popular..... Ya que en él estarían como símbolos, la ley y la libertad!

Andrade se olvidaba de que el poder deslumbra, marea y hace a los hombres amnésicos para sus promesas....

¡Andrade se olvidaba de que a todo Domingo de Ramos, sigue un Viernes de Pasión!

México, octubre de 1914.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE SEGUNDA

DEL TEMBLOR AL DERRUMBE

CAPITULO I

«El Integérrimo»

Allí no había pasado nada. Una poca de «boruca,» media docena de tiros: cuatro muertos; un Presidente viejo caído, y uno nuevo levantado sobre el pavés, con su cortejo necesario. Eso era todo, si bien se veía.

—¿Todo, amigo Andrade?

—Todo. En la eterna ley de las renovaciones, las energías gastadas ceden para que las aún intactas se abran paso, y la evolución sobrevenga.

—¡Hum! Aquí donde usted me ve, artesano y tonto, también en mis horas muertas he leído a Eliseo Reclus, en eso de la «Evolución y Revolución» y a Kropotkine, y a otros...... Muy bueno todo lo que dicen, inclusive lo de las energías gastadas, etc., para cuando hay válvulas y compuertas y manera de encauzar...... Pero aquí! Yo le digo

que ya empezamos, pero que no acabaremos, y que «la cosa» irá lejos....

—Porque usted es un eterno pesimista, Gordillo. Todo lo ve usted fúnebre. Yo insisto en que la obra es buena ...

—Y yo no lo niego, pero...... desconfío de los obreros. Y sobre todo, falta averiguar cuál pueda ser el resultado.

—¿Cuál ha de ser? ¡La conquista de las libertades!

—Puede.... pero también puede que sólo hayamos descubierto los flancos!

—¿Cuáles flancos? No lo entiendo....

—Porque no quiere...... Acuérdese, señor Andrade, de que nosotros somos muy buen combustible: con cualquier cosa ardemos, pero no tan fácilmente nos apagamos.... Que haya quien sople nada más, y ya verá usted.... ¡ya verá!

—Bueno...... pero ¿quién quiere usted que sople?

—Ese no ha de faltar.

—Usted piensa así, porque gusta de «ver moros con tranchete.»

—Y usted piensa como piensa, señor Andrade, porque es un hombre de buena fe, acostumbrado a vivir en cierta atmósfera, y desconocedor, por lo tanto, de los aires que se respiran en otras..... Si usted abriera un poco los ojos y viera lo que hay en otras partes......

Tal fué el fragmento de diálogo que en la casa de las Moras hubiera podido escuchar el lector, en un medio día, allá por fines del mes de octubre de 1911, entre el estudiante de tercer año de Derecho, Andrade, y el patrón de taller, Gordillo. ¿Pero Gordillo hablaba ya? ¿Se había hecho comunicativo? Algo; vaya usted a averiguar si por mor de la

revolución o por qué, el caso era que el hombre, abandonando un poco sus reservas, se permitía ya el lujo de tener «sus conversas,» como él decía, unas veces con el licenciado Malabehar, de quien era grande y buen amigo; otras, con Barbedillo, por ser el propietario, y otras con Andrade, para el que tenía ciertas inclinaciones, no obstante que bien pudiera haber sentido lo contrario, dadas las que la «Corchea» tenía para aquél. Era, con Malabehar, el único que acaso no había cambiado en gran cosa en la casona aquella, en la que habían sobrevenido cambios que no podían ocultarse.

Paulinita, por ejemplo, había cambiado mucho de genio, volviéndose iracunda, en virtud de que, por «divergencias políticas,» ya que ella se mantenía «conservadora» y las Otamendi eran liberales rojas, éstas no desperdiciaban la oportunidad de salpicar con agua sucia los postizos que aquélla seguía poniendo al sol «para que el color se afirmara» y dizque al estar regando las macetas, y aun habían dado más de un baño al «Tulipán» a riesgo de que tomara un constipado. Y, naturalmente, al cambio del humor había respondido un cambio de tipo en las operaciones de préstamo, con perjuicio de los clientes, para los que aquello se explicaba por la banquera, diciendo «que no había seguridad en la situación» (sin definir si ésta era la política o la de la vecindad).

Orbezo se había tornado de buldog en borrego, quedando poco de aquella antigua prevención para los «facciosos,» en virtud de que había tenido que pedir «las de arriba» a fin de que no se le privara de su pensioncita, sin que, en obsequio de la verdad, hubiera tenido necesidad de ello, pues más tarde confesaba que «el nuevo Gobierno» «procediendo justificadamente, lo había considerado,» mo-

tivo por el cual, el pobre inválido se sentía agradecido, y hablaba con todo respeto del nuevo «señor Presidente,» temeroso de que cualquier mal gesto le quitara el único pan para llevarse a la boca; pero eso sí, en sus recónditos interiores, seguía conservando su religiosa admiración para el pasado, al que creía pertenecer.

La «prudencia» de las señoritas Menchaca se había tornado extraordinaria; para sacarles una palabra, así fuera sobre el triduo que se estaba celebrando en Santo Domingo, costaba más trabajo que para bombear el agua de las albercas de Chapultepec, según expresión de Tafolla. ¿Razón? Pues que Menchaquita no había perdido el empleo, como se esperaba, en virtud de haber sido asalariado del «antiguo régimen» y hasta lo habían ascendido con enojo de las Garay y de Chayo Otamendi, incapaz de perdonar que Menchaquita no la hubiera dicho nunca un piropo, lo que ella estimaba como un desacato a su belleza. En cambio, allá, también en sus interiores, las Menchaca tenían un culto por el «señor Presidente blanco» De la Barra, que había sido el autor del ascenso. ¡Era tan limpio, tan pulcro y de tan buenas maneras!

Los Garay habían tenido un cambio tan radical, que hasta el mobiliario de la casa había cambiado. Ahora era nuevecito; estilo *Pompadeur*, (así como suena escrito) según decía Chita. Cierto es que se había comprado en abonos y con gran congoja del infeliz Garay, que sentía con aquello desnivelar el presupuesto.

—Sí, chula...... seiscientos pesos. El brocatel es finísimo...... igual a este hay uno en Chapultepec (la residencia presidencial). Y como, aunque no hemos obtenido todavía los provechos del triunfo, estos tienen que venir, bueno es estar prepara-

do para cuando tengamos que recibir a gente de categoría ¿sabe usted?

Nadie se explicaba satisfactoriamente la metamorfosis de Chita. Ella, hasta ayer enemiga del capitalismo, resultaba ahora con ribetes de aristócrata; bastaba para ello la esperanza de una presunción: la del encumbramiento rápido de Garay, misma por la que no paraba pintas en echarse compromisos. Ya ahora las Otamendi le resultaban unas *vulgares* que no merecían la pena; Barbedillo y consorte unos pobres diablos y el resto del vecindario poco menos que *gentuza*.

—¿Me das *pretenciosa* mayor?—decía Cuca Otamendi a Chayo, charlando en el obrador, y mientras le corregía «sus vuelos» a las mangas de una blusa.

—Déjala, que el desengaño va a ser terrible..... Ya me parece que el idiota de su marido va a llegar a tesorero nada más que por la linda cara de ella.... respondía Chayo, mientras le metía tijera sobre el molde a unos metros de velours.

—Ya tuvo que pedir otra licencia en su oficina, por quince días, para poder asistir a las audiencias del señor Madero.

—Y en tres meses no ha conseguido hablarle!

—Hasta a la tísica esa (alusión a la «Corchea») se le ha subido....

—¡Por supuesto! Como que ya se cree hija de Ministro....

Y todo aquello era cierto. Garay, con una constancia ejemplar y acicalado y aleccionado por Chita, que lo tenía cada vez más en cintura, se pasaba las horas muertas en las antesalas del Presidente electo, Madero, regresando al domicilio cada vez con un gesto más compungido, a la perspectiva del regaño de Chita.

—Tampoco hoy me recibió.... Volveré mañana si te parece.

—¿Cómo es eso? ¿No te ha recibido? Es que tú no te das trazas.... Contigo no iremos a ninguna parte....Pues ya lo creo que volverás mañana y pasado, hasta que le hables.... Para eso somos «correligionarios.»

Hasta en la misma República habían ocurrido cambios. Demóstenes, acaso sólo por llevarles la contraria a todos o por estar dolorido del ganadito robado en Indé, era cada vez más oposicionista. En cambio Chaneque, sin importársele un comino el regionalismo y favorecido por la fortuna en la racha revolucionaria, era un completo maderista. Como que, debido a aquel accidental carcelazo, había resultado nada menos que redactor de «El Nuevo Credo» que, si no era el apostólico, sí tenía la ventaja de pagar a sus redactores, como Chaneque, setenta duros mensuales, sin más obligación que poner una firma donde se les decía, y con dineros del Gobierno.

—Oooooyes Caaaapulín! Lo que es a mí no me taaaanteas. Ese artiiiículo que salió ayer con tu firma no es tuuuuyo......

—¿Y por qué no ha de ser mío?

—Porque tú sólo sabes reeeebuznar ¡qué caaaray!

—¡Bah! si eres tú quien califica......

—Ese es tiiiimo!

A lo que Chaneque contestaba sentenciosamente:

—De timos se teje la política....

Lo que sí resultaba comprobado, era que todos, quien bien, quien mal, se habían ido acomodando con la «nueva situación.» Pero entre todas las banderas, ninguna más pirata que la del Excmo. señor don Eustaquio Barbedillo. ¡Este sí que sabía la agu-

ja de marear! Él, el ex-Jefe Político, el ex-rápsoda de la Dictadura y de sus métodos, a los que ahora calificaba de *brutales*, había andado tan bien su camino que, sobre haber conseguido dos o tres «contratitas» del Gobierno, no tenía que hacer antesalas en las casas de los más altos próceres, y a seguir como iba, «se colgaría» sin duda su credencial de diputado en las próximas elecciones, que era su «golpe;» golpe en el que parecía no errar la puntería.

—Este don Taco sí que no tiene pierde!—decía Chaneque. Y Tafolla le respondía:

—¡Lo que no tieeene es veeeergüenza!

Para el criterio todavía puritano de Enjolrás (Andrade), aquel impudor político, rayano en cinismo, era intolerable, y sufría positivamente cuando Barbedillo, con aires de consejero protector, le decía:

—Andradito (golpeándole cariñosamente en el hombro). No hay que darle al asunto muchas vueltas! Si usted quiere «llegar» como debe ser, tiene que tomar las cosas tales como son. Menos idealidad y más práctica; créame; flexibilícese un poco; flexibilícese.... Hay que ser político....

—Es que voy tras los principios, don Taco....

—Y yo también «propugno» por ellos, pero no excluyo las conveniencias....

—La buena conciencia ciudadana no mira más que a la sinceridad y la virtud....

—Como la mía lo hace en el fondo; pero las formas requieren algún sacrificio.... No hay que olvidarse de la «sindéresis de las multitudes» ¿eh? como decía Castelar.

—Don Taco, por piedad! Castelar no dijo nunca esa barbaridad!

—Bueno, hombre, bueno!.... No discutamos por tan poca cosa.

Allá, en el piso superior, seguían viviendo las esposas de Tajonar y Mandujano, recreándose en aquel par de chiquillas, querubines que, cada vez más traviesos y encantadores, alegraban toda la casa, y esperando el advenimiento de otros vástagos que ya estaban por llegar.

De Tajonar se habían tenido noticias frecuentes. Escribía a menudo a su consorte (de lo que estaban informadas las Menchaca, amigas de aquélla, por afinidad de ideas) y por esas cartas se habían tenido informes auténticos de lo que había sido la corta lucha entre los federales y los revolucionarios en el Norte. Una campaña terminada sin gloria, sin luchas, cuando el ejército no había sufrido una derrota seria, aunque sí una serie de descalabros; concluída más por el miedo a la complicación internacional, que por obra de las balas. Hecha la paz, Tajonar había tenido que ir «de guarnición» a cualquier punto de por allí, y ahora estaba próximo a «incorporarse» a la matriz de su batallón en México, sin poderse quejar del todo, puesto que en la aventura se había ganado las espiguillas de mayor (¡ya era tiempo!).

En cuanto a Mandujano, seguía siendo un enigma. Se aparecía de improviso en la casona por dos, tres o cuatro días, en los que permanecía encerrado en su «cantón,» saliendo a la calle al pardear la tarde, siempre uniformado de charro, negra la vestimenta y del mismo color hasta el sombrero de anchas alas.

Aquellos detalles no habían dejado de intrigar a las «hermanas siamesas» (nueva denominación de Tafolla para las Menchaca) capaces de fiscalizar la vida de un gorrión tempranero, con la misma facilidad que la de cualquier vecino.

—¿Por qué será que Mandujano no le habla a nadie?

—Pues ella no peca por tener suelta la lengua.

—Y los dos visten de negro. ¿Por quién llevarán luto?

—No ha de ser por un pariente lejano....

—¿A que les mataron algún deudo en la revolución y no por cierto defendiendo al Gobierno?

—Cuando él no está aquí, a ella la visitan inditos de «cotona» y sombrero de petate como los de Cuajimalpa....

—Que parecen zapatistas....

—Ella dice que son peones de su papá, que le traen verduras de regalo.

—¡Hum!.... ¿Cómo es que cuando él está aquí ellos no vienen?

—¿Por qué él sólo sale de noche?

—¿Por qué ha dado en vestir de charro?

—¿Por qué no habla con nadie?

—Luego....

—....se puede creer que es «zapatista»....

Y Lucha y Locha se santiguaban devotamente. Era que la palabra «zapatista,» usada para designar a los partidarios de Emiliano Zapata, comenzaba a tener una triste sinonimía con las de matón y amigo de lo ajeno.

Las huestes de aquel hombre levantado de improviso sobre el pavés, y que con apariencia de un Spartaco tenía la fama de un Atila, pululantes en las inaccesibles regiones de Morelos y Guerrero, tenían más de horda que de ejército. Persiguiendo ideales justificables, empleaban procedimientos funestos, y el incendio, el rapto, el saqueo les eran atribuídos, por más que en muchas ocasiones el fiel de la balanza se volviera loco, averiguando quiénes eran

los verdaderos autores de tales atentados; si los perseguidos o los perseguidores.

Acaso la nota de raptores era la que más hacía extremecer de terror a aquel par de sacerdotisas de Tanit, que se encubrían bajo la modernista apariencia de las «hermanas siamesas.»

Pero ¿cómo era posible que Zapata, levantado en armas contra la dictadura porfiriana, aun siguiera con ellas en la mano, contra los mismos que había servido en calidad de correligionario? ¿Cómo era que el secuaz de Madero contra don Porfirio, y una vez triunfante aquél, se transformara en el rebelde en su contra?

—¡Bah, señor Andrade! ¡No se haga esas preguntas tan inocentes..... Eso es cosa de la «incubadora» de la revolución. Todavía hemos de ver muchas empolladuras como ésta!

Bien se lo presumía Andrade; pero le daba pena confesarlo, y quería, en su buena fe revolucionaria, defender el punto, sosteniendo que aquello era «un accidente» y que Zapata era un «extraviado»...... por más que en sus adentros conviniera que aquello bien podía ser, más que un síntoma, el positivo prodromo de una enfermedad de fácil contagio.

—Es que también se exagera mucho.

—Y sin embargo, no me negará usted que el señor Madero ha dado abrazos a Zapata.

—Eso es lo que dice la prensa. Vaya usted a saber si es verdad.

—Y que lo ha llamado *integérrimo*.

—Pues acaso no lo haya calificado mal. Nadie podrá probar que Zapata no es probo. Lucha por la redención de los suyos: por la reivindicación de sus derechos...... Y eso es propio de integérrimos.

—Y con su integerrimidad trae de cabeza al Gobierno...... *Tope* en que él sea bien intencionado;

pero lo que hacen los satélites suyos sí que lleva siempre las más «prietas» intenciones...... Díganlo Ticumán y la Cima.

—Usted siempre pesimista, Gordillo.

—Es que no quisiera ser profeta diciéndole que cualquier día se halla usted frente a un integérrimo que le manda formar cuadro y lo fusila.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque usted no tiene integerrimidad!

Lo cierto era que, triunfante Madero por una aplastante mayoría, casi unanimidad, en las elecciones presidenciales, candidato adorado del pueblo, y en vísperas de asumir la Presidencia de la República, sin saberse por qué ni debido a qué, había algo en la atmósfera política que la hacía caliginosa y pesada. Pasada la tormenta revolucionaria, no renacía la confianza. La gestión política antepresidencial de Madero, había producido serias incertidumbres; se comenzaba a dudar de que fuera el hombre capaz de la pesada carga echada sobre sus hombros en un momento de alucinación.

Inútil había sido que el Ministro de la Guerra, en un pedantesco vaticinio, hubiera asegurado que «a los tres días de ser Presidente Madero, Zapata depondría las armas.» Nadie lo creyó. Y era que, en la general duda que aquellos sucesos engendraban y en la que engendra todo lo nuevo, un paquete de *triquis* quemados en la calle, producía la alarma en toda ella, con su respectivo cierre escandaloso de puertas y los gritos de «¡Atila ad portam!» o séase «¡Ahí están los zapatistas!»

Lo que no había sido *óbice* (según hubiera escrito el atildado Chaneque en «El Nuevo Credo») para que el ilustre Barbedillo hubiera proyectado festejar la Navidad con unas posadas *caseritas*. Serían de efecto, según su íntimo pensar, porque a ellas

asistirían el general Orosio Belco, uno del nuevo cuño, algo patarato, que había *operado* en Morelos, con un batallón de *boleros*, y dos o tres personajes que se las *traían* en la nueva Administración «tan felismente inaugurada» (frase de Chaneque en «El Credo»). En aquellos sujetos tenía puestas sus esperanzas Barbedillo, para que le dieran «su empujoncito,» a fin de encaramarse a la soñada curul. Demóstenes aprobó desde luego la idea, porque ¡qué caaaray! no había que tomar tan a lo serio que el Ministro de la Guerra hubiera resultado un mal *vitoniso*.

Y al efecto, para ensanchar la modesta sala de Barbedillo y transformarla en salón de baile, don Taco mandó echar abajo un tabique de viejas tablas que dividía la sala de la alcoba matrimonial, lo que se hizo con serio agravio de una nutrida colonia de cucarachas; remozar los cielos rasos; afirmar unos ladrillos de la entrada, que bailaban sin necesidad de música, y pintar el pasamanos de la escalera. Con aquello le pareció bastante.

—Esas son locuras, Barbe!—decíale la aflicta Tachita—estás echando la casa por la ventana......

—No lo creas, pongo el dinero a rédito! Cobraré con la curulita.... Ya verás.... ya verás....

Sin embargo, a fin de que aquello resultara lo económico posible, *Barbe* planteó un sistema cooperativo, por medio del que cada quiste ayudaría «para el envigado;» y así fué cómo se convino que las Otamendi se harían cargo del adorno de la sala, digo salón (era deprimente llamarlo de otro modo) y de vestir a los *peregrinos*, pues por oficio les correspondía. (¡Qué mono se veía San José con su minúscula capita amarilla y el angel con su juboncito de caminante, las dos prendas de seda hechas de unos retazos!!) Las «Corcheas» se acomedirían pa-

ra hacer los *ponchecitos* de té con catalán y sus rajitas de limón y canela, receta de Barbedillo.

—Baaaratón, peeero tres pieedras!—(según más tarde exclamó Tafolla al probarlos).

Paulinita «vestiría las piñatas.» Era su especialidad; vestir cabezas calvas (que tales parecen las ollas); y Menchaquita y las «siamesas» confeccionarían los sandwichs para el *buffet.* Al fin que aquel Menchaquita era un primor para todo: lo mismo para *darle* a la magneta, que para sacar de una lata de jamón endiablado y de tres aguacates y un pan, material para cien sandwichs, parodiando al Hijo de Dios en el milagro de los peces.

Y así se improvisaron y se fueron consumando aquellas posadas.

Salían los *peregrinos* de la vivienda de Orbezo; subían la escalera del primer piso; le daban su vueltecita al pasillo y entraban a pernoctar en el *cantón* Barbedillo. Fermín y los Orbezitos quemaban los reglamentarios *triquis*, previo aviso a la policía, informándola que no eran balazos. (Estaban tan preocupadas las gentes!) Se rompía la piñata, que, por guardar la neutralidad correspondiente, no había de representar ni a un zapatista, ni a un *irregular*, ni a un federal, y sí a una damisela Luis XV, o bien a un cisne, en el que no habría cabalgado Lohengrin, de puro miedo ante su forma apocalíptica, fantasía de Paulinita. Se atiborraban los muchachos de cacahuates y tejocotes; se apuraba un anís para «abrir boca» y rompía el baile con un *two step* aquel cuarteto que dirigía un primo segundo del «esposo» que había sido de la Polanco, y el que se domiciliaba en el callejón de San Camilito 23. Peluquería de a quince *cobres* (centavos); rótulo en la puerta, en el que podía leerse:—«Secundino Albarrán.—Música para bailes.»

¿Quién creerán ustedes que había «reformado» el cuarteto aquel? Pues nada menos que Orbezo, que al no haber podido contribuir en otra forma para las posadas, lo había hecho en aquélla, *rascándole* magistralmente a una monumental guitarra.

—¿Sabe usted Andradito, lo que más me agrada de todo esto? Pues los acercamientos, el olvido de rencillas.... la armonía en todo.... Mire usted a las Otamendi departiendo con las Garaicochea, y a Paulinita con Chaneque.... ¡Me da idea de que así va a estar dentro de poco la República!

—Ganas de gastar saliva, don Taaaco! Esto durará mientras haya saaandwichs y pooonchecitos de gooorra!

—¡Qué mal pensado es usted, Demóstenes! ¡Mire a Chayito bailar con Menchaquita!

—Diiiígame don Taaaco. Y el generalooote ese ¿cuoucuando viene?

—Una de estas noches. Ahora estaba muy ocupado. En cambio, ahí tiene usted ya a las Saracibar....

—Bububueno ¿y qué?

—¿Cómo qué? ¿Entonces usted no está al corriente de las cosas? Son, nada menos que las hijas de un medio hermano del primo de don Atenógenes Viruegas.

—¿Y ese Vivirueeegas?

—¿Pero no lo sabe, hombre? Viruegas es nada menos que el sastre del ministro H. ¡Como quien dice, el que le toma las medidas! Lo bromea mientras le prueba la ropa.

—¡Aaaah!

—Y ahí tiene usted también a Melgar.

—¿Quién, Meeelgarciiito?

—Melgarcito hasta ayer; pero ahora el señor Melgar. Ahora ya es figura.

—¿Deeecoratiiiiva?

—¡Política! ¡Imagínese que es el peluquero del camarista del Presidente!

—¡Qué me cucucueeenta usted!

—Y por los humildes se llega a los poderosos, joven inexperto.

En aquella noche de posada, a las nueve y treinta, para no malgastarse, se tomó el primer ponche y se repartieron los primeros sandwichs, preludiándose un «boston.» A las diez hubo su alarma en el patio a obscuras, con interjecciones en idioma nahuatl, por Filo la portera; furiosos ladridos del Tulipán; carreras de Paulinita, afectada en su casi maternal afecto al perro, etc., etc., todo debido a que los Orbecitos y Fermín se habían encontrado un tablón que, callandito, se habían subido hasta el tercer piso y desde allí lo habían precipitado al patio, para darle su susto a la concurrencia, que lo había sufrido y padre.

—No hay que asustarse.... Han sido esos endiablados muchachos!

—¡Qué bruuuutos! A mí me han hecho teeeemblar.... A ver ¡un ponche!

Y se apuró el ponche, y la orquesta, para animar a los tímidos, rompió con un «danzón» morrocotudo, que hizo que nadie se quedara sin bailar. ¡Con decir que Barbedillo lo hizo con su propia consorte!

Y a medio danzón, resonaron en la puerta de la calle unos aldabonazos como disparos de artillería, y tupidos como si aquélla hiciera «fuego de ráfaga.»

—¡Jesús nos valga! ¡Ese es Zapata!

—¡No asustarse.... No asustarse! ¡Que siga el danzón! Yo voy a ver quién es.

—¡Sí Menchaquita, por favor! Usted siempre el mismo.... Tan sereno! ¡Tan valiente!

Y el danzón siguió; y los aldabonazos también,

por cuanto que Filo, dormida con sueño de tronco, no abría. Y bajó Menchaquita. Y al minuto escaso de haber bajado, resonó en el patio «una retahila de balazos».... Sí señor; de balazos, en tupida descarga, que si dejaron estáticos a los músicos, con los dedos agarrotados sobre las cuerdas, pusieron alas en los pies de la mitad de la concurrencia que se desperdigó a la desbandada, buscando refugio tras de cómodas, roperos, y hasta en algún sitio de bien reservados usos, mientras la otra mitad, de golpe y porrazo, había optado por el síncope fulgurante, ya auténtico, o simulado a la perfección.

—¡Jesús! ¡Ya mataron a «Fito!»

—¡A Fito!—exclamaron a dúo las Menchaca.

—¡Válgame la Guadalupana! ¡Ahora sí que son ellos!....

—«¡El integéeeeerrimo!» suspiró Chaneque.

Y en aquel momento, como para ratificar la especie, hizo irrupción en la sala y entre las sillas caídas y los bailadores «azorrillados,» el más extraño personaje que verse pueda, seguido de otros dos similares, y del imperturbable Fito que sano y salvo, se arreglaba un pliegue del pantalón.

Gastábase el hombre aquel hirsuta cabellera; cerrada barba; rojo «paliacate» arrollado al cuello; camisa de kaki, y blusa que pudo ser de dril blanco; pantalón «cachiruleado» de gamuza, y toscas polainas que caían sobre un par de zapatones formidables. Pistolón al cinto, canana repleta de tiros y gestos de dragón chino. Y él mismo rompió el general azoro diciendo con estentórea voz:

—Con un...... ¿Pero qué, no me reconocen?.... ¿Por qué se asustan? ¡Yo soy Tenorio!....

—Te.... Te ... Te.... norio! «Tru.... Tru.... Truenos» ¿Tú?

—¡Yo, hombre, yo! Épale, maestro! ¡Sígale al

danzón ese! ¡A ver unas copas! ¡Y lo que sea del gasto todo, yo lo pago! ¡Y «a darle que es mole de olla!»

—Hombre, Tenorio.... La verdad es que ha tenido usted unos modos que ya.... ya....

—¡Déjese de eso, don Taco! ¡A bailar!

Y sin pedir permiso, al sonar los primeros acordes del danzón, «Truenos» se apoderó de Chayito; estrechó fuertemente su cintura, y «se arrancó» con ella, siguiendo el voluptuoso giro de la música. Entre tanto, las almas iban volviendo poco a poco a aquellos cuerpos que habían adquirido contexturas de madejas..... Y Chayito se dejó conducir dócilmente por aquel bárbaro, sintiendo como que la mareaba con un extraño y penetrante olor, tufo de macho embravecido; y que casi la levantaba en vilo entre sus manazas groseras, con sus brazos de atleta, enseñándole en una sonrisa de gañán satisfecho, la doble fila de dientes blancos y recios, como de quijadas de cuadrumano goloso!

CAPITULO II

Un acridio desconocido

Tenorio había regresado de la campaña. Era él, no cabía duda; y si dudar se podía, para autenticar su aparición, bastaba tener en cuenta la forma en que la había hecho.

Como buen camarada, no tuvo empacho en aceptar por aquella noche (madrugada más bien) la hospitalidad de la «República,» compartiendo el lecho con el buen Demóstenes, siempre listo para hacer un servicio si la molestia consiguiente era soportable.

Al día siguiente, alto ya el sol, se despertó la parvada de la alegre jaula; y como Chaneque se quejara de que tenía su «goma» (molestia consiguiente al abuso de los ponches), Tenorio ofreció «curársela» a todos, y en calzoncillos y camiseta entreabrió la puerta y llamó al consabido mandadero, con un estentóreo grito de «¡Fermiín!» en cuyo acento Demóstenes comprobó que Tenorio había adquirido en la voz, por lo menos, la marcialidad propia de un general.

—Vete corriendo a la tienda de la esquina, por

unas cervezas y algo de «refino,» y dile a la autora de tus días que nos prepare un jarro de «hojas.»

—Una olla sería mejor—indicó Chaneque.

—¡Bueno! pues una olla.... Y no te tardes!

«Truenos,» para el mandado, puso en manos de de Fermín dos o tres arrugados billetes de Banco, que extrajo de una bolsa del pantalón, en donde otros más se asomaron en tupido montón.

—¡Caaaaray «mano!» ¡Qué «armado» vienes!

—¡Psehé! Mis economías de campaña....

—Oye «Truenos» ¿pero es verdad que has estado en campaña?

—Sigues siendo el mismo imbécil de siempre, Chanequito!....

—A veeeer, Trueeeenitos.... Cuéntanos cómo te fufufué....

Tenorio no se hizo de rogar. Instalado, en paños menores, en la orilla de la cama de Tafolla, y mientras éste, Andrade y el «Capulín,» lo oían tumbados a la bartola y sorbiendo con fruición el caliente cocimiento de hojas de naranjo con su «piquete» (porción) de refino, que calmaba las congojas de aquellos estómagos resecos, comenzó la bélica página de sus hazañas revolucionarias.

Refirió cómo, resuelto a lanzarse a la «redentora,» se había puesto de acuerdo con unos revolucionarios que tenían su cuartel general de ocultis, por la Plazuela de Tepito, y a los que sólo faltaba un jefe de condiciones, que había resultado ser él. Cómo se habían lanzado a la brega y desde el primer día habían tenido un encuentro que les había sido favorable. Cómo después, y ya engrosadas las filas, habíanse apoderado de la «plaza» de San Juan Tilcomatepec, y en la Hacienda del Rincón habían derrotado a un regimiento entero; cómo él sólo había ganado audazmente la batalla de «Palma Sola,» y a

renglón seguido la de la «Conejera;» y cómo al cabo de los cuatro meses de andar en «la bola» había puesto asedio y sitio en forma, a la cabeza de mil hombres, a la importantísima plaza de...... en el Estado de Hidalgo, concluyendo por tomarla, para venir a reconcentrarse en seguida, en la Hacienda de «Piedras Blancas,» en espera de órdenes superiores que, al no llegar, lo habían decidido a emprender el viaje a México, para recabarlas. Ni un sólo día de descanso; fatigas continuas; peligros inminentes; heroicidades clásicas; dos o tres «raspones» de bala y nada de conocer el miedo....

—¡Caaaray! ¡Papaparece meeentira!.... ¡Y ahora, coronelaaazo!

—Sí, señor; quiera o no quiera «el chaparrito» (Madero) que bien ganado me lo tengo.

—Bueno, Tenorio—preguntóle Andrade.—Yo lo que quisiera que me explicaras, es contra quiénes te has batido, ya que, cuando tú te fuiste la cosa había acabado con la renuncia de don Porfirio.

—¡Acabado! Si era entonces cuando empezaba, viejo! Había que destruir a los enemigos de la revolución. A los peores, a los más empedernidos....

—¿Y quiénes eran ellos?

—¡Friolera! Los caciques y los científicos de los ranchos, y los militares que no se rendían....

—¿Y piensas seguir ahora la «gloriosa?» (por la carrera de las armas) preguntóle Chaneque.

—¡Seguro! Si a los veintidós soy coronel, tengo derecho para esperar ser general a los veintitrés....

—¿Qué dejas entonces para los treinta?

—Mi retiro con paga íntegra y veteranizado.

—¡Caaaray! ¡Como coheeete!

—Y.... ¿quién te dió el grado?

—No te digo, «Capulín,» que sigues siendo un ladrillo mal cocido! ¿Quién quieres tú que en las revo-

luciones dé los grados? ¡Pues la revolución! Y yo, soy uno de los suyos, me di el mío y santas Pascuas....

—¡Ah! No estaba al tanto de eso....

—Y por eso vengo ahora, repito, a que me lo refrende el chaparrito.

—¿Y si no se le diera la gana?

—¡Barajo! ¿Y quién es él para oponerse?

Tal brutal observación sublevó a Andrade en su manera de ser.

—¿Cómo quién? ¡El único facultado por la ley para discernir cargos tales, pues la revolución no es más que una abstracción incapaz de ello!

—¿Sí? ¿Y quién le dió la Presidencia a Madero? Nosotros, y por lo tanto, que tenga cuidado, porque si se nos «cuartea» no estamos dispuestos a dejarnos!

—¡La Presidencia se la dió el pueblo, el voto!

—¡Barajo! ¡El pueblo!...... ¡Bueno está él! Ese hace lo que el chafarote quiere.... ¡El voto! ¡Y salió Vicepresidente Pino Suárez!

—¿Y eres tú, Tenorio, tú, el antiguo revolucionario, el que dices esas herejías?

—¿Y eres tú, Andrade, el talentoso, el que quiere que yo comulgue con ruedas de molino? ¡Yo no me fuí a la «bola» para que me creciera el pelo, qué caray!

—Bu.... bu.... bueno, pero supooonte que no te lo hacen efectivo....

—¿Cuál?

—El graaado....

—Entonces me lo hago bueno yo, que para eso tengo esta «chata» (golpeando la pistola puesta en la cabecera del lecho).

—Me estás dando pena y asco, Tenorio....

—¡Y tú me causas compasión, Quico!

—¡Tú serás todo, menos revolucionario!

—¡Y tú todo, menos hombre práctico!

A tales alturas se presentaron en la puerta de la vivienda dos sujetos, mismos que en la noche anterior hicieron irrupción en la sala de Barbedillo a la par de Tenorio, retirándose más tarde a pernoctar a su hotel, y que ahora estaban inconocibles, por cuanto que el jabón, el agua y las navajas de afeitar habían hecho sus nobles oficios.

—A la orden mi coronel....

—¡Hola, muchachos!.... Los presentaré, ya que anoche no hubo oportunidad. El señor mayor don José Blas Bonaparte. El señor capitán don Sabás Iñiguez. Mis amigos y ex-camaradas de estudios....

Era el José Blas un indio de raza pura, fornido y «cuatezón,» de salientes pómulos y gruesos belfos, de los que el superior estaba exhornado por «cuatro soldados y un cabo,» (vulgo pelos de bigote) y que, por el andar, demostraba bien que hasta las vísperas, no había sufrido la odiosa servidumbre del calzado. Y era el capitán Iñiguez un delgaducho, descolorido, pecoso y pelirrubio, de inocente mirada y modales un sí no es pulcros, al que la indumentaria guerrera y especialmente aquel pistolón de calibre 44 caían como a un Cristo un par de revólvers.

—Nos citó usted para las once de la mañana a fin de presentarnos en la Comandancia Militar, y aquí estamos.

—Muy bien.... Espérenme allá abajo.... «No más» me visto y los alcanzo.

—Como usted lo ordene, jefe....

Y los dos seides aquellos, después de cuadrarse militarmente, se marcharon haciendo retemblar el piso, bajo las suelas de sus ferrados zapatones.

—¿De tu Estado Mayor, Tenorio?

—Sí.... ¡buenos muchachos!

—¡Caaaray! ¡Peeero qué feo es Booonaparte!

—Tan feo como valiente. Un león. Fué de los que inició conmigo la campaña.

—El otro es simpático.

—Iñiguito? Ese es muy «águila» (por lo vivaracho e inteligente).

—¡Reeeefajos! ¡Por lo visto andas entre puros leoooones y aaaaáguilas! ¡Como Juuuuúpiter Olímpico!

Vistióse ceremoniosamente «Truenos;» se caló el trabuco naranjero que a guisa de pistola usaba, y con un

—¡Bueno, compadres.... ya nos estamos viendo! se despidió de sus antiguos cofrades, no sin tomar muy a mal que Chaneque le dijera ingenuamente:

—Si en algo te puedo servir para eso del grado..... Ya sabes.... puedes mandar! Tengo «buenos amigos.»

Con lo que quería dar a entender que él, sin ser coronel, también tenía su valer político, y sus «agarraderas,» cosa muy natural, perteneciendo a la falanje de los «luchadores» con la pluma.

Pasaron los días y las visitas de aquel terceto de libertadores no escasearon para la casona de las Moras, aunque no lo fueron precisamente para la «República,» pues por lo regular, Tenorio, después de un

—Adiós Mayorcito......

dicho con cierta songa y al encontrarse en el patio con Orbezo, que por atención tenía que contestar con un humilde

—Adiós, señor Tenorio......

más bien refunfuñado que dicho, se encaminaba para la vivienda de las Otamendi, en tanto que José Blas Bonaparte se colaba en la de la profesora Po-

lanco, por la que parecía tener grandes simpatías, siendo Iñiguez el más asiduo en la «República,» en pos de Andrade, por el que había cobrado estimación y aun cierto respeto al ver que era el único que no se «achicaba» ante el furibundazo coronel.

Y fué así como un día, aprovechando la oportunidad de encontrar a Andrade solo, le «partió» en la siguiente forma:

—Usted me perdonará, señor Andrade.... pero es el caso que yo necesito hacer a usted una consulta muy seria....

—Lo que usted guste, capitán.

—Dígame mejor Iñiguez. Pues bueno...... Pero es el caso que yo desearía que esto fuera muy reservado....

—¡Por supuesto, hombre! Pierda cuidado....

—Es que como se trata del señor Tenorio....

—¿Del coronel?

—Diga usted del señor Tenorio, porque la verdad es que eso de coronel y mayor y capitán, nos está «fastidiando»....

—¡Hombre! ¡Hombre....! Está usted picando mi curiosidad....

—Señor Andrade, usted me ha parecido un hombre sensato y honrado, y por eso mi consulta. La verdad «pelada» es que yo tengo miedo de que por andar jugando esta farsa paremos en la cárcel.....

—¿Cómo es eso? ¿A qué farsa se refiere usted?

—Usted me entiende...... ni el señor Tenorio es coronel, ni José Blas, mayor de verdad, ni yo quiero seguir empinado por más tiempo en esta tremolina....

—Pero entonces las campañas de usted, sus combates, sus servicios a la «causa»....

—Pero ¿usted ha creído formalmente esas patrañas?

—No mucho que digamos.... El mayor Bonaparte me ha asegurado, sin embargo, que....

—Comience usted, señor Andrade, porque ese no tiene suyo ni el apellido, del que se «ha hecho» como de muchas otras cosas....

—¿Pero no se llama José Blas Bonaparte?

—José Blas, a secas. Es un pobre indio de Tepéxpam, que venía todos los días, con un hermano suyo, en sus caballejos «matalotes» a vender un poco de «tlachique» en la plazuela de Tepito. El señor Tenorio, para que «sonara» el nombre, fué el que agregó lo de Bonaparte. Los conoció en el mesón donde se hospedaban, al huir él de México, y se los conquistó para que se lo llevaran en uno de los caballejos. En el camino los engatuzó con que él era revolucionario, gran amigo del señor Madero, convenciéndolos de que era la hora de «irse a la cargada» entrando en la «bola» ya sin peligo....

—¿Pero..... ¿está usted seguro de eso, amigo Iñiguez?

—Se lo refiero a usted tal como a mí me lo ha referido Ché Blas.

—¿Cuántos Ché Blases no habrá a estas horas?

—¡Muchos, señor Andrade.... muchos!

—Siga su historia, es divertida.

—Sigo; en el camino de Tepéxpam....

—..... tuvo Tenorio el primer encuentro favorable, según nos ha contado, y en el primer día de campaña.

—Sí; el que lo tuvo desfavorable fué un pobre arriero al que desbalijaron. En la noche, en Tepéxpam, se «levantaron» con dos caballos más y una carabina que le pidió prestada Ché Blas a un pariente suyo. A los quince días, Tenorio llevaba con él más de veinte hombres, e iba sembrando el te-

rror a su paso, porque.... ¡ríase usted de la langosta!

—¿Y como no lo perseguían las autoridades?

—Porque se hacían «de la vista gorda,» por si acaso se trataba de un revolucionario de verdad, para así quedar bien con el nuevo Gobierno.

—¿Y eso de San Juan Tilcomatepec?

—¡Allí empezaron mis penas, señor Andrade! *¡Miserere mei! ¡Miserere mei, quia pecavit!*

—¡Hombre, Iñiguez! ¿Habla usted latín?

—Algo..... ¿Usted me ve capitán revolucionario por obra del señor Tenorio? Pues sépase que lo que auténticamente soy, es un «seminarista» fugado!.... Comience usted porque soy español.

—Se le conoce por el acento....

—Aunque mucho lo he perdido. Yo estaba en Puebla desde hace diez años que llegué de mi tierra, de donde me trajo un tío mío, que estaba empeñado en que yo fuese cura.... Para esto me zampó en el Seminario, en donde me aburría, porque el sacerdocio no me seduce. Por eso que, cada vez que tenía ocasión, me fugaba del colegio. Mi tío me mandaba buscar, me echaban garra, y vuelta a los latines!

—¿Y en esta última qué pasó?

—¡En esta última, en que hubiera querido que me la echaran para quitarme de este compromiso, mi tío, a lo que parece, no ha querido acordarse de mí.....! Fugado y a la ventura fuí a dar por San Juan Tilcomatepec, a tiempo que la «columna» del señor Tenorio «operaba» por allí. Al «toparme» con ella me «marcaron» el alto; me examinaron para ver si era espía, aunque cualquiera hubiera creído que para ver si llevaba dinero. El señor Tenorio me vió «facha» no vulgar: me habló, le contesté; parece que le caí bien; me ordenó incorporarme, y en la noche,

mientras cenábamos en Tilcomatepec a costillas del municipio, me extendió despacho de subteniente en su «Estado Mayor» que se componía de Ché Blas, únicamente.

—¿Pero y esa «acción» tan reñida de San Juan?

—¡Quiá! Allí lo que hicimos fué cenar, beber, bailar, todo a costillas de los indios, y al siguiente día apoderarnos de los fondos del Ayuntamiento para «socorro» de la fuerza, engrosando las filas con quince «badulaques» más, y saliendo de allí después de haber dejado sembrada la buena semilla de la revolución....

—¡Y tan buena! Sobre todo, que rinde ciento por ciento.

—¿No le ha referido el señor Tenorio la batalla de la Hacienda del Rincón?

—Sí.... en la que derrotaron ustedes a todo un Regimiento federal....

—¡De la que escapamos allí! Si le digo a usted que hay una suerte decidida para los pícaros! Fígurese que supimos que, para proteger la Hacienda esa de las incursiones de otros «correligionarios» había un destamento de diez y ocho dragones mandados por un pobre alférez. Mi coronel tuvo un chispazo de tantos, porque no hay que negarlo, es hombre de ingenio.... Cortamos por su orden el hilo del teléfono y, hecho, le intimamos rendición a la guarnición, haciéndole creer que éramos cien, cuando escasos llegábamos a cincuenta mal armados. El pobre alférez preguntaba todo «atolondrado» que por qué queríamos que se rindiera cuando ya la revolución se había acabado.....

—¿Y qué arguyó Tenorio?

—Que era de «orden superior» y que, o se rendían o atacábamos y los pasaríamos a cuchillo. Se rindió aquella pequeña fuerza, y ahí tiene usted có-

mo nos hicimos de dieciocho maussers del Gobierno; de flamantes caballos para casi toda la fuerza, y de algunos miles de duros que se le exigieron a la hacienda para *socorro* de aquélla......

—¡Parece increíble!

—Por eso yo pienso «quién con estos ruidos duerme»..... Aquello no pudo ya pasar desapercibido. El administrador de la hacienda se quejó: el alférez quiso vengarse, y..... vino la batalla de «La Conejera».... Nos echaron encima un buen destacamento de «rurales» y ahí nos tiene usted corriendo más que conejos por espacio de ocho días..... Aquello fué ignominioso! Al grado de que, para moralizar a la «fuerza» y que no se nos desperdigara, tuvimos, el señor Tenorio y yo, que dar la batalla de la «Palma Sola.»

—Pero.... ¿Ustedes dos nada más?

—Sí señor, los dos nada más.

—¿Y contra cuántos?

—Contra nuestros dos zarapes, colgados de una solitaria palma que había en una barranca.... Les hicimos fuego a discreción, y quedaron clareados como *pichanchas*..... Y los camaradas creyeron o fingieron creer que habíamos derrotado al enemigo. Y como consecuencia de tan notable encuentro el señor Tenorio se ascendió a coronel y a mí me ascendió a teniente.... Guárdeme el secreto, señor Andrade, porque si mi coronel sabe estas indiscreciones mías, me levanta un falso y me pudro en la prisión....

—Pierda cuidado y siga adelante con su relación.

—¿Después? ¡La mar! ¡Figúrese usted lo que haríamos ya en «alta fuerza» ochenta hombres montados, es decir, capaces de «sacarle la vuelta» a cualquier peligro! ¡Cuando le digo a usted que ni la langosta!

—En efecto, deben haber sido ustedes un acridio mejor!

—Y no éramos los únicos por cierto. Ha de saber usted que, cuando pasamos por el pueblo de Cinco Ciénegas, el señor Tenorio, que gustaba siempre de hacer réclame a la *causa* utilizando para ello mis dotes oratorias de seminarista, me recomendó que yo les *echara* un *spichito* a los indios del lugar; y como yo les perorara sobre que «ya no había más tiranías ni más yugos, porque nosotros los habíamos hecho desaparecer,» no faltó un indio atrevido de aquellos, que me contestara: «Los yugos ahí están, siñor jefe..... Lo que nos quitaron *jueron los güeyes*....» Y era verdad, porque otros camaradas que habían pasado antes que nosotros por el pueblo, se habían arreado todas las yuntas.

—¡Qué vergüenza! En fin, alguien dijo que los pueblos se corrigen en fuerza de devorar sus afrentas y sentir sus vergüenzas!

—Rodando rodando llegamos a...... Eramos ya como ciento cincuenta..... La mayor parte a caballo, que caballo que veíamos nos lo *avanzábamos*. Ya en aquel punto recibió el señor Tenorio orden de *licenciar* a su fuerza. No hacerlo, era declararse rebelde; pero hacerlo, era perder *la chamba*. El coronel, después de consultar con el Estado Mayor, aceptó; pero con la condición de que se le entregarían veinticinco mil *machacantes* (vulgo pesos) para «los muchachos.» Hubo sus contestas entre él y el Ministro de la Guerra telegráficamente, hasta que por fin se conformó con diez mil duros, de los que nos repartió el coronel dos mil y se *sumió* con el resto.

—No lo tenía mal ganado....

—Lo malo fué que había feria en el pueblo, y en ella un *peladerito* de álbures al que se fué a jugar el

coronel; en la primera noche salió *tablas;* en la segunda ganó algo; pero en la tercera lo *pelaron*, por lo que llevó una escolta, cerró «la partida,» obligó a los banqueros a que le devolvieran lo que había perdido, y le entregaran lo más que tenían, llamándolos ladrones y pretendiendo fusilarlos por desobediencia a una autoridad, por cuanto aquellos se resistían a dejarse desplumar, y así se emparejó con creces de la pérdida que había sufrido.

—Entonces a esa..... hazaña se redujo el asedio y toma de la plaza de......?

—¡Cabal! ¡Pero por su mamacita, señor Andrade, que no le diga usted nada de esto al coronel, porque capaz es de *achichinarme* a tiros!

—Pierda cuidado.

—Nos salimos de........ licenciados ya «los muchachos.» Ché Blas, yo y algunos otros oficiales que acompañamos más de fuerza que de voluntad al señor Tenorio, y nos fuimos, dizque a descansar de la campaña, a una hacienda, de la que es administrador el padre de mi coronel, viejo chapado a la antigua, y que por una nada «lo pudre a patadas,» indignado de nuestras cosas. Y estando allí, ya muy quitados de la pena, recibió el señor Tenorio la orden conminativa de pasar inmediatamente a esta capital....

—¿Pero no han venido ustedes espontáneamente a reclamar el reconocimiento de sus grados?

—¡Qué va! ¡Por eso que me esté oliendo la cosa a cárcel! ¡Para mí que «nos enfundan!» (por nos guardan). De ahí el que yo reclame su consejo, señor Andrade.... Dígame, ¿qué hago para salir de este *atascadero?*

—¿Pero para qué demonios se metió usted en él?

—¡Eso mismo es lo que yo me digo! Para qué demonios......

—En fin...... para fortuna de ustedes, y quién sabe cuántos futuros males de la Patria, que tiene que ser la *padecedora*, como puede usted tener la seguridad de que no son ustedes los únicos redentores suyos de tal cuño, y a ponerse el Gobierno a perseguir a todos ya se vería en compromiso, la indulgencia tiene que imponerse.... Vendrá el regaño y.... la baja.

—¡Pues por mí, que venga cuanto antes!

A estas alturas de tan larga plática, Tenorio, seguido de Ché Blas (a) Bonaparte, llegó a la «República» echando más chispas que una locomotora en noche lóbrega; más *ternos* que un chalán de arrabal, y aventando airado el sombrero *texano*, en la primera cama que para el caso encontró.

—Pero.... ¿qué te pasa? ¿Qué furias son esas?

—¿Qué me pasa? ¡Que son unos canallas! ¡Que no me quieren reconocer mi grado, y me echan *la viga* dizque por abusador, y me rebajan a capitán!

—Pues.... de los males el menor, chico.

—¿Sí, eh? Pues se equivocan el chaparrito y su Ministro de la Guerra y todos ¡caramba! ¡Ya verán si nos dejamos los compañeros y yo! Somos muy hombres para no consentir esas injusticias....

—¡Pero Tenorio, por Dios! Si cuando tú te lanzaste ya Madero había subido....

—Y sin embargo, algo ayudé....

—Es que no quieren bajar por esa misma escalera......

—¡Pues que se cuiden! ¡Yo no me dejo! ¡qué caray! Antes me voy con Zapata o con Pascual Orozco a seguir «la bola».....

—¡Hombre! ¡Sólo eso te faltaba!

—¡Pues claro! ¡Contra injusticias, rebeliones! ¡Contra ingratitudes, balazos! ¡Contra tiranías, levantamientos!

—No hables así.... ten vergüenza....

—Lo que tengo son «pantalones.» ¡O mi grado o me pronuncio!

—¿Y el patriotismo? ¿Y los ideales?

—A mí me sirven para.... Ya que estos *bandidos* no aprecian mis méritos, otros los apreciarán.....

Andrade se quedó viendo con ojos de profunda tristeza, a la par que de mal contenida iracundia, a su camarada de ayer, hoy desnaturalizado; a aquel producto acabado de dar a luz por la oleada revolucionaria, que, como el oleaje del mar, deposita en la playa a la par del bivalvo nacarino el carapacho vacío, que de ninguna utilidad puede ser.

¿A dónde iría Tenorio? ¿En qué pararía? ¿Era realmente el ejemplar de un nuevo acridio, formidable en sus mandíbulas, incansable en su devorar, insaciable en su estómago, que iba a devastar la nación? ¿Por qué la idea revolucionaria, sana en sí, podía haber servido de levadura para tales fermentos? ¡Llamarle injusticia a no tolerar la inmoralidad, servicios a los saqueos, patriotismo al espíritu cínico del medro, méritos a los actos vandálicos y papel sanitario al patriotismo y los ideales!

Entretanto Tenorio, bufando como un energúmeno y midiendo el cuarto a zancajos de extremo a extremo, entre las sonrisas de aprobación del mayor Ché Blas y el azoro del capitán Iñiguez, respondía a las mentales interrogaciones de Andrade, diciendo:

—¡Quieran o no quieran, o me dan mi grado, o me pronuncio!

CAPITULO III

El insigne Pingarrón

Fué un profundo misterio, por algún tiempo, si el ameritadísimo coronel Tenorio había conseguido que le reconocieran el grado, o si, desahuciado y mohino por no haberlo conseguido, se había lanzado de nueva cuenta a la aventura revolucionaria, allá en el Sur, con el generalísimo Zapata, o en el Norte, con el recién levantado en armas Pascual Orozco, pues lo único por de pronto confirmado fué que, con la misma rapidez y aun con el mismo impensado modo con los que había hecho su aparición en la casona, por la Noche Buena, había hecho mutis por los idus de marzo, sin decir adiós a nadie, y aun quedando a deber algún piquillo al señor don Eustaquio, por cuenta de inquilinato.

En cambio, cuando el nuevo Presidente Madero tenía ya cuatro meses largos en ejercicio de sus funciones, sin que hasta esas fechas se habiera dignado recibir al tenaz Garaicochea, que por mor de perder el tiempo en las presidenciales antesalas, había acabado por perder el empleo que por veinte años regenteaba en la casa de comercio de X y Z;

por aquel entonces, en que el general «irregular» don Pascual Orozco, brazo derecho de la revolución maderista, se había rebelado contra su antiguo jefe, por cuanto que se había sentido defraudado en sus justas codicias de guerrillero, hizo su entrada en la casona un nuevo personaje de no insignificante y sí trascendental papel en esta truculenta novela con visos de historia.

El recién llegado lo era el señor don Austreberto Pingarrón, según rezaba la cartulina, vulgo tarjeta, con la que se anunció al dueño de la casa—«Austreberto Pingarrón.» (Tarjetas al minuto.—$1.00 el ciento con sobres.—Malaquías Gamboa.—Portal de Mercaderes.)

¿Que quién era Pigarrón?

¡Oooohhh! ¡El insigne Pigarrón!

Moreno, algo pasado de «tueste;» fortachón; de cara no muy redonda ni muy larga, pero sí muy mal tratada por forúnculos de sospechosa procedencia; de belfos leporinos; corta cabellera crespa y recia; maxilar inferior terminado en aguda punta, desenvuelto ademán y voz de barítono comprimario que quiere sobresalir en el coro, tenía en su tipo la vulgaridad de tantos que, diferentes acaso en el físico, son enteramente iguales en el sér moral.

¡Oh! El insigne Pingarrón!......

Se coló en la casa, solicitando de Barbedillo una vivienda «baratoncita.» Y mediante quince durejos la encontró, incrustándose como cuña entre las del apreciable Gordillo y la señora de Mandujano.

Y hasta ella llegaron una cama no tan cualquier cosa; un ropero de luna, que gritaba su escapatoria del Montepío; dos estantes con libros y papeles; sillas, mecedoras, una «chaise longue» etc., etc.

—¡Caaaray! ¡Se las gasta!—Comentó Demóstenes.

—¿Quién será?—Se preguntaron intrigadas las siamesas Menchaca.

¿Quién había de ser sino el insigne Pingarrón?

—Perdone usted.... señor Pingarrón, y no me tache de curioso, pero es costumbre de la casa el tomar ciertos informes.... ¿Quisiera usted darme a conocer su empleo, profesión o modo honesto de vivir? ¿Es usted por un si acaso, comerciante?

—No, señor; soy filósofo.

—¡Ah vamos! Estonces vive usted de sus rentas....

—No, señor; de las ajenas.

—¡Ah que usté tan bromista! Pero.... ¿no tiene usted algo propio?

—¡Y tan propio! Eso precisamente....

—Bueno.... pues ya lo sabe usted. Un mes de renta en depósito y otro adelantado....

—Tan lo sé, que he cumplido el requisito.

—Nó, si no lo decía por eso.... Se lo recordaba, porque como ustedes los filósofos son tan distraídos......

—Yo filosofo enteramente a la inversa; es decir, sin distracciones.

¡Oh! ¡El insigne Pingarrón!

A la semana escasa era amigo de todos los inquilinos.

—Si usted viera señor de Malabehar (al que se había encontrado en el zaguán). Si usted viera cómo admiro yo y venero a los abogados! ¡Oh! La justicia, la ley, el «suum cuique tribuere,» la toga viril, el hombre que es todo de la verdad, de la razón y del derecho!

—Gracias, señor Pingarrón.... pero es que habemos abogados y abogados....

—Yo sé bien que usted detesta el «aura sacri faminis»....

—Fames dirá usted....

—Es que yo lo ponía en «genitivo»....

—¡Ah! Vaya....

—¡El abogado! ¡El buen abogado! El defensor de oprimidos y despojados! «Jus est ars boni et equo»....

—«Equi»...... salvo que lo ponga usted en genitivo.

—Eso es.... equi, como dijo el otro. Yo aquí, donde me ve usted, soy un amigo de la ley, un «legalista»...... hasta en política. ¡Sí, señor! ¡La ley antes que nada! Y así, sin quererlo, somos correligionarios usted y yo......

¡Oh! ¡El insigne Pingarrón!

A los pocos minusos departía amigablemente con Paulinita Ventoquipa, a la que, por un estupendo milagro, tenía cortada la voluntad al grado que, no obstante lo malo de los tiempos, si Pingarrón hubiera querido (es un suponer) echarle un «tope» vulgo préstamo de veinte duros, lo habría obtenido sin más firma que la propia, y al tipo más bajo de interés; tres por ciento mensual.

—Es usted el modelo de laboriosidad, del arte y de la limpieza. ¡Mire usted que crepé! ¡Clásico, verdaderamente clásico! Así los he visto en París. ¿Por qué envidiar a la industria extranjera si nosotros los mexicanos somos tan aptos o más que los extranjeros para las artes?

Paulinita tocada en la fibra más sensible (sólo la de su cariño a «Tulipán» superaba) y casi a punto de estallar al oir alabanzas tantas a sus confecciones pilosas, se inflaba de satisfacción dentro del prehistórico chal de estambre rojo y toda confusa y pubidunda contestaba:

—Favor de usted, señor Pingarrón....

—Justicia y nada más. Admiro en usted la tradi-

ción.... La tradición en esto de saber arreglar crenchas y guedejas, pues ha de saber usted que yo soy un «tradicionalista».... ¡Sí, señora! ¡Un tradicionalista!

—¡Qué gusto! ¡Así prueba usted que es un hombre decente y de valer!

—Y Paulinita pensaba.—Se los presto, sí que se los presto, al tres por ciento y con su sola firma!

En el patio arreglaba Orbezo «las cañas» a unas botas de su apreciable consorte, mismas que, en fuerza de ser remozadas, ya de cañas, ya de tacones, ya de suelas, no tenían de las primitivas nada. Y el saludo, con aquella voz de barítono comprimamario, no se hizo esperar.

—¡Hola, invicto hijo de Marte!....

Orbezo sentía con aquel saludo, algo como una clarinada de combate, o hasta como que oteaba el olor de la pólvora.

—Señor Pingarrón.... muy buenos días....

—Bien haya usted que, después de las fatigas de Belona, se dedica usted, nuevo Mercurio, a dejar expeditos los coturnos de su consorte....

—Son botas....

—O alígeras sandalias, que todo es lo mismo, bravo militar que en las luchas por la defensa de la Patria quedó, como el dios Vulcano, inválido.

—Oh, señor Pingarrón.... Usted es muy amable....

—Admiro a los militares. Amo la gloriosa carrera.... ¡Morir por la Patria! ¡Perder por lo menos una pierna por ella! ¡Qué gloria! «¡Cedant armes togue!» Como dijo el otro. Yo soy de los suyos, señor Orbezo.... ¡Yo soy todo un militarista!.... Somos pues, «correligionarios»....

¡Oh! ¡El insigne Pingarrón!

Con las señoritas Menchaca (que no lo pasaban

aún por diferencias de identificación), era realista, añorando por Maximiliano; con las Otamendi, casi un anarquista; con Chita Garaicochea, burócrata furibundo, que echaba pestes contra la gentuza mal oliente; con Barbedillo era gobiernista, admirador del redentor Madero, apóstol de la Democracia; con Gordillo, socialista moderado. Y finalmente, con las señoras de Tajonar y Mandujano, por ser algo, era «atento.» Aun más, con Chanequito era «misterioso conjurado» puesto que allá, en el rincón más estratégico de la escalera, el empleado por Chayo y Andrade para sus coloquios amorosos, le insinuaba en voz baja, y preñada de enigmático acento:

—Ustedes, los luchadores de la prensa, los altivos gladiadores de la arena periodística, los iconoclastas del vestiglo... ¡Alerta! ¡Caveant cónsules! ¡Muy alerta siempre, que el enemigo acecha!....

Yo soy de ustedes.... formo en sus filas.... estoy en sus pelotones....

Chaneque, abrumado al oirse llamar luchador, artífice, gladiador, iconoclasta (esto no estaba seguro de si era verso o verdad) se sentía compelido a contestar con un aire también de misterio y vaguedad, para no dejar traslucir su ignorancia.

—Gracias.... estoy en ello.... Usted es elemento....

¡Oh, el insigne Pingarrón!

Con Andrade, la cosa sucedió a la inversa. A Andrade le cayó mal aquel tipo, y por ello que, a las primeras de cambio, quisiera saber quién era sujeto tal, que con el mismo desparpajo hablaba de la hipotenusa y del misterio de la Santísima Trinidad, que de la palomilla de la ropa y de las proposiciones de Euclides, y le largara por ende, así, a quemarropa, esta categórica interragación:

—En resumidas cuentas, señor Pingarrón, usted ¿qué es?

—¿Yo?.... ¿Yo? ¡Qué he de ser, hombre! ¡Mexicano!

¡Oh, el insigne Pinrarrón!

* * *

Pingarrón era filósofo, él lo había dicho. No sabía quiénes habían sido sus padres, pero tampoco quería saber quiénes eran sus hijos, si es que los tenía, con lo que quedaba a mano. No sabía a punto fijo dónde había nacido, pero sí barruntaba en dónde podría morir; supongamos en una asonada o en un asunto de intríngulis, con lo que quedaba también a mano. Y si el mundo todo no había acabado de fijarse en él, culpa era de que el mundo estaba «estupidizado» sin culpa suya, ya que por su parte había puesto cuanto medio había tenido a mano para distinguirse. Pingarrón, a diferencia de su colega aquel que «sólo sabía que no sabía nada,» sabía bien que él «sabía mucho.... pero mucho!»

De muchacho y en la escuela había intervenido en cierta «pelotera» feroz de un bando contra el otro, de los dos en que se dividían los escolapios. Los suyos estaban ya casi derrotados; él los alentó, los reorganizó, y los condujo a la victoria. Y fué, naturalmente, el héroe de la jornada; sus cofrades alabaron sus aptitudes estratégicas, y encomiaron sus facultades de valor, elogiando su porte marcial, por lo que al siguiente día la obsesión de Pingarrón era ésta: «No cabe duda de que yo nací para soldado; dentro de mí debe haber un héroe.» Razón por la que sentó plaza como cadete en la Escuela Militar.

Y al mes escaso de serlo, se le antojaba ya que

Aníbal, César, Alejandro, Vendome, Napoleón y Lord Wellington le venían «huangos;» es decir inferiores.

¿Quiénes habían sido ellos? Unos «peleles» pretenciosos y nada más. Él sí que sería algo muy suprior en la materia....

Y queriendo andarla pronto, de la Academia Militar pasó al Ejército cuando era aún un imberbe. Lo destinaron, a su solicitud, para la campaña del Yaqui; tuvo que dormir a campo raso; que mal comer; que estropearse, y sobre todo, que entendérselas en algún *tete a tete* desagradable con los indios, en el que menudearon los balazos.... Y al día siguiente concluyó.

—¡Con generales como el mío no se puede ir a ninguna parte! ¡Qué falta de táctica y de experiencia! Aquí no hay modo de hacer nada....

Y se dió de baja.

A poco andar y de vuelta en México, invitado a unas «posadas» caseritas, hubo de cantar la letanía y no faltó guasón que le dijera:

—Hombre, Pingarroncito.... ¡qué bonita voz se trae usted! Fresca, afinada, extensa....

—Psché.... No vale la pena.... «Dicen» que algo canto....

—Tan es así que usted no se nos va sin cantar algo....

Pingarrón se «arrancó» con el ineludible «Vorrei Morire» de Tosti, en el que fué aplaudidísimo. Por lo que al siguiente día, con azoro de la vecindad en que moraba, le amaneció «vocalizando» y le anocheció ídem.

—Y qué opina usted Pingarrón, dadas sus aficiones—le preguntó algún conocido—¿Quién es mejor, Caruso o Bonci?

Pingarrón se quedó viendo estupefacto a su interlocutor. ¿Aquel *pelma* no lo había oído cantar, acaso?

—¿Caruso?.... Sí.... Voz pastosa, pero algo cansada ¿sabe usted? En cuanto a Bonci no lo hace tan mal.... sostiene bastante.... pero tiene unos registros medios detestables! Yo debuto la semana entrante.

Y en el debut de la entrante semana, el público le dió «entrada» tan morrocotuda al arrancarse con aquello de «Costas las de Levante».... que Pingarrón, «azorrillado» entre bastidores, murmuraba:

—¡Estúpidos! ¡Imbéciles! ¡No saben de arte!

Y abandonó el teatro.

Púsole la necesidad cara de hereje, y entonces, para salir del paso, se dedicó al comercio; a la correduría; es decir al oficio de «coyote» según la gráfica designación. «Me parece que ahora sí voy bien» — se pensaba — y como de costumbre, no faltó un ocioso que le dijera.

—¡No cabe duda! Usted tiene facultades....

¿Necker? ¿Morgan? ¿Carnegie? ¿Limantour? ¡Bah! Niños de teta. Usaban procedimientos anticuados. Eran tardos para el cálculo.....

Más el caso fué que, por algún endiablado triquis, si no corre tanto el Corredor, pára en la Cárcel.

—¡Son esos idiotas envidiosos! No pueden ver a uno que les haga sombra....

Y a fin de matar el tedio se hizo concurrente a un salón de billares.

Y cogió un taco, y tiró una carambola, y la hizo.

—¡Rediósh! ¡Qué carambolaza! — díjole admirado el gallego de un tendajón vecino, que estaba de espectador.

—No salió mal.... No salió mal....

Pingarrón, convencido incontinenti de que en su interior alentaba el mejor billarista del Universo, se estuvo toda una semana haciéndole al paño de la me-

sa de billar más sietes que los que puede tener la baraja, sin volver a acertar con otra carambola.

—¡Qué mesas más infames! ¡Qué «ruedos» más malos! ¡Qué tacos tan pésimos!

Y abandonó el billar.

Algún amigo que, meses después, se lo encontró sentado en una banca de la Alameda, hecho un papanatas mirando al cielo, no pudo menos de preguntarle:

—¡Ehé, tú, Pingarrón!.... ¿Qué haces ahí con la visual perdida en el espacio?

—Me lamento de no ser dueño de un aeroplano. ¡Qué gran aviador sería yo!....

—¡Quiá hombre! Ya es hora de que veas para qué sirves.... «Zapatero a tus zapatos» y déjate de boberías.

Zapatero a tus zapatos! ¡Qué frase más imbécil y menos honrada!—se pensó Pingarrón. Por eso, por eso es que estamos los mexicanos como estamos! Porque no tenemos ni aspiraciones ni la conciencia de nuestro valer.... Porque nos conformamos con eso de zapaterito a tus zapatos, con raras excepciones, como por ejemplo yo, que he sido bueno como militar; mejor como tenor; poco mejor como banquero; mucho mejor como billarista, e incomparable como aviador!

Mas llegaron para Pingarrón los treinta años sin que hubiera hallado su centro de gravedad, y el hombre se sintió súbitamente acongojado de no saber a ciencia cierta, cuáles eran los zapatos de los que debería ser zapatero.... Quiso su buena estrella que, cuando aquellas reflexiones lo abrumaban, un amigo lo invitara para algún «banquetito» que se le daba en el Tívoli a un industrial que había descubierto un betún nuevo para el calzado; y que al dar cuenta el repórter de un diario, con las perso-

nas que asistieran a tal ágape, por choteo o con intención, mencionara entre nombres de acaudalados y de gentes oficiales al «insigne Pingarrón.»

Asistió al banquete, y ahí fué donde se reveló. No faltaron quienes, sin conocerlo a fondo ni por encima, preguntaran a otros tan bien o mejor informados:

—¿Usted sabe quién es aquel joven? El «prietito» ese que está de jaquet....

—¡Cómo! ¿Pero no lo conoce usted? Es el «insigne» Pingarrón!

—¡Ah! Con que ese es Pingarrón?

¡Y ninguno de los dos lo conocía! Pero en tratándose de alguien calificado de *insigne* por la prensa, era estulticia el ignorar.

Llegada la hora de los brindis, no faltó quien propusiera: «Que hable el señor Pingarrón; que lo sabe hacer tan bien.» (Jamás lo había oído.) Y el coro respondió: —¡Sí, sí, que hable!

Pingarrón vió la suya y no se achicó. Estiró bien el físico; recorrió con una sonrisa y una protectora mirada al auditorio; echó hacia atrás la macaca testa; ahuecó la voz de barítono y habló..... Habló sobre las excelencias del betún como conservador del calzado, y especialmente de aquel betún, glorioso invento, prodigioso invento, y más que nada, *patriótico* invento del señor X. ¡Así se laboraba por el país! ¡Así se le engrandecía y se le daba *lustre!* ¡Así se hacía Patria, por uno de sus humildes hijos que pasaría a la inmortalidad! Y parangonó atinadamente las virtudes conservadoras del betún para el calzado con las funciones conservadoras de ciertos políticos, echándole una tierna mirada a algún Subsecretario conservador que allí estaba..... Al día siguiente: «El Clarín de la Victoria,» órgano semi-oficioso, dijo que el insigne Pingarrón se había

«excedido» en su perorata, al grado que debía catalogársele entre los primeros de los oradores de enjundia.

Pingarrón suspiró a pulmón lleno al leer el periódico, y se dijo: «¡Por fin, Pingarrón! ¡Ya tienes una reputación hecha!»

¿Demóstenes? ¿Cicerón? ¿Mirabeau? ¿Gambetta? Cierto: no habían sido malos oradores; pero no eran cosa del otro mundo; ahora..... ¡ya estaba él en escena! Y aquella literatura de brindis, insubstancial, ausente de médula, ríspida por venir del órgano vocal de un barítono que lo tenía agarrotado en fuerza, acaso, de los *tequilas;* eructada, más bien que dicha, en ampulosos períodos que parecían estallidos de cohete, fué la palanca empinadora de Pingarrón.

En aquella misma semana, el industrial betunero lo favoreció con un chequecito de a trescientos duros, que sirvieron a Pingarrón para instalarse en la casa de Barbedillo, y con una carta para el Ministro, que le había de servir para su abordaje político. ¡Pingarrón estaba en camino!

Por eso en aquella noche del día en que incivilmente Andrade le hiciera a boca de jarro la pregunta aquella de «Y usted, señor Pingarrón, ¿qué es?»—Pingarrón, fijado el rumbo, orientada la voluntad y estudiado y solucionado el problema, se contestaba satisfecho al reclinar «la pensadora» en la blanda almohada:

—¿Qué soy? ¡Yo me lo sé bien!.... ¡Yo nací para «político!»

CAPITULO IV

Desengaños y dudas

Por aquel entonces, había llegado a la casona el mayor Tajonar, que venía en el uso de una limitadísima licencia, pues como quiera que la revolución del Norte, acaudillada por Pascual Orozco, hubiera adquirido muchos elementos, al haberse apoderado de Chihuahua, el Gobierno tenía prisa en mandar rumbo allá, un grueso contingente de selectas fuerzas, con lujo de artillería, y a las que se había bautizado con el pomposo nombre de «División del Norte.»

Al llegar Tajonar a su modesta vivienda, se encontró en ella un nuevo huésped; un rollizo «chamaco» de casi dos meses de venido al mundo, y que, esperando el arribo del padre, se conservaba judío. Una vez aquél en México, ya dejaría de serlo, mediante el reglamentario bateo.

La entrada de aquel rayito de sol en el hogar de Tajonar, había sido casi paralela con la de otro, en el del enigmático Mandujano, favorecido también por la suerte con un Mandujanito, rozagante y dormilón.

Tal circunstancia había acabado por provocar un simpático acercamiento entre las dos madres, que se sentían como ligadas por el paralelismo de sus vidas. Jóvenes las dos; casadas con aquellos hombres, a los que imprescindibles deberes hacían dejarlas solas con frecuencia; madres de aquel par de pizpiretas rapazuelas, que con sus risas y sus locas carreras y sus juegos y sus gracias enjoyaban el piso aquel de la casona, y madres ahora de aquellos bebés que parecían mellizos, habían llegado a una confusión tal de afectos, que, en muchas ocasiones, con las manos enlazadas, silenciosas y absortas, se pasaban las horas muertas frente a las cunitas, velando el sueño fraternal en que los dos bebés dormían a pierna suelta sonriendo con la fresca visión de ángeles, a los que, por venirse ellos al mundo, acababan de abandonar allá en el cielo....

Por eso que, cuando conocedores de tales detalles Tajonar y Mandujano, los comentaban, casi de ambos partiera la idea de encompadrar.

—Es lo indicado..... las circunstancias todas lo aconsejan..... ¿Qué dice usted, amigo Mandujano?

—Que por mi parte, acepto con todo gusto.

—Pues por la mía, cerrado el trato.

—No se vaya de ligero, que si yo sé bien quién es usted, usted acaso no sepa bien quién soy yo, y no sea que se arrepienta tarde.

—Creo que es usted un hombre honrado, y con eso tengo lo bastante.

—Pues..... como a mí también me parece todo un hombre, óigame antes y decida.

Entonces, el enigmático Mandujano, descorrió de un modo brusco para Tajonar todo el misterio de los últimos tiempos de su vida..... ¡Sí, era verdad! Él era un *zapatista*, como se lo habían presumido las Menchaca. A ello, y a un odio africano

contra el Gobierno, lo habían empujado hechos crueles, en los que había sido víctima. Su padre, hombre ya de edad, tenía su *laborcita* allá por Jonacatepec, en Morelos, en la cual trabajaba con un hermano de Mandujano, siendo atendidos ambos por una hija del primero, moza que tenía, en sus quince años, todo el atractivo de esas flores llenas de pompa, que se dan en la tierra caliente. Durante el tiempo de la «dictadura,» mal que bien se había podido trabajar y aun prosperar. Más tarde había sobrevenido la revolución, y el zapatismo había levantado bandera en Morelos. Su padre se había conservado ajeno a todo aquello. Los federales, en los primeros tiempos, lo habían respetado; pero hasta el risueño bohío habían llegado en infausto día los «irregulares» de Madero, persiguiendo al rebelde Zapata. Exigieron dinero, que se les pudo dar en la primera vez; que escasamente se les completó en la segunda y que no se pudo entregar en la tercera......

Entonces y en revancha, habían sacrificado despiadadamente al hermano, so pretexto de que era *zapatista*. Por muchos días su cadáver osciló colgado de la rama de un *guamúchil*, sin que valieran ruegos del anciano, que quería darle cristiana sepultura......

Más tarde, el jefe de los «irregulares,» un coronel, que si no sabía batirse, sí sabía vejar a los indefensos, y que había llegado hasta allá, al frente de una chusma, había querido mancillar a la hija, en la misma presencia del padre; pero el viejo, irguiéndose en un gesto épico, había echado mano al escondido rifle y había malherido de un balazo al que había intentado mancillar su honra en la de aquella núbil; justicia heroica que le había valido el haber sido a su vez inmolado, y sin que tanto sacrificio

hubiera servido para librar la honra de aquella hermanita querida, flor de montaña, que había sucumbido al fin, y que, en su desesperación, y no encontrando mejor partido para vengarse y vengar a los suyos, había sentado plaza de *capitana* zapatista, empuñando el 30-30, fajándose en la cintura la canana repleta de tiros y cabalgando, más que como una amazona o una walkyria, como una *cimarrona*, para dar caza en emboscadas a los odiados irregulares....

¡Y ahí había quedado el «bohío» hecho cenizas! ¡Y allá las *laborcitas* abandonadas! ¡Y allá los cadáveras insepultos de los deudos! ¡Y allá la fortunita amasada con tanto ahinco, en tantos años, por el pobre viejo!....

—Ahora, señor Tajonar, diga usted si tengo o no razón para ser zapatista. ¡Y eran ellos, los maderistas, los que nos venían a salvar de la tiranía! ¡Y para esto tiraron al «viejo» don Porfirio!....

Tajonar miraba silenciosamente al pobre Mandujano, frenético de justa indignación!

—¡Ahora.... ya lo sabe usted! Usted que es federal.... defensor del Gobierno..... y que por lo tanto puede que sea enemigo mío. Si me denunciara, mañana estaría yo colgado....

—Yo no delataré nunca a un hombre que se ha confiado a mí en tales circunstancias.... Por lo demás, Mandujano, yo soy federal, usted lo ha dicho; soldado de carrera..... Y yo defiendo al Gobierno que el pueblo se ha dado, porque esa es mi jurada obligación, y no a los hombres!

—Sí..... también lo sé..... sé que ustedes son distintos. Yo no le diré que *santos*, porque por allá algunas fechorías han hecho..... En fin, a mí los que me la pagarán son los que me la deben!

Pausa significativa de los dos: reflexión de ambos, y después brusca interpelación de Tajonar:

—Bueno, *compadre;* ¡¿cuándo quiere que sea el bautizo?

Mandujano, mirándolo con admiración preñada de gratitud:

—Cuando usted lo disponga, *compadre*.....

—¡Después.... Dios dirá! Cada uno por su lado, y a cumplir cada uno con su deber! ¿No es eso?

—¡Cabal! Haga la suerte que no nos *topemos* por las *laderas* de Morelos....

¿Cuando Tajonar se alejó, Mandujano se quedó pensando: «¡Si así fueran todos los federales!»—Mientras Tajonar se decía:—«¡Tiene razón ese hombre!»

A los pocos días tuvo verificativo el doble bateo. Aunque en un principio Mandujano se había opuesto a que hubiera «bodorrio» sin dar de ello explicación satisfactoria, que no a todos les había de confesar sus duelos, tuvo que ceder a los ruegos de Tafolla y demás gente alegre del vecindario que encontraron de molde la oportunidad para echar una cana al aire. Una vez aquiescente Mandujano, como quiera que el salón de baile ya existía, según ha quedado visto, y la previsión de Barbedillo había hecho que se conservara, en perspectiva de futuras fiestas, para dejar listo al tal salón no hubo más que desarmar la cama matrimonial de los Tacos, llevándola con colchón, ropero, chiffonier y sillas a la pieza inmediata; correr el cortinón que, derrumbada la antigua mampara de madera hacía oficios de ésta, y asear la alfombra.

Cuando en la noche del caso, ahijados y padrinos regresaban de la Iglesia, hubo su respectivo «rebumbio» en el patio de la casona, pues se les recibió con gritos y triquis dados y quemados por los Or-

becito, Fermín, Garaicocheíta y sus adláteres de otras vecindades, que habían ocurrido atentos, a reclamar el «bolo,» que cayó sobre ellos en lluvia de centavos. Las personas mayores, con la compostura del caso, esperaron aquél reunidas en la sala de Barbedillo; por cierto que la avara de la Ventoquipa, puso mala cara cuando vió que las tarjetas bautismales, en vez de llevar adherido el tradicional décimo de plata, no tenían nada....

—¡Habrase visto tacaños! – murmuró – no les han pegado ni un «quinto»....

Comenzó el bailoteo y se habría deslizado sin accidente, a no haber mediado un «pique» que de días atrás venía opacando el cielo de color de añil de aquellos férvidos amores de Chayo Otamedi con Quico Andrade.

Fué el caso que, según Cuca Otamendi, que bien que alcahueteaba a Chayo en el fondo, aunque en la apariencia y como hermana mayor parecía ignorarlo todo, había observado y hecho observar a la interesada, que aquella mosca muerta de la «Corchea» tocaba a los límites del descoco en sus amatorias pretensiones sobre Andrade. La flacucha aquella no dejaba nunca de estar pendiente a las horas en que llegaba Andrade a la casona, atisbándolo desde el corredor a fin de recoger un saludo, al que ella contestaba con la más dulce de sus sonrisas.

—Y eso lo hace la muy sinvergüenza en tus propias narices....

—Ya estoy al tanto y voy a poner el remedio.... Ya verás!

—No, y lo peor es que él no lo toma a mal, a lo que parece....

—¿Sí, eh? ¡Pues si cree que va a jugar conmigo, se equivoca! ¡Ya me estaba yo dejando «plantar uer nos!»....

Y Chayito se miraba de soslayo en el espejo, como para asegurarse de que ella era insubstituible, mientras Cuca seguía atizando la llama, con la deliberada intención de que Chayo amarrara pronto con Andrade, ya que éste, al parecer, estaba en camino de llegar a ser algo....

Para no ser menos, en la vivienda Garay se sucedía semejante escena entre la anémica intérprete de Listz y de Raff, y la broncínea y pizpireta Tules, que sin saberse por qué, y de poco tiempo a aquella parte, después de haberse desmejorado algo por «tragona,» según el maternal diagnóstico, estaba poniéndose ahora rechoncha como una remolacha.

—Pero si no me quiere, tú.... Si a la que quiere es a Chayo!—decía melancólicamente la pianista a Tules.

—Es que tú eres una «zanguanga» que no le metes duro para quitárselo. Si a tí te gusta, hazle ganas recio, y ya verás....

—Pero ¿y cómo?—decía la sencillísima «Corchea.»

—¿Cómo? ¡Pus como venga! Ingéniate......

—No, eso no es posible.... Ella es muy bonita, y yo soy una flaca descolorida.... Ella sabe coquetear, y yo por más que hago no puedo....

—¡Hum! No te apoques, que si tú llegas a curarte bien, serás mucho más bonita que ella.

—¡Y quererlo tanto, Tules! Me gusta tanto con su pelo rizado y su bigote rubio y sus ojos garzos.... Y además, habla tan bonito!

¡Y el espontáneo suspiro kilométrico brotaba con ímpetus de escape de una locomotora a sobrepresión!

Sucedió en la noche del bateo. Cuando Andrade hizo su presentación en el salón, la «Corchea» lo siguió largo rato con una mirada lánguidamente apa-

sionada; por supuesto que el codazo de Cuca Otamendi a Chayo fué inmediato.

—¿Te fijaste, tú? La «canija» esa se lo ha comido con los ojos!

—La muy......

Quiso la desgracia, para más, que a Demóstenes se le ocurriera que el baile se mezclara con algo de concierto, en cuya iniciativa fué apoyado por Barbedillo que, como buen aspirante a diputado, (ya casi cuajaba) era adicto a las iniciativas.

—¡Sí, sí! Menchaquita cantará algo, y usted nos hará el favor de deleitarnos con unas melodías....

Menchaca, siempre consecuente, ya había consentido en atreverse con algo de «Cavallería Rusticana;» pero la «Corchea» se resistía como nunca. Entonces Demóstenes, conocedor de su lado flaco, atacó estratégicamente:

—Daría usted un gran placer a Andrade, que es tan afecto a la buena música....

—No lo crea usted. No le agradaría la intérprete.

—¿Quiere usted ver que sí? Oyes, Quico, ven acá. Tú vas a hacer el favor de acompañar a la señorita al piano......

—Con positivo gusto.

Y después del canto de Menchaquita, Andrade acompañó hasta el piano a la «Corchea» que, al sentirse de bracero con aquél, ya le parecía que estaba caminando rumbo del altar de nupcias.

El incidente puso más de punto a Chayito, que llegó al de caramelo cuando Andrade, en justa recompensa a la deferencia de la presunta tísica, se lanzó con ella en brazos, en el vértigo del vals.

Chayo, llevada por Pingarrón, echaba chispas por sus ojazos negros de virgen indiana; chispas ante las que la «Corchea» bajaba tímidamente los ojos,

tanto por prudencia como para no encontrarse con aquellos de Andrade, que ejercían sobre ella la dulce fascinación de la imposible felicidad. Y él que, hombre al fin de carne y hueso, le gustaba el saberse amado inéditamente, no dejaba de flirtear susurrando al oído de ella alguna que otra descolorida galantería, que a ella le parecía frase encantada de algún divino poema de enamorados, por lo que se sentía a punto de desfallecer entre los brazos del amado!

Otros ojos había que seguían la escena; los de la atrabancada Tules que, a fuerza de miradas quería animar a su prima para que pasara el Rubicón aquel. Y aun otros más que, con un dejo de indiferente tristeza, veían a la «Corchea» en los raudos giros del vals, conducida por Andrade: los del impertérrito Gordillo.

Casi a boca de jarro, en una de las vueltas que daban las parejas, se encontraron las de Enjolrás y la «Corchea» con las de Chayo y Pingarrón, y ésta última aprovechó para decirle a su compañero.

—¿No conoce usted a Rovirosa? Hace versos y me enamora......

—¿Y quién no se ha de sentir enamorado de usted, criatura, si es usted un ángel? Andrade sintió el aletazo; pero disimuló. Mas a poco rato, nuevo encuentro y nuevo disparo.

—¡Lástima que no conozca usted a Tenorio! ¡Ese sí es todo un hombre! Me escribió y casi se me declara......

Aquello pasó de la categoría de aletazo a la de espolonazo para Andrade. Más, pensando que el desquite lo tenía a mano, es decir, entre los brazos, concluído el vals, siguió de pareja para la siguiente pieza con la misma «Corchea,» lo que causó grave exasperación en Chayito.

Complicaron la cuestión aquellos famosos ponchecitos, especialidad de don Taco, que mareaban al pinto de la paloma. Como resultado de ellos, allá a las doce de la noche, cuando las lenguas estaban bastante sueltas y briosos los ánimos, Andrade y Chayo se «abordaron» en un danzón.

—Con que Rovirosa te enamora ¿eh?

Era aquel Rovirosa funesto, que en la memorable noche del 25 de mayo, cuando lo de la *renuncia*, lo había derrotado en la campaña oratoria callejera.

—Sí..... cada vez que puede me manda versos y me *echa* mis flores....

—¿Vas a vivir de versos?

—Lo mismo que se puede vivir de *litigios*....

Andrade sintió la puya. A ese tiempo pasaba la «Corchea» enlazada a Mandujano, y Chayo no perdió la oportunidad.

—Hay algunas que.... ¡caramba! Se pasan de la raya......

—¿Lo dices por esa pobre niña? ¿Estás celosa de ella? ¡No seas tonta! Yo no te cambiaría por la reina del mundo......

—Es que se *carga* mucho la flaca esa....

—¿Conque también Tenorio te escribió declarándose?

—Sí.... bueno; tanto como eso, no; pero sí insinuándose......

—¿Y de dónde te escribe ese canalla?

—¿Canalla? ¡No lo creas! Ahora sí ya es de veras coronel?

—¿Quién le dió el grado?

—Pascual Orozco......

—Es decir que ahora es *orozquista*....

—¡Natural! ¿Qué tiene eso de particular?

—¡Y tan natural! ¡Está en carácter!

Nuevo encuentro entre la «Corcheíta» y nuevo disparo de Chayo.

—Se necesita tener muy poca vergüenza para.....

—¡Vamos, Chayo! Deja a esa pobre niña en paz.....

—¿La vas a defender tú ahora?

—No; pero me da pena, lástima, no sé qué.... Sería feliz con que yo la amara, como yo lo sería con que tú me amaras!

—Yo no he dejado de quererte....

—Pero te gustan los versos de Rovirosa y los galones falsos de Tenorio....

—Te diré.... Rovirosa ya gana el dinero bien, como empleado de un Banco, y Tenorio debe estarlo ganando todavía más....

—Pero ¿sabes lo que me estás diciendo, Chayito?

—Eso de ser novia de estudiante toda la vida....

—Chayo, Chayito, por lo que más quieras, no me vuelvas a decir tales cosas!

Por fortuna ocurrió un nuevo pase de la desdichada «Corchea,» en aquel psicológico momento, y el tiro no se hizo esperar.

—¡Y se hace la *sorda* la coqueta esa robanovios!

La «Corcheíta» no quiso seguir apareciendo tímida; habría querido hablar, decir que ella sí amaba de verdad, mientras que Chayo sólo lo hacía de apariencia y por interés: que ella sí sabía sentir, mientras que la otra sólo sabía calcular: quién sabe cuántas cosas habría dicho al haber podido hablar: pero no lo pudo hacer y para desahogar su corajina, en un mohín de niña malcriada, sacó la lengua a Chayo. Ante tamaña osadía, ésta, rápida, tuvo una frase y una acción.

—¡La muy *lépera!*

Y retorció en el flacucho brazo de la «Corchea,» un pellizco soberano, que puso fin al sainete, pues la obligó a buscar refugio, derrotada, en el materno

lado, preñados los ojos de lágrimas, y tratando de formular una amarga queja:

—Mamá.... mamacita.... vámonos, que esa....

—Quita niña, que me estás distrayendo.... Todavía es muy temprano para irnos! Con que me decía usted Pingarrón....

Y Pingarrón siguió su plática, que interrumpía con frecuencia la casquivana «Corchea» madre, diciéndole: ¡Pero qué ocurrencias las de usted. ¡Qué simpático se hace usted con esas cosas!....

Concluído el danzón aquél, sintió Andrade la necesidad de refrescar las fauces secas, acaso porque el alma le estaba ardiendo con las ocurrencias de la Chayito. Y para hacerlo fuese al comedor, en donde se dió de manos a boca con Malabehar, don Taco y Chaneque, que malgastaban el tiempo hablando de política.

—Al viejo Díaz lo derrocaron las victoriosas armas revolucionarias!—decía Barbedillo, que en la espectativa de pescar la curul, no dejaba ocasión para alabar a los revolucionarios.

—Y la opinión.... que es fuerza invencible que se exterioriza en la prensa.....—agregaba sentenciosamente Chaneque.

—¡Ojalá y así hubiera sido!—respondía calmosamente el letrado. Pero en verdad, no fué así. Habla usted, Barbedillo, de armas revolucionarias victosas, y no hubo una sola batalla formal en que aquéllas vencieran. Y usted habla de opinión, Chaneque, que tanto quiere decir como criterio, y esa se encauzó en favor de Madero por obra de pasión, que es algo antagónico. Habla usted de régimen de fuerza, y resultó que, a la hora de la hora, no había de los treinta mil soldados nominales que constituían el Ejército, ni veinte mil, con los que dominar a quince millones de habitantes.... Y usted de despotis-

mo, cuando el déspota, sólo podía haberlo sido porque la colectividad lo consentía! ¡Séamos justos, antes que nada y siempre justos!....

Mediten ustedes si la determinante del triunfo no fué alguna fuerza extraña, a la que la revolución sirvió inconscientemente como tal vez sigamos sirviendo los mexicanos todos, si nos empeñamos en no abrir los ojos para ver quién es el positivo enemigo.

—¿Usted que opina de eso, Andrade?

—¿Yo? Que el porvenir dirá lo que sea cierto....

—Pues espere usted que se confirme lo que digo.... De aquel son y serán responsables ustedes los jóvenes. Y ¡ay de la Patria si se empeñan en confundir la satisfacción personal con el patriotismo!

—¡Nada.... que ya apareció el *coco* de siempre! Con no tenerle miedo....

—Se equivoca usted, Chaneque, que costará siempre menos trabajo ser honrados y formales, que ser valentones y andar a las vueltas con los más fuertes.

—¡Enigmático está usted, mi licenciadito!

—¡Ay amigo Barbedillo! Es que, como dijo el padre Hidalgo *la lengua guarda el pescuezo*....

Parecióle poco un ponche a Andrade, y le *atoró* a dos, de *filo*. Más al minuto de ingerir el líquido sufrió una alza tal de temperatura que hubo de salir al corredor en busca de fresco. Allí estaban Mandujano, Pingarrón, Menchaquita, Demóstenes y el propio Gordillo, fumando y charlando. ¿Del baile? ¡Quía! Del tema favorito de todos los mexicanos desde el año de 1910, una vez que se reunen siquiera tres: de política.

—¡Pu.... pues a mí no me la dan ni con *chiiiia!* ¡El *mangoneo* (por el robo) está ahora pepeor que aaantes! ¡Qué caray!

—No, Tafollita, no.... ¿Que el Gobierno se ha gas-

tado los setenta y dos millones que dejó en las Cajas públicas don Porfirio? ¿Y qué, vamos ver? ¿Qué hacía, ni para qué servía ese dinero inmovilizado criminalmente? ¿Qué se están pidiendo veinte millones de pesos más, prestados? ¿Y qué?

—¿Cóoooomo y qué? Que a ese paso nos arruiiiinan ¡caray!

—Está usted equivocado. ¡Hay necesidad de mover la riqueza pública! ¿Usted qué cree Menchaca?

—Que yo sólo sé mover la magneta....

—Pues a ver, Gordillo; él, que tiene que ser eco del sentir obrero....

—¡Pues...... yo lo que digo es que todos son lo mismo!

—¡Eeeeso! ¡Lo miiiismo de sinveeeergüenzas!

—¡Y de canallas!

—Hombre, señor Mandujano, eso es muy fuerte......

—¡Tiiiiene razón! ¡caaaaray! ¡Lo único que impera hoy es el neeepotismo!

—La revolución ha sido y es reivindicadora. Lo que pasa es que no ha tenido aún tiempo para desarrollar su obra y completarla....

—La revolución ha sido un fraude!

—¡Caaaaray! ¡Pues si completa la obra nos deja en cucucueros!

—¡Nada.... que cada cabeza es un mundo!—Concluyó sentenciosamente Menchaquita; y como la orquesta preludiara un two-step, agregó:—voyme a dar unas vueltas con Cuca; la tengo comprometida con ella....

Chayo continuaba resistiendo para hacer las paces con Quico, del que se empeñaba en vengarse dándole «picones» que, a su vez, daban por resultado el que Andrade menudeara los ponches. Y así siguió la cosa hasta la madrugada casi, en la que,

ya en puntos de disolverse la reunión, Mandujano, Tajonar y Andrade, «maduros» más que «zazones,» habían concluído por romper el «turrón» y confiarse sus más recónditas actividades.

—Pues yo no me «divulgo».... pero a mí el que me la debe, tiene que pagármela....

—Te comprendo y te justifico compadre. Pero ¡qué quieres! Para mí, no hay más que el deber....

—¡Tú eres una víctima también! Los «irregulares» «rajan» del ejército.... El Gobierno los alienta, puesto que los prefiere. Les paga mejor....

—Y por eso está resentido el ejército, que no se merece tal trato.... ¿Tú qué opinas Andrade?

Andrade ya no opinaba; los ponches se lo impedían, pues le habían hecho un efecto atroz. Veía tres Chayos en vez de una; sentía que el cerebro se le abría en pedazos.... que la invencible náusea lo acorralaba, y que en vez de estómago tenía un horno de fundición. Y así siguió la cosa cuando, ya tumbado en su cama, quiso conciliar el sueño. ¡Imposible! La irritación, el dolor de cabeza, la sed inextinguible y las visiones más absurdas no lo dejaban dormir.

Veía a Rovirosa.... ¿Quién era Rovirosa? Un cínico, un audaz únicamente! Y sin embargo.... iba viento en popa, y después de haberlo derrotado ayer en la oratoria, pretendía birlarle hoy a la novia......

Veía a Tenorio.... Estudiante destripado, falto de vergüenza, medrador, embustero, disfrazado ahora de revolucionario en aquel carnaval político en el que, en diez meses había sido porfirista, maderista de última hora, como muchos, orozquista ahora, y mañana sepa Dios qué cosa! ¡Y ese, su amigo, su camarada, su protegido en las estudiantiles arranqueras, se permitía ponerse unos galones

que no había ganado, y más aún, se permitía también insinuarse con Chayo!

¿Pues y ésta? Si lo martirizaba sabiendo lo entrañable de su amor; si coqueteaba con aquéllos, pues sólo así podían explicarse las libertades de los dos; si lo hacía porque Rovirosa ya ganaba dinero y hacía versos y porque Tenorio debía estar ya rico y era coronel, aunque fuera «de dedo,» y él era sólo un pobre estudiantejo a la escasa mitad del camino, ¿en dónde estaban la sinceridad y la inmensidad de su amor? No existían, y éste era una fábula! Cuando Chayo pensaba como pensaba y se lo había indicado, a buen seguro que, llegada la ocasión, lo dejaría «plantado.»

Entonces, ¿de qué servía el mérito positivo, el depurado, si iba siempre a la derrota contra el mérito de relumbrón? ¿Qué resultaba de la amistad, ni aun la misma fraternal, sino una convencional apariencia, capaz de ir hasta la traición? ¿Qué del amor de las mujeres que en vez de ostentar las azules alas de la ilusión, tenía las alas torpes del cálculo?

En la vigilia desastrosa de la ebriedad que se aleja para dejar lugar a la mortificación post-alcohólica, por el intermedio de un sollozo mal contenido, hijo de sus dudas y sus desengaños, la imaginación calenturienta de Andrade, en un brinco clownesco, pasó a otras bien distintas ideas....

Era verdad lo que decía Malabehar. Don Porfirio, fantasmón de fuerza, dizque apoyado en treinta mil ballonetas, había resultado a última hora sin ejército con qué sostenerse. El César de ahora iba resultando otra desilusión. ¿Sería verdad lo que la opinión le achacaba, de que sólo había sido un títere, a fin de encender la inacabable guerra civil en México y sacar así las castañas con la mano del gato? ¿Cómo podía haberse prestado a tamaña maniobra?

¿Por qué había triunfado la revolución, si el minúsculo ejército de Díaz no había sido realmente vencido? ¿Tan sólo por la opinión? ¡Esa es una fuerza tornadiza, que befa hoy lo que mañana admira! Por sí sola no podía haber hecho el derrumbamiento...... ¿Sería entonces verdad que había sido el «conservantismo,» los «intereses creados» los que habían precipitado la abdicación con el espantajo de la intervención americana, amedrentando al viejo caudillo el San Juan de su apostolado, el millonario Limantour? El régimen era despótico, si se quiere; y sin embargo, aquel despotismo de entonces, jamás había armado greyes para lanzarlas contra sus ayer partidarios, como hacía el de ahora!

Hablaba Demóstenes de «mangoneo» y también éste era cierto; más que mangoneo, desbarajuste. Antes, en los tiempos de Díaz, los «científicos» que eran una docena escasa, tenían acaparados los negocios y succionaban por todos sus poros a la pública riqueza; pero en cambio, había mucha formalidad, orden, cuidado en el manejo de los caudales oficiales. Ahora el cientificismo era otro; se había reducido todavía más, y los caudales se habían evaporado en una loca danza de millones. Y lo que tanto se había criticado a Díaz, los empréstitos, se multiplicaban ahora, no por obra de la necesidad como entonces, sino de la malversación. El pudridero sólo se había removido y cebado, y criaba nuevas moscas de todos colores y tamaños; pero todas voraces y contaminadoras, como aquel Barbedillo, Tenorio, Pingarrón, y hasta Chaneque!

El país se transformaba en feudo. Madero había predicado la división de los latifundios para crear la pequeña propiedad, y él y los suyos, latifundistas de primera categoría, no habían fraccionado ni una pulgada de sus tierras. Había prometido el libre

sufragio, y había impuesto al impopular Pino Suárez, y ahora mismo ya imponía diputados y senadores.... Luego tenía razón Mandujano! La revolución, la magna revolución no había sabido cumplir sus promesas al pueblo! Mandujano «zapatista».... ¿Por qué? Porque para él y los suyos, que antes vivían en paz, allá en sus «laborcitas,» en vez de las prometidas reivindicaciones habían habido luto y sangre y atropello! Hasta Tajonar, aquel tipo de militar limpio y sincero, hecho de una pieza, resultaba agraviado, y al parecer con razón....

Y en aquella vigilia penosa de Andrade, se barajaban todos esos personajes y todas esas ideas, como en una huracanada racha se entretejen todas las nubes que encapotan el cielo.... ¡Mentira! ¡Todo mentira y pura mentira! ¡Farsa, comedia inícua, ruindad, prostitución, podredumbre! Todo olía mal.... Amor, lealtad, justicia, honradez, verdad, patriotismo, honor, vergüenza, todo lo alto y todo lo blanco, todo lo santo y todo lo augusto no eran más que palabras, palabras y palabras.... Y Andrade sentía que, al ir avanzando en el camino de la vida, el cieno envolvía ya sus plantas y subía en ascendente marea paulatina. Y pensaba:

—Dios fué un sabio al crear la criatura humana con la forma que le dió.... ¡Así siquiera, el cieno a lo último que llega es a la cabeza!

¿En qué pararía todo aquello? ¿En qué su amor a la pérfida Chayito, cada vez más atrayente y seductora? ¿En qué sus ideas de revolucionario de inmaculada cepa, adorador ferviente de la Patria? Y el fuego del licor evaporado ya, que le quemaba las entrañas y subía en llamaradas a su cerebro, le hacía ver perspectivas de incendio pavoroso en el que sucumbían Chayo y la Patria, como si fueran una....

—¡Al que me robe a mi Chayo, lo mato!

Y adormilándose lentamente pensaba:

—¡No.... matar por una mujer! ¡No! ¡Matar por la Patria.... por esa sí! Y todavía mejor.... ¡morir por la Patria!

Y se veía en las trincheras, luchando, muriendo gloriosamente en la brega contra los enemigos de la santa nacionalidad, y a su lado Tenorio, redimido, y como él, sacrificado por la inmensamente justa causa....

Vencióle por fin el sueño y fueron de plomo sus párpados; y en el sueño pesado del beodo, halló descanso para su trajinado espíritu.

Al despertar al siguiente día, borradas las visiones de la víspera, sintió la suprema necesidad de ingurgitar líquidos a dosis inauditas, para apagar el volcán de su estómago. Y en los horrores de la *cruda* juró y perjuró que jamás volvería a tomar una copa de alcohol.... El destino en sus sarcasmos le reservaba un siniestro quebrantar de tal juramento!

CAPITULO V

"Tu Quoque Dixiste"

Por fin, el horizonte parecía irse despejando; la incipiente revolución orozquista, para combatir a la cual se había organizado una flamante división, había sido fulminantemente yugulada en las batallas de Rellano, Conejos y Bachimba, sin que por un momento el dios Exito pareciera haber sonreído a las armas del Pascual Orozco, que en un empuje brioso había logrado vencer a las huestes del Gobierno en el primer Rellano.

Confiada en un principio la División, a un militar pundonoroso pero inexperto, el general González Salas, la había conducido al desastre, tanto, que dicho jefe, en un bello gesto de samurai japonés, se había pegado un tiro suicida. ¡Cuántos tiros semejantes se han cebado después!

En la segunda ocasión, todo preparativo fué nimio: se envió prepotente artillería; caballería fogueada y no poca infantería. Y al frente de la División, Madero puso al que más tarde habría de ser el hombre de sus destinos; a Victoriano Huerta, *el indio Huerta*, militar obscuro hasta entonces, y al

que la perspicacia de Díaz nunca quiso hacer sobresalir a más nivel del común.

Orozco, carente de artillería, escaso de municiones, que le fueron negadas por la parcialidad del Gobierno americano, y falto de buenos tácticos, fué barrido por la metralla en un furioso «fuego de ráfaga,» y obligado por tres veces consecutivas a retroceder, hasta tener, al final, que ir a refugiarse detrás de la frontera.

—A Orozco no lo veeenció Huhuhuerta, sino los griiingos, que le quitaron muuuniciones—decía Demóstenes, siempre amigo de ir contra el poder.

—¡Bah! ¡Esas son consejas!—respondía el «Capulín» cada vez más gobiernista. Lo que sucede es que ahora sí hay Ejército.

—Ya, ya veeeerás con el tiiiiempo. Cucucuando ellos quiquiquieran que haya reeevolución la habrá. Y cucucuando no, no. ¡Con no dejar pasar paaarque!

En el Sur, Zapata, medio vencido, se defendía tenazmente, levantando el lábaro de una nueva revolución, con el «Plan de Ayala,» mal pergeñado en su redacción, pero eminentemente libertario en el fondo; más concreto y más político que el «Plan de San Luis.» Los zapatistas, agarrados a los peñascos de las sierras de Morelos, y agazapados entre cañaverales y maniguas, hacían una guerra sin cuartel a los federales, que, exacerbados, iban usando cada vez de peores represalias. Mandujano estaba allá, con los suyos.

In diebus illis, en aquellos días, como dicen los Evangelios y los estudiantes *versadores* traducen por *los indios aquellos*, traducción que en el caso venía de molde por tratarse de la profesora Polanco y de su única reproducción, vulgo hija, la mañosa Tules, las mismas habían dado tal campanada

en la casona de la calle de las Moras, que el bronce había repercutido en Cantón, siendo las hermanas siamesas las más escamadas por el suceso, porque señoritas con todo y sus cincuenta y pico, aquello no había dejado de causarles rubores, dada su castidad y morigeradas costumbres. Narremos el sucedido.

«Como ya el nuevo Gobierno, al serenarse la atmósfera política, se preocupa honradamente por el exacto cumplimiento de las promesas de la Revolución redentora,» (texto del editorial de *El Nuevo Credo*, que si no firmaba Chaneque, no tenía empacho en atribuírselo) en demostración de tal cumplimiento había dispuesto aquél que las escuelas oficiales de las Municipalidades como Tacuba, Atzcapotzalco, Coyoacán, etc., fueran objeto de una *remozadita*, a cuyo efecto se habían substituído los pisos de ladrillo y madera por otros de cemento; se había *rasgado* alguna que otra ventana y se les había dado su *mano* de cal a las paredes, con lo que sobraba para poder anunciar pomposamente en los oficiosos voceros—«Inauguración de una nueva escuela en Santa Anita.» (Como si lo viejo pudiera inaugurarse) copiándose así servilmente la maniobra de los directores de teatro por tandas, que, cambiando los títulos de las piezas, dan el timo del estreno.

La escuela que regenteaba la señora Polanco había sido de las favorecidas. Se iba «a inaugurar de nuevo,» según frase del zumbón Demóstenes.

Pero ¿acaso había ascendido la Polanco? ¡Pues sí señor! Ya era directora de escuela de «segunda clase, foránea,» lo que a ella no le preocupaba gran cosa, porque lo perseguido era el sueldo, y no la categoría.

—¡Y lululuego me dirás que no hay faaavoritismo!

—decía Demóstenes a Andrade—Hacer a esta eeestúpida india direeectora!

—Ten en cuenta sus veinte años de servicios.

—Otros taaantos de timo al presupuuuuesto! ¡Y si a esa vaaamos, que me hagan director de Instrucción Púuuublica al Popocateeeepetl!

Realmente, aquello no era acertado, pensaba Andrade. Pero ¡en fin! *peccatta minuta;* aunque eran tantos los peccatta de esa índole que se estaban cometiendo, que ya se necesitaba penitencia para ellos.

La Polanco estaba tan satisfecha, tan orgullosa con aquel brinco, que hasta se había desatendido de la pudibunda Tules que, por *tragona*, había estado tan mala del estómago que lo volvía a cada momento.

—Lo que han hecho conmigo es un *ato* de justicia —decía.—No de *en balde* echá usted los pulmones en este Magisterio, de ir regando por doquiera la simiente de la palabra, que redime de la *iznorancia*...... ¡Tanto tiempo que hemos estado tan mal comprendidos nosotros los *máistros*, que somos los preparadores del porvenir!

—¡Braaavo por la oradooora del *ato!*—exclamó Demóstenes.

Lo que no refería la muy ladina, era cómo se había podido hacer de una esquelita, en la que un yucateco compadecido, casi coterráneo del Ministro, la había recomendado con éste, para el que había dado lo mismo hacerla directora de escuela que darla el premio Nobel!

Y con motivo de la inauguración de la Escuela, y de que se hacía cargo de la Dirección, tal vez con asistencia del señor Ministro, al acto; por lo menos con la del Subsecretario, y en último extremo con la del Director General de Instrucción Pública, la

Polanco había puesto en conmoción a toda la casona, tanto como en angustia a sus bolsillos. Nadie había dejado de comentar el *ato* de justicia, y todos sabían que si ella se había comprado un traje y un sombrero, a la sencilla y ruborosa Tules le había comprado desde corset y medias, hasta guantes, y una boa de a cuatro pesos. Pero con lo que traía loca a la casona, era con su obsesión de hallar un *tema* para el discurso inaugural que había de pronunciar en presencia del funcionario oficial que presidiera, y con el que esperaba acabar de grangearse la buena voluntad del Ministerio.

—Dispense usted, señor Andrade.... usted, que es tan inteligente y tan amable.... ¿por qué no me da un *temita* para mi discurso?

—No lo hallaría a satisfacción, No es mi *cuerda* la Pedagogía....

—Se lo daré yo ¡qué caaaray!

—Usted todo lo toma a broma, y va usted a salir con alguna *pesadez*.... ¡Como si lo viera!

—¡Nada de eeeso! Formal.... Le doy un teeema seeerio....

—A ver cuál.

—Iiiiinfluencia del cacahuaaate en la educaciiión nacionaaal.... ¿Qué le parece?

—¡Que es usted un malcriado!

—Debido a la iiiinfluencia del cacahuaaate en la educaciiión.... ¡caaaray!

La Polanco ocurrió a Barbedillo, que le dió un tema que no fué de su agrado: «Necesidad de la flexibilización de los espíritus, ante el deber de servir a la Patria.»

Ocurrió a Pingarrón, que le recomendó hojeara, como él lo hacía para inspirarse, a Tito Livio, cosa que la flamante directora estimó como una *tomadu-*

ra de pelo; y así, buscando, llegó hasta Malabehar, que se excusó atentamente.

Mas quiso su fortuna que, mientras Garay, que cada día estaba más atribulado por mor de la pérdida del empleo y de los regaños de la «Corchea» madre—(«¿Ya lo ves? ¡Tú eres un papanatas! ¡Para más ha sido tu hermana!») hojeaba el periódico esperando el chocolate matutino, los ojos de la Polanco cayeron sobre un rubro del rotativo, lo que hizo que el grito del griego Arquímedes se escapara del pecho de la profesora, estentóreo y sobre todo, intempestivo.

—¡¡Eureka!!

—¿Qué?.... ¿Qué te pasa? ¿Estás mala?—díjola solícito el extenedor de libros.

—¡No.... no.... es que por fin lo he encontrado!

—¿Pero a quién, mujer?

—¿A quién ha de ser? ¡Al tema!

¡Allí estaba, sí! Sugestivo, novedoso, bonito, materia para derrochar elocuencia pedagógica. «Las profesoras no deben saber tan sólo preparar a las educandas para el Magisterio, *sí que* también para los deberes de la maternidad»....

Y la Polanco se encerró incontinenti a escribir febrilmente sobre tan fecundo argumento y borroneó cuartillas y apuró el ingenio, y con grave agravio de la gramática dió a luz aquel discurso que conceptuó piramidal.

Comenzó después la tarea de aprendérselo de memoria. Ella no era una adocenada que fuera a la tribuna con su papelito.... No, señor, de memoria y de *cuerito a cuerito* como ella sabía enseñar a las niñas de la escuela su ciencia!

Para tal fin leía en alta voz, encerrada en su habitación en la compañía de Tules, como sagaz auditorio, para que la hiciera observaciones. La mirada,

boba al parecer, de la tal Tules con sus ojos de bovino manso, seguía atentamente la recitación; pero en sus labios parecía retozar una risita mal contenida. Lo que ella se pensaba, sólo la muy bribona se lo sabía....

Llegó por fin el tan ansiado como temido día para la profesora, a la que encontró de pie, y dándole una última *repasada* a la magna pieza oratoria mientras Tules dormía a pierna suelta. Sonaron las seis de la mañana en el vecino reloj público, y la Polanco, a la que parecía que iban a llegar tarde a la ceremonia, sacudió enérgicamente en su lecho a la dormilona Tules, diciéndole:

—¡Andale, hija, que ya son las seis!

¡Qué si quieres! Tules rezongó; se volvió del otro lado, y siguió durmiendo. A las seis y cuarto, nuevo meneo y nueva maniobra de Tules que por fin, a eso de las seis y media, con toda parsimonia, sacó un pie de debajo de las sábanas, y luego el otro, tras de estirarse y bostezar, comenzando a ponerse las medias nuevas, color de caña y caladas por más señas.

A las siete había tomado el chocolate en el lecho, y comenzaba a quitarse los *cohetes* para peinarse. Y a las siete y cuarto no concluía aún de hacerlo; por lo que la Polanco, nerviosa y excitada, hubo de intervenir.

—¡Pero *cuatezona* de mis pecados! ¿Acabas o no de peinarte? ¿A qué horas vas a vestirte? ¡Mira que vamos a llegar retrasadas!

—¡Si ya voy mamá!

Resueltamente aquella niña se había vuelto *pesada* y *molona*. ¡Quién sabe qué le sucedía!

Las siete y veinte serían cuando Tules, puestas ya las botas nuevas de doce botones y toda ella *enchinada*, remedando su testa una cabeza de bisonte

montaraz, entró a vestirse cerrando herméticamente la puerta.

A las siete y media, llamada de la Polanco, que llegaba ya a la hiperestesia nerviosa por la impaciencia.

—¿Qué te sucede, *endemontrada*? ¿Acabas o no? ¡Vamos a llegar después del señor Ministro!

—Si ya voy, mamá....

Las siete y cuarenta, y Tules no daba señales de vida. La Polanco, furiosa, se puso a golpear la puerta.

—¡Pero Judas de mis pecados! ¿Qué sucede contigo? ¡Mira que por ti me van a destituir!

—Si ya voy mamá....

—¡Ya voy, mamá! ¡Ya voy, mamá!.... ¡Hace una hora que estás con la misma *cantaleta* y nada! ¿A qué hora piensas salir?

Un ji ji ji del llanto ahogado de Tules, respondió desde adentro a la profesora.

—Pero ¡con un demonche! ¿Ahora te pones a llorar? ¿Qué te pasa? Abre......

—Si es el corset que no me quiere cerrar....

—¿Cómo que no te quiere cerrar? Es de tu medida.... A ver, abre.... Te ayudaré....

—¡No, no, no, si ya voy....!

Un envite de hombros de la fornida profesora, contra la puerta, y el débil pestillo cedió. Y a la vista de aquella quedó Tules en paños mínimos haciendo desesperados esfuerzos para que el corset le cerrara.... ¡Y el corset que no cerraba! ¡Y todo esto a los quince minutos para las ocho!

—A ver, trae.... (apretando con ganas el corset contra las rollizas carnes de Tules.)

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué me lastimas!

—Pero.... y ahora que caigo.... ¿por qué no te cierra el corset?

—Pues eso es lo que yo digo....

Entonces fué cuando la profesora se dió cabal cuenta de aquella artificial gordura de Tules.

—¿Qué es esto, *arrastradísima?* ¿Me quieres decir qué es esto?

Y rechinando los dientes, le largó el primer pellizco de la serie.

—¡Luego te lo diré, mamacita!.... ¡Luego! ¡Mira que van a dar las ocho!.... Me pondré el corset viejo....

—¡Resinvergüenza!.... ¡Póngase lo que quiera!....

En dos minutos más y merced al corset viejo, Tules estuvo lista; y secándose los ojos y polveándose los párpados, salió con la autora de sus días, que echaba chispas, rumbo a la Plaza de Armas, para tomar el tranvía. ¡Faltaban cinco minutos para las ocho!

En el trayecto de la casona al tranvía, no hubo novedad; había que disimular; pero una vez instaladas en aquél y en marcha el mismo, un nuevo y formidable pellizco hizo garra en uno de los brazos de la desdichada Tules que, confiaba en que la maniobra le había salido divinamente y había asido la ocasión por el único cabello, para librarse de una paliza monumental, esperando que en el propio tranvía sería intocable.

—*¡Gandula!*—le dijo la frenética profesora al dárselo y no encontrando otro adjetivo más detonante.

—¡Ay mamá! Mira que nos ven....

—¿Y qué me importa? ¡Cínica, descarada!....

Y nuevo pellizco al canto, mientras el tranvía se deslizaba veloz por las calles de la Metrópoli. Pausa; meditación; pago del pasaje al conductor, y luego vuelta a la carga.

—¡Ya nos arreglaremos! ¡Si crees que esto se va a quedar así, te equivocas, grandísima sinvergüenza!

—Pero mamá....

—¡Ya, ya verás! ¡Buena ocasión has escogido! Me has estropeado el discurso....!

Nuevo pellizco agarrado a las carnes de Tules, por más que ésta, en actitud defensiva, se replegaba en el asiento.

—¡Ay, mamá! Qué me vas a hacer gritar....

Pausa, reflexión; el inspector recoge los boletos y el tranvía corre rápido por la calzada, rumbo a su final destino.

—Y.... ¿Se puede saber quién es él?

—Pero mamacita......

—¡Algún *pilguanejo!* ¡Algún desarrapado asqueroso! Sí.... ¡si ya me lo figuro! ¡Manchar así mi familia y mi nombre!

¡Zas! Pellizco mayúsculo, con rechinar de dientes, que le dolió doblemente a Tules por aquello de la mancha, ya que bien sabía ella que su progenitora apenas si llegaba a media hermana de Garaicochea y que ella misma, Gertrudis Polanco, era Polanco a secas y no seguramente porque el autor de sus días no hubiera tenido apellido.

—¡Pícara descastada! Dímelo.... ¿Quién fué ese «badulaque?»

¡Descastada ella, cuando lo que hacía era reconocer la casta!

—¿Quién fué, dímelo? ¿Quién fué?

Pellizco vigésimo en el acalenturado brazo de Tules.

—¡Ay! Pues fué....

—¡A ver! ¿quién? ¿quién?

—¡El señor Bonaparte!

—¿Qué cosa? ¿Ese «indiote» tan puerco y tan feo?

Asentimiento de Tules con un movimiento de cabeza, y coraje mayúsculo de la profesora, a la que le

parecía inaudito que uno de su propia raza hubiera sido el autor de aquel desaguisado. ¡Un indio!.... Bien es cierto que ella lo había calificado de «héroe» y aun le había dicho que sería un honor concebir de héroes.... legítimamente, se entiende.

Como en esos momentos el tranvía llegara al paradero, la profesora no tuvo tiempo más que para lanzar a la faz de la atribulada Tules, omitiendo el pellizco, este sonoro adjetivo:

—¡Marrana!

Y en el camino a la escuela decirle en tono de supremo reproche:

—¡Nada, que me has estropeado el discurso!

En el patio de la blanqueada escuela, la subdirectora, con las educandas correctamente formadas en alas, todas con sus albeantes vestidos blancos y cruzada en el pecho la indispensable cinta tricolor de usanza en tales solemnidades. Y todas tan llenas de «chinos» y «tirabuzones,» que ahora la cabeza de Tules resultaba modesta en ellos. Allí esperaban a la nueva directora en cuyo honor dieron un estruendoso ¡viva! con palmoteos, que afectaron aún más a la ya conmovida Polanco que llegó casi a lágrima furtiva.

En el salón principal de la escuela, sencillo estrado; mesa de la presidencia con su tapete y su timbre. Los consabidos retratos en cromo litografía barata, del padre Hidalgo, de Juárez, y ahora de Madero en substitución de Díaz. Sendos haces de banderas tricolores, algo desteñidas en las paredes, y enlazados en ellos festones de fresca encina; sillas correctamente alineadas; la reglamentaria tribuna y el novel piso de cemento, rezumando aún el agua del fraguado y prometiendo reumatismos surtidos para las surtidas piernas de las escolares.

A las nueve, tímido telefonazo al Ministerio, inqui-

riendo «si el señor Ministro» se dignaría asistir a la inauguración, y respuesta altanera del ujier diciendo que iba a consultar al alto funcionario.

Y en el ínterin, la Polanco pensando en la estropeadura del discurso. ¿Qué hacer? ¿Improvisar cambiando el tema? ¡Imposible! Si improvisaba, la destitución era enteramente segura, por lo mal que lo haría. ¿Largar el discurso aquel? Se la comerían viva, a poco andar, cuando cayeran en la cuenta del estado de Tules.... ¿Qué hacer, Señor, qué hacer?

Telefonazo del ujier; «que el señor Ministro ni noticias tenía de la tal inauguración y que no asistiría.»

Desconsuelo infinito de la Polanco que, de todos modos, hubiera querido estar otra vez «a tiro» del Ministro. Consulta con la subdirectora; deliberación rápida, y acuerdo de preguntar, por teléfono siempre, «si no concurriría el señor Subsecretario del ramo.» Respuesta al canto, algo descortés: «que el señor subsecretario tiene otras ocupaciones más importantes.»

¿Qué remedio? Pues preguntarle por teléfono al Señor Director General de Instrucción Pública, haciéndose las suecas, «si no honraría con su presencia la inauguración.»—Respuesta atenta (el compañerismo obliga).—«Que sentía infinito no concurrir, por otras atenciones, pero que ya suplicaba al señor Prefecto de la localidad, que lo representara.»

Y a poco, pregunta del Prefecto, sobre que «a qué horas era la inauguración.» Respuesta: «que sólo a él se le esperaba.»

Y en el ínterin, la Polanco deglutiendo el escabroso problema.... El ¿qué hago? ¿Improviso o largo el discurso? ¿Qué cosa escoger entre la silba y el

ridículo? ¡Lástima! ¡Estaba tan novedoso y tan bien pergeñado el speech aquel!

A los diez minutos, anuncio de que el señor Prefecto llega. La modesta orquesta que «ameniza el acto» acaba de afinar a toda prisa y se arranca con el Himno Nacional. El señor Prefecto de «gualdrapa y almartigón,» que hubiera dicho Demóstenes, o sea, de levita pasada y sombrero alto, hace su ceremoniosa aparición, acompañado del secretario de la Prefectura y del señor Juez de Letras del lugar.

Saludo archi-político. Instalación en el estrado; mutuas cortesías del Prefecto y de la Directora; visuales oblicuas de aquél a la Polanco.

«¡Qué mala suerte! ¡Me tocó fea de remate!»

Las niñas alineaditas y atentas, esperan la señal; suena el timbre y el acto comienza con un «coro escolar,» que parece coro de ranas croando.

Entre tanto, Tules, haciéndose la gata mansa, se ha acomodado en un rincón del estrado, frente a la tribuna.

Concluye el coro: «recitación por la aventajada alumna M. M.», según rezaba el programa. Y la niña aquella, pizpireta y con ademanes de pugilista, se echa de un empujón al coleto la «Oda al Niágara» de Heredia, que viene tan a caso como un capítulo del «Kempis.» Y luego, otro corito.

«Discurso oficial por la Directora del plantel» (?) señora Polanco. Y el asesino timbre suena; y la Polanco se levanta del asiento; y por lo que oscila, cualquiera creería que se consagraba a Baco; es que a la infeliz le da vueltas el salón, con todo y contenido; las sienes le punzan.... la sangre se le agolpa al corazón.... ¿Qué hará? ¿Improvisará o leerá el discurso? Y la marrullera Tules, desde su rincón, vulgo burladero, piensa también: «¿Qué va a hacer?»

Entre tanto, la Directora avanza hacia el potro del tormento, la tribuna, a la que ve del tamaño de un dreadnaugth y luego del de un dedal; y ya allí, toma una resolución heroica. «¡Pecho al agua!» desenvaina el sable, o lo que es lo mismo, despliega el papel del discurso (para hacer memoria nada más en dado caso) y se dice...... «¡Todo, menos la destitución!»

Y echándose hacia atrás, como si fuera a embestir, comienza el discurso aquel...... ¡Maldito tema!.... «Las profesoras no deben saber tan sólo preparar a las educandas para el magisterio, *sí que también* para los deberes de la maternidad.»

En primera ocasión, furtiva e iracunda mirada a Tules que, al sentir chocar con la suya la de la autora de sus noches, baja los ojos como fingiendo contrición.... Primera ausencia de memoria de la oradora; apela al papel; pero los renglones le bailan una zarabanda feroz, y la Polanco, recordando a Tules, se dice mentalmente:

—¡La muy bribona!.... ¡pero que me las paga, me las paga! ¡Buena «plancha» me estoy tirando por ella!....

Tules levanta los ojos de bovino manso hacia la oradora, como preguntándole:—«¿De qué me recriminas?» Yo sólo he puesto en práctica el temita....

¡Maldito tema! ¿Para qué lo escogería? Y el discurso interrumpido sigue y la Polanco cree oir algo como sardónicas risas y punzantes epigramas.... Y a su vez, en cada ocasión que puede, sigue intercalando mentalmente en el texto de aquél:

—«¡Y con Bonaparte! ¡Con ese indio cuatezón! ¡Qué «indina!» ¿Bonapartitos a mí? ¡Buena es esa!»....

Y las furtivas miradas vuelven a cruzarse; nada más que ahora la de Tules, envaletonada, se sostie-

ne audazmente y se queda viendo a la ilustre discurridora, y como que en sus labios se perfilara una sardónica sonrisa......

¡Por fin y casi desfallecida, la Polanco concluye la peroración: extenuada como una res capoteada: sudando como si estuviera a la pampa en Siria! Resuena la nutrida salva de aplausos (¿se habrán percatado las aventajadas alumnas del temita?) Y el señor Prefecto, de pie, felicita calurosamente a la oradora.

—¡Magnífico!..... ¡Soberbio el tema! ¡Eso se llama modernizar la escuela! ¡Usted sí que ha sabido penetrarse de las ideas revolucionarias!

—Gracias, señor Prefecto.... Ya.... la Revolución..... ¿sabe usted?—¡y la voz se le apaga en la garganta, por el nudo aquel que siente!

Fulgurante y victoriosa mirada de Tules, en cuyos anchos belfos carnosos se dibuja perfectamente bien una sonrisa preñada de ironía, como en su mente, traducida a vulgar romance, repercute la frase inmortal del romano:

—«*¡Tu quoque dixiste!*»

—¡Tú lo has dicho! ¡Y no me repeles más, caramba, que yo lo único que he hecho ha sido ser una «alumna aprovechada.»

* * *

A los dos o tres días, alboroto y «tinga» fenomenales en la vivienda de Garaicochea: gritos destemplados de la «Corchea» madre; grave sermoneo de Garay; huída momentánea de las cocheítas a la vivienda de Barbedillo, buscando refugio contra la tempestad: interjecciones y epítetos nitroglicerinados de la profesora, que ha permutado momentáneamente el léxico escolar por el de gachupín de

bodegón; ecos y ruidos de pescozones y ayes y lamentos de Tules.... A poco rato, desaloje rápido: las camas y los baúles y los «tiliches» de la Polanco y su cría, en impensada emigración rumbo a la calle..... Pregunta indiscreta de Demóstenes, siempre curioso, formulada desde las alturas de la República:

—¿Qué suuuucede? ¿Pupupues qué ¿se muuuudan?

—Sí..... Como la directora tiene que vivir en la misma escuela....

—¡Ah!.... Vaaaya!....

Y detrás de un visillo discreto, las Menchaca *sister* atisbando, y Locha diciéndole a Lucha:

—¿Pues no quería que hubiera «hijos de héroe?» ¡Ahora, que no se queje!

CAPITULO VI

Las sorpresas de la política

Las grietas que a la casona había abierto el temblor de «cuando entró Madero,» apenas si habían sido mal encubiertas, quedando señaladas en las paredes, con largas lacras de cal recién puesta. En más de un «cielo raso» había sendas desgarraduras, y en la República, o sea en el departamento que ocupaban Andrade y socios, había habido que poner «puntales,» porque el techo amenazaba con desplomarse, siendo aquello «para mientras,» según decía don Taco, dando a entender que pronto se le harían a la casona reparaciones en toda forma, aunque aquel *mientras* llevaba ya un año y días.

—¡Caaaray! Yo creo que en estas aaaguas se nos viene aaabajo y vamos a morir como raaatas.

¿Orden? ¿Moralidad? Ni por asomo en la casona. La gente aquella parecía haberse «chiflado.» El que más y el que menos, todos se habían vuelto gastadores, manirrotos, desvelados, a excepción de aquel inimitable Gordillo, que no obstante haber ido para arriba en su negocio, seguía colgando de los fierros del balcón sus calcetines lexiviados, y comiéndose las uñas, por «economía de fiambre,» según nueva frase

de Demóstenes. Con decir que hasta las mismas Menchaca ya no iban a la misa de ocho, sino a la de diez y que Paulinita había doblado la ración de chocolate a «Tulipán,» comprándose un nuevo abrigo de estambre rojo, todo queda dicho.

Las Otamendi tenían el obrador sin clientela al parecer. ¿Era acaso que ya nadie estrenaba? ¿Había muerto la moda? No, señor, nada de eso; ellas lo sabían bien; pero se lo comulgaban, porque les gustaba ser «sostenidas» y no dar su brazo o torcer. Habían dicho ser revolucionarias y tales seguirían, aunque se las cargara Patetas; mas por dentro bufaban contra la «nueva situación» que las había puesto a ellas en una situación peor que nuevas, y así, no era raro que a solas sostuvieran diálogos como el siguiente:

—(Chayo a Cuca). Lo que priva es el espíritu de imitación y nada más....

—¡Claro! ¡Palurdas y «rancheronas» tenían que ser estas «empingorotadas» de ahora!

—No tienen gusto..... no saben lo que son confecciones de estilo..... ¿Dónde se vestía antes la Presidenta? ¿Dónde las señoras X y Z? Pues allá van ellas, por imitar, para que les tomen el pelo.....

—Y entretanto «una,» que debería ser la preferida por ser «correligionaria,» amolada por falta de trabajo!

Las «amoladas» deveras, eran las pobres oficialas y las costureras, que cuando por la «gloriosa» creían que iban a tener alza de jornales, lo que habían tenido era rebaja, y seria. ¡Bien que cumplía Madero sus promesas!

Paulinita Ventoquipa, no estaba del todo descontenta; las «operaciones» habían aumentado, resistiendo el mismo tipo de interés, levantado desde la revolución. Quién sabe por qué, pero como que

la gente gastara ahora más que antes, necesitando, en consecuencia, del préstamo; y aunque ella, como perteneciente a la alta finanza, sabía bien que mientras menos reparo pone el cliente en aceptar el alto tipo, es más segura señal de falta de pago, se aventuraba y prestaba, con beneplácito del «Tulipán,» que por cuanto la dueña estimaba que había perspectivas de ganancias, le tenía doblada la ración de chocolate.

Orbezo había zampado al mayor de los Orbezito en la «Escuela Industrial Militar,» con lo que había reducido el gasto del «pipirín;» seguía recibiendo su pensioncita, y había conseguido una «chamba;» el poder poner un «changarrito» en el interior de un cuartel de irregulares, consintiendo, ya sin reparos, en que los jefes le llamaran «compañero;» y aunque en el negocio iba a medias con el coronel, lo cierto era que bien que «le jalaba los pies al muerto.» Como consecuencia, Orbezo ya no remendaba los tacones de los zapatos de la prole, y aun se daba el lujo de echar sus canas al aire con tal frecuencia, que, en más de una ocasión, recibió los apercibimientos de la señora, ya en forma de regaño, ya en la de manazo limpio.

Pero en donde el disloque había llegado al colmo era en los «cantones» Barbedillo y Garaicochea. Don Taco, empeñado en ser padre de la Patria, y no precisamente por ser padre de algo, ya que Tachita no lo había obsequiado hasta entonces con un Barbedillín, sino por la «posición» y la «influencia,» y los negocios que con ellas podría hacer, ni reparaba en gastos ni paraba gran cosa el pie en la casa, ni dejaba descansar mucho al salón, en fuerza de jolgorios, todo en las agencias de aquella bendita diputación.

—Tachi (afectuoso, íntimo y conyugal diminutivo

que don Taco daba a su consorte), Tachi, ¿pagó ya la Mandujano?

—Sí, ayer; ya sabes que es muy cumplida.

—Pues dame ese piquillo: necesito obsequiarle un «poncho» baratón, a don Calixto, y un par de aretes de *doublé* a su hija.

—Pero, es que con ese dinero iba a pagar la obrita que se necesita hacer en la República..... positivamente se les está viniendo abajo el techo a los muchachos....

—¡Que se aguanten un poco! ¡Tú sabes lo que significa don Calixto para mi elección! Necesito tenerlo grato....

—Pero es que...

—Nada, «linda».... exigencias de la política. ¡Qué quieres!.... No tengas cuidado, que ya cobraremos con rédito...... ¡Qué tal cuando seas ya la señora diputada! Andale, dame ese dinerito....

Y el dinerito aquel tomaba camino por donde tantas otras rentas anteriores se habían evaporado.

—Tachi linda.... ¿Ajustaste ya el dinero para la contribución de la casa?

—A duras penas....

—¡Qué diablo!.... Y el caso es que no puedo desairar a Herrera Capistrán, que me pidió prestados cuarenta pesos..... ¡Imposible! Me lo echaría de enemigo....

—No, pues lo que es ese dinero sí que no te lo doy..... No quiero que nos rematen la casa por la falta de pago de contribuciones....

—¡Quiá! ¡Qué nos van a rematar nada con las influencias que ahora tengo! Figúrate..... ¡Se trata de Herrera Capistrán, nada menos! Escribiente meritorio de la Secretaría particular del Ministro..... Me ha ofrecido que él me empuja, y lo ha-

rá.... Hay que amarrar la elección, hija..... Exigencias de la política ¡qué quieres!

Y lo de las contribuciones, se lo llevaba Herrera Capistrán.

Eso, fuera de que Barbedillo tenía que gastarse un dineral en copas, sandwichs y cuotas para banqueteos y con los amigos de influencias, a los que había que cultivar. Pero eso sí; la tenía segura: era «negra en tompeate,» es decir, cosa que está hecha. ¡La propaganda que se estaba haciendo!....

El infeliz Garaicochea, descuajado de sus libros de contabilidad, odiosos pero inolvidables, sobre los que había vejetado veinte años y que en su nostalgia veía ahora con sus elegantes y limpios «asientos» escritos con fácil cursiva inglesa y sus apretadas columnas de números, todos simétricos, alineaditos, parejos, como si fueran pelotones de soldados en correcto desfile, estaba cada vez más inconsolable, a la inversa de lo que pasaba a su consorte que parecía haberse dicho: «a mal tiempo, buena cara.»

En efecto: mientras él, sin empleo, con cara de sordo y en el abatimiento mayor, tenía que vivir del Monte Pío y del sablazo, habiendo desfilado ya rumbo al empeño reloj, cadena, fistoles de corbata y aun alguna que otra alhajita de la «Corchea» madre, y habiendo «macheteado» desde al amigo de cincuenta duros, hasta el de veinte reales, ella, la «Corchea,» que en unión de Pingarrón estaba empeñada en trabar relaciones con «los del poder,» a fin dedominar la doméstica crisis, admirando y aprovechando el fino talento diplomático y las dotes políticas de aquél, ya entraba y ya salía y ya volvía a entrar y salir, visitando quién sabe a cuántos personajes y personajas para el logro de sus pretensiones.

—¡Ay! ¡Si en vez de ser un pamema como eres y de dormirte en la suerte, fueras como Pingarrón!

Resignado y confuso Garaicochea, callaba prudentemente.

Mas «las siamesas,» cuando oían aquello, no dejaban de sonreirse, pensando para sus adentros (aunque sin mala intención, que era pecado).

—Lo peor es que, teniendo ya tres hijos «logradi-tos,» aun se conserva la muy «indina,» frescachona y guapa!

¡Para remate de penas, el pobre de Garay a últimas fechas, tenía una sorda congoja que lo minaba. En un colmo de la «bruja» había empeñado el piano de su hija.... y el plazo estaba corriendo implacablemente! ¡Y aquella inocente «Corchea,» que no acertaba con saber qué era lo que más quería si a Andrade que era su vida, o a su piano, que era su alma, se quedaría muerta en el propio sitio el día que viera al impío usurero venir a llevarse el piano!

—Para qué diablos—se decía Garaicochea—di oídos a mi mujer, que hizo que me mordiera el corazón la víbora de la ambición, y pensara en ser hombre público, cuando «tan bonito» que me la iba yo pasando con mis libros ¡ay! tan limpios, tan elegantes, tan bien llevados!

¿Para qué diablos? Pues porque había nacido, como tantos, para obedecer, y muy especialmente para obedecer al eterno femenino, abdicando de todo gobierno de sí mismo, desde el día en que llevara al altar a aquella su mujercita en la que adoraba con culto ciego e irresistible!

Hasta el mismo Menchaquita lo había tentado el demonio del despilfarro, con serio desagrado de sus rígidas tías. Como lo habían ascendido y ya ganaba más, se gastaba ahora el hombre corbatas de Marnat, de a tres duros, y zapatos bajos para dejar ver unos calcetines de seda que daban el opio; y averiguado estaba que tenía una novia allá, por la Colonia

Juárez, «fina lana» y con sus «fierros» (duros) a la que cada domingo enviaba un fresco ramo de flores y una caja de bombones finos, en todo lo que, según cálculos de Tafolla, no podía gastarse menos de cinco «trompudos» (duros).

Nada se diga de la «República,» reducida, desde que Tenorio había levantado el vuelo de nueva cuenta, a tres inquilinos: Andrade, Tafolla y Chaneque.

Aunque de los tres el más humilde tenía que ser Quico atenido para sus gastos a las modestas remisiones que desde Zacatecas le hacía el curita su hermano, como sus exigencias habían ido creciendo con el tiempo y la condición, para «emparejarse» en los gastos él tenía sus «buscas,» entre ellas el trabajar en calidad de barrilete en el bufete del propio Malabehar. Aquella Chayo, que le tenía cortada la voluntad, no lo habría de ver nunca sucio ni derrotado ni faltándole los domingos tostones para llevarla al Cine. Por fortuna las cosas iban cambiando favorablemente para él; ya ahora no era en la de Jurisprudencia un desconocido ni un vulgar, porque en los últimos exámenes se había «colgado» sus tres M. B. en todas las asignaturas, y los elogios a su inteligencia, y a su manera de ser, menudeaban y concluían por llegar hasta la Chayito, revelándole que él no era un cualquiera.

«¿Andrade? ¡Oh!.... ¡Sería un *abogadazo!*» Si algo llegaba a ser, lo sería por su amor y para su amor, porque era ella su ninfa Egeria. Más tarde, cuando la atmósfera política se serenara, cuando los ánimos volvieran al equilibrio, consumadas las conquistas de las libertades, y la Patria tuviera que ser servida por hombres de conciencia honrada, de acrisolada buena fe, de intrínseco valer, allá iría él a la conquista de los más altos puestos, para venir después

a depositar el botín de esa conquista a los pies de ella, como su más rendido esclavo....

Lo malo era que, mientras él soñaba así, ella, cada vez más egoísta en sus criterios, se decía:—«Sí.... sí.... muy inteligente, muy ilustrado y muy todo.... pero muy pobre! ¿Llegará a ser rico? ¿Cuándo? ¡Cuando San Juan baje el dedo!»

Lo curioso era ver cómo el «revolucionarismo» de Andrade se había ido depurando e intensificando. Confesándoselo, en su fuero íntimo, para no sufrir la vergüenza de que se le echara en cara, que la revolución no había sido más que una tosca maniobra de «quítate tú para que me ponga yo,» en vez de sentirse desalentado se enardecía tesonero, pensando que, puesto que ahora habían falseado los principios y esterilizado la obra aquellos que debían haberlos sacado avante, otros entre los que acaso él contaría, salvarían aquéllos y consumarían ésta; y con fe de vidente y alta siempre el alma en su amor para la Patria y su culto por la razón y su idolatría para la justicia, se decía:

—«¡Los verdaderos redentores vendrán!.... ¡Tienen que venir!.... ¡Han de venir!»

Chaneque, con los dineros de la «beca» y su sueldo del periódico, completaba cada mes sus ciento veinte «águilas,» con las que se daba vida de príncipe; y a no haberlo ligado afectos y más que ellos, miedo de navegar por sí sólo en aquel mar revuelto de la vida de entonces, posible es que hubiera abandonado la casona, en busca de mejor nido; al no haberlo hecho, sí se gastaba en cambio muy buenos «níqueles» en chocolates, en los cafés de moda, y hasta en opíparas cenas, los sábados, en el mejor restaurant, después de haber asistido a la tanda de estreno del Principal. Y no se cuente lo que se gastaba en trajes: cada mes uno nuevo.

—Coooomo es tan feeeo,—decía el envidioso de Tafolla—a fuerza de traaapos nuevos quiere disimularlo.

También Tafolla, por espíritu acaso de imitación, se había vuelto un sí es no es manirroto. Cuando la «fuácata,» vulgo arranquera, lo apuraba, allá iban las suplicatorias cartitas y aun telegramas a Indé, pidiendo platas; y de allá venía siempre un oportuno girito postal, con la paterna recomendación de que fuera económico, porque «las cosas andaban mal;» había mucho robo de ganado, los campos no se habían podido sembrar todos por falta de seguridades, y más que nada, las contribuciones habían subido mucho.

—¡Miiiira tú, para lo que ha servido tu revoluuución! argumentaba a Andrade, enseñándole la carta.

Lo más invariable de la casona eran las consortes Mandujano y Tajonar. Siempre encerradas en sus «cantones,» siempre tristes, devorando en el aislamiento algo como una viudez postiza, con la audacia de sus respectivos maridos. De guarnición el uno en el Norte, en donde el fuego de la revolución orozquista era un rescoldo; y el otro...... ¡vayan ustedes a saber dónde andaría el otro! Sólo se sabía de él que estaba vivo. Aquel par de mujeres parecía simbolizar, representar mejor dicho, los dos elementos antagónicos, únicos que, en la gran comedia nacional, entre el falaz regocijo y la fingida satisfacción que el que quiere ocultar penas o las prevé, busca vivir, jugaban a conciencia sus papeles, como lo hacían «ellos,» los maridos, luchando el uno por el afianzamiento del orden y el poder; bregando el otro por la reivindicación de la tierra y el derrocamiento de un poder que lo había defraudado en sus más legítimas esperanzas!

Así las cosas y cuando la atmósfera de la casona

estaba a la vez preñada de dudas por el porvenir y de recelos por el presente mismo, el tiempo para las elecciones de diputados se había ido acercando, y con esta cercanía, la nerviosidad de Barbedillo había llegado casi a baile de San Vito.

—¡La campaña democrática va a ser reñidísima, amigo Tafolla! ¡Por primera vez vamos a tener sufragio libre!

—¡Suuuufragio! ¡Pero usted que como ex-Jeeefe Político, sabe bien eso, está usted creeeeyendo que la Virgeeeen le habla cucucuando ni le parpadea?

—¿Sí, eh? Según eso, usted cree que yo no me adjudico mi curulita......

—¡Se la adjuuuudicará el que el Goooobierno quiera!

—Jé...... la verdad es que tiene razón el señor Tafolla. Dicen que el Gobieno está metiendo mano —observó Garay que a fuerza de aspirar sin conseguir, estaba volviéndose escéptico en política.

—¡Y eso es lo natural! Ustedes lo comprenderán.... El Gobierno necesita allí adictos, amigos, servidores.... ¡Exigencias de la política! Y por eso que indirectamente influya en las elecciones ¿saben ustedes? pero dejando un «amplio margen» de libertad. Por eso yo, que soy conocedor, me he puesto a las incondicionales órdenes del Ministro X y del Ministro Z, y de los demás Ministros. ¡Qué quieren ustedes! Exigencias de la política.... La disciplina antes que nada; eso es virtud cívica y lealtad para con la Patria!

—¿Peeero y entonces el suuuufragio libre?

—Bueno, Demostenitos.... Usted es aún muy joven e inexperto por lo tanto, y no puede darse cuenta de que.... la política es así.

—Lo que es desagradable es que el clero se «in-

miscuya»....—observó Pingarrón terciando en la plática.

—¡Naturalmente! Yo no lo dejaría tomar parte en eso....

—¿Pupupues y la libertad del vooooto?

—Es que eso no es conveniente, Tafollita.

—¡Seguro! ¿Acaso para eso luchamos en el 57?

—¡Caaaray! Entooonces la democracia no es para tooodos......

—Es que usted se está volviendo reaccionario.

—¡Casi monárquico!

—¡Naaatural, caaaray! ¡Siquiera ellos le llaman al pan paaan y al vino viiiino! ¡No dan gaaato por lieeebre!

—Y.... si la pregunta no es indiscreta; ¿Se puede saber por qué Distrito se postula usted, señor Barbedillo?

—¿Pero no lo sabe usted? ¿No ha visto mis actas de postulación, subscritas por los Clubes «Sufragio Verdad,» «Ponciano Arriaga,» «Tomás Mejía,» «Melchor Ocampo,» «Teodosio Lares» y otros, publicadas en «El Nuevo Credo» y otros diarios?

—No.... Leo poco la prensa.

—Pues por el Distrito de G.

—¡Ah, vaya!—Y en los labios de Pingarrón dibujóse una mefistofélica sonrisa.

—Ooooiga don Taco: es una hereeejía eso de revooolver confites con cooolación en los Clubes.... Poner juntos a Arriaga y a Ocaaampo, a Lares y a Meeeejía, no tiene «cuaaate.» ¡Liberales y Mooochos!....

—¡Bah, Demostenitos! Usted es un joven aún inexperto en política, y no sabe por eso que en esta hay que cohonestar.... Cohoneste usted, cohoneste siempre, y el resultado será seguro....

El día anterior al de las elecciones, Barbedillo ya

no pudo más, y como lo había hecho en los días de la propaganda electoral, lió la maleta y tomó el portante o séase el tren rumbo a su Distrito electoral, no sin decirle antes a su aflicta consorte. (Aflicta por aquello de los gastos.)

—¡Ahora sí va de veras! Mañana recibirás un telegramita, dándote cuenta de mi triunfo, con las palabras que dijo Napoleón en las Pirámides: «*Vine vid y vince.*—Tu Barbe.» Y si cuando regrese ves que vuelvo en carretela abierta.... ¡No vaciles y tira por el balcón, pero tíralos de veras, todos los tiliches que tengas, que ya habrá para comprar nuevos! ¡La posición que voy a ocupar lo exige así!

En cambio, Pingarrón se quedó en casa, hojeando probablemente a Tito Livio.

¡Las sorpresas que en «materias» políticas hubo en los dos siguientes días para la casona!

En el de las elecciones, al buen temprano se encontraron Garay, Andrade y Orbezo en el patio de la casa, siendo notorio el contraste de las actitudes, pues mientras el primero estaba contento como unas Pascuas y enfundado en la antigualla levita pasada que tenía, oliente a creolina para evitar la palomilla, el segundo estaba taciturno, y el tercero como siempre, «listo para todo servicio.»

—¿Dónde tan de mañana y de tiros largos, señor Garay?

—¡Nada, viejecitos! ¡Que parece que ahora sí cuajó!

—¿Cómo es eso?—¿Pues de qué se trata?

—Mire.... (enseñando una carta) ¡Del Ministro! ¡Me llama y con urgencia!

—¡Hombre! Que sea para bien....

—Gracias, coronel.... digo, mayorcito. ¿Y usted dónde va?

—¿Yo? A cumplir con el deber. A votar en las elecciones.

—Así se hace, señor Orbezo—díjole Andrade.

—¡Es que no voy yo sino me llevan.... La consigna! Todos los «retirados» y de clases pasivas tenemos que presentarnos a votar; y topara con que fuera a una sola casilla.... ¡Pero ha de ser en las más que podamos!

—¡Bah! ¡Los mismos «enjuagues» de antes!

—¿Y usted dónde va, señor Andrade?

—¡Pues.... a eso también!..... Soy escrutador en un colegio electoral.

—Ujum.... Ya está usted entonces entrando en funciones....

—¡Y mejor quisiera salir!

—¿Por qué? Así es que como se empieza....

—Es que, hay funciones de funciones, y esta no es de mi agrado....

* * *

¿Hubo desórdenes, tiros, estacazos, verba cálida siquiera en las susodichas elecciones? Pues no, señor, no los hubo. El sufragio efectivo brilló por su ausencia: el Gobierno trampeó de lo lindo en algunas partes, las más, y en otras lo trampearon. Y *tutti contenti.*

A medio día cabal, Tachi, que había estado toda la mañana más inquieta que hormiga antes de aguacero, dió el primer grito del día a Filo:

—¡Filooo!...... ¿No han traído un telegrama para mí?

—No *siñora*....

—Pues está pendiente, porque debe venir.

A las dos de la tarde llegó Garay cabizbajo, cari-

no pudo más, y como lo había hecho en los días de la propaganda electoral, lió la maleta y tomó el portante o séase el tren rumbo a su Distrito electoral, no sin decirle antes a su aflicta consorte. (Aflicta por aquello de los gastos.)

—¡Ahora sí va de veras! Mañana recibirás un telegramita, dándote cuenta de mi triunfo, con las palabras que dijo Napoleón en las Pirámides: «*Vine vid y vince.*—Tu Barbe.» Y si cuando regrese ves que vuelvo en carretela abierta.... ¡No vaciles y tira por el balcón, pero tíralos de veras, todos los tiliches que tengas, qué ya habrá para comprar nuevos! ¡La posición que voy a ocupar lo exige así!

En cambio, Pingarrón se quedó en casa, hojeando probablemente a Tito Livio.

¡Las sorpresas que en «materias» políticas hubo en los dos siguientes días para la casona!

En el de las elecciones, al buen temprano se encontraron Garay, Andrade y Orbezo en el patio de la casa, siendo notorio el contraste de las actitudes, pues mientras el primero estaba contento como unas Pascuas y enfundado en la antigualla levita pasada que tenía, oliente a creolina para evitar la palomilla, el segundo estaba taciturno, y el tercero como siempre, «listo para todo servicio.»

—¿Dónde tan de mañana y de tiros largos, señor Garay?

—¡Nada, viejecitos! ¡Que parece que ahora sí cuajó!

—¿Cómo es eso?—¿Pues de qué se trata?

—Mire.... (enseñando una carta) ¡Del Ministro! ¡Me llama y con urgencia!

—¡Hombre! Que sea para bien....

—Gracias, coronel.... digo, mayorcito. ¿Y usted dónde va?

—¿Yo? A cumplir con el deber. A votar en las elecciones.

—Así se hace, señor Orbezo—díjole Andrade.

—¡Es que no voy yo sino me llevan.... La consigna! Todos los «retirados» y de clases pasivas tenemos que presentarnos a votar; y topara con que fuera a una sola casilla.... ¡Pero ha de ser en las más que podamos!

—¡Bah! ¡Los mismos «enjuagues» de antes!

—¿Y usted dónde va, señor Andrade?

—¡Pues.... a eso también!..... Soy escrutador en un colegio electoral.

—Ujum.... Ya está usted entonces entrando en funciones....

—¡Y mejor quisiera salir!

—¿Por qué? Así es que como se empieza....

—Es que, hay funciones de funciones, y esta no es de mi agrado....

* * *

¿Hubo desórdenes, tiros, estacazos, verba cálida siquiera en las susodichas elecciones? Pues no, señor, no los hubo. El sufragio efectivo brilló por su ausencia: el Gobierno trampeó de lo lindo en algunas partes, las más, y en otras lo trampearon. Y *tutti contenti*.

A medio día cabal, Tachi, que había estado toda la mañana más inquieta que hormiga antes de aguacero, dió el primer grito del día a Filo:

—¡Filooo!...... ¿No han traído un telegrama para mí?

—No *siñora*....

—Pues está pendiente, porque debe venir.

A las dos de la tarde llegó Garay cabizbajo, cari-

acontecido y encorvado bajo la levita cruzada que parecía pesarle más que úna dalmática! Mal comió e incontinenti, se encerró con la Corchea madre en un largo conciliábulo.

A las dos y media llegó Menchaquita, cuando Tachi llevaba ya la media docena de gritos a Filo, con la consabida pregunta del telegrama, obteniendo la perenne respuesta negativa.

Menchaquita venía con retraso de la Central de Telégrafos, en busca del bodrio. ¡Habían tenido que dar y recibir tantos telegramas, como día de elecciones! Eso no obstante, y a pesar de que debía estar allá de regreso a las tres de la tarde, en vez de dirigirse a su «cantón» se encaminó para el de Pingarrón, a cuya puerta llamó discretamente:

—Usted me perdonará si importuno, señor Pingarrón....

—De nada, señor Menchaca.... adelante, y dígame en qué puedo servirle.

—Gracias.... muchas gracias.... es que quería darle una buena noticia.... Yo creo que en el caso no se viola el secreto de la oficina....

—¿Qué es ello? Usted dirá.

—Pues que he «oído pasar» su nombre entre los de los nuevos diputados, y he querido avisarle, dándole mis cordiales felicitaciones....

—Pero ¿qué dice usted? (fingiendo extrañeza). ¿Yo electo diputado?

—¡Sí, señor! No me cabe duda. Oí el nombre perfectamente.

—Eso es una broma de usted....

—No me creería autorizado para gastar con usted bromas, ni menos de esas.

—Pues.... no puedo atinar..... Gracias mil por el aviso, pero desconfío de la veracidad..... Yo no me he postulado ni soy conocido por allá, ni tengo

grandes influencias..... ¡En fin! Vaya usted a saber si el Gobierno necesita de uno....

Bajaba Menchaquita la escalera del tercero, rumbo a su vivienda, cuando le salió al paso Tachi, preguntándole:

—Oiga, Menchaca..... ¿No sabe usted si llegó a la oficina algún telegrama para mí?

—¡Imposible saberlo, Tachita! ¡Llegan tantos!....

—Es que era de Barbedillo.... Quedó en que me avisaría su triunfo electoral, y nada todavía....

—Acaso más tarde venga.... pero usted esté sin cuidado, que esa, como dice él, es «negra en tompeate.»

—Así lo creo, porque cuidado si se ha gastado el hombre un dineral..... Sería una inconsecuencia que después de tanto regalo a todos no lo eligieran......

A las seis de la tarde llegó Quico, agobiado, rendido, y de un humor de los demonios; y como en ocasiones semejantes lo hacía, se tumbó en la cama y clavó la «visual» en las apuntaladas vigas de la República. Chaneque y Demóstenes ya lo esperaban para cenar.

—¿Qué hubo, viejo? ¿Qué tal estuvo la lucha electoral?

—Psché....

—¿No hubo boooleas siquiera? (puñetazos).

—Psché....

—Muchos votantes ¿eh? Mucho entusiasmo..... ¡Oh! ¡Esto marcha..... la democracia se abre paso y el pueblo elige!

—Psché....

—Se me haaace que todo fué cooomedia como cucucuando la Dictadura......

Andrade callaba. Aquello había sido, en efecto, un vil remedo de otros tiempos. Habían votado una

docena de gendarmes y otra de soldados, todos ellos vestidos de paisanos. ¡Democracia! ¡Pueblo eligiendo!.... ¡Buenos estaban ellos!

—Vámonos a cenar.... Es lo mejor que podemos hacer.

Cuando se encaminaban al comedor, Tachi daba a Filo el quincuagésimo grito del día:

—¡Filooo! ¿No ha venido el telegrama?

—No, *siñora*......

—¿Has estado pendiente?

—Sí, *siñora*....

—Bueno; pues que me compre Fermín el periódico de la noche....

¡Qué raro estaba aquello! Porque la verdad, ya era tiempo de que el telegrama hubiera llegado. Pronto se desengañaría, porque en el periódico de la noche tenía que venir la lista de los nuevos diputados.

Ya en el comedor había mitin. Allí estaban las Otamendi, Paulinita, Gordillo y Locha Menchaca. Pronto llegó Fermín con el periódico, y como era natural, lo primero que se buscó fué la famosa lista; pero ¡oh desilusión! Venía muy incompleta. Faltaban las tres quintas partes y no había noticia del Estado al que pertenecía el distrito de Barbedillo. Menos malo: Tachi entró en relativa calma. Por lo demás ¡qué de nombres desconocidos! Y ¡qué caprichos de la popularidad! Entre los nuevos padres de la Patria había quienes de «rayadores» de billar y de picapleitos fracasados, habían pasado a la curul, sin más ni más!

Gordillo era quien leía; los demás comentaban. Concluyóse la lista y el lector hizo pausa.

—¿Por qué la «corta?» Sígale, a ver qué novedades hay.

—¡Hombre, hombre.....! (Gordillo continuando en la lectura para sí.)

—¿Qué es ello? Diga usted....

—¡No lo van ustedes a creer! Oigan llover.

«El veterano revolucionario, de inquebrantables ideas, el que en los campos de batalla ha derramado su generosa sangre por las conquistas revolucionarias, azote de la vieja Dictadura, de Zapata en Morelos y de Orozco en el Norte, ha sido dignamente premiado por el señor Presidente de la República, que, en alta obra de justicia, le ha conferido el grado de coronel efectivo en las milicias auxiliares del Ejército, destinándolo a la importante plaza de....

«Nuestros lectores habrán entendido que nos referimos al bravo coronel Melchor Tenorio.»

—¿Qué cosa? ¿Tenorio coronel de verdad?

—¿Tenorio paladín y revolucionario leal?

—¿Tenorio de ideas inquebrantables? ¡Eso es choteo! ¡Si estaba con Orozco!

—¿Y qué? Cuestión de un «cambiazo» a tiempo.

—¡Pues va en el tercero!

—¡Qué poca vergüenza!

Ante tal diluvio de dicterios, Paca Otamendi creyó oportuno salir a la defensa del «ausente amigo.»

—La verdad es que no hay por qué admirarse tanto.... El señor Tenorio (ya le daba el señorío) anduvo con Orozco por «puro plan» y a la hora de la hora, se presentó al Gobierno, con su gente y sus armas!

—¡Por supuesto! ¡A la hora de la «cargada!»

—Por lo demás, el señor Presidente no hace sino recompensar méritos.

Andrade no había desclavado los ojos de Chayito durante todo aquello; pero la muy ladina se había conservado impertérrita, haciendo pelotitas de migajón.

—¡Otra noticia de interés!.... Quién sabe si será buena o mala....

—¿De qué se trata? A ver Gordillo, lea usted.

«Por el Ministerio de Hacienda se le ha extendido nombramiento de pagador de segunda, habilitado de la Flotilla del Sudeste, al probo señor Narciso Garaicochea.»

—¿De la flotilla del Sudeste? ¿Y dónde queda eso?

—Será en Tabasco, Campeche o Quintana Roo....

—¡Caaaray! ¡Lo paaartieron!

—(Chaneque observador.) ¿Todavía repelará de que le den hueso?

—Peeero que huhuhueeeso ¡caaaray!

—Y lo llaman probo....

—Eso debe ser error de imprenta; ha de haber querido decir «pobre.» (Observación de Cuca Otamendi.)

Amaneció el siguiente día y el primer grito que resonó en la casona fué, no por cierto, como era costumbre, el del lechero, sino el de Tachita, que en neto «deshabillé» con la cabellera alborotada y entreabriendo una de las puertas vidrieras de su alcoba, preguntó a la portera:

—¡Filo! ¡Filoooo!...... ¿No han traído el telegrama?

—No, *siñora*....

¡Eso sí ya pasaba de castaño a obscuro! ¿Qué le pasaba a Barbe? ¡De seguro habían interceptado el telegrama! ¿O habría perdido la elección?....

—«Ay, Santo Niño de Atocha! ¡Que haya ganado para que yo te cumpla la «promesa de tu vestidito nuevo!» (Así es como se visten en México todos los santos; o hacen «la paloma» (servicio solicitado) o se les cae la ropa a girones de puro vieja.)

—¡Filo! ¡Filoooo! ¿Pero estás sorda? ¡Que me suban el periódico de la mañana!....

—¡Sí, señora.... ahí va!

Y el diligente Fermín aportó el periódico. Tachita lo desdobló ávidamente y se puso a leer la lista, que en el caso era como la de la lotería.... Nada! ¡No estaba Barbedillo! En cambio por allí andaba el nombre de Pingarrón en letras de molde y como uno de los noveles diputados, sin especificación de Distrito, pero sí por el mismo Estado en el que se había postulado don Taco. ¿Pingarrón, padre de la Patria? ¿Diputado aquel truchimán del tercero? No es posible—se pensó Tachita.—Este es otro error de prensa como en el caso Garay; debe ser otro nombre....

A las ocho de la mañana, impaciente y curiosa, se instaló en uno de los balcones a la calle. Barbedillo regresaría de un momento a otro, si había tomado el tren nocturno. Y si ella lo veía regresar en carretela abierta, palabra que cumpliría al pie de la letra sus instrucciones de echar por el balcón cuanta vejestoria hubiera en el menaje de la casa.

A las nueve, nada de Barbedillo. Y Tachita firme en su observatorio.

A las diez aun no parecía; pero Tachi continuaba firme. Eso sí; para esa hora había completado ya el inventario de las cosas que irían a parar en la calle.... Por fin, a las once y minutos, una carretela abierta desembocó por la esquina! ¡En ella venía Barbedillo.... era él que no cabía duda! A su lado venía otro individuo; alguno que ya le estaba haciendo la «barba» seguramente al señor Diputado. Y en el pescante, junto al auriga, un gendarme. ¡Naturalmente! El señor Diputado tenía que andar escoltado......

Tachi no esperó a más. Ver aquello, pegar un ala-

rido de júbilo y comenzar a arrojar para la calle, por el balcón, los floreros desportillados, la escupidera «non,» una maceta con una planta seca, la sobrecama con «fallas» en el tejido, una terracota remendada y la jofaina rajada, todo fué uno, a tiempo de que el ilustre Barbedillo llegaba a la puerta de calle recibiendo casi sobre sus espaldas aquel diluvio de cachivaches.

—¡Para de tirar, bárbara! ¡No tires más, que si vengo en carretela es porque traigo rota una pierna!

Cesó el diluvio. Con trabajo, entre el acompañante de Barbedillo (escribiente de tercera de la séptima Demarcación de Policía) y el gendarme, subieros hasta sus habitaciones al frustrado padre de la Patria. Ya instalado en un sillón y hecha la inquisitiva del caso (la pierna luxada por un paso en falso al bajar el tren). Tachi se atrevió a preguntarle tímidamente:

—Y de.... *eso* ¿qué hay?

—¿De qué?

—¿Ya eres Diputado?

—¡Lo que soy es un cabestro por haber crído en lo del sufragio libre! ¡El que salió fué Pingarrón que ni lo conocen por allá, ni se gastó una miserable peseta!

—¿Pingarrón?....¿Pero es verdad?....

—Pelada....

—Y ahora.... ¿qué hacemos?

—¡Buñuelos, recorcho, buñuelos!....

* * *

Cuando Pingarrón después de felicitado entusiastamente por todo el vecindario que veía en él una «esperanza,» no para la Patria, sino para las ambi-

ciones de cada quisque, se metía en el blanco y blando lecho en aquella noche, acomodándose para dormir feliz como nunca, tuvo a bien hacerse para su coleto esta interesante reflexión:

—Bueno, Pingarroncito.... Ya la «trepaste» por obra de la candidez de un Ministro que te juzga su «amigo de confianza.» Ahora, dentro de dos meses, protestas; y dentro de cuatro.... ¡Debes estar en la oposición!

Y dió media vuelta a la llave de la luz.

CAPITULO VII

"Remington and Sons"

—Oiga, Gordillo. Esta madrugada, cuando regresaba a la casa después de una cena que dimos al señor Pingarrón, para celebrar sus triunfos en el Parlamento, pasamos por el taller de usted y observé que todavía estaban trabajando....

—Muy cierto, señor Chaneque. Tenía que entregar una obrita de extraordinario.

—Sí, pero eso es una esclavitud para los infelices obreros; un positivo vasallaje inaguantable. La explotación desenfrenada del infeliz operario....

—No lo crea. Son «compañeros» que trabajan por su gusto y recibiendo jornal extra....

—¡Eso es lo que nos pierde! ¡El afán inmoderado de ustedes, los patrones, para enriquecerse con el sudor del pobre!

—¿Lo dice usted de veras?

—Y tan de veras, que próximamente «vamos» a someter una iniciativa a las Cámaras para refrenar esos abusos!

—¡Pues.... se van ustedes muy recio! Cualquiera creería que hay que empezar por enseñarles a nuestros obreros las ventajas de la economía, del

mutualismo bien entendido y de la formalidad en el trabajo.

—Lo que les hemos de enseñar es la defensa contra la voracidad del capitalismo. El socialismo obrero.... el pobre, el asalariado, el oprimido del taller, uniéndose para combatir al rico....

—No estará mal.... Son cosas que ustedes leen en los periódicos y en alguno que otro libro y que conocen tan bien que, poniéndolas en juego lograrán sacar la tripa de mal año, dejando más esquilmados a los obreros.

—¡La gran escuela! Reclus, Kropotkine, Ferrer.... ¿Usted los ha leído?

—Algo.... ¿Y usted?

—¿Yo? No.... ¡pero los conozco!

—Mire, señor Chaneque. Yo antes de ser patrón, he sido obrero y no me engatuzan. «Ético» de esos conozco yo que, siendo pintor de ollita y asalariado del Gobierno, se hace pasar ahora por apóstol de los irredentos! No tienen «gatos» para ganarse el pan con el trabajo, y se lo ganan con la lengua; y queriendo la igualdad social, gastan automóvil y viven en casa que es palacio! A otro perro con ese hueso! Y de una vez por todas, sépase que a mí no me asustan, porque ni nada tienen que enseñarme, ni nada tengo que temer de mis obreros. Lo que ellos pretenden saber, lo aprendí yo de operario; y lo que ellos quieren quitarle a mis operarios, yo se los he de defender a éstos....

—Sí.... usted es un reaccionario que quisiera vernos colgados de cualquier árbol......

—A usted no, porque no valdría ni la rama; ni a ellos tampoco; pero sí en la Escuela Correccional, aprendiendo a ser honrados....

—Es que usted odia al socialismo....

—No lo puedo odiar, que obrero fuí y obrero soy.

Lo que repugno es la mentira y la explotación de la ignorancia con supercherías. Quiero antes a los obreros instruídos, ligados por afectos del oficio, por un común altruísmo, para que puedan después, lógicamente, adquirir la solidaridad que requiere la defensa mutua sin necesidad de «andaderas» ni de mentores. Lo primero es lo primero. Y si eso no se tiene, los que quieren llevar a nuestros obreros a lo segundo, de lo único que tratan es de vivir a sus expensas explotando sus credulidades....

—¡Caray, hombre! ¡Está usted inconocible! Ya casi es usted un orador....

—Hasta las piedras hablarían echando chispas de indignación, cuando se quiere evitar que se toque a lo más noble del organismo social por embaucadores......

—Se pone usted hecho un energúmeno....

—¡Y no lo bastante! Yo no me meto en las cosas de ustedes, en sus «enjuagues» de política, aunque derecho nos sobraría a los obreros, que ustedes son los que rompen los platos y nosotros los que los pagamos; pero cuando se me «rasca» sobre determinadas cuestiones, sí que he de hablar y «golpeado» para atajar el mal......

Chaneque optó prudentemente por la retirada. Era que estaba equivocado creyendo que bajo la tosca cabeza cuadrada de Gordillo no había más que un cerebro de ostión, propio de hombre nacido para trabajar como bestia y «amarrar» dinero. No sabía que aquel hombre, en su modesta apariencia, en su hosquedad, era todo un carácter formado en el troquel de la voluntad, y limado ocultamente en el deseo de la honradez que hace de indestructible timón. Ignoraba que aquel «artesano» se encerraba en las noches, en su humilde habitación, a descansar de las fatigas materiales del día, con la lectura de algo que lo ense-

ñara para defenderse en la dura brega de la existencia.

Más aún; ignoraba, como lo ignoraba toda la casona, que en aquel busto recio, caja toráxica ensanchada a fuerza de levantar el «marro» pesado y majar el fierro en la fragua, que en el pecho de aquel Gordillo mal oliente, grasoso, pringado el traje con la mugre del taller, se guardaba un corazón capaz de anhelos y ternuras; grande para las grandes abnegaciones; firme sin exteriorizaciones inútiles, y entero como el de un héroe para poder resistir al dolor sin acelerar el paso....

¡Cuántas ideas y cuántos sentimientos, embrionarios algunos, hechos los otros, pero todos generosos, altos, blancos, palpitaban en aquellos dos órganos del incivil y rudo Gordillo! Y entre ellos, oculto celosamente por su autor, uno en que se mezclaba tenazmente la visión de una niña pálida, anémica, enfermiza, que carecía de grandes atractivos personales, pero que Gordillo presumía que los tenía excelsos en el orden moral; pobre niña ilusionada por una apariencia, y que locamente enamorada de aquélla, no habría vacilado en sacrificar la existencia misma!

Por eso era que, en muchas noches, el boycoteado aquel de todos los frívolos de la casona, seguía anhelante, detrás de la puerta vidriera de su habitación, las melancólicas notas que vibraba un piano de la misma casa, arrancadas por manos que querían traducir hondas ternuras:

—¿Cómo se llamará eso tan bonito que está tocando?—se decía, mientras la artista al tocar y queriendo infundir su alma toda en cada nota, con el recuerdo en otro, pensaba a su vez:

—¿Me estará oyendo? ¿Se fijará en lo que toco y en que lo toco para él?

Gordillo sabía bien que ese otro era Andrade; mas en vez de sentir celos, sentía infinita piedad para aquella niña, la «Corchea,» y conmiseración para su propio amor que tan alto había puesto los ojos. ¿Qué amaba ella en Andrade? Lo frívolo, lo casquivano, la apariencia; al mozalbete bien parecido, de seductora apostura; al galán de fácil palabra y de sugestivas maneras; y había que concederle la razón, porque era lo indicado que amara una niña como ella y no al rudo obrero de manazas recias, de modales bastos, de pocas palabras y sin aderezo, de apariencia tosca como él era......

—Me han dicho, señor Garay, que siempre aceptó usted el empleo ese..... ¿Se va usted entonces para aquellos rumbos lejanos?

—¿Y qué he de hacer, señor Gordillo, si ya el hambre me llegó a los «aparejos?» ¡Ya no tengo qué empeñar!.... ¡Ya no tengo qué vender! ¡Capitulo y me marcho! ¡Ay! ¡Cómo fuí a dejar mis libros! ¡Tan bonitos, tan limpios.... tan bien llevados!

—Y ¿se lleva usted a la familia?

—¡Imposible! Mi mujer es incapaz de irse conmigo a pasar fatigas. Mi hija mayor se me moriría en tierra caliente; la otra está muy chica. Y el «chamaco,» en vez de ayudarme, me serviría de estorbo......

—¿Y cómo los deja usted?

—¡A la buena de Dios!

—No, que tiene usted un amigo.... Ya sabe que si en algo puedo serle útil......

—¡Gracias, muchas gracias! Sé que no me lo dice de cumplimiento..... Usted me hará favor de ver por ellas en lo que pueda...... ¡Yo le escribiré de allá! Para algo es usted el hombre más serio y correcto de la casa......

—No lo crea..... pero en fin, cuando quiero ser-

vir, me gusta hacerlo de veras, y con usted quiero hacerlo.

Y el pobre viejo Garaicochea, estrechó conmovido la mano de Gordillo, recordando aquella formal promesa, cuando se despidió de él para marchar a su remoto destino, alicaídas todas las ilusiones que en mala hora acariciara ante las instigaciones de su consorte, que no fué para verter sino lágrimas nones al verlo partir, y sin llegar a tres, mientras que las Corcheítas, anegadas en llanto, le decían:

—¡Ay, papacito! ¡Nos parece que te mueres y que ya no te volveremos a ver!

Comentando el desengañado Barbedillo aquel viaje, con Gordillo, le decía:

—¡Pobre Garaicochea! ¡Qué iniquidad! ¡Es un derrotado de la suerte!...... ¡Qué iniquidades las que se cometen, Gordillo!

—Rectifique usted, don Taco. No es un derrotado. Es una de tantas víctimas, como muchas que hemos de ver, de estos espejismos y de estas alucinaciones producto de la «bola,» que hace a muchos echarse a la aventura cuando no nacieron para ella, precisamente porque son honrados.... Si Garay fuera un derrotado, habría que convenir en que Tenorio es un triunfador, cuando lo único que es un sinvergüenza de órdago!

—Puede que tenga usted razón....

Para «derrotados» él, Barbedillo, que lo había sido, e ignominiosamente, teniendo, para más, que aceptar la odiosa presencia de su contrincante en la misma casona, y que verlo distribuyendo protectoras sonrisas, que él debió ser quien distribuyera a todos aquellos aduladores que ahora lo saludaban respetuosamente, cuando él, con aire mayestático, bajaba la escalera rumbo a la calle. («El Sol que nace,» lo había bautizado Tafolla.)

—¿Tan temprano a la calle, señor diputado?—le preguntaba Chaneque.

—Sí, tengo que ir al Ministerio antes de que entre Pino Suárez al acuerdo. (Pingarrón estaba, pues, al tú por tú con el Presidente del Senado, Ministro de Instrucción y Vicepresidente de la República, nada menos.)

—¡Aaaah!

Otras veces era Orbezo el interlocutor:

—¡Cuánto gusto de ver a su señoría! Hoy se ha retrasado......

—Sí.... me ha quitado mucho tiempo eso de las credenciales de los «colegas» que estoy arreglando con Gustavo. (Gustavo era el hermano del Presidente y el factótum de la situación, según pública creencia que aseguraba que era él quien positivamente y dentro de bastidores «ponía y quitaba.»)

En cambio, Demóstenes, instigado por Barbedillo, se había propuesto hacer la «mosca» con el flamante diputado, poniéndole trampas.

—Pooor supuuuesto que ya tendrá usted pasartido a qué peeertenecer en la Caaámara.....

—Es prematuro todavía.

—Sí, y al fin y al caaabo, como allá va a habeeer de tooodo, como en bootica, ya se podrá escoger. ¿Será usted caaatólico?

—¡Bah! No me inclino mucho a ese lado.... Son pocos y tímidos. No contarán gran cosa.

—Eeeentonces será usted «reeenovador».... Esos van a ser los meeeros «peeetateros»....

—¡Quién sabe! No dejo de tener simpatías por ellos.. ...

—¡Seeeguro! Es el lado de la caaargada....

—A mí me tiene sin cuidado eso! ¡No sea usted niño! Yo estaré con el Gobierno, siempre que no vaya contra los intereses del pueblo.

—¡Peeero no estará usted con el pupupueblo, cuando haya que ir contra los intereses del Gobierno!

—¿Y por qué no? Todo depende de circunstancias......

Y de aquellas ambigüedades nadie sacaba al ilustre Pingarrón.

«¡Punta de beocios!» ¡Cómo pierden el tiempo creyendo en tonterías tales como problemas agrarios y obreros, legislaciones protectoras del trabajo, amor por el bien público y honradez administrativa!—se decía. Para él la política sólo era una palanca, uno de cuyos extremos tenía que descansar en la Tesorería de la Nación. A la espalda escrúpulos, y nada de divagaciones si se quería llegar a una meta como la que él pretendía.

Ya en la curul, no era él quien necesitaba del Ministro que lo había hecho diputado, sino aquél de él; y si lo necesitaba, nada más justo que cobrar, y bien, hasta el más insignificante servicio. La vida tiene pocas oportunidades, y puesto que a él se le había presentado una, lo indicado era sacarle todo el jugo posible a la «ancheta.» Y el que viniera atrás que arreara.... Honradez, verdad, justicia, discciplina política, y demás zarandajas, sólo eran hipocresías, con las que había de revestir las finalidades perseguidas. Y si el pueblo era el padecedor con tales cosas...... que se fastidiara! Lo urgente era tener plumas propias en alas propias, y buscar el ir para arriba sin pararse en obstáculos, que el fin justifica los medios.

¿Qué se necesitaba para ello? Audacia, mucha audacia, y siempre audacia. Adquirir, en una piratería valiente, reputación de saber y de habilidad; tener el cinismo bastante para engañar a multitudes e imponerse a espíritus apocados, haciéndose

pasar como una inteligencia superior y una ilustración formidable.... Y en ocasiones, cuando fuera menester, saber «flexibilizarse» como decía Barbedillo; tener la agilidad ecuestre del buen político; saber usar de la lisonja; hacer de la abyección, mérito..... Cuestión todo de espinazo y de lengua. Y él sentía que espinazo y lengua suyos, responderían dócilmente!

¿Todo para qué? Por el poder, para la riqueza.... La Patria era una señora digna de atenciones, sin duda; pero que debería quedar un poco atrás en el programa.

Para entrar al Congreso, dado como estaban las cosas, había que ser gobiernista; para no salir de él si no era para ir hacia arriba, había que ser oposicionista. En aquel Gobierno de novatos faltaban «hombres.» Y, o Madero lo llamaba pronto a una cartera ministerial, o él se haría de la cartera aun contra Madero. Táctica, formar por de pronto en las filas de los «renovadores.»

—Pingarrón—(así, con toda familiaridad) el día anterior a la «protesta» me mandará usted su frac para plancharselo. Quiero tener ese gusto....

—Gracias, Conchita..... ¡Es usted muy amable! Pero es el caso que vendrá planchado de la sastrería donde me lo están haciendo....

Y en efecto, no había faltado ya crédito, dada la credencial aprobada, para un nuevo y flamante traje de ceremonia. Pingarrón se había impuesto en toda la casona; pero en ningún «cantón» más que en el del ausente Garay, del que había hecho reino. En fuerza de verlo siempre agasajado por la «Corchea» madre, las mismas Corcheítas habían concluído por tener para él una especie de veneración inexplicable; sobre todo la Corchea, que, sin meditar el por qué de sus recelos, creía ver en Pinga-

rrón un super-hombre sólo en parte emulado por el propio Andrade.

No hubo pues, en la casona, ojos que no se abrieran con admiración para ver marcharse al señor don Austreberto, rumbo al Congreso, en la tarde del día dé «la protesta.» Pingarrón descendió de su cubículo hasta la calle, soberbio, arrogante; penetrado ya bien de la alteza de sus funciones; vistiendo el impecable frac; calando un sombrero blando que hubiera dado envida a Menchaquita, y llevando al brazo el lujoso Macferlan, para subir en el expléndido automóvil alquilón (seis pesos la hora. – Paradero de la Alameda), que lo esperaba ya en la puerta de la calle. El ruido de la máquina al comenzar a moverse no fué bastante para ahogar el que produjera el hondo y sincero suspiro lanzado por el derrotado Barbedillo.... Él debió haber sido el de aquella muda ovación al haberse cumplido fiel y debidamente la sacramental promesa revolucionaria del Plan de San Luis, de «Sufragio efectivo y No reelección!»

Pocos días más y el imperio de Pingarrón se afirmó de tal modo que se hizo incontrastable, y su figura se agigantó hasta lo infinito. Y cómo no, si diariamente y en todos los rotativos el nombre del diputado no dejaba de figurar? No había comisión, debate, y demás relacionados con el Poder Legislativo, en los que el activo diputado no tuviera algo que ver. Y fué así como una simple recomendación suya bastó para incrustar en la casona un nuevo personaje con el que, de consuno y más tarde, había de proyectar la más seria amenaza contra aquélla.

Fué el caso que por entonces holgó una de las mejores viviendas del interior en el piso bajo, dando lugar para que Filo, la portera, ejerciera una de sus

más interesantes funciones: la de colgar en la puerta de la calle la hojadelata aquella con la inscripción: «Vivienda vacía.»

Y en una de las próximas tardes en la que Barbedillo y Orbezo departían acaloradamente en el patio, divergiendo ahora de opiniones, pues mientras el muy truhan del Mayor se convertía a la nueva secta, por mor de la pensioncita asegurada y de la concesión aquella del «changarrito» en el cuartel, don Taco apostaba paulatinamente por mor de la derrota electoral, se presentó el futuro ocupante de la vivienda, estrafalario tipo por cierto.

Era él todo un Hércules en la apariencia: ancho de hombros; corto de testuz; pelirrojo, dejando asomar las crenchas del cabello por debajo de las alas del sombrero de amplia falda; cejijunto; malencarado y de voz imperativa y nasal acento.

—¿Quién es el encargado de la casa?—preguntó sin más miramientos.

Atufóse don Taco con aquella súbita pregunta que estimó descortés, y respondió en mal tono:

—Yo soy el dueño. ¿Qué quiere?

—Ver la vivienda desocupada.

Midiólo Barbedillo de pies a cabeza, desconfiadamente, y al ver sus trazas poco católicas le dijo:

—Gana veinticinco pesos, renta adelantada.

—Si los vale, los pago; por eso quiero verla.

—¡Filo, enséñale a este señor el número cuatro.... ¡Pase a verla!

Alejóse el hombre y Orbezo comentó:

—¡Oiga! ¡Qué maneras se gasta el sujeto ese! ¡Parece repartidor de pulques!

—Y es, de seguro, un ordinario......

—Se me hace que sería mal inquilino....

—No me gusta tampoco.... Por eso le he pedido

lo que le he pedido de renta.... ¡Qué va a tener para pagarla!

Poco, de seguro, tuvo que husmearle a la vivienda el aludido, porque casi en esos momentos regresó.

—Me conviene la vivienda; me quedo con ella.

—Pero ¿oyó usted que vale veinticinco pesos, renta adelantada y mes en depósito?

—Aquí están; deme el contrato y las llaves.

Y el mastín aquel sacó de las profundidades de una cartera, extraída a su vez de las profundidades de una bolsa de pecho, un sucio billete de banco de a cincuenta duros que alargó a Barbedillo, el que lo recibió no sin cierta desconfianza.

—Antes de cerrar trato, necesito saber algunas cosas. ¿Es usted casado por un casual?

—Ni por un casual, ni por el cura, ni por el juez, porque yo no transijo con el matrimonio.

—¡Ah, vaya! Entonces carece usted de familia?

—Tengo por familia a la humanidad.

Asombro de Orbezo, que comenzó a creer que se las habían con un prójimo que no andaba bien de la sesera.

—¿No será usted entonces mexicano?

—Yo tengo por patria el universo....

—Hombre, hombre.... ¡Es curioso! ¿Qué gobierno es el de usted entonces?

—¿El mío? ¡Pues el mío! Y basta ya, porque no tengo por qué estar satisfaciendo impertinencias para alquilar una vivienda....

—No son impertinencias. Son requisitos, porque yo no alquilo a familias que no sean de estricta moralidad.

—Pues aprenderán sus inquilinos algo de mí, porque yo soy todo humanidad, concordia y amor a la justicia....

—¡Vaya! Ya eso es algo.... ¿Tiene usted niños?

—Tengo dos hijos adoptivos. «Progreso» y «Democracia.»

Estupefacción de Orbezo.

—Pero.... ¡Esos no son nombres de cristianos!

—¡Ni falta que hace! Los he bautizado yo, simbólicamente.

—Pero.... ¿no es usted católico?

—El aviso de la puerta no dice que la vivienda se alquile sólo a católicos.

—Bueno.... no se impaciente usted. ¿A nombre de quién extiendo el recibo?

—A nombre de Jim Rémington.

—¡Cáspita! ¡Vaya un nombre!

—¿También es preciso apellidarse López o Pérez para ser inquilino de esta casa?

—Seguramente que no.... Ahora, sólo desearía, porque esto lo exigen los reglamentos de policía, que me dijera usted a qué se dedica, o en qué se ocupa.

—Siembro.

—¡Ah, vamos! Es usted un agricultor....

—Como usted quiera; yo siembro....

Aquello acabó de desconcertar a Barbedillo que, como Orbezo, se creyó frente a un escapado de la casa de orates, por lo que trató de no tener en la casa tal huésped.

—Pues amigo, lo siento, pero debo decirle, ahora que recuerdo, que la vivienda estaba ya comprometida....

—No puede ser exacto, porque a mí no me engaña el señor diputado Pingarrón, que me dió para usted esta tarjeta.

Y alargó a Barbedillo una aristocrática cartulina, muy distinta de las de a peso el ciento, con la leyenda:—«Austreberto Pingarrón, Diputado a la XXVI

Legislatura» —y la cual surtió un efecto maravilloso, pues el vividor de Barbedillo, aunque derrotado contrincante de Pingarrón, no se daba con una piedra en los dientes y pensó desde luego que, atendiendo a la recomendación del diputado, ya podría tratar de obtener alguna para él.

—¡Ah! ¿Con que es usted un recomendado del amigo Pingarrón? Haberlo dicho antes, hombre de Dios! Queda por usted la vivienda, amigo Wáshington, digo Rémington, y toda la casa a su disposición....

—Gracias. ¿Cuándo me dará las llaves?

—Incontinenti, ¡Filoooo! Entrégale las llaves de la cuatro al señor, que es el nuevo inquilino; dale llave del zaguán; asea bien la vivienda, y ya lo sabes; me lo tratas como si fuera yo mismo......

Filo, midiendo de pies a cabeza al recién llegado, no lo encontró por cierto de su agrado. Sintió por él instintiva repugnancia.

Y fué así cómo el señor Rémington, acarreando con él más que mubles, misteriosos cajones, cacharros, botijos, frascos y hornillos, a la par de sus dos crías adoptivas, que eran por cierto dos escuetos desmedrados y tristones muchachos, se instaló en la casona de la calle de las Moras.

Cuando el vecindario se percató de aquel utilerío de Rémington, se dió con fervor a la sabrosa conjetura.

—Para mí que es un químico industrial—decía Barbedillo.

—Yo creo que es un astrólogo alquimista—observó la sandia Paca Otamendi.

—Yo creo que es metalurgista ensayador—dijo la «Corchea» madre.

—Pupupues paaara mí que es el cooompadre del

«Baateo,» concluyó Demóstenes aludiendo al bien conocido personaje de la zarzuelilla así llamada.

—Por prooontas diligencias queeeda cataloooga-do como «Rémington and Sons» — agregó en su eterna manía de dar nombres ingleses a todas las cosas y por lo que llamaba a las Menchaca «Menchaca sisters.»

Estas, que habían observado atentamente al nuevo inquilino, no habían podido, a pesar de toda su suspicacia, identificarlo, ni saber quién era, ni de dónde venía; pero con su instinto aquél, fino como el del sabueso que en el aire percibe la huella de la pieza, concluyeron sentenciosamente:

—Si no se sabe quién es, debe concluirse que es mala gente hasta tanto que no demuestre lo contrario ¿no te parece Locha?

—Sí.... es «chocante» el nombre que tiene.....

CAPITULO VIII

Las grietas de la casona

—Quiiiico, hermano—decíale Tafolla a Andrade en una de las veladas consagradas al estudio, allá en la «República,» en vista de la proximidad de los exámenes.—Si no le «atooooras» recio a los teeeextos, te «truenan» en los exámenes......

—Me «pa»—agregaba sentenciosamente el «Capulín» que, dándole una tregua a sus funciones periodísticas, se había consagrado a los libros de nueva cuenta, con el tesón con que él sabía hacerlo, y en vista de la inminencia de perder la beca por un fracaso. No por algo corría el mes de octubre de 1912.

Mas Andrade, sordo a tales advertencias y abandonando sin voluntad, pero sin resistencias, sus antiguas buenas costumbres estudiantiles, displicente, taciturno y perdido el humor de antes, sentía «murria» para tomar un libro, prefiriendo tumbarse a la bartola en su cama, en aquella su postura favorita; con las manos enclavijadas en la nuca y los ojos fijos en el techo, y soñar, soñar así empedernidamente. Nada más que ahora, más que sueños,

eran visiones y presagios los que le asaltaban el cerebro, aun cuando tuviera bien abiertas las pupilas.

Su taciturnidad tenía más de un por qué. A su entender sobrábale razón para estar en aquella flacidez de espíritu; para sufrir aquellos momentos de soporoso tedio, de aburrimiento, de abulia, y dejar que el alma se perdiera en la vaguedad de una penumbra consoladora en la que pensando en todo no pensaba en nada.

En primer lugar, lo de siempre: aquella Chayo adorada que lo traía loco; en cuyos ojos negros había creído ver llamear el amor prendido por él; en cuya boca de jugosos y rojos labios que había oprimido con la suya; en cuyas abundantes y nudosas crenchas había deslizado sus dedos con rara fruición y en cuyas carnes mórbidas, de dulce elasticidad a la presión de sus manos y sus abrazos había gozado sintiendo cómo se transmitían a la suya su calor y su perfume.... todo aquel conjunto hermoso, codiciado, locamente engendrador de cálidos deseos y de briosas ilusiones; aquella novia que despertaba en todos admiración y en él el orgullo de ser el preferido; aquella belleza que él había imaginado sólo suya, porque él la había animado, nueva Galatea, con su verbo lleno de seducciones y sus caricias llenas de efusión, sentía que se le escapaba, que se alejaba cada vez de él, que la perdía! Y no se resignaba a tal desventura, no: la defendería bravamente, aun a costa de su sangre, con el mismo fiero brío con que el hombre de las cavernas, allá en las edades primitivas, defendía a su hembra contra todo y contra todos!

Después, lo abrumaba aquel desengaño prematuro, aquella decepción amarga experimentados en sus ensueños revolucionarios. Él no era un despechado por el vil interés como Barbedillo. No lo ha-

bía guiado jamás el afán de medro; no quería otra cosa que la legítima conquista de la notoriedad bien ganada, al poner al servicio de lo que reputaba la buena causa, intelecto y corazón. Mas, en su humildad de átomo que por afinidades se une a cierto cuerpo; en su insignificancia de infusorio coralígeno que añade en la colonia un pobre grano a la estructura, sabía sentir profundamente, como no podrían sentirlas los otros, los que laboraban por interés bastardo, aquellas amarguras y decepciones.

Llegaba, al recapacitar sobre aquello, a la conclusión de que, en más de un año de gobierno, pues realmente Madero había comenzado a gobernar desde la caída de Díaz, no había hecho nada para cumplir el programa revolucionario y sí había hecho mucho en contra del afianzamiento de la paz, del crédito y de la evolución progresiva de México.

Políticamente había cometido un error al no haber gobernado con los suyos, con los de las ideas de la revolución (porque con los suyos, de su familia sí que había gobernado) ya fueran los civiles o los militares. Y era así como se había captado la enemistad de los «renovadores» que en el fondo lo tachaban de desleal, así fuera porque no habían podido «renovar» los exiguos capitalitos ni logrado atrapar una sola cartera ministerial.

En la imposición de Pino Suárez para la Vicepresidencia de la República, había revelado su poco respeto para el sufragio, lábaro del que había usado en la revolución: y lo había confirmado en las maniobras electorales y postelectorales de diputados y senadores, que en una gran mayoría habían sido electos por consigna.

Económicamente, sobre haberse despilfarrado los setenta y dos millones de pesos dejados en las arcas del Tesoro nacional por Díaz, se habían contraído

empréstitos por otros ochenta millones de pesos—que ya estaban casi agotados,—y aun se hablaba de uno nuevo por cien millones más. Se murmuraba de cheques de más de medio millón, pagados sin comprobante alguno.

En otro orden de cosas, el desartillamiento del puerto de Salina Cruz, atalaya del Istmo, había sido desfavorablemente interpretado y se atribuía a una casi traición para la Patria, en el «parti pris» que la mayoría de la opinión tenía ya de que Madero era un ciego instrumento de los americanos. El Ejército estaba resentido: las preferencias a los «irregulares» eran cada vez más notorias.

Y en cambio de todo aquello ¿se había formalizado siquiera el problema agrario? ¿Se habían extirpado los abusos del poder subalterno y modificado siquiera, ya que no extinguido las odiosas Jefaturas Políticas? ¿Se había moralizado la administración de Justicia? ¿Se había respetado la soberanía de los Estados, dejándolos elegir a sus Gobernadores sin trabas, y no invadiéndoles sus fueros? ¿Se habían modificado los planes de la Instrucción para hacerla más extensa? ¿Se habían devuelto a los pueblos, aun de los propios contornos de México, sus terrenos? ¿Se había legislado en favor del obrero? ¿Se habían hecho independientes, política y económicamente a los Municipios? ¿Qué se había hecho? ¡Nada!

¿Cómo se había cumplido el decantado «Plan de San Luis? En ninguna forma.... ¿Qué había ganado, pues, la nación con la revuelta? Nada, salvo vivir desconfiada de la paz y remover los rescoldos de malos instintos que parecían extinguidos, de hacer de las revoluciones medios de lucro. ¿En dónde estaba el «apostolado» de Madero? ¡En una patente apostasía!

¿Cómo había aprovechado aquel hombre las excepcionales sonrisas que la fortuna política le prodigara con una inmensa popularidad, con partidarios fervientes, con la buena voluntad de la inmensa mayoría, con todo cuanto podía hacerle fácil la pesada tarea? Disgregando, dividiendo, mariposeando, despilfarrando, obsesionado con el espejismo de una inagotable popularidad, que haría soportable todo cuanto de él viniera, así fuera la misma dictadura, ejercida despreocupadamente! Alejando de su lado a los buenos elementos; exhaustando el Tesoro; coqueteando con Zapata en Morelos y alardeando de tener esclavizada a la suerte servilmente! Tal parecía que tratara de ser el más infatigable artífice de su ruina, que era acaso la ruina nacional!

Argüir que no había habido tiempo para reformas, era pobre argumento; por lo menos, para algo lo había habido. Lo que pasaba, era que Madero, hábil y tesonero como revolucionario teórico, había resultado un gobernante mediocre, ya por falta de intelecto cultivado para la función, ya por carencia de carácter y de visualidad clara, ya por volubilidad de principios, por indolencia, por impresionismo, por lo que fuera, que para el caso todo era lo mismo: camino para ir hacia el fracaso.

Pensar en aquello desesperaba a Andrade. Mataba lentamente en flor sus ilusiones de revolucionario de principios. La santa revolución, la gran revolución..... sólo había servido para la substitución de una docena, de tres docenas de hombres, por otros acaso peores; pero no para la substitución de los métodos. Y el fruto estaba allí, en derredor.... En Mandujano, zapatista por inmerecidos agravios. En Tajonar, lastimado injustamente por su fuero. En Tonorio, exaltado y ungido, cuando sólo era

un «pinacate.» En Chaneque, mareado con una falsa posición y una auréola inmerecidas, siendo sólo un «firmón.» En Pingarrón, aquel «vividor» elevado a una curul, desde la que, en vez de agradecer, conspiraría. En el infeliz Garay, desterrado. En Barbedillo, «zarapeado» en las elecciones. En Orbezo, prostituído en sus antiguos cultos. ¡En todo! Como en el conjunto mismo estaba en tanta esperanza defraudada, en tanta idea noble marchita, en tanta mentira vestida oropelescamente de verdad, y en tanta verdad catalogada ya repugnantemente como mentira!

¿Había entonces que concederle la razón a la opinión, que comenzaba ya a divorciarse tornadizamente de Madero, murmurando y maldiciendo de él? ¿Había que dársela al pueblo, que rápidamente se resfriaba en sus entusiasmos nada más de ayer? ¿Al capital, que se retraía desconfiado y suspicaz, asegurando que «aquello» no había acabado? ¿A los laborantistas políticos, que sin misterios ni reparos presagiaban ya la caída ruidosa de aquel régimen y del ídolo de ayer, por las congénitas incapacidades de ambos?

—¡Bah! Fe, mucha fe en el porvenir!—decíase Quico.—El hombre no es nada. Los principios lo son todo!

Lo que equivalía a adelantar por dos o tres siglos el reloj de la sindéresis humana, porque hoy, como ayer, cuando los hombres que saben mandar lo quieren, los principios les caben en el hueco de una carie molar.

Lo cierto, al final de cuentas, era que, así como Barbedillo no quería darse cuenta de que las solapadas grietas que abriera el temblor en la casona, y mal encubiertas por el superficial enjabelgado, tornábanse a abrir más anchas y más profundas, el

Gobierno tampoco se la daba que las abiertas por la revolución en la estructura nacional se ensanchaban más y más amenazadoras y más serias.....

Las codicias, las innobles codicias, sobre todo, eran las peores. Cada ambición no saciada, cada deseo no satisfecho, cada pretensión no ahita hasta el regüeldo, eran incentivo y lastre, combustible y fermento para urdir el ataque contra el orden establecido. Tenorio, anónimo hasta ayer, repudiaba el ser capitán, y tal vez ahora mismo ya no se sentiría satisfecho con ser coronel. El insigne Pingarrón, inédito hasta el día anterior, no se conformaba ya con la curul y aspiraba al Ministerio. Chita Garay, quería una corona de princesa! Chayo, los millones de un nabab. Chaneque, el Gobierno de su Estado natal. Hasta Rémington, aquel vecino de la planta baja, había insinuado a Barbedillo su deseo de llegar a ser él el dueño de la casona, si le «cuajaba» algún negocio que entre manos se traía...... Eso sí, tendría que vendérsela barata, bien barata, porque él no compraba nunca caro.

—¿Han visto ustedes un pelagatos más pretencioso?—decía Barbedillo en la diurna plática.—¡Qué se la he de vender barata! En primer lugar, que no pienso en venderla. Y en segundo, que, por muy malos que estén los tiempos, no por eso me ha de coger ahorcado......

—Usted habla de lo malo de los tiempos por sport, don Taco—decíale Chaneque. Malos, malos y tiene usted la casa llena y las rentas en la bolsa.

—¡Y pare usted de contar! ¿Usted cree que yo debo conformarme con eso?

—¡Pues ingéniese y búsquese algo más!

—Es que yo no les caigo bien y no me aceptan.... ¡Como yo no sé flexibilizarme!

—Pues búsquelo fuera de la política....

—No me agrada. Yo necesito algo en ella, que rinda bien con poco trabajo.

—¡Ahí es nada! Entonces, ya puede esperar sentado......

—Se equivoca usted. Una poca de paciencia y nada más, porque lo que es *esto* se derrumba sin remedio!

—¡Adios! ¿Y cómo lo sabe usted?

—No averigüe. Cuca Otamendi es de mi opinión.

—¿Pero en qué se fundan?

—¡Pues en eso, hombre, en eso! Ya Madero perdió su popularidad..... (Madero a secas, sin el patronímico respetuoso.) Y en que hay rebeldes en Chihuahua y en Morelos y en Oaxaca....

—¡Usted sueña, don Taco! El Gobierno está fuerte. *Somos* bastante potentes para no consentir asonadas! ¡Todo está en calma!...... Tan es así, que mañana salgo con otros compañeros para una jira de propaganda....

El que así hablaba era Chaneque, gobiernista enragé.

—Pues apúntese en su librito que el «chaparro» se cae.... Se cae del mecate sin remedio....

* * *

Las que pasó el pobre «Capulín» en aquella «jira» de propaganda!

Porque, en efecto, salió de México en unión de dos compañeros de prensa, al día siguiente y rumbo a lejanos distritos del Estado de *** Y ahí fué el correr aventuras (en la lata acepción del verbo correr) y el hacer «aguas fuertes» y bocetos de pinturas, que con el tiempo se mejorarían y que hubo de ver, fuera de otra clase de aguas que, si no vió,

sí sintió en los pantalones, en los tenesmos del terror.

Hechos unas pascuas y bien provistos de fondos ministrados por una caja misteriosa que acudía a todos los gastos de índole semejante, salieron él y sus cofrades, rumbo a la histórica Morelia, muellemente arrastrados en el carro Pullman del ferrocarril, en el que hicieron sus cuentos con «punta,» libaron sus cognaquitos y echaron algunas manos de poker, hasta que el sueño los rindió, amaneciendo al otro día en la ciudad de los «ates» y de los buenos repollos.

Cuidóse bien el ladino Gobernador del Estado, a quien por ceremonia hubieron de visitar, de manifestarles los peligros de la excursión aquella. ¿Cómo hacerlo si el Estado todo gozaba de la más absoluta calma, en los diarios partes oficiales que comunicaban al Centro, que reinaba la paz? Allá los excursionistas que se las compusieran como Dios les diera a entender! Y por eso que confiados y bullangueros, siguieron aquéllos adelante.

Comenzaron los recelos y zozobras cuando, a bordo del tren del ramal de Maravatío oyeron hablar a los demás pasajeros de las veces en las que los «alzados» habían «parado» el tren y lo habían «balaceado».... ¿Sería posible tal cosa?

—Perdone usted—preguntó Chaneque a uno de los pasajeros—¿es exacto que hay rebeldes por estos rumbos y que paran el tren?

—¡A veces.... pero no siempre!

—¿Y qué lo «balacean?»

—Sucede.... pero no siempre.

—Dicen que lo dejan a uno con cueros vivos o frío de cinco balazos....

—En ocasiones, pero no siempre....

—Pues.... ¡he salido de dudas! Bueno, y ¿cree

usted que ahora nos toque la de «a veces» o la de «siempre?»

—Pues ¡quién sabe! Por ahí «anda» la partida de «Tinajero»....

Chaneque atribuyó el retortijón que súbitamente sintió, a aquel endiablado «escabeche» de lata que había comido en el hotel. Y como resultado de aquella inquisitiva, cesaron los cuentecitos de punta, se guardó la baraja, apuróse un cognac «doble» y los de la jira entraron en muda.

Sin embargo, el tren seguía caminando velozmente, dejando a sus flancos risueñas haciendas, verdes sementeras y alguno que otro arbolado, con lo que nuestros peregrinos iban recobrando poco a poco el ánimo; mas ocurriósele al «ciceronne» aquel, advertirles oficiosamente: «¡Ya mero llegamos a los lugares malos!».... con lo que bastó para que el retortijón de Chaneque se contagiara a sus compañeros.

—Oiga, Alfarito (Chaneque a un compañero), ahí le devuelvo la pistola que me prestó....

—(Alfarito rehusándola) ¿Pistola? ¡Si yo no le he prestado nada!

—Y.... dispense usted, señor. Si se llega uno a encontrar con esos.... sujetos ¿qué hay qué hacer?

—Pus por prontas diligencias *asorrillarse*, porque «avientan» sus plomazos, y a luego, pos darles el dinero que se pueda......

—(Alfarito a Chaneque) Oiga Chaneque, favor de guardarme estos «mugrosos» (billetes de banco).

—Lo siento, pero no tengo dónde....

Automáticamente los billetes, los pesos fuertes, los tostones y demás objetos de valor, desaparecieron en el fondo de los zapatos, en las pretinas de los pantalones y en toda resquicio a propósito de la indumentaria de Chaneque y socios, que por pruden-

cia se quedaron con «algo suelto» para satisfacer las exigencias, en dado caso, de aquellos tímidos rebeldes.

—¡Malditos latrofacciosos! ¡Se llaman rebeldes y no son más que bandidos!

—¡Igual que los de ayer y los de mañana, colega! Frutas del mismo árbol......

—¡Hombre, no diga usted esa herejía! *Nosotros* éramos honrados....

En estos dimes y diretes estaban los excursionistas, cuando el tren se puso a traquetear violentamente como si en vez de correr sobre rieles, caminara sobre piedras, hasta que concluyó por pararse bruscamente, a tiempo que se escuchaban intermitentes disparos de fusil, seguidos de un estentóreo:

—¡Azorrillense jijos de la.... que aquí están los de Tinajero!—Mezclado todo con el estrépito del cristal de alguna ventanilla rota por un balazo, los gritos de las mujeres asustadas, las invocaciones a los más notables abogados de la Corte celestial, etc.

—¡Mi última hora!—se dijo el «Capulín» tirándose de barriga entre dos de los asientos del coche.

¿Cuánto duró en la incómoda posición de un adorador de Budha? Para él, siglos; para el reloj, medio minuto que transcurrió hasta que, a la más noble parte de su cuerpo, bien colocada para el caso, arrimara un soberbio puntapié uno de los de Tinajero diciéndole:

—*¡Alevántese roto!*

Chaneque se hubiera hecho de buena gana el muerto; pero temió serlo efectivamente si no se incorporaba y lo hizo.

—¡A ver! ¡Conteste! ¿Usted qué es?

—¿Yo? Oaxaqueño....

—¡No le preguntamos eso! ¿Sirve al mal Gobierno o no? (por el de Madero).

—¡Qué esperanzas! ¡Ni lo pienso!

¿Acaso todo un Pedro no había negado al Divino Maestro en menos apurado trance?

—Pues entonces grite: ¡Muera Madero!

—Hombre.... la verdad es que a mí no me gusta meterme en política......

—¡Grite o lo «tiendo!» (apuntándole al pecho el fusil).

—¡Muera Madero!—gritó el «Capulín» con la voz más estentórea que pudo.

—Bueno...... Y ahora, deme los «níkeles» que traiga....

—¡Con mucho gusto.... pero.... tenga la bondad de apuntar para otro lado!

Y hurgándose los bolsillos, alumbró hasta cinco pesos setenta y cinco centavos, que entregó al truhan aquel con temblorosa mano.

La escena del desbalijamiento obligatorio fué tan rápida como eficaz, por lo que a poco el tren pudo de nuevo ponerse en marcha, cuando los de la «jira,» turnándose en el uso de reservado sitio, se decían para sus adentros:

—¡Caramba! ¡pero qué daño me hizo el «escabeche!»

* * *

—¿Es decir que ya de aquí para adelante no se puede ir en ferrocarril?

—No, señor—contestóle el hostelero a Alfarito.—Tienen ustedes que alquilar automóvil o caballos....

—¿Qué prefiere usted Hernández?—preguntó Chaneque al otro colega.

—¡Regresarme a México!

—Ojalá, pero.... ¡ni modo! ¡figúrese qué ridículo! ¡Qué dirían de nosotros! Cortábamos la carrera con seguridad....

—¡Pues prefiero cortar aquélla a que nos corten ésta con las existencias!

—Bueno...... diga usted (al hostelero): Y.... ¿también por ahí por donde vamos, hay alzados?

—¡Como *niguas!* La partida de Rubalcabas, la del tuerto Matías, la del «Tigrillo» y otras......

—¿En manos de cuál quedaremos? fué la general interrogación «in-pectore.»

—Y.... ¿qué hacen? ¿Qué hacen con uno?

—Pus.... hay que darles plata para salir bien de sus manos.... La del tuerto es la peor.... Las otras más que nada vuelan trenes; pero no matan gentes....

—¿Y las gentes que van en los trenes?

—¡Esos se mueren en la «volada» que es otra cosa!

Los calosfríos del «escabeche,» recorrían los cuerpos de los espantados excursionistas.

—Pondremos un telegrama a México explicando la situación—propuso Alfaro.

—¡Excelente idea!

Y el telegrama se puso acentuando todavía más los peligros corridos y los en perspectiva, en calidad de «urgente.» Mas la desconsoladora respuesta no se hizo esperar. «No era cierto que hubiera tales rebeldes; aquel mismo día, el periódico publicaba un extenso telegrama del Gobernador del Estado, asegurando que la paz reinaba en aquél; y el «Diario» oficial de la Federación, aseguraba lo mismo; tales fuentes de información no podían mentir; todo era cuestión de cobardía inexplicable en unos redactores de «El Nuevo Credo,» etc.

—Pues ¡ni remedio! Adelante.... ¿Qué escogemos entoncos, auto o caballo?

—El auto, que corre más.... —Y la provisión de cognac se substituyó por otra abundante de «cocimiento blanco.» ¡Les había hecho un daño feroz el escabeche aquel!

Salvando baches y brincando piedras, avanzaba a poco el automóvil por plena campiña, exornada de cactus y «pirús» cuando, ya bien lejos de poblado, divisaron sus tripulantes un par de ginetes en escuetos «pencos matalotes» o sean huesudos caballos trotadores.

—Esos deben ser dos desperdigados de la partida de Matías—observó el chauffeur, buen conocedor, a fuerza de duras prácticas, de los colores y divisas de las abundantes ganaderías revolucionarias.

—¡Partida al canto! Oiga chauffeur: ¿qué no pudiéramos evitar tan poco agradables encuentros?

—No tengan cuidado...... Esos son desperdigados y no hacen nada.

Llegaron a estar a la misma altura ginetes y automóvil, y Chaneque y sus acompañantes fueron desagradablemente sorprendidos por un formidable grito de:

—¡Alto ahí! ¿Quién vive? A tiempo en que los sujetos aquellos «arrancando» los caballos hasta venir a «rayarlos» en las portezuelas mismas del coche, apuntaban a los indefensos pechos de los excursionistas dos sendos cañones de rifle. Pero lo que más les sorprendió, fué el estrafalario aspecto de los nuevos asaltantes.

Cada sujeto de aquellos calaba un inconmensurable sombrero de palma, de descomunales alas; sucia «capulina» de gamuza; reseco pantalón de casimir «cachiruleado;» toscos zapatones de los que pendían unas espuelas de fierro de inverosímil longitud, y

en los pechos cruzadas las respectivas cananas repletas de parque libertador y democrático....; pero lo más curioso, lo sorprendente eran las cargas que llevaban, producto de los recientes «avances,» léase rapiñas, legítimo botín rebañado en el ejercicio de sus sacrosantas funciones.... Cargaba el uno, de uno de los arzones de la montura, un pavo real, cuidadosamente envuelto en un tapete, y del otro un canario en su jaula, un envoltorio de finas cortinas de punto y como media docena de zapatos de todas clases. Su adlátere llevaba, colgados de un arzón, una naveta para incienso, una mandolina con las cuerdas saltadas, unos libros dentro de una red, y del otro arzón, un gallo fino de pelea, que se daba de testerazos con un busto en yeso de don Benito Juárez!

—*¿Pa onde van?*

—A visitar a un enfermo—acertó a decir tímidamente Alfarito.

—¡Como que lo creiba! (por creía). ¿On tan las *melecinas?* (medicinas).

¡Salvadora resultó la botella de cocimiento blanco! Chaneque la esgrimió como convincente argumento.

—Bueno. Pus «cáiganse» (entreguen) con unos «fierros» (duros).

Precipitado registro de bolsillos: reunión acelerada de fondos y entrega de lo reunido a aquel par de «libertadores» de nuevo cuño, con lo que Chaneque y socios quedaron libres, pero a la vez casi sin blanca.

—Y ora griten ¡Viva Orozco!

No hubo más remedio que dar el sacrílego grito, tras el cual la marcha se continuó, rebajando los «propagandistas» de la desafortunada jira, casi a la mitad, el contenido de la botella salvadora.

—Vamos a ver si tenemos la buena suerte de no

«toparnos» con la partida del «Tuerto» que esos sí son «bragados».... —advirtió el buen chauffeur.

—¡Otra partida más! – dijo Chaneque casi desfallecido.

—Sí.... esos andan de este lado de las lomas. Los otros ya están del otro lado....

—¡Buen consuelo! ¡Nada, que estamos perdidos!

—¡Partidos por el eje! – dijo Hernández.

Y en efecto, poco menos que partidos por el tal quedaron al darse de manos a boca con la «partida» del Tuerto, que sesteaba desprevenida tras unos matorrales, y que al hacer su brusca aparición el auto, abrió sobre él graneado fuego del que salieron ilesos los tripulantes por milagro; pero no la máquina que recibió alguna bala en pleno corazón, por lo que allí quedó inutilizada.

—Jijos de la gran.... ¡«sáquense» de ahí! (bájense del coche).

Los tan amablemente recibidos, no tuvieron más remedio que abandonar el coche que hubieran querido ver convertido en aeroplano.

—Y ora «párense» no más.... dijo el feroz «Tuerto» echando lumbre como un cíclope por aquel ojo único, que se revolvía airado dentro de la roja órbita. – A ver *tiniente:* coja quince números (soldados) y «afusíleme» éstos!

El pavor, el pánico quintescenciado puso en los labios trémulos de Chaneque una tímida reclamación, que era más de una súplica medrosa:

—Pero.... ¿por qué nos van a fusilar? ¿Qué, nos van a fusilar de veras?

—¡Ora lo verán «escuintles» (perros flacos).

—Pero.... ¿por qué, hombre, si nosotros nada debemos? Somos unos infelices caminantes que nada hemos hecho......

—¡Eso lo averiguarán después! Ahora los afusilan «provisionalmente»....

—Jefe—observó el «tiniente» mientras los del pelotón de ejecución se alistaban para el acto y Chaneque y socios castañeteaban los dientes con más celeridad que auténticas castañuelas en una jota andaluza,—si los «balaceamos» vestidos, se echan a perder los «fluxes» y es lástima......

—¡Tienes razón! ¡A ver, desnúdense!......

Negáronse a ello no las voluntades, pero sí los agarrotados miembros de las víctimas, en vista de lo cual, los ejecutores los dejaron rápidamente en condición de Adanes en el Paraíso.

—Pero.... Oiga usted, Jefe.... mire, Jefecito.... ¿para qué matarnos? ¿Qué gana?

—¡No *oserve!* ¡Obedezca!

Chaneque, sintiendo que ya las balas le perforaban el cuerpo, haciendo tronar a su morena piel al rasgarla inclementes, tuvo una frase única:

—¡Si no valemos ni el parque que van a gastar!

Tal frase lo salvó.

—¡Oiga!.... ¡Pues es verdá! Son unos «jotos» infelices!..... ¡Métanles mejor cuatro «planazos» y que cojan su camino!

Ejecutóse la orden y sobre las desnudas espaldas del «Capulín,» de Alfarito y de Hernández, cayeron los machetes impíos de aquellos hombres, levantando en sus carnes gruesos cardenales.

—Y ora lárguense no más.... Y si se «aploman» los cazamos desde lejos....

—¡Sí, sí.... si ya nos vamos! Pero.... fuera usted tan amable que nos permitiera tomar unos cuantos periódicos de esos? De los que están en el automóvil.... para taparnos sabe usted?

—¡Cójalos!.... No nos sirven.... (Nadie de la par-

tida sabía leer, inclusive el «Tuerto,» no obstante su grado de coronel.)

Eran aquellos ejemplares de «El Nuevo Credo» en el que los excursionistas escribían. Con ellos desdoblados cubrieron sus desnudeces, mientras a paso veloz se alejaban en triste caravana, diciendo Chaneque amargamente:

—¡Para lo que nos está sirviendo «nuestro Credo!»

Y el periódico desdoblado, en un colmo de sarcasmo, dejaba ver en su primera plana y en gruesos caracteres: «El Gobierno ha concluído con el bandidaje en Michoacán!»

Pardeaba la tarde; habíase puesto el sol tras los cercanos cerros y la doliente caravana apresuraba el paso para llegar a poblado antes de que anocheciera, no obtante que los pies sangrantes y doloridos con los guijos del camino, apenas si osaban tocar el suelo.... Había que aprovechar los últimos claros para rendir la terrible jornada! Cabisbajos, silenciosos, tiritando de frío y tratando de protegerse de la intemperie con los periódicos iban nuestros hombres, cuando de pronto, para digno remate de tan funesta jornada, un fatídico graznar de aves sorprendidas y un batir de recias alas pesadas y numerosas los sacaron de su abstracción, haciéndoles levantar los ojos del suelo.

El espanto heló la sangre en las venas, y aun alguno de los caminantes tambaleó y cayó....

Una parvada de siniestras «áuras» acababa de levantar el vuelo de sobre un montón informe, negruzco, hediondo, en cuyo torno revoloteaba un mundo de moscas, y en el que se confundían, pudiendo apenas distinguirse, girones de ropa empapada en un líquido nauseabundo y piltrafas de carroña no engullida aún por los cuervos en su opíparo festín.... Y allá arriba, recortando fatídicamente sus siluetas ne-

gras sobre el diáfano y sereno lila del cielo crepuscular, en actitudes grotescas de monigotes de «piñata,» negros los rostros y las vestes por obra de la putrefacción creciente, untados los cabellos sobre los cráneos picoteados por las aves de rapiña, colgantes las lenguas como en un gesto estúpido, saltones los ojos cuyas córneas blanquecinas los hacían aparecer espantosamente grandes, y oscilando rítmicamente al viento de la tarde, colgaban de la «cruceta» de un poste telegráfico, los cadáveres de dos ahorcados, mientras el tercero, corroídas ya en demasía las carnes, se había desplomado para estrellarse en el duro suelo y convertirse en aquel montón informe que brindaba rica vianda a los «zopilotes» en tanto que en la cruceta había quedado, como una siniestra omega, el dogal del que había pendido!

Cadáveres de transgresores de la ley, por la ley ajusticiados en bárbara forma, o cadáveres de los defensores de la ley, ajusticiados por sus transgresores, pronto se desplomarían también.... caerían en un montón negruzco, serían pasto de las innobles aves, se blanquearían al sol sus osamentas y el viento concluiría por rodarlas desmenuzándolas, sin que hubieran podido tener cristiana sepultura ni respetos de deudos!

¡La guerra civil, la terrible guerra, iba ya abonando los campos que más tarde transformaría en Haceldama!

Chaneque, con los ojos fuera de las órbitas, enclavado en el suelo como si lo dominara una magnética atracción y en nerviosa excitación, creía ver que uno de aquellos cuerpos oscilantes, descendía poco a poco hasta él; lo envolvía en la asfixiante atmósfera de la carne podrida; lo hipnotizaba con sus fijas e inmensas pupilas; le hacía una espantosa mueca con su lengua hinchada hasta la deformidad, y abrién-

dole los brazos en un homicida abrazo, lo estrechaba y lo aplastaba con el peso de su podredumbre! Salió de su espanto cuando oyó a alguno de sus compañeros exclamar:

—¡Jesús me valga! ¡Lo que *estamos* haciendo! ¡Racimos de horca!

Entonces, dando un estridente grito, más bien un alarido, y pintado en el rostro el terror, partió corriendo como un loco en dirección al lejano caserío que apenas si se dibujaba ya en las sombras del atardecer tranquilo, por entre las verdinegras y remotas frondas....

Tres días después, la «curandera» de la hacienda de * * * reconociéndolo cariñosamente en su lecho de enfermo, mientras él desvariaba presa de altísima fiebre, con visiones macabras de trenes «volados,» de fusiles apuntados a su pecho, y de ahorcados que se balanceaban horrorosamente en interminable fila de crucetas telegráficas, decía:

—¡*Probe* niño! ¡Lo que tiene es un «tabardillo pinto» de primera *calidá!*

* * *

El 10 de octubre de 1912, cundió por la capital de la República, una noticia con la velocidad de un reguero de pólvora. Don Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, y el general José María Díaz Ordaz, Jefe del 21 batallón de infantería, de guarnición en Veracruz, se habían apoderado por sorpresa de tan importante plaza, levantándose en armas contra el Gobierno.

Aunque la pública sospecha presagiaba un movimiento revolucionario de «cualquiera» contra el Gobierno constituído, como había pasado en tiempos del Dictador, en que el «cualquierismo» había sido

la primitiva bandera, nadie se esperaba que el movimiento estallaría en punto tan importante como el primer puerto del país, y por lo tanto, la impresión fué la de que el Gobierno estaba perdido, y de ahí que desde luego la intentona contara con las simpatías de todos aquellos para quienes lo que importaba era una rebelión, un Jefe y algunos elementos para derrocar al Poder. Ya se había visto que con eso bastaba.

Y que la misma no fraguaba en el vacío, lo demostraron la sensación que por su audacia causó y el eco que produjo, sin exteriorización patente, frustrada en el ejército, lastimado y deprimido por el Presidente Madero, que no había querido ver en él un sostén de la paz, procurando captarse sus simpatías, por el prurito pecaminoso de que ese ejército no hubiera defeccionado, faltando a su más elemental deber, para unírsele en la revolución contra don Porfirio; y en el elemento civil, del que una buena parte quería la caída de Madero porque sí, en un veleidoso cambio de amo, y la otra lo deseaba, por lo menos, comprobado como estaba, que el Presidente no daba la talla para conducir a la nación por los caminos del orden.

—¿Qué hubo, Andrade? ¿No se lo decía yo a usted? No dirá que he sido mal profeta..... ¡Esto tenía que suceder de un momento a otro! ¿Qué hacer con un Gobierno de incapaces?

—¡No diga usted eso, don Taco! Diga mejor: ¿qué hacer con una nación de irrequietos?

—Féeeelix Díaz tiene razón ¡qué caaaray! Está en su dereeecho......

—¡Natural! ¡En el mismo que estuvo Madero para pronunciarse contra don Porfirio!

—¡Don Porfirio había sido electo por el fraude! ¡No era un Presidente legítimo!

—¡Si a esas vamos, Madero fué electo por el error!

—¡Los militares jamás deben ir a la rebelión! Si quieren hacerlo, que se quiten las insignias!

—¡Más criminales son los civiles que hacen revoluciones con elementos extranjeros!....

—No se cansen ustedes, señores..... Cuando alguno, en un momento de ligereza, abrió la llave de la caldera, inconsciente de la fuerza del vapor, todos aplaudimos.... Ahora no tiene capacidad para cerrarla, y todos criticamos! Lo de ayer es lo de hoy y será lo de mañana, mientras no nos convenzamos de que «unos son los que fuman y otros los que escupen».... Los mexicanos somos de los últimos, para que otros fumen....

La juiciosa observación de Gordillo fué interrumpida por la llegada del insigne Pingarrón, que venía de prisa y al parecer hondamente preocupado. Por supuesto que, puesto a tiro, la lluvia de preguntas no se hizo esperar, que no podía ser menos, tratándose de un personaje tan alto en política, y que, por lo tanto, debía estar bien informado.

—¿Qué hay, señor Pingarrón? ¿Qué nos cuenta?

Pingarrón se conformó con contestar:

—Pues..... ya saben ustedes..... lo que dicen los periódicos......

—Bueno, pero..... ¿triunfará o no la revolución?

—Pues.... la situación es delicada..... Sin embargo, los elementos..... ¿saben ustedes? En caso de complicaciones, habrá que trabajar inteligentemente......

—Bubububueno ¿pero quién gaaana?

—¿Quién ha de ser, Tafollita? ¡Poco habrá de vivir quien no lo vea!

Y el interesante personaje hizo rápido mutis, de-

jando enfrascados a sus interrogantes con los logogrifos que les había planteado.

—¿Qué tal, eh? La situación es delicada.... Claro! Eso quiere decir que el ejército está con Díaz y que se le unirá......

—¡No, hombre, ni lo diga usted! ¿No se ha fijado en que Pingarrón ha dicho que «hay elementos?»

—Eeeeso de las cocomplicaciones, quiere decir que van a venir los gringos.... ¡seguro!

—¡Y no! ¿Pues qué no te fijaste en que dijo que se trabajaría intelectualmente?

Sí: el ejército, en sus clases bajas, simpatizaba todo con el movimiento sedicioso, por su poca simpatía, no contra Madero, sino contra los «irregulares» que, para los «juanes,» no eran soldados de verdad. Inconscientemente, el novel Presidente, que creía tener esclavizado al éxito, crédulo de que contando con la emotividad popular no tenía que temer nada ni a nadie, había descuidado, o por mejor decirlo, cuidado de que aquella rivalidad latente se mantuviera, sin darse cuenta de que así, lo que hacía era fomentar dos fuerzas antagónicas, alguna de las cuales bien podría estar alguna vez en su contra. El antiguo ejército, que hasta la hora de la caída de Díaz sólo había sabido ser un organismo, una institución dócil a la disciplina y ajeno a la política, había concluído por darse cuenta de que debía contar como un factor para el hombre que quisiera tener el poder, en fuerza de que así se le había predicado, y el nuevo contingente armado, el creado por la revolución, aun no hecho a la disciplina, y en cambio halagado en sus pasiones, despertadas en la avalancha revolucionaria, mal podía obrar en otra forma que pasionalmente. El choque era previsible para cualquiera menos obsesionado que el Presidente.

En cambio, la oficialidad, los jefes federales más conscientes de su ministerio, más penetrados de su misión, sentían viva repugnancia aún para cometer una infidelidad; la lealtad era en ellos religión aun no contaminada del cisma, en la gran mayoría. Y pesando y conociendo las lacras de aquel Gobierno, estaban con él, porque con él estaba la bandera por la que habían jurado morir.

Por eso es rigurosamente exacto que, mientras las fuerzas regulares enviadas a sofocar el cuartelazo de Veracruz iban vitoreando a bordo de los trenes que los conducían, al caudillo de aquél, los jefes se conformaban con dejar hacer, impotentes para contener tal explosión, y reservándose el ejemplo de disciplina y lealtad para el momento oportuno. La credulidad en que el total obraba bajo un solo impulso, fué la que perdió a los rebeldes, que creyeron que los que iban en su contra acabarían por fraternizar con ellos.

Y así fué cómo en una semana la sedición fué aplastada, muriendo por inercia en su cuna, y en la misma ciudad de Veracruz, en un asalto en que la resistencia fué casi nula, y que terminó con la captura de los iniciadores, inclusive don Félix Díaz.

—¡Tenía que suceder!...... ¡Mire usted que es táctica esa de meterse en el fondo de un embudo para resistir allí!—decía el tornadizo Barbedillo.

—¿Ya lo ve usted? Convénzase don Taquito, de que «la era de las revoluciones ha pasado» desde el momento en que tenemos un Gobierno popular y democrático.....—observaba Chaneque satisfecho.

—Yo se los indiqué a ustedes—decía Pingarrón, que «post nubilia Phebus,» no consideraba ya comprometido el hablar según las circunstancias lo indicaban.—La situación era muy delicada, sí, para los pronunciados! El Gobierno tiene elementos de

sobra..... No hay rebelión posible! Podría haber complicaciones si fallaban los planes estratégicos que *teníamos* acordados; pero *trabajamos* intelectualmente y todo no pasó de un «albazo» que fué una tempestad en un vaso de agua....

—Lo que queda por hacer, es que los fusilen en masa a todos y «en caliente»....

—No—dijo Andrade—¡que obre la ley! Sólo ella es la dueña de esas vidas, si es que tenemos realmente derecho al título de nación civilizada. Si es ella la que los condena, que los fusilen....

—Es que en recto criterio político, la ejecución se impone para ejemplo.

—En recto criterio jurídico, la pena de muerte está abolida para los delitos políticos, y éste lo es, y las garantías constitucionales no están suspendidas, y vivimos bajo el imperio de un orden constitucional!

Por fortuna para Díaz y sus compañeros de aventura, no hubo ni habilidad, ni serenidad bastantes de parte de sus jueces que, mal instruídos por torpes indicaciones gubernativas, quisieron torcer la ley, torturaron el procedimiento, y concluyeron por dar así tiempo y materia para la secuela del «juicio de amparo de garantías.» Y sí hubo, en cambio, un formidable, un inequívoco movimiento de opinión, que reclamó que fuera la ley la que obrara, y un bello gesto de independencia y decoro de parte del Poder Judicial Federal, al que, digámoslo para su honor, respetó y acató el Presidente Madero, salvándose los presos del patíbulo, para ir a la fortaleza de Ulúa, cuyas puertas volvieron a abrirse para «reos políticos» a poco de haber prometido el Presidente solemnemente, que aquéllas se clausuraban para siempre....

Y de la frustrada intentona sólo quedó el primer capítulo escrito, semejante a una grieta más, abierta profunda y elocuentemente en el edificio de la estructura nacional, como aquellas que en la casona de las Moras abriera el histórico temblor de junio de 1911!

CAPITULO IX

"Porra," porrazo y Porritas

No obstante lo efímero del fracasado movimiento de Veracruz y las críticas a las que el mismo se había prestado, y que se podían descomponer entre las tibias de los que impugnaban la intentona por haberse enderezado contra un Gobierno que era un Gobierno legítimo, y las de los que lo censuraban por haber abortado, más que por otra cosa, por poca diligencia de los directores, era inconcuso que aquél había abierto hondo surco en el público espíritu.

En esa agitación había algo que no era la simple animadversión para los gobernantes de aquel entonces, ni el que la opinión hubiera reaccionado desengañada de Madero, sino algo más: repugnancia, enfado por algún elemento puesto en juego torpemente para demostrar un artificial odio popular contra los rebeldes de Veracruz, cuyas cabezas se habían pedido con desaforados gritos y en subversivas manifestaciones en las calles de la Metrópoli, a tiempo mismo en que un elocuente movimiento impo-

nía al Presidente de la República el deber de respetar la ley, dejando a la misma, serenamente, el hacer sentir su peso sobre los presupuestos delincuentes.

Se quería que, por una excepcional vez en la historia política de México, no fuera el Poder, abusivamente obrando, el que cegara aquellas vidas; que no fuera la «matona» la que se descargara rápida y efectiva, probablemente con beneficio de la salud pública y de la paz, pero con notorio agravio de las instituciones de justicia, imponiendo el castigo; si era México un país culto, y en él había arraigado realmente el hábito del respeto a las instituciones, el castigo no debería tener colorido de venganza y sí todo el lustre de una satisfacción a la vindicta legal.

Mas con la revolución maderista, y como producto genuino suyo en las jornadas de los últimos días de la dictadura porfiriana, se había tratado de aclimatar en la Capital una planta exótica de cuya semilla se desprendía morboso polen, y se regaba a los cuatro vientos para un proselitismo venal, abonándose, para hacerla fértil, con el vil tostón que hacía de vagos y rufianes de plazuela, políticos de mitin popular; gritones asalariados, simulando ser los portavoces del sentimiento popular y no siendo, en resumen, más que el fétido desagüe de pasiones tras las que se escondían innobles demandas.

—Eeeeso es indigno de un pupupueblo civiliiiizado!—decía Demóstenes poseído de una sincera indignación.—Escenas de caaafrería! Pedir la cabeza de unos hombres a griiito tendido como si se tratara de «caaalientes de horno!»

—¿Y de qué otro modo quiere usted que las multitudes demuestren sus cóleras? Las masas son siempre impulsivas y obran apasionadas....

—¡No me venga usted con la Reeeevolucioncita

fraaancesa! ¡caaaray! Allá no fungía el tooostón.... No se alquilaban gritooones. El pueblo mexicano es bastante noble para querer el asesinato en tal forma....

—Nunca los grandes grupos se han animado en ninguna parte, si no es que pasa sobre ellos el soplo de un verbo iracundo que los excita.

—En eso es en lo que no estoy conforme—observa Barbedillo que, al darle la razón a Tafolla contra Pingarrón, demostraba bien que había recobrado ciertos alientos para estar en desacuerdo con el poderoso.—Yo estoy de acuerdo con Tafollita y diré a usted por qué.... Porque de ese modo se mal educa a las multitudes, por los que Andrade llama muy acertadamente...... ¿cómo Andradito?

—«Meneurs.»

—Eso es.... meneres de la política! Rasque usted en el caso y verá quiénes son los que han organizado esas manifestaciones.

—Claro! La pooorra!

—Y qué tiene eso?

—¿Qué? que los de la «porra» son del Gobierno, paniaguados suyos que hacen lo que hacen por paga y no por convicción.

—Mire usted, señor Pingarrón—díjole Andrade.—Yo, que soy casi un desencantado de la revolución, porque veo que todo lo grande, sano y bueno que traía en sus banderas se va esfumando, digo a usted imparcialmente que hace más daño al Gobierno la tal «porra» que toda esa prensa que, ya sin ambajes, no sólo practica la oposición, sino que predica la insurrección.

—¡Qué quiere usted! Yo se lo he dicho a Gustavo; pero aunque él conviene conmigo, no puede quitarse a ciertos elementos que se dicen amigos y que son los que organizan esas manifestaciones.

—¡Pues yo sostengo el «derecho inalienable» que hay en ellos para hacer despertar a las multitudes frente a los peligros!

—Porque tú eres un Maratito baaarato, que estás a paaaga para eso!

—Y tú un reaccionario infeliz al que hay que dar el pésame, porque lo que es por ahora, ya tiene tu caudillo para pudrirse por tiempo en una mazmorra de San Juan de Ulúa!

—Nosotras somos de la opinión de Chaneque....

—Cómo, Cuquita! ¿Ustedes porristas?

—No, pero sí revolucionarias activas....

—Fíjese nada más, Cuuuca, en que ahora la «porra» es la que está llamaaando a la revolución.....

—Pues que venga, hombre, que venga, que ya viste que pronto *dimos* cuenta de ella en Veracruz!

—No lo quieras, que te vas a enfermar otra vez del suuusto, como te pasó en la jiiira esa....

Chaneque enmudeció, que aun pasaba por sus ojos la tremenda visión de los ahorcados, y le parecía ver apuntado a su pecho el fusil de alguno de los de «Tinajero.» Ante aquellos recuerdos se calosfriaba sin querer, no obstante que tales aventuras le habían valido un aumento de sueldo y un párrafo laudatorio en el periódico, y aun que comenzara a sonar su nombre como el de un posible candidato, con méritos bastantes, para Gobernador de su Estado, allá para cuando tuviera la edad de ley.... ¡De menos habían salido otros que ahora estaban fungiendo, sin aludir a Pingarrón!

Lo que era notable, la hipocresía del último cuando de la «porra» se trataba; tal parecía que hasta ignorara su existencia, cuando él había sido precisamente uno de sus más adictos, listos para aprovisionarla de partidarios por interpósita persona; para subvencionar oradorcillos de guardacantón y

hasta para señalar puntos de provisión de piedras para los manifestantes, indicando aviesamente qué casas deberían sufrir la pedrea; y si él no sacaba la cara porque el oficio no era para dar lustre, no tenía reparo en hacerlo su excelente secretario particular, que ya lo gastaba, y a quien pronto habremos de conocer.

¿Obraba Pingarrón en todo aquello por propia cuenta? La solución la habría dado cualquiera. No, El «alma mater» de la «porra» para la pública opinión lo era don Gustavo Madero, el hermano del Presidente; él, por lo menos, había prohijado el nacimiento de aquélla en las agonías del Gobierno porfirista, y había alentado sus procedimientos en la lucha electoral por la Presidencia de la República, atacando a piedrazo limpio al general Bernardo Reyes y a sus partidarios.

Por eso, por cuanto la generalidad creía a don Gustavo Madero el «pater patronum» de los «porristas» él mismo no gozaba de simpatías, achacándosele, acaso con sobra de inquina, que no había negocio en el que no tuviera parte, ni asunto oficial en el que no tratara de hacer sentir su influencia. Y lo peor del caso era que, a la postre, había resultado mal querido de tirios y troyanos. Los pseudo amigos del Presidente, que no lo eran sino para tratar de medrar en la política, hacían cargos a don Gustavo de que los obstruccionaba en sus labores: los enemigos lo acribillaban a sátiras y versiones: y ante el popular desvío, no era don Francisco I. Madero el inepto o el veleidoso; era don Gustavo el pérfido y el malvado. ¿Quién tenía la razón? Averígüelo Vargas. Lo cierto era que, con una poca más de experiencia política, don Gustavo Madero habría sido el genio salvador de su hermano. En la inconstancia de aquellos tiempos, en la escena de desba-

rajuste que se iba acentuando y que culminaría en desdichado drama, para don Gustavo eran todos los odios, y para don Francisco todas las disculpas. Así en los días que habían precedido a la caída de Díaz, los odios habían sido para el viejo caudillo, ajeno de desear el mal de nadie, y las disculpas para los que a su sombra traficaban con el bien público. Y por eso que don Gustavo Madero fuera la víctima primera inmolada en la hecatombe que ya se preparaba......

Sin embargo de la gruesa mar de fondo, la vida oficial se deslizaba sin aparentes convulsiones, y Madero había podido celebrar el primer aniversario de su encumbramiento al Poder, sin que en él hubieran habido ya aquellas explosiones de férvido entusiasmo que todavía en el año anterior se habían tributado al popular Presidente de entonces. La vida toda tampôco parecía darse cuenta de que el cielo se entenebrecía, como pasara en los meses precursores a la caída de don Porfirio. Tan sólo la gente de negocios y los profesionales de la oposición eran los que recelaban de una situación que, con todas las apariencias de la normalidad, acusaba síntomas inequívocos de profundo malestar. Contra el Presidente estaban aun sus propios amigos, la nube de codiciosos para los que se hacía tarde para llegar, y entre ellos naturalmente y cumpliendo su trazado programa, el insigne Pingarrón.

El invierno había sentado sus reales en el incomparable Valle de México, y a las tardes serenas y tibias del otoño habían sucedido las desteñidas tardes invernales con sus polvosas y frías rachas. En la casona, y una vez más, se hablaba ya de los preparativos de las «Posadas.» Nada más que en esta ocasión no había sido tan fácil el acuerdo como en las anteriores, sobre quién correría con vestir las

«piñatas,» ni quién con el traje nuevo de los «Peregrinos,» ni quién con la «típica» de guitarra, violín, flauta y salterio. Más aún, al hacerse los proyectos del caso, habían establecido divisiones que presagiaban un fracaso.

Razón sobraba para ello a poco que se ahondara, y se sabían las causas, que el editorialista Chaneque habría llamado «eficientes» y que el mordaz Demóstenes calificaba de «tracamandangas caseras.»

A Quico Andrade, por ejemplo, se lo habían «volteado» en Procedimientos Penales, en los últimos exámenes: tal como Tafolla se lo pronosticara. Culpa: sus desavenencias, cada vez más crecientes, con la Chayito, que, ahora, con aquel tropiezo, había acabado de resfriarse ante la perspectiva de tener que esperar «todavía un año más» para ser la esposa del licenciado Andrade. Y culpa también de aquella «morriña» que a Andrade le entraba al ver cómo se precipitaba el derrumbe de una situación a la que quería como a algo propio, en su tesón revolucionario. Bien es cierto que, si en justicia se hubiera procedido al reprobarlo, debería haber sido igualmente reprobado el «Capulín,» menos estudioso que él, y que había resultado aprobado, porque los serviles sinodales habían tenido miedo al parrafejo que, en dado caso, habría salido contra ellos en «El Nuevo Credo.»

Demóstenes, que era el entusiasta para la proyectada novena de jolgorios, estaba ahora «rebruja» y le era punto menos que imposible hacerse cargo de nada en las Posadas. ¡Cómo hacer malos papeles ante Trini Labariega, su reciente conquista del cine! Los giros de Indé estaban escaseando cada vez más, y en cambio, en cada carta se le recomendaba nimia economía, porque «las cosas seguían muy

mal por allá; había muchos abígeos, y las contribuciones todas habían sido dobladas.»

—¡A mí sí que me doooblan! ¡Para qué quiero la democraaacia sin un déeeecimo en la booolsa!

Con la Mandujano y la Tajonar, no se podía contar. Aunque Mandujano hacía de vez en cuando sus apariciones por la casona, rápidas y sospechosas, lo más del tiempo estaba ausente y por lo tanto su cónyuge encerrada en su «cantón,» lo mismo que la Tajonar, que no quería tomar parte en diversiones, ya que su marido andaba todavía por el Norte a caza de Pascual Orozco, que de nueva cuenta, había levantado cabeza.

Las Otamendi se habían vuelto díscolas hasta lo insufrible. La tenían casada con Chita, por sus humos de aristocracia; con Paulinita, por «reaccionaria;» con las Menchaca, por «barberas» y «adulonas.» Y tronaban contra todo y contra todos; más que revolucionarias, anarquistas..... ¡Ya vendría la de ellas! ¡Cuando de veras triunfara la revolución!

Paulinita y las Menchaca se mostraban tibias para contribuir a la fandanga; la primera se quejaba amargamente de que sentía los «efectos del desequilibrio económico» reinante en el país, pues que habiendo prestado con sobra de confianza, crédula de que todo iría bien, ahora nadie la quería pagar, razón por la cual se había vuelto a quedar el «Tulipán» a ración sencilla. En cuanto a las Menchaca se traían sus razones íntimas: Fito, el sobrino, había logrado el dulce *sí* de aquella niña de la colonia Juárez, guapa ella, y sobre todo, muy «acomodada» y de muy buena familia...... Era, por lo tanto, ridículo que Fito alternara en aquellas posaditas caseras; si lo sabía la novia, lo tomaría a mal: y no era negocio perder tan brillante oportunidad de re-

munerador casorio, por darle gusto a los cuatro gatos de la casona.

¿Fracasaron entonces las Posadas? ¡Quiá! Hubo quienes metieran «duro el pecho» para que siempre hubiera por lo menos, cuatro. La primera, que era, por razón natural la más modesta, la tomó el matrimonio Barbedillo; la segunda Chaneque asesorado por Demóstenes, o Demóstenes subvencionado por Chaneque; la tercera, con no poco asombro del vecindario, Rémington, el poco comunicativo y hasta huraño «alquimista,» que era la clasificación en que finalmente había quedado, haciéndolo en unión de la familia Orbezo; por de contado que «pata de palo» sólo contribuía con la orquestita, siendo de cuenta de Rémington todo lo demás. Y finalmente, la última posada, la de rumbo, había correspondido, más que con extrañeza de los vecinos con quehacer para las murmuradoras lenguas, a la señora de Garaicochea, en sociedad con el señor diputado Pingarrón.

—¡Y mientras el pobrecito Garay echando los pulmones en el barco!—decía compasivamente Locha Menchaca.

—¡Al cabo de la vejez, viruelas, hija!—coreaba Lucha—Quien de su casa se aleja......

Y pasó sin novedad la posada de Barbedillo, con concurrencia escasa; sin animación, y como recelándose mutuamente todos. Y siguió la de Tafolla y Chaneque, algo más animada, pero a la cual ya faltó más de un vecino.... ¡Se había hecho tan antipático Chaneque desde que se creía personaje! Hasta entonces los únicos jubilosos y satisfechos eran los Orbezito, el Garaycito y Fermín, con los demás camaradas de las vecinas casas, debido a que no faltaba la repleta «piñata» y se quemaban bastantes triquis, con los que los muchachos fingían batallas entre maderistas y felicistas, con la respectiva ca-

pitulación de Veracruz; la prisión del supuesto Félix Díaz; alguno que otro mojicón por no «jugar limpio,» etc., etc.

Más llegó el día de la posada de Rémington y la curiosidad hizo que no faltara nadie, por más que, más de alguno le tenía toda mala voluntad al alquimista.... Rémington tenía intrigada a la vecindad ya que nadie sabía a derechas quién era, ni qué hacía, ni en qué se ocupaba. Y la posada hizo subir de punto la curiosidad cuando creyéndose todos que sería una posadita «rascuache» resultó un posadón.... Pero es que Rémington no era entonces un pobrete?

¡Qué «piñata» más historiada la de aquella noche! De las de a cinco pesos «sin rellenar» que se vendían en la Alameda. ¡Y qué dulces y qué «bolos» y qué cognac tan finos los que repartió el hombre! Se había «despercudido,» según Demóstenes, con algunos cientos de pesos probablemente.... Por supuesto que Orbezo no se quedó atrás, y para no ser menos en la colaboración, «reforzó» la orquesta a tal grado, que aquello parecía posada de «científicos,» según Cuca Otamendi.

—Pero ¿ha visto usted esto? ¿Cómo es que se puede gastar este hombre este dineral?—preguntaba Paulinita a Locha Menchaca.

—Y que él ha sido el de todo el gasto, porque Orbezo no tiene ni sobre qué caerse muerto....

—Lo que yo quiero,—se aventuraba a decir Rémington—es tener contenta a la vecindad....

Y entre tanto «Progreso» y «Reforma» repartiendo a diestra y siniestra pastelillos y «souvenirs» de la posada, pero siempre esmirriados ellos, paliduchos, con caras de mal comer, como si Rémington no tratara muy bien que dijéramos a sus adoptivos hijos.

—El señor Rémington ha sido el del gasto todo....

—decía humildemente Orbezo.—Yo lo único que hago es ayudarlo de toda buena voluntad.... ¡En todo lo que yo pueda!.... El hombre no es tan malo como parece.... Y ya ven ustedes, es espléndido: paga bien....

Chita Garay, entre atufada y sarcástica, celebró que la «posadita» de Rémington no hubiera salido del todo mal, aunque había tenido mucho de vulgar.... Y lo celebraba—decía—porque ella se prometía cerrar la temporada con broche de oro, por cuanto que ella y Pingarrón echarían la casa por la ventana.... La suya sí que sería posada del «gran mundo!» Sobre poco más o menos iguales se estaban celebrando por la familia del Presidente....

—Y no dude usted «mialma»—decíale Locha Menchaca a Paulinita—que echan la casa por la ventana.... Pingarrón pondrá la casa y ella el empujón....

En efecto; para tal posada todo se hizo regiamente; se alquiló una alfombra de «alta lana.» Se la tapizó de manta; sobre ésta se regó con profusión confetti y lentejuela de ojo; se pusieron artísticos adornos de «bricho» en espejos y consolas cuya dotación se aumentó; se duplicó la luz; se alquiló loza fina, cristalería extra, y mantelería superior para el «buffet.» Y lo más importante y expresivo: desde por la mañana hasta el atardecer, fué un acarreo constante de cajas de licor y de cajones de sandwichs, jaletinas, pastelillos, frutas «cubiertas,» etcétera, etc.

—¡Qué forraaada, hermano!—decíale Tafolla a Andrade.—Lo que es yo reeeeviento esta nooooche......

—¿Quién es el pagano?—argüía maliciosamente Chaneque.

—A poooooco dirás que Pingarrón....

—¡Natus!

—Pues no es verdad: la que paaaga es la Naaación ¡caaaray!

Chita Garay había estado incansable dando sus órdenes y dirigiendo todo sin parar en tres días:

—Oiga, Porritas.... Aquí falta un poco de «paxtle»....

—Paxtle, no, señora, que eso es muy vulgar.... Pondremos más «bricho»....

Y Porritas, en mangas de camisa, con el pantalón arremangado hasta el tobillo, y echándose para atrás, en un rápido movimiento de cabeza, aquella profusa mata de lacios cabellos que le caía rebelde sobre la frente, acarreaba el «bricho» y lo acomodaba artísticamente.

—Porritas.... ¿Sabe usted si ya trajeron del «Globo» el «jamón geleé» que encargamos?

—Es temprano; y si lo traen antes de tiempo, se reviene y se echa a perder.

—Porritas.... ¿Aceptaron por fin la invitación las niñas de Mangoverde?

—¡Pues no!.... y las de Hormiguero, y la señora del general Calamina, y la familia del senador Mendiberri.... ¡Ya verá qué concurrencia vamos a tener! ¡Cualquiera desaira al señor Pingarrón! Como está en camino de ser Ministro....

Un suspiro ahogado respondió a tal observación de Porritas: suspiro nacido de lo íntimo del pecho de Barbedillo que pensaba que, quién debería estar en aquel camino era él y nadie más que él, a haber pescado la curul!

¿Qué quién era Porritas? Pues el secretario particular de Pingarrón. El indispensable Porritas: un hombre del gran mundo, venido a un mundo menor, que hablaba muy bien francés, chapurreaba el inglés, leía el italiano, sabía escribir en máquina, conocía cómo se maneja un automóvil, se tuteaba con

todas las tiples del género chico, tenía dos smokings, uno propio y otro de un amigo olvidadizo, aprovechándolo en usufructo; tenía cubierto de gorra en «Silvayn,» y con que se le diera una idea él la desarrollaba; y con que se le diera un duro.... ¡pues también lo desarrollaba!

Pingarrón, que tenía «ojo clínico» según decir de su secretario, lo había exhumado de entre el montón sempiterno de solicitantes de empleo, en un Ministerio, y se servía de él, como Porritas lo hacía con el smoking de su amigo. Porritas era un tesoro: servía a maravilla a Pingarrón, lo mismo para ponerle en limpio (que tanto quería decir como escribirlo él) un discurso parlamentario, como para combinarle un «negocito,» concesión, privilegio, o sinecura del Gobierno, como para organizarle aquella posada en unión de Chita (a la que Porritas veía con el rabo del ojo diciéndose «¡pero qué gusto más rancio ha tenido el Jefe!») como para reclutarle pelados para un mitin útil a la «porra.»

Junto a Porritas resultaban niños de teta Menchaquita con sus habilidades y Demóstenes con las suyas. Sabía lo mismo qué se había de escanciar con los «hors de ouvre,» que dónde se podía ver a la media noche al Ministro X; qué cosa era un «puré de ecrevises» con *indigestión*, y qué «levantarse un muerto» en una partida de monte....

Por eso que, para la posada aquella que Pingarrón le había encargado, no faltara nimio detalle, ya que aquél le había dicho que no omitiera gastos....

Y no los había omitido, como no había omitido tampoco quebrarse la cabeza reflexionando:—«¡Pero que para la conquista de este jamón serrano (por Chita) se gaste el jefe tantos «tecolines!»

Sin embargo de tanto preparativo, la posada «Ga-

raicochea-Pingarrón,» resultó un desastre. En primer lugar no concurrieron ni las de Mangeverde, ni las de Hormiguero, aunque sí la señora de Calamina, que resultó «irregular» en cuanto a milicia de su señor esposo; «irregular» en cuanto a sus conyugales relaciones, y más «irregular» en lo de engullir, pues lo hizo por todo el regimiento de aquél. Por fortuna se descolgaron por el fandango, fuera de los otros invitados, la numerosa familia Capistrán, cuya concurrencia no hizo muy feliz que digamos a Barbedillo, por cuanto que se consideraba defraudado en las promesas de ayuda que aquél le había hecho cuando lo de la diputación, y añoraba con tristeza el bien frustrado; las Labariega, las familias de Viruegas, Melgarcito y otras. Las Otamendi fueron un momento nada más, por curiosidad y para «comer prójimo.» Las Menchaca no se pararon por allí, porque «francamente, ellas eran consecuentes con el señor Garay, ausente. ¡Pobre! ¡Tan digno de mejor suerte!».... Ni tampoco Paulinita, porque aunque deseaba conservar sus buenas relaciones con Pingarrón, no quería sufrir las «pesadeces» de la presumida de Chita, «chinche resucitada» que se había hecho insoportable con sus humos de gran señora, y que no consentía la concurrencia del «Tulipán» en el salón, aunque el perrillo era más decente que muchos de los que en aquél podían estar.

—Porritas—decíale a media noche el diputado a su acólito.—Esto está muy frío, y hay que animarlo. Usted me entiende. A ver qué hace....

—¡Ni una palabra más, jefe! ¡Voy a preparar una de mis especialidades!

Y Porritas preparó un bebistrajo endemoniado, un positivo «caballo» al que bautizó con el pomposo nombre de «Punch canadien» diciendo que era

la bebida con la que los canadenses se quitaban el frío invernal, y al cual no hubo cabeza que resistiera. Pingarrón caló el ponchecito, le pareció excelente, y se empeñó en que Chayo Otamendi, en puntos de ausentarse del salón, se tomara dos «al hilo.»

—¡Ajá—se malició el servicial Porritas.—creo que por ahí es el «golpe» y si así es, no está mal.... Es una morena despampanante!

Mas Chayo ni tomó más de un ponche, y sí, sin hacer otro caso al diputado, se fué para su domicilio, entretanto aquél acababa de romper el «turrón» con Chita, y aun con los Garaycitos, lo que hizo pensar a nuestro hombre:—«¡Pero si eso no puede ser! Si es una *fanné* que no vale ni una copa! En fin.... ¡éstos hombres se gastan unos caprichos!»

Creyó, por último, haber caído en la cuenta cuando, dadas ya las tres de la madrugada, y en ocasión en que ni la misma orquesta atinaba ya con el compás, por obra de los «ponches canadenses,» vió Porritas a Pingarrón muy arrepantingado junto a la embobada «Corcheíta» que, un poco a fuerza de los reconstituyentes que tomaba, con infatigable tesón, otro poco a fuerza de esperanzas que la hacían concebir el mal estado de las relaciones de Chayo con Quico, y otro poco más todavía, por los consabidos ponchecitos, estaba aquella ocasión y en aquellas alturas, hecha una rosita de Alejandría; luciendo una carita de ángel, ostentando sus carrillos el prodigio de un rocicler suave y auténtico, y en fin, a tal extremo regenerada, que, de la «Corcheíta» de hacía dos años, anémica y siempre tosiendo, a la de ahora, capullito delicado, había una distancia como del cielo a la tierra. Y Pingarrón la devoraba con los ojos.... ¡Si era un dulce! Y la inocente Pita, para la que el diputado era y seguía siendo un hombre

extraordinario, lo dejaba hacer y recibía los piropos de aquél sátiro como inofensivas flores, sin darse cuenta, crédula en su infantil candorosidad, que si la buscaba y la requebraba era por su buena amistad con la madre, que lo autorizaba para ello, y no por oculta y vergonzante concupiscencia.

—¡Acabáramos!.... ¡El muy!.... Lo de siempre: a gato viejo ratón tierno—exclamó Porritas.—¡No, y lo que es la niña promete! Para dentro de poco va a ser un primor....

Por fortuna para la inocente «Corchea,» más que el propio materno celo la cuidaba una providencia que en su camino había puesto un ángel tutelar, bajo la tosca figura de un rudo obrero: Gordillo estaba allí, atento y listo para intervenir en el momento oportuno si necesario era....

El resultado obtenido en aquel año con las Posadas de la casona, era un reflejo fiel del estado todo del país, y especialmente de la gran urbe. Lo que en las caseras posaditas aquellas había sucedido en pequeño, sucedía en grande. Las caseras rencillas eran agrios debates políticos; las discolerías de vecindad, pugna abierta de los diversos elementos propulsores de la máquina gubernativa. Los celos y las desconfianzas, las rivalidades y los resquemores de zaguán adentro en el feudo Barbedillo, se reproducían aumentados en el feudo nacional bajo la férula de Madero. La curva del descenso se hacía cada vez más rápida y pronunciada...... ¿A dónde vamos a parar? era la general pregunta.

Finalizaba el año de 1912 cuando, en alguna tarde en que el genial Porritas, lápiz y cuaderno en mano se disponía a tomar taquigráficamente los dictados de su jefe, éste que al parecer no tenía prisa en dárselos y sí alguna preocupación que, de devorarla

solo no habría sentido agrado, parándose en firme frente a su secretario, le dijo:

—¿Está usted enterado ya de que siempre se va Gustavo?

—¿Al Japón siempre?

—¡Al Japón! De Embajador Extraordinario....

—¡Pues no ha estado corto el empellón! ¡Qué clarividencia la de usted, jefe! ¡Qué finura de percepción la suya! ¡Cada vez estoy más admirado de sus facultades!

—¿Por qué me dice usted eso? Qué tiene que ver con el viaje ese?

—Es que en su modestia no quiere usted recordar que desde hace más de tres meses usted me pronosticó ese viaje. ¿No lo recuerda usted?

—Puede ser.... Era lo indicado.... Una poca de perspicacia....

Al hablar así Pingarrón se «hacía de papeles,» pues la verdad es que ni por las mientes le había pasado aquella profecía, no obstante lo cual aceptó de muy buen grado los elogios ditirámbicos de su amanuense.

—Según eso—añadió éste misteriosamente—hemos ganado la partida.... El campo queda por usted y los suyos.... Y por lo tanto «las probabilidades» aumentan....

—¡Psché!—todavía no se puede decir nada en firme. Con ese carácter tan irresoluto y tan quebradizo de don Pancho..... (Este don Pancho era el Presidente.)

—¡Qué sagacidad la de usted jefe! En ese viaje estoy viendo en mucho la obra de usted....

—No tanto, no tanto.... La verdad es que «el pobre» de Gustavo estaba siendo un estorbo.... El viaje resulta político. Don Pancho necesita rodearse

de otros elementos.... de elementos nuevos ¿sabe usted? que no estén gastados ante la opinión....

—Y los hay indicados...... Se necesita de hombres de fibra, de vigor, de resolución. De usted, pongo por caso.

—¡Ni pensarlo, Porritas!

—Pues usted no debe achicarse, que la Patria es la que lo sufriría. Tenga usted presente que los hombres de su talla no se deben a sí mismos sino a su grupo y a los destinos nacionales....

—Se hará lo que se pueda, Porritas. Comprendo bien que se debe uno a esos «destinos» que usted dice, y yo no seré nunca egoísta para dar de mí, en el servicio público, todo lo que yo pueda.

—Para convencerse de que en usted hay fibra, y de que es usted un elemento, no hay más que oirlo ¡caramba! Todas las cosas las ve con tal rapidez y un tino tan exacto, que se queda uno sorprendido....

Y el adulador Porritas seguía escanciando todo el óleo perfumado de sus más escogidos elogios sobre el insigne Pingarrón, que los recibía de buen grado, creyendo que en su secretario tenía un admirador, identificado con su manera de ser; un hombre de confianza (no precisamente de aquella confianza de que él había dado tantas pruebas a su amigo el Ministro) y un colaborador insubstituíble para muchas cosas. Por algo con «ojo clínico» lo había escogido de entre la turbamulta de solicitantes de antesala ministerial!

—Ese «porrazo» de don Gustavo es trascendental. La ocasión se viene ahora rodada, jefe....

—Porritas, no por mucho madrugar amanece más temprano..... Paciencia, que todo se andará.

—¿Y ahora qué hacemos con la «porra?»

—Aprovecharla nosotros. Al fin y al cabo, con la odiosidad por ella seguirá cargando el ausente....

—Pondremos a la «porra» en receso....

—Es lo indicado.

—Hasta que se vaya don Gustavo, y lo despidamos con ella......

—Usted me adivina.

—¡Qué quiere usted, jefe! De andar entre la miel.... Ya voy aprendiendo el arte de «brujulear.»

Y tan sabía este arte Porritas, que, cuando el insigne Pingarrón creía tener en él un discípulo complaciente, éste podía haber dado al maestro «treinta y raya,» pues en el «brujuleo» llegaba ya hasta conocer con toda aproximación, cuál era el estado de ánimo del «jefe,» y cómo éste, a las primeras de cambio, sería muy capaz de dar la «machincuepa madre» si preciso era, con tal de no cortar su carrera política tan brillantemente iniciada.

Por eso que, concluído el dictado y mientras le tecleaba a la máquina de escribir, descifrando terminaciones y gramálogos, Porritas deglutía y rumiaba y tornaba a deglutir y rumiar estas ideas:

—Las cosas están madurando.... Una de dos: o el jefe pesca una cartera con Madero, o tiene que pasarse a la oposición, en cuyo caso el hombre queda en «batería» para cuando el desastre venga. Si pesca la cartera, el gozo tiene que durar poco. Si queda en calidad de «aplazado,» sepa Dios lo que venga atrás.... Tú, Porras, ponte «avispa» para no llevar «porrazo,» que no estás en estas cosas «para que te crezca el pelo.» Por prontas diligencias, quédate «al pairo» y nada más...... Entre la cartera, que está verde, y la revolución, que en un descuido no lo está, hay que llevar un ten con ten.... El jefe cree que yo ni me las espanto. El que no se las espanta es él...... A poco, y hasta está en el complot......

Y todavía al atardecer, cuando salía rumbo a la

calle, iba rumiando, rumiando siempre aquello, a tiempo que Chaneque entraba ufano con una herradura vieja recogida en la calle.

—¡Mire, Porras! Me encontré esta herradura.... ¡Buena suerte!

—Sí que lo es, porque ya ahora no le faltan más que tres......

CAPITULO X

El Desplome

Tenemos los mexicanos, desde que la «chiripa» nos emancipó de la española tutela con el «cambiazo» de Iturbide, que abrió la serie de los incontables posteriores, una especie de «ama de casa» a la que, según es el hombre que está en el poder, tratamos como a legítima esposa, siendo esto lo excepcional, o como a vulgar y plebeya concubina. Desde que la metimos en casa, lo mismo la hacemos «apapachos» que tiras, y la vestimos de carnaval que de luto. La hospedamos por vez primera en 1824; la desfiguramos en 1836, la vestimos de nuevo en 1857 y a lo que parece, estamos en vísperas de ponerla de cabeza.... Se llama «Doña Constitución.»

Cada amo de la República, llamado Presidente, cuando no la ha repudiado por completo, la ha puesto más de un pegote que la ha dejado inconocible. Y así será *per sécula seculorum*, mientras tengamos Constitución sin pueblo, y no pueblo para una Constitución.

Eso sí; periódicamente nos damos los mexicanos sendos mojicones por la aludida señora; y cada quisque que al ocupar el solio «protesta guardarla»

lo hace tan bien, que no se acuerda después dónde la ha puesto, hasta que llega otro patriota que, jurando defenderla, se empeña en exhumarla...... Guay que lo sea del calibre patriótico del que acaudilló el «constitucionalismo!»

Viene la digresión a cuento, porque costumbre era el celebrar cada 5 de febrero el natalicio de la Constitución; y por eso que en tal día del de 1913 y al buen temprano, según ritual de costumbre, tronara el cañón en salva de veintiún disparos, «al izarse el Pabellón Nacional» en los edificios públicos, y fueran saliendo de cada cuartel, en traje de gala, batallones y regimientos al marcial toque de clarines y tambores, para ir a reunirse en punto determinado, en el que se organizaría la «columna militar» indispensable en todo festejo oficial, no como homenaje a la fecha, sino como demostración de que el Pisistrato en el poder tiene armadas legiones defensoras.

Y como de costumbre también en casos tales, poco después se echaron a las calles, en domingueros trajes, chiquillos y niñeras; escolares rapazuelos en holganza al ser «día de fiesta nacional,» y señoritas cursis y adolescentes pazguatos para ver.... ¿de solemnizar la fecha? No, señor; para ver el brillante desfile militar; la artillería rodando por el asfalto de las calles al són de militares fanfarrias, y a los generales y coroneles tiesos en sus caballos de gran alzada, como monigotes de cromo barato, y sobre todo, a los «rurales,» los clásicos, los típicos rurales, que eran los que más entraban en el alma popular como algo muy suyo, genuinamente mexicano, con sus anchos sombreros, sus rabonas chaquetas de cuero, las rojas corbatas, las tintineantes espuelas, las monturas «vaqueras» de largos y rizados «vaquerillos;» al costado la reata, y

nerviosos y bien empelados los caballos, en los que los ginetes cabalgaban haciendo gala de sus habilidades en la equitación, en un raudo galope que arrancaba chispas de las piedras del pavimento, y un entusiasta grito de los corazones de las multitudes, que prorrumpían en un estentóreo «¡Viva México!»

¡Esa era la flor y nata de nuestro ejército! El que sabía rasguear en una guitarra para entonar una «valona» del Bajío; rendir una res de una «mangana» y alcanzar a un bandolero huyendo, mejor con la reata que con la bala.... Ese era nuestro ejército, netamente nacional, y no el que hubo de importar el sombrero «texano» (¡oh 47!) avergonzándose del jarano tapatío......

Ya era la hora. Habían sonado las diez de la mañana. Pronto pasaría el Presidente con su brillante séquito y la comitiva oficial en los lujosos *landeaux* del Palacio, rumbo al monumento de Juárez en la Alameda.

Apretujados en el balcón de un despacho comercial, facilitado para el caso por un amigo consecuente, en la Avenida de San Francisco, Tachita, las Otamendi, don Taco, Andrade, Demóstenes y algunos más de la casona, se empinaban sobre los talones y estiraban los pescuezos para dominar la perspectiva de la Avenida, de cabo a rabo. Por las banquetas de aquella, la multitud pululante se había ido acomodando en interminable fila, y semejaba ahora, vista desde las alturas, como una gigante almáciga de hongos, por los inumerables quitasoles abiertos para protejerse de la intemperie.

Ahora pasaban los bomberos; los primeros siempre en el desfile.

Unos minutos más, y a lo lejos resonó el agudo clarín de infantería, dando el toque de «atención,»

al que fueron respondiendo, como un eco, los de todos los batallones que formaban la inmensa valla de soldados tendida a lo largo de la Avenida. Con estentórea voz, los jefes militares gritaron: «A alinearse!» siendo obedecidos por los soldados, que tal parecían autómatas. A poco, un segundo toque más sonoro y una nueva voz de mando: «Presenten.... armas!» y los soldados presentaron los fusiles, cuyo metal cabrilleaba al sol, y las bandas rompieron en la marcial «marcha de honor» y al trote largo de los frisones comenzaron a desfilar los lujosos carruajes con sus contenidos: regidores, magistrados, diputados, senadores...... La multitud los veía pasar atónita. ¿Sabía ella por acaso quiénes eran?

—¡Ahí va Pingarrón!..... ¡Míralo!..... Parece mozo de funeraria!

(Alusión al traje negro y sombrero alto del personaje, y comentario, en el balcón susodicho.)

—Como que es de la «Permanente.» (La Comisión Permanente de la Cámara de Diputados.)

Ruidoso trotar de caballos, todos alazanes, y vistoso lucir de uniformes blancos y azules. La Guardia Presidencial, en compacto grupo aparatoso y brillante, precediendo al presidencial carruaje. La misma de don Porfirio, del dictador un día odiado y ya ahora añorado; custodia antes de aquél y ahora del Presidente Madero..... Todo era lo mismo! Todo! El aparato, la escena y hasta el argumento! Sólo los personajes habían cambiado.

Y pasó el Presidente Madero por entre la doble valla de soldados; Madero, el ídolo popular que en 7 de junio de 1911 entrara a México en una apoteosis estruendosa, trayendo sobre sus ropas el polvo de la revolución, y siendo aclamado hasta el delirio por la multitud que lo adoraba, y a la que él repar-

tía benévolas sonrisas infantiles, y saludos con la cabeza descubierta; modesto, sencillo, candoroso casi.... El mismo que más tarde y ya en el Poder, había cosechado en los primeros desfiles oficiales en los que había figurado, calurosas ovaciones, reveladoras de que contaba con el amor de las masas a las que respondía siempre con benévolas e infantiles sonrisas, descubierta la cabeza y saludando modesto, sencillo, casi candoroso, y que ahora, a los catorce meses de su exaltación al Poder, pasaba entre la misma apelotonada multitud, prodigándola sonrisas benévolas, infantiles, sencillo y modesto, sin recibir de aquélla ni un vítor ni un aplauso, pues que la voluble e ingrata pèrmanecía indiferente y muda, más bien hosca, y prodigándole la elocuente ovación del silencio, decepcionada de que en aquel hombre no hubiera habido más de gestos de niño y modestias de burgués, cuando ella había esperado algo más útil y profundo para alivio de sus dolores....

Al lado del Presidente, en el presidencial landeau, el Vicepresidente Pino Suárez, causa la primera acaso de aquella creciente impopularidad, al haberlo impuesto Madero contra el deseo popular bien significado en los gritos de «¡Pino nó!» «¡Pino nó!» estaba pálido, con cadavérica palidez denotadora de su desagrado o de un recóndito temor ante el gesto del monstruo, ayer dócil y domado; arisco ahora de nueva cuenta.

Al ver aquello, Andrade-Enjolrás se quedó tristemente pensativo, acabando por murmurar:

—¡Qué tornadizas son las multitudes! ¿Dónde se fueron los apoteosis?

—¡Caaaaray! ¡Si esto más bien parece fuuuuneral!

—Qué voluble es el pueblo!....

—¡Esto me huhuhuele a entieeerro!

Demóstenes tenía razón; funeral y entierro estaban decretados ya por el destino para aquellos hombres, y el tartamudo, sin quererlo, resultaba profeta!

El pueblo abandonaba definitiva y francamente al apóstol, convencido de que su apostolado era una invención; y ante tal abandono, ya podía sobrevenir la tragedia.... Se dejaría impávidamente perecer al semidiós de ayer; el ídolo estaba ya bamboleante sobre el pedestal. Caería y aquel quedaría vacío hasta tanto que el azoro, el engaño o el afecto impresionista colocaran sobre él un nuevo ídolo de barro como todos los habidos!

Para todos aquellos cuyas lujurias políticas no había querido o no había sabido complacer Madero; para el ejército al que no había sabido cultivar; para los medradores en las revueltas intestinas, caterva revivida después de treinta y cinco años de paz; para los fríos calculadores que maniobran en la industria de las conjuras; para los oprimidos que quieren que el proceso de redención no sea cosa de tiempo y meditación sino de milagro rápido y contundente; para los contrarios en ideas, por convicción o por conveniencia; para aquellos mismos que, detrás del biombo de la política, de lejos y sin dar la cara habían ayudado a Madero para derrocar a Díaz y a los que Madero no había querido a no había podido saldar la deuda de reclamada gratitud con moneda de impudores y dilapidaciones y que le habían dado la elemental enseñanza de cuán fácil podía ser el derrocar presidentes mexicanos prohijando revoluciones allende el Bravo.... Para todos ya era la hora! ¡Ya podía caer Madero! ¿Por qué crimen o falta? Por cualquiera, que eso era lo de menos. Por nepotismo, por ineptitud, por versati-

lidad de carácter; por ausencia de cordura; por mani-roto; porque comprometía la tranquilidad pública; por contemporizador con Villa; por impotente contra Zapata; por espiritista; por vegetariano; por cualquier cosa! La causa era lo de menos....

—El «fou-chocholat» se cae, hermano—decíale por lo bajo Demóstenes a Andrade, como si se regocijara, sin saber por qué, de aquello.

Y Quico, en su eterna condición de hombre justo, de ciudadano de honrado pensamiento y de ciego adorador de su Patria, sentía una angustia infinita por el futuro, entendiendo lo probable de aquella profecía del tartamudo.... ¿Por qué, por qué una nueva revolución capaz de llevar aquella Patria a la ruina? ¿No eran posibles otros medios? En buena hora que cayera el «fou-chocolate» como llamaba Demóstenes a Madero, aludiendo al álias con el que lo conocieran sus compañeros de colegio en Francia, cuando allá estudiaba; en buena hora: un hombre es sólo un hombre; pero ¿quién garantizaba que aquella caída no sería el principio del desastre general, en el que, perdidas todas las distancias, sueltos todos los ímpetus, desatadas todas las concupiscencias, rotos todos los diques, una avalancha de lodo y vergüenza sepultaría para siempre a la nacionalidad?

* * *

Cuando en la noche del ocho de febrero Tafolla regresó de su «tandita de moda» en el Teatro Principal, al «copete,» se encontró con que Andrade estaba dictando a Chaneque, sin repulgos de parte del pseudo editorialista, un furibundo artículo para «El Nuevo Credo.»

—¿Qué taaal? ¿No lo decía yo bieeen? ¡Cucucuán-

do ibas tú, con esa cabeza de «chiluca,» a escribir naaada para un peeeriódico!

—Andrade me estaba dando simplemente algunas ideas....

—Pues yo les daré un nonoticiooo6n!

—A ver, suéltalo; ¿qué es ello?

—Que mañaaana revienta otra vez la «booola!»

—¡Tú sí que estás buena bola!

—¡Palaaabra!.... Se lo oí decir en la caaantina del Principal a uno que le estaba «jalando» con un mimilitar.

—Tú eres un cándido Tafolla, que le das crédito a todo.

—Puede ser que no tanto—replicó Quico.—Desde hace días hay versiones sobre eso. Hasta se dice que el golpe estaba tramado para el día cinco de febrero y que si falló, fué porque a última hora hubo cambio de jefes en las columnas que formaron.

—¡Bah! ¿Y el Gobierno no lo había de saber y evitar?

—El maaarido es el último que lo saaabe.... siempre....

Silencio y meditación interrumpidos por el traquido de alguna viga del apuntalado techo de la «República.»

—¡Paaatetas!.... ¡Cómo trueeena esto!

—Cuando yo les digo que un día de estos vamos a quedarnos estampados en el piso y con el techo encima!

—Yo se lo advertí a don Taco varias veces; pero no sé en qué piensa que no quiere componer este techo.

—A que no sabes, Quico, quién me dijeron que está escondido aquí en Meeeéxico?

—¿Quién?

—Teeenorio....«Trueeenos»....

—¡No puede ser! Ya hubiera venido a vernos.... Aunque quien sabe....

Y por la mente de Andrade pasó rápida la idea de que Chayito podría saberlo y se lo ocultaba.

—¡Hum! ¿Cuánto apostamos a que ese está metido en la conjura si es que la hay?—añadió el indio.

—Capaz es.

Mediaba la noche; Andrade y Chaneque dormían en sus respectivas camas, como un bienaventurado el primero; asaltado por terribles pesadillas el segundo. Tafolla se revolvía en el lecho como un azogado, en plena vigilia. El miedo al techo, por una parte, y a la asonada por otra, lo tenían así. El «Capulín» soñaba en la revolución.... Se la representaba como una infernal tarasca que tenía la cara, la inevitable y feroz cara de aquel maldito tuerto Matías, en desgraciada hora conocido. Se sentía asido por sus gelatinosos tentáculos, que de pronto adquirían la rigidez de ballonetas que lo pinchaba en todo el cuerpo, y le parecía percibir el zumbido de las balas, de tal modo formidable, que más que zumbido, era eco de tremenda granizada.... Y después se veía chorreando sangre; empapada la ropa en sangre que hacía que aquélla se le adhiriera a la epidermis, tibia y pegajosa; y sentía cómo la vida se le escapaba en la incontenible y agotadora sangría, por más que él luchara desesperadamente por contenerla; y después, que se hallaba más que en el interior de una infecta mazmorra, en algo todavía más reducido, algo como un nicho, un ataúd, negro, mudo, estrecho, infinitamente peor que aquella bartolina que había ocupado en Belem.... Y como era consecuente, al estar en aquel reducido espacio, la asfixia comenzaba a apodeaarse de él y lo mataba!.... ¿Quién le había mandado meterse a político

y a «hombre público?» Él, que tan tranquilamente disfrutaba de su bequita aquella, empantanado con las cuentas de interés compuesto que, si le rompían metafóricamente la cabeza, clásica por lo dura, no lo hacían al grado de dejársela hecha una criba como aquellas balas que, en el sueño, sentía incrustársele en pleno cráneo! Y entonces, en mitad del mismo, algo como un estertor, como un ahogado grito salió de su pecho, a tiempo que el atribulado «indio» repartía puñetazos en el aire y puntapiés sobre el colchón....

—«¡Capulín» hombre!..... ¡Chaneque!..... ¿Qué te pasa? ¡Despierta que estás soñando hasta dar miedo!

Y Demóstenes sacudió a Chaneque hasta hacerlo despertar.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?—balbuceó azorado el indio.

—¡Nada, caaaray! ¡Que debes estar indigeeesto y estás soñando muy feo....!

—¡Como que estaba soñando que me mataban en la revolución!

—Yo tampoco he podido dormir de puro miedo; caaaray! ¡No teeenemos maaaadre! ¡Ya no su pupupueeede vivir aquí! Tooodos los días revolución y revolución! ¡Y el techo este trooonando que da gusto!

* * *

Demóstenes tuvo razón para sus alarmas.

El nueve de febrero, la revolución estalló en plena capital de la República.

En la madrugada de ese día, ciertos regimientos de artillería de guarnición en la capital y en la veci-

na ciudad de Tacubaya, de concierto con los alumnos de la Escuela Militar de Tlálpam, y algunas fuerzas de policía y de infantería, obedeciendo a un plan de antemano combinado, se sublevaron contra el Gobierno del Presidente Madero, audazmente; y a fin de contar con Jefes para el movimiento, libertaron de la prisión de Santiago, en la que se hallaba procesado al haber fracasado la intentona revolucionaria que había encabezado el año anterior, al general Bernardo Reyes; y de la Penitenciaría del Distrito Federal en la que se hallaba igualmente preso, al haber sido trasladado pocos días antes del Castillo de Ulúa en Veracruz, a Félix Díaz, iniciándose con aquellos hechos lo que, en un grafismo elocuente, se denominó «la decena trágica.»

Por las calzadas de Tacubaya y Tlálpam, desiertas en aquellas horas de la friolenta y húmeda mañana, bajo el cárdeno cielo de un amenecer invernal, en una comitiva de perfiles y colores fantásticos y fúnebres, rodaron rumbo a la capital, dormida aún e ignorante de la terrible añagaza, cañones y ametralladoras a cuya zaga, en procesión de sombras chinescas, caminaba una silenciosa comitiva que completaba el cuadro, digno de una «agua fuerte» de Alberto Durero. Era la conjuración en marcha....

La nutría la juventud que inexpertamente, aventureramente abandonaba el aula militar en la que sólo había oído prédicas de lealtad para la bandera y los supremos gerarcas del Ejército, a fin de ir en pos del triunfo y de la rápida exaltación, si en el camino no hallaba la muerte, o de la deshonra si piadosa la muerte no enmendaba los resultados de una derrota. El primer asalto dado por aquella juventud en sugerida rebeldía, lo fué a los tranvías eléctricos que, al deslizarse en aquella hora matutina y velozmente sobre el lomo de la calzada, simulaban dili-

gentes gusanos de luz, corriendo en pos de un escondite.

Cuando el sol comenzaba a calentar el aire de aquella mañana, la ciudad alegre y confiada despertó estremecida por el rumor de la revuelta en su seno.

El trío de la «República» fué brusca e intempestivamente despertado por don Taco que, buen madrugador, había sabido lo que acontecía cuando los sublevados apenas si habían logrado apoderarse por sorpresa del Palacio Nacional, el que habían tomado sin disparar un tiro.

—¡Levántense pronto que hay «bola»! Ya los pronunciados tomaron Santiago y están ahora en Palacio . . .

De un brinco nuestros tres sujetos se echaron fuera de las camas, y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron vestidos y en la calle, para poder ser testigos de cuanto en ellas ocurriera.

—¡Esto es criminal! ¡Esto es criminal! . . . . —decía Chaneque, sin acertar con más comentario mientras se dirigían rumbo al Palacio.

—Conque aaaahora reeeesulta criiiimen lo que ayer fué deeeerecho?—argüía el tartamudo.

Y Andrade, cabizbajo, pensaba; «la insurrección ¿es un crimen o un derecho? Madero revolucionario contra el mal Gobierno de Díaz ¿fué un criminal o cumplió con un deber? Bien es cierto que el sublevado ayer lo fué el pueblo, mientras que hoy lo es el Ejército; pero ¿no es el Ejército una parte integrante del organismo social con derechos y deberes ciudadanos como otra cualquiera? ¿Cuándo ha hecho pacto de sostener a un Gobierno impopular o tiránico? ¿Y no ayer mismo lo convidaban a la infidencia los mismos a los que ahora ataca?

Sin gran dificultad pudieron los tres estudiantes llegar hasta la contraesquina del Palacio Nacional,

frente a uno de los ángulos de la Catedral, deteniéndose intimidados allí ante el espectáculo que ofrecía una doble fila de soldados en cadena de tiradores, apostados en las aceras de dicho Palacio; pecho a tierra los unos; de pie contra el muro los otros. Y entonces supieron, por esa información misteriosa que en ocasiones corre rápida esparciendo las noticias con más velocidad que la chispa eléctrica, que los pronunciados se habían apoderado efectivamente del Palacio; pero que, instantes después, la presencia de ánimo y el valor temerario de un solo hombre, el Comandante Militar de la Plaza, viejo león de la guardia vieja que, sin tener simpatías por el Gobierno, cumplía con sus deberes militares defendiéndolo, había bastado para yugular allí la rebelión, volviendo al orden a la escasa guarnición y haciendo prisioneros a un compañero de armas y a un grupo de «aspirantes» rebeldes. (*)

La Plaza de Armas, siempre bulliciosa con vendedores y papeleros en aquellas tempranas horas de la mañana, aparecía ahora punto menos que desierta por el temor a los cañones de los rifles y de las ametralladoras a ella apuntados, pero enjoyada con sus verdes arriates florecidos con tempraneras rosas y sus pomposos árboles vestidos de nuevos fo-

---

(*) El general de división Lauro Villar, en 1876, servía al Presidente Lerdo; pronunciado el general Fidencio Hernández, contra aquél en la Sierra de Oaxaca, y tomada esta ciudad por la infidencia de la mayoría del 5º batallón al que pertenecía Villar, éste fué hecho prisionero, prefiriendo esto a pasarse al enemigo. Canjeado más tarde, tuvo la confianza de Díaz, que lo consideraba pundonoroso justamente. Combatió a la revolución maderista en Chihuahua en 1911, y esto no obstante, Madero le otorgó su confianza y a ella respondió, defendiéndolo. En cambio el carrancismo, no lo ha tenido en cuenta sino para humillarlo.

llajes, en un conjunto de vida exuberante y como queriendo formar contraste para el símbolo del futuro nacional que de aquel momento iba a arrancar..... balas y pólvora y sangre, arrasando, tronchando, agotando y maculando ramazones, erguidos troncos y lindas flores en la tierra mexicana, hasta tornarla infértil!

—¡Caaaray! ¡Esos bruuutos van a tirar sin distiiinguir, y nos harán ceeedazo!...... Yo me «chispo»......

Y uniendo la acción a la palabra, Demóstenes hizo prudente mutis.

Andrade, pálido, extático, descubierta la cabeza como si quisiera saludar a la muerte que llegaba (en aquel mismo sitio, había visto caer al infeliz papelerito en la noche trágica del 25 de mayo de 1911) vió alejarse a Tafolla sin tener para él ni un reproche por su cobardía.

—¡Esto es criminal! ¡Esto es criminal!..... – seguía balbuceando Chaneque, cuyos ojos parecían querer salir de las órbitas, ante el terror que la escena le producía, rememorándole peligros pasados que ahora venían en imagen tenaz a sus retinas.

—Supongo que tú no te marcharás sin ver el desenlace......

—Te diré.... Yo creo que el deber me llama en otra parte.

—¿Dónde?

—En la redacción del periódico para informar.....

Y a su vez, Chaneque dió la media vuelta dejando solo a Enjolrás.

En aquellos momentos desembocaban en nutrido pelotón, de la calle cerrada de Santa Teresa, los pronunciados que, confiados en que el Palacio estaba por ellos y en poder de camaradas, se dirigían a él para consumar la fácil victoria. Ginetes y soldados

de infantería, paisanos y chiquillos que nunca faltan en semejantes casos, venían revueltos, encabezados por el general Reyes, envuelto en su ancha capa gris de campaña. En la montura de su caballo había flores prendidas al azar, de las que femeniles manos le arrojaran de balcones y azoteas en el trayecto. Los primeros audaces éxitos tenían ya tributos y homenajes...... Mas pronto se había de ornar con floración de sangre la militar montura.

Destacóse del grupo principal un núcleo, a cuyo frente iba el mismo hombre; el que hasta 1910 había tenido en su abono el haber sido el soldado más honrado de la Patria, por cuanto que, a haberlo querido, dada su popularidad y sus empujes, podía haber sido quien la lanzara a la revuelta, en causa propia y a cualquiera hora. El que después de aquella fecha, celado, perseguido, burlado en sus legítimas aspiraciones, apedreado por sicarios gobiernistas, se creyó en ejercicio de un derecho, lanzándose a la revolución.... Blanca la aguda piocha canosa; blanco el ya ralo cabello que la matutina brisa revolvía; pero conservando aún roja la sangre con el calor de otros tiempos, en los que, soldado de mejor causa, había sabido arrancar el triunfo a mil con cien!

Tranquilo y aclamado avanzó; mas al llegar frentre a la puerta central del Palacio, una fulgurante descarga, hecha acaso a la voz de mando de un amigo, de un viejo camarada de armas, de un hermano de victorias, le cortó el paso; y del noble caballo encalabrinado por el estruendo, vióse desprender pesadamente un cuerpo que cayó a plomo sobre el pavimento mismo por el que, tiempos antes, hubiera rodado la ministerial carroza que lo conducía, y en el que ahora su sangre semejaba escribir el

Mane, *Thacel Phares* de su destino injusto y del injusto destino de la Patria en el porvenir!

Con aquella muerte, la incipiente revolución quedaba punto menos que huérfana.

Tras la cerrada descarga, las ametralladoras que habían de sembrar el espanto en la capitalina urbe, dejaron oir por vez primera su craquetear monorítmico de huesos que se entrechocan, y funcionaron a su tiempo despiadada y certeramente; en un instante, sobre los verdes prados de la Plaza de Armas y en las callejas de sus jardines, poco hacía desiertos y momentáneamente poblados por curiosos y secuaces, segaron vidas en manojo, con la truculencia de la hoz en nutrido trigal, y las balas troncharon ciegas y a la par, flores en los tallos, ramas nuevas en los árboles y vidas inocentes en la extensión que quedó materialmente punteada de cadáveres en trágicos escorzos, en convulsivas aposturas.......

El telón se había corrido, y el pavoroso drama comenzaba.

Andrade se sintió poseído de un extraño impulso. Hubiera querido, en un salto prodigioso, colocarse en el puesto más visible; agigantarse allí, y tener en vez de la pobre humana voz, el acento del volcán, para gritar estentóreamente a los unos y a los otros:—¡Por la Patria y en su nombre! Abajo esas armas con las que la asesináis!—Y en ese preciso momento, como para responder a su deseo, oyó nueva y nutrida descarga, y sintió rebotar un rocío de balas en su derredor. Un instinto legítimo de conservación, lo hizo volver a la realidad y agazaparse tras un taxímetro abandonado, en cuya caja vinieron a incrustarse algunos de los perdidos proyectiles; de tan incómoda posición lo sacó una

mano, que en aquellos instantes tuvo la fuerza de una garra, y una voz de mortificante serenidad.

—Venga usted, señor Andrade...... Vámonos! ¿No ve usted que están haciendo chuza?

El que así hablaba, era Menchaquita.

—Y usted ¿qué hacía aquí?

—Pues lo mismo que usted.... curioseando.... ¿qué le parece esto?

Y tranquilamente, con su cara de siempre, aquel dandy almibarado se llevó a Andrade rumbo a la casona.

—Y a propósito—decíale en el trayecto.—¿No vió usted entre los pronunciados al amigo Tenorio? Allí iba......

—¿Tenorio? ¡No es posible! Si ayer nada más era gobiernista......

—¡Bah! Eso no empece, como decía el otro. Ya antes había sido zapatista y orozquista: hoy es felicista; y mañana será otro «ista» cualquiera.....

—¡Qué canalla!

—¡O qué héroe, dado como están los tiempos!

* * *

Abandonemos por poco tiempo la narración de la revuelta para trasladarnos a la casona, en la que todo inquilino había buscado refugio: desde el espantado Chaneque, que tal podía creerse había trasladado a ella la Redacción, hasta el callejero Fermín, que ahora resistíase a salir a los «mandados» así fuera de lo más tentadora la perspectiva de propina.

Hasta allá llegaron Menchaca y Quico, y en ella encontraron al buen Tafolla, cuya lengua se había curado intempestivamente, ante la necesidad de hacer comentos de la situación.

Los corrillos y cónclaves se reunían lo mismo en el patio que en el «cantón» de cualquiera, siendo de notar la clasificación de grupos que, sin gran dificultad, podía hacerse, según las simpatías de cada uno, ya por los noveles revolucionarios, ya por el Gobierno constituído, y aun por Zapata o la intervención americana.

—Madero debe renunciar incontinenti...... No hay derecho para sostenerse contra la pública opinión......

—¿Pero usted cree que usted es toda la opinión? El pueblo no lo aborrece......

—Al que le van a hacer la olla gorda es a Zapata. Mientras éstos se aniquilan, él espera, y ya caerá sobre nosotros a la hora de la hora.

—¡Mejor! Es el único revolucionario puro......

—Lo que se está buscando con todo esto es que nos vengan a meter en orden los «primos.» Ya mucho se le han buscado tres pies al gato....

—¡Qué trastorno para las «transacciones!»—decía afligida la viuda de Zarzo.

—¿Alguno de ustedes ha visto a Pingarrón? Ese debe estar bien informado.

—¡Echele un galgo! No le volveremos a ver entre tanto no aclare la cosa.

Cada quisque almorzó lo más de prisa que pudo para no perder detalle de las noticias que, por el entreabierto zaguán, podían obtenerse de vecinos y transeuntes; cada oreja quería ser un micrófono, para percibir hasta el menor ruido y deducir por él qué sucedía; y precavidos y prudentes, ni el mismo Orbezo ni don Taco se aventuraban a avanzar más allá de la próxima esquina, trayendo sus respectivas informaciones.

—Ya está Madero en Palacio......

—Los rebeldes andan ahora sitiando la Ciudadela......

—Allí hay mucho parque y cañones y ametralladoras. Si la toman ¡adiós el Gobierno!

Encerrados ahora en la «República» Andrade, al que súplicas de Chayo y la «Corchea» habían evitado la salida, Chaneque, que por tener (?) jaqueca no salía, y Tafolla, que ingenuamente declaraba no hacerlo de «puritito miedo,» cada uno comentaba a su sabor y con ánimo acalorado, las peripecias posibles de aquella lucha en inicio. Sólo en un punto habían logrado ponerse de acuerdo completo: en el de calificar a Tenorio como un desvergonzado, que, a estilo de los antiguos «bravi» de Italia, subastaba su sucio chafarote en cada ocasión en que la «bola» le prometía un botín posible de obtener sin grandes riesgos.

Ya había mediado el día, y las noticias últimas llegadas a la casona y trasmitidas hasta «el copete» presagiaban que la tormenta que de estallar venía, tendría que recrudecerse de un momento a otro; los rebeldes habían intimado rendición a la Ciudadela; el Gobierno no contaba con elementos para batirlos victoriosamente; la plebe, en lugar de ayudar a Madero, permanecía indiferente y «azorrillada.» ¿Qué iba a suceder? Y a esta interrogación angustiosa, respondía el silencio de los tres estudiantes, ensimismados en hallar la solución, y que turbó apenas, en dado instante, el crujir de aquella viga que en la noche anterior causara sus zozobras.

—¡Diaaablo! Cucucuando yo les digo a ustedes que esta viiiguita nos va a dar un susto....

—No será mayor que el que nos pueda dar la revolufia......

Nueva pausa; una calma incomprensible reinaba en la casona. Cada cual cansado de los comentos se

había retirado a su «cantón.» El silencio era casi absoluto; pero de pronto fué roto por un estampido que con ecos de trueno atravesó la ciudad toda y llegando a la casona la hizo retemblar hasta en sus cimientos, sacudiendo cristales y canceles.

—¡Esos son caaañonazos! —dijo casi en epiléptico ataque, Demóstenes.

—Sí.... el cañón comienza su obra....

Del techo conmovido por la onda trepidante de la explosión, cayeron en menuda lluvia «caliches» abundantes. A la queja última de la resentida viga aquella, respondió el traquido todo del vigambre entero. Tras la continuada advertencia de que ya no podía resistir el peso que cargaba, y de que eran insuficientes los provisionales «puntales» con los que se había tratado de evitar la catástrofe, ahora, sin poder más, cedía, astillándose y viniendo al suelo en desplome instantáneo, ruidoso y completo. El techo, privado del sostén, se hundió en avalancha, inundando con una densa nube de polvo la casona toda, que se estremeció hasta el más apartado rincón, obligando a todos los inquilinos a abandonar sus viviendas, presas del pánico, para precipitarse al patio en busca de salvación....

—¿Qué es esto, por Dios santo? ¿Qué está pasando? —decía la atribulada Paulinita, en pleno patio, y en ridículo «deshabillé» ya que la catástrofe la había pillado en horas de siesta, mientras a su lado el «Tulipán» ladraba furiosamente al invisible peligro.

—Es que la «cosa» ha empezado de nuevo y que en la azotea ha debido caer una bomba «de a placa» —decía sentenciosamente Orbezo.

—¡Dios mío! ¡Mis hijitos! —sollozaba la señora de Mandujano, llevando a sus dos retoños en los brazos.

—Chayo, Paca, ¿dónde están? ¿Y tú, Meches? ¡Vengan.... vámonos para la calle!

—¡Baja, Pita, al patio! ¿Qué vas a hacer rumbo a la azotea?—decía Chita a la mayor de las «Corcheas.»

Pero Pita, con esa intuición instantánea que sólo un intenso amor es capaz de engendrar, se había dado cuenta exacta de cuál era el peligro, y, para para compartirlo con el amado, se había puesto en un par de saltos al lado de Andrade, todo él lleno de polvo y tierra, y al que se puso a palpar, hablándole con la desesperada confianza que el momento la imponía:

—Federico.... Federico.... ¿qué le ha pasado? ¿No está usted herido?

—Nada, Pita.... ya ve usted.... nada fuera del susto....

—¡Cooolosal, caaaray! ¡Le hemos hecho un quiiite a la mumumuerte, que ni los de Gaooona!

Y mientras el tartamudo haciendo de tripas corazón se bromeaba, el ínclito Chaneque, cuyos nervios estaban más que los de ninguno predispuestos al histérico ataque, por mor de las experiencias tenidas, aturdido ahora y con cara de idiota, en pleno colapso nervioso, reía un poco y otro poco derramaba lágrimas, sin que lo que quería balbucear pudiera salir de su agarrotada garganta!

Don Taco, que había ocurrido al sitio del hecho, veía contristado el montón de ruinas y apretándose ambas sienes, sólo alcanzaba a murmurar:

—¡Lo que nos va a costar todo esto! Lo que nos va a costar....

—¡Diga usted lo que nos ha costado ya a nosotros! —añadió melancólicamente Andrade.—A nosotros que nada tenemos fuera de nuestro porvenir......

Ahí, bajo esas ruinas, quedan ropas y libros, y todo, todo lo que teníamos!....

El techo de la «República» simulaba ahora un ancho boquete abierto a todas las intemperies, y del que prendían restos de astilladas vigas, ladrillos próximos a caer y sostenidos en equilibrio imposible, mientras el piso estaba inundado de cascotes y tierra, bajo los que asomaban sepultados los enseres y las ropas y los papeles de los arruinados estudiantejos.... ¡Qué vano empeño el de tratar de reconquistarlos! El desplome hería a Andrade y socios como a nadie en la casona. Dónde irían ahora con su bagaje de inopia y de fallidas ilusiones? ¿Cómo rehacerse de todo aquello que era capital moral y efectivo? Lo más que por de pronto consiguieron, fué que don Taco les ofreciera asilarlos sin estipendio en alguna de las viviendas vacías....

Entre tanto, cada vez más nutrido y grave, el estampido del cañón se reproducía en el lejano rumbo de la ciudad.... El drama iba adquiriendo intensidad.... Antes y hasta entonces, el cañón había tronado en salvas de regocijo. Ahora lo hacía vomitando metralla..... Y ésta desgarraba la entraña de una urbe, capital de una nación que figuraba en el catálogo de las civilizadas....

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

PARTE TERCERA

LA TRAGEDIA
DEL DESPLOME AL INCENDIO

CAPITULO I

Cortando nudos gordianos

Dejamos los hechos de esta mal pergeñada relación, con ínfulas de novela, y al cerrar el capítulo anterior, en punto que la revuelta había estallado en plena capital de México, causando con el primer disparo del cañón el desplome del techo de la «República» en la casona de la calle de las Moras.

¿Qué había pasado entretanto con el Presidente Madero? ¿Qué había hecho al tener noticias de la rebelión?

Advertido por sus íntimos, en el Alcázar de Chapultepec, donde moraba, tuvo la temeridad, ya que no carecía de valor personal, de lanzarse a la calle, con la idea de sofocar aquélla, sin saber siquiera cuál era a punto cierto su magnitud, ni contar con más apoyo que el que podían darle su presencia en el pueblo y un puñado de cadetes del Colegio Mi-

litar, hermoso brote de abnegada juventud, que empuñando las armas sin vacilaciones, formaron cuadro al Primer Magistrado de la Nación, en cumplimiento de un deber, y no obstante que, en su Instituto y por tradición, era más querido el caudillo de la revuelta, como ya estaba demostrado cuando esos mismos cadetes habían ovacionado a las damas que hasta allí habían llegado a pedir a Madero que fuera la ley y no el arbitrio político el que juzgara a aquél, al caer prisionero en Veracruz.

En mitad de ese pelotón de efebos fieles y rodeado de algunos de sus Ministros y amigos, y de minúsculo grupo de pueblo, Madero atravesó la larga calzada de la Reforma y parte de la Avenida Juárez hasta que una descarga que se le hizo por emboscados enemigos, lo obligó a refugiarse en el mismo taller de fotografía donde el populacho, instigado por seides suyos, hiciera refugiarse poco tiempo antes, mediante vulgar pedrea, a su contrincante político, el General Bernardo Reyes. La suerte comenzaba, al parecer, su obra de ironía....

Y allí, continuándose esa obra, hizo acto de presencia, con protesta de lealtad de felino, el hombre que lo había de perder; el mismo que, pretendiendo ser portavoz del Ejército, había pedido en un entusiasta brindis a Madero, plena confianza para ese abnegado organismo, al que llevaría al prostíbulo; el que, vencedor en Bachimba, Rellano y Conejos, sería incapaz de vencerse a sí mismo, y que, al acercarse a su víctima en aquellos álgidos momentos, lo hacía con la coquetería propia de la boa constrictor.

—¿Quién manda a los leales, señor Presidente? —preguntó—deseo saberlo para ponerme a sus órdenes.

—El Ministro de la Guerra...... pero ya ve usted.... está herido....

—Pues si usted me lo permite, yo lo llevaré a usted a Palacio, donde está su puesto.

Y tras ese breve diálogo, Madero se entregó inconscientemente a Huerta, con la misma ligereza con la que había reintegrado a la nación a la endémica revuelta.

Media hora más tarde, el Presidente se dirigía al Palacio Nacional, ginete en hermoso y manso caballo tordillo, y rodeado de su corto séquito de fieles. El pueblo, su adorador de ayer, no lo acompañaba ahora, abandonándolo a su suerte, por perjuro a sus promesas, o por miedo de las balas....

A su vez, los sediciosos, por distinto rumbo, y al haber sido rechazados del Palacio Nacional, se dirigían a la Ciudadela, vasto almacén de municiones y armas. Así, mientras Madero buscaba por asilo el vetusto edificio, morada de la ley, los rebeldes buscaban el arsenal de guerra, símbolo de la fuerza; de tal modo quedaba casada la lucha y lanzado el *alea jacta est* en el palenque de la histórica ciudad de los Moctezumas!

Expectantes y angustiosas transcurrieron las horas de la mañana, hasta que, al mediar el día, el vivo fuego de los fusiles y el craquetear de las ametralladoras, pregonaron que la brega se reanudaba. La Ciudadela estaba siendo asaltada; ella daría nombre a la revolución. Mal defendida, tras corto combate hubo de rendirse, y en sus vastas azoteas fueron alineados los cadáveres de asaltantes y asaltados, en una macabra conjunción; al cielo los renegridos rostros, muchos de ellos destrozados por el certero proyectil del mausser, y en los que parecía estereotiparse, en los unos, un gesto de iracundia, dibujado tal vez contra los que a la muerte los ha-

bían llevado; acaso contra los que la muerte les habían dado; de suprema piedad en otros, con el que tal vez disculpaban el sangriento episodio, precursor de incruenta lucha fratricida.

Desde aquel momento, el reto estaba formulado por las dos fuerzas contendientes, teniendo como campo una ciudad de mansedumbre y molicie; seguiríase el duelo que, al ser tenaz, formidable, agotador, podría bien culminar no tan sólo en el sacrificio de un puñado de hombres, que nada son, que nada vale si se quiere y en relación, sino en el holocausto de algo de inestimable valor: la salud y el decoro de la Patria.

El manto de la noche descendió piadoso para velar la hecatombe del primer día de combate. En la Plaza Mayor, los cuajarones de sangre, apenas oreados por el sol de aquel día, señalaban los lugares en los que habían caído las primeras víctimas. Los hospitales de sangre estaban henchidos por los lesionados. La ciudad, alegre y bulliciosa la víspera, era ahora un desierto campo de Haceldama, sobre el que se cernía una pesada atmósfera de zozobra; parte iluminado y parte a obscuras, porque por estrategia, se había ordenado suspender el alumbrado en ciertos sectores, Ni un tranvía, ni un automóvil, ni un coche rodando por las calles solitarias; alguno que otro azorado peatón deslizándose al abrigo de las paredes, como noctámbula sombra errante de un espíritu en pena; y por las amplias avenidas y los paseos, discurriendo silenciosas las «patrullas» como fúnebres comitivas....

La ciudad empavorecida, se daba bien cuenta del drama, aun cuando apenas había comenzado. Los teatros, los cafés y los cinematógrafos estaban clausurados. Un soplo de muerte y de espanto se

infiltraba por doquiera, y cada casa se había transformado en un cementerio por lo silenciosa, y a la vez en una fortaleza, en la que sus vecinos estaban dispuestos a hacerla inexpugnable. En la de las Moras apenas si Fermín se aventuraba a salir a la calle en busca de provisiones. Desprevenidos sus moradores, carecían de todo y era necesario adquirirlo de donde lo hubiera.

En los principios, habían comentado los sucesos con calor; ahora ya ni siquiera se atrevían a hablar alto de ellos; era que todos comenzaban a desconfiar de todos; todos solapaban sus simpatías y nadie se atrevía a externar su opinión, inseguro de si aquel que pudiera ser favorecido con ella no sería el vencido del día siguiente.

Amaneció el diez de febrero; y conforme las horas fueron transcurriendo, una interrogación inmensa, mejor dicho una serie de interrogaciones se fueron propagando de mente en mente, en una ansiosa curiosidad.—«¿Qué sucedía?»—«¿A qué obedecía la calma aparente que reinaba?»—«¿Por qué no tronaban las armas?»—«¿Por qué el Gobierno no atacaba a la Ciudadela?»—«¿Por qué la Ciudadela no tomaba el Palacio?»—«¿Qué significaba aquella tregua?»

—«Se están preparando»—decían los unos.—«En la Ciudadela se parapetan»—decían los otros.»—«El Gobierno no tiene fuerzas ni parque y está tratando de reconcentrar elementos.»—«Madero ha ido a pedir su ayuda a Zapata.»—«Madero ha huído....»—Lo cierto era, que cada versión tenía algo de fundado, y la que sí era enteramente verídica la de que Madero, en un rasgo de temeraria locura, había salido de la capital a bordo de un automóvil, con dos ayudantes por toda escolta, rumbo a Cuernavaca, para ir a traer las fuerzas que allá

operaban contra los zapatistas, al mando del general Angeles.

Fundada o infundada corrió igualmente la versión de conciliábulos celebrados entre amigos de los rebeldes y el divisionario al que Madero había confiado sofocar la revolución, con el intento de llegar a un acuerdo, al que no fué posible llegar por falta de dinero.

Acaso tal versión obedecía, más que a verdad, a un instinto que sugería el que una traición fuera posible. ¿Por qué el ojo del buitre no podría haber columbrado, desde la altura, que allá abajo había un duelo entre dos, de los que vencido el uno el otro resultaría fácil presa?

Para hacer más difícil la situación y hasta para demostrar que el temor indicado existía, el mando supremo no estaba real sino nominalmente depositado en unas manos: las de Huerta, ya que otros jefes tenían facultades bastantes para obrar por su propio arbitrio, como acontecía con el general federal Delgado – fuera de cuadro en el Ejército por una condena – y con el general Romero – igualmente fuera de cuadro por otra, – y a los que el Presidente Madero, con falta de tacto, había reintegrado en sus grados. De cualquier manera, lo perceptible era que había desconcierto, incertidumbre, vacilación, recelo, en las entrañas mismas de aquella noble institución que, hasta un pasado inmediato, había sido la mejor y más eficaz salvaguardia del orden.

Entretanto, en el Palacio Nacional el rencor más que la serena justicia, había comenzado a dar su fruto hediondo; y un viejo soldado, que gozaba de fuero constitucional, y con él algún alumno de la Escuela de Aspirantes, habían caído inicuamente fusilados...... Eran sediciosos, sí; desleales, infidentes; pero de todos modos hombres a los que una «ley»

preexistente y no una voluntad singular, era la sola autorizada para segarles la vida. Así, pues, el Gobierno, en una ciega epilepsia de rabia, se deshonraba a su vez......

Cuando alboreó la mañana del once, la urbe tuvo un despertar de pánico. Una ronca voz, que le era familiarmente conocida en las fiestas de la Patria, en las que tronaba por homenaje y con entusiasmo, hacía retemblar ahora las casas y ulular al aire, resonando colérica y formidante. El cañón comenzaba a vomitar metralla, y de las cornisas de los edificios y las cúpulas de los templos arrancaba nubes de caliza pulverizada y cascotes que convertía en proyectiles. Pronto las lacras de sus disparos quedaron señaladas en los puntos salientes. Y la ametralladora, con su fatídico craquetear, parecía aplaudir al cañón, haciéndole coro el fusil, cuyas balas rasgaban el aire produciendo un silbido fino, agudo, parecido al de un cristal en vibración.... (*)

La Ciudadela, acometida en aquella mañana, devolvía el ataque; y la ciudad se sentía cogida entre dos fuegos. Muchos de sus habitantes, que movidos por la curiosidad o espoleados por la necesidad se atrevían a transitar por las calles, caían en mitad de ellas, para no levantarse más, o iban a engrosar el número de los heridos en los improvisados hospitales, repletos de ellos! Algo como una horripilante mancha roja se iba extendiendo y extendiendo sobre la urbe.... El hermano mataba al hermano, con los fusiles que la Nación había puesto en sus manos para que la defendieran, y mismos con los que ahora la

---

(*) Aunque por trama novelesca se dijo que el cañón había sonado por primera vez, en esos días de lucha, en la mañana del nueve de febrero, lo cierto fué que no sucedió tal sino hasta la del once siguiente.

torturaban y la laceraban; y la muerte odiosa de la guerra civil encendía su antorcha funeraria que, encendida aún, acaso se habrá de apagar tras de los funerales de la Nación misma....

Ante la intensidad del conflicto, la diplomacia quiso mediar, buscando solución a lo que sólo podía tenerla por el triunfo de uno de los combatientes, sobre el otro, si se quería un resultado definitivo. Formuláronse arbitrios; imagináronse transacciones, y toda oferta bulló en vano ante la desconfianza y la obcecación del hombre del Ejecutivo.

Fracasados los «pourparleurs» diplomáticos en vista de que si el Gobierno pretendía la sumisión incondicional de los rebeldes, éstos, a su vez, querían la abdicación sin excepciones de los hombres de aquél, el combate se reanudó con más fuerza y saña que el día anterior. Madero había recibido refuerzo de hombres y municiones y no era avariento en gastarlos; y por la otra parte se hacía lujo y derroche de las existencias del inmenso material del que se habían apoderado.

Fronteriza a la Ciudadela estaba la Cárcel General: por ella podía venir bien el ataque para aquélla, y a fin de evitarlo se la cañoneó; la hampa del presidio se revolvió dentro de las salas de la prisión como fiera que se siente enardecida por el peligro dentro de la propia jaula; y entonces, rompiendo aquélla, los reclusos fueron a incorporarse los unos a los sublevados, mientras los otros que, lo menos que podían haber pensado era en recobrar la libertad en aquella forma, lo hicieron a la camaradería derramada por el poblado, jubilosos de su manumisión, para ir de nuevo a gravitar hacia el crimen, a excepción de los pocos que fueron recapturados. Tal parecía que, en un augurio más, la nueva revolución como lo había hecho la pasada maderista, abría las

puertas de las cárceles para que quedara abrogado el derecho de castigar la delincuencia......

Lo imaginable, lo lógico, lo que la más inexperta inteligencia en achaque de guerra inducía a esperar, era el sitio metódico de la Ciudadela, que estaba muy lejos de ser una fortificación: la aproximación paulatina a sus muros, con las precauciones del caso, por medio de obras de zapa; de paralelas cubiertas y de aproche, medio por el que todo el mundo consideraba perdida a la reductible posición en dos, tres o cuatro días. Mas, con general estupefacción, el jefe militar que dirigía el ataque, lo entendía en otra forma; y, con novísima táctica, lanzaba sobre el recinto de la Ciudadela columnas de asalto por las calles, que la metralla se encargaba de barrer con la facilidad con la que el río crecido barre los obstáculos que se levantan en su cauce.

Fué así como calles enteras de las que circunvalan a la Ciudadela quedaron alfombradas de cadáveres de combatientes, defensores del Gobierno; unos caídos cara al sol y en mitad del arroyo: acribillados otros en los vanos de las puertas de calle: otros más, desmenuzados por el torbellino de proyectiles de artillería que sobre ellos descargaban los rebeldes.

Las escenas espantosas y macabras se sucedían sin interrupción. Cada vez que alguna columna asaltante desembocaba por alguna de aquellas calles, el resultado era idéntico. Veíanse hombres para los que había bastado una certera bala a fin de inmovilizarlos con la muerte, tras rápida convulsión: heridos que se arrastraban penosamente, buscando un lugar de asilo, un rincón salvador que no podían hallar, y que se desangraban sin auxilio y perecían sin socorro empurpurando el suelo con su sangre; o que, ululantes de dolor, imprecaban y se arrastraban reptando como bestias lastimadas, hasta que,

misericordiosa, una nueva descarga ponía fin al dantesco sufrimiento. Cadáveres de caballos caídos en mitad de la calle, y de los que la descomposición se apoderaba velozmente, transformando los abdómenes en monstruosos receptáculos de gases pestilentes, e infelices jamelgos despanzurrados por la metralla y que, espantados, azorados, enloquecidos por el dolor o ante la insólita crueldad del hombre, de la que acaso se daban cuenta, partían corriendo, dejando regados por el asfaltado pavimento las humeantes vísceras y los detritus de una digestión apenas comenzada....

Y el cañón entretanto, retumbando, intermitente a veces; en otras sin interrupción, y enviando en todas direcciones, lo mismo de parte de unos que de los otros combatientes, los rechonchos proyectiles, repletos de balines que se derramarían desparramando a diestra y siniestra la muerte, en la ceguera de la bala cuyo oficio es matar sin saber por qué; sin saber a quién...... Al cañonazo respondía siempre, invariablemente, el craquetear de la ametralladora simulando el rabioso aplauso hecho por manos de esqueleto, en un rítmico sonar de huesos; y coreaba a la metralladora el fusil, cuyas balas rasgaban el aire con un silbido fino, agudo, penetrante, como de cristal en vibración......

La ciudad, espantada hasta el erizamiento, sentía que la muerte vagaba suelta, haciendo portentosa cosecha. Percibía, comenzaba a percibir en el aire, el olor de la carroña, y se extremecía de horror con los relatos de los temerarios que, por darse el espectáculo de saber cómo se mata y se muere en la guerra, salían a la aventura callejera, para ir a ser carne de mesa de hospital, o ir a engrosar el montón de los muertos anónimos que habían de arder des-

pués, como tétrica luminaria neroniana, en los llanos de «Valbuena!»

En esa angustia transcurría el tiempo: las noches se sucedían lóbregas y fúnebres, mas con algo de piadoso; en ellas la lucha cesaba; los combatientes esperaban, arma al brazo, el nuevo día para reanudar el duelo, como si no quisieran hacer de la tiniebla nueva arma, pactando el armisticio con la sombra....

Tal parecía que el espanto, el terror, el pánico quintescenciado, hubieran paralizado las energías todas de aquella populosa urbe de medio millón de habitantes, que se dejaba cañonear, ametrallar, acribillar, sin levantar airada una protesta colectiva, y sí buscando el sótano para hacer en él vida de alimaña.

—¡No se puede guisar! Tendremos que comer crudo y lo que haya.... —decía Chita en gemebundo tono.—Ni por un ojo de la cara se consigue una migaja de carbón!¡

—Tiene usted razón *mialma;* hoy, por primera vez en su vida, ha tomado frío su chocolate mi «Tulipán.»

—¡Lochita sí que ha sido previsora! Compró quién sabe dónde y antes de que se iniciara la «frasca» todo lo necesario....

—Eso es que debe haber estado advertida a tiempo por el «sobrinito,» que a poco y está en el «ajo»....

Calumniosa versión: el sobrino llegaba de prisa y silencioso, como preocupado; tomaba en volandas su colación, y se volvía a la oficina.

—Pero oiga, Menchaca. ¿No se le escarapela el cuerpo pensando que se puede encontrar perdido un albondigón de esos de a setenta y cinco?

—¿Y qué quiere usted que haga, mi apreciable

Chaneque? El deber es el deber, y hay que cumplir con él, y más ahora que hay mucho quehacer en la oficina. Por lo demás, bala que se oye no pega; y muerto más o muerto menos no hace montón....

—¡Jesús me valga! Sólo de oírlo ya tengo calosfríos.... —coreaba Paulinita.

Orbezo no acababa de deglutir su problema. Sentíase compelido por algo que le decía que su puesto estaba al lado de los defensores del Gobierno, ya que éste le daba sueldo; pero, por otra parte, allá, en la «Ciudadela,» estaban los camaradas; los que perseguían la reivindicación de afrentas de las que él se consideraba copartícipe; combatían a los que habían echado de la silla presidencial al señor don Porfirio, y con él a toda una tradición, a toda una época, que eran las suyas; y así mientras lograba aclarar la incógnita, se conformaba con dar sus lecciones de estrategia y de conocimientos balísticos al vecindario, ilustrándolo sobre ciertos detalles.

—Ahora tiran de la «Ciudadela.» Esos son disparos de «Schneider-Canet»....los conozco muy bien. ¡Si los cañones hablan!

Y a poco:

—Ahora disparan del otro lado. Esas ametralladoras deben estar funcionando por la Calzada de Dolores....

—Adiós viejo!.... ¡Usted nos quiere «tantear!» ¿Cómo va usted a saber eso?

—Por la dirección del viento. ¿No ve usted que los disparos se oyen muy lejos?

Cuca Otamendi, que en los principios estaba furiosa contra los «pronunciados» había apagado el fuego de sus baterías; por lo menos, las de grueso calibre. En sus interiores sentía aversión por aquellos «peleles» que querían derrumbar al «apóstol,»

de quien todavía podía esperarse mucho, y que había venido a devolver al pueblo sus libertades y a las modistas ramplonas una poca de clientela; pero al propio tiempo, pensaba que podía suceder bien que los facciosos dieran al traste con apóstol y apostolado, en cuyo caso meditaba sobre la oportunidad de aquellas flores arrojadas por Tenorio a los pies de Chayito, y en la significativa sonrisa con la que la tal había pagado la ofrenda. Qué lástima, después de todo, que sólo hubiera dos velas encendidas, y que Paca o Meches, por ejemplo, no tuvieran un pretendiente en las filas de zapata!

En el concurso aquél, alguien había que, callado, apenas si sonreía mefistofélicamente, cuando ciertas «grillas» llegadas de la calle le daban el tono de cómo andaban las cosas, Rémington. Su íntimo Pingarrón había hecho un eclipse total, un mutis rápido desde las primeras de cambio; nadie sabía de él; ni aun el mismo Porritas que apenas si se había dejado ver por lo casona, más amarillo que un cirio viejo. ¿Por miedo? ¡Cá! Era que él padecía sus ataquitos del hígado, y ahora andaba con uno de ellos.

Chaneque, como ardilla enjaulada, ya bajaba, ya subía desde la «República» al patio y del patio al «copete;» sus nervios estaban como cables de acero, ante lo que pudiera encerrar el porvenir, al que veía color de hormiga. Sufría sobresaltos incontables. Los fusiles, aquellos fusiles de Tinajero, que un día viera apuntados a su pecho!.... Y el ojo, el ojo aquel del tuerto Matías que parecía el de un cíclope!.... Y aquellos dos ahorcados balanceándose en la cruceta del telégrafo.... ¡Vaya usted a saber si Tinajero o Matías no resultaban ahora «libertadores» en el «nuevo orden de cosas,» con los que él tuviera que ajustar cuentas debido a sus ideas en

política! ¡Y él que los había calificado de «latro-facciosos!»......

—¡Esto es un crimen! ¡Esto es un crimen!—se conformaba con decir.

—Y tú que eeeres aaacredor al cadaaalso por haber escriiiito en un periooodico maaaderista....

—Psché.... yo sé ser firme en mis ideas.

—Pupupues te paaarticipo que ya están daaando luuumbre a los rotatiiiivos gobiernistas. Ya ardió la «Huhuhuevera».... (Por la «Nueva Era.»)

—¡Qué salvajada! ¡Quemar las prensas propagadoras del pensamiento libre!

—Del pensamiento coooómplice, dirás....

Barbedillo atento, analizador, avizorando siempre, no perdía detalle y era, al parecer, quien mejor llevaba el pulso de los acontecimientos, por más que en sus labios resultara un pulso loco, y una vez que adquiría sus informes en la peluquería de la misma calle. Quería saber, como era lo indicado, en qué momento se iniciaba «la cargada» para entonces adoptar partido. Y de ahí que su brújula estuviera con la aguja borracha, porque, si en un día se le oía decír, seguiendo los informes adquiridos:

—Al Gobierno se le ha acabado el parque, y aunque tenga un militarazo como Huerta, no le doy mucha vida....

Al siguiente decía:

—¿Pero cuándo han sido buenos artilleros Mondragón y Félix Días? Los van a coger en la ratonera....

Para enmendar en la tarde:

—¡Caramba! Qué disparitos los que hacen los de allá, eh? En donde ponen el ojo ponen el obús. Y los de este lado empeñados en hacer disparates!....

Y en la noche anunciar:

—Zapata es el que va a levantar el monte. Los otros le están haciendo la olla gorda. Para él será la situación....

Andrade no se resignaba a la inactividad. Creía que era un crimen inmenso, inaudito, sin precedentes en la Historia nacional aquél, por ambos bandos, sin querer acordarse de las experiencias de esa Historia; y que era, por lo tanto, odiosa complicidad el permanecer cruzado de brazos. Sin dejar de desconocer que podía haber mucho de justo en la revuelta, pero que también lo había en la obstinación del Gobierno para no ceder, condenaba resueltamente la apatía del pueblo frente a la catástrofe, ya que ni se ponía del lado de su apóstol, para defenderlo, ni frente a él, para desautorizarlo. Pensaba que la multitud debía erguirse, ponerse de pie y no estar «azorrillada» en sus tabucos; levantarse colérica, indignada y reclamar, en una enérgica admonición, el que afrenta tal contra los destinos de la Patria se estuviera cometiendo en la misma entraña de la nación, sin tomarlo a él, el pueblo, para nada en cuenta, cuando era el único que tenía derecho para determinar de sus destinos que ahora se disputaban a cañonazo limpio un poder sin simpatías, pretendiendo sostenerse por la fuerza, y una fuerza que, con bastardo origen, quería apoderarse del Poder....

Por eso que saliera a peregrinar por los arrabales de la urbe, en algo que a su romanticismo político parecía santa cruzada, de la que volvía siempre más decepcionado, más convencido de que en la gran masa no hay voluntad; desilusionado de que aquélla pudiera moverse por voliciones inteligentes y no por pasionales impulsos y por subjetivismos tontos.

—¡Este es un pueblo de cobardes!—decía al re-

gresar—Con la misma pasividad con la que ayer soportaba sobre sus espaldas el látigo de sus afrentas, soporta hoy la fusta de las balas....

Las escapatorias de Andrade hacían temblar de terror a la cada vez más enamorada «Corchea,» que al verlo deslizarse furtivamente rumbo a la calle, se presumía que era la última vez que lo veía vivo, siendo lo posible que se lo devolvieran en una camilla, muerto o mal herido. Y ella, que hasta entonces había sido incapaz de formularle una súplica, de insinuarle en lo más mínimo su amor, cobraba ímpetus para decirle en efusivo ruego:

—¡Por el amor de Dios, Federico!—¡No salga usted! ¿Por qué le gusta tanto exponerse, dejándonos angustiados por usted aquí? ¿Qué va a buscar? ¡Qué cruel sería que lo mataran, y uno ni lo supiera para volar a su lado!

—No tenga cuidado, Pita; tomo mis precauciones y no me pasará nada. ¡Qué quiere usted! Busco el ayudar a que esto se solucione....

—¡Déjelos usted! Allá que gane el que ha de ganar......

—¿Y eso dice usted? No.... Es preciso orientar a la opinión; conducirla; enseñar al pueblo....

—La opinión.... la opinión.... Yo he oído decir a usted mismo que esa es «una eterna enamorada de un resplandor que se llama éxito»!.... ¿Verdad que me va a hacer caso y que no saldrá?

Mas Quico no la hacía caso y se marchaba; y entonces ella, como en alguna otra semejante ocasión, acudía a su remedio heróico: encender su lamparita al Santo Niño de Praga......

En cambio, la lámpara de Chayo no se encendía ya con el mismo objeto a la Virgen de las Angustias. Chayo, la divina Chayo, tenía sus dudas y va-

cilaciones sobre encender aquella lámpara por Andrade o por otro.

La seductora morena había sufrido una extraña e insensible deformación en carácter y tendencias: la bella púber de ayer, dominadora de belleza, pero recatada y, en parte, sencilla, iba convergiendo, cada vez con más fuerza, acaso por verse cada vez con más fuerza elogiada, en casquivana, desenvuelta y poco escrupulosa: si conservaba ciertos afectos para Andrade, en una fidelidad impuesta acaso porque no se la tachara de frívola y coqueta, llevaba codiciosamente su pensamiento también por otros rumbos de amor o de ilusión; si todavía la seducía la arrogante figura de aquél y la cautivaba su fácil verba, no era aventurado asegurar que en sus intimidades poníale más de un pero: conservábalo como al dueño de sus primitivas ilusiones; pero esquivaba darle las que iban naciendo nuevamente en su cerebro más que en su corazón; pasado el período del romanticismo, la Chayito iba ahora aprendiendo a ser un poco práctica: hacía como más elástica su alma, y por ello admitía, siempre en lo íntimo, por supuesto, que bien podría no ser Andrade el único hombre digno de que ella fuera su esposa. Andrade no era capaz de colmar ya todas sus codicias.

Precisamente en aquellos días Chayo había tenido una debilidad y cometido cierta ligereza que la traía algo medrosica, no fuera a ser que los celos de Quico, que los tenía y grandes, la dieran un dolor de cabeza anticipadamente.

Erase el caso que, subrepticiamente, la Chayito había recibido pocos días antes, una esquela de alguien que la avisaba estar en México y arder en deseos de verla, los que no podía realizar desde luego por tener que estar de incógnito en la capital, y

porque no quería procurarle «dificultades,» dados los «compromisos» que ella tenía con Andrade; pero prometiéndola que, en la primera oportunidad propicia, trataría de satisfacer aquella más que pueril satisfacción, imperativo deseo de «verse en el cielo de sus ojos» y «oir su voz, eco divino.» El anónimo galán la encarecía la reserva; y ella, que bien había podido identificarlo, si no por la vulgaridad de sus frases sí por el carácter de letra de la misiva, había guardado el secreto obedientemente: un poco por dar gusto a quien se lo pedía; otro poco por hacer así más interesante el homenaje; y aun otro poco porque si aquello lo sabía Andrade, era seguro que la armaba un tiberio.

Mas la casualidad, que es madre de muchas cosas buenas y malas, puso frente a frente, por un momento y en las horas iniciales de la perturbación política, a la inconstante coqueta que, a semejanza de la revolución, gustaba de ir acrecentando el número de sus adoradores, y al audaz galanteador que ahora la pretendiera. Sucedió el hecho cuando el nucleo de los sublevados del 9 de febrero al ser rechazados del Palacio y dar la media vuelta por las calles del Reloj, pasaron por algún crucero en momentos en los que Cuca y Chayo regresaban del baño, deslumbradora de belleza la segunda, con la opulenta cabellera suelta; radiante de juventud y pletórica de vida; fresca y lozana.

Sorprendidas por la columna revolucionaria y ante la imposibilidad de hallar refugio en algún zaguán, ya que todos estaban cerrados, o de correr, lo que era punto menos que inútil, tuvieron que replegarse contra los muros de una casa, en tanto que pasaban los rebeldes. Y fué así como vieron desfilar a aquéllos, encabezados por Díaz y Mondragón, en trajes de paisanos, y jinetes en briosos caballos

cuyas monturas, como la del caballo del infortunado Reyes, estaban engalanadas por las flores prendidas al azar de las que femeninas manos les hubieran arrojado al paso desde los balcones y azoteas. Y a la zaga de aquellos pudieron reconocer, estupefactas, a alguien que, enhiesto, provocador, orgulloso de su nueva hazaña y a caballo también, les envió con la mano un afectuoso saludo, después de haber hecho caer a los pies de Chayito un fresco ramo de claveles y violetas, que aquella se apresuró a levantar, pagando el homenaje con una deliciosa sonrisa.

—Pero.... ese hombre no tiene «cuate»—dijo indignada Cuca—Si parece mentira....!

—¿Por qué? Preguntó Chayo con fingida candorosidad.

—¡Cómo....! Pues si él era maderista....

—Y ya ahora no lo es.... ¿qué tiene eso de raro?

—¡Eso es unadeslealtad!

—No, hija.... es un derecho....

—¿Y para qué recoges esas flores? ¿Las vas a guardar acaso?

—Naturalmente...... ¿Por qué no? Como un recuerdo...... Quién quita que Tenorio llegue a «figura» y entonces....

—Bueno.... bueno.... vámonos....

—Por vida tuyita no le vayas a decir nada a Quico. Me costaría un disgusto..... ya ves tú que es tan celoso......

Afortunadamente, cuando ellas regresaron a la casona, en la que tuvieron que hacer el obligado relato de su encuentro con los rebeldes, ni Andrade ni Tafolla ni Chaneque estaban aún allí, de vuelta de su curiosa excursión a la Plaza de Armas. Por lo que el contrabando de aquellas flores pudo ir a

aumentar, sin peligros, el arsenal de baratijas que de sus adoradores conservaba Chayo.

Y si acaso, el estar frente a frente en posteriores horas ella y Andrade, él se preguntaba para sus interiores:—«¿Sabe ella que Tenorio está en México y me lo oculta?»—ella se decía: «¿Sabe él que Tenorio está en México y que se lo oculto?»

—Pero es increíble que al cabo de seis días, ni los de la «Ciudadela» hayan podido «tumbar» al Gobierno, ni éste haya acabado con aquéllos. ¡Ya esto es insoportable! ¡Ya no se puede vivir! No se encuentra qué comer.... —decía enfurruñada Tachita, que era la esencia de la calma.

Eran ya, en efecto, inútiles los continuados viajes de Fermín, que pasadas las primeras horas de estupor, había acabado por ser el más decidido de la casa en lo de callejear, y en pos de carbón, velas, carne, pan, chocolate, azúcar y demás artículos de primera necesidad. El diligente mandadero regresaba diciendo invariablemente:

—*¡Nuay!*

—¿Cómo que no hay?

—*¡Pus nuay!* Dice don Candelario (el bodegonero de la esquina) que ya *siacabó*....

—Pues anda y corre a la otra esquina....

—Si ya *juí* y dice Dimetrio (el bodegonero de la otra esquina) que ya *siacabó*....

—¡Virgen Santa! ¿Y qué vamos a comer ahora?

—¡Democracia!.... —contestaba Gordillo.

—Y deje usted eso, Tachita.... Que ya está ahí la peste, según dicen, y verá usted cómo va a cundir. Tanto hombre y tanto caballo muerto!..... Tirados en las calles y pudriéndose al sol!

—Verdad.... ¿No notan ustedes que ya hiede?

—Guerra, hambre, peste! El fin del mundo, *mialmas*.... Si yo me lo figuré desde que apareció *la co-*

meta esa del Centenario y leí las profecías de la madre Matiana.....

Por otro lado, Barbedillo, Orbezo y demás compinches discutían soto-voce los últimos acontecimientos:

—El 7º de infantería fué acribillado ayer, al pretender acercarse a la Ciudadela....

—Natural. ¡Mientras se empeñen en tomarla de ese modo, haciendo avanzar a las tropas asaltantes al descubierto y por en medio de la calle!....

—Dicen que los de la Ciudadela están tan «amolados» que están comiendo carne de caballo....

—No lo crea. Yo sé, «de buena fuente,» que están como en su casa: tienen mucho «laterío,» conservas, carne fresca y demás, y hasta toman leche a diario de un establo cuyas vacas «se avanzaron.»

—¿Cómo va a acabar esto? Ni los unos se rinden ni los otros les pueden. Y nada se logra con que recaditos vayan y recaditos vengan....

—¿Cómo quieren ustedes que acabe? Con la intervención americana! Yo sé «de muy buena tinta,» que ya están desembarcando los gringos en Veracruz.....

—Mire usted que es capricho de Madero el de no renunciar. ¡Tenernos aquí como en un sitio y exponer a la Nación a ser invadida nada más que por no dejar «la papa»....!

—¿Y por qué ha de renunciar? para darles gusto a los de «la bola»? Hace bien, qué caramba! Qué se muera en su lugar!

—Dicen que ya los Ministros extranjeros le han suplicado que renuncie, y que él se resiste.

—¡Muy bien hecho! ¿Qué tienen que meterse esos señores en nuestras rencillas domésticas?

—Es que, al despedazarnos nosotros, nós llevamos de encuentro a sus nacionales......

—¡Que se «frunzan»! El que está a las maduras, debe estar a las duras......

—Yo he sabido, «de buena fuente,» que también algunos senadores le pidieron la renuncia.

—¡Que los despache al.... limbo! Esos son del «antiguo régimen.» Madero no debe hacer otra cosa que fajarse bien los pantalones y acabar a lo hombre con la revuelta, porque de otro modo, mañana o pasado retoñará....

Este último comentario era del interesado Chaneque, como es de suponer.

—Pues yo sé, «de buena tinta,» que ya se va a dar el asalto final, porque así se lo ha prometido Huerta a Madero, y el indio ese es muy hombre para cumplir lo que promete!

—El prometer no empobrece; el dar es el que aniquila....

—No se cansen ustedes. Sostengo que, como lo están haciendo, no toman la Ciudadela en años. Cuando el sitio de Puebla, en el 63, para tomar cada «manzana» teníamos que hacer minas y contraminas...... Allí sí que se batió duro el cobre! Pero asaltar así, a cara descubierta, cuando el enemigo tiene artillería, es ocioso, porque al que se acerca lo dejan tieso!

—¡Ya está! ¿Pues qué los otros son mancos? ¿Y qué no tienen también artillería?

—Sí, Chanequito, sí.... Nada más que nada puede: tira y no pega, hombre!

—Que tiren por elevación. Para eso están ahí Angeles y Rubio Navarrete.

—¡Ah qué ustedes! Los cañones no son morteros. Su tiro es directo y por eso no pueden hacer blanco en la Ciudadela rodeada de edificios más altos......

Lo cierto era que en todo aquello algo había de verdad. La ciudad comenzaba a padecer por ham-

bre: los mercados vacíos, no podían abastecerla porque no había introductores de víveres en ellos. La mayor parte de los almacenes de abarrotes habían dado fin a sus existencias. La clase menesterosa era la que más sufría por ello, y sin embargo, al cabo de siete días de asedio que la hacía estar encerrada en sus domicilios, ni trataba de apoderarse por el saqueo de lo que necesitaba, ni siquiera daba muestras de impaciencia. Debíase esto a un alto sentido moral o al miedo a las balas, o bien al temor de «la leva» que dizque echaba el Gobierno para reforzar sus diezmadas tropas?

En las cercanías de la zona de fuego, en un bien delineado cuadrilátero, el cañón y la ametralladora habían dejado cicatrices de variolosos y mutilados en torres y edificios. Fresca sangre se oreaba en cada día al sol, y sangre seca se levantaba én costras de los pavimentos, para ser barrida por el viento. Insuficientes los hospitales para contener el gran número de heridos, éstos habían sido acondicionados en colegios y casas particulares donde, con una abnegación ejemplar, damas y estudiantes de medicina se pasaban la vida en la tarea de disputar a la muerte sus presas. Y esto no obstante, allá, en los mustios atardeceres de la ciudad en azoro, los carretones empleados antes por la limpieza pública para recoger las basuras de la urbe, recogían ahora su diurna carga de carne humana, que era trasportada, en brutal hacinamiento, hasta los lejanos llanos de «Valbuena,» donde se amontonaba en espera de otras y otras remesas, hasta formar pira digna de que en ella se gastara el petróleo, ya que aquellos despojos no podían ser llevados a los cementerios por falta de elementos ni en ellos podían ser sepultados por falta de enterradores.

Y allá, en esos llanos y después de ser regados

por el combustible, ardían los cadáveres en hornada espantosa de la que se levantaban, en gruesas espirales, columnas de humo denso, acre y nauseabundo.... Fuliginosas volutas alimentadas por la grasa humana, que se retorcían lamiendo el suelo en rabioso lengüetazo, como de almas condenadas de muertos no arrepentidos, o se erguían rectas, airosas, fáciles, para ir a desvanecerse en la altura, como si fueran de espíritus que iban en busca de un Dios de los cielos para clamar misericordia por los crímenes de los de abajo....

En las tranquilas noches invernales de aquel mes de febrero, el espectáculo era de un colorido tal que ante él los nervios más bien forjados sufrían una torturante yugulación. La hoguera ardía con cárdena luz, consumiendo lentamente los despojos, corriendo las llamas en violadas guedejas por los informes miembros que crepitaban y se carbonizaban, haciendo que el hórrido montón experimentara hundimientos espeluznantes, pavorosos, pues que en esos momentos borbotaba la pira regueros de chispas que sembraban el aire con lumíneos puntos, fuegos de artificio que la muerte ofrecía a la tiniebla, antes de desperdigar al viento las cenizas, en un último saldo con el que la humanidad devolvía a la madre tierra el substancioso abono!

La peste, por todos temida, había sido hasta entonces piadosa: como que se resistiera a sentar sus reales en la invitación que le hacían el plomo homicida y el hambre torturadora.

Y la obra criminal proseguía lentamente fermentando en la penumbra de los sucesos. Los contingentes del Gobierno se iban agotando uno a uno diabólicamente; ya era un batallón aniquilado en un esfuerzo inútil para dar el asalto; ya era un cuerpo de caballería, que, mal instruído sobre el

punto en el que tenía que alojarse a su llegada a la capital, equivocaba el rumbo e iba a estrellarse ante la boca de los cañones revolucionarios. En el vértigo de hacer estremecer de espanto constante a la ciudad ayer alegre y confiada, el cañón no cesaba de retumbar, enviando al espacio sus flores de bronce, que en asesino estallido regaban el polen de sus shrapnels y de sus fragmentos de acero....

Era positivo que los Ministros extranjeros, estupefactos en un principio, habían acabado por reaccionar, pidiendo a los beligerantes el término de la lucha, no por el deseo egoísta de proteger intereses de sus nacionales, y sí movidos por un alto deber de humanidad ante el sacrilegio cometido al ametrallar la bella ciudad; pero cada combatiente imponía condiciones de tal modo inaceptables que, al ser rechazadas por el otro, forzaban la reanudación de la lucha con más encarnizamiento.

Igualmente cierto era que un grupo de senadores de la República, en último extremo llenos de un alto valor civil, habíanse acercado al Presidente pidiéndole la cesación de esa lucha, aun a costa de su renuncia si necesario era, y ante la inminencia de una intervención extranjera, sin obtener en un principio más de un desdeñoso gesto, y posteriormente una rotunda negativa.

¿De parte de quién estaba la razón? ¿De quienes pretendían hundir un Gobierno, por incapaz malo, por impopular insostenible, por provocador de la ruina nacional indefendible; o de parte del que, considerándose legítimamente ungido por el voto popular, defendía su investidura como algo perfectamente propio y aunque en esa defensa se sintiera aislado y abandonado del pueblo y para ella tuviera que estar cañoneando la capital?

En la disyuntiva, cada cual opinaba según sus

personales simpatías. Lo cierto, en resumen, era que, por principio, el uno debía agotar el último recurso, y gastar el último peso y el último hombre, no en una defensa personal y por lo tanto egoísta, sino en la de los fundamentos del orden; y los otros, alentados por la pasividad popular, que significaba aprobación y por un principio de justicia en su revuelta, debían coronar con el éxito la misma o perecer en la demanda.

Desgraciadamente el bello gesto del Presidente Madero, defendiendo su investidura, estaba contradicho por dos errores monumentales; el uno, el haberse cegado a tal extremo que no se percataba que su defensa estaba confiada a malas manos, en su prurito de considerarse superior al error; el otro, haber dirigido al presidente Taft, de los Estados Unidos del Norte, un humillante mensaje cablegráfico «rogándole» que no desembarcaran fuerzas americanas en Veracruz, con la promesa de que la rebelión quedaría muy pronto subyugada. Con este cable, y el acto de debilidad de su renuncia, y en plena justicia histórica, el Presidente Madero se cerró por propia mano las puertas de la inmortalidad y borró su nombre del catálogo de los gobernantes horoicos para el sacrificio.

El domingo 16 de febrero la metrópoli tuvo unas horas de respiro en las que, a la par que pudo saciar su curiosidad, contemplando los estragos de la lucha, se aprovisionó de lo que más necesitaba. Un armisticio había sido pactado por los beligerantes, que otro nombre no podía dárseles, con el objeto de sepultar los cadáveres que no había sido posible recoger de las zonas de activo fuego, y dar libertad a los vecinos de la urbe para buscar alimentos. En una oleada repentina la gente abandonó las casas y se echó a las calles, quien en requisa de esos ali-

mentos; quien para saciar su avidez de curioso. Cada elocuente cicatriz de cañonazo provocaba los más variados comentarios; y cada casa incendiada de adrede o por accidente (entre ellas la del padre del Presidente) los hacía crecer. Corto espacio pudo durar la disímbola peregrinación porque, intempestivamente y a poco de mediar el día, la lucha se trabó de nuevo, haciendo desbandarse en loca carrera a los que audaces se habían aventurado en las calles.

Y en mitad de esa lucha llegó el lunes diez y ocho de febrero. En ese día, y en una nueva entrevista que el grupo de Senadores, que pretendían con la renuncia del Presidente y la abdicación de codicias al Poder por parte de los de la «Ciudadela,» poner fin a la fratricida contienda, y que celebraron con el hombre-hiena al que el Poder había encargado torpemente su defensa, Huerta tuvo una frase que la Historia ha recogido para estereotiparla.

Después de haber tratado de sugerir mañosamente a los senadores que destituyeran a Madero (a fin de poder él asumir el mando militar completo) y de ser informado por aquéllos que Madero no se plegaba a renunciar, no obstante que el Ministro de Relaciones, Lascuráin, pintaba la situación como gravísima por la inminencia de la intervención americana, el traidor se dejó perfilar bien y con él su maquiavélico intento, diciendo a aquéllos, como si hasta ese momento hubiera percibido con lucidez la solución salvadora: «*Muy bien señores; ya ahora sé lo que tengo qué hacer.*»

¡Y lo que tuvo que hacer fué relativamente fácil y trascendentalmente incalculable! ¡Echarse sobre el uniforme de general del ejército, que portaba por honor y para honor de la República y de su corporación, la abominable túnica de Iscariote; armarse

del acero de Bertrand Dugesclin, que no del hierro de Brutus, y caer sobre su presa para anonadarla, en un salto panteruno!

Las sombras augustas de Morelos, aquel bravo insurgente todo honor y todo gloria; de los Bravo, de Amaya en el 47 contestando al jefe invasor americano en «Churubusco» cuando le preguntaba dónde estaba el parque: «Si lo hubiera no estaría usted aquí;» de Xicotencatl y del abnegado Antonio de León sucumbiendo en desigual lucha; de aquellos cadetes inmolados en el peñón que les servía de nido y templo, su Escuela Militar; de Zaragoza, Negrete y Berriozábal, viéndole la espalda al francés invencible, cuando el glorioso cinco de mayo de 62; las de tanto y tanto héroe de ese abnegado ejército nacional, deben haberse conmovido indignadas ante la proyectada felonía, ante la traición en marcha, ante el deshonor del águila que abre sus alas de oro en las hombreras del uniforme para bañarlas en sol de victoria y no en noche de infidencia!

Rápidamente, funambulescamente, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre que bien o mal poseía la investidura del Poder Supremo de la República, fué precipitado desde la cima al abismo, y pasó en el lapso de un minuto desde la condición de mandatario único a la de vulgar prisionero. Un grupo de soldados, que acaso no supieron lo que hicieron, cayó sobre él en su propio despacho presidencial, que quedó desde entonces maculado con sangre en la corta lucha allí sostenida: lo hizo descender, en pretendida fuga, hasta los patios del Palacio, y caer finalmente, desde los artesonados salones, hasta un mísero garitón de guardia en calidad de detenido, para ser llevado después a las habitaciones de la intendencia del palacio, de las que saldría para un suplicio imbécil....

Por los salones de ese Palacio habían transcurrido virreyes, caudillos insurgentes, emperadores, dictadores, déspotas y presidentes, y ninguno, en tres siglos, había tenido que abandonar el Poder en aquella forma violenta e intempestiva; ni el pusilánime Iturrigaray, en los tiempos virreinales, ni el presidente Zuloaga cuando fuera derrocado por Miramón. Nadie, hasta entonces, había sido allí víctima de semejante burda asonada!

En sus osarios, los inmolados de todas nuestras revueltas políticas, de todas nuestras contiendas civiles, Guerrero y Robles Pezuela, Arista y Amaya, Maximiliano de Austria y Lerdo de Tejada, deben haberse removido de consternación. Pudieron precipitarlos a ellos, desde las alturas del poder, triunfos de enemigos o añagazas de contrarios; pero jamás a nadie, al abandonar el solio, le había salido al paso, para cerrárselo, una turba de pretorianos para arrastrarlos hasta el patíbulo. Tal parecía que en aquellos momentos el hálito de Maxtla, el tirano aborígena, pasara sobre el terreno que un día ocupara el imperial palacio de Axayacatl!

La noticia cundió veloz por la urbe. El Presidente está preso. Sus Ministros lo están también en el Palacio. Y si verdad se ha de decir, el primer momento fué de satisfacción; de ruin satisfacción egoísta. Con aquella prisión, la contienda tenía que cesar. Ya no tronaría más el cañón ni lo aplaudiría la ametralladora, ni los corearía el fusil. Ya se podría buscar el pan en la calle sin temor a la bala perdida.... Ya se podría, en fin, vivir! Después.... ¿Por qué preocuparse de lo que podía sobrevenir después?

¿Qué hacía entretanto el pueblo, el verdadero pueblo? Conservábase en un expectante azoro. Como que no se hubiera dado cuenta de lo que había

pasado, de lo que pasando estaba.... ¿Defender al ídolo de ayer? ¿Para qué? ¿Valía acaso la pena? Él le había dado su cariño inmenso, su fe ilimitada, su simpatía sin tasa; y el ídolo, una vez en el altar, lo había defraudado como tantos otros, y no había respondido para curar ninguna de sus llagas ni sedar ninguna de sus amarguras!

En su absorta tristeza, tal parecía que la masa ignara era la única bien posesionada, aunque no lo revelara, del porvenir sombrío. Ella, carne siempre para la iniquidad, sangre para la inmolación, espíritu por siglos sacrificado a la avaricia y la sed de mando de otros, cargaría con el resultado del delito, si delito había, y sufriría nuevo castigo, como muchos otros sufridos ya! ¿Qué garantía tenía de beneficiarse, si el éxito, agua lustral, borraba aquél y convertíalo en heroicidad? Seguiría siendo el mismo; el paria, el manoseado, el pretexto cínico con el que, cada vez que la ocasión se presentara, se erigiera un nuevo «libertador.» Por eso que no participara en la embriaguez del triunfo, con unos, ni de la tristeza de la derrota con otros. Sentía, como la irreductible raza judía, que para él el verdadero Redentor político no había bajado aún, no había llegado, y que acaso.... no bajaría nunca!

Como en cinematográfica pantalla se desarrollaron los acontecimientos subsecuentes. El Presidente prisionero mismo, se auto condenaba, diciéndole a un confidente,—el Ministro de Cuba en México: «Un Presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, *sólo debe quejarse a sí mismo.* La Historia, si es justa, lo dirá: *No supo sostenerse.*» Frases en las que Madero se hacía responsable de no haber sabido ser un Jefe de Estado, por más que hubiera podido ser un excelente agitador político, condenando a la par a su revolución

que, en vez de crear un estado de cosas sostenible por la opinión, requería el sostenimiento por la fuerza.... Y agregaba: «Ministro: *Si vuelvo a gobernar a mi Patria,* me rodearé de *hombres resueltos, que no sean medias tintas. He cometido grandes errores....*» Tal decía el hombre que predicaba la democracia y la obra de libertad! Aun en ese instante pensaba en tornar a ser el revolucionario inconsciente, que no había tenido mano para el timón de la nave!

Y pensar que, poco tiempo después, cuando aun no se apagaba el eco de estas palabras de apostasía, otros «apostoloides» incidicían en la cínica mentira de hacerse pasar por inmaculados demócratas, tomando el nombre de Madero como lábaro, así fuera circunstancial! Huerta, vistiendo ovejuna piel, trató con los rebeldes de la Ciudadela, que candorosamente creyeron en su buena fe, cuando venía de cometer la felonía más grande registrada en los anales de la nacional Historia. Y el pacto se hizo y rubricó; pacto de montés felino y de aguiluchos implumes, que confían en que aquél ha de consentirles fortificar la garra y educar las alas para la hora de la inevitable reyerta!

A fin de legalizar el hecho, la astucia jugó carreras con el pánico; y hablaron a los oídos del prisionero Presidente que, en un último rasgo de infantibilidad, creyó salvarse extendiendo su renuncia, a la que acompañó la suya el Vicepresidente, también preso, crédulos de que se les proporcionaría la manera de abandonar el país, brindándoles la oportunidad para la reconquista del Poder, que sin duda hubieran intentado, mediante una nueva revolución, cuando habría sido su resistencia tenaz su rotunda negativa a renunciar, lo único que, de no salvarlos en persona física, los habría salvado,

por lo menos, en personalidad moral, salvando igualmente a la causa que en un día encabezaran. Tal debería haber hecho, sin temblar ante la muerte y el sacrificio; sin llegar a poner jamás en un documento la firma delatora de un momento de debilidad, que, no por humana, dejaba de ser lacra en quien no se debía a sí ni a sus deudos, sino a la Patria y a sus correligionarios.

Arrancada la renuncia y trasmitida a las Cámaras por los Ministros de Madero, que ocurrieron a ellas guiados acaso por el raciocinio de que, mediante esas renuncias había alguna probabilidad de salvar aquellas vidas, mientras que de otro modo no había ninguna, fueron sometidas a la deliberación de esas Cámaras, cuyos miembros, salvo muy contadas y honrosas excepciones, formadas de hombres viriles que tuvieron el valor de enfrentarse con el peligro, cual correspondía a sus altas investiduras, sufrieron el espasmo del terror, arrojando sus votos aprobatorios a las urnas, para dar así barniz de legalidad a lo que no era sino obra de coacción, y adolecía, por lo tanto, del pecado original más grave: el no ser producto de libre y depurado convencimiento. Y así fué como por el escenario augusto de la Representación Nacional convertida en aquellos instantes en foro de teatro para función de trasformista, pasaron, en media hora escasa, un Presidente legítimo, dimitente por obra de emboscada; otro Presidente circunstancial que duró en el cargo treinta minutos, y un Ministro de Gobernación, de la única hornada que el Presidente circunstancial había hecho, y que se trasformaba en Presidente constitucional de México!......

Jamás podría habérsele dado mayor tortura al Código Fundamental de la Nación, que la que se le

diera en aquella noche, a fin de legalizar un acto que, en último extremo, bajo cualquier cristal limpio que se le viera, a la luz de todo honrado criterio, no era otra cosa más que un crimen político.

Madero se iba acercando al martirio, que lo transfiguraría de gobernante de pobre espíritu en dios de huestes vengadoras. Huerta había llegado ya al Poder, por camino tal, que resultaba pináculo de abominación......

Encaramados allá, en las galerías de la Cámara, como en noche de imperecedero recuerdo lo habían estado antes, se hallaban nuestros dos estudiantejos, Andrade y Tafolla, ya que Chaneque había juzgado prudente no exhibirse en aquellos momentos de crisis, seguro de que sería perseguido por su «filiación política» y convencido de que el partidarismo no obliga al sacrificio personal, pues de ello venía de dar prueba el propio Madero.

—Quiiiico, hermano, tú que sabes de leeeyes ¿es legal esto? ¿Es leeegítimo?

—Para que fuera legal, se necesitaría que no interviniera la coacción: que Madero estuviera libre y no preso y amenazado de muerte al renunciar: que el Ministro que tendría que sucederle hubiera obrado por convicción y no intimidado al nombrar a Huerta su Secretario de Gobernación, y que esta Cámara, que se dice de representantes del pueblo, lo fuera realmente en estos momentos, en que no representa sino al miedo. En los sótanos del Congreso está oculto el 29 batallón, y en el recinto de la Ley maniobra la policía......

—¿Y qué creeees tú que harán ahora con Maaadero?......

—Hace un par de horas era el Presidente de la República; preso, pero el Presidente. Asesinarlo entonces, habría sido algo inexcusable, que cons-

tituiría un delito gravísimo y que frustraría el poder para este hombre que lo asalta.... Ahora.... ahora ya no es más que un «simple ciudadano» según él mismo se llamaba antes de su exaltación; y a un simple ciudadano, en circunstancias como las actuales, se le suprime en un instante por «trastornador de la paz pública!».... ¡Qué ironías del destino!

—Bubububueno..... ¿y noooosotros qué debemos hacer? ¿Tú qué opinas?

—No es hora de decidirlo. Esperar para ver si surge del fondo de esta iniciada tragedia, el hombre fuerte, el patriota honrado y ciudadano sincero que levante de los suelos el estandarte vilipendiado por este hombre, la ley ultrajada, y los retorne, de buena fe, a sus altares para su culto.

* * *

La ajetreada urbe presentía que faltaba el acto final de aquella trágica decena. Presumía el desenlace, pero no se imaginaba la trama......

Esta resultó cínica y brutal: odioso el contubernio de las sombras y del revólver, como nunca: inaudito el hecho en el que, cretina imbecilidad se puso al servicio de inoportuna condena. Unos automóviles que parten del Palacio Nacional conduciendo dos presos, Madero y Pino Suárez, rumbo a la Penitenciaría del Distrito Federal; un fingido asalto en una de las calles de Lecumberri; unos disparos para evitar la supuesta intentada liberación, y dos cadáveres acribillados de dos exmandatarios de la Nación, tendidos al siguiente día sobre las planchas del «in pace» de la Penitenciaría, poniendo punto final a la etapa maderista....

El responsable, cualquiera que lo haya sido, no lo fué de la muerte de aquellos dos hombres, simple-

mente: de la supresión de dos vidas, vulgares o ejemplares; de humildes o de próceres; dignas de la epopeya, o acreedoras del ridículo o merecedoras de infinita misericordia por haber reanudado para México, con supina inconsciencia, la endemia revolucionaria..... Lo fué de algo más. De cientos de miles de vidas segadas impíamente en fratricida lucha; de una indeleble mancha en la historia nacional; de la retrogradación de un país que perseguía una evolución progresista; de incontables vergüenzas y crímenes subsecuentes cometidos a pretexto de vindicta; de todas las innumerables desgracias que pueden azotar a un país en la epilepsia de la venganza, de la pasión política, del impudor revolucionario; de que hayan de escribirse páginas posteriores a esa fecha, llenas de prostitución insólita de las conciencias ciudadanas; de que, de un extremo al otro de la República, el humo de la pólvora haya ensombrecido al aire, y los gases de la dinamita lo hayan envenenado; de que el crimen poliforme haya quedado impune abanderándose en facción política, y de que el sol de glorias de la Patria, ayer brillante y limpio, se haya velado con vergüenzas; y esa Patria, ayer digna del respeto de propios y extraños, sea hoy pobre entidad a la que niegan el saludo las naciones que van al frente del mundo civilizado.....

CAPITULO II

"Polvos de aquellos lodos"

—Tachitaaaá......

—¿Qué quiere usted, Tafolla?

—¿Está listo mi «theobroma aromática?

—¡Para bromas estoy yo!

—Le pregunto si está liiiisto mi chochochocolate......

—Ese sí.... Cuando usted quiera bajar a tomarlo. Yo había oído algo de «broma» y éstas no se las aguantaré ya a nadie!

—¡Caaaray! Qué gegegeniecito se le está poniendo a la patrona....

—¡El que me da la regalada gana!

—Pupupues por mí no hay inconveniente....

Y el estudiante fué a ponerse el saco y a avisar a Andrade y al «Capulín» que los «theobromas» estaban servidos.

El genio que se le estaba poniendo a Tachita era el que, sobre poco más o menos, se gastaban de poco tiempo a la fecha todos o casi todos los inquilinos de la casona. En cuanto había reunión, así fuera de tres, ya había «tiberio» o el «rajar» unos de otros a más no poder. Y como siempre, el redondel más

acondicionado para la corrida, o el sitio mejor para que hubiera «películas,» resultaba el comedor de Barbedillo, donde, sin previa cita, se reunían todos los que querían saber qué había de novedades, de boca de los que siempre se decían bien informados. Por supuesto que las novedades no podían ser otras que las de la política y sus acontecimientos, que, por aquellos días, se desarrollaban en variedad kaleidoscópica, prestando abundante material para las diarias conversaciones, ya que en aquella casa no había, según frase del tartamudo, quien no «estuviera picado de la tarántula.»

Disgustábale a Barbe tal cosa, en primer lugar porque «los tiempos estaban muy delicados» y él era amigo de llevar siempre la fiesta en paz con los hombres en el poder. En segundo, porque no lograba la uniformidad en las demás opiniones, con la suya, lo que «le podía» porque era tanto como no apreciar las ideas de un «político práctico» como él: y en último lugar porque, por más que él daba todo su peso a las observaciones justas de Tachita que le predicaba a diario—«No te metas.... Sé neutral..... Este es el mejor partido....»—no podía domeñar sus ímpetus y de cuando en cuando se daba sus «descosidas» como estaba pasando, por ejemplo, en aquella mañana en la que a fuerza de indirectas y de puyas Pingarrón y Rémington lo habían «calentado.»

Barbedillo aseguraba que Huerta «se consolidaba» en el poder, personalizando el caso seguramente por cuanto que, por inveterada costumbre, los mexicanos estamos hechos a que sea un hombre y no un Gobierno el de la consolidación.

—Pues yo dudo mucho de eso—decíale Pingarrón—¿Cómo quiere usted que se consolide con ese gabinete híbrido y desconcertado que tiene? Por-

que vamos a ver.... ¿Quién es el Ministro....? Un pobre diablo que en su casa lo conocen. Y el Ministro....? Un negociante y nada más! Pues y Z?.... Un petulante y pretencioso....

—Es que usted ha hecho falta allí....

—Esté seguro que lo haría mejor que cualquiera de esos señores....

—Pues así y todo, Huerta se consolida! No le quepa a usted duda, Pingarrón. (Ahora le había suprimido ya el tratamiento de «diputado,» seguro como estaba, de sólo figurárselo, que Huerta «correría» a los diputados maderistas.) Huerta es el hombre..... Mano de hierro.... Soldado viejo.... Zorro..... apoyado por el Ejército.... y por la Banca! dígame si así no se «consolidará!»

—Pudiera ser..... No digo que no..... Pero ya, por de pronto, tiene sarna que rascar. Zapata no se le somete.

—¡Se le someterá a balazos!

—Y Carranza, allá en el Norte, ha levantado el estandarte de la rebelión, proclamando el Plan de Guadalupe.

—¡Bah! ¿Carranza? Ese no es más que un despechado que, porque no fué Gobernador de Coahuila en tiempos de Díaz, se pronunció contra Díaz y a favor de Madero, contra el que ya se iba también a pronunciar por no haberlo hecho Ministro; no se pronunció porque «le madrugaron» los de la Ciudadela. Ese se ha alzado para ver «si pasa y se ensarta,» diciendo que va a restaurar el orden constitucional, y prometiendo el oro y el moro para no cumplir, como todos, y usando el nombre de Madero, al que odiaba, como estandarte..... ¡Hasta el nombre no lo favorece! Mire usted que llamarse Ve-nus-tia-no....

—Bueno.... ¿Y si los americanos no reconocen

a Huerta?—preguntó Rémington con cierta malicia.

—Y qué, al reconocimiento del gobierno americano tiene que deberle la existencia el nuestro?

—Es que eso influye mucho....

—¡Hombre! ¡Lindos estaríamos! Eso allá para los que quieran vivir debiendo la vida al gringo.... Y no lo digo por usted, eh?

Tal plática tenía efecto en el comedor de Bardedillo, para el que se dirigían en pos del theobroma los estudiantes a tiempo en que la gentil Chayo salía de su matutino baño hecha una rosa fresca y lozana.

—¡Caramba, tú!—díjole Chaneque a Quico—¡Qué guapa se está poniendo cada día más tu «cabos prietos!»

—Tanto como esquiva e ingrata.... ¡Ni nos ha saludado!

—Es que tú te le haces pesado con tus celos.

—No son celos.... Me disgusta sí, que acepte así, de primas a primeras, los requiebros de cualquiera.

—¿Lo dices por los piropos que le echa Tenorio?

—Y por los versitos que Rovirosa le endilga en cada número de su periodiquín.... ¡Míralos!

—Hombre, no seas tan delicado.... Esas son galanterías de Rovira. Y en cuanto a Tenorio, por prontas diligencias, mientras sea «felixista» no hay cuidado, porque las Otamendi sí que son sostenidas y de las nuestras....

—Pues ni así....

—¡Bien es cierto que vé tú a saber lo que tarde el «Truenos» en cambiar de chaqueta!

Cuando Chaneque y Andrade entraron al comedor, Barbedillo hacía a quemarropa y a Demóstenes, esta interpelación que lo dejó desconcertado:

—Oiga, Demostenitos: Quién demonios le ha dado vela para meterse en mis negocios ni en mi manera de pensar?

—Qué.... qué.... qué? Bubububueno.... ¿Y a qué viene eso?

—Pues a que no me cabe duda de que usted es el autor de un letrero que he leído, usted podrá imaginarse dónde, y que es costumbre de soldadones escribir en sitios tales, y en el que se me llama *machincuepero*.

—Mi.... mi.... mire usted don Taaaco. Yo no tengo esas malas costumbres; y puesto que dice usted que son de soooldadooones, ya sé quién fué el autor.

—Quién, a ver, ¿quién?

—Orbezo.

—¡No sea usted ostión! Orbezo está también que echa lumbre contra usted o contra el que le haya pegado, con cola y bien pegado, en la puerta de su habitación, el «Plan de Guadalupe» con la anotación de que Orbezo, como militar, debe desconocer a Huerta si no quiere que al triunfo de la revolución le den su liquidacioncita....

—Pupupues yo no he sido ¡caaaray! Ya me va «cargando» que todo me lo «cuelguen» a mí....

—La verdad es que la costumbrita es mala....

—A Paulinita, que con nadie se mete, le han puesto un anónimo diciéndole que es una «momia conservadora» que tiene vendida el alma al diablo al prestar con interés subido. Y eso, por el tinte, parece auténtico de usted.

—Y a Menchaquita le hablaron por teléfono el otro día, dándole recuerdos para su progenitora, por el hecho de estar sirviendo al «usurpador.»

—Y ya están conconconvencidos de que yo no fuí

el autor..... ¿De qué me habría de servir ocharme encima la enemiga de todos los de la caaasa?

—Es que lo hace usted de puro ocioso....

—Paaalabra que no, don Taaaco! Eso lo hace alguno que está emememempeñado en que todos los de esta casa estemos como peeerros y gaaatos!

—¿Y quién puede ser?

—¡Vaya usted a averiguarlo!....

—Pues sí que lo averiguaré y a ese lo pongo de patitas en la calle. ¡Mire usted que con lo delicados que están los tiempos! «¡Machincuepero» a mí, a un hombre que, si de algo puede preciarse, es de la firmeza de sus convicciones! ¡A mí me gusta siempre estar del lado del orden, de la paz y de quien nos dé garantías y proteja al capital!....

—Así se llame Díaz, Madero o Huerta.... —observó socarronamente Pingarrón.

—¡Así se llame Gestas, caramba! con tal de que no atente a los «intereses creados.»

Aquello daba el «pulso» de la casona. Los partidos o bandos de antes, se habían subdividido ahora en facciones, y había más «istas» allí que bichos en la cabeza de Filo la portera, según frase de Tafolla.

Las Otamendi, por ejemplo, aunque en los primeros días del cuartelazo se habían manifestado reticentes por aquello de que la prudencia nunca estorba, y quien sabe qué traerían los tiempos, ahora, por mor de estar siempre pronunciadas, se habían pronunciado a favor de Carranza.

Bastaba para ello que don Venus, como en choteo se le llamaba, hubiera levantado bandera de rebelión, sin importánseles un ardite de quién fuera el hombre, ni lo que quisiera, una vez que lo que ellas tenían bien establecido era que sólo en una «pronuncia,» en una «bolichada» revolucionaria dejarían de andar entre las agujas y los carretes de hilo del 40;

con los «de antes» no podían estar, porque con ellos no había perspectiva. Esto no obstaba para que Chayo coqueteara con Tenorio, diplomáticamente, por razones que verá el curioso lector.

Dada su «filiación,» se habían distanciado de ciertos elementos de la casona y se habían aproximado a otros. Ahora eran buenas amigas de Pingarrón, de Chaneque y hasta de Chita, en la que suponían que tenía que haber tendencias como las suyas, ya que si Garay había logrado sacar la tripa del mal año (aunque para meterla en peor) se lo debía al señor Madero, al que ahora se denominaba el «apóstol mártir,» no parando mientes en que el propio apóstol estaría acaso, en el otro mundo, renegando del apostolado, que tan malos discípulos o prosélitos creaba. Y sin embargo, Chita no se aclaraba; no podía hacerlo por de pronto, ante el temor de que Garay perdiera la «chamba» y faltaran los doscientos «gruyos» vulgo pesos, puntualmente en cada mes, para las atenciones de la casa. Y en segundo, porque Chita había elegido como acertada brújula para navegar por el mar de la política a Pingarrón, y éste mismo no acababa de dar color. Sólo con mucha maña y tiento debía maniobrar si quería llegar pronto a automóvil propio y casa en la Colonia Juárez, pues de otro modo y con el mísero sueldo de Garay, no había ni para departamento decente, ni para «azul» de a peso la hora.

Orbezo, obediente a la disciplina militar, según él decía, y una vez que las Cámaras habían hecho bueno el golpe de Estado, proclamando a Huerta como Presidente de la República, había acabado por aceptar sin repulgos la nueva situación, no obstante sentirse perjudicado en «sus intereses» por obra de que, diezmado en la decena trágica el cuerpecito aquél de rurales en el que se había agenciado la «chambi-

ta» que ya conocimos, aquélla se había acabado, aunque no la esperanza de Orbezo para pescar otra, si se ofrecía, mejor.

Tal conducta le había valido la más franca y cordial enemistad de Chaneque, que era ahora un furibundo «constitucionalista,» remoquete, alias, pseudónimo, mote o como quiera llamársele, que habían adoptado los incipientes partidarios del «Plan de Guadalupe,» con el que Chaneque simpatizaba por prometedor y reivindicador. Él necesitaba reivindicar las «sinecuras» que tenía y que había perdido por mor del cuartelazo.

—Lo que tú quieres es eso..... Reiviiiindicar las sinecuras de «El Nuevo Creeedo» con todos sus anexos, como buen foooolliculaaario...... —decíale Tafolla, poniendo fuera de sí al «Indio» con aquello de foliculario, por cuanto que no constaba en su léxico y no sabía lo que quería decirle con ello.

—Yo, lo que quiero, es que este crimen de lesa Patria, perpetrado en el «apóstol,» no quede impune. Abomino de las usurpaciones! Soy liberal, y quiero el gobierno del pueblo por el pueblo....

—Forma entonces un partido que postule a Gaona......

—Eres un «reaccionario» imbécil!

—Y tú un «conlasuñaslistas» acomodaticio!

—Digo y sostengo que Orbezo, como todos los demás militares, son los responsables de este «estado de cosas.»

—Pero hombre, Chaneque......—objetaba el siempre amigo de la justicia, Andrade—¿qué culpa tiene el pobre cojo en el pecado de los demás? Él no tomó parte......

—Pues que deje de pertenecer a la orden de los «pretorianos.»

—Pero si él, en todo caso, es ex-pretoriano.....

—Que se vaya con los otros y que se «reivindique.»

—¿Un cojo inútil en campaña?

—Pues que proteste siquiera contra el atentado!

—Y le «levantan la canasta» y se queda sin pan para sus hijos!

Lo que era positivamente delicioso, el escuchar los diálogos mañaneros o de sobretarde, de patio a barandal del primer piso, o de un lado al otro en los pisos, entre las sectarias del sexo llamado débil por antonomasia. Para largarse puyas y decirse claridades aprovechaban el menor pretexto.

—Paulinita—decíale, por ejemplo, la mayor de las Otamendi a la viuda de Zarzo—esa tintura que le pone usted ahora a los postizos, no es tan buena como «la de antes».... *Se destiñe*....

Entendiendo la Ventoquipa, modulaba una especie de sordo gruñido y contestaba incontinenti:

—¿Eso cree usted, *mialma?* Pues es que le están saliendo nubes en los ojos y ya no puede «ver de lejos»..... Esta tintura de ahora es tan firme como las opiniones de la que la usa!

—Puede que tenga usted razón.... Ya no vemos de lejos, lo que no «empece,» como dice Tafolla, para que veamos muchas caras pálidas del susto.....

—Esa va con nosotros, se decían las «hermanas siamesas;» y por si así era, devolvían el disparo con más eficacia que la Ciudadela los que la habían hecho en la trifulca.

—Oiga, Cuquita.... ¿Dónde compra su «colorín» que le da tan buen color?

—¿El color? Es como el de ustedes..... ¡natural!

—Lo de «natural» va con mi marido—pensaba la Mandujano—como el pobre es «indiadito»...... Y aunque gata mansa, respondía—Cuquita, ¿es que se mordió usted la lengua y se la lastimó?

La racha aquella no perdonaba ni a la misma Tachita, que se quejaba amargamente con Barbedillo.

—No se puede evitar—decíale Barbe—¡qué quiéres! Consecuencias del estado político. Esto es lógico; que toda esta pobre gente esté desorientada y nerviosa. Yo mismo, que soy «político práctico» (suspiro de Tachi, acordándose de los dineritos gastados tan inútilmente cuando la elección de diputados) yo, que sé la aguja de marear, con todo esto, no me siento tranquilo. Y vaya usted a tomar partido teniendo intereses que defender! Si a Pingarrón y a Rémington les sostengo que Huerta se consolida, es porque para mí, con la práctica que tengo, estoy cierto que, aunque aparenten lo contrario, son huertistas..... Y sin embargo, no creo eso de que ya Huerta le comió el mandado a Félix.... (por Félix Díaz) Hum! Félix no se deja.... Qué se va a dejar!

Pocas eran las discusiones «ecuánimes» ya que para ello precisaba que no hubiera de por medio feminismo. Y en ellas permanecían, mudos siempre, Menchaquita, que para hacerse el sueco, se conformaba con silbar «pianísimo» el vals en boga, y Gordillo, que no le gustaba dar el bulto así como quiera, ni menos delante del maligno Rémington, que siempre que de ello se trataba, aludía a la necesidad de tener en consideración a los «elementos inconformes.»

Y a propósito de Rémington, su vida seguía siendo un misterio que intrigaba a la casona, salvo acaso a Pingarrón, que, por la estrecha amistad que llevaba con el mal encarado Rémington, debía estar en el ajo.

Rémington trabajaba; pero ¿en qué? Era lo que nadie sabía. Tratar de averiguarlo por sus dos enclenques hijos, habría sido perder el tiempo, por-

que aquel par de «éticos,» según los llamaba Tafolla, no parecían tener lengua. La tenaz investigación de las mismas Menchaca había fracasado. Y aquella curiosidad se exacerbaba cuando allá, de vez en cuando, aunque no muy de tarde en tarde, Rémington, en vez de extraer de su «cantón,» en el supuesto de que fuera químico, alquimista o falsificador de moneda, que hasta tal conjetura habían llegado las malas lenguas, y rumbo a la calle un solo bulto, hacía todo lo contrario; llevar a la casona latas y paquetes de sospechosa apariencia.

—Oiga, amigo Rémington—le había llegado a decir Barbedillo—cuidado con las manipulaciones de sus «productos,» pues se me hace que está usted trasformando la vivienda en laboratorio de explosivos. No sea que el día menos pensado nos mande al éter.

—Pierda cuidado. Yo soy incapaz de provocarle dificultades a nadie, ni menos en mi calidad de extranjero......

El «contubernio» (frase de Tafolla) entre el supuesto alquimista y Pingarrón, sí no había podido pasar desapercibido. Y había sido por Pingarrón, por el que, lo más que se había podido averiguar, era la condición de extranjero en Rémington, pues ni Porritas, con todo y ser tan chisgarabis, parecía más enterado que ninguno otro.

Por cierto que Porritas había pasado las de Caín cuando el cuartelazo. Cuando creía estar en vísperas de que su jefe atrapara una cartera ministerial había estallado aquél. Cuando esperaba la grande, se había hecho «la chica,» y todas las previsiones del jefe para caer bien parado de un lado o de otro en el resultado final, habían fracasado al haber sido un tercero quien había resuelto en su favor la brega Madero-Díaz. En muchos de aquéllos (los

días) no le había salido el susto del cuerpo, porque, siguiendo instrucciones de su jefe, lo mismo había acolitado de incendiario, quemando «La Tribuna» órgano de la oposición, que había dado candela después al «Nuevo Credo,» órgano del caído Gobierno.

La instrucción más precisa que de Pingarrón (escondido) había recibido en aquellos días, había sido esta: «Procure estar al tanto de qué lado va la «cargada».......

Y por no haberse dado cuenta anticipada de cuál iba a ser la solución, por un tris y pierde la «confianza» de su ilustre jefe, que cuando Porras le llevó la noticia de lo que había hecho Huerta, pegó un salto de kanguro, comentando:

—Y nosotros que no habíamos pensado en eso! Qué oportunidad más brillante se ha perdido.....!

—¿Y ahora qué piensa usted hacer?

—¿Qué? por prontas diligencias, ponerme el frac; ir a la Cámara a recibir la protesta a Huerta; felicitarlo efusivamente y......

—......¿Después?

—¿Después? Ya las veremos venir...... Lo importante es estar con las «situaciones creadas.»

Y Pingarrón estuvo en la Cámara; aceptó las renuncias de Madero y Pino Suárez; felicitó a Huerta y pidió audiencia de Félix Díaz, para «asunto urgente reservado.»

Al mes siguiente, la cara de Porritas, compungida a raíz del Cuartelazo, se había compuesto. Era otra. Hasta la adornaba ahora una sonrisita maquiavélica que tal parecía querer decir: —«Lo que yo me sé!» Item, se dió el lujo de comprarles un décimo de caramelos a los niños «Progreso» y «Reforma» en ocasiones.

—Yo no sé por qué, señor Andrade, ya que a mí ningún mal me hacen ni se meten conmigo para na-

da; pero la verdad es que ese trío me cae «muy denso.» ¡Mejor dicho, los dos principales, pues ese mugriento del Ciro Porritas me tiene sin cuidado.

—Usted siempre con sus prejuicios, Gordillo. Pingarrón es un vulgar busca la vida. Y el otro un maniático y nada más.

—Será lo que usted quiera: pero a mí se me ha puesto entre ceja y ceja que se traen sus «garambullos.»

—Naturales repulsiones instintivas.

—Pues yo tengo buen olfato.... Ya usted lo vió cuando le pronosticaba, al empezar la revolufia de Madero, que apenas si habíamos comenzado, y que todavía nos faltaban muchos platos que romper para darle gusto a los que quieren que ya no haya en México Gobiernos propios....

—¡Ya pareció el peine! Usted con su eterna preocupación esa....

—¡Que nadie me quitará de la cabeza!

—Convénzase de que todo esto que sucede es cosa muy nuestra: de nuestra mala preparación; de nuestra pésima educación para la democracia; de nuestros vicios atávicos; de nuestras ambiciones mezquinas....

—Convenido. Así, nosotros resultamos títeres y esas las pitas de las que tiran para hacernos bailar según les conviene. Y nosotros nos prestamos a la maniobra, los unos de buena fe como usted; los otros por indiferencia, como yo; y los otros más, por aquello de que a río revuelto, ganancia de....... redentores!

—Hay que creer en la necesidad de la revolución, amigo Gordillo......

—Pues otros en lo que creen es en la «utilidad».....
Ahí tiene usted a Tenorio.

—Ese es un sucio y nada más!

—Pues no va a alcanzar el jabón, señor Andrade, para tanto sucio. Por lo demás, yo tendré ocasión de demostrarle si son ciertas mis sospechas de esos sujetos o de confesar mi error respecto de ellos. Ahora voyme a cobrar este girito postal del pobre Garay.... El «pipirín» de la familia....

—Adiós, y déjese de prejuicios.

—Y usted de candideces que todavía le han de costar caro....

Andrade estaba en acecho de una oportunidad para hablar con Chayo. Los últimos versos de Rovirosa («Cómo palpita mi corazón....» Para la señorita R. O.) publicados en «La Aurora Literaria,» habían arreciado sus desconfianzas, sus impaciencias, sus intranquilidades, ya que el hombre no quería confesarse celoso. Lo «volaban» aquellas veleidades de Chayito, que, tornadiza y voluble, si tenía días en los que aparentaba estar más que nunca enamorada, tenía otros de profundos desvíos. A veces era la niña espontánea, efusiva, deliciosa, a la que él rindiera corazón y porvenir: mas, en ocasiones, incidía en ser la fría calculadora, la solapada ambiciosilla que lo que parecía querer era un pronto futuro de boato y de encumbramientos. No podía darse cuenta Andrade que, detrás de Chayo, había alguien que dirigía el biombo y era nada menos que Cuca, para la que la belleza de Chayo debía ser garantía de la realización de aquellos sueños suyos, mediante los que se veía lejos muy lejos de aquel taller de «Robes et Manteaux» que había acabado por hacérsele imposible, para habitar en palacio de dorados artesones. Por eso que hubiera acabado por tenerle «ojeriza» al estudiante, al que antes aceptara tan de buen grado que hasta se hiciera de la «vista gorda» en sus amoríos con la deliciosa morena.

Cuca reprochaba a Andrade falta de decisión y de

acción. Era un lírico que estaba perdiendo el tiempo. No «llegaría a figura» nunca. Los tiempos no estaban para ser idealista. Había que aprovechar las oportunidades.

Como las sabían aprovechar, por ejemplo, Tenorio y Rovirosa que estaban resultando mejores partidos para Chayito. Estos sí que no se mamaban el dedo!

Tenorio la admiraba. ¡Cómo sabía «meterse» el hombre! Cierto que ahora andaba liado con el «felixismo» por el que Cuca sentía invencible repugnancia, considerándolo como sinónimo de «reacción» y a ésta como de retroceso a tiempos fatales en los que sólo las modistas de los «científicos» podían prosperar. Pero si Tenorio en tal terreno se iba para arriba, bien valía la pena de apostatar ellas. Y si no, ya se encargaría ella de que las dotes y facultades de aquel hombre fueran conducidas a buen terreno en qué operar. Resumen: consejo a Chayito para que no fuera esquiva con Tenorio.

En cuanto a Rovirosa, bueno era tenerlo en lista. Metido en cuerpo y alma con los huertistas, podía también ser un porvenir. Por prontas diligencias había pegado el hombre un salto colosal desde el humilde escritorio del Banco, hasta el de contratista de vestuario y equipo para el Gobierno. Estaba ganando un dineral! Nada menos en una factura de «huaraches» para los soldados, se había ganado quién sabe cuántos miles de pesos. Había, pues, que cultivarlo. Lo malo era que el cultivo se dificultaba, porque Rovirosa, si le hacía versos a Chayo, de tanto fuego que en ellos podía encenderse un cigarro, no formalizaba nada.... No se comprometía a nada.....

Chayo, que sujeta a la fraterna férula y teniendo forzosamente que oir los sanos consejos de la hermana mientras plisaban un género o pegaban unas

mangas a una blusa, no sabía pensar sino con la cabeza de Cuca, concluía siempre por convenir con ella en que no había que cortar los vuelos a Tenorio ni a Rovirosa, ni a otros que en sus condiciones pudieran presentarse; pero teniendo siempre en la reserva a Andrade, tanto porque así lo aconsejaba la prudencia, cuanto porque, al fin y al cabo había sido su primer novio.

Y aquel día, en tanto que Andrade espiaba la oportunidad para hablar a Chayo, la de los divinos ojos, otros ojos, tras aquel visillo consabido, le acechaban a su vez. No podía remediarlo la «Corcheíta!» Cada vez estaba más enamorada del estudiante a quien ofrendaba los nocturnos de Chopin y las melancólicas sonatas de Beethoven que ahora ejecutaba. Lo quería, lo quería con toda su alma, por más que supiera que aquel corazón nunca había de ser suyo! Nunca....? Por qué no acariciar la dulce esperanza de que, un rompimiento inesperado, debido a las coqueterías de la Chayito, la desembarazara de la rival odiada, y a él lo arrojara entre sus brazitos flacuchos de mística enamorada?

La pobre, al verse en el espejo convenía en que sobraba razón a Andrade para no fijarse en ella y sí sentirse loco por la otra. Ella estaba cada vez más pálida, más flaca, más enfermiza.... La tosecilla de antes, era ahora más pertinaz. Las calenturitas no la dejaban. Color? Apenas si sus labios y sus carrillos se coloreaban cuando pescaba una sonrisa de Andrade para ella o lograba darle la mano.

Quico se condolía de aquella infeliz chiquilla; pero, qué hacer? No era decente ni aun darla esperanzas. Y habría sido imbécil cambiar por la otra toda lozanía, toda salud, vida y atracción, a aquella enclenque en los dinteles de la tuberculosis.

Chayo había visto a Andrade y había entendido,

con la rápida intuición de toda mujer, que quería hablarle; pero, al parecer, ella no estaba para amorosos paliques en aquella tarde. No hubo remedio, sin embargo; vióse abordada por Andrade.

—Oyeme nena.... Quieres que hablemos un ratito? Nada más que un ratito?

—No.... ahora no.... No puedo.... Tengo quehacer allá abajo. Me están esperando las «oficialas.»

—Dos minutos nada más....

—Ahorita no, ni menos aquí en el pasillo. No quiero que se divierta de mí esa flaca de mis pecados que siempre está espiando..... Sube dentro de un rato a la azotea, y allá iré yo......

Y escurrió el bulto.

No tuvo más remedio el estudiante que hacer de gato e ir a esperarla en la azotea, en donde ya habían echado algunos párrafos. Cogió, pues, el texto de «Internacional» y fuese a esperar a la niña de sus amores allá arriba, cuando aun el rayo del Sol no oblicuaba lo bastante para dejar de hacerse sentir.

Y allá estaba haciendo que estudiaba la rama más elástica del Derecho, pero en realidad pensando en mil cosas bien distintas, cuando escuchó a lo lejos el resonar de militares parches y los ecos apagados de la fanfarria, que parecían acercarse poco a poco. Guiado por la ociosa curiosidad, acercóse a la citarilla de la azotea, frontera a la calle, y pudo ver que en efecto, a pocas calles de distancia, se acercaba rumbo a la de las Moras una columna militar.

A los acordes de la banda y al redoble de los tambores, balcones y puertas de casas y almacenes se cuajaron de curiosos.

Pronto la columna comenzó a desfilar por frente de la casona. A la cabeza, la ruidosa gaminería, indispensable «descubierta» en casos tales, admirada

de ver cómo resoplan los cornetas, y cómo redoblan los tambores. Detrás, los jefes de la columna en trajes de campaña, ginetes en escuálidos jamelgos, distintos de los otros de días de *formación*, y que ahora parecían hasta como cabizbajos, malhumorados, encaminándose de mala gana a una expedición en la que pararían en los picos de los buitres, por ingrato destino.

Después venía la tropa. Los «juanes,» los de la «recluta,» el hampa, fruto de la «leva.» Los forzados hijos de Marte, arrebatados del pobre «jacal,» oratorio del trabajo, o de la infecta cárcel de poblacho, antro de vicios; del surco generoso, o del escondite siniestro; de brazos de la familia, que allá quedaba sin amparo, o de brazos de la haraganería, para ir, en abigarrado conjunto, en híbrido pelotón, buenos y malos, sanos y perversos, bravos y cobardes, abnegados y rebeldes, todos juntos, a enfrentarse con la muerte, no en la campal batalla que el valor y la pericia deciden, sino en la emboscada traidora y en el acecho doloso, en los que el hermano habrá de cazar al hermano como a fiera!

Seguía, luego, la «impedimenta.» Los «bagajes.» Los cañones enfundados; las acémilas cargando las repletas cajas de parque y de «repuestos» y las que cargaban las tiendas de campaña y los «peroles» para «el rancho;» todo en confusión; todo polvoso ya; todo como entristecido por una anticipada derrota; cual si, en la primera jornada, ya el cansancio hubiera gastado las energías......

Y junto a los «juanes» y revueltas con las acémilas, las «soldaderas» cargando a la morena cría, hija del cuartel; fruto del vicio o primicia del amor, y a la par cargando los «menesteres» para la larga e ignorada caminata.

Andrade vió todo aquello con una profunda tris-

teza. ¿A dónde iban aquellos hombres? Ahora, rumbo a la estación del ferrocarril. Después, pie a tierra, en busca del enemigo. ¿De qué enemigo? Pues de ese, del que decían que era el enemigo, pero que a ellos ni los buscaba ni les había hecho nada......

¿A qué iban? A matar o a que los mataran. A morir o a hacer morir. En todo caso, a vender cara la vida frente a un peligro ni querido ni provocado.

¿Qué voluntad entonces los guiaba? La propia no era. Los guiaba la voluntad de la racha azotando el árbol para desnudarlo de sus hojas y aventar éstas, marchitas, en turbonada loca, ya a la altura, o ya a la sima.... Era la voluntad que forma muralla con los pechos de los hombres para que las balas no alcancen al pecho de un hombre! La propia voluntad tenía que quedar abolida: tenerla habría sido morirse......

Mas ¿por qué iban entonces a luchar? No lo habrían podido definir! Casi casi lo ignoraban...... ¿Acaso era por ideales, por principios, por leyes por ellos reconocidos y profesados? No. Iban a luchar por defender al «Gobierno.» Y ¿quién era el Gobierno? Huerta.... Era a éste, pues, al que iban a defender contra Carranza, contra Zapata, contra el que no lo quisiera como «Gobierno.» Así, pues, iban porque lo quería un hombre, a morir o a matar por ese hombre, guiados por la voluntad suya, que era la suprema ley!

¡Qué iniquidad!

Sus «enemigos» eran como ellos, mexicanos. Hijos de la misma Madre-Patria. Los héroes del pasado, de los unos, lo eran de los otros también. Comunes les eran las glorias, las tradiciones, las épicas leyendas..... Una sola era su tricolor bandera.... Hasta ayer se habían podido llamar «her

manos».... Y ahora tenían los unos que ser los asesinos de los otros! Al enfrentarse, tendrían que exterminarse con instintos de chacales y con rabia de tigres!

Esperándolos, allá, estaban los otros.....

Los otros, a los que se les había infundido que era preciso derrocar, derrumbar, desquiciar, no sentir piedades ni saber de fraternidades....

A quienes se les había dicho: «Este es el Plan y aquí está el arma» lanzándolos a la revuelta bajo el miraje de mentidos ofrecimientos; en prédica de venganzas; con las perspectivas de inauditos lucros; instigándoles contra el derecho todo, contra la ley suprema que grita al hombre: «No matarás, no robarás, no violarás, no incendiarás....» e inculcando en sus rudas mentalidades que la fuerza consagra en propiedad el botín; hace de la tea incendiaria purificadora antorcha, y del cartucho de dinamita proyectil noble y generoso que emplea la vindicta política!

Los otros que, a su vez, y en estrabismo funesto, hacían, de leso pecado, ideal de democracia, y que se sentían enloquecidos, poseídos, frenéticos ante el grito ululante que les decía: «Mata, mata para que yo triunfe, para que yo domine, para que yo impere sobre todos, aun sobre tí mismo cuando de ello sea hora!»

Al paso de los unos y de los otros, las escuelas se cerraban; pero se ensanchaban los cementerios; la locomotora acallaba su bufido; pero se oía el bronco acento del cañón; el canto del taller, el hossana del trabajo, la oración suprema del campesino en los crepúsculos, cabe la parcela amada en la que el fruto de la mies se dora, se extinguían ahora en remedo de un ahogado «miserere»..... pero desgarraban el aire, en infernal sinfonía, ayes de muerte,

imprecaciones de odio, maldiciones de condenados......

Maldita, maldita la guerra civil!

En los campos, la metralla haría ahora oficios de hoz, y a la espiga la substituiría el hombre. Y el taller cerrado y el bohio en lumbre, darían mudo, pero elocuente testimonio de una crueldad inconcebible......

—*«¡Hic fuit México!»*

«Defensores» se titulaban los unos. «Vengadores» los otros. Los unos pretendían la «Paz» costara lo que costara.... Y los otros querían la «Democracia» aunque costara el aherrojar a la Patría a extraña voluntad.

Y los unos y los otros sabían que lo hueco de esas palabras tenían que llenarlo con sangre; con montones de cadáveres; con cenizas de incendio pavororoso y despojos de asoladas campiñas......

Ahora, el redoble de los tambores y la aguda alegre nota de los clarines, tornaba a oirse otra vez lejana.... La columna había pasado: estaba ya lejos.... mañana, pasado mañana, dentro de una semana, otra más la seguiría. Y luego otra y otra.... Y allá irían, a buscar la muerte, no en la campal batalla, sino en el doloso acecho, por manos que unidas debieron estar siempre para levantar muy alto el tricolor pabellón, que, siendo uno para todos, uno de todos, ahora parecía plegarse salpicado por la sangre de hermanos derramada por hermanos; plegarse tristemente, como se iban plegando y recogiendo en el cielo crepuscular del orto de aquella tarde, los últimos oros del astro rey ante los ojos de Andrade atónitamente perdidos en la inmensidad, en una contemplación de cerebro atáxico!

—¿Pero qué haces y en qué piensas que no me

has sentido llegar? ¡Estás hecho un bobo! Hace cinco minutos que estoy junto a tí....

—¡Chayito! ¿Eres tú? ¡Bien venida! Ven, siéntate aquí, junto a mí.... muy cerquita....

—¿Qué tienes?

—¡Nada.... háblame.... disipa, por piedad, estas tristezas que me agobian!

Sentóse la gentil morena a la vera del estudiante, y la conversación giró sobre lo que tenía que girar. El reproche amoroso de él, por las veleidades de ella.....

—¡Bah! ¡No seas tonto! ¡Si yo no puedo querer a Tenorio!.... ¡Es tan burdo, tan procaz, tan ordinario!.... Y sobre todo, que no es un hombre con el que yo pudiera ser feliz....

—¿Y Rovirosa?

—¡Ese menos! Lo que hago con él es por pura diversión.... Para que me haga versos.... No hay que tomarlo en serio. Ya ves tú, un hombre que lo mismo hace un soneto que un contrato para «huaraches.»

—Chayo.... Chayito.... ¿no me engañas?

—No seas tontito.... ¡Si tú eres el único a quien yo puedo querer! ¡El único que me satisface! El único capaz de comprenderme y hacerme feliz.... Si yo nací para tí como tú para mí....

Y el divino diálogo se deslizó dulcemente, y el idilio desplegó sus blancas alas, ya que el enamorado estudiante era incapaz de macular su excelso amor para aquella niña. Y tuvo, como mudos testigos, a las estrellas misteriosas que comenzaban a prenderse en el manto del cielo....

CAPITULO III

"Copas son triunfos"

Entre zozobras e incertidumbres iba corriendo el año para la ciudad antes tranquila y confiada, la capital de la República, y ahora, para substituír al insócrono ruido de trabajadora colmena, de otros pasados tiempos, un ruido sordo e inexpresivo, como de abejonero en vías de alboroto, era el que se dejaba escuchar, formado por la voz de la murmuración que, como recelando y temiendo, hilvanaba quedo las intriguillas de la política menuda; comentaba socarrona y taimadamente los cómicos incidentes a que aquélla daba lugar; abultaba, con dañada intención, las malas noticias; restaba interés a las buenas, y gustaba de deglutir, en plática de cantinas, los sabrosos chismecitos a que la poca seriedad de la dirección política daba origen.

En cambio, en el resto del país, parte ya francamente convulsionado, parte en vísperas de serlo, el horizonte se iba ensombreciendo o bien se teñía ya con los rojos reflejos del incendio; la guerra civil había erguido su cabeza de hidra repugnante, con diversos pretextos; su múltiple cabeza capaz de reproducirse sin medida; ya con motivo de vengar la

muerte torpe del «apóstol» de la que había sido la primera en roer las carnes; ya con el pretexto de «restaurar» en la nación el interrumpido orden constitucional, arguyendo que la designación presidencial hecha en favor de Huerta, no era válida por haber sido obra de coacción; ya con el de quebrantar la naciente dictadura huertiana, y en puridad de razón, con una única y exclusiva finalidad: la de disputar y adquirir el Poder Supremo.

Y era ahora el atardecer de uno de los postrimeros días del mes de junio de 1913.

La escena en «La Llanisca,» tienda *mixta* de por el rumbo de Manzanares, propiedad del señor don Rafael Menendezorra y Rendueles, natural de Llanes, Santander, España, de donde el nombre de la negociación.

Tan mixta era la tal tienda que, si en el mostrador se expendían los «décimos» de petróleo con más agua que aceite; los «quintos de jabón con más cal que lejía; los medios kilos de arroz con más palay que grano; de lenteja más averiada que faz de varioloso, y de garbanza dizque española, aunque en Sonora se había cosechado, y en comparsa tal expendio con el de las velas de parafina de a centavo vil, y la cajilla de fósforos de «80 luces» por un ídem centavo, todo para suplicio y tormento del sufrido vecindario y acrecentamiento muy legítimo de la fortunilla de Menendezorra, en la misma trastienda de la susodicha se elaboraban la rica «Flor de España» de la que hacían abundante consumo los «paidzanos;» el «Itamo real» que paladeaban las comadres del barrio, necesitadas de expeler nocivos aires; los «amargos de naranja» deleite de aurigas alquinones y «mecapaleros» sedientos, y el legítimo «Anís Escarchado» que, con fraudulenta etiqueta, se hacía aparecer como de la madre Patria, cuando el tal no

tenía ni madre, y el padre, el anís, era de teutona procedencia.

Y todavía la sub-trastienda, llamémosla así, servía lo mismo para alcoba de Menendezorra, que de oficina para ajustar ventajosas operaciones de préstamo con garantía, junto a las que las de la viuda de Zarzo eran inocentes favores, y de templo eventual en el que oficiaba la Venus vagabunda, y de lugar de cita para complotes de toda índole. Menendezorra era «liebre» y no había venido a México para que le creciera el pelo.

Reunidos allí, en aquella tarde, estaban Andrade, Chaneque, «Truenos,» el compadre Nicho, que seguía siendo el «aparcero valedor» de aquél; Sabás Pantoja, ex-redactor de «La Voz del Noreste,» a la que el cambiazo político había dejado áfona, y Porritas que, fungiendo de anfitrión, había invitado insistentemente a todos para «empujarse» unas «Tolucas,» vulgo cervezas, en «La Llanisca,» con unos «molotes de flor de calabaza» y unas «chalupas de menudencias,» que eran la gloriosa especialidad de la fritanguera que, a la puerta de la mixta y en actitud de deidad azteca, cocinaba al aire libre en anafe chisporroteador.

—Los guisa tan bien—decía Menendezorra—que hasta Huerta se da sus pasaditas por aquí para comerlos! ¡Como es tan campechanote y tan republicano!

Era «Truenos» el que tenía la palabra.... y el bocado, porque, al mismo tiempo que hablaba, engullía a dos carrillos, «atorándole» de firme a los de flor de calabaza. ¡Qué rebuenos estaban los malditos con su «hepazote» y sus puntas de chile jalapeño!

—¡Piiican!—decía Demóstenes, babeando en fuerza del cáustico que a su paladar daba.—Daaame otro cacho de ceeerveza!

—Se van sin sentirlo—decía Tenorio.—Pásame otros.... La verdad es que están de chuparse el dedo!.... ¡Y la verdad es que yo no estoy conforme con la «actual situacion política» y que no creo poder estarlo nunca!

—¡Tú sisisiempre diiiíscolo!

—¡Yo siempre en mi lugar, caramba!

—Te comprendo y te justifico—apoyó Chaneque, queriendo adelantarse al pensamiento de Tenorio.—Tú, como yo, repugnas ciertas cosas y estás en lo justo. Los hombres honrados y de convicciones no podemos transigir con lo del cuartelazo. La sedición y la traición dándose el brazo para victimar a un hombre de las excelsas virtudes de Madero!....

—No, hombre, si no lo digo por eso....

—Pues es curioso que tú estés inconforme, dada tu filiación felixista—interrumpió Andrade.

—¿Mi filiación?

—Seguramente, ¿no fuiste tú de los de la Ciudadela?

—Según y conforme.

—¡Cómo según y conforme! Pues que, ¿no estuviste allí?

—Estuve y no, según se considere....

—Es que el caso no admite equívoco. O estuviste o no estuviste. En los primeros días lo afirmabas con todo énfasis.

—Porque se le va a uno la lengua sin querer....

—¿Niegas ahora que estuviste?

—Yo no niego haber contribuído a la caída de Madero; mejor dicho, a que no se sostuviera. Yo fuí maderista, con las armas en la mano, como a ustedes les consta, y buenos peligros corrí en las campañas que sostuve; pero era imposible seguir apoyando aquel nepotismo encabezado por un inca-

paz, inconsecuente con los que lo habíamos llevado al poder.

—Y cambiaste chaqueta....

—No me engendró mi padre para que me muriera con las ideas con las que nací. Y si no estuve en la Ciudadela, sí ayudé a esa causa....

—Bueno; entonces serás huertista, ya que apostatas del felixismo.

—Tampoco; yo lo que soy es un inconforme con la actual situación; ya lo he dicho.

—Tenorio—terció Pantoja—lo que quiere significar es que Huerta, siguiendo por el camino que va, se está suicidando políticamente a fuerza de desprestigio. No hay en su gobierno «ecuanimidad» (era el terminajo en boga). Ya ven ustedes, quiere posponer las elecciones para «madrugarle» a Díaz y quedarse él con la Presidencia.

—Y hace bien, porque en Díaz no hay sujeto....

—No hay que divagar. La revolución reivindicadora es indomeñable y pondrá a cada uno en su lugar!—concluyó Chaneque.

—¡Eso me importa un bledo! ¡Yo estoy «requemado» porque llevo tres meses de estar solicitando que se me dé mando de fuerzas para ir a campaña y no se me hace caso! ¡No se le da a uno su lugar, caramba! ¡Los hombres de mérito estamos siendo postergados, para que suban los militarejos arrivistas! ¡El compadrazgo impera!....

—Tiene usted razón, mi coronel; pero «así están las cosas y basta,» como dicen en la «Viuda Alegre» —indicó Porras.

—¡Pues no basta! ¡Y si así están, habrá qué arreglarlas!

—La «mera pelada»—agregó el compadre Nicho—es que el indio Huerta ya le «comió el mandado» a Félix Díaz.

—Caaamaron que se *slipi* se lo *catche* la corriente —comentó Tafolla.

—Y que ahora falta saber si a Huerta lo tumba don Venus, ayudado por los gringos......

—Por eso, por eso que me urja el mando de fuerzas!

—Y si las «pepena,» compadre, no hay que volver a «jerrarla,» como le ha pasado......

—¡Pobre Patria!—murmuró Andrade—Ella es lo que menos importa! Lo importante en el caso es «madrugar,» «comer mandados,» favorecer ahijados y pelear por la silla! ¡Cuándo veremos imperar la buena fe, la honradez de principios, la virtud política y no a los hombres ambiciosos!

—Es que tú quieres que uno coma «principios» y viva de aire, y te olvidas de que estamos en el mundo, Andrade......

—El caso es que, si Huerta quisiera, podría hacer la paz

—Y no! Tendría que soltar el hueso y se le acabarían las chambas. Para él mejor que siga la «bola.»

—Y les cognacs a toda hora......

—Esas son habladurías. Apenas si toma una copa que otra!

—Pues si Carranza quiere, él sí que puede hacer la democracia.

—Con sus «chorreados» analfabetas......

—Desgraciadamente, ni el uno querrá, ni el otro podrá! ¡Qué obscuro el porvenir! ¿A dónde, señor, a dónde nos llevarán estas políticas personalistas, en las que las tendencias son unas, raquíticas, insolentes y de utilidad sólo para la procaz camaradería?

—Es que, si cada uno no se apoya en sus propios elementos, se lo «almuerzan» los otros. Por eso que

Huerta proteja a sus militares camaradas y Carranza deje hacer a sus huestes de desalmados.

—Huerta es el vicio y el despotismo y el poder debido al crimen!

—Y Carranza es la anarquía y el desorden!

—Repito que a mí todo eso me importa tres serenados cacahuates! Lo que quiero es que me den mi lugar, que reconozcan mis servicios, y que me den mando de fuerzas. ¿Cómo van a arreglar la situación si nos hacen a un lado? Y han llamado a esos títeres de Pascual Orozco, Argumedo y otros. ¿Qué más han hecho ellos que uno no pudiera hacer?

—Vuelvo a decirle que tiene usted mucha razón, mi coronel. Pero no se haga ilusiones. Por menos ha «tumbado la burra» al Ministro de la Guerra!

—Mondragón estorbaba a Huerta en sus proyectos. Quería saber más que él......

—A Mondragón lo tiraron los negocitos del Ministerio......

—Eso es mentira! Tenía que salir para que entrara un compadre......

—Total. Cuestión todo de mangoneos y compadrazgos......

—«Todo por la Patria»..... ¡mi coronel!—dijo Pantoja, parafraseando a Huerta al despedir, rumbo al extranjero, a su ex-ministro de Guerra, y levantando su vaso de cerveza.

—Y conste que somos muchos los inconformes. Y ya se sabrá de nosotros!

—Te veo. Repetirás el caso de cuando Madero. ¿No es eso?

—Haré lo que me convenga, caray! ¿Me voy a dejar así como así?

—Te irás con Carranza o con Zapata......

—¡O con el demonio! Con tal de que me haga justicia......

Relámpago de satisfacción en los ojos de Porritas y mirada de honda pesadumbre en los de Andrade.

—Y hará bien, compadre. Lo que usted piense yo lo refrendo!—coreó Nicho.—Y a ver tú, hijo de Pelayo (demostrando que sabía bien las ascendencias del gachupincillo de la mixta) repítelas por mi cuenta.

—¿Qué van a ser, cervezas?

—Yo estoy hidrópico ya por tanta agua. Traeme mejor un tequila.

—Eso es. Yo también opto por el «tequilazo.»

Y copas de tequila fueron las siguientes.

—Pues sí señor. Ya se comenzó a desgranar la mazorca del «pacto» con la caída del Ministro ese. Ya lo seguirán los otros.

—Y después ¡ándese usted con «pactos!»

—Por haber pactado sobre el cadáver de Madero......

—Y por haberlo hecho con un indio huichol.

—Dicen que en el ejército ha caído mal la salida de Mondragón.

—Papas! Hay muchos que no lo quieren....

—Los que no estuvieron en el cuartelazo.

—Y los que están con Huerta nada más.

—El ejército! Cuánto bien haría alejándose de la política!

—Niego («Truenos»). ¿Pues qué, el hecho de ser militar priva al hombre de sus derechos como ciudadano y de la manera de defenderlos?

—No; pero lo cohibe por juramento de honor, para volver las armas contra quien se las puso en la mano.

—Eso es metafísica! ¿Es decir que estaba obligado a defender a Madero, a pesar de su ineptitud?

—¡Pues sí que lo estaba!

—Y allá Madero, que fué el primero que lo endilgó a la «pronuncia» contra don Porfirio.....

—Pobre organismo, cuya característica debía ser la pureza y la lealtad! Ayer sano; adolescente, pero honrado; pequeño de talla, pero grande de alma, y hoy inficionado por el virus de la sedición; corroído por el favor y el oro que prostituyen; por el honor inmerecido que lastima al digno, y por tantas otras mortales vacunas!

—En eso tiene su apoyo Huerta......

—No señor: en los millones del empréstito nuevo.

—Lo tiene en sus calzones y nada más!

—Pues con todo y todo, lo tumba la revolufia! Cuenta ésta con la simpatía de los americanos.....

—Qué espectáculos! El uno, apoyado por algo que se pudre, que se desmorona por la rencilla y por la envidia, y el otro por una fuerza extraña, enemiga del nacionalismo!

—Y la cosa va larga......

—Y yo perdiendo el tiempo sin obtener que me den ese mando!

—Resumen de las sindéresis—sentenció Enjolrás—y de los tiempos. Cada cual a «ginetear la macha» como se pueda y lo más que se pueda, y el que venga atrás que arrée!

Aun siguió la plática por largo rato, sobre los mismos temas. Quién sosteniendo que era Huerta el hombre, el único capaz, por ser el fuerte y el habituado al mando militar, para dominar la situación sin detenerse en escrúpulos monjiles; quién atacándolo rudamente como a prototipo de infidencia, y por sus compadrazgos impúdicos, sus rigores exagerados y su falta de seriedad para el cargo,

que, como a un vulgar, lo llevaba de café en café y aun de figón en figón de extramuros, en busca de la copa de cognac y del platillo de chiles rellenos.

No faltaba quien tomara partido por Díaz, aunque medrosamente, como descontando su derrota, aunque abonándolo por su discreción y su honradez, que lo hacían granjearse las simpatías de los grupos selectos; pero no faltaba tampoco quien lo atacara, atribuyéndole indecisión, condición de esfinge, poca diligencia, etc., y porque se había echado en brazos de un grupo de noveles, no todos ellos escrupulosos, y a los que se refería de molde la frase aquella de «los amigos de Cardoso.»

También don Venustiano contaba, por supuesto, con simpatizadores, más que de convicción, por esa atracción que tiene todo sol naciente, y los que lo preconizaban como una especie de Mesías que salvaría al país del caos y concluiría con la incipiente dictadura; como el que abriría nuevos y dorados horizontes para la democracia, y el que, en fin, haría que resplandeciera de nuevo, con todos sus fulgores, el libro magno de la Constitución del 57, villanamente hollado, estrujado, y que él había levantado del suelo como lábaro invencible. ¿Que se refería en periódicos gobiernistas y por los que llegaban de las regiones infestadas por la revolución, horrores de los que cometían los nuevos revolucionarios? ¡Bah! Eso era laborantismo puro! Invenciones de los huertistas. ¿Que la serie de atrocidades que se decía cometían aquellos vándalos no tenía paralelo en la historia de las guerras civiles de México? Psché! Las revoluciones no pueden hacerse con angelitos! No se pueden nunca evitar ciertos excesos. ¿Que del carrancismo a la anarquía podía bien haber un solo paso? Bah! Cosas del proselitismo de los hombres que querían a toda

costa conservar los puestos y con ellos la tripa llena, a pesar de la frase aquella de «la paz se hará cueste lo que cueste» pronunciada por Huerta en pantagruélico festín, de los que a diario había. Don Venustiano era un Cincinnato. Pancho Villa un Scipión, y Emiliano Zapata seguía siendo el Espartaco libertador de los suyos. Y sobre todo, cualquiera cosa sería mejor que aquella situación huertista!

Por fin, allá a las diez de la noche y previa la cortés notificación de Menendezorra, de que tenía que cerrar y ya no podría servir más tequilas, por haber sido notificado a su vez por el gendarme del «punto,» que desgraciadamente, en aquella noche, no era el «acuache» de costumbre, y por cuanto, por otra parte estaban agotadas las provisiones de la fritanguera de la flor de calabaza que había levantado el vuelo, tras de arrinconar en unos cajones de la mixta, anafe y sartén, la reunión tocó a su fin, una vez que los concurrentes apuraron la «del estribo» y emprendiendo el rumbo a la «domus tepetaete» que dijera Tafolla, refiriéndose a las casas.

De los últimos del grupo y de bracero, caminaban Tenorio y Porras en animada conversa, siendo seguidos de Quico y Sabás Pantoja que proponía a aquél la fundación de un periódico «moderado» entre tanto las cosas acababan de dar color, y que bien podría llamarse «La Voz del Centro,» a la que cuidarían acuciosamente a fin de que no muriera de un ataque de bronquitis aguda, como aquella del Noreste.

Pocas calles habían avanzado, algo encandilados los ojos y más aún los espíritus por la frecuencia de los tequilas en judía mezcla con la cerveza, cuando Porritas se desprendió intempestivamente del grupo y con un cortés «ustedes dispensen.... Has-

ta aquí los dejo,» se encaminó a mal alumbrado callejón cercano.

Reparó Andrade en que no dejaba de ser extraño que el anfitrión se alejara de tal guisa, no acompañándolos hasta el riñón de la ciudad, como de ordinario lo hacía en las tardes de concurrencia a «La Llanisca,» y más para tomar rumbo que no era el de su «domus;» pero sin dar mayor importancia al accidente. Sin embargo, Tafolla, que tenía gatuna la mirada y al que los tequilas no se la habían enturbiado por entero, pudo percibir bien que, en la profunda penumbra de la callejuela aquella, Porras se había reunido con otro sujeto que tal parecía que lo esperaba allí. Y aun la silueta del tal no le pareció del todo desconocida. De quién era? Quién podría ser? Podría jurarse que aquella era la de Mandujano, con su eterno traje negro de montar y su jarano de fieltro de igual color. Mandujano en México? Y en citas con Porras en aquellos apartados rincones? La cosa olía a leguas a conjura..... Y el tartamudo se apuntó en la memoria, para cuando pudiera serle útil, el dato siguiente: «Porras cultiva amistad con Mandujano, pasadas las diez de la noche, y en el callejón de * * *»

Una semana después de aquella furibunda acometida a los de «menudencias,» Tafolla podía haber adicionado la nota con esta otra: «Tenorio está de íntimo con Porritas, y lo ha tomado como asesor.»

Porque, en efecto, así era. El levantisco coronel se pasaba el día y la parte útil de la noche con el secretario del insigne Pingarrón, y tal parecía que ahora para él la situación no era tan deplorable, ya que, sin dejar de negar a grito pelado el haber estado en la Ciudadela, no escaseaba sus elogios y ditirambos para Huerta, al que calificaba de «zorrillo,»

de la «colmilluda» y de otros epítetos callejeros demostrativos de la astucia y de la vivacidad.

Sus intimidades con Porras eran a la vista de todo mundo. Y después de sus continuas y largas conferencias con el secretario, en cada ocasión que a pelo venía no dejaba de ensalzarlo ante los de la «República» con lo que dejaba patidifuso a Tafolla y en parte celoso al indio Chaneque. El primero no podía explicarse bien aún, cómo Tenorio, hombre tan práctico, perdía su tiempo con aquel comediante de Porritas; y el segundo, menos práctico pero más taimado, sospechaba que, de no andar listo, Tenorio le sacaria ventaja en la utilización del influente engarzador de garabatos taquigráficos.

—La verdad es que este Porras se pierde de vista. Qué ojo político tiene el endiablado!

—Pupupues no le sueeeltes la cooola, a ver si con él la pegas!

—Tú no lo creerás; parece «chato pero las huele.»

—Caaaray! pupupues yo tengo caaatarro!

Siendo, como lo era Porras, un títere movido por Pingarrón, claro estaba, para cualquier analizador, que si Tenorio buscaba la amistad de Porritas, era porque quería la protección, para algo, del conspicuo padre de la Patria: y que si Porras soportaba «la lata» de Tenorio, era porque instruído estaba para el caso. El señor Pingarrón, casi ministro en vísperas de la Ciudadela, con Madero, había podido lograr felizmente un nuevo equilibrio, y a pesar de su filiación «renovadora» no estaba mermada su potencialidad política, según saber se podía, disfrutando hoy de amplia confianza del «nuevo régimen,» con lo que justificaba bien que, en materia de «renovar,» nadie le ganaba.

Y tal aspecto de cosas descorazanaba e intrigaba a Barbedillo, que si era afecto a «cohonestar» y

«flexibilizarse» procurando la armonía de elementos, no lo eran tanto que no viera con prevención tranta transigencia, a su entender: no acababa de comprender cómo Huerta, con todo y su marrullería, no mandaba a su casa a todos aquellos politicastros que habían pertenecido a la hornada maderista. El pasaporte se imponía: eran hombres peligrosos; sabían bailar en la punta de una aguja: sobre todo aquellos «renovadores» camada de intrigantes que, levantados con el remolino revolucionario, habían sido los primeros en insubordinarse contra Madero, demostrando la debilidad y la falta de consistencia de aquel Gobierno que había nacido con orgánica insuficiencia.

Barbedillo, que por cuanto que tenía intereses que defender, necesitaba andar en el trasiego político, se desconcertaba con aquello, y no las tenía todas consigo; no sabía por qué, pero se sentía intranquilo. Y esto, cuando la conveniencia estaba en ir del lado del «orden de cosas constituído,» aunque él se guardaba de explicar si constituído por un zorro maestro y docena y media de cándidos. Y el tiempo pasaba y él no podía aclarar «paradas,» ni menos conforme a sus deseos, cosa grave para quien tenía «intereses creados» que defender, para lo que necesitaba de algún puestecito oficial que le diera realce y lo acreditara de influyente. Brujuleando insistentemente, vivía siempre alerta.

Fué Orbezo, por ejemplo, quien le dió la noticia del derrumbe del primer Ministro del «pacto;» puesto en guardia, inmediatamente comentó:

—Eso es natural, Orbecito! Yo sabía ya algo.... Es lo indicado. Huerta no puede gobernar con elementos así; tiene necesidad de los suyos; de los propios. A quién se le ocurre que haya que respetar los «pactos» cuando está de por medio la salud pú-

blica? Unidad de acción, de elementos, de conformación...... eso, eso es lo que se requiere! Sólo así pueden asumirse responsabilidades. Y así, bien hecho lo hecho.

—Yo creí que lo lamentaría usted. Como en un principio se inclinaba usted a Félix Díaz y ese ministro era felixista....

—No, hombre! Félix es un buen muchacho. Yo lo estimo mucho personalmente. Está lleno de buenas intenciones y es patriota; pero no es el hombre para la situación. Que deje a Huerta pacificar el país; que no le estorbe. Ya después veremos.....

Cuando cayó el segundo o el tercero de aquellos Ministros, su frase fué la misma:

—Es natural! Huerta tiene que gobernar con los de su partido; con sus hombres; con sus amigos. De la Barrita (por el Ministro saliente) es un excelente sujeto; muy fino, muy ilustrado, muy culto..... pero no es eso lo que ahora necesitamos. Los tiempos requieren hombres de acero, amigo Orbezo; cerebros fuertes.

—Que sepan tomarse cuatro al hilo sin que se les aflojen las piernas?

—Bah! Esos son cuentos! Ya ve usted que reemplaza ventajosamente a los salientes.

Y cuando cayó el siguiente la misma historia:

—Yo ya lo sabía! Vera Estañol es de muchos ímpetus. Quiere volar muy alto.... tiene demasiada sangre. Y Esquivel nos está comprometiendo al poner trabas para que el dinero del empréstito se invierta como debe invertirse.... No son los hombres para el caso; Huerta necesita de los suyos....

Lo que no aclaraba nunca el muy ladino, era si él se consideraba uno de los que *necesitaba* Huerta. Y sí que se consideraba. No, por supuesto, con pretensiones a Ministro, no; pero sí creía poder hacer

un regular Subsecretario, como los que la ocasión estaba moldeando. E indudablemente, en la Cámara podían ser de mucha entidad sus servicios, si, como era de esperarse, Huerta se decidía, por fin, a echar a los que allí estaban y que cada vez se insolentaban más. Aun se correría a gastarse todavía algunos dineros para refrendar su candidatura por aquel distrito electoral en el que lo había derrotado Pingarrón. ¡Qué revancha más sabrosa!

Lo malo era que, al perseguir aquellas codicias y al tener que barajarse con los «hombres de Huerta,» el buenazo de don Taco no dejaba de empinar algo el codo y de menudear los cognaquitos, llegando a la casona con el tufo del licor en los labios, cuando no con alguna ambarina gota del mismo temblándole en los bigotes.

—Barbe, hijo.... Estás dando mucho en aficionarte al cognac.

—No es por gusto, creeme, que ya sabes que nunca he sido tomador; pero qué quieres ¡cosas de la política, mujer! La necesidad obliga. Exigencias de la época. Y los que tenemos el deber de estar en contacto con ciertos círculos, tenemos que dejar los escrúpulos algo a un lado.

—No veo el por qué de ello.

—Es que tú no «giras» en las esferas en que hay que estar. Mira, por ejemplo, ahora tuve que buscar a Huerta para comunicarle algo importante.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que lo busqué en el Café Colón, donde a veces va a desayunar; no estaba allí, pero en cambio estaban algunos amigos suyos, correligionarios que lo esperaban también, y con los que me tomé un cognaquito ...

—¡Y en ayunas!

—Eso no hace mal. Y como no llegó, pues tuve

que ir a buscarlo en el restaurant de Chapultepec, ¿onde también suele ir....

—¡Y te tomaste otro cognaquito!

—Sí, pero con un sandwich. Fué que allí me encontré con otros amigos suyos que también pretendían hablarle. Y como tampoco llegó, pues nos fuimos al «Globo,» donde también va.

—Y otro cognaquito ¿no es eso?

—El último; el de la despedida, y eso de compromiso. ¡Qué quieres mujer! ¡Cosas de la política! Bien sabes que a mí no me gusta; pero el que en la miel anda.... Y como están las cosas tan delicadas no es bueno aparecer como díscolo.

Al ver Gordillo, en más de una ocasión, al amigo don Taco que llegaba a la casona más alegre que unas Pascuas, ya fuera por la esperanza de haber atrapado algún negocio, ya porque había «hablado» con el marrajo Presidente, o que por los cognacs llegaba con la cara más encendida que un cangrejo moro y los pasos vacilantes, se decía, para su coleto:

—¡Sigue la corriente!.... ¿Qué ha de hacer? «Copas son triunfos!» Si este indio huichol, en vez de andarse en «pránganas» quisiera meterse a la revolución en un puño, a fuerza de moralidad, de seriedad y de honradez, que lo prestigiarían inmensamente, lo conseguiría a pesar de los gringos y contra ellos! Pero la está echando a perder....

—¿Qué opina Gordillo? ¿Ya ve que ya están entrando de Ministros los del «cuadrilátero»?

—Sí, Chanequito....

—No le parece que son unos tales, que entran por la gatera?

—¿Gaaatera? ¡Entran por sus meeeéritos caaaray!

—¿Y qué méritos tienen, vamos a ver?

—¿Te paaarecen poooocos? ¿Quiénes si no ellos fueron los que empinaron al chapaaarrito? Negarás que son bububuenos oradooores?

—¡Psché! ¡Es que se han autobombeado mucho! De sólido nada han hecho.

—¡Pero harán, ahora que van a ser los del paaandero!

—¡Ojalá! – comentó Andrade – ¡ojalá! Pero no será así. Lástima de jóvenes energías, destinadas al fracaso! El aceite y el vinagre no se casan.

—Huerta los atrapa para que no le enturbien el agua; los coge en sus redes y los nulificará.

—¿Por qué, entonces, se prestan a la farsa condenándose a muerte?

—Porque equivocan la ocasión y el hombre; porque creen lograr lo que no lograrán; hacer cambiar de rumbo a quien los engrana en su rodaje. Por eso que no alabe su proceder y sí deplore su error.

—¡Bah! ¡El «cuadrilátero» no ha sido más que un manojo de cohetes y de luces de bengala!

—¡Eeeso lo dices tú, porque no has pasado de viiil triiiqui!

Por lo pronto, aquel continuo cambio de ministros y subsecretarios; aquel improvisar de hombres y producir temblor tras de temblor, y conmoción tras conmoción en Ministerios, departamentos y ejército, desconcertaba a la opinión pública que añoraba por tranquilos tiempos en los que la seriedad gubernamental se preocupaba de hacer selecciones cuidadosas, ya que, dentro del sistema, el buen andar del mecanismo era lo que constituía el todo, bastando que la máquina administrativa caminara, y dejando aherrumbrarse la política, en lamentable olvido de lo que al adelanto de la época correspondía.

¿Qué iba a hacer el «cuadrilátero»? ¿Enfrenaría

a Huerta, encauzando las dispersas energías a canal fecundo, o tendría que abdicar pronto, enfrentado con aquel hombre que parecía empeñado en restarse prestigios y en divorciarse de la pública opinión? ¿Podría lograr lo primero aquel minúsculo bloque de hombres, acaso bien intencionado, pero desprovisto de la fuerza material y moral necesaria, o perecería arrollado, arrastrado por la creciente ola invasora de fango? Iba el elemento bueno, por joven inexperto, pero por nuevo fuerte para la lucha, a conseguir detener el derrumbe, a enderezar los andamiajes, y a reivindicar los prestigios en fuerza de inteligencia, de valientes actitudes y de conspicua labor, solucionando el haz de graves problemas suscitados por la guerra civil, o bien se contaminaría a su vez, para concluír identificado en la condenación pública de aquél hombre que consideraba el personal decoro como cosa de poco valor? ¿O finalmente e incapaz para controlarlo, se sometería a acomodaticia pasividad?

A la larga, el «cuadrilátero» fué una víctima más de Huerta, que lo envolvió en su ruina; que ahogó sus esfuerzos y sus entusiasmos, y que hizo opacarse, dentro de la penumbra suya, a las personalidades que lo integraban.

Pasaba y pasaba el tiempo y la situación, en vez de aclararse, se complicaba cada vez más. El reconocimiento del gobierno americano, que podía haber vigorizado como galvánica corriente, el cadáver político nacido del «pacto de la Ciudadela» no sólo no venía, sino que ya parecía estar terminantemente rehusado. El embajador americano Lane Wilson, el gran amigo de Huerta, había sido llamado por su Gobierno, teniendo que abandonar la Embajada en segundas manos, para que aquélla no volviera a tener el carácter tal sino hasta pasados luctuosos

acontecimientos, y para un gobierno acaso más indigno y repudiado por la nación que el del propio Huerta.

La revolución, trabajosamente sofocada en un punto, encontraba terreno favorable en otros en que crecía con más vigor. Y conforme el tiempo iba transcurriendo, el Gobierno iba perdiendo elementos; restándose fuerzas; eliminándose simpatías.

Y no decir que ya, para el desarrollo de su labor, era un obstáculo el «felixismo» astutamente ahogado, desde embrión, por la felonía huertista. Ni menos los diminutos y mal acondicionados grupos políticos que ocasionalmente se habían formado, encabezados por hombres que, por error, habían puesto los ojos en la silla presidencial, alentados por el propio Huerta, sin entender que de ella no se había de levantar el poseedor, no sólo por su propia decidida voluntad de no hacerlo sino llegado el último extremo, sino también por el continuo croar, pertinaz, mareante, adulador e interesado de partidarios de cierta casta, que, a semejanza de las brujas del coro de «Macbeth,» cantaban a su oído en ritornello inacabale el «tú serás rey.»

—Le doy mi más sentido pésame, señor Barbedillo.

—¿Por qué, señor Porras?

—Porque ya a su caudillejo le extendieron su pasaporte para el Japón. Ya se va don Félix! Le han apagado a usted el farol de sus esperanzas!

—Está usted en un equívoco. Yo voy con la «situación creada;» mientras menos bultos más claridad.

Porras subió de dos en dos los escalones desde el patio hasta el tercer piso, en busca de Pingarrón que lo había citado para asunto grave y de interés.

Encontró en su «cantón» malhumorado y displicente, al diputado, que de algunos días para esas fechas estaba como cariacontecido por algún fracaso. Atribuía Porritas tal cosa a planes personales que su digno protector acariciaba, y que parecían cada vez menos posibles de realización. Y así fué como, ignorante de lo que aquél trajinaba en tal ocasión, llegara hasta allí festivo y dispuesto a combatir con su buen humor el de su jefe. Mas hubo de suceder a la inversa: que a él se le pegara el *spleen* de Pingarrón, sin que en éste se disipara por completo, pues que, tras breve departir sobre triviales asuntos, aquél lo abordó en «consulta» sobre algún plan que él no había podido resolver. Frunció de pronto Porritas el entrecejo, meditó cortos momentos, y no sin cierto escrúpulo, se atrevió a decir a Pingarrón:

—La verdad es que mucho me temo que, por esos medios, en vez de llegar usted a donde quiere, lleguemos cualquiera noche a ser carga del «automóvil gris» y al día siguiente inquilinos de sepultura anónima......

—Puede ser.... aunque también puede ser que por tal camino lleguemos a donde mis justas aspiraciones me llaman! El éxito es de los arrojados. Y sobre todo, yo no puedo ya «safarme.» ¿Cuento con usted?

Breve vacilación de Porras, y después dramática frase de adhesión:

—Hasta la sepultura anónima!

—Muy bien. Pues ahora dígame cómo podré conseguir eso que necesitamos. Es de urgencia. Me importa demostrar que algo valgo. Y el caso es que hasta ahora, he fracasado.

—¿Ya pulsó usted a fulano?

—Ya; nada se consigue con él; no puede!

—¿Y a zutano?

—También. Y el caso es el mismo.

—¿Y a perengano?

—Menos. Ese es comparsa, y nada más que comparsa.

—Caramba! Pues el asunto no es entonces tan fácil!

Nueva reflexión de Porritas. Y a renglón seguido:

—¿Qué tal la lleva usted con el general XX?

—No mal; nos conocemos lo bastante.

—Entonces he dado con el clavo. Le va usted a ofrecer un pic-nic en San Angel. Que abunden los buenos caldos y los platillos finos!......

—Hombre! Usted todo trata de arreglarlo con banquetitos y copas!

—Cuestión de la psicología de la época, jefe! Si usted no se ha detenido a considerar que estos medios surten, es porque tiene más altas cosas en qué ocuparse......

—Bueno; con que pic-nic...... y copas.

—En San Angel; en honor del general; convidaremos a W; es muy del general, y a Z; ese «empuja» también; y a los demás amigos que a usted le parezca. Y por de contado a Tenorio.

—¿Hombres nada más?

—No, que va! Necesitamos convidar a las Otamendi.

—¿A las modistas? ¿Para qué?

—Yo me lo sé: Chayo es el mejor gancho para lo que usted quiere..... Y se invitará a otras amigas y correligionarias.

—Perfectamente; nada más que eso cuesta el dinero y que yo no aflojo ni un tostón para todo eso!

—Naturalmente! Nada más eso faltaba! Ya yo lo sabía......

—Y entonces.... ¿quién pagará las copas?

—El que quiere azul celeste.... Ya me entiende usted quién debe pagar.

—Tiene usted razón! El plan no me parece malo.

—Surtirá, yo respondo. Y pues que a *él* le va en el «volado,» nada más justo que contribuya con lo que él debe para el «envigado» este, que no vamos a hacer nosotros de sastre Camilo, que hacía el traje y ponía el hilo.

—Encárguese entonces de organizar todo lo relativo, inclusive las invitaciones a las hembras. Y a propósito.... invíteme a la de Garay y a Pita.

—Pues que..... todavía no se le apagan a usted sus entusiasmos, jefe, por esa respetable matrona?

—¿Pero qué está usted diciendo? ¿Usted cree yo me intereso por ella?

—¿Entonces para qué convidarlas? Hasta pudieran estorbar......

—La Garaicochea cree, como usted, que es de ella de quien me ocupo, y se necesitaría estar loco..... Yo voy tras de Pita ¿me entiende usted?

—También me lo había imaginado..... ¿Y qué le ha visto usted a esa niña romántica, que parece cirio en funda?

—¡Qué quiere usted! Caprichos! Cosas de los hombres! Y ello es que tengo positiva codicia por esa niña. Me gusta, me gusta y me he de salir con la mía! Me he de quedar con ella....Y a propósito ¿sabe usted una cosa?

—¿Cuál?

—Que usted me puede ayudar mucho en ese....

—Hem! Pues usted dirá la manera.

—Es muy fácil y va usted a seguir mis instrucciones.

—Vengan ellas.

—Le va usted a hacer el amor a la madre.

—Qué? Entonces me cala usted de loco?

—Y si es preciso, cargará usted con ella....

Asombro hasta la fulminación de Porritas, que, al no haber estado sentado en un firme sillón, habría rodado al suelo, y ataque repentino de un hipo pertinaz y molesto, por el susto de verse ya con el endoso de Chita.

—Yo? Yo cargar con esa señora?

—Sí, hombre.... usted.... usted.

—Pero señor Pingarrón! Reflexione usted que yo resulto un menor de edad para ella!

—Pues en dado caso no habrá más remedio. Y esté cierto de que ella lo aceptará......

—Eso precisamente es lo que me compunge!

—Ella lo que busca es la aventura picante; el lance amatorio; echar su cana al aire en ausencia de Garay.......

—Si la conozco bien como «entrona.»

—Pues ya está dicho todo. De ese modo se me facilita a mí el camino inmensamente. Y yo creo que por un amigo como yo, bien vale hacer el sacrificio.... ¿no le parece?

Hondo suspiro de Porritas, que, ante la concluyente última razón aducida por Pingarrón, no tuvo más que aceptar el «sacrificio,» que le parecía tener el peso de las tres pirámides de Egipto reunidas.

—Pues si usted se empeña......

—Y arregle pronto ese pic-nic.

Arreglóse el pic-nic. Se hizo la invitación y se fijó el día. Por de contado, que las Otamendi aceptaron regocijadas con la idea de que iban a prestar un servicio para «la causa,» tanto como Chita, cuyo regocijo fué de distinta índole, pensando que Pingarrón se le acercaba cada vez más y más.

—No prescinde para nada de mí, decíale a Pita—

y no te quepa duda de que será él quien logre sacarnos de esta mediocridad en que nos tiene tu padre......

—Ay, mamá! No diga usted eso! Cualquiera creería otra cosa......

Y como quiera que, para la asistencia al pic-nic aquél, necesitara ella de un par de botas «bayas» y la «Corchea» de un rebozo de bolita, que no tenían, como tampoco el dinero para ellos, el «préstamo» en calidad de pronto reintegro a Gordillo, se impuso. Se reembolsaría del primer giro postal que Garaicochea enviara.

—Con mucho gusto, Conchita. Aquí están los veinte pesos; pero..... ¿no le parece que el señor Garay puede tomar a mal que se diviertan de ese modo en su ausencia?

—¡Adiós! Y qué, porque el viejo de mi marido no ha sido capaz de buscarse algo aquí, vamos nosotras a prescindir de divertirnos? Y sobre todo, que yo soy esposa y no esclava......

A hurtadillas de Chita pretendió Gordillo que la «Corchea» no fuera a la fiesta, temeroso de algo, ya que en más de alguna ocasión había sorprendido las libidinosas miradas de Pingarrón para la inocente niña; pero ni eso consiguió. La «Corchea» no veía inconveniente en ir; el señor Pingarrón era bueno y atento con ellas; no debía tener cuidado......

Y el pic-nic se realizó, en cualquiera huerta de San Angel, teniendo de maestro «al cémbalo» a Porritas. Concurrentes? Ya están indicados, habiendo tan sólo que agregar la asistencia de algún afamado «maitre de hotel» y dos o tres damiselas, comulgantes en ideas con Pingarrón; aunque no estaba definido si en ideas políticas, o en ideas sobre la libertad de que debe disfrutar en todo democrático país la mujer.

Con los sabrosos sandwichs menudearon los «cooktails» para hacer boca. Y más tarde con los «huevos rancheros» y los «chicharroncitos» a que tan afecto era su señoría el Presidente, los «curados» que alternábanse con los cognacs «nueve ceros» ($20.00 botella), todo lo que condujo a que pronto reinara una gran cordialidad, y una sincera aproximación entre todos los comensales, al grado que, a poco andar, entre el general XX y Pingarrón, se había roto «el turrón» y a punto estaba de acontecer igual cosa entre Porritas y la ideal Chita. Y nada digamos de las insinuaciones mediantes entre el diputado y el general, apoyadas en buena parte por aquellos otros dos personajes concurrentes.

Aunque en un principio la «Corchea» madre no pudo darse cabal cuenta de la asiduidad y del interés de Porritas para con ella, y sólo de sobremesa se lo dió del de Pingarrón para con su insípida hija, y aun habiendo tomado a mal el que Porritas se permitiera aquellas libertades que atentaban contra el sagrado de su jefe, que, en vez de darse por ofendido tal parecía estar satisfecho, sí acabó por entender la táctica aquella, al ver cada vez más acorralada por el diputado a la inocente Pita, que no sabía qué partido tomar. Y entonces, en rápida evolución, como debe todo buen estratega, procedió como correspondía. Bien visto, Porras era un muchacho simpático; un joven de garantía; y si a la par, Pingarrón no salía de la órbita de atracción de la familia, que era lo importante, en vez de uno se tenían asegurados a los dos. Y así fué como Chita, cediendo a las instancias de Porras que se sentía cada vez con más acometividad, como deseoso de dar ejemplo a su jefe, hubo de iniciar la capitulación con un «bueno..... *Simbolizaremos*..... Eres irresistible, Porras!» dejando entrecerrar los ojos con cierto dejo

apasionado, y dando origen, con aquel inmenso adelanto, que Porritas no creía fácil de conseguir, a que éste se sintiera una vez más atacado de improviso por aquel hipo molesto de otra ocasión. Pero señor, ¿qué iba él a hacer con aquel jamón formidable?

Por otro lado habría podido ver el curioso lector a Cuca Otamendi que, teniendo a la vera a Chayo, atacaba decidamente a Tenorio en algún reducto último en el que aquél parecía defenderse, haciéndose del rogar, para vender caro el favor.

—Nada, Tenorio. Es necesario que se decida usted...... Está usted perdiendo lastimosamente el tiempo. No ve que de ese lado está el porvenir? La Patria reclama de nuevo sus abnegados servicios y usted debe dárselos. Y no se quejará.... Aporte su valioso contingente.

—Es que.... tengo mis escrúpulos.... Yo comprendo bien que de ese lado, como usted dice, están la razón y la justicia; pero me detiene la consideración para mis amigos; los hombres tenemos nuestros compromisos en política; hay que ser firme en las convicciones....

—Qué compromisos ni qué ojo de hacha! Déjese de esos escrúpulos, que tanto lo perjudican en su carrera. Es bueno ser consecuente, pero no tanto. Ya no tienen razón de ser esos compromisos. No ve usted que ya se rompió el «pacto» de la Ciudadela?

—Es verdad. Tiene usted razón. Eso era lo único que podía realmente detenerme....

—Bueno; pues entonces, quedamos en lo dicho. Palabra es palabra, y el trato está hecho.

—Que resuelva Chayo....

Chayo sonrió al pundonoroso militar como ella sabía hacerlo cuando quería encender el volcán de una pasión, y después de aquella divina sonrisa, preguntándole:

—Pero.... todavía está usted dudando?

—No. ¡Ya no dudo! Usted ha echado la suerte! Conste, para que no se me regatee, a la hora de la hora, el pago....

—¿Qué pago?—preguntóle cándidamente ella.

—Con permiso, creo que me llama Chita—dijo Cuca, y se alejó discretamente.

No narran las crónicas cuál fué el pago regateado, ni si se concedió o no, aunque sí cuentan que al volver del pic-nic, Tenorio estaba bastante «chispo» de puro contento. Así como refieren que, en peores condiciones que Tenorio, hubo de remolcarse al obsequiado, en unión de sus adláteres, y por Pingarrón y Porras, que pasado aquello se frotaban las manos de entusiasmo al comentar los éxitos obtenidos.

—Ya lo ve usted? Todo ha salido a pedir de boca, y creo que no se quejará.... Yo tengo mis sindéresis y conozco bien la psicología de los tiempos! Ahora la política es de cognac. «Copas son triunfos.»

—Y a usted con Chita, qué tal le ha ido?

—Más que viento, huracán en popa! Se me hace que me voy muy de prisa....

—Pues en cambio a mí la niña esa parece que no me ha entendido. Es una mosca muerta o una cándida!

—Es que la infeliz tiene aún cerrados los ojos....

—Sí? Pues yo se los abriré.

* * *

En la noche de aquel mismo día, Gordillo, golpeándo con los nudillos, discretamente a la puerta de la «República,» solicitaba a Andrade que, desde el interior, contestó:

—Qué hay? Quién es?

—Yo, señor Andrade: Gordillo. Quiere oirme dos palabritas?

—Con mucho gusto. Voy allá.

Corto cuchicheo de ambos en el corredor, y como resultando el dirigirse, de puntillas, rumbo a la habitación de Gordillo. Parar de orejas y atisbar de Tafolla, que en aquellos precisos momentos recosía modestamente el substituto par de calcetines de los que tenía puestos, ya que cada vez iban escaseando más y más y siendo más reducidos los giritos postales de Indé, por mor de la revolución: reflexión rápida: «Qué diablos se traen Gordillo y Andrade?» Vehemente deseo de averiguarlo, y, como consecuencia, salida en pos de Andrade y el artesano a los que alcanzó en la puerta de la vivienda del segundo. Movimiento de desagrado de Quico al verlo, y al entrar los tres en el cuarto a obscuras de Gordillo, advertencia de Andrade al tartamudo—Chiis! «Tartamudo intruso! No hagas ruido.... Y cuidado con ir a contar algo después....»

Cierra Gordillo cautelosamente la puerta de entrada, procurando no ser sentido, y nuestros tres personajes quedan en la obscuridad. En la habitación inmediata, la de Pingarrón, se escuchan voces apagadas que el muro divisorio no deja oir, y por bajo la puerta de aquella vivienda se recorta un filete luminoso que deja entender bien que en la habitación hay alguien.

A tientas y con todo cuidado descuelga Gordillo, de la pared de su cuarto, frontera con el de Pingarrón, un grabado a colores que, visto a la luz de día, representa el paso del Puente de Arcola por Napoleón.

Descolgado el cuadro, un pequeño hacecillo luminoso se cuela en la habitación de Gordillo, proceden-

te de la de Pingarrón, pues que un minúsculo agujero, pacientemente abierto en el muro, le da paso.

—Aplique el ojo, señor Andrade.... con cuidado, no se tropiece con algo y haga ruido, porque echamos a perder la cosa.

Andrade enfoca por el pequeño agujero y puede ver a Pingarrón, sentado, mustio y como cabizbajo, en un sillón: a Porritas, listo en la mano el cuaderno taquigráfico para tomar el dictado, y a Rémington paseándose a lo largo del cuarto, en actitud de hombre que discurre y pesa lo que hay que hacer.

—A veeer! Déjame espiiiar a mí tambiiién....

Y a su vez, Demóstenes sorprende al grupo aquel.

—Ahora no hay más que aguzar un poco el oído. Quitado el cuadro, las voces llegan bien y se puede oir lo que hablan en la otra pieza......

Y hé aquí el diálogo que los tres espías aquellos sorprendieron.

—Está bien.... está bien. Estoy satisfecho—decía Rémington—ahora, lo importante es contar con la fidelidad de ese sujeto, que no es un modelo respecto a eso. No nos vaya a jugar una mala pasada.

—No hay que desconfiarle por ahora. Ha quedado bien comprometido. Ha cerrado un pacto en forma......

—¿No será como el de la Ciudadela?

—No; aquí, o cumple o pierde todo.

—Muy bien. Con cuántos hombres dijo el militar ese al que *le dimos* la comidita, que podría organizar su brigada aquél?

—Se le darán, por lo pronto, trescientos reemplazos, y armas y parque suficientes y dinero el que pida para su marcha.

—Perfectamente. No se podrá quejar. Nosotros le hemos conseguido lo que los mismos suyos no

querían darle. Ya puede irse a campaña. Ya tiene mando de fuerzas! Sabe ya por dónde tiene que empezar?

—No se me ha informado por usted.

—Pues que lo haga por cerca de Tampico. Conviene quitarle a Huerta la región del petróleo.

—Perfectamente.

—Y el militar ese no se ha dado cuenta de la trama?

—Es un inocente! Y los «aguardientes» lo pusieron fuera de combate. Nos ofreció todo lo que le pedimos, y lo cumplirá. Tiene «vara alta,» es de los consentidos, y además «le va en el gallo,» porque sólo que Tenorio marche, queda obligado a pasarle la cantidad acordada.......

—Muy bien. Y el otro? Se cuenta con él?

—Incondicionalmente. Cuando se le necesite, marchará.

—No importa por ahora. Ya vendrá tiempo. No será un elemento inútil, que los que manejan la pluma también tienen su función que llenar en todo esto. Ya seguirá allá con otro «Nuevo Credo.»

—Creo que estará usted satisfecho......

—No esperaba menos. Ahora no nos queda más que redactar esas cartitas.

—Oiga usted, Rémington...... la verdad es que eso me «escama» mucho! Yo no considero indispensables esas cartas.

—Pero yo sí.

—Fíjese bien en la situación en que me está colocando! Si mañana o pasado tira el diablo de la manta, me pegan cinco tiros!

—Con algún riesgo se alquila la casa. Sirve usted a una buena causa y eso es motivo de satisfacción.

—Pero el papelito es peligrosísimo......

—Cuestión de un «teje maneje» hábil y nada más.

Suponga usted, lo que no es de conceder, por lo que usted sabe, que Huerta domina la situación. Usted queda en magnífica posición con él. Suponga, lo que es de afirmar, que Carranza se va para arriba. Usted será todo un personaje en la nueva administración. Y sobre todo, no eche en saco roto que yo sé ser buen amigo de mis amigos....

Porritas se regocijó internamente. Su jefe le pagaba lo de la «Corchea» madre: con las mismas palabras con las que lo había comprometido, lo comprometían ahora!

—Sí.... pero es que....

—Tome su wiskey.... Y usted, Porras, el suyo.... (levantando la copa de licor). Buena salud, y por el éxito de nuestros trabajos! Y ahora, tome usted las cartas, Porras.

Y enfáticamente, el enigmático Rémington se puso a redactar él las cartas que dirigía Pingarrón a Huerta y a Carranza; contando al primero una larga serie de embustes y de falsedades; dándole datos y noticias inexactos; protestándole una amistad abyecta y aduladora, que hubiera provocado el sonrojo de otro que no él, y concluyendo por solicitarle encarecidamente una audiencia para comunicarle asuntos de alto interés y ponerlo al tanto de ciertas cosas de Carranza, que era indispensable que supiera. Y en la dirigida a este último, refiriéndole cómo iban avanzando ciertos trabajos de zapa políticos; cómo se iban conquistando elementos que traicionarían a la causa huertista; y cómo él, Pingarrón, seguía en un todo fiel al servicio de la «causa redentora» que acaudillaba el señor de Cuatro Ciénegas.

—Muy bien—dijo Rémington cuando Porras acabó de tomar el dictado—mañana, al buen temprano, me pone usted en limpio esas cartas, y usted

me las firma..... Que vayan en papel con el membrete de la Cámara; no se le olvide..... Y como nada más tenemos por ahora, me despido. Hasta mañana......

Cuando Rémington se marchó, Porritas se quedó viendo a Pingarrón, y éste a aquél, y el embarazoso silencio duró un buen espacio, hasta que Pingarrón puso término con esta filosófica conclusión:

—No hay remedio!..... Ya estamos en «el enjuague» y ahora no se puede echar pie atrás!

Marchóse Porras; y no habiendo más espionaje que hacer, después de prudente rato de espera, marcháronse igualmente Andrade y Tafolla rumbo a su «cantón,» no sin que Gordillo hiciera a Andrade esta piadosa reflexión:

—No le decía que este terceto, sin saber yo por qué, me caía «de la patada?» Cuando yo le digo a usted que van a faltar árboles en que ahorcar traidores!

Cuando Andrade y Demóstenes estuvieron de regreso en la «República,» aun no llegaba a ella Chaneque. Púsose el presunto jurisconsulto a medir furiosamente la pieza a zancajos, vociferando y deturpando la conducta de ciertos hombres; en tanto que Demóstenes, pacientemente, reanudó la interrumpida tarea de recoser su par de calcetines; y mientras éste daba puntadas, el otro hilvanaba reproches y acusaciones, lleno de indignación, hasta que rendido de ello, se resolvió a meterse en la cama.

—No hay remedio! Todo está perdido..... Todo se está pudriendo, inficionando, prostituyendo! Las copas pueden más que todo!

—Es veeerdad, caaaray!

—No tenemos vergüenza!

—Ni caaalcetines taaampoco!

CAPITULO IV

Algo de toreo alegre

Ya el Tajonarcito, después de haber gateado por buenos meses, comenzaba a hacer sus pininos en dos pies, llevado en andaderas por los maternales cuidados, y algo semejante sucedía con el crío de Mandujano. Ahí era de verlos, al aire las gordas piernecillas de cascorvos, como en todo muchacho, ensayando el vacilante paso y dando tumbos de borrachos.

De blanca tez el uno, con sus ojos algo claros y sus guedejitas medio rubias, musculado como un hércules y risueño como un querub; moreno rosado el otro, con sus ojazos negros y expresivos, con circunspección de persona mayor y más negros que los ojos los cabellos, eran los dos mejores amigos que en la casona había; mejor dicho, los únicos buenos amigos; los únicos que fácilmente confrontaban; que sólo de accidente pasajero solían reñir, a diferencia del resto de los inquilinos que, cual más cual menos, estaban distanciados, hoscos entre sí, divididos en convicciones y apartados por las divergencias políticas y lo disímbolo de opiniones.

Tendíanles a aquel par de rozagantes y carnosos

bebés su «petate» en uno de los ángulos del corredor del tercer piso; poníanles sus toscos juguetes a mano, y allí los dejaban las mamás para que jugaran, durmieran, disputaran, y aun hicieran alguna cosa impropia de hacer en las camas. Y allí solían embuchar sus sendas botellas de leche, quedándose dormidos a pierna suelta después, para despertar a poco y andar a la greña en la disputa de algún muñeco de trapo o de algún caballejo de madera, tal vez por el prurito de no ser menos en el concierto, (o desconcierto) de la casona. Y allí era de ver que, si el Mandujanito se agarraba de las crenchas del Tajonar, éste se prendía de alguna oreja de aquél; llantos, gritos, rodar hechos una pelota por el petate, y, al final de cuentas, nuevo sueño el uno al lado del otro, plácidamente.

—¡Caaaray, tú!—decíale el tartamudo a Andrade—no parece sino que ya se dieeeran cucucuenta de que miliiitan en distiiintos baaandos! Federal el uno y zapaaatista el otro....

—Así es; nada más que ojalá y nuestras disputas pudieran terminar como las de ellos.

A Mandujano casi no era posible verlo nunca por la casona; si llegaba, era de improviso y de ocultis, en alguna noche, franqueándole la entrada sigilosamente aquella greñuda Filo, que tal parecía tener por él sus simpatías; en buen terreno, se entiende. Y una vez dentro, se encerraba a piedra y lodo en su habitación, pasándose uno o dos días, para volver a marcharse como había venido.

—¡Qué osadía Lochita!—decíale Lucha la siamesa a su hermana.

—¡Qué osadía Luchita!—repetía aquélla—si lo atrapan......

—....si lo atrapan, lo cuelgan!

Más afortunado, Tajonar podía llegar a la casona,

sin tapujos y a cara descubierta, y así lo había hecho en más de alguna ocasión, desde la última en que lo dejamos; por aquél entonces había venido precisamente, en desempeño de alguna comisión, debiendo regresar a su destino una vez que fuera despachado.

Por supuesto que nadie desaprovechaba tan brillante ocasión de informarse «a cómo corría el maíz» por allá, por los «comederos» de Francisco Villa, que era donde Tajonar operaba; seguramente que tenía buenos informes que dar; pero la general curiosidad se estrellaba ante la discreción del militar que esquivaba las preguntas y no se confiaba de nadie, excepto de aquellos a los que conocía como amigos de verdad.

—Ya sabe, amigo Tajonar, lo que se le ofrezca. Yo estoy al tanto de muchas cosas.... Conozco bien muchos intrígulis. Sé los secretos. ¡Como tengo tantas «conexiones!»

—Gracias, señor don Eustaquio. Muchas gracias. Pues nada más que no me deje morir de tristeza a mi «vieja» (por esposa) mientras yo estoy fuera.

—De eso no tenga cuidado...... Y.... ¿qué tal? ¿cómo anda la cosa por allá? *¿vamos* ganando?

—Sí.... algo se hace.

—Pronto *limpiaremos* aquello de revolucionarios; ya están estudiados los planes...... Yo conozco algo. Y...... ¿qué tal? ¿Por dónde anda ahora Carranza?

—No lo sé a punto fijo.

—¡Buen pinacate está el! ¿Y Villa? ¿Es cierto que trae mucha gente?

—Bien de salud a lo que parece. A la gente no la he visto.

—¡Vaya, hombre, vaya! ¡Buenas noticias después de todo! Yo sé entender las cosas. Pues ya sabe, si

algo se le ofrece, le repito.... Ya sabe que estoy a sus órdenes.

Conocedor del pie de que cojeaba Andrade, y por más que tuviera sus simpatías por él, sabiendo que, en su idiosincracia no podría ser nunca un traidor, Tajonar no dejaba de recatarse de él, y más cuando a la «República» solía llegar, aunque no con mucha frecuencia, el militaroide Tenorio, al que bastaba tal condición para que Tajonar no lo pasara.

De ahí, pues, que sus confianzas fueran ahora, especialmente, con el viejo Orbezo, que al fin y al cabo «era del arma,» y con Menchaquita que, no obstante su manera de «matar pulgas,» que lo hacía no externarse jamás con nadie sobre su modo de pensar en política, había acabado, como tantos otros y seguramente porque nada hay más pegajoso que la tal política, por echar también sus «cuartos a espadas» sobre la materia; pero eso sí, sin propasarse nunca.

—¡Adiós, señor compañero! – era el saludo siempre afectuoso de Tajonar para «pata de fresno» que, al oirse llamar de tal por un joven militar, de «arma facultativa» sentíase halagado en sus instintos guerreros.

—¡Adiós, compañero! ¿Por qué no pasa a fumarse un cigarrito?

—Con mucho gusto....

Y como quiera que aquello fuera de sobretarde, cuando Menchaquita, concluído el turno en la oficina, podía vacar en la casa, aprovechaba la ocasión para el palique y entraba de buena gana al ruedo.

—Bueno, compañero ¿y qué nos cuenta? ¿Cómo arda la cosa?

—No del todo bien.... ¿Ya ven ustedes tantos bélicos arrestos y tanta pataratada? Pues lo cierto es

que nada más estamos «rompiendo plaza,» haciendo paseítos militares, y en el paseo de las cuadrillas.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quiere usted dar a entender?

—Miren ustedes: yo hace ya veinte días que estoy en México, evacuando alguna comisión de importancia y en espera de recibir elementos que vine a regentear. Las órdenes de «arriba» ya están dadas; pero todavía no las «corren» abajo.... Lo de siempre; las segundas manos.....

—¡Natural! Para ellas todo esto es cuestión de toreo alegre. Mucho revuelo de percal, mucho aparato, y nada de efectividad. El «biombo» se duerme en las suertes....

—¡Y mientras a nosotros nos «comen» el terreno los enemigos!

—Ahora estuvieron pasando muchos mensajes de por allá, de por sus rumbos, y algo pude oir.

—¿No es impertinente el querer saber?....

—Pues por lo que oí, la cosa debe estar ardiendo. Parece que Villa tomó Chihuahua y que ya va persiguiendo a las fuerzas rumbo a Ojinaga. En Sonora han logrado hacer retroceder a los federales hasta encerrarlos en Guaymas. Y en Mazatlán se espera un sitio....

—Tiene que suceder. Mire señor Menchaca: mala la comparación, no hay orden, no hay concierto, no hay buenos contingentes; no nos están dando más que «reclutada» para hacer la campaña. Y así aquello se está volviendo un «herradero» en el que uno tira el capotazo cuando no debe, y otro escurre bonitamente el bulto cuando el toro se le viene encima. Cualquiera creería que Huerta mismo no tiene intenciones de acabar con la revolución, y sí, todo lo contrario, que aumente.

—Es que ahora está intrigado con las cuestiones con los gringos.

—Pierde el tiempo. No lo han de reconocer. Shylock se ha metido de diablo predicador.... No se reconocerá a ningún Gobierno emanado de la fuerza y producto de revoluciones....

—Lo que sería muy bueno si se aplicara por parejo y no sólo para México y para Huerta. Ya lo verán ustedes. Y Huerta, con eso, anda destanteado.

—Seguro! No hay toro a dos garrochas! Y si mañana o pasado llega a triunfar don Venus, resultará que él no emanó de la fuerza ni de la sangre!....

—Para los americanos, lo mismo que para muchos, los huertistas, en un cincuenta por ciento, no son más que carrancistas de saco y de levita.

—Y los carrancistas son el gobierno del pueblo para el pueblo: manos libres, y viva la democracia! La cosa está de color de hormiga! Mientras de este lado todo son obstáculos y malas voluntades, del otro son todo facilidades y contubernios. Y el metal y el guayule y el ganado «avanzado» se cambian por parque y armas.

—Yo le estoy temiendo mucho a la intervención....

—Ese toro es de petate! Que vengan y nos encontrarán a todos unidos como un solo hombre para combatir al invasor! Hasta yo, que soy un inválido, iré a las filas!

—Lo harán los que entonces vivan, señor Orbezo, porque yo, vaya usted a saber si cualquier día me doblan de un plomazo!

—No hay que ser tan pesimista.

—Es que aquellos no tiran con confites...... Y lo duro es tener que morirse peleando hermanos contra hermanos, y todo por defender a hombres!

Llegó por fin el día, aunque al cabo del tiempo, en que Tajonar, ya despachado del todo, estuvo listo

para emprender la marcha de regreso; y por espíritu de cortesía, creyó debido ir a despedirse de los amigos de la «República.» En tal estaba cuando, de inopinado modo, hizo irrupción el ruidoso «Truenos» al igual de torete de pocas yerbas en plaza regada.

—Ahora sí, camaradas! La pegué!.... Ya tengo una brigadita a mis órdenes, y debo marchar mañana.... Hola compañero, qué hay? (por Tajonar).

—Ya lo ve usted; nada de particular......

—Cómo es eso? Te vas y nada nos habías dicho; —objetó Chaneque.

—Sí, viejo; es que estas cosas deben conservarse en reserva, sabes? Como se trata de movilizaciones estratégicas!

—Y tan estratégicas! —coreó Andrade.

—Vaaaya, hombre! Siiiquiera estás apreeendiendo a discreeeto!

—Pues sí señor. Mañana me marcho; llevo tres? cientos hombres; harto parque; mis ametralladoras y sobre todo, pagaduría con todo lo necesario; haberes para dos meses.

—«La Grande Aaarmeeé!» —objetó socarronamente Demóstenes.

—Y usted «compañero,» cuando marcha?

—Probablemente mañana también, señor Tenorio.

—Y lleva fuerzas? Le dieron cañones? Lo aprovisionaron de parque?

—Todavía no sé a punto fijo, porque nada se me ha dicho.

—Entonces «compañero,» quien quita y nos veamos por allá.

—Es posible, señor Tenorio.

—Y...... dígame, «compañero,» hay manera de hacer algo por aquellos rumbos?

—Sí, señor Tenorio; enemigo no falta.

—No, «compañero,» yo no me refería a eso. Le preguntaba si puede uno tener sus «caiditos.»

—Eso podrá averiguarlo con los «irregulares.»

—Vaya un «compañero» .... tan especial!

Fosca mirada del federal para Tenorio, al que caló con aquella en brava actitud de embestir.

—En efecto ...... especial; porque de «compañeros» solo podemos tener el serlo de viaje; no le parece?

Bufido de «Truenos;» Andrade al quite, y Demóstenes buscando la protectora valla, crédulo de que iban a relucir las pistolas; pero no fué así: tras el achuchón aquel, Tenorio se quedó haciendo el don Tancredo, y a poco más, Tajonar se despidió: eso sí, cuando lo hubo hecho y estaba ya fuera, «Truenos» tuvo su bello gesto:

—Cuidado que son presumidos estos federaletes de escuela! A no ser por ustedes y por estar aquí, ya le hubiera enseñado cuántas son cuatro!

Que es lo mismo que, cuando un «maleta» al que de choteo le gritan desde el tendido: «¡Ahí va!» pega el bote de estampida y creyendo que es el toro le saca después la vuelta a un mono sabio de la plaza.

Cuando ya se habían quedado de nuevo solos los de la «República» Andrade, haciéndose fundada suposición, decíale a Tafolla:

—Antes de un mes, el valiente coronel Tenorio habrá defeccionado!

—No te hagas malas suposiciones. Ya vez que abrazo tan efusivo te dió llamándote «heeermano» y asegurándote que, cuando vuelva te demostrará que lo es ......

—Por eso me temo que, al volver triunfante, me demuestre su fraternidad a tiros; y si lo hace derrotado, me la demuestra a puñaladas.

—Bah! tú le tienes tiiiirria porque crees que se apuuuunta con Chayo.

—Bien sabido lo tengo; lo que falta que averiguar es si ella es capaz de pegármela con él....

—Ni lo diiigas, hombre!

—La mujer es veleidosa como lo está siendo la revolución......

Pudiera ser que Gordillo participara de las mismas ideas de Quico, con respecto a la mujer, pues lo cierto era que la seriedad de su carácter y la compostura habitual de sus procederes, se iban tornando, de algún tiempo a aquellas fechas, en fosquedad y en agrios modos. Gordillo iba dejando de ser el «ecuánime» y bien equilibrado Gordillo. Cuando don Taco, Menchaquita u Orbezo, que eran ahora con los que solía alternar, le echaban en cara su retraimiento y sus malos humores, él se disculpaba diciendo:

—Qué quiere usted! No se puede estar hecho unas Pascuas cuando los tiempos nada tienen de prometedores.

—Sí, es verdad; las cosas no están del todo bien: pero una poca de paciencia, Gordillo, y todo se andará; todo se compondrá a maravilla; se lo garantizo yo que estoy al corriente de los asuntos «del tinglado.»

—Es que ya nos va llegando la lumbre a los aparejos! Ya no tenemos obras ni materiales para trabajar, ni nada!

—Paciencia..... paciencia..... ya vendrán otros tiempos!

—Cuando venga Carranza?

—No diga usted esa herejía!

—Pues ya ve usted que al «zorrillo» éste (por Huerta) nadie lo quiere ayudar, y con razón. Ni los del A. B. C. que en vez de estar, como debieran hacerlo, oportunamente al quite, pendientes de la

suerte, ya que también les va a ellos en el gallo, porque lo que hoy hacen con nosotros, mañana lo harán con ellos, se quedan tranquilamente viendo los toros desde la barrera!

—Paciencia, hombre, paciencia! Ya ve que tan hay buena disposición de entenderse, que hasta han mandado a Lind para eso....

—Bueno está el manco ese. ¡Toro de onza!

—No diga usted eso; un diplomático......

—Uno de avanzada, que trae pretensiones imposibles de aceptar cuando se tiene minúscula idea del decoro. Pues no está pidiendo que Huerta salga de la Presidencia y que no le haga el amor a la Silla? Bueno que así sea; pero que tampoco tenga pretensiones ninguno de los otros. Que se hagan elecciones como Dios manda, y al que Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

Si no era, sin embargo, cosa de política la que causaba los agrios de Gordillo, qué podía ser entonces?

Pues si saberlo quiere el curioso lector, no tiene más que fijarse en las asiduidades de Pingarrón para con la «Corchea,» y en el lujo y el amor a las diversiones que se gasta de algún tiempo a la parte la muy interesante señora de Garay.

A las cada vez más repetidas insinuaciones del diputado, la «Corchea» se quedaba como quien ve visiones, no acabando de entender o no queriendo hacelo. Tal parecía que la niña boba soportaba de buen grado aquello, como por una especie de consigna que la dijera: «No hagas menosprecios al señor Pingarrón; mira que él puede mucho, y si quiere, nos exalta, y si no, nos apabulla;» y ella, si no veía malo aquello de la exaltación, sí veía pésimo lo de la apabullada, que bien podía llegar hasta Andrade, al que seguía adorando en una especie de místico culto apenas externado. Y para más alicien-

te de las groseras pretensiones de Pingarrón, tal parecía que la enfermedad que aquejaba a Pita, cedía ahora, dejando tomar ímpetus al juvenil desarrollo: la moza crecía espigándose, esbelta ahora más que flaca; algo llenos ya los carrillos de sedosa tez, y animados de cierto brillo sus ojos de mirar languidescente.

Ya ahora, de nueva cuenta, tenía arrestos para acometer con Debussy, la Chaminnade, Raff y Listz. Aun tenía sus dejos de alegría como pájaro que, en su malestar, tiene momentos en que se acuerda de los gorjeos. Eso sí, junto a la robusta Nachi, aparecía esquelética, ya que Nachi crecía y crecía sana, fresca, retozona y sin abandonar nunca el tarareo de la canción en boga: por eso que al «Marieta, no seas coqueta» que tanto enfado producía a Tenorio, lo hubiera substituído ahora con el garrotín aquel de «Cuánto quieres apostar..... cuánto quieres apostar......»

—Lo que yo apostaría es que Garay no está sufragando sólo todo el gasto de su casa—decía Chaneque.

—No seas hablador, hombre! Quién ha de ser?

—Pues que lo averigüe Vargas! Pero son muchos lujos, francamente, los que se gasta la buena señora esa. Todas las noches cine, tanda de moda y chocolatito en «La Opera.»......

—Eso cuesta poco......

—Pero muchos pocos hacen un mucho. Y acompañadas siempre de Porritas, que no suelta a la veterana. Y como Porritas no puede ser el del gasto....

—Bah! Vas a presumir que es Pingarrón el que se gasta un par de duros en ella?

—En ella no; pero sí por la «Corchea;» y pierde su tiempo, porque esa niña cándida sigue cada vez más enamorada de tí......

—Cómo te gusta inventar!

—De todo lo que resulta, que el tiro es doble, y que hay cornúpeta en plaza.... no te quepa duda....

Las «siamesas,» gente de mucho escrúpulo, como es sabido, estaban escandalizadas con «aquello.» No había semana en que Chita no estrenara un traje, sin encargar nunca sus confecciones a las Otamendi, porque éstas eran modistas de segunda, con lo que traía voladas a las del «Au Chic Parisien.» Ya hasta habían deliberado Menchaca *sisters*, si no era llegado el caso de advertir a Barbedillo, en pro de la moralidad de la casa.

—Se ha fijado usted, Paulinita? Anoche llevaba un traje nuevecito de taffeta..... Treinta pesos por lo menos!

—Y eso sin justipreciar los encajes catalanes, que están carísimos!

—De dónde, Paulinita?

—Paulinita, ¿de dónde?..... decían ambas en su eterna manía de ser la una el eco de la otra.

—Pues.... a la vista está, *mialmas*, y eso sin ser mal pensada!

—Pobre Garay!

—Pobre Garay!

Gordillo observaba todo, y naturalmente, se quemaba con ello: era imposible que de los doscientos del águila que Garaicochea remitía cada mes, quedándose el infeliz con sólo cincuenta duros para sus gastos personales, saliera toda aquella opulencia. Y el cálculo escamaba a Gordillo. Por supuesto que, para él, el dinero para tanto despilfarro no podía proceder de nadie más que de Pingarrón; pero..... aquí entraba la interrogación dolorosa: ¿lo daba porque sí? En qué especie pretendería cobrarlo? ¿Lo estaba cobrando ya, o lo tenía puesto pacientemente a rédito?

Y el caso era tanto más intrigador para él, cuanto que de la «Corchea» madre nada podía sacar en limpio; la buena señora se reía placenteramente, y explicaba el caso diciendo que era porque había adoptado un «nuevo sistema de finanzas,» introduciendo economías en muchos ramos del doméstico manejo. Y si el artesano trataba de averiguar algo con la «Corchea,» ésta, haciéndose la ignorante, tan sólo contestaba:

—Pues yo no sé.... allá mi mamá.....

—Es que Pingarrón la pretende a usted....

—Ah, qué usted, señor Gordillo! Cómo es de mal pensado! Y que, porque el señor Pingarrón diga que me quiere, ya voy a creerlo y a quererlo?

—Pita, el que porfía mata venado......

—O se queda en el monte......

Aquel Pingarrón, aquel Pingarrón odioso! Y vaya usted a saber de dónde, pero el caso era que, por todo lo que se veía, se podía asegurar que el hombre nadaba en dinero: ahora su habitación tenía el aspecto de coqueto cuarto de solterón acaudalado, con muebles de lo mejor, regia cama, y porción de valiosas chucherías. Él se gastaba un solitario de a tres quilates, según afirmación de Porras, el que a su vez lucía reloj extraplano, de a catorce quilates, con iniciales, adelanto notabilísimo sobre aquella «molleja» de níkel de antes, a la que tenía que estar «poniendo» constantemente, al pasar frente al Palacio, o frente al templo, almacén o relojería en los que poder pescar la hora.

Pingarrón iba siempre para arriba; para arriba siempre, con seria molestia y celo de Barbedillo, que, a la inversa y apesar de todas sus artimañas y su «práctica» política, iba para abajo. Barbedillo no podía explicarse cómo un «renovador» del calibre de aquél, de sus pocos escrúpulos, que debería

estar en plena derrota con la nueva política, y por lo pronto en magna derrota económica, en vez de estarlo tenía no sólo pujanza en las esferas oficiales, sino floreciente condición pecuniaria. No era posible, según sus cálculos, que Pingarrón obtuviera todo aquel dineral de «anchetas» y de buscas obtenidas por la posición oficial simplemente, ni aun por sus «agarraderas,» ya que, dados los tiempos y según él mismo podía atestiguarlo, las tales, en vez de producir, muchas veces quitaban. De dónde, pues, aquellos ingresos? Solamente en Chita se gastaba el hombre un pico muy respetable. Y el problema se hacía imposible de deglutir para Barbedillo, intrigándolo más que a las siamesas el de la propia Chita.

Él, en cambio, en vez de prosperar como el diputado, retrocedía a paso veloz; vanos habían resultado sus esfuerzos para poder atrapar algo que mereciera la pena: había gastado la pólvora, inútilmente en salvas, no sacando más ventaja que aprender a tomar cognac a pasto.

De nada le había servido, hasta entonces, estar «identificado,» según su palabra usual, con muchos de los prohombres de la situación; de nada el gastarse muy buenos duros en francachelas y comilonas. Todo lo que obtenía eran promesas, buenos modos, y pare usted de contar. Y aun aquella diputación tan soñada, la veía cada vez más lejana, porque el Gobierno seguía con su melindre para mandar a su casa a los diputados de la hornada maderista. Pero eso sí, tozudo y penetrado bien de que, para defender «los intereses creados» era preciso no perder los contactos con ciertas gentes y cultivar amistades de determinada índole, ni cejaba ni le dolía aflojar la bolsa.

Y fué así cómo, sin darse cuenta exacta de ello,

el hombre se fué echando compromiso tras de compromiso, a espaldas de la cándida Tachita, que, de haberlo sabido a tiempo, ya hubiera puesto el remedio. La vorágine de los dispendios era insondable; los gastos tan continuos como imperiosos y poco fructíferos: ya hoy, la contribución para el banquete a tal o cual personaje de segunda fila, pero muy de la «confia» de Huerta: ya mañana, el regalo hecho a tal o cual otro personaje, que, con graciosa indirecta, lo había provocado, a cambio de alhagadora promesa; ya, después, la parranda corrida con algún grupo de amigos «políticos» que instruían que, para obtener, es preciso no regatear. Y por contra, ya era hoy el pagaré vergonzante de doscientos cincuenta duros, otorgado a algún desalmado matatías, de los que se gastan una conciencia con el peso de una leve pluma; ya mañana la letra de cambio, aceptada a pronto vencimiento, que, llegado, había motivado la prórroga bajo fatales auspicios; y después, el documento bancario lleno de sellos, timbres y firmas; en resumen, la usura con todos sus matices, succionando al infeliz Barbedillo.

Con el aturdimiento propio del que sabe que el hacer balance es encontrarse con que el saldo deudor aterra por su cuantía imaginada, pero no fijada inequívocamente, y que es mejor ir teniendo en la memoria el ajuste de cuentas a ojo de buen cubero, Barbe no quería pasar al papel el estado de las suyas, que consideraba deplorable, e iba capeando el temporal de la mejor manera posible. Para ello lo mejor era acariciar la ilusión, dúctil también para asumir los matices más variados.

—Cuando yo sea diputado al venir la disolución de las Cámaras!

—Cuando atrape yo la contratita esa de proveedor de la división de Occidente!

—Cuando haga esa combinación que traemos entre manos X y yo para «rematar el juego,» entondes, entonces sí que me voy a dar la gran emparejada! ¡Me sobrará para salir de todos los compromisos!

Pero ni la diputación venía, ni atrapaba el suministro de la división aquella, ni se resolvía lo del remate del juego a favor del sindicato Barbedillo; y en cambio, sí, cada vez los cobros se le hacían con más apremio. Hubo, por lo tanto, momento en el que, quieras que no quieras, Barbe se vió obligado a hacer balance, para lo que tuvo que hacer el supino gesto del torero maleta que, después de haber estado fanfarroneando en cafés cantinas, ponderando su arte, se encuentra de accidente contratado para una corrida formal; y al ponerse el traje de luces, siente que le quema más que la túnica a Neso; y al oir el toque del agudo clarin para el cambio de la suerte, el toque se le hace más pesado que la espada de Roldán el de Roncesvalles. Y empujado al sacrificio, héroe por fuerza, hace el reglamentario saludo a la presidencia, no con el arrogante «Ave César, morituri te salutant,» sino clamando al regidor de la corrida «¡no me vaya usted a mandar a la cárcel por mi audacia!» Y al dar la media vuelta, trapo en mano, dejando asomar el estoque para dirigirse hacia el cornúpeto adversario, siente calambres, porque si fuera del ruedo los toros se le hacen chivas flacas, ahora que en aquél está, los ve con apariencias de mamouhths antediluvianos.... Todo para haber de cumplir con la definición del toreo que se atribuye dada por el Guerra a algún atrasado discípulo que le preguntaba; «Maestro, ¿y en qué consiste el arte de la tauromaquia?»

—Coza fasi, chiquillo: tú te pones de frrrente ar toro, que tié cuernos para ensartáte; el toro se te

viene ensima; y o te quita tú ar toro, o er toro te quita a tí.»

Así estaba la psicología de Barbe en sus íntimos asuntos rentísticos; tenía que apechugar con el toro, y el toro no era otro que, la mansa de apariencia, Tachita, única capacitada para resolver el problema, mediante el permiso para alguna «operación de conversión de créditos» salvadora, y muy explicable en hombre que estaba en las cosas del busilis político.

Resolvióse un buen día, por prontas diligencias, a recapitular sobre el monto de su «deuda flotante,» que al que hacía flotar en la congoja era a él; tomó un lápiz; meditó cortos momentos, y comenzó el apunte, sacándole de las nebulosidades de su memoria.

A Perezlíndez, su pagaré al 2% mensual, vencido, y por el que ya me ha amenazado con el reconocimiento judicial...	$ 640.00
A Moyano. La letra que le desconté con tres meses plazo, y que ya venció, estando en el mismo caso de reconocimiento que el anterior....................	598.00
Al «Banco de Industriales y Obreros,» el pagaré con la firma del amigo XX.....	1,250.00
A la «Compañía Bancaria de Fomento Agrícola y minero,» mi pagaré ídem....	1,000.00
A Muñoz el de «La Bilbaína».........	200.00
A Torrescanelas, el de la zapatería del «Zapato Económico,» su letrita.........	250.00
A Marianita, la prima de Malabehar, por conducto de éste, en pronto reintegro..............................	150.00
A Madariaga, el de la cantina, en c. corriente..............................	80.00
A Jesús, el del restaurant, en c. corriente, valor de cenas y comidas con amigos..............................	120.00
Al sastre, valor del frac nuevo y leva ídem..............................	130.00
Tiró garbosa raya y sacó: Total.......	$ 4,368.00

Un vuelco gigante del corazón...... ¡Cuatro mil trescientos sesenta y ocho pesos! ¡Qué barbaridad! Lo único que lo consolaba era que, en aquellas cantidades, ya estaban incluídos intereses.

Eso sí, no se podría decir que Barbe no tenía crédito con Perezlíndez, que era el matatías más indigno de comer pan; con Moyano, que era peor que Perezlíndez, aunque no comparable con Paulinita Ventoquipa; con el banco aquél de industriales y obreros, a pesar de que él no era obrero ni industrial, y con el de fomento agrícola y minero, no obstante que estaba en el mismo caso. En cuanto a su crédito en restaurants y cantinas, aunque reciente, probaba ser sólido.

Liquidar aquellos cuatro mil y pico de pesos.... ¡ecco il problema! Si todo se redujera, en cuanto a ciertas dificultades, a unos cuantos araños, pellizcos y mojicones de Tachi, la cosa hubiera sido obvia. Pero teniendo que ser, como era, tan serio el envite, la res iba a sacar el bulto, seguramente resentida, como lo estaba ya, por alguna que otra puya ocasional, junto a las que aquél resultaba refilonazo atravesando. Y como había que quedar en suerte, la operacioncita debería cerrarse por cinco mil pesos, cuando menos, para poder disponer de algunos centavos para el futuro.

Barbe brindó el toro. Es decir, en elegante y afectada posse, y adornándose como correspondía, al apersonarse con algún acaudalado que prestaba con hipoteca, estuvo elocuente y convencedor; la operación era de toda garantía; la casona respondía por aquello y mucho más, no obstante la primera hipoteca que tenía ya, de cuando se le había «echado el copete,» etc., etc.

Su brindis solicitud fué bien recibido; podría hacerse la operación, a cuatro o seis años; intereses

al 8%; pago en bimestres adelantados y, como indispensable la firma de Tachita, por supuesto, al ser ella la propietaria. La firma de Tachita...... ¡Cualquier cosa! ¡Como si se tratara de la firma con visto bueno de Wilson en un úkase de Huerta, o de éste en uno de los de Carranza! Y sin embargo, si se quería la «consolidación,» era necesario obtener la tal firmita.

Por lo que Barbe, como todo buen lidiador, se propuso arreglar a la fiera hasta ponerla en suerte, trasteándola como correspondía; parándole los pies; buscándole la cuadratura; viendo para que lado acunaba, etc., y hasta llegar al momento de citar, y dejar ir el estoque, o bien de aguantar recibiendo.... cualquier caricia de las que podía provocar el lance. Y para el intento, comenzó por hacerse de almíbar para su costilla, por aquellos días.

—Tachi—acariciándole cariñosamente el lunarcillo aquél por el que Tafolla la llamara «iguanodón con pelos»—Tachi linda; ¿no quisieras ir hoy en la noche a una tandita? Es estreno....

Desconfiada admiración de Tachita, que no estaba acostumbrada a arrumacos con obsequio; la fiera se fijaba en el trapo, o séase, tomaba el engaño.

—¿A.... una tandita dices? Bueno, iremos....

La fiera se iba tras el engaño.

Y concluída la tanda, y aun duplicada para mayor efecto:

—Tachi, ¿vamos tomando un chocolatito en «El Globo?»

—No, hijo, no; ya eso es mucho gasto y no estamos para tales cosas.

—Quien quita y encontremos allí a Huerta....

—Eso no me seduce.... no.... Vámonos para la casa.

—Bueno..... como quieras, aunque bien visto, cuesta eso tan poco.....

Salida en falso; la res se apartaba del trapo.

—Mira Tachi, qué buen queso fresco de la Barca te traigo. ¡Exquisito! Y estos mameyes.... parecen de carne.... No dirás que no me acuerdo de tí....

—Gracias, hijo, gracias....

La res volvía al engaño.

—Si vieras....

—Qué cosa?

—Que no sería malo estar prevenidos para cualquiera emergencia.

—Qué quieres decir con eso?

—Que acaso sería bueno estar provisto de algunos fonditos. Ve a saber tú cómo se han de poner las cosas....

—No hay necesidad de eso...... ni pensarlo siquiera!

La res se escupía al engaño, de nueva cuenta.

—Pero es que.... hay algunas cositas que liquidar.... Yo tengo ciertos compromisos que....

—Lo de siempre! Eres un despilfarrado! A que ya gastaste los veinte pesos que tomaste de la renta de las Menchaca? Con tanto cognac que bebes!...... Me vas a aruinar! Eso es inicuo!

Pinchazo en hueso: la fiera se revolvía y buscaba el bulto.

—Mira Tachita que nansuk tan bonito te encontré: muy barato. Cuatro metros cinco pesos; para que te hagas una bata como la de Chita....

Mirada desconfiada de Tachita e interrogación con intención de toro puntal.

—Sabes que te estás volviendo muy obsequioso? Y eso me da mala espina.... Tú quieres granjearme para algo!

—No mujer.... no seas mal pensada! Lo hago por cariño y nada más....

La fiera huía y se desparramaba; era preciso aumentar el «castigo.»

Y al que en efecto se lo aumentaban era a Barbe, tanto Perezlíndez como Moyano, que ya lo acosaban con el reconocimiento de firma ante el juez, por lo que hubo de resolverse a hacer el primer «cite» a su vez en firme, armándose de todo el valor correspondiente y para saber si ya la res tomaba o no el hierro, tras la correspondiente cuadratura de pies.

—Tachi linda..... no lo tomes a mal pero..... es que tenemos que hablar de un asunto, muy seriamente.

Tachi recelosa, consintió la cita. Y en ella Barbe, como pudo, le expuso lo apurado de su situación, aunque dejándose mucho en el coleto, para cuando llegara la hora de hacer la «reunión» en definitiva: es decir, de enterrar el acero hasta los propios gavilanes. Grito de Tachi en el cielo: ¿cómo era posible que Barbedillo hubiera podido contraer tantos compromisos? Y al saber si obedecían a las causas que le contaba o provenían de otras bien distintas? Vaya usted a saber si aquella fidelidad jurada no estaba siendo quebrantada y el dinero de ella estaba sirviendo para que él anduviera por ahí en perrerías!

Escena violenta: la fiera se revuelve y acomete, y come los terrenos y persigue al bulto, y el lidiador, acosado, acude a quite tras quite con la franela de la lengua; telonazos, molinetes, al revuelo, y de pitón a pitón....

—Pues ni te lo imagines! Yo no pago nada de eso! No me dejó a mí mi primer marido lo que dejó, para que tú me lo dilapides! *Ni en jamás de los jamases!* No faltaba más! Primero el divorcio!

Había que consentir y aguantar, para llegar al ci-

te mortal. Y así fué como Barbe, tras tanteos infinitos, para corregir los terrenos y ahormarle a la fiera la cabeza, que la tenía en las nubes, se arrancó por fin a herir, planteando la cuestión de la segunda hipoteca. Qué elocuencia la suya! Qué manera de convencer! Si así pudiera hablar en la Cámara a la hora estar allá! Su firma estaba comprometida; y con su firma su honor, su destino, su futuro y todo; ella no lo dejaría perecer; no por algo habían vivido tantos años juntos, sin disturbios, amándose como dos pichones: bien sabía ella que él era espejo de maridos leales, fieles y consecuentes...... Indignación de ella. Apapuchos continuados de él: iracundias de ella: mansedumbres infinitas de él: resistencias intransigentes de ella: ruegos empedernidos de él: a cada negativa, vuelta al ataque: y la res bravía, negándose a todo, hecha un tigre, hosca, tirando cada tarascada que temblaba el mundo! Por fin, la crisis: lloriqueos, reproches, etc. La res cuadraba; era necesario «tirarse» aprovechando.

—No tengas cuidado, vida mía.... Yo te prometo que no volverá a suceder! Sí tienes razón! Si he sido un imbécil! Si no tengo perdón....! Pero tú eres muy buena y me comprendes muy bien. Qué quieres! Cosas de la política! todo se debe precisamente a mi afán de querer defender los «intereses creados».... Cosas de la época! Tiene uno que seguir la corriente....

—Pues si no hay otro remedio..... qué le vamos a hacer.... pero tenlo en cuenta, siquiera, para que no me «faltes» mañana o pasado con otra....

—*En jamás de los jamases!* Quién como tú, de abnegada y de buena y de cariñosa? Ni por pienso el engañarte!.... Y yo te garantizo que podremos recuperarnos pronto de esto, porque tengo la seguri-

dad de que de atrapar alguna de las cosas que tanto he pretendido......

—Ay! (suspiro entrecortado y faz de viuda inconsolable). Me voy a quedar en las cuatro esquinas.....

—Pues qué, no estoy yo aquí para trabajar por tí, echando los pulmones si necesario es para ganarse la vida?

—Sí.... Sí.... ya lo veo!

—Confía...... tenemos «margen» para hacer la operación y quedar bien. La casa aguanta perfectamente esa nueva hipotequita....

—Bueno.... pues que haga la escritura el notario....

Como ve el lector paciente, la res llegó a la cuadratura, previa heroica citación, en la que mucho ayudó el capote de Perezlíndez que, precisamente aquel día, había dejado, por intermedio del notificador judicial, el primer citatorio para el reconocimiento de firma. A la embestida de Tachi, se llamó al notario: hizo éste la minuta; se firmó; hizo en seguida la escritura, y se firmó; la suerte estaba consumada con toda felicidad; si era bajonazo vil o estocada por todo lo alto, el tiempo lo diría!

La pobre Tachi tuvo, como consecuencia, que tomar su magnesia con ruibarbo por una quincena, y en ayunas: y el mismo Barbe, al ver lo que líquido le había quedado después de hechos todos los pagos, comenzó a ponerse triste e inquieto y meditabundo: su buen apetito se fué perdiendo; ciertos desarreglos que parecían ser nerviosos, le producían vértigos frecuentes...... Qué era aquello? Acaso lo amedrementaba, finalmente, el porvenir? Acaso se iba dando cuenta de que los intereses se habían menoscabado poco a poco desde que la política se había hecho algo que embargaba todos los ánimos en la patria de Moctzuma.

Qué sería de esos intereses si la revolución triunfaba? Ahora habían sido las exigencias tontas las que habían engendrado la merma; mañana podrían ser las exigencias para escapar la propia vida; el porvenir para el capital, era aterrador; si se quería defender a fuerza de dádivas, malo; si quería apartarse de todo influjo político, peor.

¿Cómo era que él, hombre práctico, político previsor, que sabía estar siempre alerta y tener segura la visual para navegar en aquel revuelto mar se sentía ahora desconcertado y temeroso? ¿Por qué no acababa de encontrar el rumbo? ¿Por qué dejaba y dejaba hacer y que de ese modo se fueran los dineritos, abandonándose, conformándose con flotar, y sin haber sabido desplegar otros medios de defensa que ilusiones?

En ese estado de ánimo, fué «bisma» que no coraje el que le pegó aquella estúpida de Filo la portera, cuando un día, atajándolo en mitad del patio, al salir él rumbo a la calle, le dijo con sin igual desplante:

—Usté perdonará *siñor* don *Ustaquio*.... pero yo quería *disirle* una cosa.

—Qué es ello? Qué se te ofrece?

—*Pos* oiga *usté*.... disen que ya va a ganar la revolución..... y que, cuando gane, *pos* los *probes* vamos a recoger lo que nos pertenece..... *usté mi intiende?*.... lo que es de nosotros los *probes* inditos....

—Sí? Y qué?

—*Pos* que yo pensaba a ver si no era mejor que de una *güena* vez me *juera* usté *entriegando* los «papeles» de la casa....

—De cuál casa?

—*Pos* de cuál ha de ser? De ésta......

—Imbécil! Vaya usted allá...... Quién te ha dicho semejantes mentiras?

—*Pos* si lo *train* los «papeles» de don Venostiano...... y los del siñor Zapata...... y como Firmín sabe leer, *pos* me los lee......

—Cuídate de que yo te los vea o de que te los vea la policía! Habrase visto india cuatezona más idiota!

—*Pos* no se enoje su *mercé*...... yo nada más *disía*......

Pues sí que se enojó Barbedillo: ¿no estaban tomando a lo serio aquellos infundios tantos que como Filo pensaban?

Pararon hasta allí sus desventuras? No tal, que cuando parecía que la perspectiva iba por fin a cambiar para él, aún se empeñó el destino en burlarlo, como verá adelante el paciente lector.

CAPITULO V

Oros son triunfos

La larga serie de revoluciones sufridas por México desde que se hizo independiente, se ha caracterizado por una bella apariencia de quijotismo presto a desfacer agravios y enderezar entuertos, jugando alternativamente el papel de agraviados, ya el pueblo soberano, ya los políticos derrotados o los funcionarios caídos; pero ninguna ocasión más de aprovechar para levantar pendones y lanzarse al campo del combate en vengadora empresa, que la proporcionada por el cuartelazo de Victoriano Huerta y la aleve, absurda y subsecuente muerte de don Francisco I. Madero.

Si Huerta no contaba con ningún prestigio político hasta ese momento, porque sólo tenía antecedentes militares: si éstos mismos no le habían granjeado popular auréola porque se la restaban, por un lado, sus personales idiosincracias y por otro el celo que había despertado entre les militares de escalafón; y si Madero, por un conjunto de circunstancias, obra de su inexperiencia y de su ciega confianza en su hado, estaba casi nulificado en la simpatía popular y abandonado de los mismos su-

yos por no haber cumplido con sus evangelios revolucionarios, Huerta, autor de una conjura militar, fuera ya del temperamento de la época, y autor, cómplice o encubridor del asesinato proditorio de los dos primeros ex-funcionarios públicos, en una burda y canibalesca trama, resultaba tipo admirable para desenvainar contra él la espada caballeresca de Alonso Quijano y castigar en él a un felón —ya que en la patria historia ninguno de los habidos era de su calibre—y Madero una admirable figura para lábaro de vindictas.

Seguramente que hubo más de alguno que pensara en tremolar tal lábaro para ir a la conquista de la herencia del poder; nadie dejó también, entre ellos, de tener sus dudas y vacilaciones; y el decidido fué el «varón fuerte, serio y robusto»—según lo apodara un poeta—don Venustiano Carranza; y no por obra de mayor y propia resolución, sino obligado por otros que lo empujaron a la aventura en la disyuntiva de «pronunciarse» o ser sacrificado.

Don Venustiano, hijo de «ranchero» trabajador y honesto, fué seleccionado entre sus hermanos para ser el de carrera literaria; y así, terminados los rudimentarios estudios escolares, fué enviado a los Estados Unidos para que cursara allá estudios superiores: no logró aprender ni el inglés.

Retornado a la patria, fué enviado a México; y tras trabajoso bachillerato se inscribió en cátedras para carrera profesional; no pudo tampoco con ellas, y tornó a la heredad dispuesto a ser *algo*, ya que no había podido ser un profesional. Y fué político a poco, iniciándose como presidente municipal de su nativo villorrio: Cuatro Ciénegas.

Ni en tal puesto ni en otro semejante en Monclova, dió a conocer interés por el mejoramiento de los

proletarios: latifundista y cacique en el poblado, mataba sus ocios leyendo sin asimilar y gustando de la conjura política, que lo llevó a militar en las filas de Garza Galán. Mal acabó esa primera aventura para don Venustiano y algún consanguíneo suyo, que hubieron de *sufrir* rigores de política venganza, incomparables a los que él había de desplegar más tarde.

Cuando el general Bernardo Reyes se hizo cargo del Gobierno de Nuevo León y controló el de Coahuila, natal Estado de Carranza, éste se procuró su amistad y la del Gobernador Cárdenas, que, al igual de Reyes, fuera calificado más tarde de sátrapa, como sus gobiernos de Vileyatos, por los libertadores capitaneados por Carranza; y tan bien la obtuvo, que, por la protección de Reyes y la buena voluntad de Cárdenas, llegó de un salto a ocupar una curul en el Senado de la República. ¡Dieciocho años sirvió en tal sitio a la «odiosa dictadura» del «tirano» Porfirio Díaz, que le proporcionó así un ingreso líquido de *cincuenta y cuatro mil pesos*, que resarció con dicterios a la hora en que ningún peligro se corría en verterlos!

Con Reyes fué servil; con Cárdenas desleal. Con el primero, hasta vistió el traje de «reservista;» al segundo intentó derrocarlo de la gubernatura del Estado. El astuto dictador de la nación quiso precisar hasta dónde iría Carranza, y lo dejó aspirar; y cuando lo avaloró en su lealtad, nula, mató en él la posible candidatura. Carranza comenzó a odiar entonces al dictador.

En tales circunstancias, y siendo «reyista» de cuerpo entero, lo sorprendió la revolución iniciada por Madero, al que llamaba «Panchito» como coterráneo, y criticaba como a inepto y «títere movido por la locura.» Reyes no tuvo el valor de insurrec-

cionarse contra Díaz, porque en su lealtad para la Patria temía las consecuencias de la revolución. Madero tuvo el arrojo que faltó a Reyes. Carranza, «reyista» en noviembre de 1910, abandonó a su ídolo; volteó espaldas a su grupo, y se hizo «maderista» cuando en marzo de 1911 la revolución ganaba terreno.

Emigró a los Estados Unidos para conspirar desde allí.... pero siguió cobrando las dietas de senador porfirista.

Cuando los revolucionarios maderistas ocuparon Ciudad Juárez, en mayo de 1911, don Francisco I. Madero nombró a Carranza Secretario de Guerra y Marina; pero sólo sirvió el cargo una semana, porque la energía de don Francisco Vázquez Gómez que salió siempre al paso de más de un desacierto de Madero y la misma rebeldía de los principales jefes de la revuelta, dieron al traste con el flamante Ministerio.

Entonces Carranza comenzó a odiar recónditamente a Madero, como lo había hecho con Díaz, y juró «impectore» venganza; juramento que debe haber refrendado al no haberle acordado Madero cartera ministerial alguna ni durante el Gobierno interino de de la Barra, ni al encargarse él de la Presidencia de la nación.

Esto no fué obstáculo para que se apoyara en Madero y en la revolución triunfante para alcanzar el Gobierno de Coahuila, que había sido el sueño dorado de su insignificancia. Desde tal posición podría tramar mejor la consumación de sus designios.

El novel Gobierno nacional, confiado e inexperto, subvencionó expléndidamente el sostenimiento de algunos cuerpos militares al servicio de Carranza; entre ellos, el llamado «Carabineros de Coahuila,»

mandado por Guajardo. Según versiones, los dineros de la nación, para tal cosa destinados, servían para enjugar deudas de otra índole; lo cierto fué que, receloso el Gobierno Federal de la actitud de Carranza, o desconfiado del destino que se daba a la subvención de $200,000.00 mensuales, acordó retirar ésta.

Carranza vino entonces a México intentando que se le devolviera aquella subvención; fracasó en el intento, y desde ese instante no ocultó ya su aversión contra Madero, arguyendo que «era un incapaz que había hecho desvirtuarse a la revolución;» contra los maderistas, a los que calificaba de torpes medradores con la cosa pública, y preconizando *sotto voce*, que precisaba una nueva revolución para poner las cosas en su lugar.

En fines de febrero de 1913 debería haber estallado esa revolución; acaso no eran ajenos a ella ciertos elementos *científicos* que se agitaban en torno de Carranza y que no acababan de convencer el honrado patriota general Jerónimo Treviño; pero el golpe de armas del 9 de febrero llamado «de la Ciudadela,» se adelantó a los designios de Carranza y dió al traste con ellos.

Consumado el cuartelazo de Victoriano Huerta, con el asesinato de Madero, fué éste el que enardeció muchos ánimos. Carranza, vacilante en el partido que debería adoptar frente a circunstancias que no había previsto, fué compelido por el escaso grupo militar que lo rodeaba, para que definiera su actitud; y obligado, más que decidido, hubo de sugerir a la Legislatura coahuilense un decreto desconociendo al Gobierno huertista y que lanzar el «Plan de Guadalupe,» el más incoloro y anodino de toda la serie profusa de nuestros planes de intestinas revueltas — ya que se concretaba a desconocer

como Gobierno al de Huerta, e incitaba a que otro tanto hicieran los poderes públicos y el ejército; pero se abstenía de fijar lineamientos de futura conducta ni de trazar programa para la nueva revolución que nacía, así, sin credo, orientaciones ni normas políticas.

Mas, al propio tiempo que tal hacía, sostenía pláticas, por interpósitas personas, con el Ministro de Gobernación de Huerta, García Granados, y con enviados de una comisión de Paz, no rehuyendo inteligencias a base de propósitos interesados.

Impulsado por el propio Huerta, cuyo íntimo designio no era otro que el país se convulsionara para poder él prorrogar al arbitrio su usurpación, y en dado caso, mediante la reprodución de Bachimba, Reyano y Conejos, adquirir una preponderancia y un prestigio militar incontrastables, Carranza hubo de encabezar la nueva revolución. El impulso lo recibió en las negativas de Huerta para sus pretensiones.

Fué entonces cuando, como primera medida *hacendaria* de la revolución, se apoderó de cincuenta mil pesos del Banco Nacional en Saltillo y ordenó la emisión de dos millones de pesos en papel de circulación forzosa y obligatoria, *manu-militari* y con conminación de pena de muerte, para gastos de la revolución.

Entendió bien, desde un principio, que «oros eran triunfos.»

Secundado en su movimiento por otros caudillos revolucionarios, los autorizó para emitir ampliamente y cada uno por su cuenta el papel que fuera necesario para los gastos de la revolución; y así fué como se multiplicaron las emisiones de los billetes *verdes* de Sonora; de los llamados «dos caritas» por contener las efigies de Manero y don Abraham Gon-

zález; de los llamados «sábanas» de Pancho Villa, por su descomunal tamaño y su color blanco, y de los «vales» de Emiliano Zapata en el Sur.

La revolución de Madero en el Plan de San Luis, preconizaba «que se tomara el dinero para la revolución de donde lo hubiera;» pero no autorizaba ni aprovechaba el robo, el saqueo, ni el plagio; el régimen huertista, en su lata corrupción, abusó del crédito de los bancos, pero fué respetuoso de la propiedad individual; don Venustiano Carranza no tuvo reparo en consentir y solapar, sobre las emisiones inmoderadas del papel moneda, la exacción, en todas sus formas, por muchos de sus secuaces revolucionarios; para hacerla arrolladora, pensó que no cabía mejor plan que prescindir de la moralidad; o débil para hacer imperar ésta, maculó su causa con los innúmeros abusos de muchos de sus seides.

«Oros eran triunfos.»

Bajo tal «modus operandi» nada más lógico que el que las filas carrancistas se acrescentaran día a día; por un corto porcentaje de luchadores honrados, había una inmensa cauda de medradores; por puñados de bravos que iban a la lucha con la idea de reivindicación y de aplastar al gobierno usurpador, había legiones que portaban el fusil como ganzúa y no como arma; Carranza dejaba hacer; la moralidad no era cosa que lo afectara; quería triunfar y para ello hacía escalones lo mismo de los revolucionarios honrados que de los positivos latro-facciosos; más tarde volvería las espaldas a los primeros para apoyarse mejor en los segundos.

«Oros eran triunfos.»

En su idiosincracia, en su mentalidad revolucionaria, en su obsesión para llegar al fin, la pureza era lo de menos; mientras más libertad para «avanzar» tuvieran sus «muchachos,» más se nutrirían sus

filas y más pronto se llegaría a ese fin. Para su consecución nunca se le importó el respeto a la vida; pero menos todavía el respeto a la propiedad.

El papel substituía a la moneda metal y substituía a todo; los granos de la cosecha; la mercancía, el mineral, todo, todo era trocado por montañas de papel donde quiera que Carranza ensanchaba sus dominios. No importaba aniquilar la riqueza pública; matar al crédito; crear la miseria; crucificar la propiedad .... Para triunfar, había que enriquecer. ¿Que se asesinaba a la honradez y se prostituían las conciencias ciudadanas, y se erigía el delito en ley, y se maleducaba a ciertas castas que ya en lo futuro no verían en el ejercicio del poder más de fuentes de botín, y se legaba a los futuros mandatarios cohorte insaciable de rapaces, que verían en la paz nacional a una enemiga? ¿Y qué? Para llegar al solio, ese era el camino; y Carranza fué pródigo en crear zapadores para que se lo abrieran ....

Por el influjo del cuartelazo de Huerta; por el impío asesinato de Madero; por el ultraje a la Constitución, se levantaron en armas revolucionarios paladines; por obra de Carranza, por su lenidad para con los malos; por su idea de llegar al fin sin cuidar de los medios, se levantaron medradores y se propagaron bandoleros.

La justicia, la nobleza, la razón de la revolución constitucionalista, las amengua la condición del «Primer Jefe» cuya figura patriarcal tiene en ocasiones perfiles de viejo y barbado corso o de beduino, porque en vez de atar desata, azuza, pero no dirige; rompe y desborda, pero no sostiene ni traba, y no le importa que la ola vengadora se pueda transformar en turbión funesto, ni que el incendio iracundo tenga espasmos de volcán destructor, con tal de que el turbión lo lleve en su cresta, y el vol-

cán lo ostente en su vórtice con la denominación de «Primer Jefe.»

Despechado por no alcanzar la gubernatura de Coahuila, odia a Díaz que no lo «impone» Gobernador de tal Estado; pero cobra el sueldo de senador; cuando Madero agita al país, Carranza, que pretendía la «imposición» antidemocrática, ama la democracia; despechado de Madero, que no le confía una cartera ministerial, ya que ha sido maderista de cuño utilitario, trama una revuelta contra Madero, la que fracasa, porque otra se le adelanta; y asesinado Madero, hace de su cadáver bandera de combate, para venir al fin a llorar «lágrimas de bronce» sobre la tumba de aquél, según en ramplona frase dijera un panegirista pagado.

Hombre de actitud y verba de esfinge asiria, sólo tiene en su revolución una compenetración lúcida: «Al triunfo por el oro.» Y un gesto heroico: cerrar los ojos a las consecuencias.

Si es preciso, emulando a Alcibiades, no reparará en buscar entre los persas, enemigos de Esparta, ayuda contra Esparta que no quiere a Alcibiades.

No gusta de que la revolución se llame *Legalidad*, porque él quiere ser la «legalidad;» que ésta encarne en él; que se concentre en él; que él sea el símbolo. Su legalidad debe ser «única» e inconfundible. Él debe ser el *único* que represente los derechos del pueblo, la Constitución, la nacionalidad y todo!

Su fe púnica quiere la apariencia de la fe de Juárez....

Es redentor del pueblo y constitucionalista. Y a poco andar ametralla al pueblo y rompe la Constitución.

Legalidad tanto quiere decir como todo por y para la ley, con rigidez de rey sajón escribiendo en su

escudo: «Fiat justicia dunt pereant mundos.» Ya poco andar, la mano que firmó el «Plan de Guadalupe,» la mano de la «legalidad,» desgarra ese Plan y firma el úkase en el que se erige supremo dictador; suprime el Código fundamental de los derechos del mexicano; proclama el estado «pre-constitucional;» borra del catálogo de las leyes la de la garantía de la vida, y estruja la bandera que empuñara para guiar a los sinceros en la lucha por una nacional vindicta..... Mano que firma al igual las nóminas porfiristas, que los manifiestos reyistas; que las proclamas maderistas; que el despacho de divisionario para Francisco Villa; que el Decreto en que lo pone fuera de la ley por asesinoy traidor a la causa; que la carta autógrafa para el Presidente Wilson, en la que lo llama «mi grande y buen amigo» y que la nota en la que lo befa....

¡Oh dioses penates! ¡Y pudo soportarlo el timón de la nave patria!

Mucio Scévola, errando el golpe al tratar de herir a Porsena, hace que su diestra se consuma a fuego lento....

La diestra de Carranza es de piel de salamandra; inatacable para el fuego.

No la quema ni el puñado de oro con el que compra la vida de Emiliano Zapata.

Llegará a la meta. Y aun allí, pensando siempre que «oros son triunfos,» procurará tener comprado a Judas, para que Judas no se venda a otros, sin pensar que de él se han apartado, que con él no pueden estar los que piensan que hay algo que no se vende al *bilimbique*, ni se cambia por moneda troquelada: la independencia del carácter; la voluntad para la acción!

El Destino, entre tanto, había concluído de moldear los rígidos patrones de una Justicia impensa-

da. La neblina de desencantos provocados; de injusticias cometidas; de felonías empleadas; de enojos atraídos; de rencores despertados, al flotar en torno, se irá condensando y condensando en nube tormentosa, de cuyo seno saldrán lo mismo voces de serena condenación que maldiciones crepitantes...... y el rayo, feto hasta entonces en su seno, estallará para aniquilar en la lúgubre noche de Tlaxcalantongo, allá, en el rincón de la sierra bravía, en la soledad y el abandono......

Decía Pericles en su lecho de muerte y a sus amigos que lloraban su cercano tránsito:—«Olvidáis lo único notable de mi vida, y es que jamás, por culpa mía, ha vestido luto un ciudadano.»

Carranza agonizante, no podría haber dicho igual.

***

Las noticias del terreno que iba ganando la revuelta eran causa de más de un diario altercado en la casona. Los que bebían y se inspiraban en las fuentes de información de la prensa, sostenían que don Venustiano y los suyos fracasaban y fracasarían porque no eran más que «latrofacciosos» «robavacas,» etc., etc.

—¿Pero no ve Paulinita que los periódicos no pueden decir más que lo que Huerta quiere? Al periodista que diera noticias verdaderas se lo levantaría el «automóvil gris» y..... ojos que te vieron ir.....

—No hay que darle muchas vueltas.... Estamos en vísperas de triunfo! concluía Chaneque.

Tafolla, siempre con tendencias «reaccionarias,» se enfurruñaba porque, para que le llegara una carta de Indé con el consabido girito postal, se pasaban años y felices días, y pensaba con angustia qué sería de él el día—no muy remoto según iban las cosas—

en que «las comunicaciones quedaran cortadas.» Hasta el mismo Andrade se descorazonaba y entristecía por las nuevas que de la revuelta le daba el hermano Cura desde su parroquia en el poblacho de Zacatecas. «Aquello estaba que ardía.... los revolucionarios no daban cuartel.» «Sobre todo, no dejaban en su lugar nada que algo valiera.... Hasta era posible que él, el Cura tuviera que emigrar abandonando su rebaño de almas.» Quico sentíase contristado ante aquello. Pues qué, ¿no era posible que las buenas causas, las causas libertarias, dejaran de arrastrar aquel lastre de podredumbre y delito que las restaban prestigio?

Barbedillo mismo, comenzaba a desorientarse. Paladín de los «intereses creados,» no sabía hacia qué lado habría que «flexibilizarse:» si hacia Huerta, en quien aún no perdía la fe, o si hacia Carranza en quien tal vez se debería poner la esperanza: con quien «cohonestar;» si con el usurpador, todavía fuerte, o con el «Primer Jefe» que podría estarlo más de un día para otro? Turulato, cabizbajo, preocupado, no sabía cómo se debería defender al capital; veía en todas partes amenazas y peligros.... Sospechaba..... Por eso que no dejara de echar sus visuales de reojo, al pasar frente a la vivienda de Rémington; aguzar el oído y ensanchar las ventanas de la nariz, como el que quiere ver, oir y olfatear por todos los poros. Sólo lograba lo último, pareciéndole que toda aquella utilería del enigmático personaje tenía un tufillo ¿a qué? a creolina, a benzina, tal vez a gasolina......

—Han de ser cosas para desmanchar—se pensaba.—De seguro que este amigo, que parece un «primo,» está probando algún invento para quitar manchas.

Entre él y su inquilino mediaba poca amistad. Rémington no se prestaba mucho, por su carácter, a

intimar con nadie, no siendo amigo de cucamonas ni cortesías, por lo que Barbe tenía que llevarla con él con mesura, discretamente, y guardando las distancias. Hasta parecía sentir cierto temor misterioso e inexplicable por aquel hombre.

Fué Rémington quien, de brusco modo y sin prevención anterior, le partió con aquello de la peregrina pretensión y en la forma siguiente:

—Dispénseme una palabra, señor Barbedillo—díjole un día en que aquel pasaba por el patio rumbo a la calle.

—Con mucho gusto, señor Rémington (era un inquilino de lo más exacto en el pago de la renta) ¿qué se le ofrece?

—Una cosa que va en serio.

—Será acaso que Filomena la portera no ha barrido hoy bien el patio? O ha faltado a usted agua en la pileta?

—No. No es nada de eso. Lo que le voy a proponer le va a parecer algo extraño.

—Pues de qué se trata?

—De que me venda usted la casa ésta.

—Cómo? Qué dice usted? Venderle esta casa?

—Sí señor.

—Pues no puede ser. No tengo la idea de ello. Y si alguien le ha informado que trato de venderla, está equivocado.

—Nadie me ha informado. He sido y soy yo el que tengo la intención de comprar la casa.

—Y.... comprarla para usted?

—Naturalmente: para mí.

—Es que......

—Se supone usted que yo no tengo el dinero bastante para llevar a cabo la operación, ¿no es eso?

—Francamente..... Aunque usted es hombre muy trabajador, por lo que se ve, no ostenta recursos pa-

ra tanto, y no concibo que sus «industrias» le hayan producido lo bastante para tal compra.

—Tenía el dinero desde antes: ahora que he vivido en la casa, sé qué puede valer y por eso ahora haga la proposición.

—Que encuentro peregrina....

—Todo es cuestión de precio. Por eso que tal vez encuentre más peregrino el saber que quiero que usted me la venda barata: ¿está usted? Lo más barata posible.

—Pues ya está dicho que no haremos negocio. En primer lugar, yo no la vendo; y en segundo, en dado caso de venderla, sería bien vendida.

—Lo siento. Repito que yo quiero la casa; pero barata; muy barata. Me gusta y abrigo la pretensión de quedarme con ella.

—Esa es inofensiva y puede usted seguirla abrigando; no me perjudica con ella!

—Muy bien. Ya más tarde hemos de volver a hablar de este negocio.

—Será perder el tiempo.

—No lo creo yo así. Tal vez más tarde, y por circunstancias que nadie puede prever, se resuelva usted a darla barata; casi regalada....

—No me explico qué quiere usted darme a entender con eso. Qué circunstancias pueden ser esas?

—Psché! Muchas.... vaya usted a saber! Pueden suceder tantas cosas!

Barbe no dejó de sentirse inquieto con aquello. Conocía Rémington sus deudas? Estaba al tanto de las hipotecas? Sabía sus apuros y sus despilfarros?

—Pues sí.... pudiera ser....

—Por eso digo que esperaré....

Y el caviloso personaje dió la media vuelta y se metió a su vivienda, mientras Barbe, turulato, continuaba su interrumpido camino.

Comprarle Rémington la casa? Vaya una idea peregrina! No se la vendería! Ni aunque estuviera en la peor chilla! Y para qué quería aquel hombre la casona? Qué intentaba hacer con ella?

Bah! De seguro que todo aquello no era más que una «tanteada» para saçarle si tenía o no compromisos: a poco Rémington no era más que un testaferro de Moyano, supongamos, o de alguno de sus exacreedores.... Y el aplomo con el que lo emplazaba para más tarde! Pues no ofrecía esperar todo el tiempo que fuera posible para comprarla? Y eso sí, para comprarla barata, muy barata.... casi regalada!

* * *

Atardecer monótono y silencioso de campo, en el que los últimos fuegos del sol hacen cambiantes de sucio ópalo en la bruma del horizonte levantada en día canicular.

Perdidas ráfagas de viento levantan aquí y allá, en la escueta llanura desprovista de mieses y apenas punteada de árboles que trabajosamente están reverdeciendo después del invierno, polvaredas, «remolinos» que, girando rápidamente, se yerguen hacia la altura; avanzan en oblicua, retorcida columna, y se deshacen aplanándose de pronto sobre el suelo.

En la lejanía, el enano caserío del «agostadero» o «estancia» de ganado, que alza pesadamente sus perfiles, con sus ocres paredes de adobe requemado por el sol y carcomido por las lluvias, y sus tejados aplastados, de tejas leprosas, y sus ventanas cuadradas abiertas en la mitad de los muros y protegidas por gruesas verjas de madera o hierro.

El ancho portalón de entrada cerrado: los canes trasijados correteando en juego para distraer el

hambre; un cerdo de recia pelambre hozando en fétido charco, y vacíos los corrales adyacentes, porque aun no retorna del campo el ganado que ha salido a «pastear.»

Por el recto camino polvoriento, un «caporal,» jinete en zaino trotador, aparece arreando a una recua de potrancas de «año arriba,» entre las que relinchan, con paternal orgullo, tres o cuatro «enteros,» padres de la crinada prole. Las yeguas barrigonas obedecen con desgano a la premura con la que el caporal quiere hacer avanzar a la recua hacia los corrales, como medroso de que la noche lo sorprenda antes de hacerlo.

A los silbidos prolongados y agudos del jayán, al ruido del galopar del ganado y al aviso que da el polvo por la recua levantado, se entreabre el portalón y asoma a él un ventrudo labriego que calza pantalón cachiruleado; que deja asomar la poco limpia camisa por entre el desabrochado chaleco, y que, con el ancho sombrero echado hacia atrás, ojea a la recua que se acerca veloz.

—Es Lino (Marcelino) dícele a un peoncillo que con él ha salido y a su lado está. Anda y *alevanta* las trancas del corral *pa* que entre la yeguada.

Obedece el peoncillo, y el ganado, que ha reconocido la «querencia» del corral, salta alborozado las últimas trancas que ya no hubo tiempo de quitar, para ir a holgar sobre la seca majada que le servirá de mullido lecho.

Desmonta Lino de su penco; viene azorado; y así es cómo, sin dar siquiera las buenas tardes al patrón, ni informarle, como es uso, de las novedades del día en la yeguada, le dice:

—Mal incuentro tuve..... mala se nos prepara, don Práxedes......

—Pos *quiubo?*

—Por ai me topé con unos de una partida, que venían de avanzada......

—Han de ser los de Calixto. No *líace* que vengan. Son amigos...... La semana pasada, nada más, le mandé los doscientos pesos que me saca *pa* «darme garantías.»

—No son los de Calixto, patrón: son otros que vienen de por rumbo de la Laguna, según me dijeron......

—Mal rayo!...... Y no averiguaste de quién eran?

—Pos no quise entretenerme *pa* arriar el ganado y encerrarlo temprano. Ya sabe su mercé que les gustan mucho los «enteros.»......

—Mal rayo!...... Seguro que se nos descuelgan por aquí! Maldita revolución! (un silbido de contraseña, y el peoncillo, que nunca se separa del amo, ocurre atento a su llamado).

—No ha llegado *entodavía* Carnación con la vacada?

—No siñor......

—Mal rayo! Coje un penco y métele recio, y anda alcánzalo y dile que se quede con los animales en el monte, que si llegan estos *arrastraos* y los *incuentran* en el corral, me «avanzan» (roban) veinte vacas de seguro!

Hízolo así el peoncillo; y tan diligente debe haber estado, que la vacada no llegó por aquella noche a los corrales.

Pero sí llegaron a la casa de la «estancia» los de por la Laguna. Sobre unos sesenta hombres a caballo, regularmente armados y al mando del coronel (?) Medardo (el apellido era desconocido) uno de tantos de la carranclana empolladura. Desmontó el susodicho; desmontaron sus hombres; se apoderaron como de cosa propia de corrales y de casa; to-

maron maíz y zacate para las bestias; enfrentóse el coronel (?) con don Práxedes, y sin tapujos fuésele al bulto:

—Pos oiga, viejo barrigón...... sé que por aquí han andado los «pelones» y que usté los ha ayudado, dándoles alojamiento y pasturas, y comida y dinero......

—Hace mucho que no pasan por aquí.

—Pos cuando pasaron la última vez......

—Y qué quiere que *jaga?* Cómo me voy a oponer? También vienen ustedes y se apean y cojen lo que quieren, y hay que dárselos a la *juerza*...... Ellos son como ustedes; dicen que vienen «a dar garantías......»

—Pos por haberlos ayudado, estando prohibido, *ora mesmo* lo cuelgo.

—Pa luego es tarde.... yo no me *achico!* Me está amenazando y no sabe que yo, por ayudar a la causa, sí les doy con voluntad a los de Calixto.....

—Con que les da, eh? Pos sepa que también esos son enemigos....! Son villistas!

—Adiós, naranjo! Pos *quen* los acaba de entender? Ora están juntos, *ora* no! Yo *creiba* que eran de los de ustedes......

—Ahí tiene nomás; de modo que usté protege a los «pelones» y a los de Villa? Pos le toca la ley Juárez del primer jefe......

—*Asigún* y conforme..... vamos a ver qué *quere.*

Media hora de conciliábulo: otra de regateo, y al final de cuentas don Práxedes tuvo que aflojar media talega de pesos fuertes; una «vaquillona» para que cenaran los «muchachos» del coronel Medardo y regalar a éste, porque le había gustado mucho, el mejor de sus «garañones,» con duelo intenso de Lino.

—Y además me llevo esos dos potrillos....

—Hombre.... no se cargue!

—Se necesita «remonta para la causa»....

—Mal rayo!......

—Y si quiere que vengamos a correrle a esos de Calixto o a los juanes, «nada más me manda un recado.» Yo ando en rodeo siempre por aquí cerca, para «dar garantías......»

«¡Buenas están las garantías!» se quedó pensando don Práxedes cuando vió perderse a lo lejos, entre la polvareda a los jinetes aquellos, tomando rumbo para ir seguramente a darlas en otra «estancia.»

No pasó una semana sin que el asendereado ranchero recibiera la visita de Calixto que, al saber que los de Carranza habían estado en el «agostadero,» pero también que se habían ido, cayó como rayo en busca de ellos, y más, en la de don Práxedes.

—Oiga, amigo ..... a mí no me hace traiciones! Ya sé que recibió a esos del tal Medardo, y que les hizo su «tatema» y les dió dinero y les regaló unos caballos y los tuvo aquí quién sabe cuántos días..... Así es que *ora* se las arregla conmigo *pa* que no ande protegiendo al enemigo!

—Mal rayo!..... vienen ellos y le echan a uno la «viga» porque estuvieron aquí los federales y le quitaron algo. Vienes tú y haces lo *mesmo!* Y vienen los federales y repiten. Mal rayo!...... *ansí onde* vamos a parar? Ya me carga el diablo! Quédense mejor con el rancho, que siquiera les costará trabajo cuidarlo!.... Mal.... rayo!

—Eso ya lo veremos a su tiempo. Por *ora*, si no quiere perder la zalea, se me cae con mil fierros y unas vacas que necesito *pa* mandar *pa* el Norte a cambio de parque......

Y no hubo remedio! Don Práxedes tuvo que agenciarse los mil pesos aquellos, usando hasta de su crédito con otros rancheros vecinos, y que consen-

tir, refunfuñando, que se fueran sus mejores «rejegas» en el *avance!*

—Y no se deje!..... no se me ande aflojando de corvas, porque en otra que consienta a esos por aquí, vengo y lo fusilo.... En lugar de recibirlos y «brindarles» (regalarlos) mándeme nada más un aviso y les caigo; y si son los carranclanes, los cuelgo de los mezquites. Y si son los federales, se mueren con mi ametralladora..... Ya sabe que yo ando por aquí *pa* «dar garantías.»

—Mal rayo!

Y llegaron los federales. Y más ejecutivos que Calixto y Medardo, al saber, por algún oficioso, que allí comían, dormían y sacaban dinero y ganado los de ambos bandos, formaron cuadro a don Práxedes, que hubiera terminado allí sus tristes días, a no haber llegado en punto una orden del Cuartel General, previniendo al oficial expedicionario que remitiera al presunto «reo» bajo segura custodia, para «el esclarecimiento de los hechos» y a fin de hacer «un serio ejemplar» en su caso.

Pie a tierra y entre centinelas caminó don Práxedes, echando los hígados, sus veinte leguas. Y por si habían sido galgos o podencos, se sopló un mes en la cárcel, salvando la vida mediante las desesperadas gestiones de un abogado, al que tuvo que gratificar con la esplendidez que el caso requería. Comprobada su inocencia, el jefe de la Zona lo llamó a su presencia, le echó una filípica por no oponerse a aquellas visitas de los «latro-facciosos» y, como el asendereado estanciero le manifestara que él no tenía elementos para impedir aquéllas que su fortuna le mermaban, el militar le dijo:

—Pues allá le mando un destacamento para que le «dé garantías.»......

Y el afligido don Práxedes le objetó:

—Por el amor de Dios que no, siñor....!

—Cómo? No quiere que lo defiéndan?

—Mejor no..... que de *ai*, a la mejor se van porque los mandan llamar, y en llegando los otros, entonces sí que me hacen cisco, como le pasó a Edoviges (Eduwigis) mi primo......

Regresó don Práxedes a su rancho. ¿Para qué? Para encontrarse que en su ausencia, lo mismo los de Medardo que los de Calixto habían entrado, y dizque por cuanto el tal don Práxedes se había ido a «llamar» (quejar) con el jefe de la Zona, le dejaron el rancho o estancia más limpio que una patena, pues a tanto llegó el «avance,» que por no dejarle nada, se habían llevado hasta la vieja «molendera,» que, a la vez de tal, era la barragana del patrón. Ni un becerro «mamón» ni un mal caballo, ni nada, habían dejado aquellos hombres!

Encendióse en ira el labriego; echó más pestes que las que de ordinario acostumbraba; llenáronsele los ojos de lágrimas cuajadas por el coraje, al verse arruinado, privado de lo que había sido el pan de su vida, el producto de luengos años de fatiga, y ensimismado ante tanta desgracia, cayó sentado en la tosca piedra que servía de retén al portalón, con la cabeza entre las manos.

—Mal rayo!..... Mal rayo!..... Yo tengo la culpa.... yo!..... A puro darme «garantías» me han dejado en cueros! Ni una vaca, ni una peseta, ni mi vieja, ni nada!.... ¿qué me queda? Nada! Mal rayo!

Testigos de su desesperación eran Lino, Carnación y el peoncillo, que fieles como perros, no lo habían abandonado, por más que ahora estuvieran con los bnazos cruzados al no tener quehacer alguno.

Súbita idea sacudió el tardo cerebro de don Práxedes, sacándolo del ensimismamiento en que

la contemplación de su ruina lo había sumido. Habló a Lino y lo instruyó para que fuera a llamar a Nicanor y a Tacho y a Matías y a Remigio y a otros antiguos vaqueros. Y otro tanto hizo con Carnación. Una vez que aquéllos hubieron partido para tales comisiones, él, ayudado del peoncito, se decidió a cavar afanosamente en el rincón de un cuartucho de la «estancia» y de allí exhumó hasta cuatro rifles, seis cananas repletas de tiros, y otros tantos machetes.

A los tres días de aquello, don Práxedes, al frente de veinte hombres, jinetes en caballos que había recogido al paso de su mesnada por la desolada campiña, llevando a la zaga a Carnación y Lino como a oficiales de su Estado Mayor (?) y al peoncillo como clarín de órdenes, provisto al efecto con vieja y abollada trompeta de caballería, se «topó» por una vereda, a diez leguas de su «estancia,» con un compadre llamado Licho, que le vió, azorado, en aquellas trazas.

—Pos qué es eso? Onde va, compadre Práxedes?

—Onde? *A dar garantías, carancho!* Como a mí me las han dao! Mal rayo! A dárselas o todo aquel que se deje! Igualito que a mí me las dieron! Mal rayo!......

—Pero es que ya se volvió usté carrancista o villista o qué?

—Pos yo no sé, compadre!.... Pero la plata que a mí me quitaron yo la rescato! Donde la haya!.... Voy «a dar garantías» y a hacer pesos! Oros son triunfos, compadre!

CAPITULO VI

Películas sencionales

Andrade no estudiaba ya.

No porque hubiera abandonado los libros desertando de la carrera; ahora más que nunca, tenía ilusión, furor por ser abogado y pronto; como se pudiera, sin pretender ser ya un Veleyano o un Gregorio López, pues se conformaba con ser un modesto profesional.

No estudiaba porque, por más que abría los libros y se proponía entregarse con todo el espíritu a ellos, artículos del Código, citas de comentadores y doctrinas de maestros, se le hacían imposible madeja en el cerebro, caldeado por otras ideas antagónicas de la calma que requiere el estudio.

Andrade había perdido la brújula. Hasta había enflaquecido y estaba ojeroso, trasijado, como si frecuentara la parranda, cuando, en obsequio de la verdad y por lo que hace a este capítulo, seguía siendo el estudiante ejemplar.

Ya no se cuidaba aquella ensortijada cabellera, deleite de Chayo, que gustaba de hundir en ella sus rosados deditos para deshacer los naturales rizos: ya no se preocupaba porque el chino le entre-

gara albeantes las camisas, ni por atuzarse el rubio bigote. Y sus ojos, rodeados por morado círculo, parecían más ojos de tuberculoso que los de la misma «Corcheíta» que, todo lo que él perdía en humor y salud, parecía ganarlo ella.

¿Qué le pasaba pues, al buen Quico?

¡Le pasaba tanto!

En primer lugar, el buen hermano, el curita ejemplar de poblacho, que lo subvencionaba en sus estudios, había tenido que ir a reconcentrarse en Zacatecas, abandonando su amada parroquia, porque la «quema» había llegado hasta aquélla, de la que se habían apoderado los carrancistas, haciendo diablura y media, si de tales podían apodarse los incalificables atropellos cometidos a la vanagloria del principio aquél de que «la revolución es la revolución.»

El pobre sacerdote, para salvar la pelleja, había tenido que salir de estampida, llevándose a la anciana madre acosada por los años y por las dolamas propias de los viejos, y había recalado en Zacatecas, donde ahora estaba; con lo que, naturalmente, sus ingresos se habían reducido de tal modo que, muy a su pesar, había tenido que escribir al hermanito estudiante, para el que hacía de padre, recomendándole toda economía; pero instándole para que de ningún modo fuera a abandonar la carrera, en la que tan avanzado iba, pues sería una positiva desgracia perder todo lo aprendido y todo lo invertido. El vería allá, en Zacatecas, cómo se las «pendoleaba» para que la pensioncita no faltara; pero nada más que la pensión.

Y Andrade, figurándose bien las penurias y privaciones que tendrían que pasar la anciana madre y el cura en exilio para mandarle lo de la pensión, cavilaba, haciéndosele cargo de conciencia el admi-

tirla, cuando él bien se podría ganar la vida en cualquier cosa: escribiendo; dando clases; llevando las cuentas de cualquier tendajón, para no ser gravoso a los suyos; pero..... ¿se podían truncar así como así, sus acariciadas ilusiones de llegar a ser pronto un profesional, y de ir muy alto, muy alto en la carrera hasta alcanzar el ser, con el tiempo, todo un jurisconsulto que ganara con mucho dinero más honores?

Por otra parte, prescindir de la carrera tanto decía como tener que prescindir de Chayo; la condición, cuando se habían consagrado el uno para el otro, había sido esa. Que él estudiaría mucho, mucho, para ser pronto abogado; y que ella lo esperaría el tiempo necesario. Y aunque ahora las cosas habían cambiado bastante y él sentía que aquella adorada Chayito ya no era la de antes, él no podía remediarlo y la seguía queriendo con toda el alma. Como que cada día estaba ella más linda; radiante de hermosura; hecha ya toda una mujer; exuberante, pletórica de belleza y capaz de enloquecer con sus atractivos a cualquier hombre.

Cuando él se ponía a recapacitar sobre aquellos amores, sentía que, mientras en él el incendio tomaba creces siempre, en ella el fuego del amor languidecía. ¡Ya no era la de antes! Había algo que la había cambiado, robándole a él su amor; aquel primer amor de su vida; el único, mejor dicho, que es el que deja de la mujer amada y para siempre en el hombre, la imagen en la retina; el eco de la voz en los oídos; el calor de las caricias en las manos y el sabor del beso en los labios!

¡Ella se alejaba de él, y él, en cambio, no podía arrancársela del corazón! ¡Ante los frecuentes desvíos de ella, él, en vez de sentirse menos fervoroso,

sentíase más atraído! ¡Era ella la que quería salírsele del alma, en la que él trataba vanamente de retenerla! ¿Por qué, por qué hacía tal?

¿Era acaso que amaba a otro hombre? No, que él lo supiera. Flirteos, coqueterías propias de mujer hermosa, con Tenorio, aquel «bausán» odioso que tan poco la merecía, o con Rovirosa, o con algún inflado «lagartijo» de esos que tanto abundan en nuestras avenidas principales; pero nada en serio. ¿Qué era, pues, lo que la alejaba de él? ¿Que fuera él un pobre estudiante? Sí, por ahora; pero bien sabía ella que en él había capacidades y vuelos para poder llegar a ser algo; tal vez mucho.... Bien es cierto que para eso se requería tiempo, y que ella estaba impaciente por disfrutar de los mejores años de la vida en pleno apogeo.

Cuando así discurría Quico, hallando a la Chayo voluble, tornadiza, casi insincera, se preguntaba si no sería mejor concluir de una buena vez.

¿Podría hacer una buena esposa mujer de semejantes condiciones? ¿No resultaría una especie de Chita Garaicochea? ¿Era aquella mujer la que convenía a su carácter y a su modo de pensar? Acaso no. Luego entonces, lo juicioso era reemplazarla por otra, matando aquel amor insano.

¿Reemplazarla? ¿Imposible! ¿Quién como aquella virgen morena, llena de gracias, seductora, incitante, sueño de voluptuosidad, locura de amor, vértigo de infinito placer? ¡Nadie, nadie como ella! Y en esos momentos, él se sentía poseído de la codicia indomeñable de hacerla suya, suya, aunque por ella se perdiera; aunque le costara la carrera, la honra, la vida, todo! ¿Qué era lo que ella quería? ¿Dinero, riquezas, grandezas, opulencias, boato y rango? ¡Pues los tendría! ¡Aunque para obtenerlos fuera

necesario irse a la revolución y matar y asesinar y robar; y convertirse en un malvado!

Se decidiría; haría lo que Tenorio.

Mas cuando ya no se sentía irresoluto, aparecíasele, como algo salvador, la imagen de aquella viejecita de cabellos blancos que a él y al hermano sacerdote les había predicado siempre la horadez y el amor al prójimo. Y la del propio hermano que, evangélicamente, se consumía en su poblacho parroquial, en tarea de caridad que se extendía hasta él, y que, a cambio de los sacrificios por él hechos, le pedía sólo que se ganara la vida en legítima lucha, sin agraviar jamás el nombre que llevaba, con un mal acto.

Hasta entonces él había podido cumplir. ¿Iba ahora a romper con toda esa tradición por aquella mujer?

Porque, por lo demás y bien visto, en nada había ofendido la memoria del padre muerto, ni había faltado a los consejos y prédicas de la santa madre y del buen hermano. Sus «cosas» aquellas, su manera de pensar, el ser un liberal de cepa, amigo de la democracia y de las libertades, no podían ofenderles en nada; ni siquiera sus mismas ya exteriorizadas o ya solapadas actuaciones en los movimientos que habían sacudido a la nación y con los que había simpatizado y simpatizaba porque quería la emancipación popular; la posible igualdad social; el imperio de la ley; la substitución de los gobiernos personalistas por gobiernos emanados de la voluntad del pueblo y con base en principios.

Así había sido cómo, en los tiempos de Madero, había militado como entusiasta simpatizador, poniendo cuanto había podido de su parte para secundar al «apóstol,» crédulo de que su triunfo significaba el de la democracia en México.

Si el fracaso y el desengaño habían sobrevenido, por culpa de la incapacidad de Madero, no lo había sido por la suya, como tampoco por la de tantos otros que habían procedido de buena fe y llenos de patriótico celo.

A la muerte de Madero no había podido estar con Huerta, porque, en su criterio, siempre honrado y quijotesco, Huerta era un usurpador. Lo veía con el pecado original de un poder alcanzado por un golpe de fuerza; mediante un «albazo» indigno; y maculado, más tarde, por aquella su personal idiosincracia que lo hacía odioso para quienes querían todo prestigio en los hombres al frente de los mandos.

No se sentía tampoco atraído por Félix Díaz porque si era bueno como parecía serlo; si estaba bien inspirado; si era un honrado a carta cabal, no podía negarse que había tratado de ir al Poder por caminos extraviados y de violencia; y además, había tenido tangibles debilidades y desaciertos rodeándose de elementos no bien quistos por la opinión. La herencia del apellido lo perjudicaba, por otra parte, por más que él no hubiera tratado de seguir nunca la política del «tío,» y aun cuando Andrade convenía siempre en que el «tío» lo único malo que había tenido era el haberse retardado en cuanto a los francos movimientos de evolución que la época imponía; el haber permanecido en el poder más de los años soportables, y el haberse dejado dominar, en las últimas horas, por hombres que, justa o injustamente, se habían granjeado la enemiga del pueblo, dizque por explotadores de la riqueza pública.

Por eso, pues, que sus simpatías hubieran de convergir a Carranza y que se sintiera revolucionario con la nueva revolución. En un principio, había estimado a ésta bien intencionada y puros a sus hombres; y aunque había presumido que, como en toda revo-

lución, tendrían que registrarse sus excesos, jamás había pensado que éstos rebasarían los límites, y menos aún, que fueran autorizados y casi predicados y practicados por los mismos que cuidar debían del prestigio de la revolución.

En su medida, dentro de su humilde órbita, en cuanto estaba al alcance de sus circunstancias, él había ayudado tenazmente. Ya escribiendo en cierta prensa; ya alentando a los que se lanzaban a la lucha armada, siempre que no lo hicieran con las perversas ideas de Tenorio; ya comunicando informes y transmitiendo datos a los «correligionarios» del Norte, de Morelos, de Veracruz y Puebla, comprometiéndose a tal extremo que bien sabía él que, de conocerse sus maniobras, su vida no valdría un comino. Por eso que se cuidara tanto de todos y muy especialmente de aquel Pingarrón en el que veía no a un camarada en ideas, sino a un mal sujeto, capaz de traicionar a su padre por un vil puñado de pesos.

Incansable, infatigable, dedicaba mucha parte de su tiempo a aquella correspondencia clandestina y a aquellas maniobras, crédulo de que ayudaba a una buena causa.

Por eso que se sintiera conturbado ahora con todo aquello que estaba pasando. Descartada la exageración con la que los periódicos gobiernistas daban cuenta de los excesos de los revolucionarios, era incuestionable que éstos los cometían monstruosos y a granel. ¡Así lo sabía él de fuentes inequívocas! Se mataba; se robaba; se incendiaba y se ultrajaba sin necesidad. La revolución se desprestigiaba inmensamente a sus ojos con todo aquello. Ahora mismo, ¿no estaban allí, ante sus ojos, los datos que su hermano le daba en sendas cartas en las que le detallaba todas las atrocidades que aquéllos habían cometido en Nieves, en Mazapil, en Sombrerete, en Zacatecas

todo? Y quien decía Zacatecas, decía el Norte. Villa infundíale terror. Zapata resultaba un niño de teta junto a aquél.... Y como Villa procedían Jesús Carranza, Urbina, Fierros y otros. ¿Y eran aquellos los «correligionario» de los que él era partidario?

Mas, repugnando a su buen natural, Andrade tenía que transigir con todo aquello. No que lo disculpara; eso no. Desmanes eran y como a tales debería llamárseles; pero no pudiendo evitarlos, conformábase con disculparlos, deplorándolos en su interno fuero y confiando en que, a la hora del triunfo, ellos, los intelectuales de la revolución, los de las ideas, sabrían purificar aquel ambiente tornándolo en respirable.

Ajetreado con todos estos contrarios pensamientos, Andrade, si no sentía horror por los libros, sí sentía desgano para ellos, puesto que, por más esfuerzos que hacía, no lograba asimilar lo que estudiaba. Había perdido resueltamente la brújula! En su cerebro se revolvían, en confusión, materias de estudio; cavilaciones sobre la revuelta; ansias por aquel pobre hermano ya víctima de ella; ansias infinitas por aquella Chayo ingrata que, cuando más debía fortalecer su espíritu, más se empeñaba en hacer lo contrario......

En aquel día (y esto pasaba en fines de 1913) y mientras estaba de codos sobre la balaustrada de uno de los corredores de la de Jurisprudencia, con el libro entreabierto, pero sin estudiar, hizo un mohín de desencanto y cerrando el libro, se dijo:

—Imposible! No puedo...... no puedo estudiar! Me voy mejor a ver al amigo Gordillo.

Gustábale echar sus diálogos con el artesano: le parecía que, platicando con él, auscultaba el alma popular; se daba cuenta de sus pulsaciones y medía al grado de calórico de ella.

Como lo dijo lo hizo, encaminándose hacia el taller del artesano al que se encontró con las mangas de la camisa arrolladas; desnudos los musculosos brazos, y empuñando la herramienta propia del oficio.

—Qué hay, Gordillo? Cómo anda eso?

—Pues ya lo ve usted...... Como todos los días! Majándole de duro!

—Sí, ya lo veo. Usted como siempre, infatigable.

—Hay que ganarse la tortilla....—y mientras decía, el artesano seguía en su labor de golpear y moldear hierro y plomo.

—Bueno: y lo otro? Cómo anda? Qué noticias?

—Lo otro? Ah, sí!..... Pues de eso no me ocupo. No me interesa, ni tengo tiempo....

—Bah! Eso dice usted; pero bien que le interesa, no sólo porque es usted mexicano y le importa como a todos, sino porque a ustedes, los de la clase trabajadora, es a los que más incumbe.

—Mire, señor Andrade—dijo Gordillo remangándose la camisa que se empeñaba en caer sobre los recios brazos; dejando a un lado la herramienta; secándose con el dorso de la diestra el sudor que por la frente le corría, y parándose en firme frente a Andrade que se había acomodado a horcajadas sobre la primera cercana silla,—ya es hora de que usted y yo echemos una «parrafada» como Dios manda; como dos buenos amigos; y ahora me encuentro de humor para ello.

—Lo celebro en el alma y estoy por mi parte en igual disposición.

Sacó Gordillo de uno de los bolsos de su ancho pantalón de obrero una cajilla de cigarros; ofreció uno a Andrade; tomó él otro que encendió en las brasas de la cercana fragua, y arrimando un banco junto al estudiante, para que le sirviera de asiento, dijo a aquél:

—Quiero hablarle todo lo que siento, porque deseo que sepa todo lo que pienso. Aquí, donde me ve, no soy tan de «a tiro» que no sepa dónde me aprieta el zapato. Nada más que no me gusta hablar de estas cosas con todos y menos ahora que hay tanto «cuico.»

—Pues eso es lo que yo quiero; que me hable con el corazón. Usted sabe que yo soy un gran sincero, como usted es un digno hijo del pueblo.

—Más todavía, señor Andrade.... Yo soy el pueblo! A mí me juzgan por las apariencias y por éstas soy uno; pero en el fondo soy otro. Me ven mal trajeado; feo; sin saber hablar bien y oliendo mal, y por eso me creen un ignorante...... Y sin embargo, no crea que yo, que nací humilde y desde que nací tuve necesidad de ganarme la vida y en el trabajo me he hecho, me he dejado y no he procurado por mí. Ha de saber que en las noches, después de que acabo en el taller, me encierro en mi cuarto y leo: estudio, sí señor, estudio para desasnarme, y así, algo he aprendido y ya no soy el tonto de antes....

—Lo sé, y aplaudo con entusiasmo esas energías y ese modo de ser. Si lo mismo fueran todos los de su clase!

—Somos pocos, verdad; pero ya somos algunos. Hemos comprendido la necesidad que hay de prepararse, porque la vida no siempre es igual; va cambiando, y bueno es entonces estar listo para que no lo coja a uno desprevenido. Y aquí entra lo que tengo que decirle.

—Me dará con ello un placer.

—No lo crea!...... Comience porque usted y yo deberíamos ser enemigos. Yo debería aborrecerlo, y sin embargo, lo estimo......

—Aborrecerme usted? Y por qué?

—Déjeme decirle..... por dos motivos: el prime-

ro, que si quiero ser justo, debo ponerlos en ese orden, es por....*ella*. Sabe usted? Siempre hay alguna mujer que es la que provoca el disgusto entre dos hombres.

—Pues no acierto quién pueda ser en el caso. Rivalidades amorosas entre usted y yo? No lo entiendo.......

—Oigame. *Ella* lo quiere a usted, y usted no la quiere a ella..... La pobrecita sería feliz con que usted la quisiera, y usted ni la quiere ni puede quererla, porque no es tan bonita ni tan «arrempujada,» como la otra.... como la Chayito! Y yo, que a mi vez la quiero a *ella* con todas mis fuerzas, sería feliz también con que usted la quisiera, porque así ella lo sería, que es lo más que puedo pretender.....

—Perdóneme, Gordillo, pero no acierto con el logogrifo......

—Ya entenderá..... A usted, que más que otra cosa es un soñador, se le ha agarrado del corazón la morena esa, que es «entrona» y retrechera, y por ella sería usted capaz de jugarse la vida, sin fijarse en la otra: una enferma, medio tuberculosa, y que parece que no tiene sangre en el cuerpo, por más que sí tiene una alma y muy grande! La infeliz, como no ha habido quien la eduque ni le forme el corazón, es buena porque sí; de natural; y se está muriendo de celos, de abandono, de desgano por una vida que, sin amor, considera inútil. Usted se va tras de la otra y ésta se va tras de usted....

—Ah, vamos! Se refiere usted a Pita, no es eso?

—Cabal.

—Pero.... usted la quiere?

—Se le hace raro, verdad? Si a mí mismo me parece absurdo! Cómo fuí yo a poner los ojos en esa niña, que es toda delicadeza, finura, fragilidad, yo, que soy un «barbaján» toscote, sucio y sin ilus-

tración? Pues qué quiere usted! Al igual que usted, que es hombre de versos y de libros, en vez de fijarse en una mujer de ideales, se ha enamorado de la Chayito, que será todo lo linda que usted quiera, pero que es capaz de darle un dolor de cabeza.... Y perdóneme que le diga la verdad como la siento.

—Es amarga; pero es verdad, Gordillo....

—Pues eso nos ha pasado a usted y a mí, como suceden muchas cosas en la vida. Por un equívoco. Ellas se han equivocado y nosotros también. En las mujeres, y más en cuestión de sentimientos y de dejarse llevar por apariencias, el error se disculpa; mientras que, en nosotros los hombres, no. Nos ha pasado en esto, señor Andrade, como a la revolución y a los buenos revolucionarios, y a la opinión y a los pocos buenos ciudadanos. Que la revolución va resultando una coqueta de marca, que si aparenta querer a uno nadie sabe en manos de quién quedará; tal vez ni ella misma. Que los buenos revolucionarios, pongo por caso usted, como la quieren ciegamente, la aguantan todas sus cosas, sin comprender que así corre el riesgo de prostituirse. Que la opinión, que gusta de apariencias, busca a los buenos revolucionarios que la desdeñan y se aparta de los que la quisiéramos tener con nosotros, porque resultamos muy poco para ella...... Dígame si no.

—Tiene usted razón. Su comparación es feliz.....

—Y así ya ve usted que, aunque yo debiera aborrecerlo como a un rival, no lo puedo hacer, porque usted no tiene la culpa de lo que nos pasa. De que Chayo sea veleidosa; de que Pita sea impresionista; de que si la una no lo quiere como debiera, la otra lo quiera sin que usted la busque y se aleje de mí.... No hay rivalidad posible! La verdad es que usted erece a Pita más que yo, y que de usted debería

ser; que yo no debo sentir celos porque ella lo quiera, alucinada con que usted la haría dichosa, cuando la haría infeliz, porque usted no es más que un soñador, mientras que yo soy un hombre de trabajo, que si no puede ofrecer cosas seductoras, sí puede asegurar un porvenir firme y sincero....

—No hable de celos, Gordillo, que puede usted estar tranquilo! Yo jamás podré querer a esa niña. Será muy buena y de alma muy grande; pero no me seduce. Es tan raquítica la pobrecita!

—Lo sé, y por eso vivo relativamente tranquilo. Y viene ahora lo segundo. Yo debería también aborrecerlo, porque usted es de los que está dando cuerda para romper platos, que, al final de cuentas, hemos de pagar nosotros, los del pueblo......

—Ahora sí que menos lo entiendo!

—Oigame, y me entenderá...... Con esto que en la política está sucediendo, a México ya se lo cargó el diablo! Y ustedes, los que han encendido la «revolufia,» cuando llegue la hora de arreglar cuentas, nada habrán perdido, porque nada tienen que perder, estamos? Puede que muchos hayan ganado, y entonces, poco les puede importar que les toque algo en el pago de los platos rotos, ya que lo que les toque se lo habrán quitado a otros. Ni a los ricos tampoco, por aquello de que más tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece..... Pero a nosotros sí que caramba! Resultamos siempre la parte doliente: los «paganos,» los que, o pagan o no comen; y los que lo hacemos para no quedarnos, ya no digo sin Patria, que somos los que mejor la queremos, sino hasta sin un petate en qué dormir..... ay, señor Andrade! Ustedes no saben toda la carga que están echando sobre nosotros!

—Su reproche para mí es injusto.... usted sabe que yo procedo de buena fe.

—Pues por eso que no pueda aborrecerlo tampoco, por ese lado! Lo conozco bien: conozco el fondo de sus sentimientos y sé que son altruistas; pero es el caso que ustedes los de «buena fe» son los que sirven para que surjan los de mala fe, que de otro modo no podrían existir, porque nadie los seguiría ni ellos se atreverían a nada, a pretexto de ir a dar a la cárcel derechito, y no a los mandos y los palacios.... ustedes son los que dan cuerda, los que endilgan, los que cargan la escopeta, los que imprimen el movimiento; y ellos los que pegan y hacen. Y al final de cuentas, repito, y al haber platos rotos que pagar, somos nosotros los que lo hacemos, porque ustedes no tienen con qué; y ellos, si tienen y si llegan a pagar, no pagan con lo suyo, repito, sino con lo que se «avanzaron»..... dígame si todo esto no es verdad.

—De a folio; pero.... qué quiere usted! Ese es el doloroso proceso de todas las revoluciones.

—Que no supongo que usted alabe. Qué bonito! Unos la hacen y otros la pagan! Y dé donde diere, que la revolución es la revolución!..... Y usted lo ha dicho. Yo soy el pueblo! Pues oiga cómo habla el pueblo!

—Eso es lo que quiero......

—Yo no soy el populacho candoroso que se deja arrebatar por las prédicas subversivas de los oradores interesados, ni por falsas promesas, ni por defender ideales que no entiende. Ni mucho menos el procaz que, como una mala levadura, espera sólo el fermento pútrido para entrar en actividad y echar fuera todos los malos instintos; todos los odios ingénitos; todas las ambiciones perversas; todas las codicias abominables, de los que no se ha

querido curar en fuerza de escuela, de ejemplo y de paz, y que roba y asalta y quema y mata, disfrazado de pueblo, que se defiende con una revolución y ataca un poder tiránico. No señor! Yo soy otra casta de pueblo!

—No puedo darme cuenta de cómo pueda ser eso.

—Es fácil: mire...... Yo soy el descendiente de aquel puñado de héroes, de aquella minoría que, cuando todos se habían cansado y acobardado, y sometido, siguió al caudillo Guerrero a las montañas surianas; se encastilló con él allí; con él padeció hambre, miseria y fatigas, y con él vino triunfante hasta la capital del Virreinato, cuando la nación consumó su independencia...... Yo soy el descendiente de aquel puñado que en el 47 estuvo siempre en su lugar, y cuando, traicionado ya por la discolería de sus jefes y entregado por su ineptitud, quemó el último cartucho, no se rindió! Se desbandó, sí, y en la encrucijada y en la emboscada, como pudo, que así se lo dictaba el deber, asesinaba al invasor, porque quería a México para los mexicanos, como lo hemos de querer nosotros siempre, aunque vaya usted a saber si mañana o pasado, por obra de estas «bolas,» tengamos que andar a los «cocolazos» para salvarlo otra vez!

—Ni lo diga.... No hay que ser fatalista....

—Yo soy el nieto de los que, durante siete años, fueron minoría incansable que, sin paga, sin ropas, sin parque, sin que comer siquiera, pero sin saquear, sin robar, sin matar ni quemar por gusto, siempre honrados y siempre fieles, anduvieron de un lado al otro de la Nación, derrotados y maltrechos, hasta ir a recalar en Paso del Norte; comenzar desde allí la reconquista, y volver a México triunfantes a fusilar al pobre de Maximiliano, no por lo que era ni por lo que nos había hecho, sino porque

ya no nos mandaran de Europa más Maximilianos! México para los mexicanos....

—Muy bien dicho! Muy bien..... lo reconozco a usted.

—Yo soy el pueblo que quiso, que idolatró, mal que nos pese el decirlo, que no nos pesa, a Porfirio Díaz el año de 88. Él nos daba paz y con esa teníamos trabajo y con éste pan. Yo soy el que lo aclamó y lo ovacionó frenéticamente por espacio de veinte años, porque durante ellos trabajó como bueno en la reconstrucción de la Patria minada por las revueltas, y, rescatándonos de la inopia, nos llevó por donde primero había que ir: por la vía del progreso material, base del moral: pero que comencé a recelar de él cuando lo vi pegado al Poder como a cosa propia; y al comenzar a derivarse mis simpatías para otros lados, lo vi retardatario, como ustedes: yo me había instruído ya algo, ya no era el de antes, y esto por obra misma de Díaz, que no quería entenderlo así, y se empeñaba en tratarme como el de siempre; podíamos haberle empeñado nuestras voluntades: pero no se las habíamos vendido de por vida! Y sin embargo, ¡cuánto no tendremos que llorar a ese hombre! Otro vendrá que bueno te hará!...... Por eso algún día nosotros, el pueblo, y no los mandarines de comedia, lo habremos de traer de allá, de Europa, para enterrarlo en el último pedazo de tierra mexicana que nos quede, así sea una peña en el Golfo, para hacerle una inmensa justicia.... Fué tal vez el último Presidente de México autónomo! Cuando él se fué, tal parece que tras él se hubiera ido nuestra nacionalidad! Y ojalá que lo que digo no resulte cierto......

—Ojalá..... Sería un final desastroso de estas convulsiones!

—Yo soy el pueblo, que veleidoso o atinado; sere-

no o irritado, le volví las espaldas a Díaz en 1910. Yo había evolucionado, repito, y Díaz no quería evolucionar conmigo. Dejé de ser porfirista y fuí «cualquierista» sin meditar en las consecuencias. Por qué? Culpe a lo que llevo dicho. Culpe a los malos consejos que se me dieron por ustedes; culpe hasta a los científicos, si quiere, que si entonces eran docena y media, ahora son turbamulta. Culpe a aquella aristocracia tonta que hoy llora perdidos riquezas, títulos y todo, y que entonces nos hostigaba, nos deprimía, nos menospreciaba, revelándonos un mal estado social. Eran un centenar y pesaban como un mundo!....

—Eran los del Olimpo, para los que no regían las leyes....

—Y nosotros los de la gleba, para los que sí! No era su dinero lo que nos torturaba: era su desdén, su soberbia, su fatuidad, que los hacía creerse amos ellos y nosotros sus lacayos! El escándalo de algún magnatillo de esos o de sus hijos haraganes, eran pecados veniales; nuestros pecados veniales eran crímenes! De esta condición y de esta transformación mía hago responsables, no a Porfirio Díaz, ignorante de tales cosas, sino a los que, cercándolo, no lo dejaban saber cómo pensaba el pueblo. Y por todo eso fuí «maderista» como podía haber sido otro «ista» cualquiera. Lo que yo quería era el cambio; me parecía que con él lograría mejor acondicionamiento. Y si no entendí a Madero, sí lo quise: lo creí mi paladín.... Si lo hubiera analizado, no lo habría llevado seguramente al poder por aquella aplastante votación....

—El pueblo es emotivo, impresionista, apasionado y obra por afecto más que por convicción....

—El pueblo es generoso y eso lo pierde, porque así se le engaña fácilmente. No sabe reflexionar

bien. Pero sin embargo, llega a hacerlo. Por eso mismo que muy pronto me desencantara de mi «apóstol» cuando, ya en el Poder, lo ví frívolo; olvidadizo de sus promesas; superfluo en sus finalidadades; amigo de nepotismos.... Cuando, analizando la sorprendente facilidad de su triunfo de armas sobre aquella máquina tan bien ajustada de Díaz me convencí de que no había sido la lírica de Madero, ni la fuerza de la opinión ni los pocos fusiles maderistas los que habían dado al traste con la máquina, sino una maniobra interesada de tercero enemigo de la nacionalidad.

—Ya sale usted con sus prejuicios! Usted es el mismo de siempre en eso.

—¡Ojalá no tenga que darme pronto la razón! Cuando sentí que las riendas del poder estaban en manos inadecuadas, ya que a Madero faltaba toda preparación para sostenerlas; cuando entendí que a éste le gustaba mejor proceder como un iluminado que como un consciente; como un predestinado y un escogido, mejor que como a un sér de la vida real; cuando presencié el desbarajuste y el derroche y supe que Madero consultaba con una mesita los espíritus para resolver sobre problemas graves de orden público, y jugaba, esta es la palabra, jugaba al gobiernito, me desencanté de él; por eso que durante la «decena trágica» permenecí indiferente; apartado del conflicto. Yo había tenido, hasta cierto punto, la culpa de lo que pasaba y ahora dejaba hacer..... Y dejé hacer, por un error, en vez de reaccionar enérgicamente como debería haberlo hecho! Y al dejar correr las cosas.... así han resultado ellas para mí,

—Tiene usted razón. Esa inercia popular frente a los sucesos todos que incumben al pueblo, es el origen de muchas de nuestras desgracias.

—Pero cuando Madero fué asesinado como lo fué,

mi natural noble se indignó. Yo tengo para esto mi sindéresis muy mía. Yo, con todo y ser un analfabeto y cochambroso, no transijo con el que mata «a la mala.» El asesinato felón me subleva! Y bastó ese carácter en el de Madero para que yo no fuera ya ni pudiera ser nunca huertista: de otro modo tal vez lo habría sido, ya que me seducen, sin poder resistirlo, la audacia y el valor y no se los niego a Huerta. Hubiera perdonado hasta que le hubiera dado «codillo» al chaparrito para echarlo del Poder; lo que no le perdono es que haya solapado esa muerte! Y ahora, menos, el que trate de burlarme con tufos de patriotismo y buena fe, cuando, si patriota fuera, ya habría tratado de arreglar las cosas en su forma, mediante las elecciones. He visto claro su juego: por codicia y por medro para sus paniaguados, lo que quiere es «ginetearla» lo más que se pueda, y.... el que venga atrás que arrée....

—Por fortuna la revolución triunfa y ella se encargará de curar todas esas lacras.

—Qué inocente es usted! No ve usted que, con cada nuevo caudillete, lo que estamos haciendo es conceder más y resistir menos, aprendiendo a soportar mayores desmanes, haciéndonos más pasivos, más dóciles, más cobardes, para que el que hace aquélla logre mejor salirse con la suya? Que estamos facilitando que holgazanes pasen a la categoría de personajes? Y deje usted que fuera eso sólo! Con ella le hacemos el juego a los que quieren, *a los que tienen que querer* que aquí, en México, se acabe todo lo mexicano, y si es posible, los mexicanos mismos, para que entonces, cuando nada nuestro quede, todo venga de allá....

Este es el crimen inaudito que no se puede perdonar ni a Huerta ni a la nueva revolución ni a nadie! Estamos metiendo al enemigo en casa, como Barbe-

dillo ha metido a ese señor Rémington que ya hasta quiere comprarle la suya, y que, puede estar seguro de que, si no se la vende, será capaz de quemársela para quedarse con el terreno y hacer otra.....

—Es usted demasiado pesimista, Gordillo; pero aun suponiendo que sucediera cuanto usted imagina, qué remedio contra «el destino manifiesto?»

—Qué destino manifiesto ni qué tripa! Para que no lo haya, aquí estamos los hombres que habremos de pagar los platos rotos, y que los pagaremos, con nuestro trabajo o con nuestra sangre: pero eso sí; para que ya nunca se nos vuelva a empinar en estas aventuras revolucionario-democráticas...... La casona para nosotros! Fuera los agitadores, los redentores, los «apóstoles» y los Rémington que tan caro nos cuestan!

—Los siete trabajos de Hércules.....—comentó Andrade sonriendo.

—¡Pues los haremos, carepe! Yo he leído algo y le digo que, si aquel tuvo que matar al león de Nemea, nosotros mataremos a este león que se llama caudillaje! Que si tuvo que cortar las siete cabezas a la hidra de Lerna, nosotros le cortaremos todas las que tenga a esta hidra que se llama revolucionarismo.... Que si tuvo que ahuyentar del lago de Stinfalo a las aves de rapiña, nosotros no dejaremos ninguna de éstas que se llaman pomposamente ciudadanos armados y héroes! Que si tuvo que limpiar los establos del rey Augias, torciendo para ello la corriente de Alfeo, nosotros, para limpiar este establo en que se ha convertido nuestra política, cambiaremos las corrientes de la opinión. Que si tuvo que matar al gigante Gerion, que alimentaba con carne de sus súbditos a sus bueyes y robar las yeguas de Diomedes, que este cruel tirano nutría también con la carte de vasallos y que Hércules

alimentó con la carne del propio Diomedes, nosotros descuartizaremos a los Gerion y a los Diomedes que nos agobian, y echaremos a sus seides las piltrafas de su carne, para que con ellas se alimenten....! Muchos trabajos fueron, pero Hércules los realizó! Muchos serán los que tengamos que hacer nosotros si queremos seguir teniendo Patria; pero los haremos, que sólo el pueblo, el verdadero pueblo ha heredado las fuerzas de Hércules!

—¡Sí.... sí.... así debe ser!.... —coreaba entusiasmado Andrade.

—El pueblo, ¿está usted? y no los «politicastros» que, de buena o de mala fe, predican el trastorno y fomentan el disturbio, ni menos los que fusil en mano no buscan al enemigo de las instituciones y de la nación, sino al que algo tiene y lo defiende. Y usted me perdonará la lata señor Andrade, protestándole que no reincidiré....

Andrade absorto, contemplando a aquel artesano, al que hasta entonces había juzgado ignaro y hueco, y al que ahora veía como la encarnación del alma de una nueva gran fracción social, que se erguía ante él, agigantándose rebelde ante la ignominia, desafiador ante el crimen, quedó abismado ante aquella novedosa actitud de Gordillo. ¿Quién era éste para hablar de modo tan altivo? ¿Qué fuerza lo respaldaba si, según su propia confesión, era sólo una minoría?

—Sus palabras causan en mí profunda sorpresa, amigo mío.... Si así habla el pueblo realmente, entonces.... ¡debemos confiar en que no todo está perdido! El resurgimiento es posible.... ¡Nos salvaremos!

—Así lo creo. Pocos seremos los que hablar sepamos; muchos los que, al no poderlo hacer, pensarán igual. Así los que majamos el fierro y derreti-

mos el plomo en el caldero, como los que manejan la sierra o el escoplo, o los que, trepados en el andamio, se juegan la vida levantando la pared, o los que se la juegan con la mano en la palanca de la locomotora o el freno del furgón, o en la entraña de la roca buscando el mineral, o tuestan al sol sus músculos hincando el arado en la tierra, o duermen al raso, cuidando con amor de la vacada.... Nosotros, la masa anómima, que está a punto de ser fuerza viva ... La no comprendida; la nunca consultada, la que pagará los platos rotos, ya que estamos cansados, cada vez más cansados de nutrir zánganos que se bautizan de revolucionarios, y Diomedes que hacen de nuestros cadáveres escalera para subir, y del sudor de nuestras frentes oro para sus rapiñas.... ¡Señor Andrade, es preciso saber que nos podemos poner en pie!

Abismado por aquella conversación, despidióse Andrade del artesano, que se quedó en su taller, donde pasó el resto del día sin ir a la casona, ocupado en algún trabajo urgente.

Y cuando en la noche volvía a su cuartucho, cansado de la labor, para refugiarse allí de los trabajos del día, no fué menuda sorpresa la que recibió.

Tenía por costumbre, antes de hacer otra cosa y en llegando a aquélla, el visitar a la familia de su amigo Garaicochea, no sólo para echar su amoroso cuanto inútil vistazo a la «Corcheíta,» como para preguntar si en algo era útil o se ofrecía.

Al ocurrir a hacerlo, en la noche de tal día, se encontró a Pita y a Nachi anegadas en lágrimas, mientras el Garaicito, hecho un energúmeno, bufaba, a pesar de no darse bien cuenta de lo que había pasado.

Alarmóse Gordillo; y como preguntara el por qué de tan amargo llanto, la «Corcheita,» dando rienda

suelta a su dolor y sin poder contenerse más, díjole:

—¡Ay, señor Gordillo! Lo que nos pasa es algo tan espantoso, que usted no puede medir bien nuestro dolor sin saberlo....

—Pero qué es ello.... sepamos.... ¿Han reñido ustedes con su mamá?

—¡Ojalá fuera eso!

—¿Está ella enferma acaso?

—Más valiera....

Y si Pita lloraba, Nachi la seguía en agudo dúo.

—Pero qué es ello, por Dios santo?...... ¿Qué es ello?

—Imagínese lo peor....

—¿Han recibido ustedes malas noticias de su papá, que yo aun no sepa?

—No es eso.... Es que.... mamá nos ha abandonado!

—¿Cómo?.... ¿Qué está usted diciendo? Eso no es posible!....

—Pues sí que lo es, y usted el único que debe saberlo!

Y con entrecortada voz refirió la «Corcheíta» a su buen amigo todo lo sucedido. Cómo, desde hacía tres días, Chita la asediaba, la asaltaba continuamente, con la demanda de que correspondiera a las pretensiones amatorias de Pingarrón. Cómo ella no había consentido, porque nunca había sentido por él amor, y sí, a lo sumo, una especie de vago respeto, de temor, por cuanto que se decía poderoso, y capaz por lo tanto, lo mismo de exaltarlas, que de hundirlas. Cómo ella, desde hacía tiempo, venía sorprendiendo, azorada y avergonzada, las intimidades de la madre con Porras. Cómo había tenido no sólo que soportar, sino que aun solapar aquello, no comunicándolo ni aun al mismo Gordillo, porque

se sentía morir de vergüenza y pena, viendo el honor del padre maculado. Cómo, en fin, de un modo exabrupto, la madre la había propuesto, en buenos términos, consentir en las ruines e indecorosas demandas del politicastro, y ante la resistencia de ella, la había amenazado con que, si no por amor, por fuerza, habría de caer en los brazos de aquel hombre, al que ahora odiaba cordialmente.

Para concluir y con la voz entrecortada por los sollozos, refirió a Gordillo que, desde la noche anterior, Chita faltaba a la casa después de una escena violenta en la que ella y los hermanitos se habían interpuesto en su camino, rogándole que no saliera a la calle, donde la estaba aguardando Porras, según el Garaicito había podido ver.

—Pero.... ¿es verdad todo eso que me está usted diciendo? ¿Está usted segura de que a su mamá no la ha sucedido algo, y que, por su voluntad, ha hecho lo que dice usted que ha hecho?

—¿Cómo habría de fraguar una calumnia semejante? ¡Qué vergüenza, señor Gordillo! ¡Qué ignominia! ¡Solas!.... ¡Nos hemos quedado solas, porque cuando mi papacito sepa esto, se morirá de pena!

—¡Es inconcebible que Chita haya hecho eso!

—Y sin embargo, si ella se arrepiente, si quiere volver....

—¿Ustedes saben donde está?

—No.... No lo sabemos....

—Yo lo averiguaré. Y una vez que lo sepa, irán ustedes y harán todo el esfuerzo posible para convencerla del error que sufre y del mal que hace, a fin de que vuelva al buen camino y quede todo en el misterio.

—Nosotros haremos cuanto usted nos indique, que en ausencia de mi papá usted hace sus veces.

¡Ay! Yo le juro a usted que, si para que ella volviera y mi papá no tuviera que pasar por esta afrenta y mis hermanitos rescataran a la madre, tuviera yo que sacrificarme a los deseos de ese hombre, no vacilaría en hacerlo!

—¡Ni lo diga, ni lo piense siquiera! ¡Qué par de canallas!.... Es inconcebible.... inconcebible!

Poco trabajo costó a Gordillo averiguar dónde habían colgado el nido los fugitivos tórtolos, pues tal parecía que la misma Chita hubiera tenido interés en que sus hijos supieran dónde estaba, ya que, sin empacho alguno, había mandado pedir al siguiente día algunos objetos de su uso personal.

Y fué así cómo, en la noche de aquel día, Pita, Nachi y el Garaicito, procurando no ser vistos de nadie al salir de la casa, se dirigieron a la en que se hallaba la prófuga, cuya ausencia de su domicilio, notada por más de alguno, había querido explicarse diciéndose que estaba en cama por una indisposición.

—Hum, tú!—había dicho Locha Menchaca a su hermana Lucha—Qué vamos a que ya hizo una trastada esa buena.... señora?

—A que ya la hizo, tú?—contestábale Lucha.

—Y..... qué tal? Cómo sigue Chitita de su..... catarro?—Preguntaba con zonga la Ventoquipa a Pita.

—Catarro!....... catarro!—decíase Barbedillo—bueno está el catarrito!

Fueron, pues, como decimos, los tres niños aquellos en demanda de la madre, escoltados por Gordillo, que se quedó en acecho en la esquina más próxima, ojo avisor por si había necesidad de prestar auxilio a tanta desventura y tanta debilidad, enfrentados con tanto cinismo y tanta locura. Y a poco más, sí que hubiera habido necesidad de ello,

porque no tardó mucho sin que salieran de estampida y de la casucha aquella, Pita y Nachi, llevando a remolque al Garaicito, que se revolvía airado, amenazando con el puñito a la casa que guardaba al infame que, raptándose a la madre, había causado la deshonra del padre.

—Qué hubo? Está ahí?....

—Sí..... sí! Pero vámonos pronto, señor Gordillo! Vámonos!—decía Pita entre llorosa e indignada.

—Pero.... qué ha sucedido? La encontraron? Le hablaron como les dije? Le rogaron?

—Sí.... sí! Pero alejémonos de aquí pronto....!

Y ya en el camino, como si tuviera gran empeño en estar distante del sitio aquel, la «Corcheita» refirió al artesano que, en puridad de verdad, lo que había pasado era que la tenían tendida una infame «piege,» una miserable emboscada, porque allí se había encontrado con el sátiro aquel del Pingarrón al que había tenido que rechazar a viva fuerza, y el que la había amenazado con reducirla de todos modos, porque para ello le sobraban medios, según dijo, y entre ellos el hambre misma.

Sintió Gordillo sublevarse todos sus generosos instintos y lo acometió el ímpetu de volver a la casuca aquella para enfrentarse con la canalla; pero, como si adivinara Pita su deseo, lo retuvo asiéndolo por un brazo y diciéndole.

—No vaya usted a comprometerse, por Dios! Por nosotros mismos! Imagínese qué sería de nosotros si ahora nos quedáramos solos!

—Tiene usted razón! Le prometo obrar con toda serenidad. Meditemos cuál es el partido que hay que tomar......

Lo que debía hacerse, él lo sabía bien. No volver a acordarse de aquella indigna mujer, que de un

modo tan imbécil y por una codicia todavía más tonta, sacrificaba el honor de esposa, el amor de madre y la santidad de un hogar humilde, todo por lo credulidad de que aquel mal hombre de Pingarrón sería capaz de llevarlas, de golpe y porrazo, a la altura que ella pretendía, esperando que el oro sería bastante para abrirle todas las puertas, no obstante su conducta.

Lo que él, Gordillo, estaba resuelto a hacer, por prontas diligencias, era convertirse en padre y madre de aquellos infelices niños, que tal parecían huérfanos al no contar sino con el lejano respeto del padre; y más aún, de aquel par de rapazas, de las que, si la una estaba ya en plena florescencia, la otra tenía todos los atractivos de un capullo presto a abrirse.

Y que tuvo que luchar denodadamente para el caso, lo probó el que, a bien pocos días, y estando él en su taller, cuando mediaba la tarde, llegó corriendo y jadeante el Garaicito a decirle:

—Señor Gordillo..... que dice Pita que le haga el favor de ir.... pero sin tardanza! Que están allá unos señores que quién sabe a qué fueron, y con ellos está Pingarrón....

En volandas se puso Gordillo del taller a la casa, y de igual modo subió los escalones del primer tramo de la escalera, entre la general curiosidad de todo el vecindario, congregado para contemplar la película que se desarrollaba, sin pérdida de detalle, para cuyo intento habían asomado la Ventoquipa al patio; la Orbezo a la ventana de su recámara; Tachi al barandal del corredor y la Mandujano al pasillo de la «República.»

Al llegar el artesano a la vivienda de Garaicohea, se encontró en ella dos sujetos de mala empeladura y peores maneras; al insigne Pingarrón, que fun-

gía de «apoderado» y que todavía tuvo la audacia de saludarlo, como si nada hubiera pasado ni nada estuviera pasando, y hasta a cuatro «cargadores» de número, con sus respectivos «mecapales» listos.

—Qué es esto, señores? Puedo saber de qué se trata?

—Y usted quién es? Con qué carácter se presenta a la *diligencia?*

—Antes que nada debo saber quiénes son ustedes y qué los trae al hogar de un amigo, confiado a mis cuidados......

—Somos los «ejecutores» del Juzgado. Y como usted no explica qué tiene que ver en este asunto, bueno será que se retire, ya que no es usted «parte.»

—El señor es como si fuera mi papá, y hace sus veces en su ausencia—dijo engallotada Nachi, en tanto que Pita seguía lloriqueando.

—Lo sentimos mucho...... pero nada tiene qué hacer aquí. Y puesto que hemos terminado con el secuestro, «trabando la ejecución,» a ver ustedes.... hagan su oficio—dijo uno de los seides aquellos, dirigiéndose a los cargadores.

Aprestábanse los mismos a cargar con el piano de la «Corcheíta,» con aquel piano, que era su segunda alma..... parte de su sér, cuando, encarándose el artesano con el diputado, le dijo.

—Entiendo.... esto debe ser cumplimiento de la primera parte del programa que se ha trazado usted, que por lo visto, va procediendo como un miserable!....

—Señor Gordillo, refrénese usted!

—Yo pienso todo lo que digo, para así asumir la responsabilidad toda de mis palabras.

—Que se asiente eso, señor escribano!

—Que se asiente.... no hay inconveniente. Pero

que sea «por cuerda separada» ya que yo no soy «parte» en ese expediente—y señalaba al que el escribano aludido traía en su diestra.

—Es que está usted ultrajando al señor en nuestra presencia......

—Tanto mejor, porque no carecerá de testigos.... Bueno: vamos al grano..... Por lo que veo se trata de un embargo, no es eso? Cuánto debe y quién es el que debe?

Silencio de los interpelados: golpe de viveza de la semi-fusa Nachi, que contestó:

—Dicen que es mi mamá la que debe trescientos pesos a un almacén de ropa que le daba al fiado; y que, como no ha pagado......

—Entonces, señor Pingarrón, bien visto debería ser su secretario o usted los que pagaran, si delicadeza tuvieran.... Pero entiendo bien la maniobra! Usted ha podido abrir el crédito: no pagarlo, esperanzado con obligar de ese modo a una capitulación.... Y bien, yo pagaré, que mientras yo viva, no he de consentir el atropello que pueda evitar en la familia de mi amigo. Vuelvo a preguntar: cuánto se debe? Trescientos pesos?

—Y las costas....

—Y los gastos....

—Que sean trescientos cincuenta, supongamos. Señorita Pita, aquí tiene usted el dinero.... usted sí es «parte» y puede consignarlo judicialmente, a reserva de seguir el pleito, si conviene.

Y el artesano, echando mano a su vieja y grasienta cartera, sacó de ella un grueso fajo debilletes; contó los necesarios para el caso, y los entregó a Pita, que a su vez lo hizo a alguno de los buldogs del juzgado.

—La «parte» dirá si está conforme con la consignación—masculló el recipendario.

Mirada de interrogación e inteligencia entre los del cortejo, y asentimiento forzado de Pingarrón, seguida de un general movimiento de retirada; mas, al tratar de salir el politicastro, asiolo Gordillo por uno de los brazos y le dijo:

—¡Un momento.... y esto entre los dos! Sepa, para lo de adelante, que ni a esta niña, ni a nadie de los que a su lado están podrá tocar ni un cabello sin encontrarse conmigo. Y que, lo que yo protejo y guardo, seguro está, porque sé ser hombre....

Sonrió despectivamente el diputado; vibró de iracundia el artesano, y en la mirada con que aquellos dos hombres se midieron de pies a cabeza, quedó entendido que, desde aquel momento quedaba trabado un duelo a muerte.

Cuando, ya a solas, Pita dió rienda suelta su reconocimiento, decíale al artesano estrechándole las manos:

—Señor Gordillo...... ¡Qué bueno es usted! ¿Cómo podremos pagarle todo lo que por nosotros ha hecho?

—¡Nada tiene que agradecerme! Si lo hago para cumplir con un amigo ausente....

—Mi piano!.... ¡Se querían llevar mi piano! Si se lo llevan, me muero....

—El golpe estaba bien tirado.... Pingarrón sabe lo que hace....

—¡Mi piano! ¡Lo único que me queda en la vida!

Midió bien el artesano todo el alcance de aquella frase. Pita era una desilusionada.... Había puesto su amor en algo imposible: Andrade. Lamentaba su porvenir seriamente comprometido por aquel paso de la madre. El padre estaba muy lejos...... Por eso que las ternuras todas de aquella niña se compendiaran en su piano. Él, Gordillo, no era nada para ella.... ¡Nadie en sus afectos!

Inútil sería narrar toda la polvareda que la fuga escandalosa de Chita y el defraudado embargo de los muebles levantaron en la colmena de la calle de las Moras, ni el material todo para el que dieron abasto. Quién hubo que despellejó e hizo tiras a la infiel esposa y desnaturalizada madre, como las Otamendi. Quién que la disculpó. Quién se hizo más de diez interrogaciones capciosas sobre la conducta y las finalidades de Pingarrón y Gordillo, como las Menchaca. Sobre todo, Cuca Otamendi estaba, al parecer, positiva y realmente indignada y escandalizada, más aún que las propias siamesas; para ella todo aquello no tenía perdón; cualquiera al oirla hablar, habría creído a la truhana de Cuca una puritana de más calibre que el propio señor don Venustiano Carranza, glorioso desfacedor de entuertos y enderezador de agravios, que no había podido ver indiferente las desgracias de la Patria sin correr en su auxilio....

Lo que peor efecto produjo, a raíz de aquellos sucesos, fué el desplante inaudito del insigne Pingarrón que, como si ningún papel hubiera jugado en ellos, seguía impávido viviendo en su «cantón,» así lo vieran de reojo y de mala manera todos los inquilinos, a excepción de Rémington, cada vez más encariñado con él. Y si Porras no llegó a aparecerse por la casona, fué de seguro, por temor a una «manteada» de los estudiantes, o a una cuchufleta que llevara aparejada «trompiza» de parte de algún otro de los inquilinos machos. Si Pingarrón paseaba su insolencia en ella, debíase a que, conocedor de su fuerza política, y manejador de «influencias» se consideraba a cubierto de ataques y amenazas. Tenía fuero.

Con su concurrencia a la casa, al que hacía vivir intranquilo siempre era al artesano que se pensaba

que, aquel saco de cinismo, no se habría de resignar con que le hubiera fallado la partida, y estar cargando, como sin duda lo estaba, con el inútil gasto de sostener a la pareja Porras-Chita, sin que él hubiera logrado su objeto. Por eso que, por primera vez en su vida acaso, proyectara el artesano cometer una acción que, sin ser mala en realidad, le repugnaba, ya que él no se sentía ser ni un delator ni un hombre que le gustara tomar venganza o desqite a la sombra, sino cara al sol y a pecho descubierto.

Pasó el sucedido como sigue:

Por aquellos días, Barbe estaba más que nunca inquieto y nervioso; mas, quebrantando su manera de ser, estaba al propio tiempo discreto y reservado como nunca, al grado de que ni la misma Tachi conocía cuál era el motivo de sus inquietudes, por más que ella lo atribuyera a la contratación de nuevos compromisos. Y sin embargo, Barbedillo sufría; así, sufría lo indecible, al no poder descoser la lengua, refiriendo cuáles eran sus cuitas.

¿Que cuáles eran? Pues nada menos que el ser posible que alcanzara próximamente aquella soñada curul que tanto deseaba. Los diputados estaban conspirando contra Huerta, y era segura la disolución de las Cámaras!

Conspiraban, tanto los pocos quisquillosos que, habiendo pertenecido a la hornada maderista, y siendo de neta filiación «renovadora» se habían quedado firmes en la curul, después del Cuartelazo, cobrando los quinientos «locos» mensuales, y aparentando sumisión al «chacal,» como aquellos que, independientes, figuraban en la Cámara como elementos no adictos aunque tampoco contrarios; los aguas «tibias» de todos tiempos.

Las cosas habían llegado a extremos tales que

era inevitable un rompimiento entre el usurpador y la Cámara. Ésta quería sacudirse a Huerta, que ni quería dejar el poder mediante la convocatoria a elecciones, ni buscaba apoyo si no era entre sus incondicionales partidarios, la mayoría de espúrea extracción, y mismos que lo empujaban a la disolución con el fin de colar ellos en la nueva Legislatura. Acaso la finalidad fuera distinta, obedeciendo mejor a un acondicionamiento con la revolución: acaso muchos de los oposicionistas se inspiraran bien, crédulos de poder llevar al Ejecutivo al buen camino. Por su parte, éste, que «las veía venir,» aparentaba dejar hacer, esperando tal vez la propicia ocasión en la que, sin él provocarlo, se le diera motivo para la disolución.

Cuando Barbe oía hablar de tales rumores a Andrade o a Orbezo, pongamos por caso, replicaba queriendo desviar el criterio y salir al encuentro, temeroso de que el asunto se externara.

—¡No hombre! ¡Eso no es posible!.... Huerta es incapaz de tal cosa. Es respetuoso para con la ley y los poderes constituídos, y eso que ustedes dicen equivaldría a un golpe de Estado....

—¡Uno más! A eso reduciríase todo.

—¡Pero que le saldría contraproducente, significando un error! Disolviendo las Cámaras, se priva del elemento que le dió su pretendida legalidad.... Ya ha jugado bastante con lumbre, con esó de las elecciones, posponiéndolas primero; haciéndolas en su favor después; declarándolas nulas y pretendiendo de nueva cuenta convocar para ellas....

—¡Y dejen ustedes eso! Más que nada, el peligro que correría de que entonces, y ya de una buena vez, los americanos lo echaran del poder....

—Por eso sostengo que no lo hará.... No lo ha-

rá.... ¡No es tan tarugo! Y yo sé bien lo que digo, porque ando con los hombres del poder....

«¡Y sin embargo, sí que lo hará!» pensaba para sus interiores Barbe; lo malo es que no lo haga mañana mismo sin más pérdida de tiempo, ya que todo el que se pierda lo pierdo yo para llegar a diputado! ¡Debe hacerlo inmediatamente y formar «su Cámara con nosotros» sus amigos de verdad, que no le haremos «la tambora de lado,» como esos poca vergüenza de «renovadores.»

Huerta lo hizo: cometiendo, como había indicado Andrade, un grave error que concluyó por desquiciarlo. La desaparición, en acto de fuerza, de la Cámara legítima, para ser substituída en una fulgurante elección de transparente e imperiosa consigna,por otra de adictos, pero sin los necesarios prestigios, lo puso al borde del abismo, privándolo del buen concepto y aprecio, no sólo ya ante la opinión, sino ante los gobiernos extranjeros que se habían demostrado amigos, y dando pávulo al de usurpador, en el que lo tenía calificado el gobierno americano.

El golpe de Estado fué imprevisto por increíble, para muchos de los mismos diputados, que no pensaron que Huerta osara a tanto.

La causa, alguna interpelación que la Cámara proyectó hacer a Huerta en la sesión del 9 de octubre de 1913, a propósito del asesinato político de los diputados Rendón, Lazarin y Gurrión, y del senador Belisario Domínguez, hombre este último de nula intelectualidad que, en rasgo de loco, había pronunciado en el Senado un discurso contra Huerta, sin finalidad concreta ni proposición alguna útil.

Abierta la sesión, presentóse a ella el Ministro de Gobernación, y en uso de la palabra, invitó primero

y conminó después a los diputados para que no abordaran tan escabroso asunto.

Resistieron aquellos con diversos pretextos, y entonces el Ministro anunció que llegaría, por instrucciones del Presidente y asumiendo las responsabilidades del caso, hasta la disolución del Cuerpo Legislativo. Intentóse protestar por algunos diputados: otros buscaron la salida hacia la calle, encontrándose a las puertas con la policía que les cerró el paso, e informándose de que, en los sótanos de la Cámara estaba escondido el famoso 29 Batallón; el mismo que había decidido de la suerte de Madero, ayudando a Huerta a derrocarlo.

Pocos minutos después, los diputados considerados como los más agresivos y de temer, habían sido detenidos: otros, siguiendo la suerte de los borregos de Panurgo, entraron en la redada, y pocos fueron los indultados que pudieron seguir disfrutando de libertad. Más tarde, la revolución triunfante, procediendo con su singular criterio, habría de premiar como a mártires a los últimos, o a los que lograron, por la escapatoria oportuna, no caer en las garras policíacas.

Entre largas filas de soldados los unos, y en carruajes escoltados por gendarmes los otros, fueron los diputados conducidos a la Penitenciaría del Distrito Federal, vasto edificio que levanta sus torres y sus crujías en la polvorienta llanura comprendida entre los llanos de San Lázaro y Peralvillo.

Sofocado por la carrera emprendida rumbo a la casona, a la que quería llevar el aviso oportuno, como el soldado de Marathon llevara el de la victoria a Atenas, Barbedillo se precipitó en aquella gritando:

—Salgan!.... salgan a verlos que ahí vienen!.... Ahí se los llevan!.... Yo lo sabía ya desde hace días,

porque me lo había dicho Huerta..... Pero era secreto de Estado que no podía divulgar!

Y así diciendo, tomando revancha de su discreción obligada de aquellos días, Barbe fué desde la puerta de la vivienda de la Ventoquipa hasta la de Orbezo, y de ésta a la de las Menchaca y a la de las Otamendi, a tiempo en que éstas se arreglaban para irse al cine y aquéllas comenzaban a rezar la diaria «corona» para que Dios se condoliera de las desgracias de la Patria.

—Pero, quiénes son los que vienen?

—Quiénes, por Dios bendito?

—Los zapatistas, de seguro!

—O los carrancistas!

—No.... no..... los diputados! Ahí se los llevan presos! Bien hecho! Ya era tiempo, caramba! Son unos sinvergüenzas que trataban de hacerle a Huerta una mala partida....!

A la alarma, asomóse a puerta de calle y balcones todo el vecindario, comentando el caso. Y en ellos permaneció curioso hasta que el desfile de coches y soldados se terminó, a excepción de Gordillo y del Garaicito que, instruído por aquél, lo acompañó hasta las puertas mismas de la Penitenciaría para averiguar si entre los presos iba el insigne Pingarrón.

Mas el insigne aquél no iba en el cortejo!

Ni nadie de los de la casona lo había identificado entre los que marchaban a pie, entre filas.

Así, pues, y como siempre, el avispado politicastro había escurrido bonitamente el bulto a la hora del peligro.

Barbedillo, al saber tal, se inquietó porque supuso y con razón, que al siguiente día, el muy ladino de Pingarrón se estaría ya proponiendo con Huerta para diputado de la nueva hornada, lo que

sería muy capaz de conseguir, porque, para artes malas, las suyas. Y si así era, el enemigo resultaba formidable.

También inquietóse Gordillo; pero por distinto capítulo: habría querido ver al diputado en el desfile, porque eso le habría significado relativa tranquilidad: Pingarrón entre rejas, era menos de temer que en libertad: la amenaza contra las indefensas «Corcheítas» disminuía en parte.

¿Se había ocultado Pingarrón o era que, por el contrario y haciendo indignos papeles había logrado ser de los indultados?

Esto era lo que importaba saber al artesano, y lo que averiguó con toda facilidad, valiéndose de vulgar estratagema.

De estar oculto, era seguro que se habría refugiado en la casucha en la que Porras y su manceba transcurrían su luna de melaza. Si era así, de tal madriguera lo sacaría él, Gordillo, para hundirlo en la correspondiente celda de la Penitenciaría, en la que pagaría, más que pecados políticos, crímenes de otro orden que él se sabía!

Y si era preciso para ello delatarlo, lo delataría.

Ante tal enemigo, toda consideración, todo repulgo, debería ceder. No era por cierto, cosa agradable para el honrado artesano hacer oficios de espía y delator; no los haría nunca con otro hombre; pero tratándose de aquél, sí! El escrúpulo resultaba punible porque equivalía a dejar cerniéndose sobre las cabezas de las «Corcheítas,» sus protegidas, peligros sin cuento.

Si Pingarrón, en vez de estar oculto, había logrado ser de los indultados y permanecía, por lo tanto, siendo una amenaza para aquellas indefensas criaturas, ya sabría él cómo cuidarlas, resuelto como estaba a hacerlo, a costa de cualquier sacrificio.

Con maña, hizo que uno de sus tantos trabajadores fuera a la casa de Porras, fingiéndose operario encargado de revisar la instalación del alumbrado eléctrico; pero con el fin de averigar si estaba o no escondido allí el diputado: y la estratagema dió el resultado apetecido: allí estaba. Esto investigado, ahora todo era cuestión de un parte a la policía.

A darlo fué Gordillo; pero no contó que, Pingarrón se había adelantado a sus intentos en uno de sus maestros golpes.

Con efecto: si en los primeros momentos y al haber logrado escurrir el bulto en la Cámara, la tarde de la disolución, el diputado se había ido a esconder en la casa de Porras, al siguiente día, convencido de que Huerta no intentaba «suprimir» a ninguno de aquéllos y de que, por lo tanto, no se corría peligro de vida, y resolviendo la ecuación que se le había propuesto, ya que, de no presentarse a las autoridades quedaba inutilizado lo mismo con Huerta que con Carranza, para dado caso de que éste triunfara, pues si con el uno aparecía delincuente, con el otro aparecía cobarde, resolvió presentarse: tal paso lo ungiría con la revolución; y si ésta triunfaba, tendría derecho para presentarse como una víctima, como uno de los mártires sacrificados por «la causa» y por eso que, en dramático gesto, ocurriera a la cercana Demarcación de Policía.

Allí estaba Gordillo y allí pudo ver al exdiputado que, con arrogante verba, manifestó al comisario que «iba a reclamar su puesto de honor al lado de sus compañeros sacrificados, legítimos representantes del pueblo.» Cuando, acompañado de una pareja de policías y del oficio respectivo de consignación pasó junto al artesano, con aquella su genial sonrisa, todavía tuvo el valor de recomendarle que avisara a sus amigos, informándolos de que «él nunca eludía

responsabilidades, aun con peligro de vida».... El artesano se quedó lelo contemplando tanta desfachatez!

Y Pingarrón ingresó a la cárcel: y allí recibió las visitas de su confidente Porras, y los regalitos de Chita, traducidos en sabrosos dulces, frutas, cigarrillos, y aun alguna minúscula botella de licor, introducida de contrabando....

* * *

Barbe la vió «cuajada.» Ahora sí sería diputado! Ahora sí que se iba a resarcir de tanto gasto hecho, cobrando alientos para amortizar las hipotecas de la casona! Para arriba, sin remedio....!

Por eso que, en quince días, perentorio plazo acordado para que se hicieran las nuevas elecciones y que mal podía bastar si aquéllas habían de ser legales o tener siquiera visos de ello, dadas las dificultades de comunicación, las distancias, y ahora las vastas zonas ocupadas ya por la creciente rebelión, Barbe se moviera como un epiléptico. Atosigó al «Chacal» y a sus Ministros, y no dejó descansar a todos aquellos *amigos* que alguna influencia podían tener, moviendo cielo y tierra, y hasta ocurriendo de nuevo a Moyano y a algún otro de sus exacreedores, en demanda de fondos indispensables para asegurar la elección, mediante expléndidos gajes y regalos a los personajes que juzgó que podían garantizarle aquélla.

Llegó el día de la elección, angustioso para Barbe; aunque queriendo darse valor, decíale a Tachi lo que en otra semejante ocasión:

—«Es negra en tompeate.» Nadie me la quita..... estoy seguro...... Huerta tiene necesidad de mí. Tiene necesidad, porque debe rodearse de hombres

como yo; fieles y útiles y experimentados en política. Y sobre todo, no puede ser inconsecuente conmigo. Ni los amigos tampoco. No de balde me he movido tanto y me he gastado un platal....

—Ay, Barbe! Como que si en esta no la «pegas» nos quedamos arruinados!

—La pego y la retepego. No faltaba más! Yo sé lo que te digo.... Ya ves: está tan segura, que ahora no ha habido necesidad de ir al distrito electoral. Todo se ha hecho y arreglado aquí.

Así había sido, en efecto. Y como resultado, en pintoresca promiscuidad habrían de figurar en aquella Cámara, si el nombre le corresponde justamente, lo que es más que dudoso, arrivistas militares y cofrades de cantina; anodinos civiles, punto menos que desconocidos, y camaradería de cuartel, lo que la haría comparable, aunque siempre con inmensa ventaja, a las Cámaras (?) carrancistas del famoso Congreso Constituyente de Querétaro.

Aquella noche durmió Barbe mal: inquieto y desasosegado: en sueños se veía ya en la blanda curul, cobrando los quinientos pesos mensuales sin hacer nada de provecho para la Patria; pero eso sí, proyectando y realizando, a la sombra del oficial encargo, prodigiosos negocios, gangas imposibles que hacían afluir a sus manos chorros de dinero....

Mas, al siguiente día, su nombre no apareció en la lista de los nuevos padres (?) de la Patria, en los periódicos de la mañana.

Ni en los de la tarde tampoco.

Por lo que se dijo, parodiando a su cónyuge en la anterior ocasión:

—«Aquí debe haber un error: hay, de seguro, una omisión imperdonable»......

Fuése a los Ministerios; inquirió: no había salido electo. Rectificó con los paniaguados más cercanos

a Huerta: no había salido electo. Reclamó de los «amigos» y correligionarios, a los que había obsequiado y de los que había obtenido tantas promesas.... nada! No había salido electo!

Ante tamaña inconsecuencia, Barbe sintió lo que ya en otras ocasiones había sentido: que la lengua se le volvía una esponja; que no podía articular palabra; que las piernas se le tornaban de algodón cardado, y que se desmadejaba todo. Cualquiera creería que le iba a dar un ataque.

Abrumado, entre otras cosas, por la perspectiva que se le presentaba con el hostil recibimiento que, sin género de duda, le haría Tachi ante aquel nuevo fracaso, volvió a la casona. Obvio es decir que sus temores se confirmaron al pie de la letra. La que le armó su consorte! Todo lo que hubo de oir de la rebelada Tachi, que ahora le echaba en cara todos sus desaciertos, todas sus torpezas, todas sus «inocentadas»...... siendo esto último lo que más le podía. ¿«Inocente» él, el político práctico, que sabía al dedillo todo lo que se necesita para navegar por el mar de la política, inclusive acomodamientos, «flexibilizaciones,» «cohonestaciones» y demás? Eso sí que le llegaba al alma.

Total: la centésima película sensacional desarrollada en la casona en menos de un mes y que hizo que la de Chita se olvidara en parte.

El vecindario todo, choteando ahora a Barbe por aquella nuevamente frustrada diputación, y Barbe trinando en su interior contra el «chacal» y todos los chacalitos que tan mal parado lo dejaban....

Por lo que, heroicamente, como él sabía hacerlo cuando tomaba una resolución, tomó la de ahora, acompañada de un cognac; pero ya no en unión de alguno de los compinches del «usurpador,» sino en

la de un «carrancista,» furibundo conspirador.... desde la barra de una cantina!

—No hay remedio..... me ha convencido usted! Tiene usted toda la razón! La verdad, la justicia, el derecho, el honor y todo están del otro lado...... En Carranza radica la salvación del país!

—Chóquelas, pues, por Carranza......

Chocar de las dos copas, vaciando el contenido en un solo trago; chasquido de lengua contra el paladar, en prueba de satisfacción, y..... Barbe se afilió resueltamente a la *carranclanada*, seguro de que era una promesa resarciadora para el porvenir, a fin de que pudiera salirse con la suya, de figurar en política, no tanto por eso sólo, cuanto por defender así, mejor, los «intereses creados,» de los que se consideraba representante!

CAPITULO VII

«Mater Aflicta»

El «carrancismo» tenía la codicia de poseer un puerto sobre las costas del Golfo, porque sabía bien que la posesión de aquél habría de facilitarle inmensamente el triunfo tan deseado, ya que, no obstante hallarse respaldado por una fuerza moral incontrastable, la de un tercero empeñado en llevarlo al éxito, los restos del desorganizado ejército federal, aun podían contenerlo en sus intentos de avance hacia el sur de la República, donde la revolución no gozaba de prestigio, por lo que el Gobierno huertista, al contar con todas las fuentes de elementos y riquezas que la posesión de esa zona del país le proporcionaba, podía prolongar la lucha indefinidamente.

Por eso que con tanto tesón tratara de posesionarse de Tampico, como había intentado hacerlo en el Pacífico, de Guaymas y Mazatlán, siempre estérilmente, ya que jamás había podido vencer a los aislados defensores de aquellas plazas. Ocupar Veracruz era imposible: los contados núcleos revolucionarios de ese Estado, eran, sobre insignificantes,

bastante prudentes para tratar de asaltar una plaza medianamente defendida.

Por eso, pues, que el esfuerzo se concentrara sobre Tampico; y sin embargo, los carrancistas no habían podido ni siquiera aislar aquel puerto del resto del país, porque no habían logrado cortar la comunicación entre Tampico y San Luis Potosí, defendida por un valiente puñado de indios juchitecos.

La defensa habría de resultar estéril a la postre; una voluntad de más allá de la frontera, había decidido sobre los futuros destinos de México, resuelta a anarquizar el país condenándolo a la autofagia. Y así, como gigantes cuervos marinos, centinelas de avanzada en las aguas del Golfo, barcos de guerra americanos se habían estacionado frente a las radas de Progreso, Veracruz y Tampico, contra todo derecho, y en ellas vigilaban.

La plaza y puerto de Tampico, amagados por los carrancistas, estaba declarado en estado de sitio, y por lo tanto bajo el absoluto dominio militar de los jefes que lo defendían. Estos, con el fin de evitar por su parte la ayuda que se le prestaba a los enemigos, y que en Tampico sirvió para que correos de los unos hicieran llegar hasta los otros noticias de interés, los defensores de Tampico, decimos, celaban y guardaban a su vez las entradas del puerto y los caminos que a él conducían, a fin de evitar los subrepticios contactos.

Por eso una orden, dada a conocer con toda antelación a los comandantes de los barcos de guerra americanos, lo mismo que a los capitanes de barcos mercantes, prevenía que ninguna tripulación pudiera saltar a tierra si no era por determinado muelle, desarmada, y con el solo objeto de poderse surtir de víveres y recoger el correo. Tal orden se

ajustaba en un todo con las leyes de la guerra, y salvo el deliberado propósito de provocar un conflicto por su desconocimiento, no podía dejar de ser observada en rigor de principios de ley internacional.

Esto no obstante, el comandante del cañonero americano «Dolphin» destacó del flanco de su barco un bote tripulado por marinos armados, los que, sin hacer aprecio de la orden referida, trataron de desembarcar por distinto punto del señalado. El centinela que lo guardaba marcó el alto sin ser obedecido; entonces llamó al inmediato oficial de vigilancia, el que redujo a prisión a los marinos, con perfecto y pleno derecho, dando de ello cuenta a su superior inmediato, que lo era el bravo y pundonoroso veterano, coronel Hinojosa, que apoyó en sus procedimientos al oficial.

En cuanto dicho procedimiento fué conocido por el almirante americano Mayo, éste pidió la inmediata libertad de los presos, con la conminación de que, de no ser atendido, la escuadra americaana, apostada frente a Tampico, abriría fuego sobre la plaza.

El jefe de ésta, conociendo la gravedad de la amenaza y no queriendo precipitar acontecimientos que no debían precipitarse si aun era posible evitarlos, acordó la pedida libertad, con la prevención de que, si el caso se repetía, se vería obligado, muy a su pesar, a no tener más deferencia.

Fué este jefe el ameritado general Ignacio Morelos Zaragoza.

Mayo estimó que el «ultraje» había sido de tal magnitud, que no se podía satisfacer el honor con la libertad de los marinos presos, no obstante haber sido ésta su primitiva demanda; y pidió una «satisfacción» dentro de perentorio término, la que con-

sistiría en un saludo de artillería de la plaza, a la bandera americana.

Respondióle el jefe de aquélla que no estaba dentro de sus facultades el darla, y que ya se dirigía solicitando instrucciones, a su Gobierno.

Mayo reprodujo con apremio su demanda, agregando que los «osados» oficiales que habían efectuado el arresto de los marinos, deberían ser castigados.

¡Y esta demanda la hacía quien, como jefe de una escuada de guerra extranjera, llevaba sendos meses de estar violando aguas territoriales de extraño país, con su estancia indefinida en éstas, no obstante las protestas formuladas al efecto por el gobierno de ese país autónomo!

El gobierno mexicano, para calmar la iracundia tan oportunista como falsa del dueño de aquellos mares por obra de su fuerza superior, ofreció abrir investigación sobre el caso, disponiendo desde luego y para castigarlos, si a ello se habían hecho acreedores, el que se pusiera fuera de servicio a los subalternos que habían ejecutado el arresto de los marinos.

Mayo, por instrucciones de su gobierno que no cejaba, viendo llegada la tan deseada oportunidad, no quiso admitir la justa proposición e insistió en la suya: saludo a la bandera, satisfacción amplia, y castigo inmediato de los oficiales, sin más averiguación....

La cancillería huertista, en notas bien meditadas, había ido hasta el límite extremo de la condescendencia; hasta donde el honor y el decoro del pueblo más prudente pueden llegar; pero tal conducta no podía satisfacer las exigencias de aquellos que, lo que buscaban, era la abdicación vergonzosa de Huerta; su caída catastrófica, precipitándolo desde lo alto

del poder hasta el abismo. Y entonces Huerta mismo, con todo y ser quien era, dipsómano y estrávico en lo moral, repugnó el acceder a la demanda, prefiriendo en los primeros momentos, al parecer, arrostrar con todas las consecuencias.

Estas no se hicieron esperar.

Lo lógico, lo indicado, lo consecuente con la actitud adoptada por Mayo, que no era más que un edecan de la Casa Blanca a bordo de un acorazado americano, habría sido la demostración militar contra Tampico, teatro de los sucesos; y si ni aun así se obtenía la demandada satisfacción, humillante no para Huerta sólo, sino para todo un pueblo, el atacar aquel puerto y tomarlo, y retenerlo a viva fuerza. Mas no pasó así.

El 21 de abril de 1914, día que siempre será, para todo buen mexicano, de triste remembranza, la formidable escuadra americana que había estado anclada frente a Veracruz por meses, con los transportes de guerra acoderados mañosamente a los barcos, desplegó en zafarrancho de combate sus cuarenta y tres unidades, formando un semicírculo extenso que abarcaba desde las costas de Vergara al Norte, hasta la Isla Verde al Sur. Dentro de la bahía misma se hallaban el «Chester» y el «Florida» que, en son de paz, habían echado anclas en ella....

Y entonces se consumó lo inaudito, lo imperdonable, lo odioso para un pueblo que se ha preciado siempre de ser el guardián de los derechos de América, y el protector de las nacionalidades débiles del Continente, no por obra de ese gran pueblo amigo y decoroso, sino de un gobierno que, inspirado en un rencor personal y en un capricho contra Huerta, hirió de rechazo a toda una nacionalidad: la mexicana.

Puesta en batería la escuadra americana y abocados los gruesos cañones del «Chester y del «Florida» contra la casi indefensa plaza de Veracruz, el Comandante de aquélla, Fletcher, hizo del conocimiento del de ésta, y por conducto del Cónsul americano, que iba a atacarla dentro del plazo de «una hora;» y desgraciadamente, el militar mexicano, en vez de asumir la actitud que debió haber asumido, fué presa del desconcierto, y abandonó rápidamente la población dejándola en brazos de la suerte y huérfano en ella su espadín de mando!

Instantes después, de a bordo de los barcos americanos de transporte comenzaron a desprenderse fuerzas de desembarco, que en botes se dirigieron a tierra rumbo al muelle llamado del Ferrocarril. Dióse cuenta un grupo de paisanos de tal maniobra, y la voz de que los invasores desembarcaban cundió como un reguero de pólvora. Y cuando todo mundo esperaba la resistencia militar, aunque en ella hubiera de sucumbir la tres veces heroica urbe, que ostentaba en sus bastiones lacras de bombas españolas, francesas y americanas, de los años de 22, 36 y 47, se supo con indignación que el núcleo de las fuerzas defensoras la habían evacuado!

Entonces sobrevino algo digno de los días de la antigua Grecia: y en plena playa veracruzana, resucitó un puñado de homéridas encarnados en los cadetes de la Escuela Naval y en los hijos del bajo pueblo veracruzano.

Unos y otros corrieron a armarse, como pudieron, donde pudieron. Y cuando el invasor esperaba no encontrar resistencia, fué recibido a balazos que diezmaron un batallón de «panameños» que era de vanguardia en el desembarco. Bravamente, fieramente, ébrios de coraje y de santo entusiasmo, los niños cadetes se parapetaron en su amada Escuela,

y el pueblo en bocacalles y azoteas, y desde allí repelieron el ataque....

Los invasores, desconcertados, retrocedieron; pero a poco, reorganizados y protegidos por el fuego de los cañones de mediano calibre del «Chester» que comenzaron a vomitar metralla sobre la población, reanudaron el ataque con más nutridas fuerzas, y palmo a palmo fueron ocupando el terreno que se les disputaba briosamente, sin poder realizar la obra de la ocupación en el mismo día en que la intentaran, sino hasta el siguiente en el que, convencidos los defensores de la inutilidad del heroico esfuerzo, cesaron en sus resistencias dejando a salvo el honor con la sangre de un puñado de héroes muertos en el cumplimiento del más sagrado de los deberes!

Los nombres de dos donceles épicos bastaron para inundar en gloria la página de esos días, sumándose a los de aquellos que, sesenta y seis años antes, habían caído inmolados defendiendo aquel peñón, nido de aguiluchos que se llama Castillo de Chapultepec, como éstos habían defendido el nido de marinas águilas que se llama «Escuela Naval de Veracruz».... Son los nombres de los cadetes Uribe y Azueta!

El día mismo en que los últimos cadetes abandonaron Veracruz, el que esto escribe pudo verlos (que entre ellos los había de sangre suya) con las ropas desgarradas, con los uniformes en girones, sin un centavo en los bolsillos para comprar comida; pero radiantes de satisfacción por haber cumplido como buenos, dando ejemplo a los que dárselos debieron. Y sin embargo, su ejemplo no estimuló a muchos que, portando galones, no supieron o no quisieron disputar el paso en más de una ocasión, a la hueste carrancista!

Y ver pudo, cómo al propio tiempo que se lavaba del pavimento del Parque Central de Veracruz la sangre de los últimos muertos, una detestable banda americana pretendía tocar, en el kiosko de aquél, una fantasía de «Carmen,» que hacía en los oídos peores estragos que los que los obuses de los barcos de guerra habían hecho en las paredes de la cercana parroquia.

Allá lo recibieron los maternales brazos de una anciana, que con amargo llanto, tuvo en esos momentos una frase digna de ateniense matrona:—«¡Para qué haber vivido setenta años, si al cabo de ellos tenía que ver esta ignominia!»

* * *

Al conocerse en la República toda el alevoso ataque, un diverso sentimiento, digámoslo con serenidad, sacudió a todas las masas sociales. La inmensa mayoría, comprendiéndose en ella a los elementos netamente populares, sintióse presa de santa indignación; y a poderlo, habría volado empuñando las armas en defensa del territorio nacional.

Una débil minoría sintió, en cambio, el regocijo mentecato y punible de quien, por fin, ve hundido al enemigo, aunque sea a costa del decoro de la Patria y por obra del extranjero, que a tanto conduce la pasión política.

El huertismo se sintió sobrecogido de mortal espasmo, entendiendo bien que la última hora había sonado para la impopular dictadura. Y no faltó finalmente quien, condenando duramente el atentado sin nombre cometido en Veracruz, condenaba a la vez a Huerta, cuya inmoralidad administrativa y cuya personal idiosincracia habían sido las deter-

minantes aprovechadas por el solapado enemigo de su Gobierno.

—¡Tenía que suceder! A esto nos ha llevado Huerta el dipsómano, el carnicero, el malandrín!.... decía Barbedillo, que, con su fino olfato, percibía que el huertismo, todavía ayer elogiado, aunque fuera a fuerza de fuerzas por él, entraba en plena agonía, preparándose, como buen diplomático, a comenzar el ditirambo en favor del carrancismo, con la mira de «salvaguardar los intereses.»

—Cualquiera creería que con eso experimenta usted una íntima satisfacción, señor don Eustaquio —reprochábale Gordillo.

—No es que me alegre precisamente..... pero así, de una vez, veremos claro y sabremos a qué atenernos.

—Pues yo sí que me alegro, me alegro y me alegro!—decía regocijada Cuca Otamendi. Ya no más Huerta! Que se largue! Si así han de ganar *los nuestros* y de una vez acabamos, no le hace que vengan los gringos!

—¿Y la sangre de mexicanos que ha corrido en Veracruz? Repare usted, además, Cuquita, en que eso tiene marcado sabor de traición a la Patria....

—¿Quién les mandó defender al usurpador? La traición está en defender a éste, que es el que con sus cosas nos está echando encima a los yanques.... Que deje a los constitucionalistos defender a la Patria, que ellos sí que sabrán hacerlo!

—Eeeesooos sí que son traidores!—ahulló Tafolla—Carranza apenas si ha prooотestado, diciendo que papapara eeeso de Tampico, que se entiendan con él......

—La pelada es que el pueblo todo está conmovido e indignado, y que recorre las calles ardiendo en patriótica ira.

—Ya echaron abajo la estatua de Wáshington, y arrastran pedazos de ella por las calles....

—Gravísimo! Para acabar de complicar la situación! Y a eso se le llama patriotismo? Lo patriótico estaría en que, pues que no lo quieren los primos, Huerta renunciara!

El de tan sesuda y práctica observación, había sido Barbedillo, como bien se habrá comprendido.

La verdad es que hay mucho de artificialidad en esas demostraciones, objetó Andrade—y que con ellas, fomentadas en buena parte por los elementos oficiales, lo que se busca es defender un Gobierno personalista, insostenible, y no defender a la Patria......

Mientras tan contrarios sentimientos predominan en algunos de los personajes de nuestra sucedida novela, llegando algunos hasta el borde de la disputa, como acontecía con el tartamudo que, de la noche a la mañana, se había vuelto indómito y brabucón, y encendiendo en otros un rencor, como sucedía en Gordillo, que estaba resuelto a no volver a cruzar palabra con los «traidores,» para otros más la cuestión de Veracruz era algo de perlas, por lo que no podían ocultar su repugnante regocijo.

—Ya están ahí, amigo Rémington!—decía por ejemplo Porritas.

—Las horas del huertismo están contadas, Porritas! Hay que saber que con el coloso del Norte nadie se puede enfrentar!

—Por supuesto! Hacerlo es criminal..... Por lo demás, esta es una intervención legítima.

—Naturalmente. No se trata de tomarse una pulgada de territorio ni de intervenir en las cuestiones netamente interiores. Lo que se quiere es devolverle sus libertades a este pobre pueblo oprimido.

—El triunfo del señor Pingarrón puede descon-

tarse ya. Saldrá de la Penitenciaría para un Ministerio.

—Es lo indicado.

—Pronto estaremos en el Poder, Rémington! Vengan esos cinco......

—Chóquelas, Porras! Esto no es más que justicia.....

—Justicia y reparación!

Y el asqueroso mequetrefe y el enigmático personaje estrecharon sus diestras.

Era exacto, como alguno de los interlocutores en los diálogos antecedentes lo había indicado, que las multitudes, casi sin distingos, y obedientes a la voz del patriotismo, alevosamente lastimado, se habían lanzado en són de protesta, por avenidas y paseos, y como en los días postreros de la etapa porfirista, en compactas masas airadas e iracundas, deturpaban al invasor y pedían venganza para el ultraje, como entonces habían demandado la renuncia.

El movimiento, producido espontáneamente, fué detestablemente explotado; torpemente usado en beneficio propio por el huertismo, que, perdida ya la brújula, no sabía dar sino traspiés. A la actitud del pueblo, franca y resuelta, de los primeros momentos, respondió el Gobierno propalando noticias falsas, las que, al haber de ser rectificadas a poco, al tiempo mismo que se iban conociendo ciertos detalles vergonzosos, como la violenta desocupación de Veracruz, produjeron el efecto de que las multitudes comenzaran a vacilar..... Se había mentido tanto, se mentía tanto! Y así hasta se llegó a negar el mismo desembarco de los invasores en el primer puerto.

Para colmo de desaciertos, en una inexplicable falta de seriedad y de mesura, frente al tremendo problema, se comenzó la mojiganga de la rápida

militarización de los elementos todos, excepto del más noble y generoso para casos tales, a cuyos sentimientos no se habló o no quiso hablarse, como estaba indicado, tal vez por temor al desaire; acaso por miedo a la lealtad del mismo: el pueblo.

Y fué por eso que, en pocos días más, el popular entusiasmo hubiera decaído por entero, y la ira y el odio que en un principio convergían contra el invasor, se enderezaran ahora contra aquellos personajes de coro de zarzuela y contra el hombre que, ni en días tan crueles para la Patria, sabía reaccionar para ir tranquilamente, enérgicamente, inteligentemente, al cumplimiento del deber, siquiera fuera por su propia categoría militar! Y aun comenzó a disculparse al carrancismo, que, algo más político, había sabido no caer en desgraciadas «posses» en tal situación.

Don Venustiano Carranza no había hecho otra cosa, frente a la invasión, que protestar tibiamente, sin condenar la agresión ni anatematizar al invasor ni conminarlo para que desocupara el territorio, apercibido que, de no hacerlo, él y sus huestes lo batirían donde lo encontraran. Pero siquiera había huido del ridículo..... Carranza se había dirigido a ese invasor proponiéndole que las diferencias surgidas con motivo del incidente del «Dolphin» se le sometieran a él como «Primer Jefe.» ¡Lástima que así no hubiera sido! No habría tenido la nación mexicana ni el mundo todo que esperar a que corriera todavía algún tiempo más, para ver al mismo hombre consintiendo, de más vergonzoso modo, la ocupación del territorio nacional por los soldados de Pershing y por espacio de once meses! El triste resumen total fué la más espantosa estafa al patriotismo!

La pasión política, como un terrible ácido, como

un corrosivo omnipotente, como un letal tósigo derramado imponderablemente en el aire todo, abría ancha brecha entre el dolor de la aflicta Madre y la noción del cumplimiento del deber en los hijos..... En el corazón generoso de aquella Mater Dolorosa, clavados estaban los siete puñales lacerantes por mano de los propios hijos.... Mancillada en su orgullo de altiva matrona; afrentada en su dignidad de soberana, sus lágrimas rodaban y rodaban al vacío, porque los hijos ingratos no oían, no podían oir sus voces de clamante socorro, ensordecidos en el fragor de la lucha fratricida! Sobre los girones de ella, el que quedara triunfante disfrutaría de las satisfacciones de la rapiña! Y entre tanto, en sus huesas sagradas, se sacudían coléricos aquel bravo Xicotencatl, aquel Antonio de León, y aquellos homéridas cadetes que Chapultepec empollara en su peñón en el año de 47!

***

En espasmódica manifestación patriótica, grupos de artesanos se alistaron voluntariamente para ir a combatir al invasor, contestando como siempre de «presente» al llamado de la Patria. Y en vez de ser enviados a ese frente enemigo, fueron con engaño conducidos a combatir a la revolución, que, alentada ahora con la proximidad del triunfo, se desbordaba hacia el Sur......

Y el Ejército? El viejo aguerrido Ejército Federal qué hacía entre tanto frente al inevitable conflicto? Digámoslo con dolor, pero con sinceridad. Parte de él, integrada por algo de la vieja guardia y por noveles militares de pundonor, obrando sin vacilaciones ni temores adoptó la única debida actitud: virilmente ocupó su puesto y pidió que éste fuera en la avanzada contra el enemigo: pero otra parte ¡ay!

contaminada, viciada, enervada en aquella atmósfera venenosa del huertismo, sintió la estupefacción vecina del azoro. Si la guerra contra el invasor se formalizaba, aquella campaña no sería semejante a muchas otras en la que se había jugado a las escondidas con los carrancistas, evitando los encuentros, pero aprovechando los supremos mandos para indignos y punibles tráficos, que a tanto había orillado la prostitución de tan alto instituto quien lo encabezara en aquel entonces, distribuyendo grados y dando oportunidades, a los que no eran acreedores de los primeros y sí sabían utilizar ventajosamente las segundas......

El inválido Orbezo fué uno de los que pidió ser enviado a la campaña contra el invasor: a pesar de «su pata de fresno» algo podría hacer; algo, pues de ello se sentía codicioso........ Por lo menos «no podría correr» frente al peligro, como muchos otros lo hacían.

—Pero es verdad, Orbezo, que usted ha pedido salir a campaña?

—Sí, señor Barbedillo; yo no puedo ver esto impávidamente!

—Bah! Déjese de esas faramallas. Sepa usted que los americanos no han de pasar de Veracruz. Yo, que estoy bien interiorizado de ello, puedo asegurarlo.

—Pero están en Veracruz y eso basta. Y además, traen rieles y locomotoras y todo lo necesario para una ocupación......

—Y sin embargo, no han de pasar de allí!

—Sí.... Lo creo; pero no por falta de voluntad, sino porque les cierran el paso, desnudos y hambrientos, pero bravos y enteros, los soldados de García Peña en Córdoba y los de Rubio Navarrete en San Francisco....

–No llegarán a las manos con ellos....

–Sí, porque les iría mal.

–No, porque sería temerario. El plan es infalible, amigo Orbezo. El Presidente americano no quiere a Huerta.... Sobre que no le simpatiza por matón y usurpador!

–Y sí quiere a Carranza y a Villa que son semejantes......

–Supóngalo.... pero ¿quién se va a oponer a lo incontrastable?

–Quién? Todo aquel que tenga una gota de sangre en las venas, caray! Y dignidad y eso....

–Usted no sabe discutir con calma. ¡Ya no podemos con este hombre! Con tantas exacciones y despilfarros, nos está arruinando! Los que algo tenemos, debemos por fuerza desear que esto concluya....

–Mire, don Taco.... ¿para qué seguir hablando de eso, que puede ser causa de que yo tenga que decir a usted sus frescas?

–Ah que Orbecito éste! No sé cómo no quiere usted que se largue Huerta....

–Lo que yo no quiero es que otro venga a mandar en mi casa! Para mí que no tienen vergüenza, ni pantalones ni nada, los que quieren ver establecido en México, un Gobierno a la sombra de los yankees!....

–Me despido, mayor, que ahora me acuerdo que tengo que ir a ver al señor Pingarrón..... Hoy saldrá de la Penitenciaría. Me da usted abuso mayor que el que se ha cometido con él? Preso dos meses. Y por qué?

En efecto, Pingarrón saldría en tal fecha de la Penitenciaría. Una oportunista amnistía, dictada como hábil medida política del momento, y que sólo habría de servir para que las filas revolucionarias se nutrieran con líderes de a última hora, abría de

par en par las puertas de la prisión al cínico politicastro, allí acuartelado hasta entonces.

En un lujoso automóvil de alquiler, cuya cuota fué satisfecha por Barbedillo, que quería de nuevo congraciarse con el exdiputado, aquél y Porritas se encaminaron a la Penitenciaría que presentaba aspecto de fiesta, por la afluencia de autos, coches, y el ir y venir y entrar y salir de familiares de los presos que abandonaban las enrejadas crujías entre aplausos y celebraciones entusiastas.

Pingarrón, que bien juzgado no era más que un insignificante autor de bajas intriguillas, adoptó aires de encumbrado personaje político sobre el que las iras del tirano se hubieran ensañado, como sobre la alta cima el rayo fulgurador. Y así fué cómo altivo, lleno de gravedad fingida, abandonó la vasta prisión, llevando a sus lados al perillán Porritas y al equilibrista Barbedillo, que lo abrumaban con sus más entusiastas felicitaciones.

—Y ahora qué piensa usted hacer, señor Pingarrón?—preguntóle el capitalista.

—La cosa no admite duda, Barbedillo! Sin pérdida de tiempo, inmediatamente, ir a incorporarme con los «míos» allá donde se están defendiendo con exposición de la vida, los principios y las libertades....

—Muy bien pensado, caramba! Hombres del calibre y del patriotismo de usted están haciendo falta para la causa nuestra, para la de los que «bregamos» por la reconquista de los derechos!

—Su opinión, tan respetable, me fortalece en mi determinación.

—Y más ahora que está usted ya consagrado por esta prisión tan injusta y tan cruel que acaba usted de pasar!

—El cobarde de Huerta! Ha temblado como un

mequetrefe al conocer nuestra actitud en el interior de la prisión! Y ha tenido, de puro miedo, que darnos la libertad!

Y como lo dijo lo hizo el ilustre Pingarrón: en cuanto pudo se marchó rumbo a los Estados fronterizos, a ofrecer sus inestimables servicios al enésimo «libertador» de México, nativo de Cuatro Ciénegas......

* * *

Mientras escenas semejantes pasaban en la casona o en la Capital de la República, otras que se hace necesario describir con todos sus colores, se sucedían allá, en la lejana región donde Chaneque «operaba» aunque fuera en condición de acólito revolucionario.

El mixteca aquel había tenido ya, en más de una vez, que estar cerca de la quema, a pesar de sus repugnancias manifiestas por ver correr la sangre, y en los avances que, alentados por la ocupación americana de Veracruz habían hecho los rebeldes, aprovechando el que el Gobierno había tenido que distraer fuerzas para situarlas frente al mencionado puerto.

Y así rodando, Chaneque había llegado a un «campamento» improvisado en alguna de las estériles regiones del norte, en pleno arenal.

Anochecía.

Las fuerzas carrancistas se habían detenido en mitad de la pampa, y a la vera del ferrocarril entre Monterrey y Laredo.

Estaban organizándose para avanzar sobre la primera de las plazas dichas, a fin de ocuparla y marchar en seguridad sobre Tampico, cuya toma era fácil con la cooperación de los buques del almirante americano Mayo.

Los largos y pesados convoyes malamente llamados trenes militares ya que no eran sino una sucesión de «periqueras,» «góndolas» y furgones de carga, en pésimo estado, remolcados por máquinas estropeadas por tanto servicio, habían quedado extendidos sobre la vía férrea, a manera de gigantes reptiles.

Las chusmas que los tripulaban, habían abandonado por grupos sus estrechos e incómodos alojamientos de a bordo, desparramándose por la llanura en núcleos que la punteaban.

Aquí y allá comenzaban a encenderse fogatas alimentadas con las pocas breñas a mano recogidas, para en sus fuegos salcochar la carne de alguna que otra vaca al azar caída en manos de aquellos revolucionarios.

En los contados coches que figuraban en el convoy y que ocupaban los jefes de alta graduación, se encendían amarillentas, las lámparas de petróleo. El enemigo estaba lejos y amedrentado, lo que no obstaba para que, por espíritu de imitación, se hubieran montado «avanzadas» y «grandes guardias» que dieran en dado caso la señal de alarma, si es que aquél trataba de aproximarse.

Un vaho de fuego, un viento caldeado por las arenas de los vastos desiertos del Norte, envolvía al campamento abrasando con su hálito, y haciendo que el sofocante calor agotara los organismos, no obstante que apenas si había entrado la primavera.

En distintos tonos de voz, pero dominando los chillones y rompiendo el silencio de la noche, se oían los canturreros de los soldados carrancistas, que, con tristes ritmos, cantaban esas músicas puestas en boga por la revolución y que parecen reflejar la tristeza y la atonía de todo un pueblo, con sus notas

melancólicas y sus melodías siempre lánguidas, y el espíritu bravío y el despego de la vida en sus letras, ya mordaces, ya desafiadoras, ya llenas de desencanto. La «Valentina,» «El Abandonado» y la «Cucaracha,» con los que habían reemplazado a las guerreras canciones de otros tiempos.

Chaneque, nuestro ínclito «Capulín,» venía a bordo de aquel híbrido y mal oliente convoy. Vistiendo la tosca camisa de flojo cuello y café color, puesta en boga por el carrancismo; enfundadas las flacas piernas en un pantalón de kaki con su respectivo par de polainas; al brazo la blusa militar, imposible de ser usada por el calor, y echado hacia atrás el tejano sombrero, en el que, a ser de día, habrían podido distinguirse las insignias de mayor. Un remedo caricaturesco de oficial del ejército americano que tanto placer hallaban en copiar los revolucionarios.

Chaneque acababa de abandonar el carro del general (?) al que servía en calidad de uno de los tantos oficiales de órdenes, temeroso de que los «aguardientes» que allí estaban menudeando en celebración de que «ahora sí se caía el «Chacal» (Huerta) provocaran alguna reyerta de las que a diario se producían; salieran por ella a relucir las pistolas, y alguna bala, no destinada a él precisamente, fuera a alojarse en la «pensadora,» vulgo cabeza, pongamos por caso.

—¡Vaya una vida más arrastrada! – murmuraba mientras buscaba asiento en uno de los trucks de un armón volteado a uno de los lados de la vía. – ¡Cuándo acabará esto! ¡Cuándo podré de nuevo hacer lo que se me pegue la gana! ¡Para qué me metería yo a esta endiablada aventura!....

Y ya acomodado sobre el duro fierro, siguió reflexionando:

—Tiene que acabar ya pronto.... Sin remedio!

Una vez que ese zorrillo de Huerta ya no tiene en su poder Veracruz, en cuanto gaste las pocas municiones que le quedan, no tiene más que «pelarse de casquete».... Caray! Qué barbaridad! Tener que congratularse de que por ese medio lo tiremos!.... ¿Qué se dirá de nosotros más tarde?....

Y Chaneque siguió reflexionando. ¿Cómo era posible que él, un indio mixteco de pura raza, tan sólo por la codicia de irse pronto para arriba y «picado de la araña» como tantos, no protestara con todas sus fuerzas, y no se lanzara, como era de deber hacerlo, a combatir al invasor?

Mas tranquilizaba inmediatamente sus escrúpulos, pensando:

—¿Y cómo hacer para «limpiarme» (huir) sin que se den cuenta éstos? ¡No puedo! Y sobre todo, ¿qué soy yo, ni qué valgo, ni qué puedo para ir contra fuerzas mayores? La fortuna es que todo esto pasará pronto; Huerta se irá al demonio; nosotros nos iremos rumbo al Palacio Nacional, y los americanos, entonces, rumbo a su tierra...... Qué harán y qué pesarán los camaradas a estas horas? Por de contado que Tenorio ha de estar regocijado, y ha de pensar como yo, ya que él fué mi maestro en esto de encanallarme como ciudadano. Demóstenes ha de estar echando chispas, en su media lengua, contra los gringos...... Si por él fuera, me colgaba por infidente con la Patria! Bah! El pobre es un majadero, que no sabe de estas cosas.... ¿Y Andrade? Pobre Quico! Con sus ideas y sus escrúpulos, no ha de dejar de sentir ciertas repugnacias por esta otra «efeméride» de la bola!

Así cavilaba nuestro moreno Chaneque, cuando, acercándosele uno de los vecinos malencarados que

«soasaban» carne en la cercana «lumbrada» le dijo con desgarbo:

—Oiga jefecito.... ¿No *quere* una tira de tasajo y un poco de *tezguino?*

—Déjate el tasajo y dame acá el tezguino....

El generoso ofertador, era un indio sonorense: mitad «yaqui» mitad no; un ex-arriero arrancado de las «recuas» que transportaban el mineral de las minas de por allá, para ir al más productivo «laboreo» revolucionario, una vez que, cerrada la mina, no había habido otra manera de ganarse la vida que engrosando las filas libertadoras. Y el tezguino era la bebida nacional de aquella gente: una cerveza de maíz fermentado, fuertemente alcoholizada.

Chaneque apuró de un sorbo la enorme dosis de licor, contenida en la ancha jícara que le presentó el soldado, ávido de apagar con aquella bebida la sed insaciable que el calor le producía.

—¿Qué tal mi jefe? ¿Está *güeno?*

—Superior!

—Como que *tene* su «piquete» de *coñá*, del que trajeron los muchachos, de por allá, por donde *jueron* a explorar....

—Ah, vaya!.... ¿Y qué encontraron?

—Pos no les *jué* bien! Apenas si lograron «avanzarse» unas cajas de licor; pero ya se las quitaron los jefes para ellos.—Resultado: la exploración había sido un merodeo, y nada más.

—Los que vinieron de Durango a incorporarse, esos sí que *traiban* harto! Se «toparon» por ahí con una recua de un «mercader» que iba para Topila, a comerciar, y se la avanzaron enterita.... Y además una «punta» de ganado fino. Lo malo es que tuvieron que entregar casi todo para mandárselo, según les dijo el coronel, al señor «Primer Jefe».... Dicen que para los gastos de la causa....

—Así debe haber sido....

—Qué va! Lo que es el coronel se quedó con algo «entre las espuelas!» — Aquello ya no era un simple merodeo; era un saqueo en despoblado, en el que un inocente había sido despojado de lo que acaso constituía toda su fortuna, amalgamada en años de trabajo. Entre tanto, allá a lo lejos, se oía el canturreo a coro, de la «Cucaracha,» que en su letra decía:

«*Hora* sí que se *cai Guerta*
Con toditos sus *ladrones*,
Porque ya no tiene puerta
Pa que le entren municiones.»
La cucaracha, la cucaracha,
Ya no quiere caminar,
Porque no tiene, porque le falta
Mariguana que chupar!

Ladrones Huerta y los suyos?.... Bueno!

Que responda el mercader de Topila, y el dueño del «orito» y el de la punta de ganado! A poco y eran vacas del padre del amigo Tafolla! Qué remedio! La revolución es la revolución!

En esto pensaba el Capulín, cuando a su vera vinieron a sentarse otros mal encarados de aquéllos, que se pusieron a narrar su última hazaña bélica.

— Y *onde* les cayeron?

— *Pus* por allá, por Salinas. Como iban de retirada, los más iban «dados;» y como muchos eran de leva, *pus* no hicieron resistencia y se pasaron.....

Ai vienen incorporados; dicen que entre estar de leva del otro lado, a estar de «voluntarios» con nosotros y con manos «libres,» más les conviene estar con nosotros.

— Qué chin.... cuales! Qué han de hacer?

— Y los que hicieron «parada» (resistencia) como

ya casi no tenían parque, se acorralaron en un mesón; y *ai* los cercamos; y aunque pedían «las de arriba» no hubo «frías» y uno a uno los fuimos «doblando»..... El capitán, que ya sabes lo atrabancado que es, los replegó a los últimos *pa* dentro de un cuarto, y a luego nos mandó por zacate, y lo arrimamos al cuarto, y allí se murieron los «jijunches» retostados como chivos en barbacoa.....

—Si ese capitán sí es que maldito el hombre!

Chaneque, con la piel escarapelada, oía el relato de tamaña hazaña. Matar así a indefensos hombres que ya no combatían, era crueldad inaudita, era algo canibalesco, inconcebible. ¡Cuántas barbaridades! Pero.... después de todo ¿se podía pedir menos a la revolución? Podía ésta saber de piedades y de justicias, de humanidad y de respeto a la vida, siendo, como era, una fuerza bruta, dislocada, porque así lo querían las circunstancias? Y Chaneque fabricaba incontinenti la disculpa, aunque sintiendo pena de encontrarse allí, en contubernio y camaradería con aquellos hombres que resultaban ser sus «compañeros,» correligionarios y cofrades. Bien se lo decían sus compinches del Estado Mayor del general su amo. ¿Cuándo dejaría de ser el timorato lleno de monjiles escrúpulos? ¿Cuándo sería el revolucionario «de verdad,» que ha logrado suprimir la noción del sentimiento? Tenían razón, qué caray! La revolución era la revolución!

—Bueno, tú; y qué tal de avance?

—Ni agua! Sólo un «copón» de una capilla de la hacienda * * * que se «alevantó» el sargento Gámez.

—Y era de plata *siquera?*

—De vil metal..... Gámez lo guarda para tomar en él sus «colonches.»

Aquello sí que ya era una infamia! El vaso sagrado, el que siendo ya de cobre o ya de oro, y siendo

falsa o verdadera la católica religión, constituía para muchos creyentes, muy dueños de su creencia, uno de los atributos del símbolo de la Redención, como ánfora en que, por obra de misterio santo se transmutaba el vino en sangre del Redentor del Mundo, sirviendo ahora de copa ruin para que un beocio de aquellos se embriagara!

Pero ¿no había visto él, Chaneque, paramentos y ornamentos sagrados sirviendo de «sudaderos» para los caballos de muchos soldados? No había visto «fusilar» imágenes sagradas, que habían servido de blanco a los maussers de aquellos gaznápiros?

¡Qué estéril, qué torpe afán de crimen y destrucción! ¿Que con ellos se exterminaba el fanatismo? Mentira. Entendámonos: al fanático se le alumbra la conciencia para convencerle del error; se le demuestra hasta la inutilidad del rito, si se quiere; pero ultrajar, befar, atropellar no sólo al fanatismo sino a la creencia, que por derecho natural cabe en el corazón de todo hombre, era tan ocioso como contraproducente, que en el martirio es donde se avivan las creencias! Pero......

¿Podía detenerse la revolución en su curso, ante aquellas cosas, que, bien juzgadas, no eran más que «poridades» y cosas muy propias de toda revolución? Psché.... Mas no obstante el afán de disculpa de Chaneque para tanta lacra, sentía sin embargo un escozor, una molestia allá dentro. ¿Le perdonaría Dios, cuando muriera, el haber andado en camada con aquellos descastados, que tanto lo ofendían? Bah!.... Dios es todo misericordia! Lo único que se necesitaba sería tiempo para pedir el perdón, y un buen cura a mano.

Entre tanto, la plática de los zánganos aquellos continuaba:

— *Güeno*, tú: y *hora* qué *pensas?*

—*Pus* la verdá, *vale*, es que yo no estoy conforme..... Todo se lo rebañan los jefes; uno es el del trabajo y ellos los de la ganancia; y así no tiene chiste exponer la «zalea» (morirse). Por eso te digo que en la primera que pueda, me «corto» por *ai* con algunos muchachos «rejegos» a los que ya les «partí» (hablé) y que están conformes en seguirme, y la sigo por mi cuenta; y si ahora soy un «mugre» cualquiera, en cuanto *arrejunte* veinte hombres montados, ya me verás de jefe....

—A poco y te «gritas» coronel!

—¿Y por qué no? Para eso que sé *escrebir* y sumar......

Chaneque no pudo menos que sonreir. Pensó que el maestro de escuela del ignoto villorrio en donde aquel sujeto se había limado algo, aprendiendo a leer y *escrebir* y sumar, a costa de un Gobierno que había querido la difusión de la enseñanza, como ese Gobierno mismo, en lo que menos habían pensado seguramente, era en que bastaba saber leer y *escrebir*, andando el tiempo, para colgarse la banda de coronel, y resultar un salvador de la Patria irredenta! ¿Qué iba a hacer esa Patria mañana o pasado con tanto coronel? ¿Cómo podría soportar la carga de tanto «héroe?»

Pero......

—Bien visto, vaya usted o saber si aquella pretensión, al parecer ridícula, no se basaba en un legítimo derecho; el mismo con el que Chaneque se había lanzado a la revuelta; el de llegar pronto a buen sitio, sin que importara una depuración de méritos, incompatible con el estado revolucionario. De manera semejante podían surgir grandes hombres. ¿Quiénes si no habían sido aquellos grandes Mariscales de Francia con Napoleón? Burdos soldadones, hombres incultos, que habían ganado las

charreteras y hasta coronas, batiéndose como leones! Cierto que sus hazañas no podían compararse muy ventajosamente con las hazañas de éstos..... pero podía asegurarse que ya había pasado la ocasión de ellas?

Y se ponía como ejemplo él: él mismo; si andaba en «aquello» con la idea fundamental de rapársela capuchina, de poderse dar más tarde la gran vida, siendo un gran señor, acariciaba a la vez prodigiosos proyectos de reforma social; de mejoramiento de las masas; de progresos incalculables, que quién sabe cómo no habían podido ocurrírseles a los hombres del pasado; tal vez porque eran menos inteligentes, y sin duda porque eran menos «patriotas!»

Y la máquina cerebral del buen Chaneque, ante todo aquello y con la ayuda del tezguino, que ya producía sus efectos, comenzó a funcionar a cien libras de presión en las lucubraciones. Cuando él fuera Gobernador! Cuando después fuera Ministro!.... Y cuando finalmente fuera.... qué caray! ¿Por qué no había de pensar en serlo? Cuando fuera Presidente!

Para llegar a gobernador no le faltaba casi nada. Para serlo, precisamente, había tenido que «amadrinarse,» revolverse, ser solidario con aquellos sujetos, y hacer con ellos el mismo camino.

Cierto que por ello la Patria sufría algo, o mucho. Cierto que se la orillaba al vilipendio, y se la causaba pesadumbre y grima; pero ya habría tiempo para remediar más tarde tanto desafuero y enmendar tanto sonrojo. Y cuando ese tiempo viniera, ya se vería cómo la Patria resurgía esplendorosa, rica, libre, incomparable!

Todo «aquello» inclusive la ocupación americana de Veracruz, era pasajero, desagradable, ciertamente; pero inevitable, aunque no irremediable.

Para todo habría remedio; para todo. Cuestión de poder aplicar bien las energías. Don Venustiano, que daba el ejemplo, lo debía saber bien y tenerlo bien estudiado, que las revoluciones ni se hacen con angelitos ni repartiendo caramelos. De creerse era así, pues aunque él no había tratado a don Venustiano, tenía que ser un hombre superior, que no hacía las cosas a tontas y a locas....

Por prontas diligencias allí estaba él, que era uno de los «bien intencionados.» En cuanto pescara el gobiernito y estuviera en su ínsula, habría de hacer todo lo posible, una vez que tuviera asegurado un bien merecido descanso, o lo que es lo mismo una decorosa rentecita para vivir cómodamente, a cambio de sus fatigas; había de hacer todo lo posible, sí señor, para remediar los estragos que, quieras que no quieras, tenía que haber producido la revolufia.

Precisamente al siguiente día, ya con despacho de teniente coronel; ganado por «méritos en campaña» iba a salir con rumbo a aquella lejana región. Una vez que estuviera en ella, asumiría el mando «supremo» porque para eso llevaba ya listos sus papeles; asumido el mando, dentro del tiempo indispensable se postularía ya en forma para gobernador del Estado, recetándose sus cuatro años de satrapía; y ¡qué caray! aunque la reelección estaba proscripta por la Constitución y el buen credo revolucionario, ya se ingeniaría él para salir reelecto, si es que antes no lograba pescar una cartera ministerial, que desde luego se ponía a elegir. La de Gobernación era la que más le gustaba. Pero ¡en fin! si no se podía esa, aunque fuera la de Hacienda, que así como a aquel «carranclán» le bastaba saber sumar y «escrebir,» bien podría bastarle a él haberse echado sus tres años en la Escuela de Comercio y saber

algo de teneduría de libros, para poder ser ministro de Finanzas.

Y después de ese ministerio.... vaya usted a averiguar lo que podía venir! De madera más humilde se habían hecho muchos presidentes de la República! Don Porfirio mismo, su paisano, ¿no había sido un pobre estudiantejo destripado?

Comenzó a dibujar en su imaginación su triunfal entrada en Barataria. En la estación de partida del tren, muchos notables, amigos todos, despidiéndolo, y una comisión de los principales comerciantes y hombres de letras de aquélla, lista para escoltarlo. En el trayecto, ovaciones dondequiera; vítores, arcos triunfales, músicas del pueblo y cohetes a granel. Salidas a la plataforma del coche, para dar las gracias con amables inclinaciones de cabeza y sonrisas.

En la estación de llegada, en la capital de Barataria, la población en masa aclamándolo con delirio; más cohetes y músicas y discursos y las campanas de los templos echadas furiosamente a vuelo. En el trayecto para el Palacio del Gobierno, arcos triunfales con sus lemas: «Al invicto soldado de la libertad» (él recordaba haberse batido por aquella dama, pero no sabía dónde); «Al probo y progresista Gobernante, etc., etc.» Lluvia de flores arrojadas de los balcones por femeninas manos. El delirio! Qué popularidad la suya!.... Como que era el primer gobernante realmente elegido por el pueblo soberano! Después, en Palacio, los besamanos, las caravanas ceremoniosas, las felicitaciones, los «speechs» expresivos, etc., etc. Después, al siguiente día, pasadas las fiestas, a trabajar de duro.... A darle «recio» al asunto aquel de la obra de reedificación, de reconstrucción, de cimentación del «nuevo orden,» etcétera, etcétera.

Nombraría secretario de Gobierno a fulano; secretario particular a mengano; tesorero a perengano, etcétera, etcétera.

—Lo malo, lo muy malo de todo esto,—se objetaba Chaneque—es que se parece todo como una gota de agua a otra, a todo lo del antiguo régimen y la «odiosa dictadura».... Pero qué remedio? Hay cosas inevitables!

Y correrían algunos años bajo los dorados artesones del provinciano Palacio, en la opulencia y la satisfacción del mando y con la conciencia del deber cumplido y del tiempo aprovechado (en propio provecho?); y como ya su personalidad se habría hecho *nacional*, se le tendría que llamar de México para el desempeño de alguna Cartera. Y las escenas de la provinciana recepción, se reproducían en mayor escala. Y más tarde.... más tarde el otro «jalón.» Lo «otro.» Por qué no? De madera más humilde, etcétera. Sacólo, como una descarga eléctrica, de su grato sueño de la lechera, una voz aguardentosa y ruda que le dijo brutalmente a tiempo que sentía sacudido el armón en que yacía:

—Échese *juera* que nos vamos a llevar el armón!

Y de aquel modo terminó la deliciosa fantasía, ya que Chaneque, vuelto a la realidad, despeñado de aquel delicioso jardín de las Hespérides, en donde recolectaba como sabrosos frutos sus ilusiones de revolucionario «bien intencionado,» hubo de abandonar el armón, dirigiéndose en busca del jefe de trenes al que quería ver para saber a qué hora tendría que partir al siguiente día, y al que se encontró dictando la más maquiavélica de las disposiciones que dictarse pueda por hombre encargado de expeditar el tráfico. Lo expeditaba para el otro mundo!

—*Orita mesmo* se me van en el armón que estaba «tumbado» allá abajo y ya les digo: en el kilómetro

1,327, pasadito el puente, frente a los sauces que están junto al arroyo seco, me arreglan sus «chinampines».... Ahí llevan harto parque; treinta cartuchos de a cinco onzas; mecha de sobra; casquillos, fulminantes y batería para arreglar el «volado» ese. Me hacen todo bien hechecito, y cuidan de tapar bien para que no se note. Y así lo dejamos *pa* que cuando lleguen los «pelones,» que han de venir por allí, se vayan al éter.... Me entendieron?

—Sí, jefe.... no tenga cuidado....

—*Pos* a darle. Ya les dije dónde; fíjense *pa* que no vayan a hacer una «penitentada» y en vez de dinamitar la troncal, que es por donde ellos tienen que pasar, vayan a dinamitar el ramal, que es por *onde* pasaremos nosotros.

Mediante aquellas breves elocuentes órdenes, el señor jefe de trenes mandaba dinamitar un tramo de vía férrea, con el que deberían volar, hechos cisco, quién sabe cuántos hombres! Y lo hacía con una frescura y una tranquilidad de quien ordena que se abra una compuerta para dar paso al agua de un canal de riego!

Chaneque sintió que un calosfrío ya conocido le recorría el cuerpo todo, recordando instintivamente aquella expedición de «propaganda» que hiciera en pasados tiempos y que tan trágicas visiones le produjera, hasta llevarlo a un camastro de la hacienda de * * * víctima de aquel famoso «tabardillo pinto» del que lo salvara la curandera del lugar......

—Y nosotros, jefe, a qué hora vamos a salir?

—Muy de madrugada, mayorcito. Así es que esté listo por aquí a eso de las cuatro de la mañana.

—Así lo haré....

Antes de acostarse en el mal catre de campaña en el que noche a noche engañaba a sus trasijados miembros con mentido descanso, el «Capulín» llamó

a su asistente y le dió orden de despertarlo a eso de las tres de la mañana. Y para mejor estar listo, echóse vestido sobre el catre y requirió al sueño que no tardó en venir, dando tregua a sus empedernidos pensamientos; pero sin evitar que Chaneque se durmiera pergeñando «in mentibus» el discurso con el que habría de contestar al Presidente de la legislatura cuando éste lo felicitara al tomar posesión del gobierno.

—Señores diputados: Está cumplida la primera parte del programa revolucionario. Hemos acabado, como correspondía hacerlo, con todo lo antiguo; hemos concuído con todos los viejos moldes; con toda la herencia inservible e inútil que nos legara la odiosa dictadura...... Ahora vamos a emprender la obra de recostrucción...... de recons...... de rrr....

Un ronquido sonoro lanzado por sus bronquios de indígena, puso un calderón, o mejor dicho un compás final al programa «reconstructor» de Chaneque, que durmió sus cinco horas de un tirón.

* * *

Todavía lucían altas en el cielo las estrellas, cuando el pesado tren se puso en movimiento.

A su bordo iba nuestro héroe y con él una treintena de oficiales y sobre cuatrocientos hombres, que formaban la avanzada destacada sobre la plaza de Monterrey. El «Capulín» llegaría con ellos hasta el punto extremo, y de éste se «cortaría;» y veredeando, trataría de abrirse paso rumbo al Sur, disfrazado o como pudiera, a fin de llegar, a la mayor brevedad posible, al punto de su final destino, ya que de tanto interés para él era la comisión que llevaba.

Somnoliento y malhumorado, no se dió cuenta, en los primeros momentos, por donde iba. La noche no dejaba distinguir los paisajes, ni Chaneque era un gran admirador de la naturaleza que encontrara deleite en aquéllos. Acomodóse, pues, lo mejor que pudo en el asiento, y trató de conciliar de nuevo el sueño; pero apenas si pudo dormitar, que para no dejarlo dormir estaban allí los «compañeros» armando una barahunda infernal.

Amanecía ya cuando dejó de sentir aquella inclinación al sueño; y enderezándose entonces en el asiento, y después de apurar una taza de «café de jarro» con un poco de «refino» que su asistente le brindara, se puso a meditar un poco sobre aquella su comisión. ¿Cuajaría o no? ¿Lograría abrirse paso hasta aquella región, o bien antes de conseguirlo le «caerían,» atrapándolo y haciéndolo racimo de horca?

¡Qué contrastes de la vida! Allá, hacía cuatro años, habría bufado (como lo había hecho) contra el que le hubiera hablado mal de don Porfirio Díaz y de su gobierno; entoces disfrutaba de la «bequita» aquella del gobierno de su tierra, y era un estudiantejo tranquilo que, en lo que menos pensaba, era en la revolución. Y ahora.... ahora era uno de tantos encargados de la «propaganda» y esta consistía en decir a diestra y siniestra horrores del caído dictador, y en anatematizar su tiranía. Tiranía a una de cuyas dulces ubres se había amamantado....

Llamándose a capítulo, Chaneque se decía: «Por qué, vamos a ver, Chanequito: tú eres un indio de raza pura, de la mixteca oaxaqueña, y sin embargo de serlo, no andas de calzón, camisa y «cacles» como la mayoría de tus congéneres, sino vestido como la gente decente. ¿A qué se debe? Tu padre fué un humilde

comerciante que tuvo su «changarro» allá en el pueblo de * * * y además, sus «merguitas» de tierra, y que, vendiendo percales y jabón, y levantando cada año su «maizito» lograba sostener a su familia con relativa comodidad, e iba siempre para arriba, mejorando en sus negocios, al amparo de la paz. Tú, en la escuela de tu pueblo, aprendiste a leer y «escrebir,» como ese zángano de anoche, y además gramática, aritmética, etc. Por cuanto que allá, en esa escuela, te «sacaste» las mejores calificaciones y algunos premios, el gobierno de tu Estado acordó pensionarte para que hicieras una carrera profesional, y te otorgó una «beca» para estudiar en México. Y allí estudiabas y estabas a punto de alcanzar un título, cuando te dió la ventolera de meterte a revolucionario, a «libertador,» a «redentor del pueblo oprimido».... ¿Y lo eres? ¿Crees serlo? La verdad es que no. La verdad es que andas en estas «frascas» para ver qué pescas, y que, sin haber hecho méritos para ello bastantes, quieres ser quién sabe cuántas cosas. Y con tal de serlo, no has tenido empacho en barajarte con estos «camaradas» que serán muy libertadores y muy revolucionarios y muy todo, pero que hacen cada «brutada».... Has hecho bien en lo que has hecho Chanequito? Estás haciendo bien en lo que haces? Pues no señor, no está bien hecho....»

Mientras el «Capulín» meditaba de tal guisa, el tren, a buena velocidad, corría por el abierto campo dejando en su pos una estela de humo pardo que se desgreñaba en el turquí del cielo matutino; el sol se empinaba por sobre las cercanas sierras, y la «carranclanada» de a bordo entonaba, como de costumbre, a grito pelado, la «Valentina» y la «Cucaracha,» adjetivadas con adjetivos más detonantes que una salva de artillería.

«No está bien hecho, no; si bien lo estudias, tú se lo debes todo, como todos, a la paz, y con ella a don Porfirio que, mal que bien, dió con aquélla a tu padre elementos para que pudieras comer y «desasnarte,» trabajando él mientras tú ibas a la escuela, que podía funcionar porque había paz.... Todo se lo debes: desde los primeros zapatos que usaste, hasta las cuentas de interés que aprendiste a maja martillo. ¿Y en qué forma pagas? ¿No eres un ingrato? Obras, sobre todo, de buena fe?.... ¡No, esto no está bien hecho! ¿Entonces para qué «demonches» te dejaste «empinar» por las prédicas de los Tenorio, los Pingarrón y los Rémington? ¿Por qué has cambiado tus fueros de estudiante «machetero» por los de revolucionario falsificado?»

Chaneque sentía en aquel momento algo como un incipiente remordimiento. Lo que de puro y de noble y de bueno había en aquel indígena corazón, fllotaba sobre lo ruin y mezquino, en un bello movimiento redentor. Confesarse equivocado, ya es un principio de individual reivindicación para el bien obrar.

«Más que nada, lo que debe mortificarte, apenarte, es que siendo tú un oaxaqueño, oriundo de la tierra misma de la que fueron los antepasados de Porfirio Díaz, que de todos modos y pésele a quien le pesare, fué un grande hombre, te hayas dejado embaucar para meterte en esta «tremolina» cuyo resultado práctico está siendo el acabar con todo lo bueno que aquél hizo, acogotando el crédito de la nación; destruyendo las vías férreas; cerrando escuelas, para ensanchar cementerios; incendiando, saqueando, matándonos hermanos contra hermanos; substituyendo un ejército con chusmas, y cubriéndonos de vergüenza ante las miradas del universo, dizque para que de toda esta ruina resurja

una patria nueva, vigorosa y democrática.... ¡Mamola! ¡Qué va a resurgir! ¿Cuándo podremos nosotros hacer eso, si a él, con todo y ser él, apenas si le bastaron treinta años de paz para hacer algo?»

«¡Arrepiéntete, Chaneque; arrepiéntete!....Canta tu «confiteor Deo» sin tener vergüenza por ello, que el positivamente honrado y el de real espíritu fuerte no debe tener grima en decir a grandes gritos cuando ha hecho mal; y en cuanto puedas, «záfate» y retorna a tus libros y a tus clases, para aprender a ganarte la vida honradamente....»

Bufando y caracoleando en las curvas del camino, la locomotora se deslizaba hacia el Sur, siempre hacia el Sur.

«¡El Sur!—pensaba Chaneque, retoñando en él el empedernido soñador, el ambiciosillo vulgar que quería dejar la vida del trabajo y de la consagración a la honradez, por la regalada vida del magnate improvisado y del poderoso forjado en un segundo.—Allá, en el Sur, está «mi ínsula.» ¡Cuándo yo sea gobernador!...... ¡Y después, cuando sea ministro.... Y después......» Y con las manos de la ilusión, se ponía a apilar y acariciar, sobándolo, oro, muchas monedas de oro reluciente, cuyos discos amarillos se deslizaban entre sus dedos y se desparramaban ..... Pilas chicas, y medianas y grandes.... Onzas, «Hidalgos» y «medios Hidalgos».... ¿Cuánto dinero había allí? ¿Un millón, dos acaso? ¡Y todo aquél oro era suyo!

Allá, en la puerta del palacio, lo esperaba su coche; un lujoso automóvil de cuarenta caballos..... Si vieran todo aquello los camaradas de la «República» se morirían de envidia! ¿Chaneque millonario? ¿Chaneque, el indio «tabla» con automóvil propio? ¿Chaneque general? ¡Pues sí, señor! ¡Chaneque que se había ganado todo aquello con sus pantalo-

nes bien fajados! Los hombres le obedecían por centenares de miles. Todos se plegaban sumisos a la voluntad suya. ¡Mandaba! Tenía dóciles a pueblos y ciudades. Riquezas, honores, mando, alhagos todos de la vida..... ¡Qué mayor satisfacción!

Y sin embargo, sentía aquel gusanillo del remordimiento; algo como repugnancia de sí mismo; cierto asco de su propia personalidad. Sí: podría ser todo aquello; pero no podría ser «el honrado Chaneque;» y si alguien le llamaba así, tenía que ser, o un mendaz o un vil adulador....

A tales alturas llegaba el «Capulín» en sus devaneos, cuando ensordecióle insólito fragor, como del mundo derrumbándose; sintióse levantado en vilo, y pudo aún aspirar algo como una bocanada de un gas acre y asfixiante. Después.... la tiniebla! Los oídos zumbándole atrozmente; el ansia de querer gritar, sin poder hacerlo; el deseo de respirar, sin lograrlo; de querer ver, y sentir apagada la vista; de querer andar, y sentirse de plomo!.... Después nada.... nada.... ¿Qué era aquello que le sucedía? ¿La muerte acaso? Sí.... así debía ser la muerte....

....

El tren había volado casi en su totalidad con la fuerza de la explosión. La tremenda carga de dinamita había operado todos sus efectos, y los sendos cartuchos que la noche anterior hubiérales dado el jefe de trenes a sus «dinamiteros» para volar el convoy de los federales, había servido admirablemente para destruir el de ellos mismos, por un equívoco imperdonable. Chaneque, pues, en dado caso, moría a manos de los suyos! Saturno seguía devorando a sus hijos.....

—Aquí hay uno!....

—A ver..... *jálalo!*.... Sácalo de debajo de esos «tremontorios»....

—Parece un jefe....

—Qué caracho!..... Si ya se «petateó!» (murió) *Pa* qué perder el tiempo con él? Tíralo ahí, en ese montón....

—No, hombre!.... Si todavía resuella!

—Pos échale aguardiente en la «choya» (cabeza).

—La *tene* partida....

—No *liace!* Echale..... *ansina*..... bastante.... y dale un trago.....

Imposible definir qué fué lo que reanimó a Chaneque. Si la lumbre en la cabeza, que tal le pareció el alcohol que en ella le echaron, o la lumbre en la garganta, que le hizo pegar un resoplido de bestia.

—Eh? Ya lo viste? Qué te dije?...... Si todavía resollaba! *Quiubo*, jefe? Qué le pasó?

Mas el jefe no se daba cuenta de lo que le decían. Con atónitos ojos contemplaba aquel espectáculo horrorosamente trágico, y que en su pobre cerebro de alucinado y en organismo ya dispuesto al choque nervioso, desde los sucesos de aquel «tabardillo» histórico, revivía todo el espanto, ahora centuplicado, de aquellas escenas dantescas. El tren no era ahora más que un hacinamiento de maderas hechas añicos, y en las que el incendio comenzaba a hacer presa, levantándose ya pequeñas flamas y nubecillas de humo.

Hierros destrozados por el choque y encorvados en un terrible escorzo, como tensos tendones de un gigante apachurrado: cristales rotos, presentando al sol mañanero las agudas puntas con chispeos de diamante; racimos humanos prensados entre los escombros, colgando aquí los cuerpos inertes en increíble dislocación; o bien agitándose con las últimas convulsions de la vida, en las ansias de un dolor indescriptible.... Y en el suelo, mezcladas con

los despojos del tren, astillas y hierros, regadas por doquiera vísceras sangrantes, palpitantes aún, guiñapos escarlatas, de los que la arena se embebía la sangre..... Brazos, piernas, torsos toscamente amputados, y cabezas estrelladas de las que la masa encefálica se escurría por las grietas..... Y en el aire, la gama de todos los clamores: el grito agudo y penetrante y el estertor ronco y difuso; la voz del ruego y el acento de la blasfemia; la imprecación y el rezo.....!

Por la mente de Chaneque, y como un último relámpago, cuando se ponía de pie trabajosamente, sintiendo que algo tibio manaba de su frente, sangre acaso, pasó este pensamiento:

—Jesús! Lo que hemos hecho....! lo que estamos haciendo!......

Y como en anterior ocasión, arrancó a correr; pero ahora se detuvo en mitad de la carrera; lanzó una estridente carcajada, y se puso a levantar del suelo pedruzcos y chinas, astillas y despojos, que lanzaba al aire, gritando con estentórea voz:

—Miren!.... miren..... oro!..... oro! Puro oro y todo es mío! Mío.... ja, ja, ja....! A ver! Batallones, escuadrones y pelotones, a formar! Aquí está el generalísimo! Yo soy el más rico del mundo y el que mando más!..... Ja, ja, ja!

La razón se había eclipsado en el infeliz «Capulín» que, para lo de adelante, no sería más que un pobre loco, un megalómano, una víctima más!

CAPITULO VIII

Las postrimerías de la usurpación

La dictadura de Victoriano Huerta se derrumba estrepitosamente, inevitablemente, ante el empuje cobrado por la revolución carrancista después de la ocupación de los americanos.

Como gigante ola para la cual no podía haber dique, la revolución avanzaba, avasallando al país. Apenas, como débiles puntos de resistencia, Guaymas y Mazatlán en el Pacífico y Tampico en el Golfo, agotaban estérilmente las últimas defensas. El ejército, diezmado, aniquilado, arrollado, cedía en todas partes el paso. El desastre de San Pedro de las Colonias, en donde veintiún generales (?) huertistas, comandando, más que soldados, reclutas que la leva había apiñado, fué el golpe definitivo.

Huerta, en una obsecación incomprensible, defendía aún el poder; para ello, echaba mano de cuanto recurso estaba a su alcance; dinero de los Bancos; influencias de las castas privilegiadas y del clero; contingentes de las prisiones militares y comunes.... Vano esfuerzo, que sólo producía en todos el anhelo de que aquello acabara pronto!

Explotando, como queda dicho, el sentimiento

popular, indignado por la ocupación de Veracruz, ordenó la militarización de todos los elementos oficiales aptos para ello. Hasta los estudiantes de escuelas oficiales hubieron de vestir militar indumentaria. Y entre los que tal suerte corrieron, tuvo que contarse nuestro atildado Menchaca, que hubo de «militarizarse» en su condición de telegrafista de «primera» al servicio de una de tantas oficinas de la capital.

Hacía ya poco más de un mes que el garrido manipulador tenía que levantarse a la madrugada para concurrir a determinado llano en las cercanías de la ciudad, a recibir «instrucción» militar, muy contra su voluntad, no sólo por aquello del polvo, sino también por tener que obedecer las voces de mando de algún oficialete de los encargados de la instrucción.

–Uno, dos.... uno, dos.... flanco derecho! Derecha!....

Menchaquita regresaba hecho una lástima por el polvo y un basilisco por las «derechas» e «izquierdas,» a tomar un baño, cambiar de ropa, embucharse a la carrera un chocolate y encaminarse después a la oficina, a darle a la magneta, que, por mor de las constantes órdenes que había que transmitir sobre la campaña, trabajaba más que nunca.

–Otro soldadito de chocolate!–murmuraba despectivamente Barbedillo, viendo a Fito en aquellas trifulcas.

–Pues si con esos *dandys* va a salir Huerta de apuros.... –coreaba el celoso Orbezo.

–Y usted, señor Andrade..... qué ¿no se «arrebiata» a eso de la instrucción militar?–preguntaba con zonga Cuca Otamendi a Quico.

–Si fuera de buena fe, ya estaría en ello, Cuqui-

ta—respondía el estudiante—pero para farsas no me presto......

—Ay, Locha! Lo que es al sobrino nos lo mandan a la campaña en cualquier momento..... Y si eso pasa, yo me muero!

—En cualquier momento..... y yo me muero!—hacía eco Locha a Lucha.

Menchaca, como si no se diera cuenta. Hacía todo aquello automáticamente; y a las invectivas de los desocupados de la casona, contestaba encogiéndose de hombros y silbando el vals de moda.

Mas cuando la estupefacción general subió de punto y las lágrimas de las tías estuvieron a pique de provocar una inundación en la casa, fué un bello día en el que Menchaquita se presentó vistiendo de kaki, enfundadas las juveniles pantorrillas en lustrosas polainas, y portando el kepi con las insignias de capitán primero.

—Fito, por Dios! Qué es eso? Qué quiere decir ese uniforme?

—Por Dios! Qué quiere decir?

—Pues nada. Que me mandan a incorporarme a la división de Zacatecas, y que me voy!

—Imposible! Irte tú? Imposible!

—Imposible......

—O lo qué es lo mismo, pasado mañana.

Y Menchaquita, girando militarmente sobre los talones, se marchó, sacudiendo el polvo de sus flamantes polainas.

En cuanto en aquella facha lo tuvieron a tiro, las preguntas de los de la «República,» Barbedillo y comparsa, menudearon, por supuesto.

—Pero es cierto, Menchaca, que se va usted a cargar el mausser?

—Algo más: voy a empuñar la espada.

—Y del lado de Huerta? Lo ha pensado bien?

–Del lado de la nación, que me ha dado de comer .....

–Pero hombre, eso es una locura! Lárguese de la oficina y todo queda arreglado así.

—Sólo los gandules están a la maduras y no a las duras....

—Lo van a matar a usted!...... Aquellos vienen dando muy fuerte!

—Hay de dar y de tomar. Y si me matan, no será más de una vez....

Y como lo dijo lo hizo. Menchaquita se marchó a Zacatecas a incorporarse a la división que defendía dicha plaza, al mando del bien probado general Luis Medina Barrón.

Irse Menchaca y encerrarse las tías en su «cantón» a piedra y lodo, todo fué uno. Tan solo en las mañanas se las podía ver, bien de madrugada, rumbo a la Iglesia, en la que se pasaban las horas muertas oyendo misa tras misa y rezando triduo tras triduo, por el sobrino. Natural fué que la mendaz lengua de Cuca Otamendi fraguara la mentira de que ya estaban las siamesas confeccionando sus trajes de amazonas para ir a hacer compañía al estirado y consentido sobrino.

—Va a dar dado! – fué el universal comentario.

Tal se pensaba porque, una vez el santo de espaldas, no había combate, escaramuza o encuentro en los que las tropas del Gobierno no salieran mal paradas, salvo contados casos en los que el valor de los jefes o su táctica lograban, en desesperado esfuerzo, obtener una paliante victoria. Era el resultado de estar el ejército formado ya, en su inmensa mayoría, de reclutas que, sin ninguna preparación, y a las veinticuatro horas de haber sido cogidos de leva, eran enviados a los puntos en los que la amenaza era más inminente, y eso sin llevar, en muchas veces, ni

armas, ni pertrechos, ni aun uniformes, por lo que ahora eran chusmas que iban resultando inferiores a las mismas carrancistas que, por lo menos tenían sobre ellas la ventaja de la moral y de la cohesión que produce el triunfo.

Menchaquita no dió tan dado.

Francisco Villa, una vez que se había apoderado de Torreón, se mantuvo allí a la expectativa, sabiendo que ningún otro jefe de la revuelta, fuera de él, sería capaz, por el número de sus fuerzas y la calidad de sus elementos, de tomar la bien defendida plaza de Zacatecas.

Su previsión resultó confirmada. El rebelde zacatecano Pánfilo Natera, uno de los de más prestigio en las filas carrancistas, embistió a la plaza sin más resultado que el de ver diezmadas sus fuerzas, teniendo que replegarse a Calera.

Sobrevino entonces la completa escisión entre el ilustre don Venustiano y su segundo Villa, mal solapada hasta entonces en fuerza de pláticas y componendas.

Fué el caso que don Venustiano «ordenó» a Villa que prestara auxilio con sus elementos a Natera, en los esfuerzos de éste por tomar Zacatecas.

Villa respondió a don Venustiano que se disponía a ser él y no otro el que tuviera la satisfacción de apoderarse de Zacatecas. Y que si otro lo podía hacer, que lo intentara.

Carranza trató de regañar a Villa, sometiéndolo a sus disposiciones. Villa simuló entonces presentar la renuncia de su puesto de jefe de la División del Norte, la que realmente había asegurado el triunfo de la revuelta; renuncia que Carranza, cayendo en la trampa hábilmente tendida, aceptó incontinenti, aunque «con sentimiento» al privarse de los servicios de ese colaborador, al que encargó convocara

a una junta de generales (?) para que determinaran en quién de ellos debería recaer el mando de la indicada División.

La junta tuvo efecto: pero en vez de proceder a designar al jefe que se le decía, y en largos telegramas cruzados entre Saltillo y Torreón, aquélla manifestó a Carranza que se hacía solidaria del cisma de Villa, al que seguiría: por lo que Villa manifestó a su vez a Carranza que, «aunque con sentimiento» seguía al frente de la División del Norte.

Y tras de ello marchó sobre Zacatecas; y en rudos combates que duraron tres días consecutivos y en los que las bajas del uno y del otro lado fueron muy considerables, logró posesionarse de aquélla, teniendo Medina Barrón que retirarse en tal forma que su conducta mereció el aplauso del mismo Napoleón (?) mexicano, según la gringa denominación a Villa.

Al ser atacada Zacatecas, Menchaquita tenía su oficina a bordo de un mal furgón que se movía sobre la vía férrea según las necesidades lo aconsejaban.

Cuando el atacante fué Natera, Menchaca no se despegó un instante de su magneta. Manipulando, manipulando, oía silbar las balas en su derredor y veía caer bien cerca a los pobres reclutas que defendían tal plaza. Mas no por eso abandonó su característico humor, y mientras las balas silbaban y la magneta funcionaba con su isócrono tecleteo, Menchaquita tarareaba, como siempre, su wals favorito.

Pasada aquella tormenta, que había sido su bautismo de fuego, consideróse ya familiarizado con el plomo. Si todo era como aquello que había visto, no era tan peligroso, como se decía, el estar en la línea de fuego. Su serenidad y su valor no pasaron desapercibidos, y por eso que fuera citado en la orden del día de la Plaza, y que viera trocarse sus tres es-

piguillas de capitán, por las insignias de mayor, que no lo hicieron feliz.

No le fué igualmente próspera la fortuna cuando Villa enderezó el ataque contra Zacatecas. Durante el primer día, su magneta, a bordo de su carro, trabajó admirablemente y con poca fatiga: pero en el segundo ya no fué lo mismo. Villa traía artillería, mandada por el exfederal Angeles, que sabía apuntar cañones. Por eso que hiciera más de un blanco en las proximidades del sitio en que se hallaba el jefe de la defensa, y con él, por de contado, su telegrafista. Entonces vió Menchaca cómo reventaban los obuses en floraciones extrañas de fuego, humo y bronce que repartían la muerte en derredor, y cómo, en más de una vez, las astillas arrancadas a su carro caían sobre la mesa misma en que funcionaba la magneta.

Aquello sí ya era otra cosa. Era algo grave.... Menchaquita, un tanto nervioso, encendía su cigarrillo; y atisbando para las afueras del carro, ya no silbaba su wals favorito. Vió bien muchos muertos que yacían tendidos aquí y allá en dantescas posturas: los heridos pasaban arrastrándose, o llevados a remolque por compadecidos camaradas: y allá, a lo lejos, oíase el clamoreo de los villistas insultando a los federales, y el craquetear de las ametralladoras remedando aplausos, y el toque de los clarines, dando órdenes o vibrando notas de victoria.

En qué pararía aquello?...... Los federales iban perdiendo terreno a cada momento! Paró en mal para el pobre dandy de la casona.

En el tercer día hubo de abandonar la magneta y empuñar el revólver y disparar, porque el furgón, tomado entre dos fuegos, era blanco seguro: había que defenderse, si no quería «dar dado;» fácil habría sido mover el carro a brazo de «juanes» para apar-

tarlo del peligro; pero él, que no pertenecía a la «gloriosa» y que en su calidad de civil tenía derecho a conocer el miedo, no quería ahora conocerlo.

Mediaba el día, y el sol de estío quemaba crestas y lomeríos y hacía que el infierno del combate se acrecentara con el fuego de la altura. El revólver resultaba ya inútil y Menchaca lo enfundó apelando al rifle. Pecho a tierra, en su furgón, buscaba al enemigo; y al tenerlo a tiro, hacía blanco y disparaba. «Uno!» dijo cuando vió caer al primer enemigo tendido por su mano. Ahora contaba ya «cuatro»..... Cuatro hombres muertos o heridos por él, que habría sido incapaz de matar una mosca!

¡Qué sed, Señor, qué sed! No había agua ni para remedio. Por su imaginación pasaba el recuerdo de horas en las que allá, en la «Drug Store» de la metrópoli, se había soplado sus «ice cream soda»..... Cuánto daría ahora por uno de ellos! Mejor por media docena....

De los cuatro servidores del carro, reparadores de líneas telegráficas, dos estaban heridos; uno, muerto. Sólo quedaban defendiendo aquél, el improvisado mayor y un soldado veterano, federal «de veras,» que era una fiera, y el encargado de dictar a Menchaca las tácticas de defensa. Menchaca seguía sus instrucciones dócilmente. Lo único que lo acongojaba era no poder atender a aquellos dos heridos: uno con una pierna rota por un casco de metralla, y el otro con el pecho atravesado por un plomazo. La respiración jadeante de éste, lo hostigaba. Pedía agua.... agua. Dónde conseguirla?

—Apriételе, jefecito, que ahí se nos vienen encima.

Y el soldado, al decir, señalaba un grupo de villistas que se encaminaban hacia el furgón, haciendo fuego.

—«Cinco».... contó Menchaquita.—Que Dios me tenga en cuenta que, si mato, es para que no me maten....

—No se descubra, jefe..... Atrinchérese ahí detrás de ese......

Ese era el muerto. Menchaca consideró irreverente para la muerte, hacer trinchera del cuerpo aquel: sintió asco de repantingarse junto a un cadáver destilando masa encefálica del agujero que la «bala expansiva» había hecho en el cráneo, desgajándolo.

—Pos si usted no lo agarra, yo sí......

Y el soldado, volteando al muerto de costado, hizo de él parapeto, y siguió disparando a su resguardo. Menchaca, tras de su mesa, ahora volcada, hacía lo mismo, sintiendo cómo pasaban sobre su cabeza y rebotaban en su derredor las balas.

Ahora estaba ya solo! Le había tocado su turno al soldado, al que no había servido de nada el humano parapeto. Su muerte debió ser instantánea; Menchaca ni cuenta se había dado de ella: un balazo le había partido el corazón a aquel hombre: la sangre, obscura y espesa, brotaba de la herida; corría por la madera del piso del furgón y salía hacia afuera, cayendo sobre la ardiente arena del suelo, que se la bebía..... «Parece refresco de jamaica!» fué la absurda idea de Menchaquita al verla.

Y fué su última idea, al parecer, porque un agudo dolor lo hizo soltar el rifle, girar sobre sus talones y desplomarse; eso sí, sin un lamento, sin una queja, sin más que una contracción que lo hizo agarrarse la diestra fuertemente con la siniestra.

A los quince minutos, el furgón que había sido baluarte de aquel valiente, ardía en su totalidad, dejando desprender un fuerte hedor a carne que se carboniza y grasa que se requema!

* * *

Una semana había transcurrido del sucedido anterior, cuando Quico Andrade, más que nunca cabizbajo y meditabundo, se dirigía lentamente desde la de Jurisprudencia rumbo al cuartucho que ocupaba en la casona, al pardear la tarde.

Todo ahora contribuía a descorazonarlo. Ya algún nuevo desdén de Chayo: ya las malas noticias de los vandalismos crecientes cometidos por los «correligionarios;» ya la noticia circulante entre la turba estudiantil, sobre que, si llegaban a entrar los carrancistas en México, cosa inminente, era seguro el «cierre» de las escuelas y la suspensión consecuente de los cursos. Y esto significaba un año más perdido......

Subió las escaleras sin fijarse en la vivienda de aquella niña, en la que había puesto todas las esencias de su alma, y que tan mal lo comprendía. Obscurecía, hemos dicho, y la siempre económica Filo no había encendido aún el alumbrado.

Todavía Demóstenes no había llegado al «cantón» y él era ahora el único compañero, puesto que Chaneque estaba de asilado en un manicomio después de haber sido traído con grandes dificultades desde el lugar en que la locura lo había asaltado. Sus parientes hacían el esfuerzo posible a fin de que aquella «joya» de la familia recobrara la razón y siguiera dando lustre al nombre. En cuanto a Tenorio, sabido es que andaba en la revolufia.

Inmediato a la puerta de su habitación, Quico encontró a un personaje, que al parecer lo estaba esperando. Bajo de cuerpo él; enteco; cetrina la color más que por natural, por estar el cutis requemado por el sol; portando cerrada barba descuidada y vistiendo humilde traje de dril gris; aquel

sujeto, sin aliño personal alguno, parecía un pobre diablo «meritorio» de juzgado menor en poblacho no distinguido.

Sin parar mientes en el extático aquél, Andrade pasaba a su vera, cuando el otro, reconociéndolo, le dirigió la palabra:

—Quico..... hermanito! Pues qué, no me conoces?

—¿Quién es usted?

—¿Quién he de ser? Isidro!.... tu hermano! Mírame bien.... reconóceme!

Un instantáneo sacudimiento contrajo las facciones de Andrade, ¡El hermano cura en aquellas trazas! Y en México! ¿Qué quería decir aquello?

—Entra.... ven....

Entraron los dos hermanos, y allí, en la penumbra de la habitación, un estrecho y prolongado abrazo los unió, a tiempo que un doble sollozo se escapaba de sus gargantas.

—Y *ella?*..... Dónde está? Se ha quedado acaso en Zacatecas?—se atrevió a preguntar tímidamente Quico, presintiendo algo doloroso, y sin obtener respuesta.

—Pero respóndeme, qué es de nuestra madrecita?

—Sí.... allá se quedó, pero para siempre!

—Qué dices? Muerta? Pero es verdad?

—Sí...... muerta!

El dolor hizo llegar a la estupefacción a Quico, que tras permanecer absorto por algunos instantes, balbuceó:

—Murió?..... Cuándo?..... ¿Por qué no me avisaste a tiempo para ir a recoger su bendición?

—No habrías podido llegar...... la ciudad está ahora en poder de los villistas y no hay seguridad ninguna en los caminos. Las fuerzas de Villa avanzan hacia el Sur......

Entonces, y a preguntas de Andrade, el padre Isidro refirió a aquél toda su larga epopeya de dolor.

Perseguido por la irreligiosidad artificiosa de los revolucionarios, había emigrado de su curato. Escapando por veredas, había recalado en Zacatecas. Ya en ella, como el culto estaba mal, había tenido que ganarse la vida para él y para la anciana madre, como había podido: hasta ejerciendo de sastre; la viejecita, en cambio, hacía todo lo de la casa, a pesar de sus años.

Al ser atacada Zacatecas por Natera, él había pretendido emigrar rumbo al Sur; pero ya no le había sido posible, y había tenido que soportar allí el ataque.

Posteriormente, cuando Villa había tomado la plaza, la soldadesca del caudillo del Norte había dirigido sus iras contra templos e instituciones religiosas. Él se había ocultado, como todos sus compañeros de ministerio: y no habría pretendido dejar su escondite, a no habérselo impuesto la miseria. Tenía que ver cómo se agenciaba algo para comer él y la anciana. Y esto lo había perdido. Reconocido por alguien, habíanlo reducido a prisión.

Al serlo, la viejecita había quedado desamparada. Al saber ella que él estaba preso y que corría peligro su vida, su endeble organismo no había podido resistir y había caído enferma.

Él había rogado que lo dejaran ir a verla. No lo había conseguido. Y una mañana, en su prisión, una mujer del pueblo le había dado la triste noticia. La pobre viejecita había muerto! ¿De qué? De enfermedad acaso; de pena tal vez; ¡tal vez de hambre!....

Pocos días después él había sido puesto en libertad; y huyendo a campo traviesa, se encontraba en México.

Andrade sintió, durante todo el cruel relato, que los músculos de su garganta se apretaban, y su corazón destilaba hiel contra aquellos infames, y en una explosión de llanto y de iracundia, exclamó:

—Maldigo la garra criminal que ha hecho presa en mi misma carne! Soy un matricida! No tengo perdón!

—Serénate. Nada acontece que Dios no lo disponga en sus designios. Tu responsabilidad en el caso es tanta como la mía...... ¿Por qué confié en que esos hombres no serían malos al extremo que nos hicieran víctimas a los que nada les hemos hecho? Ahora, me siento tranquilo. La perdí a ella, pero vengo a salvarte a tí......

—¿A salvarme tú?

—Sí. ¿Te admiras? Yo, que soy todo debilidad y que nada puedo, tengo esa pretensión, porque andas en peligro. Vengo a cuidar de tu alma, que quiero rescatar para ese Dios, al que has ofendido......

Y por el hermano cura supo Andrade cómo estaba de potente la revolución. Villa se había apoderado de Zacatecas y avanzaba al Sur; Monterrey, Saltillo y todo el Norte había concluído por caer en manos de los carrancistas. Obregón, había tomado Guadalajara, evacuada por el general José M. Mier, viejo campeón de las luchas de la intervención francesa; y la avalancha, integrada en su mayoría por indios yaquis, se desbordaba ahora por el «Bajío.»

A los dos o tres días la colmena de la casona pudo ver a dos enlutados que salían hacia la calle. El «padrecito» Andrade y el hermano Quico, que retornaba a oir misa, así fuera de difuntos, después de luengos años de haber abandonado los altares!

La Capital de la República vivía febricitante a

fuerza de adelantar previsiones sobre lo que ocurrir podía cuando le llegara su turno.

¿Qué hacía entre tanto Huerta?

En realidad, y presintiendo el ya cercano fin, de lo que se preocupaba era de guardarse la salida: contar, para ello, con una playa y con un barco en que marchar para el extranjero, al destierro, al que lo seguiría el anatema.

En los primeros días de julio, y cuando se pudo saber que las partidas de rebeldes de Veracruz habían engrosado al extremo de que no sería remoto que cortaran las comunicaciones con la capital, comenzó a desmoronarse el último Ministerio huertista. Primero un ministro y otro después, fueron resignando las carteras, dando el ejemplo de la desbandada y la ruta del éxodo. Mas no por ello faltaron empecatados que aceptaran las vacantes, así fuera por días, que, al fin y al cabo, en días se podía labrar una fortuna.

Vacante el Ministerio de Relaciones, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, licenciado Francisco Carbajal, fué llamado para servirlo, delineándose que sería el «sucesor.»

A los dos días, el 13 de julio de 1914, Huerta presentaba la renuncia de su cargo ante el Congreso de la Unión, en un mensaje estrambótico en el que hablaba de tener colocados sus fondos en el «banco de la conciencia universal,» y alardeaba de estéril gasconería: documento bien distinto de aquel en el que Díaz hubiera consignado la suya.

Aceptada la renuncia, el poder recayó, por ministerio de la ley, en el licenciado Carbajal. Huerta, ya en calidad de particular, y en un último alarde de valor personal, dirigióse en aquella noche al «Globo» a tomar su postrer «thé.» (?)

Y en esa propia noche, el hombre que había teni-

do los destinos de México en su mano por largos dieciséis meses, y habría llegado a desarmar al propio Gobierno americano, enemigo jurado suyo, de haber sabido andar por un camino de justicia, de acrisolada virtud y de palpable demostración de buena fe, medios únicos para haber salido airoso, tomaba el rumbo del destierro, a bordo de varios automóviles, en los que lo acompañaban algunos de sus ministros y sub-secretarios, y que, partiendo de México subrepticiamente, los dejaron para abordar en los trenes presidenciales que, escoltados por el 29 Batallón, de tanta historia, llegaron hasta el puerto de Cotzacoalcos, sobre el Golfo. Allí embarcó el que la revolución llamaba «Chacal,» para extranjero puerto, a bordo de un buque de guerra inglés.

El Presidente Carbajal trató de reorganizar el Ministerio y de hacer frente a la difícil situación, buscando componendas con la revolución, para repetir la hazaña que había logrado en 1910.

A sus propuestas de transacciones, la revolución contestó sólo con negativas. Pretendía la rendición incondicional de los poderes que caían; la incondicional entrega de todos los elementos; la disolución del ejército; la resignación sin ambajes del mando. Ni siquiera ofrecía conceder garantías a la ciudad que calificaba de «deicida.»

Entonces don Francisco Carbajal buscó la mediación de los ministros extranjeros acreditados en el país, a fin de que la revuelta fuera piadosa con la Metrópoli. Los ministros, siguiendo el impulso que venía de Wáshington, se encogieron de hombros.

¡Una urbe de medio millón de almas, debería ser abandonada sin restricciones, como presa de botín, y ser teatro de ignominias, porque sólo así era co-

mo podía vengarse en ella, el ser la ciudad «deicida!»

Carbajal, desconcertado, optó por abandonarse en manos de su Ministro de Guerra, y la obra siniestra de este hombre comenzó a cristalizar. ¡Huerta había procreado!

Hizo, en un principio, creer al Presidente que había elementos para hacer resistiencia, y que se haría. Y cuando había dejado acercarse lo bastante al enemigo para que el pánico se dejara sentir, porque aquél se hallaba ya en las goteras de México, descorrió el pavoroso velo, exagerando la precaria condición. ¡No había armas! ¡No había parque! ¡No había hombres que quisieran ir a luchar! ¡No había manera de resistir!

El consejo postrero del Ministro al Presidente, fué único. Había que huir y pronto.

Carbajal huyó.

Refugio Velasco quedó al frente de la situación como Supremo Jefe Militar.

Y la ciudad «deicida» sintió el terror del huérfano abandonado en mitad de un erial.

* * *

En el viejo edificio que siglos atrás diera albergue bajo sus abovedados corredores y en sus penumbrosas crujías a las siervas del Señor, que ambulaban desgranando las cuentas de sus rosarios; en ese edificio de amplio patio que sustentara un día árboles frondosos y murmuradora fuente, y que ahora, convertido tal patio en amplia explanada, apenas si dejaba ver las ruinas de la fuente, seca: en el convento que abrigo fuera de rezanderas religiosas, se había tocado «lista de seis.»

Los contados federales allí acuartelados, habían

acudido al llamado del clarín que revibraba bajo bóvedas y crujías, y los capitanes habían rendido sus «partes» que, en ascendente progresión, habían llegado al coronel del cuerpo, el que, tras un momento de estancia en el cuartel, para recibir aquéllos, lo había abandonado violentamente.

El diálogo había surgido inmediato entre algunos oficiales, a la puerta del edificio.

—Quién sabe qué se trae el jefe que anda desasosegado....

—Dicen que mañana nos replegamos a Puebla.

—A donde deberíamos ir es a Teoloyucan, a darles una «pela» a esos....

—La tropa está desmoralizada. Ya no quiere pelear.

—¡Nos batiremos los oficiales en todo caso!

—¡Todavía podríamos hacer resistencia!

—¡Seguro! ¡Nos están entregando vilmente!

Toque de «retreta.» Cambio de centinelas, al relevo de la guardia.

Nuevo «parte.» En el «armero» de la entrada, los fusiles alineados como algo inútil, y en la vitrina de ancho cristal, la bandera del batallón, deshilachada a balazos; con sus colores marchitos; plegada, como si sintiera la ausencia de una brisa de combate que la hiciera ondear libre y orgullosa...... Toque de «asamblea de oficiales» y desfile de las soldaderas para el interior del cuartel, cargando sus canastos con la «cena» para los postizos maridos.

Mecida por el viento de la calle, la mustia candileja del amplio portalón oscila como un péndulo luminoso. En la mesa del «oficial de guardia» una «parafina» llora sus lágrimas de grasa sobre el tintero y los revueltos papeles.

Toque de «silencio.» Las notas del clarín repercuten tristemente prolongadas en el silencio del

edificio, como un lamento que se derrama por corredores y crujías.....

La última, antes de extinguirse, se quiebra, y simula algo como un grito de angustia, al que nada responde. Las puertas de madera del ancho zaguán se cierran; y en el garitón queda el centinela encargado de marcar el «quién vive» al transeunte....

En la mitad de la noche, un viento helado sopla sobre el vetusto caserón, cuya robusta mole arropada por la tiniebla, es símil de desolación y de muerte. Acaso las almas de las monjas vagan libres por los amplios corredores, evocando pasados tiempos.... Acaso el alma de la Patria acurrucada en un rincón del edificio, llora sola, triste y acongojada, sus destinos!

Al siguiente día, cuando la aurora ha franqueado el paso a los rayos del sol, la amplia puerta del cuartel se abre de par en par para dar paso no a una marcial columna como en otros días, sino a un pelotón de hombres, que más parece eructar que dejar salir, y que salen vestidos de paisanos.... Alegres los unos por la deseada liberación; tristes los más por la impensada vergüenza; alguno llora....

—Bueno, mi jefecito...... Adiós! Ya no somos nada!

—Nada, mi cabo Artigas! ¡Ya se acabó el Ejército!

Los rifles, quitados del armero, yacen en montón sobre el piso de la sala de oficiales. Uno de éstos, piadosamente, baja de su armario a la bandera amada del batallón; la enrolla con cariño, acariciando la vieja seda; la enfunda; la coloca cuidadoso sobre una mesa.... Pero antes, sobre el que es para los unos trapo inútil que nada significa, como para Max Nordau, o para otros, símbolo de la Patria, de los ojos de aquel joven oficial resbala una lágrima ar-

diente, hasta la tela que la absorbe agradecida, y el mancebo pesaroso cree que entre los pliegues de aquella enseña ha dejado algo de su alma....

***

Al siguiente día la capital toda de la República conoció el llamado «pacto de Teoloyucan,» celebrado entre el Subsecretario de Guerra, general Gustavo A. Salas, y el general revolucionario Alvaro Obregón, que al frente de sus huestes, había sido el primero en llegar a las goteras de la capital de la República.

Por ese pacto, el Ejército federal debería disolverse quedando discrecionalmente a las órdenes de su mortal enemigo Carranza....

Orbezo lloró indignado sobre aquel pedazo de papel que trituraba a su corporación..... El Ejército, cuyo origen arrancaba de aquellos pelotones formados al calor de la guerra de Independencia; que había rechazado a Barradas en Tampico, a Joinville en Veracruz, y a Rousset de Boulbon en Guaymas; que había puesto a raya al invasor de San Jacinto, la Angostura, Padierna y Churubusco; que había visto la espalda a los héroes de Magenta el 5 de mayo; aquel ejército de Morelos, de los Bravo, de Victoria, de Ampudia, de León, de Zaragoza, de González Ortega, de Díaz, de Negrete y Berriozábal, ya no era nada!

Oh! Si en vez de los mercaderes de ahora, aquellos héroes lo hubieran acaudillado levantándose del sepulcro!

Y la urbe, sobrecogida de vagos temores, vió desfilar por sus avenidas, el 18 de agosto de 1914, a los soldados del nuevo ejército, del revolucionario, comandados por un joven fronterizo de enérgico porte,

recia musculatura y rostro entre duro y afable.... Hombres de todas edades y mezclados con ellos, niños y adolescentes, vistiendo híbridas indumentarias. Sucios y harapientos algunos; portando con desgaire el arma, y rehacios a la militar disciplina. Entre ellos marchaban los yaquis, los enemigos jurados de los «yoris» o blancos, al són de su aborigen tamboril.... A través de los siglos, la Metrópoli hubiera creído escuchar ecos de *teponaztle*, en víspera de sacrificio a los dioses de la guerra....

Y, sin embargo, eran los vencedores. Los que habían hecho caer al poder levantado sobre el crimen. De ellos dependía ahora el futuro. Según lo moldearan podía ser de grandeza y reivindicación o de duelo y tenebrosidades.

Días más tarde, don Venustiano Carranza, el caudillo, hizo su triunfal entrada; hierático, apocalíptico, como incrédulo de su triunfo. Él debería ser el guía de aquellas masas. El reconstructor del *orden constitucional*. Hasta entonces y dentro de la acción militar, nada había hecho por su causa. El triunfo se lo habían dado Obregón y Villa..... Menos aún había de hacer dentro de la acción civil, si no era agigantar la anarquía!

* * *

En la casona se registró por aquel entonces un hecho curioso. De la noche a la mañana el Garaicito, sonsacado por Fermín, huyó del lado de las hermanitas para ir con aquél a «darse de alta» en las filas revolucionarias, cambiando los libros de la escuela por el maüsser....

—¡Que no haya quien nos mande!—le había dicho Fermín.—Ya es *ora* de que seamos libres!

Y en la República pasó otro hecho un poco más curioso.

Pancho Villa avanzó al frente de treinta y cinco mil hombres a los que se le unieron cinco mil zapatistas para ocupar la capital de la nación. Ginete en brioso corcel de gran alzada y echando el brazo por sobre el hombro a Emiliano Zapata, hizo su triunfal entrada.

Don Venustiano Carranza no quiso esperarlo y huyó rumbo a Córdoba para ir, al final, a recalar en Veracruz.

Tal huída causó un efecto inexplicable en Barbedillo, que no sabía, si deplorarla, o bien celebrarla. Qué tiempos, Señor, qué tiempos! El capital no tenía garantías de ninguna clase! Casi se podía asegurar que, con todo y sus «cosas» había sido mejor Huerta; y mejor que Huerta Madero, a pesar de sus «locuras;» y todavía mejor aquel don Porfirio, bajo cuya dictadura todo mundo podía trabajar sin temer el verse injustamente expoliado.

Tanta fué la aflicción de Barbedillo ante la amenaza del porvenir, que hasta se le comenzó a anunciar un nuevo ataque, pues empezó otra vez a arrastrar los pies y a padecer de aquellas *ausencias* en las que se «le iba el santo al cielo.»

—Qué te pasa, Barbe?—preguntábale cariñosamente Tachita.

—Como pasarme, nada...... pero siento que me voy volviendo un cobarde de marca! Todo me da miedo......

—Déjate de preocupaciones.

—Si pudiera!—pero no es posible.....! Si las cosas siguen como van, no sé dónde vamos a parar.

—Pues decídete. Vendemos todo lo que tenemos y nos vamos con la música a otra parte.

—Imposible! Hay que tener fe en que algún día terminará esto....

Y conforme los días pasaban, Barbe se ponía peor:

había perdido el apetito; estaba demacrado y enjuto, como «gato enteco» según frase del donoso estudiante.

—Dele su yerbabuena en ayunas, Tachi. Mire que eso que tiene es cuestión de enfriamiento en el tuétano....

—Úntele en el espinazo el sebo de león, calientito y al acostarse – aconsejábala la Orbezo.

—Infeliz don Taco! – murmuraba Demóstenes. – Ni así le unten el sebo de todos los leones del Africa! Lo que tiene es «espanto,» pero no del que curan las viejas con «sobadas» y padres nuestros, sino del que sólo se cura con paz y tranquilidad, y estas drogas se acabaron en la botica nacional! – Para aquel enfermo pobre, sólo las Otamendi eran implacables e impías.

—Que es «bruña!» Como todos los ricos! Ahora es cuando todos ellos la pagan....

La verdad era que la casona estaba semejando a «tambora de indio» por aquello de que todo el que llegaba se creía con derecho a golpearla, después de haber sido en pocos años albergue de colmena con el dictador Díaz; jardín paradisíaco en el que todo eran ilusiones con el jovial Madero; escenario de inusitados tambaleos en los de Huerta; piltrafa de carroña en los aciagos días de Carranza, tenía ahora que abrir sus puertas a las triunfadoras huestes de Francisco Villa y de Emiliano Zapata.

Imitando el ejemplo de Carranza y con los mismos derechos por él invocados y ya que, con su huída había quedado acéfala la presidencia provisional de la nación, Villa y Zapata, de acuerdo con la Convención, sentaron en la silla magna al general Eulalio Gutiérrez, al que la desocupada lengua de los metropolitanos aristarcos bautizó luego con el nombre de «ñor Ulalio» en remembranza acaso de aquel

otro señor Abraham, Ministro maderista; y otro remedo de Gobierno se estableció, con sus ministros y subsecretarios, hecho lo cual, el cónclave de sables reunió en la ciudad de Aguascalientes sus cuarteles deliberatorios.

Fué entonces también, que don Taco recibió la tremenda desazón aquella que lo convirtiera «provisionalmente,» como por entonces se acordaba fusilar a los desafectos a «la causa,» en un cuasi cadáver. Y pasó el caso de la manera siguiente, que bien merece la pena relatarse.

Digamos, pues, que en una noche y pasadas las diez, obligatoria hora en la que Filo ya había dado doble vuelta de llave y puesto la tranca en la puerta de entrada de la casona, y habiéndose «recogido» ya cada inquilino en su respectivo «cantón,» Filo tuvo a bien «recordar» o séase despertar al ya crecido Fermín, que roncaba como un lirón, y con el objeto de hacerle una interesante consulta.

Despertóse el aludido mascullando algún catapúltico dicterio contra la que así lo privaba del bien ganado descanso; restregóse los ojos, y acabó por fin, en fuerza de sacudidas de su progenitora, por recobrar la lucidez necesaria para evacuar la pretendida consulta.

—Qué me *quere usté*, caramba? Déjeme dormir.....

—*Espántate* el sueño, porque tengo que *dicirte* algo muy importante.

—Ah qué *usté*, caramba! Yo *creiba* que era mandado.... Como *aluego* se le ocurre que yo los haga a estas horas!

—No es mandado, es consulta. Oye bien. Tú sabes leer y *escrebir* ¿no es eso?

—*Pos* así lo dice el *maistro*.

—*Güeno:* si sabes eso y algo de cuentas «espabílate» *nomás*, que te voy a decir una cosa muy grave.

—*Pos* diga usté......

—¡Que *ora* sí vas a ser el dueño de la casona!

—Quién? Yo?......

—Cabal! Tú......

—*Pos* y don Ustaquio?

—Ese no es más que un «detientador» según dice el abogado. La casa es nuestra, no te quepa duda.

Gesto de asombro de Fermín, que, por más que hacía, no podía darse exacta cuenta de cómo podía ser aquello, cuando su progenitora no era otra cosa que la portera del edificio, y él el crío de ella, par de desarrapados que no era concebible que fueran propietarios ni de un zaquizamí de adobe.

—*Tiacuerdas* de que *óibamos* decir que *ora* sí, cuando ganara la revolución, se cumplirían las promesas del *siñor* Madero, que en gloria esté? *Tiacuerdas* de lo que prometió? Que se devolverían las tierras a sus legítimos dueños, y que en buen *decir* nos haríamos de las aguas, y de todo lo demás que se nos ha quitado. *Pos* ya es *ora* de que los «detientadores» tienen que hacer la devolución....

—*Pos* si eso dice usté, así debe de haber sido......

—Y *ora* devuelven hasta las casas. Porque fíjate nomás: ellos, los *siñores* de la revolución, ya se hicieron de sus casitas y de sus terrenitos: *mi intiendes?* Y eso es porque todo esto que tenían los «ditientadores» nos lo habían quitado a los indios, que *semos* nosotros.

—Ajá. Y qué más, nana?

—*Pos* que yo, fijándome en eso, *jué* como le dije a don Ustaquio en aquella vez, que se preparara a devolvernos la casa, porque era nuestra; porque si este terreno *jué* de los indios, es nuestro ahora; y si el terreno es nuestro, *pus* la casa es nuestra.

—Y don Ustaquio se enojó y por una nada nos corre......

—Lo tomó a mal, porque tenía yo razón. Pero ya le pregunté a uno de los que venían de parte del señor Zapata a ver a la Mandujano, y él me dijo que estuviera pendiente, y que en cuanto que llegara a la capital le avisara......

—Ajá. Y qué?—prosiguió Fermín, al que en su escasa inteligencia de rapaz indígena, como que iba entrando la posibilidad de que ellos fueran los dueños de la casona.

—*Pus* que ya lo *vide* otra vez; y me llevó con un jefe, y éste con un abogado, creo, de los que ellos *train*, y éste me dijo que sí: que «agarramos» la casa; y como yo le dije que no se iba a dejar don Ustaquio, me llevó con otro militar de ellos, y éste me dijo, *pus* dice «yo voy con usté, y si no afloja la casa el «centífico» ese, lo cuelgo......»

—Caray, nana! ¿Y qué vamos a hacer nosotros con tanta casa?

—De eso no te apures. Ya veremos *aluego*. *Ora* lo importante es cogerla. Y *ansina* quedamos el militar ese y yo en que él viene mañana y me acompaña a ver al *siñor* don Ustaquio para pedir los «papeles» de la casa y que me la *entrieguen* luego. Y yo en pago de su servicio, le doy los «tlacos» que tengo guardados......

—*Pos* como usté diga......

—*Güeno;* pero tú qué *pensas?*

—Yo? *Pos* que la acompañe y haga todo; pero después no le dé usté los tlacos......

Y Fermín, abrumado por la consulta, para él tan importante, se dobló de nueva cuenta en dorsal decúbito sobre el petate que le servía de lecho, y reanudó su interrumpido sueño.

En lo que menos pensaba Barbedillo era en el «gregorio» que para el siguiente día habría de proporcionarle su portera, reincidiendo, ya de categó-

rica manera, en aquello de pedirle las escrituras de la casa. Y fué así como ni se las «espantó» cuando en la mañana de tal día la vió conferenciando con un coronel «libertador,» aunque algo le dió en la nariz la poco comedida respuesta con la que ella lo favoreció al indicarle él que el patio estaba sucio y que debería barrerlo:

—Yo ya no barro! *Ora* baja a barrer alguna de las de arriba......

¿Qué quería significarle Filo con aquella rebeldía? Vaya usted a saberlo!

Estaban los criados tan «soliviantados» por mor de las promesas de la revolución! Bah! Entre quedarse sin portera a que se quedara sin barrer el patio un día, que se quedara sin barrer el patio.

Mas a poco andar, el militar aquél volvió a la casa con media docena de desarrapados, cargando sus rifles, y que fueron estratégicamente apostados en el patio. Demóstenes, pensando que tales preparativos podían bien ir encaminados en contra suya, dadas sus ideas, buscó rumbo a la azotea, que al fin y al cabo, como bien lo enseñan los gatos, las azoteas son propicias para las fugas.

Sorprendió a Barbedillo tan inusitado movimiento, todavía en traje de mañana: pantuflas, bata y gorro de borla; y arrastrando los pies y con su cara de bobalicón, salió para averiguar qué era lo que pasaba: poco tuvo que andar para ello, pues en pleno corredor y ante la mirada de todo el vecindario y los bien abiertos oídos de los inquilinos, la redomada Filo, que hasta entonces fuera sumisa y dócil, le «partió» con la solicitud aquella, teniendo al quite al pundonoroso oficial, neto producto de la revuelta.

—*Pos siñor* don Ustaquio, usté dispensará si incomodo..... pero yo vengo otra vez, como le dije a

usté antes, a que me haga *entriega* de los «papeles» de la casa......

—¿Qué dices? A qué casa te refieres? Qué papeles son esos?

—Pos cuáles han de ser? La casa esta, que es de mi hijo Fermín, y las escrituritas..... ¡Hágase el que no *intiende!*

—¿Pero qué estás diciendo, mujer? Te has vuelto loca? Quién te ha metido esos infundios en la cabeza?

—No, señor—terció el novedoso hijastro de Marte—está en sus cabales, y sus pretensiones, muy legítimas, no son infundios. Viene a que le haga usted entrega de la casa y de sus títulos, porque se considera la dueña, con su hijo, y está en lo justo. Se acabaron las detentaciones! Ya es hora de que devuelvan ustedes lo mal habido a sus positivos dueños.

—Pero ... está usted hablando en serio?—tartamudeó Barbedillo, sintiendo que las piernas se le volvían de algodón cardado.

—Y tan en serio! Esta mujer es la dueña de la casa, puesto que la reclama, y la revolución, por conducto de mi general, ha resuelto que entregue usted casa y papeles.

—Pe.... pe.... pero es que esta mujer no tiene derecho alguno! Ella no es más que la portera de la casa. Y así, no tiene derecho...... no tiene derecho......

—Eso lo justificará usted después. Ahora entrega la casa y los papeles.

—Pero señor coronel.... es que....

—Y que se muden *aluego, siñor*....

—Naturalmente! Con la entrega, la desocupación inmediata, en plazo de una hora..... Estas son las órdenes de mi general......

—Pues ni la entrego ni me salgo, ni muerto me sacan!—afirmó resuelto Barbedillo.

—Ora verá si la entrega o no, y si por la desobediencia me lo llevo al cuartel y se le juzga conforme a la ley Juárez-Carranza! A ver muchachos, suban......

No se hicieron repetir la orden los intrépidos «muchachos» del coronel, para trepar de cuatro en cuatro los escalones, ávidos de demostrar su valor para «echarse al plato» al asustado Barbedillo, que, atónito, tembloroso, balbuciente y en punto al coma, por creerse ya dentro del «cuadro» y con los fusiles abocados a su pecho, veía a Tachita, veía al militar, veía a Filo, y no podía modular una palabra en su defensa.

Cuatro empellones, otros tantos epítetos mal sonantes del militar para don Taco, y éste sintióse levantado casi en vilo y llevado a remolque, rumbo a la escalera para ir hasta el cuartel, por su atroz desobediencia.

Hasta la misma escalera logró soportar su físico el inaudito golpe moral que, despojándolo intempestivamente de lo que de su fortuna le quedaba, lo arrojaba irremisiblemente a la miseria, por un delito que ni había imaginado siquiera cometer; por ser el usufructuario, en copropiedad de Tachita, de lo que a ésta le había dejado para «ayudarla en la vida» su primer apócrifo esposo, y que ahora pasaba, por arte de magia, y sin muchos trámites, a ser de la propiedad de aquel Fermín endemoniado.

Sintió Barbedillo que una ola de calor le subía al cerebro para difundirse de allí a todo su cuerpo; que se le agolpaba la sangre allá; y que después, en brusca transición, se le bajaba de golpe, dejándole aterido aquel cerebro del que se apoderaba un frío polar.

La visión subsecuente fué de que todos los objetos

tomaban un fuerte tinte amarillento: de que todo se esfumaba y se diluía..... El vértigo se apoderó de él, y sin más poder, desplomóse en brazos de los mismos sicarios que hacia el suplicio pretendían conducirle. El ataque fulminante había hecho presa en él, apoderándose de su ya minado organismo que, para el futuro, sería de la abulia y de la amnesia propias del reblandecimiento cerebral.

Hasta aquel instante Barbedillo, el infatigable Barbe, el trabajador don Taco, el «luchón» que sabía de todo «sacar raja,» y que si en los negocios había demostrado no poca habilidad, más había creído poseerla en política, «flexibilizándose» y siendo «práctico» para defender posición e intereses, a fuerza de «cohonestar,» había sido, por lo menos, un organismo: en lo de adelante, ya no sería más que una sombra, un títere infeliz, que dependería de todos y de todo, derrotado en la contienda, en la que sus docilidades le habían servido sólo para ir dejando girón por girón entre las garras que lo apretaran, salud, energías, fortuna, y todo!

—¡Se está muriendo!—dijo alguien compadecidamente.

—Se está haciendo el muy...... gruñó el oficial.

—No, señor; ese hombre estaba enfermo y usted lo ha venido a rematar! Concluyó Gordillo, sin ambajes ni temores.

—Que traigan a un médico!—dijo Tachita acongojada.

—En padre! Avísenle al padre Andrade que baje!—suplicó alguna de las «siamesas.»

Y mientras Filo y el oficial se escurrían zafando el bulto, el padre Andrade bajó y aplicó los Santos Oleos, previa la absolución *in extremis*, al infeliz

atacado. Y el médico también vino; y previo suficiente reconocimiento, concluyó:

—Un ataque cerebral...... una congestión serosa probablemente..... sobrevendrá el reblandecimiento...... ¡Incurable! Por lo menos, quedará idiota....

El pronóstico resultó exacto. Barbedillo está idiota desde entonces!

CAPITULO IX

Los dramas de la montaña

Pronto tendría que amanecer. Deberían ser las cuatro de la mañana, según lo indicaba Venus, que florecía como una blanca magnolia luminosa prendida en el terciopelo ametista obscuro del cielo del Oriente.

Sobre el fondo del cielo la altiva cordillera iba poco a poco recortando sus recios perfiles, antes esfumados en las sombras de la noche, y semejantes ahora a gigantes escarpas de ocre color, dentelladas en las cimas por la exúbera arboleda crecida sobre el basalto mismo de las altas cúspides de los cerros.

A los ruidos misteriosos de la noche, sucedían ahora el pío pío de los jilgueros que se despertaban entumecidos en la rama por el agudo frío de la madrugada, y el leve ruido del gotear del rocío que, acumulándose en las hojas, concluía por deslizarse de ellas en una rala lluvia.

De instante en instante la coloración iba cambiando en el horizonte como en vasto telón. En la lejanía, de barrancos y hondonadas, se desesperezaban las blancas nubes que allí habían dormido, y co-

menzaban a emprender un lento vuelo, parecido mejor a un deslizamiento por los flancos de la sierra del Ajusco. El tono negro y ocre de la montaña se cambiaba por un verde obscuro y sin gamas, y ya las copas de los más erguidos árboles pefilaban netamente sus siluetas, y en oyameles, pinos y encinas, el pío pío había sido cambiado por ruidosos y alegres gorjeos con los que la alada república de cada árbol festejaba a la mañana que nacía fresca, limpia, y acariciada por una suave brisa que traía en sus alas los perfumes resinosos de la selva.

Fué entonces cuando pudo percibirse, serpenteando por la «vereda» que dibujaba una especie de sinuosa raya en las anfractuosidades de la montaña, algo como un apocalíptico reptil que se movía lentamente, trabajosamente, en un peristáltico movimiento de escamas obscuras de las que a veces salían acerados reflejos....

En ocasiones, la gigante serpiente como que se dislocaba, y se fragmentaba, y se extendía.... En otras, como si se replegara encogiéndose e hinchándose. Y allá iba, cuesta arriba, en dirección del Norte, trepando en un esfuerzo inaudito, muda, y como temerosa de ser sorprendida.

En su extremidad posterior parecía moverse algo como un apéndice formado por aislados puntos obscuros que se acercaban y se distanciaban, para tornar a acercarse y distanciarse de nuevo.... Era la «extrema retaguardia» de la columna militar que, obedeciendo a superiores órdenes, había tenido que abandonar la plaza de Cuernavaca y se dirigía rumbo a Toluca, silenciosa, fatigosa, reptando por el flanco de la montaña y arrastrando con ella a la par de sus cañones enfundados, las amarguras de una retirada sin honor, pues que no era impuesta por la derrota.

Al lila pálido del cielo había substituído el rosa anaranjado de la aurora. Crestas y cimas se iban iluminando rápidamente con los primeros reflejos del astro rey, simulando refulgente fimbria que ornamentara las alturas de los montes al Oriente. Ya el verde obscuro de las frondas se había trocado en verde de innúmeras gamas; ya sobre los musgos de las rocas y las puntas de las hojas, podían verse titilar los purísimos diamantes allí engarzados por el rocío. Ya las blancas nubes que se habían aposentado en los barrancos habían ascendido en gracioso vuelo por el azul.... Y entre tanto, la «columna» avanzaba lentamente, trabajosamente. Para no ser sentida y hostilizada por el enemigo, había evacuado la plaza en mitad de la noche, y el alba la sorprendía en mitad de la cordillera.

Encapotados y friolentos los soldados avanzaban siguiendo a los pocos carros de la «impedimenta» y arreando con formidables ternos a las acémilas que tiraban de los pesados cañones, o que cargaban los cajones del parque, y las que, al respirar el aire fresco y húmedo de la madrugada, dejaban escapar por sus narices chorros de blanquecino vapor. A caballo los jefes; a pie los heroicos «juanes;» y a pie con ellos las «soldaderas,» sin quejarse nadie de las asperezas del camino ni de los riesgos de la suerte que los hacía volver la espalda a los odiados zapatistas, que nunca a ellos se las habían visto.

Y protegiendo la retirada, que más parecía fuga, la «extrema retaguardia» que, si preciso era, debía sacrificarse y morir para salvar a la columna. Y mandando esa extrema retaguardia el oficial de más pundonor entre todos de la columna; un moreno fornido, alto el, de bigote de levantadas guías y ojos de firme mirar: el mayor Tajonar.

—¡Vamos, muchachos!.... No se «aplomen» vie-

jecitos.... Poco a poco y sin hacerse bolas..... A nosotros nos tocó «hueso»....

El puñado aquel de bravos, que idolatraba a su mayor, por valiente, por cumplido, porque no los maltrataba, al oir sus frases de aliento sonreía con una sonrisa mezcla de ferocidad y de orgullo. Sonrisa del que confía en que há de vender cara la vida, dejando bien puesto el pabellón.

Los «cargadores» en los maüsser, y los maüsser en las manos prestas para apuntar y disparar, cada soldado de aquellos escudriñaba la espesura para saber por donde podía venir la muerte en forma de emboscada. Ellos, los de la compañía de Tajonar, no «defeicionaban.» Muchas veces habían oído el «chiflido» de las balas sin lograr ver siquiera al enemigo, amadrigado en el monte. Y no por eso se habían sentido cobardes, porque, cuando la ocasión llegaba, ya sabían ellos poner la bala donde ponían el ojo, aunque sólo fuera en el mechón hirsuto de cabello que, caído sobre las frentes, en lácias guedejas, gastaban los seides de Zapata.

—Fíjese, mi mayorcito...... Por aquella «ladera»...... Por allí vienen subiendo esos malditos....

Tajonar apuntó en la dirección indicada por el sargento que le había hablado, sus anteojos de campaña; pero nada pudo percibir.

—No hay nada viejo....

—Por allá vienen trepando, mi mayor.... Yo sé lo que le digo.

—¿Vas a ver tu mejor con tus ojos que yo con los catalejos?

—Pus ya lo creo! Si *dende* aquí les estoy «vicentiando» (mirando) los «petates» (sombreros de palma).

—Bueno.... pues a la hora de la hora, ya lo sa-

ben.... Somos la extrema retaguardia que protege la retirada de la columna. Si nosotros no los atajamos, hacen cisco a aquélla.

Y por más que, mientras hablaba Tajonar seguía investigando, nada percibía entre los lejanos ramajes. Entre tanto, el disco del sol había saltado sobre el horizonte, y su luz en un torrente explendoroso, bañaba ahora el bosque todo que, con el cabrilleo de esa luz en las mojadas hojas, semejaba, el verdi-dorado plumaje de una ave inmensa, que la sacudiera con fruición al sentir la delicia del tibio rayo.

Bien poco transcurrió para que, como abortados por la breña de las laderas y dando saltos prodigiosos desde las rocas fronteras al camino hasta el camino mismo, o agazapándose entre aquélla, los terribles «zapatistas» hicieran irrupción en avalancha, y para que, echándose a la cara los rifles, hicieran caer una lluvia de balas sobre los aguerridos federales. Preparados éstos para la sorpresa, respondieron a ella incontinenti; y de una parte y de otra varios hombres rodaron por tierra o se fueron doblando poco a poco, tronchados por el certero plomo.

—¡No se hagan bolas, muchachos!.... Cúbranse y pecho a tierra!—ordenó Tajonar, mientras abriéndose el ancho capote militar que lo estorbaba, y empuñando su pistola, se plantaba él en mitad del camino, pie a tierra, en marcial apostura y arrancándole el sol destellos de los galones de la «guerrera.»

¿Qué fué lo que vió que le hizo pasarse la mano por los ojos, como si quisiera cerciorarse de que no era víctima de un engaño? Pues vió que en el campo enemigo, a la cabeza de los que atacaban, se hallaba un hombre vestido todo él de negro, echado

hacia atrás el galoneado «charro,» también pie a tierra y empuñando también la homicida pistola.

Pero.... ¿era *él?* Podía ser *él?* Era él, sí, no cabía duda.... Y para mayor convencimiento, Tajonar, en un acto de temerario arrojo, empuñó con la siniestra los gemelos de campaña y los asestó sobre aquel hombre que, a su vez, lo miraba como dudando también de lo que veía! ¡Mandujano!.... ¡El compadre Mandujano!

Entonces sobrevino algo extraordinario: dos voces, casi al unísono, gritaron a los suyos «alto el fuego» y el clarín de los federales trasmitió vibrando la orden, y el fuego cesó como por encanto. Y aquellos dos hombres, paso a paso, fueron acercándose el uno al otro, pero siempre con las pistolas amartilladas y apuntándose......

—Compadre.... compadrito, por favor! Ríndase!

—Retírese, compadre.... por favor, retírese.... Yo no sé rendirme!

—Ríndase, compadre....! Tengo orden de pasar sobre todo.... vengo de vanguardia....

—Pues yo vengo de extrema retaguardia.... protegiendo la retirada....

—No me comprometa, compadre....

—Cumpla con su deber, que yo haré el mío..... Así lo quiso la suerte!

—Por última vez, ríndase....!

—Por última vez, retírese....!

—Pues que no se puede..... a cumplir cada uno con su deber!

Y casi simultáneamente aquellos dos hombres dieron la voz de «¡fuego!» y comenzaron a vaciarse las pistolas, avanzando aun más el uno hacia el otro en un duelo a muerte espantador; y así llegaron a quedar frente por frente, para desplomarse casi confundidos, mientras los soldados de uno y otro

bando se batían encarnizadamente, en el camino y en la espesura, llenos de rabia, sedientos de sangre, locos de furor, en la ebriedad infernal que produce la lucha, la pavorosa lucha fratricida en la que el hombre es doblemente fiera, ya que mata, y al que mata es un hermano!

Y ya caídos, Mandujano y Tajonar se buscaron. Y desangrándose, moribundos, aun se arrastraron el uno hacia el otro trabajosamente; pero ya no en el encandilamiento del odio, sino movidos por bien distinto sentimiento....

Y una mano, la de cualquiera de los dos, halló la diestra del otro; y aquellas manos se estrecharon con una efusión increíble!

—Perdóneme, compadre....! Yo no tengo la culpa! Es esta maldita disciplina...... mandaba yo la extrema retaguardia....

—Usted es el que debe perdonarme, compadre; pero tenía la orden de pasar adelante sobre lo que se me opusiera......

—¡Qué cruel es la guerra, compadre!

—No tanto...... siquiera ahora vamos a morir juntos......

—Como *juntas estarán allá*....

La visión de sus hogares, en una última delicia, pasó por la mente de aquellos dos moribundos.... ¡Sí! Allá estarían las dos pobres esposas, bien ajenas del terrible drama; sin pensar en que el destino cruel hacía que el asesino del marido de la una, fuera el esposo de la otra.... Allá estarían aquellos pequeñines, pedazos del corazón, que en aquellas horas dormirían aún el dulce sueño de la inocencia, de la vida que no sabe de duelos, que ignora de odios.... Y después, juntos jugarían y se acariciarían, ignorantes de que cada uno besaba y acariciaba al hijo del que lo había dejado huérfano!

Mandujano, hiposo, con el hipo precursor de la muerte que llega, se acercó hasta el oído de Tajonar, y le dijo:

—Me muero, compadre..... me muero!

—Y yo también......

—Compadre.... ¿sabe usted rezar?

—Algo.... mi madrecita me enseñó....

—Pues rézeme algo......

—Bueno..... reze conmigo...... «Creo en Dios Padre.... Todo Poderoso....»

A lo lejos, entre el monte, por entre las breñas, se oía el incesante tronar de los maüssers y de los treinta-treinta: los gritos de los federales y de los zapatistas insultándose y desafiándose, y haciendo eco a todo, la nota vibrante del clarín ordenando «fuego y avancen» y los alaridos de dolor de los que caían para no levantarse más, pensando también y acaso en la esposa ausente y en los hijos que quedaban en abandono; en la amada «merga» de tierra que era toda la fortuna, y en la «yunta,» que era todo el deleite......

—Ya no puedo más, compadre......

—Sí puede.... hágase ánimo,....! «que fué crucificado, muerto y sepultado....»

—Muerto y sepultado......

—«Y al tercero día......»

—Y.... al tercero.... día....

Aquellas voces de extraña unción, que se debilitaban, que se apagaban, con dulcedumbres de infinito perdón, tenían respuesta, dentro de la bravía zarza del monte, con el grito altivo de «¡Viva la Nación! ¡Viva el Supremo Gobierno!» al que hacía duo otro grito entusiasta: «¡Viva Zapata! ¡Viva el libre Sur!»

—......«Desde allí..... ha de venir...... a juzgar......»

—...... ha de venir!.... a juzgar..... —respondía Mandujano entre estertores.

—Creo.... en el perdón..... de los pecados....

—...... perdón..... de los.... pecados.....

Y un hipo último, una postrera convulsión y un aflojamiento subsecuente de todos los miembros en la flacidez del cuerpo que, incapaz de retener la vida se abandona a la muerte, fué el final de Mandujano. Y de parte de Tajonar un inmenso abrir de ojos en la postrimer mirada que quiere avaramente abarcar todo; cielo, tierra, visiones de los seres amados; todo en un conjunto, en el deseo supremo de llevárselos impresos en la retina. Después..... nada......

¿Nada? No; algo terriblemente patético y a la vez de cruel sarcasmo resonando en la inmensidad del bosque. La alegre diana del clarín de infantería, noticiando a la lejana columna que se retira trabajosamente, penosamente, con movimiento peristáltico, por el flanco de la verdinegra montaña, que el enemigo ha sido batido y que el peligro ha pasado......

* * *

¿Qué es entre tanto, de la trashumante columna? Allá va, cuesta arriba, reptando por la «ladera» de la montaña, como un gigante gusano que amolda sus anillos a la forma de las anfractuosidades del terreno. A vanguardia, los exploradores encargados de abrir pase y de señalar al enemigo por si aparece. Detrás, parte del grueso de la fuerza que protege la impedimenta, que viene al centro: la artillería, el parque, los enfermos y los heridos. A la zaga, el resto de ese grueso; y confundidos con él esos tenaces parásitos de nuestro ejército: las «vie-

jas,» las «soldaderas,» las de todos modos intrépidas soldaderas, que van a la rastra de sus «juanes,» de quienes reciben lo mismo caricias que palos.

No hay que detenerse: no se puede hacer el más pequeño alto. El enemigo aventajaría de posición y pasaría, de la retaguardia, a ocupar los flancos: porque inútil fué el sacrificio de Tajonar y de los suyos, que uno a uno fueron cayendo, quedando por el camino regados los cadáveres y abandonados los fusiles descargados hasta el último cartucho! El enemigo logró rehacerse y va rebasando la retaguardia y se aproxima amenazante, y es hormiguero que brota de los peñascos como aborto de las entrañas de la sierra......

¡No hay que detenerse! Y el caso es que las bestias, cansadas, extenuadas por la penosa ascensión, no pueden ya tirar de los carros ni de los cañones, y agobiadas por la carga, se echan al suelo y hay que levantarlas «a pulso.» Y lo mismo empieza a suceder con los propios hombres.... No tienen fuerzas! No se tomó «rancho»...... Tan sólo una taza de mal café, a escape y a la salida......

A los resoplidos y quejumbres de las bestias, se mezclan las increpaciones de los jefes y los juramentos de los soldados, y las malas palabras de las «viejas»......

—¡Malditos zapatistas! Si hombres fueran, ya habrían de haber hecho «parada» cuando se les batía en sus terrenos, y no aprovecharse de la ocasión «hora» que por obedecer la orden superior no se les puede hacer frente!

—Jijos de la.... Ya nos volveremos a ver!

—Mire, cabo! Fíjese!.... Qué no ve que a esa mula ya se le aflojó el «aparejo?»

—Ándenle...... ándenle..... Paso veloz! No se «echen»....

—Esos del cañón! Con un.... Van a volcar la pieza! Oiga, rebruto! métale el hombro....

Y el soldado aludido, haciendo oficios de acémila metió el hombro y empujó con todas sus fuerzas en la rueda del cañón hasta que la pieza pudo salvar la roca que se le había interpuesto al paso.

A lo lejos, por los flancos, comenzaron a aparecer innumerables puntos blancos que se deslizaban por las peñas y saltaban y corrían por entre la espesura del bosque...... Eran *ellos!* Había que apurarse.... Eran nube.... Y la columna se componía de pocos, y si la flanqueaban el desastre sería inevitable y se perderían las baterías y se dejará en su poder un gran bagaje, y ya podrían encomendarse a Dios los heridos y los enfermos porque los zapatistas no daban cuartel a nadie!

—Arriba, muchachos!..... No se ronceen! Esos rezagados..... Con un tal!..... Quieren quedarse «botados» en mitad del monte?

El esfuerzo se redobla. Aquellos a quienes vence la fatiga, sacan fuerzas de flaqueza y retornan a continuar la marcha....

Caminando junto a su «juan,» llevándole a los secos labios la caramañola cuando la sed lo agobia, va una soldadera cargada de todo género de bultos. El «tompeate» en el que lleva las provisiones y el jarrito y el «tecomate.» Y el envoltorio en el que lleva la «frazada» y las enaguas nuevas que él le regaló cuando hicieron el «compromiso.» Y el «baulito» con los centavos ahorrados, y las yerbas de medicina, y hasta un San José pequeño, de bulto, milagrosa escultura que los ha salvado de todos los peligros, pues que con ellos ha hecho toda la campaña de Morelos.

Por eso que no les tenga miedo a los zapatistas a los que, cerrándoles el puño y amenazándolos con él, a lo lejos, les grita:

—Jijos de la.... No corremos! Nos vamos.... No nos echan....! Qué va! Si ustedes son cobardes.... Y si no, acérquense *nomás*, tales por cuales!

Y mientras en borbotón les dispara la andanada de insultos, a su lado el fiel perrillo, el «escuintle» compañero de campañas, ladra furiosamente como si entendiera el por qué de las picardías aquellas, y quisiera corearlas.

—No te rezagues, vieja—le dice él.—No te remolonees que si te mira el jefe, te echa el caballo.....

—Es que ya no puedo con tantos «bultos»....

El «bulto» que más que los otros la agobiaba era aquel pequeño que cargaba con predilección entre sus brazos. De vez en cuando, cariñosamente, levantaba un poco el «rebozo» en el que envuelto lo llevara, y una sonrisa inefable asomaba al moreno rostro de aquella mujer, curtido por el sol y la intemperie y el desaseo..... Una sonrisa en la que se pintaban los dulces anhelos de la maternidad satisfecha, porque también en esos corazones abotargados por la vida nómade y de cuartel enraiza a veces el amor más hermoso de todos los amores.... Y veía al pequeñín dormido apaciblemente: reconfortado, más que por el calor de las toscas mantillas, por el del materno regazo; tranquilo el rostro de puros infantiles lineamientos que encuadraban blondas crenchitas doradas: cerrada la fina boquita incapaz de balbucear aún: cerrados los ojitos, incapaces de darse todavía cuenta de los pavores de la vida, y dibujándose en los tersos carrillitos los lindos hoyuelos de una escultura de niño Jesús.

Pero aquel niño de apariencia divina aunque de contextura humana, rubio y lindo ¿podía ser el hijo de aquella soldadera morena y tosca y de aquel «juan» rudo y fiero, de broncínea faz?

No, en efecto. Era un hijo adoptivo, no por eso

menos amado. Ellos no podían haber tenido hijos; pero sí habían podido sentir el inmenso amor para ellos, sumado a la infinita piedad para el desvalido; para el que, siendo todo inocencia, nada puede en su defensa..... Aquel bebé, que parecía arrancado de un «nacimiento» del Perugino, era el hijo único del teniente Portilla y de su amasia la «tenienta.»

El padre, cuando la vida le sonreía, y cuando él era una esperanza para la vida, rubio, buen mozo, enrolado en el ejército con la idea de irse «muy arriba,» había muerto hacía poco, víctima de una emboscada en los cañaverales de Yautepec, en los que una bala le había perforado el cráneo.

La pobre «tenienta» que era la admiración de las soldaderas y el orgullo de la compañía, por su juventud y su belleza, y que en un rapto de amorosa locura había abandonado familia y hogar para seguirlo a él, al teniente, hasta las intrincadas serranías donde combatía a los «enemigos del orden,» no había podido resistir ni el agotante clima de las tierras cálidas, ni el dolor de verse privada allá de todo amparo y de todo afecto, y había muerto también, de traidor paludismo, dejando de días a aquel querub.

Privada de todo afecto, hemos dicho? No, que allá estaba Lugarda, la intrépida soldadera, la concubina del «juan» asistente del teniente Portilla y la que, con una solicitud incomparable, la había atendido hasta el último momento, desviviéndose porque no le faltara nada a su «tenienta:» ni ropas con que cubrir sus desnudeces y abrigarla cuando el convulsivo frío de la «calentura» la atacaba, ni su caldo para que la debilidad no la hiciera mella, ni la quinina misma que sepa Dios a dónde se iba a robar la soldadera, para combatir la enfermedad, ya que en el botiquín del batallón no la daban sino a las «clases,»

es decir, a los jefes. Esfuerzo inútil, porque al fin y al cabo la «tenienta» abandonó la vida, encargando en sus últimos momentos a la compasiva Lugarda que viera por aquel niño desamparado y fuera madre para él!

Y ella lo recogió. Sí que sería madre del *probe inocente!* Por qué no? Ella había soñado siempre con tener un hijo.... Sentir lo que las madres sienten, y, en su infinita miseria moral, purificarse en algo de las lacras de la vida cuartelera con un cariño así. Y por todo eso había adoptado al niño y lo cuidaba como oro en pellón; y ahora, allá iba con él, cuesta arriba, jadeando y extenuada, pero contenta con su carga, siguiendo a la columna cuya retirada se convertía cada vez más en una fuga.

—No te rezagues, vieja.... No te aplomes.... Mira que si te ve el capitán, te corta de la columna y te quedas tirada en el monte....

Pero ella no podía más con tanto «bulto!» Entonces, con un heroico desprendimiento y para aligerarse algo, tiró en el primer barranco al paso hallado, uno de los fardos. El de la ropa, el de las enaguas nuevas que él le había regalado cuando hicieron «compromiso» viendo con tristes ojos cómo quedaba prendido entre los zarzales del fondo.... Las balas silbaban en derredor. Los zapatistas ganaban terreno y ya ahora disparaban casi a quemaropa, parapetados y ocultos entre las crestas de las rocas. Y así no dejaban de hacer blanco, pudiéndose ayudar a duras penas a los heridos leves. Los graves ahí quedaban porque no era cosa de perder el tiempo para recogerlos: ya vendrían «los otros» a rematarlos! Y en cuanto a los muertos, ¿para qué detenerse en recogerlos? Ya vendrían «los otros» y los despojarían hasta de la última prenda, y los dejarían tirados en pleno monte sin más sudario que el que les formara,

piadosamente, el viento con las hojas secas, ni más sepultura que los vientres de los «coyotes»....

—Por tu madre, vieja!.... No te *eches*.... Ándale.... ándale.... Si te quedas atrás, te van a dar un «plomazo»....

La pobre soldadera arrojó al barranco otro fardo: en el que llevaba «el bastimento» y las yerbas, no quedándose ya sino con el baulito y la escultura, y con el que formaba el niño que seguía durmiendo inocentemente, tranquilamente, ageno al espectáculo de muerte que en torno se desarrollaba....

—No se atrasen, viejas del tal......! No se ronceen! Incorpórense...... de ahí, por cuidarlas, se quedan atrás las hombres.... ándenle....

Era la voz imperiosa del capitán que, a caballo y sable en mano, arreaba a los soldados y a las soldaderas, como a piara obediente por amedrentada. A los indolentes y a las remisas, les «echaba encima el caballo» y les hacía apresurar el paso dándoles sendos «planazos.»

—Mal haya con las viejas! *Pa* qué vienen cargando tanto! Apriete el paso....alijérese....tire eso!....

La aludida, para justificar que no podía tirar *aquello*, se conformó con levantar las puntas del rebozo, enseñándole al capitán el rostro peregrino de aquel niño, todo candor, que dormía apaciblemente.

—*Pos pa* qué tienen chamacos!

Ante la brutal frase, la soldadera sintió hervirle toda la sangre. ¿Para qué se tienen hijos? ¡Pues para eso! Para quererlos, para cargar con ellos y para dar por ellos la vida......!

En un último esfuerzo apretó el paso, estrechando contra su pecho al niño. Todavía caminó un cuarto de legua hasta que, en un recodo de la vereda, cuando menos lo esperaba, el fusil asesino la acechó......

Un grito agudo y un desplome rápido. Eso fué todo. La bala le había partido el corazón, y ella apenas si tuvo tiempo para tratar de caer sin que el niño se lastimara......

Al oir el grito aquel, el soldado se volvió. Un instante, un instante solo, que no podía detenerse más! Los jefes venían empujando impíamente a los rezagados. Una lágrima ardiente corrió por sus mejillas; acaso la única derramada en la vida que lo había hecho insensible a fuerza de serle inclemente. Por lo menos, la única derramada desde que había dejado el «jacal» nativo prendido en la verdeante loma.

¿Cómo dejar al niño en el regazo de aquella muerta? Con un movimiento rápido el «juan» lo desprendió de allí y lo colocó entre sus brazos, que serían cuna, poco más dura, pero cuna al fin, como lo habían sido los de aquella pobre compañera que quedaba abandonada en mitad del camino y que ahora lo dejaba solo!

Y siguió adelante. Como lo hizo el «escuintle» aquel que formaba en el grupo, después de husmear la sangre fresca que borbotaba por la herida de la muerta y de lanzar al aire lastimero ahullido!

Ya el enemigo había conseguido casi flanquear a la columna. Era necesario o hacer un alto para tomar posiciones y repeler el ataque a todo riesgo, pues lucharían uno contra cuatro, o aligerar la marcha deshaciéndose de la impedimenta. Y fué este el partido que rápidamente adoptó el jefe de la columna. Por las quebraduras de la serranía comenzaron a ser despeñadas las piezas de artillería, que caían estrepitosamente, rebotando de saliente en saliente; estrellándose los «avantrenes,» desgajándose las ruedas y desarticulándose toda la mortífera máquina! Y allá las siguieron los carros, con igual suerte......

Hubo momento en que, para hacer más rápida la marcha, se dió una orden desesperada:

—¡Abajo mochilas!......

Los soldados, con el instinto de conservación que da el peligro, se desprendieron rápidamente de las espaldas las mochilas y las aventaron al barranco más inmediato.

—Qué hace? Qué no ha oído la orden? Tire ese estorbo......

—No es estorbo, mi capitán..... Es el hijo de mi teniente Portilla.... No tiene padre ni madre.....

—Pues déselo a su vieja que lo cargue ella! Bueno está! Un soldado cargando «chamacos!»....

—Es que a mi vieja me la doblaron de un «plomazo» y ahí se quedó botada y muerta......

—Y eso qué! Tire ese estorbo....

—Pero mi capitán.... el *probe inocente*....

—Que lo tire le digo!

La orden no admitía réplica...... contradecirla era morirse.

Entonces el soldado aquel buscó con ávida mirada un rinconcito en el monte, donde no diera el sol. Allí estaba! Al pie de un frondoso pinabete, entre unas rocas; sobre un colchón de musgo....

Se quitó la frazada: la dobló cuidadosamente; la puso sobre el musgo y depositó allí cariñosamente al niño, mientras una segunda lágrima se desprendía de sus ojos, rodaba por sus tostadas mejillas y caía hasta la verde grama para quedar allí engarzada como un tesoro ofrendado a aquel niño, que iba a quedar en abandono....tesoro inconmensurablemente más valioso que el que los Reyes Magos depositaran una noche en un humilde establo de Bethlem!

Después, corrió a incorporarse en la columna.....

Al sentirse desprendido el niño de aquellos recios brazos por cortos momentos paternales, y al

herir la luz del día radioso sus finos párpados, y el frío de la mañana en la sierra su cuerpecito todo, que parecía amasado de concha nacar, abrió sus claros ojos, tendió al vacío sus manecitas cuajadas de hoyuelos, y sonrió con divina sonrisa.... sonrió al cielo azul y a la verde montaña; a la cándida nube pasajera y al jilguero que gorgeaba en el frondoso oyamel, y al cristalino arroyo que se deslizaba entre las peñas y al panorama del conjunto; panorama de vida, de grandeza, de excelsitud, en que el milenario bosque era, o debería ser, templo sacrosanto y dosel la altura......

Y todo aquello pareció estremecerse reverencialmente, y responder en una solemne antífona:

—«¡Gloria in excelsis Deo!»......

¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

¡Ay! ¿En dónde estaban los hombres de buena voluntad? ¿En dónde Dios, que no veía y castigaba crueldad tanta? ¿En dónde la paz, si los hermanos mataban como fieras a los hermanos?

En la lejanía retumbaba algún cañón, conservado para mantener a raya, a botes de metralla, a los enemigos de la trashumante columna. Las descargas de la fusilería se iban haciendo más apagadas cada vez...... más distantes ..... Y apenas si se oían el ulular de los combatientes y los ayes de los heridos y los gritos de «¡Viva el Supremo Gobierno!» a los que respondían los de «¡Viva Zapata...... Viva el libre Sur!»

Más tarde la calma volvió a reinar en el bosque y la montaña guardó avara entre sus pliegues sus intensos dramas......

¿Qué fué del pobre niño abandonado?

Tal vez durante el día se lo robaron los ángeles.... Tal vez durante la noche lo devoraron los lobos!

CAPITULO X

Boceto de tragedia

En las postrimerías de aquel año ¿quién mandaba en la sede de la República? Imposible hubiera sido determinarlo.

El fatídico Carranza, una vez consumada su traición contra el ranchero «Plan de Guadalupe,» en el que prometiera que, a la entrada de las fuerzas revolucionarias en la capital de la República, una «convención» de jefes militares de la causa determinaría quién habría de ocupar la Presidencia de aquélla interinamente, había tenido que refugiarse en Veracruz.

Villa, después de haber hecho huir al Presidente designado por la Convención, Gutiérrez, había salido de la Capital dizque con el intento de ocupar Tampico, en cuya maniobra fracasó.

En la urbe madre, como remedo de Gobierno, el derivado de la agonizante «Convención de Aguascalientes,» vivía de alternativas ante las diversas tensiones de villistas, zapatistas y solapados carrancistas, no pudiendo tener fe en la lealtad de tan heterogéneos componentes, a los que por necesidad tenía que dejar obrar al arbitrio.

La Capital de la República estaba, pues, en la anarquía.

Por ley, las del fusil y la violencia; por autoridad, la del más fuerte; y en tan angustiosa situación la vida se deslizaba como algo a lo que no se tenía derecho.

Con las primeras luces del alba dejó sigilosamente el lecho en aquella mañana el ex-estudiante Andrade, en cuyos ojos estaban patentes las huellas del insomnio, y entreabriendo con nimio cuidado la puerta de la habitación, a fin de no despertar ni al hermano cura ni al bienaventurado Tafolla que parecía dormir a pierna suelta, púsose a observar la vivienda de las Otamendi.

No obstante la hora, en aquélla estaba encendida la luz artificial, y a través de los visillos pudo Enjolrás percibir el ir y venir de los moradores, en inusitado tráfago y como chinescas sombras....

Minutos con tamaño de horas en el doloroso acecho y en meditación sobre el partido que convendría tomar. Y entre tanto, Quico al acechar, era acechado a su vez no sólo por el hermano cura al que creía dormido y que fingiendo el sueño lo expiaba, sino por «Demóstenes» que también, y contra su costumbre, temía por algo.

Ya la luz del día había acabado por disipar las sombras en la casona cuando discretas llamadas a la puerta de la calle, hicieron apagarse de súbito los foquillos del «cantón» Otamendi y acudir a la nueva portera, substituta de Filo, que abrió el zaguán sigilosamente, como si estuviera advertida para ello, a tiempo en que, con mayor sigilo, se escurrían de su habitación Cuca, Chayo y Meches, llevando terciados vistosos rebozos de «bolita,» vistiendo enaguas cortas lentejueleadas; calzando zapatillas

de seda, y ostentando en las trenzas del peinado entretejidas, cintas de subidos colores.

Las hermanas Otamendi, en traje de «chinas poblanas» iban a juerga a los ojos de agua de Xochimilco.

Verlas salir el estudiante y sentir que un calosfrío mortal recorría su cuerpo, fué todo uno. Sintió el vehemnete impulso de ir a cortarles el paso para detener a Chayo, pero lo detuvo el recuerdo de las últimas palabras con ella cruzadas.

¿Por qué había sido tan tonto y *remilgoso* y no había sabido aprovecharse de las circunstancias para hacerse general y rico como Tenorio?

Una última visión lo torturó. En el patio mismo de la casona vió reunirse a las alegres paseadoras don los dos tipos para él más odiados entonces: Tenorio, que lucía el abigarrado uniforme de brigacier zapatista, villista, carrancista o convencionista, que imposible era distinguir, y el canallesco Pingarrón que ahora se deshacía en zalemas para el «señor general,» que en parte le debía el grado, ya que había sido él quien lo empujara a la última felonía, en servicio de los intereses de su amigo Rémington.

El impulso de Andrade se hizo irresistible. Sintió necesidad de bajar de cuatro en cuatro los escalones, desde la «República» al patio, para enfrentarse con aquel par de bellacos y aquel terceto de desvergonzadas y disputar, en un último esfuerzo, a la amada de su alma en los dinteles mismos del precipicio. Y lo habría hecho si en esos propios momentos, el hermano cura, enterado por intuición de la batalla que en su alma libraba el estudiante, no hubiera fingido despertar haciéndose el asombrado de ver a aquél ya en pie.

—¿Qué te pasa? ¿Qué estás espiando?

—Nada..... se me quitó el sueño y..... como oí ruido, me levanté para ver qué era.

—¿Y qué es ello?

—¡Psché!...... Las Menchaca que salían para ir a la misa..... La portera que barre el patio.....

—Eso quiere decir que ya es la hora para ir a celebrar.... (viendo el reloj). ¡Qué barbaridad! Si ya van a dar las seis y a esa hora tengo misa que decir....

Vistióse a toda prisa el buen curita e hizo sus abluciones; mas entre tanto, no escaseó las advertencias para el hermano:

—Por la memoria de nuestra viejecita.... no te comprometas por esa niña loca que no te merece! Déjala correr su suerte, ya que ni el amor ni el temor de Dios la detienen....

Y al marcharse, recomendación al tartamudo:

—Tafollita, usted que lo quiere tanto.... yo no sé lo que tiene Quico.... No lo deje solo, por vida suya.... en tanto vuelvo....

—Descuide usted, padre. Le empeño mi palabra....

Mas apenas habíase marchado el padrecito, cuando Andrade, calándose el chapeau, pretendió salir igualmente rumbo a la calle.

—¿A dónde vas?

—A comprar cigarros.... vuelvo en seguida.

—¿Y para ir a comprar cigarros te echas el revólver en el bolsillo? Tú no sales, que no lo quiere el padrecito....

—Tengo que salir.

—¡No seas taaarugo, hombre! Esa peeerra no te merece.... Deeeéjala que se la cargue Paaatetas!

—¡No puede ser Tafolla! ¡Yo no puedo consentir

en su ignominia! Yo no puedo prescindir de ella. ¿Lo entiendes?.... ¡No puedo!....

Y el estudiante sollozaba.

—La muy.... ¡Deeeéjala Quico! ¡No te expongas! Ese cacacanalla de Tenorio es muy bruuuto! Capaz de pegarte un tiiiro....

—¿Y qué yo no soy hombre acaso? ¡Vamos! ¡Déjame ir.... Suéltame!

—¡No quiero.... se lo prometí al padre cura!

—¡Sobre tí y sobre él saldré! ¿No ves que allí se va mi alma, mi sér todo y que debo defenderlos?....

—¡Por Dios saaanto Quico! Ten juicio...... ¡No vayas! ¡Mira que ese caníbal te asesina!

—Ya lo veremos ¡Ea.... déjame!

Y de un violento empellón el estudiante se desasió de Demóstenes» y ganó la puerta.

—Pu.... pu.... pues entonces yo correré la susuerte que tú corras. ¡Vamos!

Y el tartamudo, lleno de una extraña resolución, dada la timidez de su carácter, se lanzó en seguimiento de Quico que, ya en plena calle, se dirigía a paso desaforado rumbo al paradero de los tranvías de Xochimilco.

***

La fiestecita aquella había sido arreglada, como era de presumir, por el insubstituible Porritas, con la bondadosa y desinteresada cooperación de las hermanas Otamendi.

Se trataba de un «día de campo» con el que el ciudadano Pingarrón, sin miras ulteriores, obsequiaba a sus grandes y buenos amigos los señores generales Malaquías Benítez y Melchor Tenorio con motivo del auto-ascenso que los propios se habían otorgado, y aun con la muy elogiable idea de que el

segundo pudiera tener a tiro, en apartado lugar de juergas, a aquella adorable Chayo que era obsesión eterna para el pundonoroso y aguerrido militar.

Por sabido que los gastos corrían por cuenta de Pingarrón: el hombre sabía, siempre con resultado insuperable, a la inversa del paralítico Barbedillo, ser espléndido para cobrar más tarde con creces sus obsequios.

El «dispositivo de combate,» según oportuna frase de Porritas, había sido tomado por éste. A las ocho, desayuno en el «embarcadero.» A las nueve abordaje a las «trajineras,» y a la primera botella del «cinco ceros;» a las diez primera danza, que a las diez y veinte sería danzón y a las once «rumba» cubana; a medio día, y sobre el verde césped, blancos manteles; arroz a la veracruzana; «mole de pato;» barbacoa con «salsa borracha;» «refritos;» fruta, dulces y harto «curado;» curado de apio, de tuna, de almendras y curado de.... espanto; y para alternar, champagne a pasto: item, un coktail de entrada y alguna que otra «creme» de salida.... ¿Qué tal el *menucito*, eh? ¡Como forjado de Porras! Y allá los que pescaran alguna fenomenal «zorra,» que eso era de la personal responsabilidad.

El programa se desarrolló sin incidente, hasta lo que fué desayuno en el embarcadero.

—A embarcar! ordenó Porritas.

Cabe las mansas aguas del canal se balanceaban las «trajineras,» enfloradas, listas para tomar a su bordo a los pasajeros. Buen cuidado puso el servicial Porritas en la distribución de éstos en aquéllas.

En estrecha embarcación colocó al general Malaquías con una francesita, hembra de «apache.» En otra ídem a Tenorio con la bella Chayo: Pingarrón, acomodóse con alguna «partiquina» de género chico; y así fué distribuyendo a la gente, dejando a la

zaga a Cuca y haciendo cerrar la comitiva por la orquesta y la «impedimenta» (cajas de licor, potes con comida, etc.).

—Adelante la flota!—gritó el diligente secretario, y las canoas comenzaron a deslizarse por la tersa superficie de las aguas; mas en aquel punto y hora por poco hay un general naufragio en virtud de una sorpresa que ordenada tenía el otro general—Tenorio—consistente en una descarga que hizo un pelotón de seides suyos que habían concurrido para «hacer los honores de ordenanza» a su jefe en juerga.

Gritos, exclamaciones y ayes; tal canoa que se bambolea por el azoro de su carga: risotadas sonoras del capitán ayudante y «coñacazo» al canto para quitarse el susto.

Chayo, naturalmente, fué una de las más asustadas; y de lo más naturalmente refugiada en los brazos de Tenorio para hallar protección.

—Qué salvajes! Qué estupidez....!

—Te asustan los tiros? Si fué una descarga que ordené en tu honor....

Notará el inteligente lector que la intimidad entre la gentil beldad y el bravo guerrero llegaba al extremo de usar el «tú» sencillo en substitución del ceremonioso usted. ¿No eran acaso los tiempos propios para las substituciones?

Empujadas las canoas por el vigoroso impulso de los «bicheros» que para conducirlas usaban los atléticos indios, bogaban rápidas y enhiestas por el canal, abriendo plateados surcos en la lámina de las aguas que, en trechos adquirían fulgores de esmeralda al copiar los sempiternos verdes follajes de los árboles ribereños, y en otros se escamaban en cobre y oro y añil con los rayos solares.

La alegre escuadrilla avanzaba feliz entre el rasgueo de las guitarras y los ecos de alguna sentimen-

tal «valona» del Bajío, empapada en lánguida voluptuosidad.

Y allá lejos, pero siempre a la zaga, venían en alquilona trajinera, Andrade, loco de celos y ebrio de dolor, y el fiel Demóstenes que seguía al amigo en sus horas de Calvario amoroso, resuelto por entero a compartir su suerte.

¿Dónde sería el ágape? Probablemente en los «ojos de Gualupita,» según llaman a los primeros cristalinos manantiales de frescas y azulosas linfas, que han visto, con sus pupilas color de turquesa, desde la aristocrática jira campestre en que la orquesta modula el minuet versallesco, hasta la vulgar parranda en el que el dios Pan encarna en un indio ciego que sopla, no en la divina flauta, sino en la ríspida «chirimía.»

Andrade había meditado su plan: se apostaría a distancia conveniente, en sitio a propósito para ver sin ser visto y obrar en el momento oportuno conforme las circunstancias lo indicaran.

—Aquí!

Dijo secamente Andrade al patrón de la canoa al llegar a un sombrío recodo del canal; y obediente a la orden, la proa de aquélla se apoyó al talud formado por florecida «chinampa,» ganando tierra los tripulantes, no sin ordenar al patrón que los esperara sin cambiar de sitio.

Gazapeando entre la hortaliza; salvando zanjas y librando baches, se orientaron hacia el sitio en el que suponían que estaban los juerguistas. Poco tardaron, en distinguirlos, allá, a lo lejos, entregados los unos a las delicias del campestre baile; discurriendo los otros en charladoras parejas, y distinguiéndose como figuras de relieve las de Cuca y Porritas que avivaban a fuerza de pulmones, las brasas en las que deberían calentarse condimentos.

Andrade se agazapó detrás de un tronco de derruído álamo, escogido para observatorio, y desde el que se daría cuenta de todo sin perder detalle. A su zaga colocóse Tafolla, que hubiera querido tener la condición de invisibilidad del hombre de Wells.

De vez en cuando, si el uno acariciaba con fruición la culata del revólver, por la iracundia que le causaba ver lo que veía, el otro se esforzaba en ser grandilocuente, destrabando su rebelde lengua ante la perspectiva del inminente peligro. Allí iba a haber tiros, con seguridad, y él estaba al alcance de ellos!

—Cococonvéncete *manito!* Aun es tititiempo! No vale la pena jugarse la vida por semejante peeeécora!

—La pérfida!.... Y que sea con ese rufián!

—Qué quiquiquieres! Así son ellas! Lo mismito me pasó con la Labariega! Y puesto que ya estás conconvencido.... ¡vaaámonos!

—No..... no me iré sin ver el desenlace.

—Caaaray! Pupupues que ¿quieres más?

Sí. Quería más evidencia aún. Su amor náufrago tenía la esperanza que todo náufrago: que en las inmensidades del Océano flote una tabla a la que asirse, y que nos devuelva la vida! Todo aquello que estaba viendo, antojábasele ficción. ¿Por qué no habría de volver sobre sus errores, que él achacaba a inexperiencia, aquella niña que tantas veces le había jurado que lo amaba, y que se sentía orgullosa de ser su novia? ¿Cómo, pues, lo iba a cambiar por aquel rufián, cínico, brusco, basura levantada por el remolino revolucionario? No, no, no! Eso era imposible.

Allí, la culpable de todo era la ambiciosa hermana mayor: Cuca, y no otra.

¡Si ella, la Chayito, era buena, buena en el fondo, virtuosa y leal aunque no lo pareciera! ¡Si no era concebible que prefiriera ser la deslumbradora manceba de aquel truhán enriquecido en el robo, a la

modesta pero honrada esposa de un hombre como él!

Y sin embargo.... allí estaba, dejándose llevar en los giros del lúbrico danzón por aquel su amigo, su fraternal camarada de ayer y hoy su rival odiado! Ella reía, reía, y el sátiro, encandilados los ojos, acercaba cada vez sus belfos rojos de bestia en brama a la concha nacarina de la orejita de ella para deslizar allí las frases de la innoble propuesta! Al ver y colegir todo eso, Andrade, en histérica fruición, acariciaba el puño de su revólver....

—Quico, hermanito! ¿Para qué comprometerte? ¡Vaaámonos!

—Te digo que no!

El obcecado estudiante quería apurar hasta las heces el cáliz de su amorosa tortura, como ahora ella y él—Chayo y Tenorio—apuraban en una misma copa el licor que haría encenderse aún más la sangre, facilitando la conquista.

Ya estaban ahora tendidos sobre el césped los manteles—préstamo forzoso hecho a Tachita—y esparcidos al capricho sobre aquéllos, platos, copas y botellas: ya humeaba fuera de su improvisado horno la bien sazonada «barbacoa,» y Porras, diligente, había dado la orden para servir el arroz, cuando sobrevino aquella escena por la que Demóstenes creyó cosa de instantes el advenimiento de la catástrofe. Fué el caso que, esquivándose de la concurrencia, el brioso Tenorio y su bella conquistada, habían buscado refugio tras de algún macizo de arbustos a fin de entablar rápido y animado coloquio, que terminó cayendo ella en brazos de él, y estampando él sus labios en aquellos rojos y carnosos de la sílfide, en los que Andrade hubiera puesto los suyos, los primeros, en un ósculo fuerte y prolongado, que lo llevó al vértigo.

El vértigo que ahora experimentó fué de rabia intensa. En su diestra tembló mudo el revólver homicida, presto a disparar.

—¿Qué vas a hacer? ¡No seas loooco! ¿Quieres que nos asesinen vilmente? y el tartamudo atajó la mano que empuñaba el arma.

—Quiero matar, ya que no puedo morir de dolor y de vergüenza!

—¡Esas son toooonterías! Después de lo que has visto ¿qué hacemos aquí?

Mas algo irresistible, clavaba al estudiante al terreno en que estaba; en vez de apartarse de tal sitio, lo que hizo fué doblarse sobre el derruído tronco y llorar: sus ilusiones muertas; su corazón hecho añicos; los sueños todos de su amor, de su vida, asesinados oprobiosamente por aquella pareja de fementidos!

—Ya ya ya lo ves! Prefiere los entorchados y el oro suyos a tu honradez y a tu inteligencia....

—No.... no es posible! Si ella no es mala, Tafolla! Lo que sucede es que ese truhán se le impone por el terror....

El campestre banquete, con tintes de bacanal, llegaba casi a su fin. Tigelino no hubiera dispuesto mejor una orgía para Nerón, que Porritas para sus ilustres Césares. El estruendo de las voces alcoholizadas, apagaba las notas de la orquesta; rodaban las botellas por el suelo, al par de los comensales, y el brindis truhanesco era coreado por la hampona comparsería.

Apenas si Meche, aquella pobre niña empujada en su temprana adolescencia a los bordes de abismo tal, veía con azorados ojos lo que pasaba, diciendo para sus interiores:—«¿Pero qué es esto, santo cielo?»

Aprovechando aquella culminación fué que Teno-

rio se levantó a la par que Chayo, y, esquivando el bulto y substrayéndose a las miradas, se alejaron entre las malezas del terreno cercano.

Andrade no pudo más. Un resoplido de indignación brotó de sus pulmones y, relampagueantes los ojos por el coraje, pretendió ir a la busca de la fugitiva pareja; pero Demóstenes, agarrándolo por la falda del saco, le retuvo, diciéndole angustiado:

—¿Qué pretendes? ¿A dónde vas?

—A arrancársela de los mismos brazos!

—No seas neeecio! Te matarán como a un perro. ¿No ves que son muchos?

—Déjame!.... suelta.... suelta!

Cuando al fin pudo desasirse de los brazos del tartamudo, fué sólo para poder ver algo que por un instante heló la sangre en sus venas y paralizó su intento.

Por el canal, a su frente, deslizábase en el agua una pequeña canoa, rápida y silenciosa. A su borde, unidos en estrecho abrazo, iban Tenorio, el sátiro, y Chayito, la liviana ninfa. El esquife minúsculo se alejaba al vigoroso impulso del canoero.... El odioso rapto se consumaba!

Desolado por el dolor y sediento de venganza, Andrade echó a correr a campo traviesa en requisa de la trajinera que los llevara a él y a Tafolla; jadeando, seguíale éste; cuando dieron con aquélla, se pusieron de un salto a su bordo; y Andrade, enseñando con la siniestra un puñado de pesos al indio patrón mientras con la diestra le abocaba el revólver, le dijo:

—Todo esto de propina si alcanzas a la canoa que acaba de pasar.... y si no, cinco tiros!

Incitado por la propina o atemorizado por la amenaza, el xochimilca, hincando el «bichero» en el fono cenagoso del canal, hacía volar a la pesada em-

barcación; en ésta, pálido por el coraje y presto el revólver para hacer fuego, Enjolrás-Andrade espiaba el resultado de la loca regata, mientras Demóstenes, a su vera y helado por el espanto, concebía el trágico desenlace.

Bien pronto las distancias se acortaron; en minutos más, eran ya mínimas; y cuando estaban parejas casi las canoas, Andrade no vaciló e hizo fuego, disparando sin puntería, hasta vaciar el arma, en cuyo momento, Tenorio, irguiéndose, comenzó a su vez a disparar, a tiempo que ordenaba al canoero remar a escape....

—Al llegar al embarcadero nos atraparán sin remedio!—argüía Demóstenes, mientras Andrade, cegado por la rabia y cargando de nuevo el revólver, azuzaba al azorado indígena, gritándole:

—¡Sigue!.... ¡Sigue!..... ¡Alcánzalos!..... asestándole, de vez en cuando, el cañón del arma.

Tafolla lo había pronosticado bien. Al llegar al embarcadero, en el que, debido a la mayor ligereza de su embarcación Tenorio y Chayo habían tomado tierra ya, quince rifles se apuntaron a los pechos de los estudiantes; pero antes de que alguno hiciera fuego, Andrade había brincado a tierra disparando sobre el primer genízaro a mano, haciéndolo morder el polvo, y siguiendo con otro; pero sin tener tiempo para más, porque las garras de todos cayeron sobre él y sobre su acompañante, que en un abrir y cerrar de ojos fueron desarmados, golpeados, echados a tierra y maniatados con los porta-fusiles.

Cuando Tenorio vió caído e inerme a Andrade, se acercó a él, y dándole con el pie, le dijo:

—Podría matarte como a un perro! Mas no lo haré.... Tú mismo te has condenado! Has hecho fuego contra una «guardia» y has herido a dos solda-

dos..... Serás juzgado conforme a la ley Juárez del 62....

La fatídica ley puesta en vigor por Carranza para juzgar a los «traidores a la Patria!»

—Canalla!.... Eres un canalla!

Fué cuanto pudo articular Andrade. Rió el cínico matarife y atrayendo hacia sí a la atónita Chayito, casi inconsciente ante lo que veía, díjole a Andrade:

—Esta mujer es mía ¿lo oyes? Mía, porque me la he sabido ganar.... a lo hombre!

—Tete.... Tenorio.... «Truenitos».... no vayas a hacer una barbaridad!

—Haré lo que me dé la gana!.... que te valga a tí que eres un infeliz. A éste—dijo señalando a Andrade—al cuartel; y a este otro le dan cuatro cintarazos y lo sueltan....

Y llevándose casi a la rastra a su presa, se alejó con gesto de olímpico vencedor!

***

Ni los cuatro cintarazos bien aplicados hicieron flaquear a Tafolla en sus adoloridas piernas, cuya destreza puso a prueba para ganar velozmente el primer tranvía con rumbo a México, ávido de hacer todo para salvar la vida del infortunado Quico.

Al minuto de estar de vuelta en la casona, ésta se había enterado del lance. Un calosfrío de terror embargaba los ánimos. ¿Andrade prisionero de Tenorio, raptor de Chayo? ¿Andrade en vías de ser juzgado por un Consejo extraordinario de guerra?

Entonces, el asesinato del infeliz podía descontarse!

Había que intentar, sin embargo, lo inaudito para salvarlo. Y así, desde la egoísta Paulinita y las Menchaca, hasta Tachi y la Orbezo, todo mundo se

puso a discurrir planes, recordando influencias y ofreciendo su contingente para salvar al bien querido estudiante.

Pita, enloquecida por el dolor, olvidando sus propios agravios, en la abnegación de su amor por Andrade, se hacía cruel en aquellos momentos con su paño de lágrimas, Gordillo, al que apuñaleaba en el alma al decirle, sacudiéndolo frenética por las solapas del saco:

—¡Si matan a Federico, me muero yo, porque sin él no podré vivir! ¡Sálvele usted!

Ocurrieron unos al general Malaquías que se conformó con decirles que «dejaran al compañero Tenorio *soplarse* al *reaccionario* aquél, que merecido lo tenía!»....

Ocurrieron otros a humillarse con Pingarrón que lamentó «muy de veras el lance funesto en que se había metido Andrade;» pero que se negó a tomar ingerencia, exponiendo que «era pacto solemne entre ellos, los *revolucionarios*, no quebrantar con influencias la disciplina de la causa.»

Otros más ocurrieron al Comandante Militar, y al pseudo Ministro de la Guerra, que dijeron no conocer a Tenorio, ignorando que tuviera «su brigada;» mas que toda vez que tenía grado y brigada, no era prudente desagradarlo, y por lo tanto, nada podían hacer.

A cada puerta que se llamó fué para recibir una decepción. ¿Qué valía la vida de un hombre, de un inocente por aquel entonces, en lo que, lo importante era defender hasta su consumación las amplias libertades de las que se hiciera paladín don Venustiano Carranza?

En las estériles gestiones de aquellas dolientes caravanas, las últimas horas de la tarde habían caído y la noche empezaba a reinar....

Para entonces, en el cuartel de Tenorio se había celebrado ya el infame Consejo de guerra y el proditorio asesinato podría consumarse de un momento a otro.

Había que intentar el postrer recurso, jugando la carta de la humillación suprema, y ver al propio verdugo, a la fiera-juez; pero ¿quiénes osarían con ello?

Nadie, sin embargo, titubeó en ofrecerse: hecha la selección, Gordillo y Demóstenes fueron los designados; el atribulado cura Andrade rogó se le considerara en la partida y fué admitido. Y allá llegaron los tres turiferarios del hondo sollozo de la casona por la infausta suerte de uno de los suyos! Hasta el cuartel-cubil de aquel aborto de la revolución, árbitro de vidas, honras y haciendas, que se decía defensor de la libertad y paladín de la vindicta nacional!

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó con áspera voz al grupo que avanzaba el centinela, guardián de la entrada.

—¡Libertad!—contestó Gordillo, sintiendo todo el amargo peso de la que la revolución daba.

Puestos al habla con el oficial de guardia, lo informaron brevemente de su pretensión: querían hablar con el general Tenorio para algún asunto urgente y grave.

—Es imposible ver al jefe. Hace poco regresó de un paseo, y está cansado; se encerró a piedra y lodo, allá arriba, con su *señora*.

Insistió Gordillo con energía; arguyó en su media lengua Tafolla y suplicó el padrecito Andrade, que, desesperando de salvar la vida de aquel hermanito amado, quería salvar, por lo menos, su alma.

—No se puede.... La *consina* es esa.... ¡Que nadie lo moleste así se caiga el mundo!

Dábanse ya por desahuciados los piadosos intercesores en su demanda, cuando quiso la suerte, en un último sarcasmo, ponerlos cara a cara del omnipotente que iba a saciar un ruin encono bajo el disfraz de la vindicta pública. Tenorio, con la faz abotargada por el alcohol; inyectados los ojos por la fiebre del lividinoso; revuelta la hirsuta cabellera; vacilante el paso y en pechos de camisa, descendía la escalera del suntuoso palacete ocupado por secuestro, rumbo al «cuerpo de guardia» instalado en el «hall» donde Gordillo y sus acompañantes altercaban con el jefe de aquélla.

—¡A ver! ¿Qué *bola* es esa? ¿Qué novedad hay?

—Estos señores, mi general, que se empeñan en hablar con usted....

—Y usted no conoce sus obligaciones? ¿No sabe la consigna?

—Es que....

—¡Hágase respetar! ¡Échelos!

La imperativa orden se hubiera cumplido a no haber mediado la valiente serenidad de Gordillo.

—Señor Tenorio, nosotros no veníamos a rogar. Veníamos a pedir plaza al lado de Andrade, porque nos hacemos solidarios de sus actos.

Aquel golpe de audacia, irritando a Tenorio, fué lo único capaz de hacerle entrar en diálogo.

—¿Qué dice usted? ¡Repítalo!

—Que si usted no quiere oirnos, pedimos sitio al lado del señor Andrade....

—¿Y qué quieren ustedes, vamos a ver?

¡Qué querían! Gordillo—según dijo—quería justicia; que no se cometiera un crimen, porque la bíblica sentencia no era letra muerta y quien a hierro mataba, a hierro podía morir....

El tiranuelo, ensoberbecido, levantando los hombros, sonrió despectivamente.

—Yo no soy quien mata a ese hombre. Disparó contra tropa armada: un Consejo de guerra lo ha condenado a muerte y.... eso es todo.

¡Condenado a muerte! Ante la visión de aquella fatídica escena, el tartamudo, sollozante, desplegó inaudita elocuencia. Jamás su torpe lengua había estado más expedita, ni su corazón más a flor de labio. Habló a Tenorio rememorándole la vida de la estudiantil camada, amadrigada bajo el mismo alero de la casona; los días de camaradería sincera y entusiasta; el germinar de los primeros ensueños bajo el mismo techo; el estudio a la misma luz.... los anhelos, las amarguras, las abundancias, las penurias, las decepciones, los entusiasmos.... ¡todo común! Y concluyó, bebiéndose el llanto.

—¿Cómo vas a matar tú a Quico, nuestro hermano, a uno de la jaula aquella?.... ¿Cómo quieres ser Caín?

—¡Bah!.... ¡No seas tonto!.... ¡No copies a Jeremías, «Capulincito!»

El pobre sacerdote, medio alelado, atónito por la catástrofe inminente, pidió, más que con palabras, con estertores:

—Mi hermanito es irresponsable.... Estaba, tal vez, loco..... ¡Es mi hermano único!.... Me lo confiió mi madre al morir.... Sea usted misericordioso.... ¡Perdónelo!

Mas el vengativo matarife se mantuvo inflexible, arguyendo que el delito cometido era muy grave y que se imponía el castigo.... ¡Y hablaba de delito el que en su corta, pero truculenta vida de «libertador» no había sabido más que engranar crímenes, y que ahora, por una tergiversación de posiciones, se transformaba de reo en juez!

—Muy bien, señor Tenorio—concluyó Gordillo—está usted en su papel..... Es usted un valiente,

matando a mansalva..... ¿Será lo mismo matando solo?

—¿Es eso una amenaza?

—Es una pregunta.

—Bah, señores. ¡Hemos terminado!....

—Un momento, señor. ¿Quisiera usted permitirme que acompañe a mi hermano en sus últimas horas?

—No.... eso no conduce a nada.

—Despedirme de él para oirlo en confesión....

—Tampoco. No me gustan farsas.

—Permitirme, siquiera, verlo de lejos y enviarle estas estampas....

Fué todo lo que consiguió el atribulado sacerdote que, sacando de entre las hojas de un devocionario unos pequeños cromos de imágenes sagradas, las envió al «reo» por conducto de uno de los seides de Tenorio. Y con Gordillo y Tafolla pudo ver de lejos, por última vez vivo, al buen Federico que, pálido pero enhiesto, triste la mirada pero tranquilo, les envió desde el fondo de la habitación que le servía de capilla para ajusticiado, una sonrisa empapada de cariño y una despedida con la diestra.

La triste y desesperanzada comitiva emprendió el retorno a México, para regresar a la hora del alba, que era la de la ejecución, con el paso vacilante y el acongojado aspecto de los discípulos de Emaus....

***

Fría y húmeda aurora.

En el «cuerpo de guardia» del cuartel (?) del señor general Tenorio, la soldadesca, tumbada en el suelo a guisa de lecho, comenzaba a despertar. Sorbía con fruición el capitán de guardia la taza de «hojas» con abundante dosis de cognac «avanzado» en las

bodegas del chalet que Tenorio se apropiara para cubil; y como el teniente pareciera verlo con envidiosos ojos, aquél le dijo:

—¡Échese un *fajo*, compañero...... Están muy buenas!

—Gracias, mi capitán. Ya lo hice.

—Hombre.... se me ocurre..... Pregúntenle al «reo» si no quiere un poco de hojas para darse valor....

Mutis del teniente y pronto regreso:

—Dice que no.

—Y a propósito. ¿Tiene arreglado ya todo *pa l'ijicución?*

—Todo. Ya está designado el pelotón y escogido el lugar.

Ya ahora la luz del día, en una fiesta de colores, teñía todas las cosas. En el jardín del chalet, los follajes verdegueantes, remojados por el rocío, parecían a trechos escarchados de plata. Las flores nuevas, aflojando el corset de sus sépalos deplegaban la pompa de sus pétalos, y las enarenadas callecillas dejaban escapar un fresco olor de tierra mojada.

De pronto, la albardilla de la azotea que daba al Oriente, se engalanó con una fimbria de oro al reflejar el primer rayo del sol, y arbustos y ramajes se lentejuelearon de irizada pedrería al quebrarse la luz del astro en las gotas de rocío. Un gorrión mañanero, sacudiendo las alitas para desentumecerse, vibró, desde lo alto de una araucaria, el himno jubiloso de la alegría de la vida, en gorjeos que eran derroche de notas, y trémolos.

Entre tanto, en la alcoba de aquel chalet, misma que un amor casto adornara en un tiempo con todos los primores del caso, para hacer de ella templo a la maternidad augusta, y que hoy estaba convertida en ajado nido para la Venus sicofante, podían verse dos

personajes en contraste. El uno, un hombre que, abrumado por el alcohólico sopor, dormía bestialmente, embargado de ocasión que no rendido. Y a su lado, sentada en el borde del lecho, una mujer semidesnuda; en greña la cabellera; ojerosa; acardenaladas las carnes que habían saciado las caricias del victimario! En su rostro la noche de orgía había estampado la huella del cansancio que se confundía con el gesto del estupor, de la angustia de sentirse, ahora que había retornado a la realidad de las cosas, poseída por aquel hombre; aherrojada por él en una servidumbre de bestia dócil atenta a la fusta del domador.... Sentía, en sus labios estrujados por el beso, algo como la marca de hierro a fuego que la constituía propiedad de aquel sátiro....

¡Era el hombre de sus destinos! A él se había entregado aceptando la coyunda del vilipendio, y suya era y suya seguiría siendo a pesar del asco incipiente que la inspiraba. Y todo ¿por qué? ¿Por amor? No tal! porque quería sedas y joyas y coches y lujo que él le había prometido.... Y pensaba en *el otro:* en el que estaba allá abajo, en la ergástula inmerecida.... acercándose al patíbulo.... Joven, fuerte, bello, sano! Inteligencia, corazón, luz y mérito....

Ante el contraste. sus ojos se dilataban en la sensación del espanto, clavados en aquel que a su lado dormía; y sus manos, hundidos los dedos en los endrinos cabellos, bajaban lentamente por sus carrillos, hasta anudarse sobre su corazón....

¡Si pudiera huir! ¡Si pudiera volver atrás! ¡Si pudiera tan solo implorar por la vida de aquel que, por la infidelidad de ella iba a ser inmolado! Pedir por él equivalía a empujarlo más seguramente a la muerte....

En su interna lucha moral, no podía llorar siquiera ... ¿Quién la había enseñado a llorar?

***

Entre las filas de la abigarrada soldadesca, el «reo» fué conducido hasta uno de los ángulos del jardín, fresco rincón sombreado por una «bugambilia» que, trepando por las tapias, colgaba sus festones floridos hacia la vecina calle.

Con seguro paso hizo el trayecto el pobre condenado a muerte; y al llegar al lugar del suplicio, de espalda al muro, su cuerpo adquirió un solemne relieve enfundado en el negro traje, erguido el busto y marfilina la faz.

En una última satisfacción, henchiéronse sus pulmones con el fresco ambiente de la mañana, y sus ojos buscaron el pedazo del azul cielo en una intensa fruición, mientras la brisa acariciadora besada aquella cabeza de Enjolrás, de fino perfil y ancha frente recortada por los rizos de una cabellera de «Apolo adolescente»....

A la espalda del «reo» un cordel infamente le ligaba las muñecas ... ¡Qué bellos los follajes, y el sol y el cielo! ¡Qué bella siempre la altura!

Cuando bajó los ojos, estos se detuvieron, incrédulos, sobre uno de los soldados ejecutores, que sería su asesino, y un gesto de desagrado cruzó por su faz. Aquel imberbe, que apenas soportaba el peso del fusil era.... Fermín. El hijo de la exportera de la casona, a quien él, Andrade, no había hecho mal jamás y que ahora, a una orden homicida, apuntaría contra su pecho una arma y haría fuego!.... Tal vez sería aquel el primer tiro que dispararía para matar a mansalva. Comenzando por asesino con impunidad circunstancial ¿en qué pararía?

Andrade separó de él la vista para llevarla a otro personaje inopinadamente aparecido en la escena: Tenorio, que acercándosele, le dijo:

—Vamos a ver cómo sabes morir....

Un temblor de indignación sacudió los miembros todos de Andrade.

—¿Tiemblas? ¿Tienes miedo?

Y una risa insultante coreó la interrogación del verdugo, en tanto que la soga que ataba las muñecas de la víctima se hundía en sus carnes, en el esfuerzo para romperla. Ante su impotencia, el estudiante, sólo pudo contestar:

—Cobarde eres tú, que sólo así sabes matar!

Entonces sobrevino algo inaudito. Ante el merecido insulto, el cínico aquel se adelantó aún más, confiado en la impotencia de su víctima, e inclinándose a su oído, deslizó en éste alguna frase propia de reñidores tabernarios; lanzó al rostro del estudiante un escupitajo, y puso en aquél su puño diciéndole:

—¡Te morirás como un perro....!

—¡Lo prefiero mil veces, a verte, rufián engalonado!

Fué el mismo Tenorio quien dió las concisas órdenes: —«¡Preparen!.... ¡Apunten!.... ¡Fuego!»

Y una descarga irregular resonó en la placidez de la mañana. Vaciló el estudiante sobre sus pies: brusco chorro de sangre tiñó las ropas de su tórax: un postrer rictus de dolor contrajo sus labios, y después, poco a poco, fueron flexionándose sus piernas. Y sin ansias, sin congojas, sin estertores ni convulsiones, su cuerpo vino a tierra; se entrecerraron sus párpados, y su rostro quedó de frente al infinito azul....

* * *

El pelotón homicida, a la voz de mando, dió la media vuelta dejando abandonado el cadáver.

Por entre los macizos de rosales y crisantemos, una mujer, envuelta en rica kimona de seda arrojada sobre sus carnes como botín por manos que la

hurtaran del lujoso guardaropa de la legítima señora de aquel chalet, había seguido la trágica escena, jadeante el pecho, desorbitados los ojos y revueltos los bucles de la endrina cabellera. Y ahora parecía que un hipnótico poder la retuviera clavada allí, frente a aquel cadáver; fija la mirada en aquel cuerpo acribillado a balazos, sobre el que, piadosamente, la matutina brisa iba depositando, como una ofrenda, los pétalos que deshojaba de la cercana bugambilia.

¡Allí yacía *él*, el hombre de sus primeras ilusiones, de sus primeros ensueños: amo de su primer beso; señor de sus primeras caricias! ¡Y estaba muerto!....

¡Muerto por culpa suya! Y sentía ahora que era él y sólo él el adorado; al que debía amar y había amado; por bello; por noble: por inteligente; por generoso; por gallardamente altivo; por sincero y leal, y no al *otro;* al bestial; con el que se había amadrigado por una imbécil y fatal interferencia....

Quiso, en loco arrebato, arrojarse sobre aquel cuerpo amado, y entre lágrimas y sollozos besar aquella frente; aquellos ojos, aquellos labios, que habían sido suyos, y que ahora ya no tenían para ella ni el destello de la inteligencia ni el tranquilo fulgor de la adoración, ni el beso casto....

Intentó avanzar; dió algunos vacilantes pasos; pero un terror repentino se apoderó de su sér, y enloquecida, echó a correr alejándose de aquel sitio e hiriendo el aire con un alarido, indefinible nota de dolor y espanto!....

***

Entre tanto el sol, empinándose por sobre las florecidas albardillas, había bajado a besar, en un ra-

yo placentero, uno de los rizos de la cabellera del cadáver, arrancando de él luces de oro; y el gorrión mañanero al que la homicida descarga hiciera emprender vuelo de fuga, había retornado a su rama: y desde ella, recobrada la confianza, cantaba; cantaba en trémolos y notas argentinas el himno a la luz, al sol, a la flor; al nido, al amor, y a la jocundidad de la vida!

Gordillo, acompañado del fiel camarada Tafolla, recobró en un humilde ataúd el sangriento cuerpo del infortunado Quico.

CAPITULO XI

El incendio

Día de «año viejo,» último del congojoso y turbulento 1914, que, dándole el triunfo a una nueva revolución, había hecho cambiar el escenario político con la rapidez con la que se deslizan en la película cinematográfica las escenas.

A un llamado usurpador, había sucedido otro que, siéndolo igualmente, puesto que era la fuerza y no el pueblo quien le había otorgado poderes, se hacía llamar con distinto nombre.

Y ese mismo y nuevo pseudo libertador, había tenido que abandonar de prisa el asaltado Capitolio, huyendo de sus propias criaturas que, confabuladas contra él, trataban de derrocarlo a su vez. No era que Diocleciano dividiera el imperio con Maximino. Eran Galba, Oton, Vitelio, Macrino y demás cáfila, cayendo sobre la herencia de César....

Y el año nuevo comenzó su reinado, prolongando el terror....

A la friolenta tarde de aquel enero del nuevo año, había sucedido una noche lúgubremente tenebrosa.

Por el cielo, de un negro opaco y sucio, nubarrones de apocalípticas formas patinaban para ir a de-

tenerse en los flancos del Ajusco. A intervalos, el parpadeo del relámpago en lontananza, hacía en la pantalla del espacio cárdenos esfominos.

Las calles de la urbe, solitarias y obscuras, servían sólo para que por ellas ambularan mendigos macilentos por el hambre; beodos dando traspiés, o astrosos matarifes disfrazados de soldados.

La ciudad «deicida» porque en su seno había muerto, en impensada tragedia, de la que ella era irresponsable, el evangelista que hasta ella llegara empujado por la tempestuosa racha revolucionaria; la «ciudad maldita» con teatral maldición (estando la bendición negada al belfo) parecía haberse entregado al sueño desde las primeras horas de la noche, como ahita del ajetreo inicuo de escamosas manos de sátiros, siendo que ella era matrona augusta, porque a sus pechos próceres había amamantado ciencias y artes; genios y sabios; santos y héroes. Ahora, más que dormir, fingía el sueño, ávida de engañar con él, que simula muerte, a la vida preñada de vergüenzas....

A la cárdena luz de los distantes relámpagos, la silueta de la casona se destacaba confusamente.

No rompía lo monótono del impreciso conjunto otra luz que la del mezquino cuarterón de aquélla, escapándose por la entreabierta puerta de calle. Tal parecía que la casona, a su vez, participaba de la modorra capitalina, y como la urbe, quería dormir para robar tiempo a la vida de tormento.

Todo también en su interior era penumbra, misterio, doloroso recogimiento o silenciosa angustia! ¿Qué había sido de la morada alegre, risueña, limpia, honrada de 1910?

¿Qué quedaba de todo aquello?

Malabehar, muerto en vida, soterrado en su rancho, en voluntario destierro, misántropo y enfer

mo. Paulinita, cadavérica, empobrecida, malhumorada siempre. Orbezo, teniendo que ir a rebañar clandestinamente, en los mercados públicos, piltrafas de basofia para nutrirse y nutrir a su prole.... Inválido en su sillón, víctima del reblandecimiento cerebral que le había anquilosado la médula, Barbedillo había retrogradado de hombre a niño imbécil. En la vivienda de las Otamendi ya no había canarios gorjeadores ni macetas florecidas; de aquella confraternidad laboriosa, no quedaban más que sombras de oprobio y heces de vergüenza.

En el «cantón» Garaicochea, el cuadro tristísimo provocaba el laceramiento del alma más empedernida. Ausente y preso el padre, víctima de injusta pasión política: encenegada en la prostitución la madre; fugitivo el Garaicito, y solas y agobiadas por el infortunio y la miseria aquellas dos «Corcheítas» que, a no mediar la inagotable providencia de Gordillo, habrían perecido de hambre, de vergüenza y de abandono!

Inválido Menchaquita, devoraba, como un doloroso imposible, aquella ilusión de ser el esposo de la niña blonda, rubia y rica, vecina de la colonia Juárez.

Allá, en el otro piso, dos viudas eternamente inconsolables, y cuatro huerfanitos, ignorantes en sus juegos, de la tragedia en que habían perdido la vida sus padres a manos el uno del otro. Serio, preocupado, cavilando como si un gran problema absorviera todos sus pensamientos, aquel Gordillo que hasta entonces había tenido orgullo de sus recias manos de obrero que sabían ablandar el hierro y que ahora se preguntaba si no eran las manos delincuentes de un asesino, ya que sentía en ellas instintivas e involuntarias contracciones, cosquilleos, algo así como si apretara cuellos de hombres hasta

producir el estrangulamiento, percibiendo y como oyendo quebrarse las vértebras a la presión de aquéllas....

Chaneque encerrado en un manicomio, feliz, con la trágica felicidad de la locura que hace soñar con el poder y las riquezas ilimitadas.

Ensimismado en la lectura de su breviario, el pobre padre Andrade, como si a fuerza de no levantar los ojos de los sacros rezos, quisiera apartar de ellos una visión que se aferraba allí; que había quedado como incrustada en las retinas formando parte de ellas; la del cadáver del hermano trucidado....

Y la vivienda aquella.... La alegre vivienda de la «República,» grato alero, rama frondosa en donde hubiera colgado el nido la parlotera camada de estudiantes gorriones; parvada que la maldita guerra había desperdigado, como racha de tempestad, no llevándolos tan sólo a bien distintos rumbos, sino haciendo de los unos los verdugos de los otros....

¿Quién podría reconocerla ahora, con sus techos desplomados, con las paredes agrietadas, y los cascotes amontonados, sirviendo todo de madriguera a sabandijas y brotando de la esparcida tierra fecundada por las aguas de las lluvias (¿sabe acaso la gota dónde cae? ¿sabe la lágrima a donde se levanta?) la agria retama y la venenosa cicuta, en las semillas hasta allí transportadas por el viento.... (¿sabe el viento lo que arrastra? ¿Sabe dónde lo lleva?)

En antes, entrada la noche, el bullicio solía reinar en la casona. Ahora todo era misterio, penumbra intrigante, turbados acaso solamente por un gigante sollozo comprimido.

Y subiendo de la calle un vaho mortal de democracia falsificada; fétido, acre, caliginoso, revelador,

contra toda conjetura, de una esterilidad indomeñable....

De todos los antiguos personajes de la casona solo dos parecían no haber sufrido cambio, ya que la prisión del diputado, rebajándolo temporalmente del catálogo, había dado origen a borrarlo definitivamente en la emigración que Pingarrón había hecho para distinta madriguera. Eran aquellos dos. Demóstenes que, a pesar de todas las peripecias sufridas, en su amadrigamiento amoroso por la vieja casona, no la había querido abandonar; y Rémington, el pseudo alquimista, el intruso que cada vez más acentuaba sus pretensiones de hacerse el dueño de la casona, y que, no obstante la animadversión del vecindario todo, seguía a ella aferrado, con su enigmática sonrisa, su mirar de reojo, y su parquedad de palabra....

* * *

Tiene el azar ocurrencias salvadoras. Y fué una de ellas, sin duda, la que en aquella noche lóbrega hizo que Gordillo, desviando su ordinario camino y de vuelta del trabajo, atravesara por la vasta Alameda y rumbo a su taller, al que se encaminaba para dar algunas disposiciones de última hora para el día siguiente.

Fué atravesando por el bien conocido paseo cómo pudo oir, en la tiniebla, cierta voz que le era familiarmente conocida, y que le hizo retener el paso y ponerse en escucha.

—El medio es desesperado—observaba alguien—pero dicen que el fin justifica los medios.

—No hay otro recurso; y pues que ellos lo han querido, que sufran las consecuencias.

—¿Y tiene usted todo listo, amigo Rémington?

—Todo. Buen tiempo me ha costado. Me duele un tanto tener que llegar a estos extremos; pero sigo los consejos de usted, porque creo el resultado eficaz.

—Y yo lo apoyo. ¡Qué caramba! ¡Lo que ha de ser, que sea!

—Entonces, los dos maniobrarán de consuno.....

—Los dos.

—Bueno.... pues buena mano y nada de escrúpulos. Llegados a estas alturas, de una buena vez por todas....

—Pierda cuidado, Pingarrón.

—Entonces.... hoy en la noche....

—Acabará usted por salirse con la suya!

—Pero no lo habría conseguido sin la ayuda de ustedes.

—Muy bien.... Abur.... Adios, Tenorio.

—Hasta la vista.

Dióle un vuelco el corazón a Gordillo. ¿Qué tramaban aquellos tres diabólicos hombres? Algo nefando sin duda. Pero ¿qué podría ser? Pensó seguirlos, porque algo le decía que en aquella añagaza peligraba la dulcemente querida Pita; pero si el peligro estaba de ese lado, la manera de enfrentarse con él y conjurarlo no estaba en seguir a aquellos rufianes, sino en volar al lado de sus protegidas, y así determinó hacerlo. Iría al taller velozmente; concluiría allí lo que tenía que hacer, y correría después al lado de ellas.

Como lo pensó lo hizo. No había transcurrido una media hora cuando ya se encontraba al lado de las «Corcheítas,» en las que ya era inveterada costumbre el esperarlo, como antes lo hacían con el buenazo de Garay cuando éste regresaba del trabajo del día en el almacén.

Pita veía en Gordillo el amigo solícito y desinte-

resado. En más de una ocasión, como cuando había tenido aquella fiebrecita, había creído sorprender demasiada solicitud en el honrado artesano. Aun ahora, en el pesar no ocultado que la muerte del estudiante le había producido, la tristeza de Gordillo le había causado cierto malestar, porque bien se dejaba ver que no era producto tan sólo de la suya propia, sino una especie de mudo y apesadumbrado celo.

Comenzaba a adivinar que, en las inflexiones de voz de Gordillo, había algo más que el acento de un amigo. Jamás Andrade, con saber que ella lo quería como lo había querido, había tenido para ella rasgos de aquella ternura tan delicada, ni inflexiones en su acento semejantes a las del artesano. Mas por una parte en su pasión por el estudiante, al que había entregado su alma toda ingenuamente, y por la otra en su pudor propio de joven honrada en sus particularísimas condiciones, no se creía autorizada para ahondar sus sospechas. Por eso que, con su buen talento, cuidara de que aquél, en todas sus conversaciones, no pudiera notar otra cosa que el acento tranquilo, la confianza reposada de una hija, y en sus pensamientos todos, una diafanidad de agua de linfa.

—Qué bueno que llega usted temprano. Lo esperaba con impaciencia.

—¿Pues qué hay? ¿Es que todavía están esos nervios sacudidos por la muerte de don Federico?

—¡Qué quiere usted! No me puede pasar todavía el susto ni la pena.... ¡Pobrecito! Y en esta debilidad en que estoy, me pongo, sin quererlo, nerviosa y comienzo con sobresaltos y con tonterías....

—Ha sentido usted como nadie en la casa la muerte del pobre señor Andrade....

—Sí.... me ha dolido mucho! ¿A qué negarlo?

—Bueno.... pero ¿no hay ahora nada extraordinario que la tenga peor?....

—Nada.... Susto; miedo inexplicables; qué sé yo.... De repente se me pone que algo más malo aún nos puede pasar no sólo a nosotros, sino a usted también.

—Vaya.... Tranquilícese.... ¿Tomó ya sus medicinas? ¿A que no? Es usted una señorita muy mal mandada! A ver, venga acá el frasco de las cucharadas. Hasta que no vea yo que la toma no me iré tranquilo.

Cuando Gordillo abandonó a las «Corcheítas» en aquella noche obscura, después de recomendarles que al menor motivo de alarma lo llamaran, que él estaría atento, ya en todas las viviendas los huéspedes parecían dormir. Durmiendo se hacía un robo a la vida, que era para todos dura y cruel. Tan sólo en dos de ellas había luz: en la del padre Andrade y en la de Rémington. En la primera, aquél debería estar rezando, guiado por el pensamiento de que el pobre hermano muerto necesitaba de muchas oraciones para alcanzar la clemencia divina. Y en la de Rémington debían ser las dos criaturas en vela las que esperaban la llegada del postizo padre.

Gordillo no quiso acostarse por de pronto. La sorprendida conversación de la Alameda lo traía intrigado. Quería, a toda costa, penetrar cuál era la urdida trama, sospechándose que la frase aquella de «entonces.... hoy en la noche....» significaba bien que el peligro, si lo había, estaba cerniéndose sobre alguien inminentemente.

Allá por la media noche, oyó el chirriar de la llave en la puerta del zaguán, al voltear sobre la cerradura, y pudo percibir a poco que Rémington entraba en su vivienda, apagándose minutos después la luz que en ella ardía.

Todavía quiso esperar Gordillo en acecho y aun esperó larga hora.

La tranquilidad más grande reinaba en la casona: ni el más leve ruido, ni la más insignificante señal de que aquél fuera a ser el teatro de la insólita trama.... Ahora sólo quedaba ardiendo la luz del cuarto del padre Andrade, como una vigilante centinela. Gordillo concluyó por tranquilizarse y acordó dormir. A la menor alarma ya estaría en pie y listo pues que tenía ligero el sueño. Y para mayor garantía, no quiso desnudarse; con la ropa puesta se echó sobre su cama.

¿Cuánto tiempo transcurrió desde que, vencido por el sueño, cerró los ojos, hasta el momento en que, despertado por el grito primero brincó diligente del lecho, precipitándose en el pasillo? Aquel grito había sido el de un estentóreo «¡fuego!» lanzado por Tafolla desde lo alto en que vivía.

Gordillo abrió violentamente la entrecerrada puerta de su vivienda y se lanzó al pasillo. En un golpe de vista, en un conjunto, pudo darse cuenta de varias extrañas cosas.

Sí: el fuego, el incendio, había estallado formidable y avasallador, cuando nada lo hacía presumir. En un instante había brotado, y lo curioso era que tal parecía haberlo hecho por diversos puntos a un tiempo, ya que las llamas, corriendo a ras del suelo, iban del uno al otro extremo de la casona, lívidas, veloces, como queriendo cumplir pronto con su cometido, y se propagaban y se agigantaban como si algo que brotara del mismo suelo las nutriera....

Por otra parte, tufaradas de penetrante olor ascendían en pardas nubes de humo, de un olor característico, identificable; pero que Gordillo, por de pronto, no pudo determinar concluyentemente.

¿Gasolina? ¿Alquitrán? ¿Petróleo? Y sordas y frecuentes detonaciones, que parecían venir del interior de las viviendas desocupadas en la planta baja incrementaban el fuego, que cundía con celeridad inexplicable allí mismo donde no había combustible apropiado....

Vió finalmente, en esa rápida ojeada, que de los primeros en huir rumbo a la calle, como si adiestrados estuvieran para el caso, eran los hijos adoptivos de Rémington, vestidos y acarreando sendos bultos.... Extrañas criaturas que, en vez de intimidarse, de lloriquear siquiera, maniobraban mejor que las gentes grandes en la conflagración!

A los repetidos gritos de Tafolla, la vecindad toda se despertó despavorida; y al darse cuenta de la catástrofe se precipitó rumbo a la calle, quién salvando algo de lo que tenía, quién dejando todo abandonado para que fuera pasto de las llamas, ante el temor de verse cortado por éstas, que se multiplicaban siniestramente. En pocos momentos el fuego había cobrado un ímpetu extraño. En el segundo patio ardían los montones de viejas vigas y tablones allí hacinados, restos del techo de la desplomada «República» y en el primero puertas de viviendas y cabezas de vigas al descubierto, y la madera allí apilada y que debería haber servido para reponer techumbres y pisos en mal estado. Las llamas, subiendo hasta los cielos rasos de los pasillos, los besaban con traidor beso que hacía prender en ellos la lumbre. Todo cuanto podía arder, ardía.... Aun las piedras mismas parecían arder! El fuego se había comunicado tan velozmente, que no parecía sino que toda la casona hubiera sido de una comburente estructura!

Trabajosamente se había podido bajar desde su habitación al patio y llevarlo de éste a la calle, al

atónito Barbedillo, que, al ver a la casa envuelta en llamas, miraba embobado a Tachita, y al edificio, que simulaba una ascua, y reía con la risa del simple, y volvía a ver, y ahora como que por sus carrillos corriera una lágrima de desesperación.

Atropellándose, con caras de supremo azoro y ademanes de repentina locura, los vecinos casi todos habían logrado ganar la calle; y desde ésta y entre alaridos de pesar, veían cómo la devastadora llama avanzaba, abrazando, estrechando con sus coqueteos, circuyéndola, a la querida casona, que a todos había dado abrigo.....

Gordillo, apenas iniciado el fuego, descendió velozmente desde su habitación hasta la de las «Corcheítas,» y de un salto se coló en ella, encontrándose allí a Nachi, temblorosa, lloriqueando amedrentada en camisoncito de dormir, y sin saber qué hacer ni darse cuenta del peligro que corría.

–En dónde está Pita? Qué ha sido de tu hermanita?

—No sé.... Quién sabe!

–¿Pero no estaba aquí contigo?

–Sí ... pero cuando despertamos y al intentar salir, alguien entró..... y la agarró.... y se la llevó.... ¡Ay, señor Gordillo! Sálveme usted!

¿Pita robada? ¿Pita raptada en aquellos momentos de suprema angustia? ¿O era que alguien, adelantándose a sus deseos, había ocupado el lugar de Gordillo en el intento de salvarla? Era lo probable.... Después se averiguaría. Ahora, lo importante era salvar a Nachi.

Las llamas cerraban ya el paso, haciendo presa en todo aquello que podía arder, y el fuego se cebaba como por una extraña corriente líquida inundando el patio; deslizándose por debajo de las puertas; extendiendo sus tentáculos espantosos; envolviendo

todo en una humareda densa, caliginosa, insoportable! Y las detonaciones sordas se sucedían en una salva inexplicable, como si una batería emboscada disparara a mansalva... Gordillo comprendió que en un minuto más él y aquella pobre criatura, que le demandaba su salvación, se encontrarían envueltos por el infierno aquél. Sin vacilar, pues, tomó en sus brazos musculosos a la niña y se lanzó con ella hacia la calle.

—Por aquí..... por aquí..... —oyó que le decía una voz ahogada; era la de Demóstenes, que igualmente pugnaba por alcanzar el paso, llevando entre sus brazos a las dos chiquillas, la de Tajonar y la de Mandujano, en un esfuerzo hercúleo del que nadie hubiera creído cápaz al abnegado tartamudo.

Y audazmente, ambos lograron pasar sobre el turbión de las llamaradas con sus preciosas cargas hasta encontrarse en la calle, frente a frente de la casona, cuya fachada, iluminada ahora por extraños resplandores, parecía estar en una estupenda fiesta en la que se hiciera derroche de luz!

Comenzaban a asomar por los balcones sus lenguas retorcidas y fantásticas las llamas victoriosas mientras que el humo se levantaba en espirales altísimas. No había que pensar en el auxilio de los bomberos. La gran urbe, democratizada por la triunfante revolución, no consentía que hubiera nada para combatir el fuego, elemento depurador y vivificante.... Los bomberos salían sobrando. Para que la obra fuera buena y completa había que arrasar todo. Todo; lo bueno y lo malo. Lo útil y lo inútil. Ya después se reedificaría, si es que había fuerzas y cerebro para ello. Y si no, se preferiría la ruina inerte a la construcción defectuosa....

En la calle, el vecindario de la casa, al que se habían sumado infinidad de curiosos, veía atónito el

estrago de la lumbre. Allá estaban todos. Todos? No por cierto, que algunos faltaban, y entre ellos la «Corcheíta.»

—Mi hermana.... mi hermanita.... sollozaba la atribulada Nachi.

Y en vano la buscaban y en vano la llamaban.

—Mi hijita ... mi hijita Charo.... —decía Orbezo, loco de dolor. —Se ha quedado allá dentro....

Quién podría entrar a buscarlos si ahora la puerta de la casona remedaba el cráter de un volcán?

Gordillo, en vez de osarlo, trataba en aquellos momentos terribles, en una interferencia lógica del buen sentido producida por el azoro, de darse cuenta de algo que le parecía haber visto cuando descendía por la escalera con Nachi a cuestas. Qué había sido ello? No lo había engañado su imaginación? Qué hacían aquellos dos fantasmas que le pareció sorprender entre las llamas, revolviéndose con ellas como si disfrutaran de su impunidad, y que parecían cebar, atizar, alimentar el incendio?

A sus importunas mudas interrogaciones, y como para devolverlo a la realidad y hacerlo recobrar la conciencia del deber, un grito agudo resonó en las alturas; allá, en una de las cornisas de uno de los balcones del segundo piso; el de su cuarto precisamente, envuelto ya ahora, en su totalidad, por la llama inclemente.

—Socorro! Socorro!....

Y los espectadores que podían resistir el vaho abrasador del incendio en la fronteriza calle, agazapándose entre los materiales de construcción que en ella estaban apilados y que destinaban a una obra en la casa del frente, piedra sin labrar y trincheras de ladrillos aun no utilizados, pudieron ver en una blanca visión que rompía el claror rojizo del incendio, a Pita refugiada en aquella cornisa; sueltos sus

dorados cabellos; envuelta en su camisón de dormir; próxima acaso a precipitarse, en un rapto de terror, desde la tremenda altura o a morir envuelta por las llamas que extendían y extendían hasta ella sus multiformes y asesinos brazos.... Gordillo, ante el grito desgarrador de la amada, no vaciló un instante. Tomó de manos de alguien una cubeta con agua: se bañó con ella rápidamente la cabeza y el recio busto, y agachándose y en veloz carrera, desapareció por la bocaza de infierno de la puerta de calle de la casona!

* * *

Entre tanto el fuego cundía y cundía.... Ya ahora dominaba todo el interior de la casa. Las llamas se elevaban a inconmensurable altura, sin nada que les disputara la posesión del inmueble, del que se habían adueñado y al que hacían estremecerse, crepitar, agrietarse y derrumbarse en trechos, en una convulsión mortal, pudiéndose oir el estrépito de los techos al desplomarse, al que seguía inequívocamente una inmensa explosión de chispas que se encumbraban al infinito, lentejueleándolo en oro. El humo, en colosales volutas, salía de la casona simulando el eructo de un volcán. Estampidos siniestros; chirridos espantosos, como ayes de dolor formidables, como estertores inauditos, se escapan de ella.... Tal parecía que la pobre casona, en su postrer instante, se dolía, se quejaba, increpaba...... ¿Por qué no la defendían contra el voraz elemento? ¿Por qué la dejaban perecer en una ingratitud sin nombre? ¿Por qué no la disputaban a la llama procaz? ¿Por qué los que ella había cobijado, abrigado, anidado, amorosamente, maternalmente, la abandonaban en su suplicio? ¡Ay! Los egoístas, una vez salvados, presencia-

ban su ruina como algo inevitable, sin querer saber que la voluntad suele triunfar sobre todo!

–¡Mi Charito se muere allá dentro! – decía Orbezo en el paroxismo del dolor, dada su inutilidad para salvarla.

–Pita va a perecer irremisiblemente....

–No.... Gordillo la salvará....

–Y Rémington? Qué es de él? Alguien lo ha visto?

En esos instantes se produjo algo grandioso; por lo solemne, indescriptible: por lo imponente, imposible de ser pintado. Una escena que es osadía narrar. Así fué de augusta, de sublime, de divina por la magestad sin comparación que revistió....

El padre Andrade, al que el incendio había sorprendido en sus rezos portando su sotana que gustaba de vestir allá, en la soledad de su alcoba, cuando nadie pudiera sorprenderlo infringiendo las terminantes disposiciones que la tiranía revolucionaria había dictado prohibiendo a los sacerdotes no sólo el ejercicio de su ministerio sino hasta el portar la más insignificante insignia reveladora de su casta, y que había logrado salvarse en los primeros gritos de alarma, abriéndose paso entre la multitud de espectadores, avanzó pausado, serio y grave, alumbrado por el rojizo resplandor del incendio, hasta venir a colocarse frente por frente de la puerta de calle de la casona.

Al llegar hasta allí, trepó sobre una de las grandes piedras que hemos dicho se hallaban en tal sitio apiladas. Y bañado por la intensa luz del incendio, destacándose su figura agigantada, recta, llena de una arrobadora excelsitud, resplandeciente el rostro con esa invisible y sin embargo existente auréola que rodea la faz del Cristo, todo paz y amor, que ofrendara su vida en desagravio de pecados y su sangre en redención de crímenes, balbuceó algún rezo....

Los que le vieron hacer, en un instintivo movimiento y sintiéndose poseídos de la solemnidad del momento, hincaron reverentes la rodilla. En aquel instante incomparable pudo verse correr por las mejillas del humilde sacerdote ejemplar, un llanto abundoso. Recordaba acaso la visión postrera de la viejecita madre muerta de pena.... Acaso la visión sangrienta del hermano asesinado.... Y consciente de su ministerio, buen discípulo del incomparable Maestro, levantando lentamente la diestra en un solemne y reposado ademán, hizo el signo sagrado; envió la bendición augusta a la casona, y moduló la frase sacramental; la que es símbolo de perdón infinito; la que atando y desatando en la tierra, morada de miseria, ata y desata en el cielo, albergue de las almas purificadas....

—«*Ego vos absolvo a pecatis vobis....*»

No sabía que con esa frase de amor, absolvía en aquel instante mismo al matador de su hermano!

* * *

Gordillo pudo penetrar audazmente hasta la escalera, entre el primero y el segundo patio: allí se detuvo un momento sintiendo que el calor y el humo lo asfixiaban y lo abrumaban..... Cerró los ojos y esperó, comprendiendo que la muerte estaba allí, puesto que la retirada sería imposible.

Mas escrito estaba que no habría de morir porque tenía altísimo deber que llenar.

El incendio tenía sus coqueteos. En el segundo patio el fuego parecía haber retrocedido, al formarse un falso tiro de chimenea que, haciendo descender de lo alto una columna de aire, empujaba a las llamas hacia el primer patio. Gordillo buscó el refugio que allí parecía haber: sintió, ya en él, el frescor del aire

reanimando sus pulmones: abrió los ojos, y vió, entonces, algo inaudito.

Rémington y Tenorio estaban allí, acurrucados en un extremo de ese patio, una vez que el fuego les había cortado la salida, y sobre todo, por cuanto que, adelántandose el hecho a su previsión, la escalera del primer piso se había derrumbado en parte y la del segundo totalmente, evitándoles la huída que por allí proyectaban.

La presencia de Rémington en tal sitio era inexplicable; no se compadecía con la oportuna huída de sus hijos rumbo a la calle: pero todavía más lo era la de Tenorio. Qué hacía allí el falso militar que no era vecino de la casona?

En los rostros de ambos estaba estereotipado el espanto ante la inminencia de la muerte. Acorralados en aquel rincón iban a perecer, una vez que la fuerza de la combustión cambiara los papeles e hiciera que el primer patio fungiera de falso tiro, al agotarse en él el combustible y reanudando la vivacidad del incendio en el segundo.

Y si aquello no era bastante, eran ellos mismos los que se habían encargado de dar al incendio el elemento para aniquilarlos.... Junto a ellos, como delator cuerpo de delito, estaban sendos botes y latas de gasolina y brea que criminal mano había llevado hasta allí, de adrede, sin duda alguna.

Gordillo comprendió la tremeda responsabilidad de aquellos hombres. Eran los miserables que habían dado fuego a la casona. Rémington el codicioso para adquirir la ruina barata. Tenorio el rufián, en una complicidad indisculpable. Y el artesano, olvidándose momentáneamente de la causa por la que afrontara el peligro entrando a la casa envuelta en llamas, se aproximó con ambular de tigre hacia aquellos hombres.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quién ha traído esto?

Ninguno de ellos osó responder.

—¿Quién ha traído esto aquí, pregunto?

—¡Señor Gordillo, no me achaque lo de Pita.... Si yo pretendí robármela fué por encargo de Pingarrón!.... ¡Perdóneme y ayúdeme a salvar!

—¡Miserables! Han sido ustedes los que han dado fuego a la casa.... los que matan a Pita....

Y avanzó amenazador, crispando los puños.

—Perdón, señor Gordillo.... Yo estoy arrepentido! ¡Sálveme!

Abyectamente puesto de rodillas, Tenorio balbuceante, intimidado ante la muerte próxima, imploraba a Gordillo.

—¡Vil! ¡Sabe matar a inocentes, y no sabe morir como hombre! Y bien.... Yo vengaré a todos..... Yo acabaré con la raza de las víboras!....

Y el artesano siguió avanzando hacia el grupo formado por los dos amilanados hombres, lleno de reconcentrada furia. En aquel momento estaba transfigurado. Su fealdad había desaparecido; su cara bronceada y de fuertes lineamientos, era ahora otra. Alumbrado por la luz del incendio, tenía el aspecto de un Júpiter vengador.

—¡Sálveme..... Sálveme y yo le daré mucho dinero!

—¿Que yo te salve?.... ¡Sí vas a verlo!

Y el robusto artesano, uniendo la acción a la palabra, se precipitó sobre Tenorio que, al ver lo inminente de la agresión, se levantó ágil, dió un salto hacia un lado y echó mano al revólver que llevaba al cinto, apuntándolo a Gordillo.

—¡Lo mato! ¡Le juro que lo mato!—le decía con acento resuelto.

—¡Y yo te juro lo mismo!—dijo Gordillo avanzan-

do siempre hacia él, fijos los ojos en los de Tenorio; atento el ademán; abiertos los brazos y tensas aquellas manos en las que sintiera, tiempo hacía, cosquilleos de fruición por estrangular.

Tenorio no vaciló más. Hizo fuego; tambaleó Gordillo un instante sobre sus talones; pero pasado aquél, de un salto prodigioso cayó sobre el rufián, asiéndolo fuertemente, en despliegue de fuerza hercúlea de obrero hecho a dominar el fierro; lo levantó en vilo dejándolo caer después pesadamente; lo desarmó arrojando lejos de sí el revólver homicida; luego, buscóle el cuello: asiólo y apretó, apretó, sintiendo que sus dedos se agarrotaban apretando.... Rodaron los dos hombres en la desesperada lucha, en la que ahora el uno y después el otro lograban estar ya encima, ya abajo, hasta que Gordillo quedó dominante, colocando sus duras rodillas sobre el ancho tórax de «Truenos,» del que se escapaba un estertor ronco, de fuelle ajetreado, entre tanto que Gordillo seguía apretando y apretando con sus manos-garras, en la sensación, en la fruición voluptuosa de sentir cómo se iban quebrando con un ¡trac! ¡trac! sordo, vertebra tras vértebra.

Soltó por fin. Irguióse y vió a sus pies al canalla; bien muerto, que él había podido sentir cómo se debatía antes de dejar la vida; vida que, en corto espacio de tiempo, había recorrido toda la gama del delito, envolviéndose en la avalancha revolucionaria como en manto protector.

—¡Ahora el otro!....—se dijo. Y se volvió buscando a Rémington; pero éste había desaparecido sin saberse cómo.

Entonces recordó qué lo había llevado hasta el corazón de la casona en llamas, y quiso ir en busca de Pita; pero un agudo dolor le restaba las fuerzas. Y

el fuego lo iba cercando.... y el humo le impedía respirar!....

Sacando fuerzas de flaqueza intentó trepar por los escombros de la derruída escalera, agazapándose para esquivar la llama y sortear el humo. Pronto convencióse que era intento de imposible realización aquél; los escombros no prestaban bastante peldaño para ascender. Entonces se acordó, en una súbita inspiración, de las tuberías de agua del segundo patio, que desde éste subían a la azotea para surtir los «tinacos» y se dirigió hacia ellas, y por ellas, haciendo esfuerzos inauditos, se izó hasta el último piso.... Mas no podría pasar de allí rumbo a la fachada de la casa, donde estaba Pita, que para hacerlo tendría que jugarse la vida, haciendo equilibrios por sobre las cimas de las paredes de la casona, y a la vez luchando con la llama que de abajo ascendía en penachos gigantes....

Halló camino a la vera de aquellas paredes que aun se conservaban en pie; y los grupos de curiosos espectadores de las azoteas vecinas pudieron ver cómo aquel hombre fantasma se abría paso entre un torbellino de fuego. ¡Por fin! Ahora estaba ya en la orilla de la azotea, frente a la calle. La cuestión se reducía a descender buscando puntos de apoyo. Ya no lo preocupaba la salvación de Pita y suya, que veía como imposible. Ahora, lo que pretendía era morir con *ella*.... junto a *ella!*

Inclinóse sobre el reborde. De la calle lo vieron los que angustiados habían estado esperando cómo haría para salvar a aquella pobre niña. Y él pudo verla a ella, desvanecida o muerta y que, por un milagro positivo, en vez de haber caído en el vacío hasta la calle, había quedado tendida en la amplia cornisa, y respetada por las mismas llamas.

Un sordo gemido se escapó del pecho del obrero.

¡Muerta! ¡Estaba muerta, y suya era la culpa al haberse demorado para ir en su ayuda! Buscó como llegar hasta ella, y lo consiguió deslizándose por la cornisa de la inmediata casa, teniendo que atravesar por entre el turbión de llamas que vomitaba algún balcón; y ya a su lado, la asió fuertemente entre sus brazos; pensó darle un beso, uno solo, sin decidirse a hacerlo, y finalmente, levantándola en vilo, comenzó a desandar el camino andado.

¡Qué hermoso se veía aquel hombre allá, en la altura, destacándose de entre el fulgor del incendio con su delicada carga! Poco a poco, Gordillo avanzó por la cornisa, protegiendo con su cuerpo al de la púber, para que no la tocaran las llamas, hasta lograr salir ileso del lado opuesto.... ¡Estaban en salvos! ¡El eco de un aplauso de satisfacción ascendió de la calle!

Entonces pudo descender por una de las azoteas vecinas hasta donde estaba todo el grupo de la casona, viendo cómo aquélla se iba consumiendo poco a poco, cayéndose, desmoronándose.... Ya en la calle entregó a Pita al padre Andrade, porque él se sentía defallecer.

Así fué como, apenas desprendido de su carga, doblóse cual la fuerte encina a la que el vendaval abate.

Entonces alguien notó que del recio pecho del obrero desvanecido, una mancha de sangre se extendía. Desabrocháronle el saco; abrieron la camisa y vieron que, de una reciente herida, la sangre manaba a golpes, siguiendo el ritmo del corazón de aquel bravo.

—¡Tiene un balazo!....

—¿Un balazo?

—Sí.... aquí, en la mitad del pecho....

* * *

Cuando la aurora iluminó con sus reflejos el horizonte, aun ardía la casona en sus últimos rescoldos. Y ardiendo siguió por algún tiempo, por más que piadosas manos llevaran hasta ella pobres cubetas de agua que, al ser arrojadas sobre las brasas solapadas, no servían sino para reavivar la hornaza, incrementando pasajeramente el fuego, que a la postre hubo de extinguirse por sí solo, cuando había consumido todo; cuando todo lo había devorado insaciablemente, como si quisiera que nada quedase de aquélla, que parecía haber de soportar sobre sí la maldición que en un día Jerusalem la réproba, no obstante que ésta, en vez de serlo, era nido de amores, refugio de almas buenas y albergue involuntario de las malas....

Y así acabó la casona; aquella que había sido santa y noble y generosa, como debe serlo toda madre.... Aquélla que había asilado a todos sus hijos por igual y al igual había brindado sombra y techo a los perversos que a los honrados....

CAPITULO XII

La convaleciente

Noche de contraste con aquella que hemos descrito en el capítulo que antecede. A la lobreguez de entonces, sucedía ahora un cielo de diafanidad violeta, precursora de luz de luna próxima a la llena.

La ciudad de los Moctezumas, después del tiempo transcurrido desde los acontecimientos narrados en el capítulo que antecede, parecía ir recobrando su calma. Ahora, como que ya no imperara aquel terror de los pasados días; como que ya no hubiera el deseo de engañar a la vida con el fingido sueño.

¿Que cuánto tiempo había transcurrido desde la infausta noche en la que la amada casona ardiera, transformándose primero en volcán coronado por airón de llamas, para ser después montón de ígneas brasas, cúmulo de carbonizados restos, y, finalmente, pobre ruina en la que el fuego dejara las huellas de su paso señaladas en paredes agrietadas y en calcinados escombros, símbolo de devastación, muestra de la voracidad de la llama, que a todo se había abrasado para dejar en todo la lacra inconfundible de su beso; ruina, mísera ruina en la que sólo podrían habitar los murciélagos, amantes de las pe-

numbras, y las sabandijas, amigas de la grieta húmeda y obscura? ¿Cuánto tiempo?

El que el lector quiera. De todos modos, el tiempo bastante para que de la pobre ruina se hubieran posesionado hiedra y jaramago, que aman vegetar en la desolación. Vegetaciones míseras de camposantos abandonados. Pobre verdear de hojas que se alimentan de raíces agarradas en el derruído muro de los viejos templos o en la pared desplomada de las seculares *estancias*.

Tiempo de todos modos bastante para que el destino de muchos de los personajes de nuestra novela hubiera cambiado en algo, ya adversa ya favorablemente. Y pues hora es de liquidar, hagámoslo rápidamente, para dar cima a nuestra narración, y con ello descanso bien ganado al lector.

Seguía Malabehar soterrado, viejo y achacoso, en su ranchejo de Uruápam, hasta el que había llegado el fulgor de la revolucionaria tea; pero contumaz en sus decisiones, el que ayer encontrara deleite en los textos de Ulpino y del Rey Sabio, hallábalo ahora en ver nevarse con flores a sus queridos cafetos y en oir rodar bulliciosamente alegre al incansable «Cupatitzio.» Y allí esperaba Malabehar la muerte, en santa tranquilidad; crédulo de haber sido un honrado ciudadano.

Vegetaba Paulinita Ventoquipa en cualquier vivienda de por la plazuela del Carmen, encorvada bajo el peso de los años; pero demostrando en el castaño claro de su cabellera, que seguía siendo bueno y firme el tinte que usara en su genial industria! Y entelerido y desdentado, aun hacíale compañía el fiel «Tulipán.» ¿Los negocios? Hacía mucho que los había suspendido, pues que, apesar de sus habilidades, no había podido evitar que la revolución le comiera las nueve décimas partes del ca-

pital. Ello no obstante, con el décimo que le quedaba, pensaba reanudarlos pronto, ya que no podía vivir sin estar averiguando cuántos reales correspondían de interés al tanto por ciento en un préstamo de tantos pesos a tantos meses.

El viejo Orbezo «Pata de Fresno» había tenido una serie de satisfacciones para antes de cerrar el ciclo su vida; tal parecía que la fortuna había dispuesto desquitarlo de los malos ratos pasados: en primer lugar, un Gobierno legítimo le había devuelto su grado, como era de justicia, con derecho a pensión íntegra en su condición de inválido. El mayor de los Orbezitos era ahora estudiante de primero de Medicina; el segundo, dependiente de comercio; el tercero, colegial aprovechado, en tanto que la cónyuge Orbezo, dueña de todo un estanquillo, tenía fe ciega en estar en vías de amarrar un capitalito.

Sabíase que Rémington vivía en el extranjero, teniendo que soportar el asalto del remordimiento por el mal que había hecho, sin haber logrado obtener el provecho codiciado. Por él había ardido la casona; por él había corrido la sangre generosa de Gordillo; por él habían perecido inocentes; por él, Tenorio había concluído sus días impenitente, y había quedado en la miseria más de uno! Y todo había sido en vano.... él no había podido comprarla barata!

No se había vuelto a saber nunca lo que había sido de Filo la portera, ni de su interesante crío. En su idiosincracia eterna, deberemos dar por sentado que Filo no ha muerto: que no morirá así como quiera; y que muerta, tal vez resucite el día menos pensado para querer que se le cumpla la promesa que ella entendía que la revolución le había hecho,

de que Barbedillo le entregara las «escrituritas» de la casa.

Barbedillo, el conservantista empedernido, víctima de aquel reblandecimiento cerebral que lo atacara, había bajado a la tumba con la inconsciencia de la infantilidad; poco a poco; sin darse cuenta de cómo su vigor iba desapareciendo; sin penas ni dolores; teniendo que «flexibilizarse» por la vez última ante la demanda imperiosa que le hizo la eterna vencedora, en su afán aquel de «cohonestar,» ignorándose si lograría realizar tal cosa entre el abandono de este mundo y el eterno misterio del otro.

Vive, en cambio, Tachita, sola y preocupada con el pensamiento de no saber qué hacer con aquel vestigio de casa: reedificarla no puede, porque no tiene dinero; y venderla no quiere, porque le parece que en ese pedazo de propiedad está vinculada toda la historia de su vida. Su consuelo mayor es pensar en que una segunda edición de «Barbe» venga a solucionar el problema.

Cuca Otamendi es ahora casi una mística. Ha «reaccionado» y ha comprendido lo que cuestan los errores; y se da cuenta ya de las responsabilidades que tiene quien, debiendo ser guía y sostén de los suyos, no ha querido serlo, y sí ha sido, en cambio, diligente mediador entre el mal que acecha y la codicia que anhela.

Y por eso que otra vez, como hormiguita diligente, se desviva en el taller para que a sus hermanas menores no las falte nada y puedan realizar el desiderátum consabido: y a poco más, Paca será toda una profesora de «Obstetricia,» y Meches una buena maestra normalista que no ha de escoger para sus discursos temas como aquél de la Polanco.

Y a propósito de la Polanco, digamos que, destituída por «inepta» en la primera vez que hubo ma-

nera de percatarse de tal ineptitud, dado lo revuelto de los tiempo, funge ahora, como diría Demóstenes, en calidad de cartomanciana, con sugestivo anuncio de su arte en los periódicos. Peseta vil la consulta! Tules la acolita en las altas funciones de sacerdotisa de Eleusis, ya que no lo pudo seguir siendo de Minerva. Y hay noticias de que el Bonapartito es la viva imagen de su padre en lo físico, sin poderse definir aún si lo será en lo moral, en cuyo caso ya habrá Bonaparte II. O lo que es lo mismo, futuro zángano para la Patria.

El inválido Menchaca se ha resignado con la pérdida de su mano diestra, una vez que ha logrado que la siniestra no lo sea en el arte de Morse y de Marconi. Y ha reanudado sus tareas en calidad de jefe de oficina, allá por Manzanillo, hasta donde se lo ha llevado el amargor de aquella frustrada ilusión de ser el esposo de la rubia niña de la Reforma, y hasta donde lo han seguido fieles y cariñosas las «hermanas siamesas.»

El insigne Pingarrón, después de ejercicios acrobáticos sin cuento, desde el doble salto mortal hasta la «plancha» morrocotuda, y desde las palaciegas habitaciones hasta los escondites vergonzantes, a través del carrancismo, el villismo y el zapatismo, decidióse a navegar y traspuso el océano en obligado destierro, al no haber ya «ismo» alguno al que asirse; pero llevándose el producto de sendas pillerías para disfrutarlo pacíficamente en el extranjero.

Esperaba volver «cuando la Patria tranquilizada» pudiera darse cuenta de que en él tenía un hijo que se había «sacrificado» por ella. No lo preocupaba gran cosa la fama ganada: esto era cuestión de «genitivo» como había dicho en alguna ocasión y a propósito de la «aurea sacra faminis» a Malabehar. Y

si no podía volver, él sabía bien, en sus latinajos híbridos, que «ubi bene ibi patriæ.»

De Porritas se contaba que extinguía en una cárcel condena por estafa sin haber sido precisamente el autor y sí a lo sumo el «secretario particular.»

Sabíase de la viuda Mandujano que era feliz de nueva cuenta en un poblacho del Estado de Morelos, por cuanto que había casado con un primo hermano de su difunto esposo, ranchero él y por lo tanto buen corazón. Y sabíase de la viuda Tajonar que vivía refugiada con sus familiares en alguna ciudad del interior de la República.

Blanco el cabello cuando todavía era prematuro para tal cosa, hállase ahora el padre Andrade en un curato de la sierra tepiqueña, catequizando indios montaraces y haciendo de su parroquial iglesia troje de catecúmenos. Solo en la vida, tiene ahora por familia a la humana y son para ella sus amores y sus consejos. Y morirá contento porque de nuevo puede ejercer en libertad su santo ministerio.

Tafolla, el genial Demóstenes había visto coronados sus esfuerzos con la obtención del deseado título. A poco más y hubiera tenido que abandonar la carrera para convertirse en criador de ganado allá en Indé, porque, en fuerza de democratizar, la revolución por una parte había cerrado las escuelas y por la otra había dejado a la familia punto menos que en la miseria. Mas las heroicidades del padre luchando contra la adversidad por tal de que el hijo no abandonara la carrera, y el tesón del hijo, habían podido más que la mala suerte. Eso sí; Demóstenes había sufrido un cambio radical de carácter. Del estudiante dicharachero y festivo no quedaba casi nada. Reposado, tristón y adusto, como que llevara en lo profundo del alma esculpido mucho del dolor que había tenido que presenciar. Era el único gorrión

superviviente de aquella alegre parvada que colgara el nido en el alero de la «República!» El único!..... Quico Andrade había caído víctima del crimen odioso. Tenorio, víctima del ejemplar castigo. Y el malaventurado Chaneque, (a) «El Indio» (a) «El Capulín» vivía, muerto para la razón, confinado en un manicomio y sin más salida de allí que para el cementerio......

Notará el amable lector que el inventario con el que cerramos esta fastidiosa novela, y que corresponde, sobre poco más o menos, a aquel con el que la abrimos, no está completo. ¿Qué fué, se preguntará de aquellas simpáticas «Corcheítas»? ¿Qué del siempre bien intencionado Gordillo?

Digámoslo en punto y aparte, que es merecido.

Bien poco se sabía de la desbarrancada Chita; abandonada pronto por Porras, habíase empedernido en la aventura galante, no obstante sus años: pero poco pudo durar aquella distraída vida, ya que la edad no acrece sin causar estragos, y ya que, si éstos se disimulan en fuerza de afeites, los tales no son sino aperitivos torpes para el amor fugaz. Por eso que también Chita «reaccionara» (esta pícara reacción!) y que al hacerlo, sintiendo en algo la enormidad de su falta, tratara de desandar el camino andado retornando al hogar abandonado, Magdalena cuarentona; pero ¡pásmese el lector! No obstante los ruegos de las piadosas hijas, se había encontrado con la tenaz oposición de Garaicochea que, inflexible en el caso, se había negado rotundamente a reconstruir el hogar de antes, pues si había perdonado no transigía en que perdón fuera sinónimo de rehabilitación absoluta, que imposible es rehabilitar decoros arrastrados por los suelos.

Garay, al cabo de los veinte años de matrimonio y sumisión, recobraba la integralidad de su li-

bertad; abjuraba de aquella mansedumbre que tan caro le había costado y se sentía otro! No, no reincidiría de nuevo! Ya no más debilidades! Así se lo imponían los futuros de aquellas dos hijas, por las que debía velar! Y decía marrulleramente, que no podían ser estériles los horrores de la revolución y que tan había sido «redentora» que por lo menos él había sido de los *redimidos*....

Por todo lo que, la reacción de Chita no pudo pasar más allá de una intención, teniéndose que acomodar la autora a vivir en apartado barrio y humildemente, ya de los dineritos que de subrepticio modo hacían llegar hasta sus manos las «Corcheítas,» ya del producto de «moliendas de chocolate» entregadas a domicilio. «Sic transit gloriæ mundi!» Y pensar que Chita había creído tener agarrada a la suerte por la trenza!

Pero.... había vuelto Garay? Sí tal, una vez que las nuevas organizaciones políticas habían dado al traste con las persecuciones, liberando a todas aquellas infelices víctimas sepultadas en cárceles y mazmorras por desafección a la «causa» o por haber servido al «usurpador.» Había regresado canijo y y avejentado por obra de la larga prisión en la insalubre zona: pero otro en el sér moral: sentía como que un otro sujeto había retoñado del despojo de aquel yo de antaño, y ahora estaba resuelto, a pesar de sus dolamas y sus años, a ser enérgico en la defensa del sitio conquistado y a no ser iluso en la disputa del vedado.

Obvio es decir que, a su regreso, en Dios creyó y en Gordillo adoró, ya que éste había sido el todo para sus hijitas en temporada de artificial orfandad.

Dejamos a Gordillo en los momentos en los que amigas manos, esculcándole el pecho, habían visto con sorpresa, que tenía un balazo que nadie podía

explicarse cómo y por qué mano se le había dado. Pensar en un suicidio, era inadmisible. Sólo al siguiente día, cuando a medio extinguir el incendio se extrajo de las ruinas el carbonizado cuerpo de Tenorio y se recogió de cerca de aquél una pistola, hubo de correr por todos los pensamientos una tímida interrogación. ¿Había sido, entonces, el heridor Tenorio? ¿Había habido una lucha entre aquellos dos hombres? ¿Qué tragedia había pasado allí, en el escenario del incendio?

Nadie quiso ahondar el misterio, porque ahondarlo habría sido exponer a Gordillo a una feroz represalia, que se habría calificado de ejemplar justicia, por el hecho de haber matado a todo un señor de horca y cuchillo, de los amos del nuevo cuño. Velóse, pues, el sucedido, que si todos los solapados rencores estaban contra aquellos conculcadores de las leyes divinas y humanas, todas las simpatías estaban con los que eliminaban a uno siquiera de los tentáculos del pulpo que tenía asido al país.

Privado del sentido recogieron a Gordillo del trozo de cantería en el que se había reclinado, una vez que había depositado su preciosa carga en brazos del padre Andrade. ¿Qué hacer con él? Llevarlo al hospital era condenarlo irremisiblemente a la muerte, ya por la venganza, ya por el hambre y la infección, porque en tan felices tiempos no había pan ni medicinas para los enfermos en aquéllos.

Entonces alguien tuvo una idea salvadora: llevar a Gordillo a su taller. Tal cosa fué su salvación porque allí le sobraron enfermeros abnegados entre aquellos operarios a los que Chaneque llamaba «infelices explotados» y que ahora lloraban como niños viendo luchar a su *patrón* entre la vida y la muerte.

Pero la enfermera más constante, más abnegada y al mismo tiempo más atribulada que Gordillo tuvo

a la cabecera de su lecho fué la «Corchea,» Pita, que no quería despegarse un solo instante de tal sitio, y sí ser ella la que diera al herido sus pócimas curatitivas, haciéndolo llena de cariño; y la que, con sus manecitas levantara los apósitos de las heridas y arreglara los vendajes nuevos y le mullera la cama, a pesar del precario estado en el que ella misma se encontraba como consecuencia del terror que la produjera la inminencia de la muerte, cuando el incendio, y que la había causado grave postración nerviosa.

En los primeros días no se dió cuenta el bravo artesano de la solicitud de su enfermera; pudo Pita, en cambio, dársela de que aquellos labios resecos, de que aquella boca de febricitante no sabían modular más que una palabra, un nombre, pronunciado hasta en esos momentos con tal ternura, que parecía envolverse en un girón de alma del herido. Veíale ella ávida, y oía aquel nombre repetido con tal frecuencia; y ante el secreto, hasta entonces a medias penetrado y que ahora descorría su velo, se sentía embargada por bien extrañas impresiones.

Día llegó en que, por fin, él volviera al conocimiento; abrió los ojos y vió a su enfermerita a su lado, como un ángel de la guarda. Y una débil sonrisa jubilosa se dibujó en sus labios: mezcla de agradecimiento por verla allí; pero más de infinita satisfacción por verla salva; por verla otra vez....

Para demostrarle su gratitud por sus cuidados, solía él, ya en vías de alivio, tomarla una mano y estrechársela tímidamente; la fina mano de la niña parecía perderse entre las manazas ahora algo enflaquecidas del atleta; y cuando él sentía tal cosa y el calor de aquella manecita entre las suyas, parecíale que la iba a deshacer, a quebrar, que así de fina era.

Pudo comenzar a hablar, y sus primeros, vehementes deseos, fueron para que ella le refiriese todo lo que había acontecido después de que la había puesto a salvo. Y entonces ella le refirió cómo el cura Andrade la haría llevado, en unión de su hermanita, a la casa de unas buenas viejecitas, que se habían desvivido prodigándolas cuidados; cómo ella no había querido permanecer allí una vez que supo que él estaba herido: cómo había llegado hasta la cabecera de su lecho de moribundo. Cómo, angustiosamente, habíase mantenido en vigilia en aquellas horas, y cómo a poco le había visto resucitar, espiando anhelosa todos los síntomas de mejoría, y cómo la vaga esperanza de un principio habíase tornado en realidad, una vez que ahora estaba salvo.

—¡Qué buena es usted, Pita! Si no hubiera sido por usted, me muero!....

—No diga usted eso..... yo sí que me hubiera muerto a no haber sido por su valor heroico y su audacia!

—¿Cómo pagar a usted todo lo que por mí ha hecho?

—¿Pagar dice usted? Si somos nosotras, mi hermana y yo, las que no tendremos nunca cómo pagarle esta inmensa deuda de gratitud! Y ahora.... basta de hablar y de cansarse, que el doctor no quiere que se agite..... está aún muy delicadito! A ver..... a reposar un poco; a dormir un ratito....

Y le subía las mantas de la cama y se las arreglaba cariñosamente, embelesando al convaleciente, que la dejaba hacer, lleno de inefable felicidad. Si ella *supiera!*....

Ella bien que sabía: por eso que, cada vez que recordaba aquel nombre por él pronunciado en las horas del delirio, se pusiera roja como una amapola, no obstante la clorosis que la aquejaba.

—¿Dice usted que deliraba yo?

—Sí.... y hablaba usted....

—¿Qué decía? Dígame usted....

—Yo no sé qué trasiego tenía usted con un nombre....

—¿Un nombre? ¿Qué nombre?

Y era él, ahora, el que se sentía cohibido, como niño atrapado en travesura.

Sanó por fin el herido, y cuando fué dado de alta por el médico, para el taller todo fué un día de regocijo: pero más que para ninguno de los operarios lo fué para la Corcheíta, a cuyo brazo afianzado, dió el patrón los primeros pasos vacilantes. Ella pensaba que, aunque fuera en parte mínima, a ella le debía su curación; así se lo repetía él cuando aún todavía en el lecho, al empeñarse en reproducirle su agradecimiento, ella le cerraba la boca poniendo allí su manecita..... ¡Qué mejor medicina para el herido!

Hubo de regresar Pita al lado de las buenas viejecitas con las que la dejara confiada el padre Andrade, y era ahora Gordillo, ya enteramente repuesto, el que se desvivía por agasajarla, lo mismo que a Nachi, y por hacerles llevadera aquella triste vida. Cariñoso y asiduo, su empeño mayor consistía en que Pita se curara formalmente de su incipiente tuberculosis. ¡Ella sí que estaba enferma! Y así era. La fiebrecita latente y traidora, la devoraba. El organismo, cada vez más minado, parecía resuelto a ceder definitivamente, abandonándose a la furia del mortal y tenaz microbio. Cada vez más ensombrecíanse los delicados párpados de aquellos ojos; marchitábase la color en labios y carrillos; era más frecuente la tos y menos de tarde en tarde los pertinaces sudores.... la tisis iba caracterizándose mejor que mejor en la desdichada niña, que tal pa-

recía que se complacía en que viniera la muerte a poner fin a una vida sin ilusiones ni esperanzas.

Pero él, Gordillo, estaba dispuesto a disputar su presa a la terrible enfermedad, en fuerza de cuidados, de mimos y de medicinas, como había vencido muchas otras cosas en fuerza de músculos y de voluntad. Y a tal efecto había emprendido vigorosa campaña.

—Es preciso curar, Pita. Es preciso.

—¿Para qué? Más bien es preciso conformarse con la muerte. ¿Para qué quiero yo la vida?

—¿Que para qué quiere la vida? ¡Para vivirla!..... Para ser feliz, acaso..... ¿Sabemos nunca qué nos reserva el mañana?

—Yo sí lo sé: las mismas tristezas y desventuras de ayer, y nada más.

—¡Qué cruel es usted conmigo! ¡Lástima que yo no pueda darle todas las venturas que usted se merece y yo quisiera!....

—¡No diga usted eso! Usted es muy bueno....

—Y nada más, con lo que no se puede conseguir tanto como siendo interesante y buen mozo....

Como se ve, en las oportunidades que se presentaban, Gordillo dejaba deslizar tímidas insinuaciones; pero Pita parecía no entenderlas; no podía conceder a Gordillo más derecho que a una paternal amistad.

Una de las cosas que más afligían, al parecer, a la «Corchea,» era la falta de noticias del padre. ¿Qué habría sido de él? ¿Vivía? ¿Había muerto? Las últimas vagas noticias que se tenían eran en cartas, ya muy remotas, escritas y enviadas de ocultis por el prisionero de la saña carrancista, y no hacían concebir grandes esperanzas sobre su liberación. Caído ya ahora el Gobierno, que sin escrúpulos había pisoteado la Ley, y liberado de tal servidumbre

aquel lejano territorio, nada sin embargo se sabía de papá Garaicochea. Y de temerse era que hubiera perecido en alguna de las postrimeras convulsiones con las que la tiranía había exteriorizado su despecho al perecer. El mismo Gordillo no dejaba de abrigar sus dudas sobre el particular, ya que todas sus gestiones habían resultado estériles, no logrando que nadie le informara sobre el paradero de Garay.

—Yo me voy para allá, señor Gordillo.... me voy a buscar a mi papá....

—Tenga paciencia.... una poquita de paciencia! Acaso el día menos pensado tengamos noticias y buenas....

Mas el tiempo transcurría y las noticias no llegaban; y tal incertidumbre agravaba el estado de la enfermita. Su renuencia para tomar las medicinas era cada vez mayor. ¿Curarse? ¿Para qué? Muerto trágicamente el dueño de aquel su discreto y desgraciado amor, Andrade; muerto tal vez el pobre padre, víctima de injusta persecución; alejada la madre del hogar para ir en pos de torpe aventura; sin más auxilio en su miseria moral y material, que aquel amable Gordillo, y enferma ella, sobraba el deseo de vivir.

Ruegos, conminaciones y argumentos; todo cuanto el noble artesano podía emplear para que la presunta tísica tomara sus medicinas y pusiera algo de voluntad en su curación, se estrellaba ante la obstinación de ella. ¡No quería curarse! A sus instancias, respondía con sonrisas, que eran más bien guiños de fastidio.

Hubo vez en que ella sintiera algo como un remordimiento por tal conducta, y fué en ocasión en que, después de haberse desentendido tenazmente de los ruegos del plomero para que tomara sus re-

medios, y de haberlo hecho con cierta brusquedad, aquél se salió al balcón y en la penumbra del obscurecer, dando suelta rienda a su dolor, púsose a llorar furtivamente; en tal condición sorprendiólo ella, no dándole tiempo para que secara en sus ojos las lágrimas que habían bajado hasta sus bronceadas mejillas:

—¿Qué es eso, señor Gordillo? ¿Está usted llorando?

—Si no lloro....

—¿Cómo que no? ¿Y ese pañuelo que se pasa por los ojos qué quiere decir?

—Es que.... sabe usted, una basurita me ha entrado y....

—No diga usted mentiritas!.... Usted estaba llorando....

—¡Qué quiere usted, Pita! ¡También yo sé llorar, siendo, como soy, todo un hombre, rudo, tonto y feo....

—¿Y por qué llora, puedo yo, su amiga, saberlo?

—¡Usted mejor que nadie! Pues.... por eso! Porque no puedo lograr que usted se cure! ¡Por ese deseo que tiene usted de morirse, cuando yo no quiero que se muera!....

Titubeó ella para responder, porque sintióse cohibida para hacerlo; pero entendiendo que el silencio sería acusador, respondióle con las mejillas entintadas levemente por la pena.

—Si es por eso.... le prometo enmendarme y ser buena. Voy a curarme y a tomar mis medicinas. No es justo que yo lo haga llorar....

La promesa duró quince días en vigor, al cabo de los cuales la «Corchea» incidió nuevamente en sus renuncias.

No podía remediarlo; no se sentía con fuerzas para soportar la vida, y consideraba piadosa a la muer-

te que la libertara de tantos sufrimientos; de tantas incertidumbres; de tantas desesperanzas; cansada y agobiada más de espíritu que de cuerpo, no quería tener voluntad; se resistía a oponer energías a la enfermedad; si la muerte venía como ella lo deseaba, sin hacer de intento nada porque viniera, pero no haciendo tampoco nada porque no viniera, sería para ella la bienvenida, Abúlica y desinteresada del mundo y de toda ilusión, en ella creía encontrar la única felicidad posible.

La única, porque allá, cuando se ponía a meditar en el amor de Gordillo para ella y todo lo que por ella y por su familia había hecho, con base, seguramente, en aquel amor, resorte de tantas abnegaciones y ternuras, como que sintiera el picor del remordimiento: ella podía hacer la felicidad de aquel artesano rudo, sí; pero .... ¡él no podría hacer la suya!

Porque si ella le tenía gratitud y respeto, no podía hacer de tales cosas ojos para ver hermoso a aquel hombre que no lo era; oídos para no percibir ríspidas sus palabras en comparación con aquellas de Andrade cuando solía hablarla; remedio contra la irresistible repugnancia que sentía en pertenecer a un hombre que podría ser muy bueno, sí; pero que no tenía, porque no podía tenerlas, al no haberse limado lo bastante, aquellas características de cultura propias no de los que viven junto a la fragua y machacando el hierro, sino de los que se cultivan con el libro y saben hacer una rima y seducir.... Y así no podía sentirse atraída para caer en brazos semejantes; habría querido brazos mullidos para el amor y no musculosos brazos de obrero que trasiega el hierro; besos provocadores de ilusión, y no los besos bruscos que nada de espiritual podían tener; manos que acariciaran suavemente sus car-

nes y no rudas manos callosas que las atormentaran en la caricia....

Por eso que el dilema no resultara muy complexo y hubiera de solucionarse siempre, tras cortas meditaciones, mediante idéntica conclusión: bienvenida la muerte si ella ponía término a tanta zozobra; a tanta soledad de alma; a tanta orfandad de juventud; de aquella juventud que, en tan corto lapso de tiempo, había tenido que verse solicitada por tan distintas fuerzas y atraída por tan disímbolos movimientos de psiquis, por obra de los acontecimientos. Así, pues, ¡fuera medicamentos, que lo más que podían hacer era prolongar aquella existencia yerma!

Por fortuna, en aquel perezoso estado de espíritu la «Corcheíta,» que hacía recrudecerse a la incipiente enfermedad, llegaron las primeras noticias auténticas de papá Garay.

Cartas en las que refería cómo había podido salvar milagrosamente, huyendo a remota región, en la que se hallaba, después de haber presenciado cómo antes de abandonar los usurpados puestos aquellos sus verdugos, habían hecho canibalescas orgías de sangre. Ahora que las circunstancias se lo consentían, se comunicaba con ellos, Gordillo y sus hijas, para anunciarles que regresaría a México, en cuanto hubiera concluído de reunir los fondos que para el largo viaje necesitaba.

Tan plausible noticia reanimó algo a la decaída Pita que se dedicó con ahinco, por aquellos días, a tomar sus medicinas y sus baños, y hacer su ejercicio tonificador de sus desmadejados nervios, atajando así los avances de la enfermedad.

—¿Ya lo ve cómo no es bueno darse al dolor? ¿Qué cuentas le habría entregado yo a su papasito, al vol-

ver, si la hubiera encontrado muerta? Ya que a mí no me hace caso, hágalo por él; aliente y cúrese....

Y tanto se afanó Gordillo, y tan buenas trazas se dió pintándole la necesidad de que el padre la encontrara siquiera con vida, que al sentirse ella menos abandonada, mejor dicho, más acompañada, concibió la idea de defenderse algo contra la muerte, puesto que tal parecía querer el destino cuando la deparaba al padre que ya daba por muerto. Y hasta comenzó a ver menos repugnante físicamente a Gordillo, tanto como poco más interesante la vida toda; se sentía más valerosa teniendo al padre; a su sombra, acaso la vida cambiaría, y aun podría admitirse que en el cambio tuviera parte el artesano; no era tan feo.... era su rostro atlético lo que lo hacía parecer tal; no era el hombre de finas y delicadas maneras, pero tampoco era un vulgar inaceptable; no era el mortal acaudalado capaz de colmar de dichas a la mujer más exigente; pero tampoco era un infeliz sin oficio ni beneficio que no pudiera dar comodidades, y ternura y fidelidad....

Sobre todo, era un espíritu noblote, sereno, fuerte, limpio, en el que el buril del amor de una mujer podría hacer filigranas.

Cuando papá Garay llegó a México, hubo expansiones profusas; venía él trasijado, canoso, enjuta la faz y trayendo bien caracterizadas las huellas de tantas penas físicas y morales; pero en cambio, venía otro en estado de ánimo; al pobre de espíritu que Chita manejara como títere, habíalo substituído «otro» que, en el declinar de la vida, semejaba dar rienda suelta a todas las energías hasta entonces adormiladas; a todas las justas (nada más que justas) codicias de ser, de luchar, de defender denodadamente una condición en la común agrupación.

—He nacido de nuevo, amigo Gordillo! No sólo porque me he escapado de la boca misma de los fusiles asesinos, sino porque tiré el corazón de antes y ahora me gasto uno nuevecito!.... Viejo y todo, me siento con los arrestos de un joven para no dedejarme de nada ni de nadie; ni de los hombres ni de la suerte. He aprendido bien, para el futuro, que al que se deja «lo ensillan!»

Poco tardó el buen Garay para darse cuenta de las solicitudes de Gordillo para con Pita, muy superiores a las que usaba con Nachi, y de que las mismas no obedecían a simples benevolencias, y sí a algo más. Y estimó que, aun respondiendo a aquel móvil, la conducta del hombre aquel para con sus hijas, medida y correcta, daba por resultado el tener que aumentar el caudal de gratitud, de modo tal, que bien poco era para saldarlo la mano de Pita. Por eso que con toda delicadeza pusiera a su vez mano en la delicada labor de abrir paso hasta el corazón de su hija al amor de aquel sér singular que el destino le hubiera deparado para evitarle muchas catástrofes.

Y lo hizo en momentos en los que Gordillo había encontrado decoroso irse retirando de aquel hogar nuevo y modesto que Garay había formado con los restos del que dejara, mediante el piquillo que ya aquí, ya allá, podía ganarse en agencias de negocios y en «buscas,» en las que era infatigable.

Gordillo hizo saber su determinación.

—Puesto que usted está ya de nuevo al lado de las niñas, yo no tengo ya función que llenar; así, ustedes me consentirán que menudee algo mis ausencias....

—¡Absolutamente! ¡Eso sí que no, Gordillo!

—Bueno sí; a las horas de trabajo, en su taller; pero en otras aquí; con nosotros; con «su familia»......

—Mi familia! Algo diera, señor Garay!..... pero yo no tengo familia.... no puedo tenerla..... salvo la que constituyen mis operarios, a los que quiero consagrarme en cuerpo y alma....

—Pues sépase usted que para nosotros, por lo menos para mí, sí constituye usted parte de mi familia.... está usted? Algo nuestro..... Para mí es usted algo como un hermano y a la vez «un hijo».....

Y el marrullero Garay recalcó la palabra.

—Gracias..... Se lo agradezco..... Pero.... Yo crecí solo; me formé solo; solo he vivido; solo debo estar y morir.... —Y en el tono de su voz había una profunda tristeza—Tengo un hermano allá, en nuestro pueblo, que es agricultor, y que como yo vive solo.... por más que ha hecho fortuna.

—No me explico ese desencanto, señor Gordillo, —decíale cruelmente Pita.

—Vé tú a saber dónde tendrá puestos los ojos este amigo! En qué ingrata que lo esté haciendo sufrir!

—No.... no hay nada de eso, señor Garay....

Y al decir aquello, el plomero, sin quererlo, se quedó viendo tristemente a Pita, y ésta bajó los ojos esquivando aquella mirada.

—Que no? Cuánto quiere apostar a que algo hay?

—No lo crea.... Quién mejor que usted para saber mis intimidades?

—Pues dígamelas que nadie con más obligaciones que yo para tratar de disipar sus penas.

—Eso no se puede!.... Yo soy algo salvaje de mis dolores, como en todo: los reservo para mí y nada más. Con que....

—Pues si usted no viene todos los días, ya iremos nosotros a buscarle. Qué dicen ustedes muchachas?

—Que iremos, sí señor....

Y así lo hacía el buen Garay. Día por día se llegaba al taller a las horas en las que el trabajo se con-

cluía, para llevarse a comer a Gordillo en la casa. Y fué así como Pita, ya menos renuente en su curación, acabó por ir modificando sus apreciaciones, guiándolas a terreno más asequible.

—Pero señor, si es tan serio!...... Si es tan poco efusivo!

Ya ahora los «peros» no eran relativos a la fealdad ni a la falta de cultura esmerada ni a la monotonía del porvenir al lado de aquel hombre, sino a accidentes insubstanciales:

—No le gusta vestirse bien....

—No es sociable; huye de las diversiones.

No obstante el sentirse cada vez más dentro de la órbita de atracción de aquel hombre, no podía apartar de una buena vez sus remilgos; las repugnancias indomables de un principio, habían desaparecido, sí: pero quedaban aquellos ligeros escollos: un paso más, y no consideraría ya descabellado el llegar a pertenecer al artesano. En el fondo ya no subsistía más que una razón, si razón era: el no...... aún no, porque no!

Así hubiera transcurrido indefinidamente el tiempo si una circunstancia pueril no se hubiera encargado de proporcionar la solución a tan incierto estado de ánimo.

Fué el caso que, habiendo salido de paseo, en algún día de fiesta, papá Garay con sus hijas y Gordillo, y caminando por una de las calzadas del añoso bosque de Chapultepec, intempestivamente y sin dar tiempo para evitar el peligro, vieron con espanto que un carruaje, con los caballos desbocados, venía tan certeramente en su dirección que el ser arrollados era cosa indefectible. Por instintivo movimiento replegáronse todos buscando refugio en la mutua agrupación, asiéndose Nachi fuertemente de Garay y Pita de Gordillo; cerrando ambas los ojos y sin-

tiéndose hechas pedazos, ya, por el vehículo. Más el hercúleo artesano, serenamente intrépido, aguardó sin inmutarse el peligro; y en el momento oportuno, echó mano al freno de uno de los desbocados brutos y en un gigante esfuerzo logró deternerlos y evitar la obra de la disparada catapulta.

—Por dos veces le debo a usted la vida, Gordillo! —díjole Pita temblorosa.

—Y en cuantas veces se presente la ocasión he de exponer la mía por salvar la suya, que yo quiero que usted viva, por más que usted quiera morir!

—Pero.... por qué ese empeño?

—Porque sin usted yo tampoco tendré ya nada que amar en la vida!

—Qué mala he sido con usted después de todo!

—Ya es mucho consuelo el que usted lo reconozca....

Al despedirse Gordillo aquella noche, Pita prendió en la solapa de su saco un fresco botón de rosa, y estrechó su mano con una efusión con la que nunca lo había hecho. Y él sintió que en el interior, hasta entonces penumbroso de su alma, penetraba juguetón un vívido rayo de luz!

* * *

Hemos dicho que era plácida y serena aquella noche de luna próxima a la llena. Hasta la urbe llegaban los perfumes resinosos de los pinos del Ajusco, que la brisa trajera en sus alas. El aire era tibio, con esa voluptuosa tibieza que en nuestras alturas le prestan las noches estivales. ¿Qué extraño sino hizo que Pita y Gordillo encaminaran sus pasos rumbo a la calle de las Moras? Un puro azar acaso: acaso una ociosa curiosidad de parte de los dos: tal vez una providencial impulsión.

El caso era que, habiendo salido a dar «una vuelta,» ya en calidad de prometidos y con la venia correspondiente de Garaicochea que la misma confianza tenía en Gordillo para dejarlo vagabundear con Pita que la hubiera tenido para hacerlo depositario de todos los tesoros del mundo, sin darse cuenta de ello aquellos dos habían llegado en su caminata hasta una de las esquinas de la susodicha calle.

Algo como una recelosa interrogación los hizo detenerse allí. Un miedo vago parecía que detenía sus pasos entre tanto ellos se formulaban interiormente esta pregunta. —«Avanzamos?» —«Pasamos frente a la casona?» —tal como si ésta estuviera ahora habitada por trasgos y fantasmas ya de suelta en aquellas horas de la noche, o bien por los espíritus de los que en un tiempo la habitaran, y muertos hoy, trataran de salir para cerrarles el paso como a curiosos indiscretos.

Pita no había pasado nunca frente a la casona desde que había ardido. Si Gordillo lo había hecho, había sido a la luz del día. Y es la noche la que favorece las apariciones....

Fué él quien, con un ligero impulso en el brazo de Pita, la hizo avanzar. Mudos, silentes, ambulando como dos sombras, llegaron hasta el frente de la casona en ruinas. Los restos de sus derruídas paredes se erguían perfilándose en la claridad de la noche en briosas aristas de templo bizantino. Y si alguna nube fugitiva velaba la luna, la ruina, al envolverse en sombras, como que se hacía más imponente, más fatídica, más misteriosa....

Allí estaba, con quietud de cementerio sólo turbada por ligero rasgarse del aire al empuje de la ala carnosa de un murciélago. Allí estaba sombría, desierta, solitaria, renegridas doblemente sus paredes por la huella del incendio y por el estrago de la in-

temperie. Ruina, desolación, espanto, teniendo en sus muros, que se conservaban en equilibrio dificultoso, la lepra de la llama devastadora y la caries del abandono.... ¿Por qué la habían dejado perecer? ¿Por qué, por qué la habían abandonado a su ingrata suerte? ¿Por qué ahora mismo no había alma piadosa que se acordara de ella siquiera? ¿Pues qué, no había sido noble y buena y santa y generosa, asilo para todos, abrigo de todos, techo para todos? ¿Qué no sabían que también las cosas tienen una alma *sui generis*, que también lo inanimado sufre, que lo que sólo es materia inerte llega a asimilarse algo de lo que está en contacto suyo, y a convivir y a sentir con aquello a lo que da sombra cariñosa y protege?

Un temblor involuntario hizo estremecerse a Pita. Gordillo sintió cómo el brazo de la delicada niña, en el suyo apoyado, sufría un ligero estremecimiento. Cavilaban.... dentro de aquellas ruinas debían revolotear almas negras y blancas almas; en aquelarre las unas; en seráfico coro las otras..... Las almas de Barbedillo y de Tenorio; de la Charito y de Andrade; de Tajonar y de Mandujano..... Tal vez hasta ella llegaba, en un desdoblamiento imaginable, el espíritu de Chaneque para erigirse sobre aquella ruina su palacio sin igual de magnate poderoso. ¿Y por qué no, también, las almas de todos los que allí habían gozado y sufrido y vivido? ¡Cuánto horror no había pasado sobre la casona! ¡Cuánto duelo y cuánta vejación, cuánta angustia y cuánto ultraje, cuánta miseria y cuánta falsía, cuánto crimen y cuánta heroicidad, cuánta abnegación y cuánto cinismo, cuánto brutal instinto insaciado y cuánto sacrificio, cuánta lágrima estérilmente evaporada y cuánta risa frenética, cuánta blasfemia y cuánta oración, cuánta bondad y cuánto oprobio!.... ¿Y todo para qué? Para que insanas codicias sólo hu-

bieran conseguido desterrar de ella la paz y el trabajo, la sana fraternidad, la alegría, todo, hasta concluir por arrimar a ella la tea incendiaria en manos matricidas, y la ambición, sirviendo de combustible, hubiera reducido la casona a la pavorosa ruina de ahora!....

¿Cuándo se podría reedificar? ¿Quién acometería la colosal empresa? ¿Con qué manos se haría? ¿Con qué dinero?

—Vámonos!.... Vámonos!—dijo Pita con acento de indefinible espanto y amargura.

—No..... espérate un momento..... tengo una idea....

Y la pareja siguió aún por algunos momentos absorta frente a la muda ruina. Cortó aquel ensimismamiento un ahogado suspiro de Pita.

—¿Por qué suspiras, nena? ¿Porque ves a la casona en ruinas o porque te acuerdas de *él*, de aquel en quien cifraste un fugaz sueño de amor?

Prefirió ella estrecharse contra el recio cuerpo del artesano a contestar.

—Dímelo.... ¿Porqué suspiras?

—¡Por las dos cosas!

—Tu respuesta me agrada. Así te quiero, sincera..... siempre sincera. Ya vas comenzando a serlo. ¡Ojalá que siempre lo seas! Yo no puedo tener celos de un muerto..... y más cuando sé que, si tú lo recuerdas con cariño, ya no puedes hacerlo por amor.

—Es verdad....

—¡Pobre señor Andrade! Fué un soñador, un idealista, desgraciadamente adelantado al tiempo! Demasiado honrado para vivir en él! Si a mí mismo me seducen esas ideas que él tenía! Nada más que yo sé templarlas, no desbordarlas; yo las he de disciplinar y no de disipar.... Y sobre todo, yo no las

pondré nunca al servicio de hampones desalmados que hacen de ellas tea de incendio, puñal de matarife y ganzúa de ladrón.... ¡Pobre señor Andrade!

—¡Y pobre casona!

—Dime. ¿Te gustaría que fuera tuya? ¡Te gustaría verla reedificada y vivir en ella como dueña?

—¿Mía la casona? ¿Dueña yo de ella? Pero..... ¿qué estás diciendo?

—Sí, mujer, sí, eso mismo....

—¡Cómo no me había de gustar!

—Pues yo te prometo solemnemente que tuya será....

—Ay, no.....! ¡Me daría miedo vivir en ella! Ha de haber almas en pena....

—No seas tonta....

—Pero..... eso que estás diciendo es imposible! Nosotros no tenemos dinero para hacerlo....

—Por eso no pases cuidado. Más que dinero, lo que hace falta es voluntad, mucha voluntad..... Compraremos, por lo pronto, el terreno; para eso, yo tengo algunos ahorritos; y mi hermano, el agricultor, me ayudará..... Y después, poco a poco, iremos reconstruyéndola..... Ya verás..... yo te prometo que ha de ser tuya la casona y que en ella tú mandarás como única dueña!

—¡Qué felicidad volver a ella! Sí..... que sea nuestra.... *¡Nuestra casa!*

—Lo ofrecido es deuda: nada más con una condición....

—¿Cuál?

—¿Me prometes a tu vez aceptarla?

—¡De todo corazón!

—Pues con la condición de que te cures con ahinco.... que te cures para sanar ¿me entiendes? Para que puedas ser pronto mi esposa, alma de mi alma, y amor de mis amores, y puedas así ser madre de

hijos míos, sanos, robustos, fuertes, de almas levantadas y nobles y de pensamientos honrados y patriotas! Buenos hijos que, al desaparecer nosotros de la vida, sepan recoger la herencia de la casona y cuidarla y conservarla por ellos y para ellos! No de hijos que hagan de ella prostíbulo y garito y antro de maldad!

FIN DE LA NOVELA

Habana, marzo-noviembre de 1917.

INDICE

PARTE PRIMERA

La comedia.—De la hipoteca al temblor

PARTE SEGUNDA

Del temblor al derrumbe

PARTE TERCERA

La tragedia.—Del desplome al incendio

Pág.





